
VARIACIÓN
REBECCA
AUTORA BEST SELLER DE MÁS QUE UNA POSIBILIDAD Y ALAS DE SANGRE
YARROS



PARA SANAR, NECESITAS SUMERGIRTE EN LAS PROFUNDIDADES.

Allie Rousseau es bailarina de ballet profesional y sabe lo que es la presión: su madre nunca le ha quitado un ojo de encima y espera la perfección cueste lo que cueste. Pero cuando una lesión pone en peligro todo por lo que Allie se ha sacrificado, decide regresar a su casa de verano para recuperarse en paz. Sin embargo, una vez allí, todos los recuerdos que ha intentado olvidar reviven y amenazan con hundirla.

Hudson Ellis, como nadador de rescate de la Guardia Costera, sabe que dudar aunque sea un segundo puede significar la diferencia entre la vida y la muerte. Siempre se había enorgullecido de estar en el lugar y en el momento correctos, sobre todo cuando se trataba de Allie... hasta la noche en que se marchó del pueblo para comenzar su entrenamiento básico. Después del mayor arrepentimiento de su vida, los secretos que guarda significan que

nunca podrá estar con la única mujer a la que desea más que a su propia vida.

El pasado y el presente de Allie y Hudson pueden estar más entrelazados de lo que parece. ¿Podrán desenredar el hilo que los unió hace tantos años?

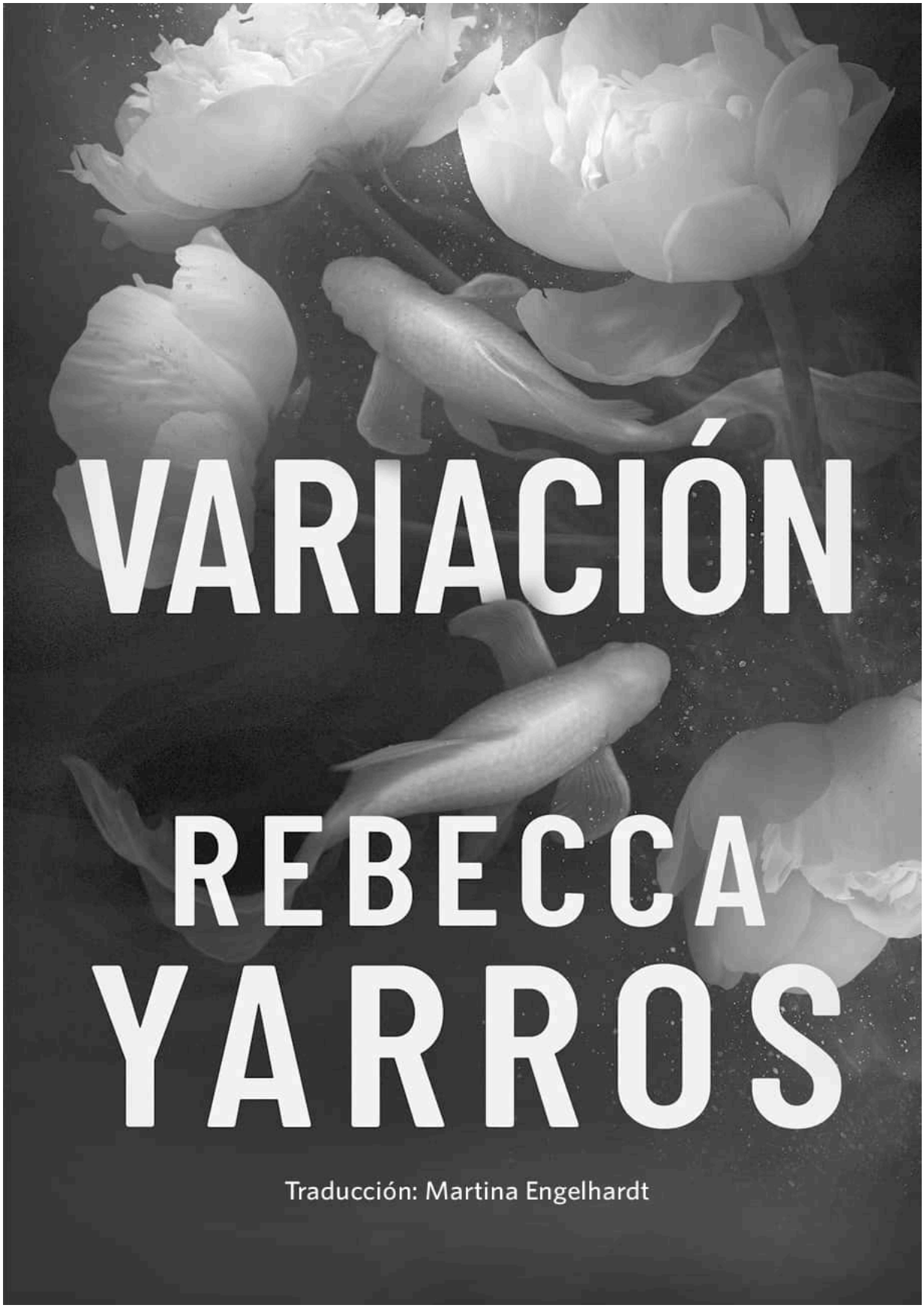


Rebecca Yarros es una romántica empedernida y una adicta al café. Es autora de más de quince novelas, entre ellas *Más que una posibilidad, Alas de sangre, Alas de hierro* y *Alas de ónix.*

Su familia ha servido en el ejército durante dos generaciones y está casada con un militar desde hace casi veinte años. Vive en Colorado con sus seis hijos, su esposo, sus bulldogs ingleses, su gato Maine Coon y sus aguerridas chinchillas, a las que les encanta perseguir a los bulldogs.

Cuando no está escribiendo, está en la pista de hockey, acompañando a sus hijos adolescentes o tocando la guitarra. Tras haber adoptado a su hija menor, Rebecca fundó One October, una organización sin ánimo de lucro dedicada a ayudar a niñas y niños del sistema de adopción de Estados Unidos.

Visítala en **www.rebeccayarros.com**.


VARIACIÓN
REBECCA
YARROS
Traducción: Martina Engelhardt

CAPÍTULO UNO
Hudson

Once años atrás

En días así, entendía por qué el setenta y tres por ciento de los candidatos a la escuela de nadadores de rescate no llegaba a completar el entrenamiento. Me quedaban dos veranos para asegurarme de estar dentro del veintisiete por ciento que sí lo lograba.

El clima de la tarde en la costa sur de Cabo Cod ofrecía como plato principal olas de dos metros de alto, acompañadas con espuma de mar y una guarnición de hipotermia en el Día de los Caídos. Quizá fuera terrible y desafiante, pero era el clima perfecto para practicar.

El cansancio había llegado veinte minutos atrás, el agotamiento lo había seguido diez minutos después, y cada vez estaba más cerca de la ruina absoluta, pero necesitaba cinco minutos más. Solo me faltaban cien metros para superar mi marca personal en ese tipo de oleaje, y no pensaba rendirme hasta llegar a ese objetivo. Trescientos segundos no eran nada vistos en perspectiva.

Me concentré en mi respiración, mantuve la cabeza abajo y seguí nadando, contando cada uno de esos segundos. Cuando llegué a doscientos once, tomé una bocanada llena de agua salada y emergí a la superficie tosiendo. Me arranqué la boquilla no bien me liberé de la ola que había invadido el tubo de snorkel.

–¡Hudson! –gritó Gavin a mi izquierda, apagando el motor del barco pesquero de siete metros al que nuestro padre llamaba cariñosamente «su cuarto hijo», aunque bien podría haber sido el primero, dada su edad–. Suficiente por hoy.

–Tengo que hacer treinta metros más para superar mi marca personal –le respondí mientras iba por el agua hacia la próxima ola.

–Tienes que subir al barco antes de que las olas crezcan más –repuso, mirándome por encima de las gafas de sol que llevaba a pesar del cielo encapotado–. Estás destruido. No vas a llegar a hacer treinta metros.

–Vete al diablo. –Volví a colocarme la boquilla y me preparé para volver a sumergirme, solo para demostrarle que podía hacerlo. Pero entonces dijo:

–Mira, tengo una resaca terrible, así que, a menos que quieras que Caroline timonee el barco en tu próxima sesión de práctica, ven aquí antes de que tenga que dar la vuelta en medio de esta corriente.

Caminó hacia la popa mientras el barco iba a la deriva, luego se inclinó y desenganchó la parte superior de la escalera, que se balanceaba, antes de empujarla al agua. *Mierda.* No estaba bromeando.

Nuestra hermana mayor era una mamá osa sobreprotectora que ni loca habría pensado en llevarme al mar en esas condiciones, o sea que mi nuevo récord iba a tener que esperar. La frustración me mantuvo el cuerpo caliente en las siguientes brazadas a medida que me iba acercando al barco. Cronometré el movimiento de la popa con el de las olas antes de subir los tres escalones.

–Te extrañé y me alegra que hayas vuelto a casa, pero eres de lo peor. Ya casi estaba –dije.

Trepé a la cubierta estrecha y me senté en el asiento, que estaba cubierto con una toalla, antes de meter la escalera. Papá nos habría asesinado si no hubiéramos protegido el cuero desgastado. El barco se sacudió otra vez cuando me arranqué la máscara y la capucha del traje de neopreno y las arrojé dentro de la bolsa de lona negra a los pies de Gavin.

–Eso dolió, hermanito. –Mi hermano se tocó el pecho sarcásticamente y se aferró al respaldo del asiento del conductor cuando el barco volvió a cabecear–. Vamos a casa así escucho el sermón que papá estuvo preparando todo el día. Me daría mucha

lástima que, después de esforzarse tanto, no tenga a quién darle su discurso.

–Solo está… –No me salían las palabras, igual que desde esa mañana, cuando Gavin había anunciado su decisión en la cafetería de nuestros padres.

–Decepcionado porque voy a dejar la universidad –completó él–. No como Caroline, que logró graduarse estando casada y teniendo no uno, sino *dos* trabajos.

–No te compares con nuestra hermana y no seas malo con papá. Solo está sorprendido. –Me quité el resto del traje y, después de quitarme los calcetines de buceo, me quedé solamente con un viejo bañador suyo con estampa hawaiana.

–Cambié de carrera cuatro veces en dos años –dijo Gavin, estirándose por encima del timón para tomar mi gorra de los Bruins de Boston–. Créeme, papá no está impactado.

Tenía razón. Todos sabían que a Gavin le gustaba pasarla bien, pero no era de comprometerse con los proyectos.

–Podrías quedarte a dormir en casa de Caroline y Sean mientras mamá pone paños fríos. –Caminé sobre la alfombra de la cubierta, gastada por la sal y el sol, y fui hacia él.

–No voy a mandar a mamá a resolver mis problemas. Cambiemos de tema. –Se le dibujó una sonrisa–. Apenas tienes diecisiete años y estás aquí, gastando todos tus ahorros en un nuevo traje de buceo. Parece que quisieras ir andando hasta Alaska. ¿O piensas que no vi el mapa que colgaste sobre tu cama?

–Algunos sueños no cambian. –Tres años atrás, había visto de casualidad un documental y, desde entonces, quería ser nadador de rescate y trabajar en Sitka. ¿Ayudar a la gente? Sí. ¿Adrenalina? Sí. ¿Mudarme a la otra punta del país, lejos del único lugar en el que había vivido? Sí. Tomé la toalla del asiento trasero y me la pasé por la cabeza y el pecho antes de ponerme una camiseta–. Y gracias por traerme. Papá siempre está ocupado.

–Te traeré todos los días si te ayuda. –Gavin me arrojó la gorra al pecho sin perder el equilibrio ni por un momento mientras el barco se sacudía.

–Gracias. –Sabía que no podía confiar en su palabra. Gavin tenía buenas intenciones, pero acabar lo que empezaba no era su fuerte–. Quizás estoy exagerando un poco con la práctica, pero me ayuda a estar motivado.

Mientras me colocaba la gorra al revés, la brisa me puso la piel de gallina. Dieciocho grados era bastante para esa época del año, pero igual hacía muchísimo frío al salir del agua.

–Y es respetable. –Gavin giró la llave y encendió el motor, pero, sin arrancar, miró detrás de mí–. ¿Eso es un bote de remos?

–¿Aquí? No puede ser. –Giré la cabeza para seguir su mirada y, de inmediato, divisé la embarcación pequeña, unos cien metros al oeste. Parecía que tenía un pequeño motor fueraborda y que había dos personas… ¿agachadas?

–¿Qué demonios están haciendo? –preguntó Gavin. Los navegantes aparecían y desaparecían entre las olas al inclinarse una y otra vez en lo que debían ser los asientos–. ¿Se están meciendo?

Se me hizo un nudo en el estómago, como el que haría para amarrar el barco, y tomé los binoculares de la guantera para mirar la otra embarcación. *Maldición.* Dos chicas, más o menos de mi edad, estaban sentadas en el medio de lo que parecía ser un bote de cuatro metros con un diminuto motor fueraborda que no estaba en su mejor momento, y estaban recogiendo agua con las manos.

–No se están meciendo, se están hundiendo. –Y ninguna de ellas tenía puesto un salvavidas. Le di los binoculares a Gavin, que se los llevó a los ojos–. Tenemos que ayudarlas.

–Mierda. –Gavin arrojó los binoculares dentro de la guantera y la cerró de un golpe–. Espera.

Me sujeté del borde del parabrisas con una mano y de la barandilla del tablero con la otra mientras Gavin pisaba el acelerador. La parte delantera del barco besó el cielo antes de que mi hermano ajustara la compensación, y casi patinamos cuando se niveló, pero no había forma de suavizar la embestida de las olas contra el casco. Después del tercer impacto violento que casi nos hace volcar, Gavin soltó un insulto y cambió de estrategia.

–Tendremos que llegar hasta ellas… –comenzó a decir.

–Con la corriente –completé.

Con cada nueva ola, el parabrisas se cubría de espuma. Mantuve la mirada fija en la embarcación y sentí una punzada de miedo, seguida de adrenalina, cuando el barquito se inclinó hacia un costado con la siguiente ola y comenzó a entrar agua en la proa. Si antes habían estado en problemas, ahora las chicas estaban en peligro inminente. Me moví a estribor, detrás de Gavin, y plegué el asiento trasero a medida que él iba soltando el acelerador y reduciendo la velocidad. Después de todo, los barcos no tenían frenos. Un momento, ¿era broma?

–¿Solo hay dos chalecos salvavidas?

–Solo somos dos a bordo –respondió Gavin cuando nos detuvimos a unos veinte metros a babor del bote. Tomé uno de los chalecos color amarillo brillante y aseguré las tres hebillas sobre mi torso. Después, tomé el otro e hice lo mismo, pero jalé de los cordones para inflarlo y que entrara sobre el primero.

–¿Nos podemos acercar un poco más?

–No sin ir directo hacia ellas o seguir de largo –respondió Gavin, quitándose las gafas de sol–. Mierda, creo que están…

–¡Auxilio! –gritó la chica de camiseta rosa. Estaba parada en la proa del bote, que se sacudía violentamente, y sacudía las manos con desesperación, como si hubiera alguna posibilidad de que no las hubiéramos visto.

–¡Siéntate! –le grité, abriendo mucho los ojos. ¿Qué rayos tenía esa chica en la cabeza?

–Dame un chaleco. –Gavin extendió la mano.

La chica sentada en la parte de atrás se arrojó a buscar a la otra, pero el daño ya estaba hecho, y la siguiente ola golpeó el costado del bote, ya desestabilizado, y lo hizo volcar. Las chicas desaparecieron en el agua y se me detuvo el corazón.

–Yo voy –anuncié, trepando al asiento del acompañante. No había tiempo que perder.

–De ninguna manera. No voy a dejar que…

Me zambullí. Con el traje de buceo, el agua apenas había estado tolerable. Sin él, la temperatura me impactó como un puñetazo en el estómago, y me esforcé por conservar el aire en los pulmones. El chaleco salvavidas me empujaba hacia arriba, y tomé una gran

bocanada de aire no bien emergí a la superficie, con los ojos irritados por el agua salada.

–¡Maldición, Hudson! –gritó Gavin en algún lugar detrás de mí, pero yo estaba demasiado concentrado nadando como para responderle.

Por favor, Dios, que estén vivas las dos.

Me moví más rápido que nunca, incluso con el peso de los chalecos, motivado por la adrenalina y el terror por lo que me esperaba. El corazón me latía desbocado cuando me acerqué a la proa del bote volcado y encontré a las dos chicas aferradas al costado. Se estaban sujetando de la traca en la parte inferior del casco, y, del alivio, me quedé sin palabras. Estaban bien. En una situación precaria y que empeoraba a cada minuto, pero estaban vivas y… ¿discutiendo?

–¡Yo no sabía que tenía un agujero! –le gritó la chica de camiseta rosa a la chica de verde, que me estaba dando la espalda–. Ni que se estaba quedando sin gasolina. Y, sobre todo, ¡yo no te pedí que vinieras cuando lo saqué del cobertizo!

–Por supuesto que iba a venir –respondió la de verde, en tono sorprendentemente tranquilo a pesar de que le castañeaban los dientes–. Pensé que iba a poder detenerte. Papá nos dijo que nunca usáramos este bote.

–¡Solo quería estar dos minutos lejos de ella! –chilló la chica de rosa–. Y, ahora, ¡nos va a matar a las dos cuando se entere de que hundimos el bote!

–¿Tienen ganas de salir de aquí? –les pregunté. Me temblaba el pecho bajo los chalecos cuando me acerqué nadando al costado de la embarcación.

Las dos giraron la cabeza hacia mí y sus colas de caballo, empapadas, me salpicaron cuando me miraron por encima del hombro.

Fue el hilo rojo que caía por la sien de la chica que estaba más cerca de mí lo que me llamó la atención, pero fueron sus ojos los que la retuvieron. Casi demasiado grandes para su rostro en forma de corazón, eran del color del whisky puro y estaban enmarcados por unas pestañas arqueadas y tupidas que descendieron cuando

me recorrió con la mirada y se detuvo en las hebillas sobre mi pecho.

En el momento en que nuestras miradas se encontraron, me olvidé hasta de cómo demonios respirar, mucho menos podía pensar. Nunca me había caído un rayo, pero seguro que así debía sentirse. Y ella estaba sangrando. Cierto. *No te distraigas.*

–Estás herida… –comencé a decir, y se me cerró el pecho, agobiado por una preocupación desmedida.

–¡Ay, menos mal! –La chica de rosa se alejó del bote y se arrojó a mis brazos, y la atajé por puro reflejo–. Solo tengo catorce años. Soy demasiado joven para morir solo porque no revisé la gasolina… ni el bote –declaró dramáticamente, y se aferró a mis hombros mientras me miraba con los ojos color café llenos de terror–. Y no sé nadar muy bien.

¿Y había salido a navegar en un bote destartalado sin chaleco salvavidas?

–Dame un segundo y ya las ayudamos. –Pataleé hacia el bote–. Sujétate como si tu vida dependiera de ello.

La chica echó la cabeza hacia atrás, indignada, y casi pareció que se le iba a dislocar la mandíbula.

–Tiene puestos dos chalecos salvavidas, Eva –le dijo con calma la chica de los ojos color whisky–. Tienes que ponerte uno antes de que te lleve a su barco.

–Ah. Claro. –Eva se sujetó del casco cuando otra ola nos levantó y luego nos dejó caer, pero sin sumergir la embarcación–. Volverás a buscar a Allie, ¿no?

–Voy a estar bien, Eva… –comenzó a protestar la otra.

–En realidad, me parece que primero tendría que llevarte a ti –le dije a la chica de verde, que suponía que era Allie, mientras el frío se me colaba hasta en los huesos.

–Ella tiene dieciséis años y sabe nadar mucho mejor que yo –dijo Eva, alzando la voz.

–Eso es cierto. –A Allie le castañeaban los dientes–. Por favor, lleva a Eva. Yo te espero.

–Estás sangrando y no tenemos tiempo de discutir. –Pataleé para permanecer entre ellas cuando la corriente comenzó a llevarnos.

–Me corté el cuero cabelludo, no las piernas. No pasa nada. –Allie miró a Eva con preocupación.

–¿Perdón? –dije. ¿En qué universo lastimarse la cabeza era menos grave que lastimarse una extremidad?

–En serio, no sabe nadar bien. Por favor, sácala de aquí –suplicó Allie. Le chorreaba agua teñida de rosa sobre el mentón–. ¿Cómo te llamas?

–Hudson Ellis. –Estábamos tardando demasiado. Me desabroché las hebillas del chaleco de arriba y Eva me lo arrancó en cuanto me lo quité de los hombros–. Oye…

–Hudson –dijo Allie, con los dientes castañeando todavía–. Me llamo Alessandra. No sé si tienes hermanos, pero, para mí, no hay nada más importante que mis hermanas.

Hermanas. Eso explicaba su negativa.

–Excepto bailar –murmuró Eva, pasando los brazos por el chaleco salvavidas de a uno a la vez mientras otra ola nos sacudía.

–*Nada* –repitió Alessandra, reteniendo cautiva a mi mirada–. Tienes que llevar primero a mi hermanita. Por favor. No puedo dejarla aquí. –Vi el miedo en sus ojos, pero, aunque frunció el ceño y apretó los labios, levantó el mentón–. No me pienso mover hasta que ella se vaya.

Mierda. Yo tampoco podría haber dejado a Caroline o Gavin ahí. Entendía esa necesidad en un nivel celular, primitivo. Quizá nos torturáramos un poco, pero, pasara lo que pasara, siempre podíamos contar con el otro, y parecía que Alessandra sentía lo mismo por sus hermanas. Algo se me abrió en el pecho, y hasta la última gota de sentido común que tenía debió derramarse en el agua, porque ese sencillo pedido me hizo sentir que la conocía.

–Yo tengo hermanos –le dije, llevándome la mano al siguiente juego de hebillas–. Te entiendo.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Allie con los ojos entrecerrados, confundida.

Sacudí el brazo derecho para quitarme el chaleco y luego me estiré para sujetarme del bote antes de liberarme del salvavidas de neopreno amarillo y ofrecérselo.

–Póntelo.

–No. –Allie miró el chaleco y luego volvió a mirarme–. Lo necesitas. Las olas están muy altas.

–No lo necesito. Nado muy bien, y este es el único punto medio que se me ocurre. –Le dediqué una sonrisa tranquilizadora, o eso esperaba–. Tardaremos menos de cinco minutos en subirlas a las dos al barco.

–¿Cinco minutos? –preguntó Eva, asustada.

–Menos –repetí, sin quitarle los ojos de encima a Alessandra–. Se puede aguantar cualquier cosa por cinco minutos. Yo me quedaré con ustedes todo el tiempo. Toma el chaleco. –Lo que estaba haciendo iba en contra de todo lo que había leído sobre realizar rescates, pero no me importaba en lo más mínimo.

–No puedo hacerte eso –dijo ella, negando con la cabeza.

–Soy un desconocido –le recordé.

–No. Eres Hudson Ellis. –Le temblaron los brazos.

–Entonces, estamos en un punto muerto, porque tú no vas a dejar a tu hermana y yo no voy a dejarte a ti. –Empujé el chaleco hacia ella–. Soy bastante terco, así que lo único que vamos a conseguir con esto es prolongar el tiempo que pasen ustedes dos en el agua.

–Vamos, Allie, ¡me congelo! –intentó persuadirla Eva.

Alessandra tomó el chaleco y, tras ponérselo, los tres empezamos a nadar hacia donde estaba Gavin. Para cuando logré subirlas al barco, las chicas ya tenían los labios de un tinte azulado, y las olas habían engullido los restos de su bote.

–¿Qué mierda se te cruzó por la cabeza? –me preguntó Gavin, enfadado.

–Están vivas. –Le di mi sudadera negra de Rip Curl a Alessandra a pesar de sus protestas y luego le pasé prácticamente todas las toallas que teníamos a Eva antes de ayudarlas a sentarse–. Tendríamos que llevarte al médico.

Alessandra negó con la cabeza y se subió la cremallera de la sudadera.

–Mi mamá se va a dar cuenta de que no estamos.

¿Es en serio? Levanté tanto las cejas que casi me llegan a la coronilla.

–Si necesitas que te vea el médico, tenemos que ir –susurró Eva.

–No hace falta –le aseguró Alessandra, adoptando un tono más cortante con su hermana–. ¿Te imaginas lo que nos haría mamá?

¿Qué carajos? Incluso cuando nos pescaban a Gav y a mí haciendo algo que no debíamos, la primera reacción de mi mamá siempre era sentirse aliviada porque no habíamos terminado muertos por hacer una estupidez.

–Podríamos llamar a papá y listo. No irás a contarle a ella que… –comenzó a decir Eva, y se le llenaron los ojos de pánico.

–Nunca le cuento, ¿o sí? –replicó Alessandra. Sus manos desaparecieron dentro de las mangas de mi sudadera; prácticamente le quedaba de vestido.

–¿Te puedo mirar la cabeza? –le preguntó Gavin, pasando junto a mí mientras el barco se sacudía. Nuestro casco era más profundo que el del botecito, pero no era buena idea quedarnos mucho más tiempo ahí con la tormenta que se avecinaba. Alessandra asintió y Gavin se inclinó para examinarle la herida.

–Es pequeña y ya dejó de sangrar. No creo que hagan falta puntos –anunció, y me lanzó una mirada que decía que ya hablaríamos de mis decisiones más tarde.

–¿Nos pueden llevar a casa? –Alessandra enderezó los hombros y se recompuso con una velocidad impresionante y un poco perturbadora a la vez, pero sus ojos la traicionaban y delataban que no estaba tan tranquila como quería aparentar. *Es casi como si estuviera actuando*–. Vivimos en…

–Ya sé dónde viven –la interrumpió Gavin con una mueca–. Ahora las llevamos.

¿Sabía dónde vivían? Miré a mi hermano.

–Gracias. –Alessandra hundió las rodillas dentro de mi sudadera y su mirada buscó la mía–. De verdad. Gracias, Hudson.

–No es nada. –Maldición, me gustaba cómo decía mi nombre.

–Estamos a quince minutos, más o menos. –Gavin me miró y, con un gesto, me indicó la consola. Lo seguí a los asientos detrás del tablero–. Lo que hiciste fue muy irresponsable. –Negó con la cabeza y casi ni tuve tiempo de sujetarme de la barandilla que él ya había pisado el acelerador y se dirigía hacia los acantilados en el oeste del pueblo, pasando las playas locales–. Y cuidado con mirarla así.

Sabes quiénes son, ¿no? –me preguntó Gavin, levantando apenas la voz para que solo yo pudiera escucharlo.

–No, pero está claro que tú sí –respondí, frotándome los brazos con la toalla para recuperar la circulación. Mierda, qué frío–. Y no la estoy mirando. –Eso no era del todo mentira, ya que en ese momento estaba mirando hacia delante.

–Presencié toda la situación. La estás mirando. –Gavin resopló–. Y vas a terminar metiéndote en problemas. Son las hijas menores de los Rousseau. Alessandra y Eva, si mal no recuerdo. Que ni se te ocurra invitarla a salir. Sus padres no las dejan interactuar con nadie fuera de su círculo, mucho menos con lugareños.

Rousseau. Una de las familias con casas de veraneo junto a los acantilados, de esas tradicionales y adineradas. Qué desilusión. Las bailarinas. Con razón no las había reconocido. Entrenaban ahí cada verano, pero pasaban la mayor parte del tiempo encerradas hasta que su madre las exhibía en agosto en la competencia que, todos los años, atraía un torrente de bailarinas acompañadas por sus familias ricas.

–Son cuatro, ¿no? –Estaba bastante seguro de que había visto a un par en la cafetería una o dos veces al pasar por ahí, pero, en general, yo me pasaba los veranos trabajando de guardavidas en la playa.

–Sip –confirmó–. Y le echaste el ojo a la que, según Lina, es la callada, así que piénsalo mejor.

–¿Quién es Lina? –Me costaba considerar callada a Alessandra después del modo en que había discutido en defensa de Eva.

–La mayor –respondió Gavin con una mueca–. Tiene diecinueve años, es increíblemente talentosa y preciosa, y más frustrante que la mierda. No baja la guardia con nadie y, por desgracia para ti, me parece que eso es hereditario.

–Se ve que con algunos lugareños sí interactúan. –Le lancé una mirada cómplice.

–Alessandra no es Lina. No va a romper las reglas –dijo Gavin mientras surcábamos las aguas–. Y esta historia del rescate queda entre nosotros, porque Caroline las odia. No sé qué problema hubo con un batido y dice que son soberbias.

Mierda. Lo último que quería era herir los sentimientos de Caroline.

–Dudo que fuera Alessandra. –Quizá solo hubiera pasado cinco minutos con ella, pero no me parecía soberbia para nada.

–Menos mal que no la estabas mirando. De verdad, no las dejan salir con nadie, y no quiero verte llorando por los rincones. –Gavin puso los ojos en blanco y, después, se apiadó de mí y dejó de insistir.

Miré por encima del hombro y descubrí a Alessandra observándome de un modo que me hizo pensar que el hecho de que hubiera notado que yo llevaba dos chalecos salvavidas no era una anomalía en ella. Seguro que siempre estaba así de alerta, atenta a los detalles. Era fácil confundir a una persona observadora con una callada, sobre todo siendo muchas hermanas.

Alessandra ladeó la cabeza y me invadió la necesidad irracional de pasar más tiempo con ella. No de forma romántica, por supuesto: una chica como ella jamás se habría fijado en mí. Quería saber qué tipo de música escuchaba, qué libros le gustaban, cuáles eran sus películas favoritas. Quería saber si le molestaba que la tuvieran aislada y qué cosas la hacían sonreír. Y, cuanto más nos acercábamos a los acantilados, más se me cerraba el pecho.

Lo que dijera o hiciera en los siguientes cinco minutos iba a determinar si tendría la oportunidad de llegar a conocerla de verdad o si nuestro encuentro sería una cosa de una sola vez que me dejaría con la incógnita para toda la vida.

Alessandra se abrazó las rodillas contra el pecho con una mano y, con la otra, se sujetó de la barandilla, y después desvió la mirada cuando su hermana dijo algo que no alcancé a escuchar.

Cuando por fin llegamos a un muelle y un cobertizo gigantescos junto al mar, en la base de los acantilados donde estaban la mayoría de las mansiones de veraneo, había dos chicas morenas esperando, una preocupada y la otra, furiosa.

–Está enojadísima –murmuró Gavin mirando a la chica enfadada mientras nos acercábamos a babor del muelle–. ¿Cómo estás, Lina? –la saludó. Cuando ya estábamos a distancia de deriva, dejó el

motor en reposo. Las siguientes olas nos acercarían a la escalera y, si Gavin calculaba mal la distancia, papá nos iba a asesinar.

–Mis hermanas están en tu barco. Eso responde a tu pregunta. –Lina puso los brazos en jarra–. Aunque debo admitir que es lindo verte, Gavin.

–Tomo nota. –Vaya, ¿acaso mi hermano se estaba sonrojando?

–¿¡De dónde los conoces!? –gritó Eva.

Mientras tanto, yo avancé a estribor, solté las boyas para que no nos estrelláramos contra el muelle, me incliné sobre el casco y me preparé para tomar la escalera y sujetarme.

–Eso no es asunto tuyo –replicó Lina–. Ahora, denles las gracias a los Ellis y suban aquí. Ay, mierda, Allie, ¿estás herida? –Se puso de rodillas y se quedó mirando por encima del borde del muelle mientras nosotros nos acercábamos a la escalera a los sacudones.

–¿Está herida? –La otra hermana se sumó a Lina al instante–. ¿Es grave? ¿Puedes subir la escalera?

–No es nada, Anne –respondió Alessandra–. Te lo juro.

Sujeté la gruesa escalera y la madera crujió al sentir todo el peso del barco. Deprisa, la rodeé por completo con un cabo y até el barco a la cornamusa del medio para que la siguiente ola no nos empujara ni moviera la estructura.

–¿Los conoce? ¿Lina sale a escondidas? –le susurró Eva a Alessandra. Gavin apagó el motor.

–Así parece –respondió Allie, reprimiendo una sonrisa mientras ella y Eva se me acercaban–. Bien por ella.

Una chispa de esperanza, como unos fuegos artificiales, se me encendió en el pecho. Quizá Gavin tenía razón y a Alessandra no le gustaba romper las reglas, pero seguro no se oponía a hacer alguna excepción.

Eva dejó las toallas mojadas en el suelo del barco, nos dio las gracias en voz baja y trepó la escalera en medio de las olas. La siguiente ola salpicó la cubierta y los asientos.

–Mejor sube antes de que venga otra –le dijo Gavin a Alessandra, y consideré seriamente darle un puñetazo en el rostro a mi hermano.

–Sí. Gracias por rescatarnos. –Me regaló una sonrisa rápida.

–No es nada.

Le ofrecí la mano para ayudarla, pero ella ya estaba trepando el asiento y llegó a la escalera sin esfuerzo. Logró subir un par de escalones antes de que arremetiera la siguiente ola y, entonces, miró hacia abajo con una mueca mientras nos mecía una ola más pequeña.

–Mierda. Todavía tengo puesta tu sudadera.

–Hay dos opciones –le respondí con una sonrisa–. O te la quedas o la traes la próxima vez que te lleve a andar en barco.

–Qué atrevido –dijo Gavin por lo bajo.

Lo era, pero solo tenía unos diez segundos antes de que llegara la siguiente ola.

–No… –Alessandra abrió y cerró la boca dos veces–. No me dejan salir con chicos, y solo estaré aquí durante el verano.

–Me imaginé. –Mi sonrisa se ensanchó aún más–. ¿Y te dejan tener amigos durante el verano?

Ella frunció el ceño.

–Eso es debatible. No sé tratar a la gente.

–Deja una nota en la cafetería de los Ellis si decides que vale la pena debatirlo, Alessandra. –Sin dejar de mirarla, tomé la cornamusa y desaté el barco.

–De acuerdo. –Cuando sonrió, tuve que recordarle al latido de mi corazón que íbamos a ser amigos, como mucho–. Mis amigos me dicen Allie.

Vamos, carajo.

–Allie, entonces.

Quité el cabo de la escalera mientras Gavin arrancaba el motor. Ella negó con la cabeza como si no pudiera creer que acababa de admitir que estaba pensando en hacer una excepción, y trepó la escalera para ir con sus hermanas.

Al final de ese verano, era mi mejor amiga.

Al final del siguiente, me odiaba.

Y no podía culparla.

CAPÍTULO DOS
Allie

Quince meses después

Tenía la vista nublada y me zumbaban los oídos. ¿Qué acababa de pasar?

–Estás bien –me aseguró Lina, presionándome algo contra la cabeza mientras me chorreaba un líquido por el costado del rostro–. Vas a estar bien, Allie. Tienes que aguantar. Lo siento mucho. No debí girar tan rápido en esa curva.

Cuando miré a mi hermana, vi de reojo unas llamas danzando, pero no me salían las palabras. El olor acre del humo y el caucho derretido me hacía arder los pulmones cada vez que respiraba.

–Te quiero, Allie –me dijo Lina, sonriéndome–. Lo siento mucho.

Abrí la boca para decirle que yo también la quería, pero lo único que me salió fue un gemido porque me invadió una oleada de dolor que me retumbó en la cabeza y se extendió hasta una pierna. Traté de moverme. Con el pie izquierdo toqué la hierba del terraplén, lo que me hizo temblar todo el cuerpo, pero mi pie derecho no respondió. ¿Dónde estábamos? ¿Al borde de una carretera? ¿Por qué hacía tanto frío?

–Escúchame –me ordenó Lina, más firme. Todo me dio vueltas durante un segundo antes de volver a enfocar la mirada, pero algunas de sus palabras desaparecieron en medio del zumbido incesante que me partía la cabeza al medio. Lina me presionó la sien un poco más fuerte–. Sigue tu corazón y cuida de lo que dejo atrás.

¿Dejar? ¿Por qué nos dejaría? ¿Cómo iba a hacer yo para cuidar de Anne y Eva? Mis hermanas la necesitaban a ella, no a mí. Ella era a la que todas recurríamos.

–Tienes que vivir. –Se quitó el anillo (el de mamá) de la mano y me lo metió en el bolsillo de la falda blanca. O, al menos, antes era blanca. Ahora estaba manchada de marrón, gris y rojo. Lina me hizo llevar las manos al trozo de tela apoyado sobre mi cabeza–. Te quiero. No te muevas. Ya vienen a ayudarte. Espera aquí.

Mi hermana se levantó, se sacudió el ruedo del vestido azul y fue corriendo al borde del terraplén; su largo cabello castaño flotaba detrás de ella mientras corría. *Quédate.* La palabra sonó claramente en mi cabeza, pero mis labios se negaron a moverse. Las llamas se elevaron hacia el cielo nocturno y comenzaron a lamer las extremidades del árbol retorcido hacia el que corría Lina. No solo el árbol… el auto de Lina. Estaba todo compactado contra el tronco del árbol, con la puerta del lado del acompañante abierta de par en par, y salía fuego del capó destrozado.

Un accidente. Habíamos tenido un accidente. ¿Qué demonios estaba haciendo mi hermana? *No.* Traté de gritar, pero no salió ni un sonido. Lina fue corriendo hacia el lado del conductor. ¿Acaso no veía las llamas? ¿Qué podía haber en el auto que fuera tan importante? Ay, Dios, ¿Anne y Eva estaban con…?

Bum.

Una ráfaga de calor me golpeó la cara y alumbró la noche.

El auto explotó.

CAPÍTULO TRES
Allie

Danziela: Por Dios, es la mejor. Hoy la voy a ver bailar en Giselle y me muero de ganas!

Diez años después

Mi dedo se detuvo sobre mi playlist favorita. No era la noche adecuada para correr riesgos, así que elegí la playlist de la rutina, que estaba justo debajo. Tomé el hilo y la aguja y me puse manos a la obra.

Da una puntada. Empuja. Tira. Da una puntada. Empuja. Tira.

Giselle, de Adolphe Adam, sonaba en mis auriculares, y esa música familiar ahogaba todos los pensamientos que no tuvieran que ver con la presentación que se avecinaba. La noche anterior, había estado un segundo atrasada en los saltos en diagonal durante la variación del primer acto, y eso no podía volver a pasar. La memoria muscular guiaba mis manos mientras cosía la parte de abajo de mis mallas a una de las zapatillas de punta que había preparado para la noche inaugural.

Lina tendría que haber estado ahí, no yo. Ella habría sido perfecta para ese papel, y mi madre no había tenido ningún problema en recordármelo sin cesar durante los últimos tres meses de ensayos.

Da una puntada. Empuja. Tira. Cosía como si el hilo pudiera cerrar la herida de un duelo que ya tenía diez años y que nunca se terminaba de curar. Con el tobillo lesionado y todo, esa noche tenía que ser perfecta. Mamá iba a estar ahí y lo único que iba a recordar serían las fallas en mi desempeño. Me tembló la mano y la aguja atravesó la tela y me pinché el dedo. Maldije esa cosa puntiaguda, me llevé el dedo a la boca instintivamente y luego me fijé si me

había lastimado. Por suerte, la piel solo estaba resentida, pero no herida.

Mi vida misma me había llevado hasta ese momento: todas las horas que había pasado en la barra. Todas las uñas del pie (y el dedo también) que me había roto, todos los meses de rehabilitación después del accidente, hasta la tendinitis que nunca parecía curarse del todo. Por *ese* papel, en *ese* escenario, con *esa* compañía, había sacrificado mi cuerpo, mi tiempo, mi salud mental y cualquier cosa remotamente parecida a una relación normal con la mujer a la que tanto necesitaba enorgullecer esa noche.

Lo había sacrificado a *él.* Un dolor conocido latió al compás de mi corazón y me hizo más daño que el pinchazo de la aguja. ¿O él me había sacrificado a mí? Mi mano se detuvo.

–¿Todo bien?

La música amortiguó la pregunta de Eva, así que me quité un auricular y miré por encima del hombro hacia donde estaba ella, sentada en la única silla de mi camarín. Los perspicaces ojos café de mi hermana menor se cruzaron con los míos en el espejo del tocador y ella interrumpió su delineado de labios.

–¿Allie?

Eva arqueó una ceja maquillada. Quizá pareciera la más dulce de nosotras, con su rostro en forma de corazón, sus rasgos delicados y esos ojos redondos que podían aparentar inocencia de un modo muy creíble, pero era la más rápida de las hermanas Rousseau en atacar cuando se sentía herida… o solo molesta. Tenía todo el sentido del mundo que fuera la que más se parecía a nuestra madre, teniendo en cuenta que el fuerte de mamá era atacar primero.

–Estoy bien. –Le dediqué una sonrisa impecable.

Ponerme a pensar en mamá en ese momento no era una opción. Si lo hacía, se me aceleraría el corazón, se me cerraría la garganta y me empezaría a faltar el aire… *Mierda.* Arqueé el cuello y tragué el nudo que crecía en mi garganta. *Así.* Inhalé por la nariz y exhalé por la boca para deshacer el nudo y reprimir la oleada de náuseas que siempre me acometía antes de una presentación. Esa noche, parecía un tsunami.

–¿Por qué no te creo? –me preguntó Eva, y en el espejo vi el reflejo de sus ojos entrecerrándose apenas.

De ninguna manera iba a darle motivos para preocuparse por mí, mucho menos en su primera presentación como bailarina de la compañía. Yo sabía de al menos cuatro pares de hermanas que bailaban en la misma compañía en Estados Unidos, pero nosotras éramos las únicas en la Compañía Metropolitana de Ballet. Tendríamos que haber sido tres.

–No es nada.

Volví a enfocarme en la zapatilla y dejé el auricular izquierdo junto a mí, sobre la suave manta gris, justo cuando la orquesta pasó a la variación. *Empuja. Tira.* Concentrada en el movimiento metódico del hilo y la aguja, repasé en mi mente la coreografía de la variación. Era una de mis favoritas, pero eso no significaba que fuera más fácil de interpretar. *Ahí.* Ese había sido el momento en que la adrenalina había dejado de disimular el dolor que tenía en el tobillo durante la prueba de vestuario de la noche anterior, lo cual me había hecho dudar y perder el ritmo. Me estaba exigiendo demasiado, pero así lo requería el papel.

–¿Cómo anda el tendón de Aquiles? –me preguntó mi hermana, como si me hubiera estado leyendo la mente.

–Bien. –Porque cualquier otra respuesta habría provocado que saliera corriendo a decirle a Vasily, llena de preocupación fraternal.

–Mentirosa –murmuró mientras revolvía dentro de su neceser de maquillaje, con movimientos cada vez más agitados–. ¿Dónde está?

Tira. Con el oído que tenía libre, escuchaba la música fundiéndose con el sonido suave de los pinceles de Eva sobre el tocador, el roce de mis pantalones de calentamiento con cada pequeño movimiento y el zumbido del calefactor en la esquina del camarín, que mantenía a raya al frío de fines de enero que se había instalado tras bambalinas en la Ópera Metropolitana.

–¿Dónde diablos está mi labial de la suerte? –preguntó Eva con voz chillona.

–Fíjate en mi neceser.

–¡Tú no usas el tono Rojo Rabioso! –respondió, con voz cada vez más aguda.

–No, pero tú sí. –La miré–. Y yo te quiero.

–Y sabías que perdería el mío –respondió, relajando los hombros. Soltó su neceser y buscó el mío, y una sonrisa se asomó en sus labios.

–Y sabía que perderías el tuyo.

–Gracias –dijo. Su alivio casi era palpable.

Lacey llamó suavemente a la puerta, abrazada a su sujetapapeles favorito. Me quité el otro auricular y la música se desvaneció por completo.

–En treinta minutos, todos a su lugar –nos informó–. Ah, y su hermana está…

–Aquí –la interrumpió Anne, apoyándose en el marco de la puerta con esa sonrisa amplia y amigable que había heredado de nuestro papá, junto con los ojos color avellana y los rizos de un castaño dorado que llevaba recogidos en un sofisticado moño. Eva y yo habíamos heredado el pelo de nuestra madre, con mechones más oscuros que cualquier *espresso* que me hubieran preparado alguna vez, y, mientras que el de Eva era completamente lacio, la única manera de domesticar mis ondas era con un batallón de productos y visitas frecuentes a la peluquería. Los rizos de Anne siempre parecían perfectos sin ningún esfuerzo.

La presión en mi pecho se aflojó al instante y mi boca se curvó como imitando la suya, y esbocé una sonrisa. En nuestra familia amante del océano, Anne era como una palmera: los huracanes la sacudían, pero jamás la quebraban.

–¡Anne! –Eva se levantó de un salto y rodeó con los brazos a nuestra hermana mayor.

–¡Vaya! –Anne rio y la abrazó. Los diamantes de su anillo de bodas destellaban a la luz.

–Gracias, Lacey. Nosotras nos encargamos –dije, y la directora de escena asintió antes de marcharse.

–¡Te ves increíble! –Anne se alejó de Eva para verla mejor y se le enterneció la mirada–. El traje te queda a la perfección. Ya quiero verte sobre el escenario.

–Yo solo estoy en el cuerpo de baile. –Eva se encogió de hombros y dio un paso al costado–. Alessandra es la verdadera estrella. ¿No,

Allie?

–Solo por esta noche. –Le hice un nudo a la hilera de puntadas y flexioné el pie un par de veces para asegurarme de que aguantara.

–Para mí, eres la estrella todas las noches.

Anne se arrodilló junto a mí, sin preocuparse por su elegante vestido negro, y me abrazó despacio, procurando no correrme el maquillaje. Me entregué al abrazo y la apreté con fuerza, sosteniendo la aguja con el pulgar y el índice para no pincharla.

–Me alegro mucho de que estés aquí.

Anne siempre se las arreglaba para que todo estuviera bien. ¿Papá estaba de viaje de negocios? Ningún problema, Anne se sabía el cronograma. ¿Mamá criticaba el atuendo de alguna de las dos? Anne intervenía para distraerla. Mi hermana era la personificación de un abrazo cálido. Lina quizá fuera la primogénita, pero Anne siempre había tenido esa energía de hermana mayor.

–Yo también –susurró ella antes de alejarse lo suficiente para admirarme como a Eva–. Estás hermosa, como siempre. Te va a ir genial.

–Quiero que salga perfecto para ella –respondí mientras Anne se sentaba sobre la manta, con las rodillas a un costado.

–Como si pudieras hacer algo que no sea perfecto –murmuró Eva.

Anne le lanzó una mirada de reproche. Apoyé el pie derecho sobre el regazo y se me escapó una mueca de dolor al sentir un ardor intenso en el tendón de Aquiles.

–¿Te duele? –Obvio que a Anne nunca se le pasaba nada.

–Estoy… –empecé a decir.

–Si te atreves a decir la palabra "bien"… –me advirtió y su mirada astuta se posó en mi tobillo.

–Ayer le dieron una inyección de cortisona –dijo Eva, acercándose al espejo para mirarse el delineado.

–¿Kenna lo sabe? –preguntó Anne levantando las cejas.

–¿En calidad de mi mejor amiga o de médica de la compañía? Porque la respuesta es "sí" a ambas –repliqué–. Y ya tienes veinticinco años, Eva. –Uní mis mallas a la otra zapatilla y comencé a coser–. En algún momento debes dejar de delatarme, ¿sí?

–Y en algún momento tú tienes que aprender a tomarte las cosas con calma –me reprendió Anne.

–Mañana –respondí, cosiendo deprisa.

Al día siguiente, el set pasaría de *Giselle* a *Romeo y Julieta*, y aunque Eva también iba a bailar en el cuerpo de esa función, yo iba a estar libre durante las siguientes semanas, al menos en cuanto a presentaciones. Me tomaría uno o dos días para dejar descansar el tobillo, como me había sugerido Kenna, y luego lo pondría a prueba con Isaac.

–Contigo, siempre es mañana –suspiró Anne–. Si mamá supiera que bailas estando lesionada…

–¿De quién crees que lo aprendimos? –bromeó Eva.

Una ligera sonrisa asomó a mis labios. Mi hermana no se equivocaba. Seguir adelante a pesar del dolor era la primera lección que nos había enseñado mamá, tanto en el escenario como fuera de él. Por desgracia, eso nos convertía en una familia no solo de bailarinas profesionales, sino también de mentirosas profesionales.

–Estoy bien. Solo que últimamente han sido unas semanas difíciles, con los ensayos, las presentaciones y trabajar con Isaac.

–¿Isaac?

Anne miró a Eva mientras mis dedos trazaban el camino de la cicatriz plateada que tenía sobre el tendón de Aquiles. Se me vino a la cabeza el sonido de los vidrios rompiéndose, pero lo interrumpí antes de que el recuerdo pudiera apoderarse de mí. *Hoy no.* Esa noche iba a bailar para mamá, porque Lina nunca había podido hacerlo.

–Isaac Burdan –respondió Eva.

–Ah, el próximo Balanchine –dijo Anne, poniéndose de pie y sacudiéndose el polvo de las rodillas–. No me mires así, Eva. Solo porque ya no baile no significa que no esté al tanto de lo que pasa en este mundillo. Leo bastante, para que sepas.

Anne hacía más que leer: también organizaba la mayoría de los eventos de la compañía, incluido el Clásico de Haven Cove, que, gracias a nuestra madre, se había convertido en una de las competencias de verano más importantes de la categoría subveinte.

–Nunca dije lo contrario. –Eva levantó las manos como si la estuvieran arrestando–. Solo me sorprende que hayas leído que Isaac es el próximo Balanchine.

–No vayas a decirlo delante de él. –Sonreí y di las últimas puntadas antes de hacer el nudo–. Se le van a subir los humos a la cabeza.

Flexioné los pies y luego me puse de puntillas para probar la costura y me quedé quieta cuando me sentí segura de haber hecho un buen trabajo.

–¿Leíste que Allie coreografió un ballet con él? –El tono de Eva tenía un dejo travieso.

–¿De verdad? –Anne giró para mirarme con las cejas levantadas.

–No es nada. Creo. Él era el artista residente antes de la temporada de *El cascanueces*, y, la verdad, él la coreografió y yo solo le mostré qué quedaba bien y qué no. –Al pensar en las noches de trabajo hasta tarde en el estudio y en las mañanas temprano en su cama, sonreí. Isaac no era el hombre de mi vida; ese barco había zarpado hacía rato. Pero sí era el hombre de mi vida en ese momento y no podía pedir mucho más.

–¡Es increíble! –La sonrisa de Anne habría bastado para iluminar todo el edificio–. Tu propio ballet…

–Ya veremos.

Esbocé una pequeña sonrisa, acorde con mis expectativas respecto a Isaac, y tomé mi traje para el primer acto. Recorrí con los dedos el anillo de amatista que tenía en el bolsillo derecho y luego me bajé la cremallera de la sudadera vieja, de color negro desgastado y con los puños deshilachados, y la colgué en el respaldo de la silla. Después, me quité los pantalones de calentamiento y me puse el traje.

–Debe de estar bueno tener cremallera –murmuró Eva cuando Anne se acercó a subírmela–. En el cuerpo solo tenemos ropa con broches.

Me corrí el pelo, ya peinado para el primer acto, mientras Anne me subía la cremallera y, de alguna manera, logré morderme la lengua para no responder a las quejas de Eva.

–Seguro que el año que viene tú también tendrás una cremallera –le aseguró Anne, y me dio una palmadita en la espalda cuando terminó de ayudarme con el traje–. Mamá estaba encantada de saber que hoy las dos van a estar en el escenario.

Me sobrevino otra oleada de náuseas. La sopa de verduras que me había obligado a comer una hora antes amenazaba con volver a aparecer.

–¿Está en el palco familiar? –Sin duda, estaría ahí con el esposo de Anne. Levanté la manta del suelo y la arrojé sobre mi bolso.

–Con Finn y Eloise. –Anne no me quitó los ojos de encima mientras me paraba en puntas un par de veces para probar las zapatillas y los arcos.

–Pensé que Eloise estaba dando clases del método Vaganova. –Disimulé el dolor que se me disparó en el tendón en protesta.

–Acaba de retirarse. Y por algo tienes una suplente –terminó Anne en un susurro, frunciendo el ceño–. Si te exiges demasiado, el tendón…

–Solo necesito que empiece la música –la interrumpí, en voz igual de baja, y eché un vistazo a Eva, que se alejaba de espaldas hacia el pasillo–. Si fuera cualquier otro papel, quizá lo pensaría, pero Giselle…

Los ojos de Anne se encontraron con los míos y pestañearon rápidamente al quedar atrapados por la luz. Después, mi hermana apretó los labios y asintió.

–¿Vamos? –preguntó Eva por encima del hombro. Los bailarines pasaban frente a la puerta abierta rumbo a los bastidores.

–Vamos.

Me dibujé una sonrisa falsa y asentí. Anne entrelazó su brazo con el mío y, sin levantar la voz, me preguntó:

–¿La dejas que se cambie contigo? ¿No debería estar con el cuerpo? Para que se integre en el equipo y todo eso.

–Así de soberbia como la ves, se pone nerviosa. Todavía es la chica nueva para todos, menos para mí. –Yo había empezado a bailar en la compañía a los dieciocho años. Para cuando soplé las veinticinco velitas, había pasado de aprendiz a bailarina principal, pero a Eva recién la habían invitado a audicionar después de pasar

varios años en Boston y luego en Houston, empezando desde abajo–. Estoy tratando de facilitarle un poco las cosas.

–Le conseguiste la audición y aceptaste usar esa ridícula aplicación, Seconds, que le encanta –respondió Anne, apretándome el brazo con delicadeza–. Creo que ya la has ayudado más que suficiente.

Salimos al pasillo y nos encontramos con Eva, que nos estaba esperando junto a Vasily Koslov, el director artístico de la Compañía Metropolitana de Ballet. Me puse tensa. Vasily tenía el poder de endiosarnos o de arruinarnos. Tenía el cabello plateado y cuidadosamente cortado, como siempre, y el traje de tres piezas le quedaba a la perfección. Costaba creer que ese hombre alto de ojos azules y vivaces tuviera sesenta y cuatro años, igual que mi madre. A mi edad, ambos habían estado en esa misma compañía, pero Vasily después se había dedicado a la coreografía y se había casado con la directora ejecutiva, mientras que mamá se había retirado a regañadientes en su mejor momento para dedicarse a la maternidad y, más adelante, a la enseñanza.

–Ahí está. –Vasily sonrió y estiró la mano para tomar la mía. Me besó apenas los nudillos, como había hecho en todas las presentaciones desde que me habían ascendido a bailarina principal–. ¿Estás lista para deslumbrarnos, Alessandra?

–Haré todo lo posible para enorgullecerte.

Se me hizo un nudo en el estómago. *Tranquilízate. No vas a vomitar frente a Vasily.* Él era lo más parecido que tenía a un padre desde la muerte del mío.

–Hoy va a bailar para nuestra madre –agregó Eva.

–¿Vino Sophie? –Vasily desvió la mirada hacia Anne y se le formaron dos líneas entre las cejas, como si estuviera tratando de identificarla–. Nunca se aleja de esa escuelita exclusiva suya, solo para el Clásico. ¿Estará…?

–Le vamos a mandar saludos de su parte –interrumpió Anne antes de que él pidiera verla y nos viéramos obligadas a poner excusas.

–Ah. –El surco en su entrecejo se profundizó–. Annelli, ¿no? La hija que no baila.

–También organiza los eventos de la compañía, incluido el Clásico. –Reaccioné al instante en defensa de Anne, aunque sabía que el comentario no había sido malintencionado. Vasily tenía la mala costumbre de prestarle atención solo a la gente que estaba en su radar.

–Esa soy yo –respondió Anne con una sonrisa ensayada, y luego nos miró a Eva y a mí–. Las veo después. Tenemos que hablar de qué haremos este verano con la casa de la playa.

–Yo no puedo… –comenzó a decir Eva.

–Puedes y lo harás. –Anne le lanzó una mirada a nuestra hermana menor que indicaba claramente que hablaba en serio–. No vamos a perder la casa solo porque tú te niegas a tomarte vacaciones. –Luego, me clavó sus ojos avellana–. Y eso vale para ti también. Nos vemos más tarde.

Sin decir nada más, se marchó y desapareció entre el océano de bailarines uniformados que pululaban por el pasillo.

–¿La casa de Haven Cove? –me preguntó Vasily. Mientras caminábamos hacia el escenario, los bailarines se corrían de su camino, como el agua de un arroyo alrededor de un peñasco.

–Mamá puso la casa en un fideicomiso el verano pasado y nos impuso una condición ridícula: si nosotras tres no le mostramos pruebas de que pasamos tiempo juntas ahí todos los años, tenemos que vender la casa –respondió Eva antes de que yo pudiera hacerlo.

–Me sorprende de Sophie. –Vasily pestañeó–. Odiaba esa casa y que su padre la obligara a llevarlas a ustedes ahí todos los veranos. Se perdió muchas oportunidades de dar cursos intensivos de verano, pero al menos el Clásico nació ahí. –Le echó un vistazo a su Rolex y añadió–: Ah, Alessandra, hablé con Isaac. Quiere que nos reunamos la semana que viene para hablar de incluir el nuevo ballet que coreografió en el programa de otoño.

Al oírlo, se me aceleró el corazón.

–*¿Equinox?*

–¿Así le pusieron? –Su boca esbozó una sonrisa divertida–. Me encanta. –Vasily chasqueó la lengua cuando un joven del cuerpo apareció a toda prisa en el pasillo y, ante la reprimenda, el bailarín redujo la velocidad.

–Estoy disponible si quieres que lo interpretemos –le dije, esforzándome por contener el entusiasmo en mi voz. Vasily admiraba la compostura más que cualquier otra cosa.

–Te lo agradecería –respondió él, asintiendo. Habíamos llegado al punto en que el pasillo se bifurcaba y cada camino llevaba a una parte distinta del escenario–. Enorgulléceme, Alessandra. Tú también, Eve. Ah, Maxim, ahí estás.

Sin más, fue por el otro pasillo para encontrarse con el insoportable de su hijo, el coreógrafo, que era idéntico a todas las fotos que yo había visto de Vasily a los treinta años.

–Me llamo Eva –masculló ella cuando él ya no podía escucharla–. No me presta ni la menor atención. Pero estoy contenta por ti –añadió, rodeándome la cintura con el brazo.

–Gracias. –Apoyé la cabeza contra la de mi hermana–. Se aprenderá tu nombre para la próxima temporada. Brillas mucho más que cualquier otro bailarín del cuerpo, y él va a notarlo.

Los años de disciplina eran lo único que me impedía ponerme a gritar de alegría. Si incluíamos *Equinox* en el programa de otoño, tendría un papel creado especialmente para mí. Eva y yo caminamos hacia la acogedora oscuridad de los bastidores para nuestro ritual previo a la presentación, y sentí que los años se evaporaban a cada paso que dábamos. Pasamos junto a unos cuantos bailarines y un par de tramoyistas y, para cuando llegamos al final del telón, donde unos pocos centímetros preciosos de luz nos separaban del público, yo tenía seis años otra vez y estaba espiando para ver si mi mamá y mi papá estaban entre el público. Excepto que ahora solo éramos dos y antes habíamos sido cuatro.

–La veo –susurró Eva, aprovechando los centímetros que me llevaba para mirar por encima de mi metro sesenta y siete.

–Yo también.

Sentí las palmas calientes y me comenzó a latir rápido el corazón cuando miré hacia los asientos familiares (entrepiso de la derecha, palco siete) y, de inmediato, vi a mamá y a su mejor amiga, Eloise. Maldición. Mi madre ya estaba de mal humor.

Para todos los demás, la legendaria Sophie Langevin-Rousseau era parte de la realeza de la Compañía Metropolitana de Ballet, la

máxima expresión de la sofisticación y la elegancia, pero yo veía una bomba a punto de explotar. Mi madre estaba sentada ahí, con los hombros erguidos, el mentón levantado y el cabello oscuro veteado de plateado recogido en un impecable moño francés, pero fueron sus uñas manicuradas, que tamborileaban con impaciencia sobre la barandilla, las que la delataron mientras observaba a la orquesta. No la estaba mirando, estaba buscando imperfecciones. Como era de esperar, sus labios, maquillados a la perfección, se fruncieron en una mueca de desaprobación cuando el flautista llegó apresurado, obviamente retrasado.

Anne llegó al palco, se sentó junto a su esposo, que iba vestido de traje a rayas, y podría haber jurado que lanzó una mirada justo en nuestra dirección antes de abrir su copia del programa.

–Eloise está linda –susurró Eva–. Igual que los hombres con los que vino.

–Eloise siempre tuvo muy buen gusto –reconocí.

Una brisa fresca me levantó el pelo de la nuca cuando Eva se alejó y me dejó sola junto al telón. Luché contra el impulso, pero ganó (siempre ganaba) y miré hacia la última fila de la planta baja. El asiento del medio estaba libre, tal y como estipulaba mi contrato. Volví a sentir ese dolor en el pecho, como todas las noches esa semana. La única vez que la variación me había salido bien de verdad, él había estado… *Basta.* Lo había logrado una vez (bailar la rutina a la perfección) y volvería a lograrlo esa noche. Aparté la mirada del asiento vacío y volví a mi lugar entre bastidores.

Unos minutos después, se levantó el telón, empezó la música y observé a Everett salir al escenario como Hilarion y después, a Daniel como Albrecht; los dos exudaban la perfección que se esperaba a nuestro nivel.

La adrenalina comenzó a fluir por mi cuerpo nada más oír los aplausos del público, y rápidamente superó cualquier protesta que mi tobillo hubiera pensado en plantear. Las luces y la música ocupaban todos mis pensamientos; se llevaron el dolor, la preocupación, hasta el peso de plomo de la mirada de mamá, hasta que ya no solo estaba interpretando a Giselle, sino que *era* Giselle.

A los veinte minutos, la adrenalina amainó y empecé a sentir dolor en la parte de atrás de la pierna cada vez que me ponía de puntas. Vi a Eva confundirse por un momento cuando miró hacia el palco familiar. Fue un error casi imperceptible, pero, sin duda, mi madre la regañaría toda la noche por eso. Le lancé una sonrisa tranquilizadora cuando le di la espalda al público, pero el rubor rosado de sus mejillas no se disipó incluso bajo las capas de maquillaje.

La música cambió a mi variación y respiré hondo, levantando el brazo en un gesto hacia la única madre que importaba en ese momento, la que estaba sobre el escenario, y luego hacia mi futuro amante, Albrecht. Y después empecé a bailar.

Cuando hice el primer *arabesque,* sentí una explosión de dolor en el tobillo derecho. *Mierda.* La sonrisa no se me borró ni por un momento mientras apretaba los dientes. El *arabesque* había salido impecable, eso era lo único que importaba. El dolor era momentáneo. Mientras me desplazaba por el escenario, el dolor fue disminuyendo hasta que volví a hacer el movimiento. Entonces, se encendió como una llama alimentada con combustible. Una y otra vez, crecía y menguaba, haciéndose más intenso y más doloroso conforme avanzaba la variación; cada movimiento ponía a prueba los límites de mi sonrisa y mi tolerancia al dolor.

Anne tenía razón. Yo tenía suplente. Pero no estaba bailando solo por mí. Esa noche, bailaba por Lina. Por mamá. *Solo por hoy,* le prometí a mi tendón de Aquiles. Podría descansar al día siguiente y cederle el mando a mi suplente en la próxima presentación. Tenía que sobrevivir a esa noche. No podía fallar, no delante de ella.

Después de una serie de giros, mi sonrisa se transformó en una mueca y Eva me miró con atención desde donde estaba sentada, junto a las otras paisanas. Desvié la mirada y volví a centrarme en el público. Hice una serie de saltos sobre el pie izquierdo, moviéndome en diagonal por el escenario, para darle un respiro al tobillo derecho, que me dolía a un nivel insoportable y nauseabundo, pero manejable. Solo tenía que aguantar hasta completar los giros *piqué.* Cuando cambió la música, me preparé para la serie de dieciocho giros que recorrerían todo el escenario. *Se puede aguantar cualquier cosa durante cinco minutos.* Su voz se coló en mi cerebro sin

invitación. Yo tenía que soportar solo quince segundos. Podía hacerlo.

Los rostros se difuminaron cuando comencé a girar en puntas, y moví la cabeza hacia los puntos que había elegido para mantener el equilibrio mientras las llamaradas de dolor me lamían la pierna y ardían a través de mí en una agonía tan intensa que me mordí el labio… y seguí. En el undécimo giro, llegué al lado izquierdo del escenario y miré la silla vacía de la fila de atrás, que era el único lugar del teatro que me mantenía centrada.

Doce. Me flaquearon los brazos y se me entrecortó la respiración cuando vi que un hombre ocupaba el asiento. *Imposible.* Solo una persona podía retirar esa entrada, y no lo había hecho en diez años.

Trece. Con cada giro, me daba vueltas la cabeza. El asiento estaba vacío. Seguro estaba confundida por el dolor.

Catorce. ¿O acaso había visto unos mechones de cabello color arena, despeinado por el viento y aclarado por el sol?

Quince. El fuego subió por mi tobillo hasta mi pecho al recordar esos ojos verde agua y el hoyuelo que se le formaba en la mejilla izquierda cuando sonreía. ¿Estaba ahí?

Dieciséis. El asiento estaba vacío. Llevaba una década vacío y seguiría así mientras yo le pidiera a la compañía que lo dejara reservado, igual que el agujero profundo en mi pecho, en el lugar donde había estado mi corazón desde la noche en que el vidrio se rompió, el metal se compactó y el tobillo se… *¡Concéntrate!*

Diecisiete. Me convertí en dolor. Mi tobillo gritaba cuando hice los dos últimos giros, exigiendo el tendón más allá de sus límites.

En el silencio entre los últimos compases del *staccato* de la orquesta, lo escuché, como el chasquido de unos dedos bajo el agua. Caí sobre la rodilla derecha, la última posición de la variación, y extendí el brazo hacia mi madre del escenario. *Lo logré, Lina. Lo logré.* El aplauso ensordecedor del público me envolvió mientras trataba de pararme, pero la gravedad me tiró hacia delante. Mis manos se estrellaron contra la superficie pulida del escenario y, a mi derecha, escuché a Eva soltar un grito ahogado.

Tardé un segundo, y luego otro más, en comprender.

Mi pie. No respondía, casi como si perteneciera al cuerpo de otra persona. Me invadió una angustia descomunal, se abrió paso hacia mis venas como un ácido y quemó la mismísima esencia de mi ser, hasta que emergió de mi boca en un grito que silenció a todo el teatro.

Mi carrera había terminado.

CAPÍTULO CUATRO
Hudson

FouettéNY92: ¿Alguien volvió a ver a Alessandra Rousseau desde que se lesionó? Contenido nuevo, digo. Apuesto a que su lesión es más grave de lo que dicen. HermanasRousseau4

Cuatro meses después
Costa de Cabo Cod, Massachusetts

–¡Basta! –grité por encima del bramido furioso del océano y de los gritos agudos e incesantes del cuarentón al que estaba tratando de salvarle la vida. Los gritos no me molestaban tanto, pero el modo en que intentaba ahogarme me estaba sacando de quicio.

El océano Atlántico volvió a abofetearme la cara de lleno cuando el tipo me empujó los hombros hacia abajo al tratar de usarme de flotador. *Me cansé.* Le quité las manos de mis hombros y me liberé. Comencé a patalear hacia arriba y me llené los pulmones de aire antes de acomodar al tipo, que no paraba de retorcerse, para que su espalda quedara contra mi pecho.

–¡Quédate quieto o nos vas a hacer ahogar a los dos!

–¡No quiero morir! –chilló.

–No me digas. ¡Yo tampoco! –Entrelacé sus brazos con los míos y le eché un vistazo a su perra, una *golden retriever* que luchaba por mantenerse a flote junto a la embarcación volcada que estaba peligrosamente cerca de nosotros. Por la hora a la que habíamos recibido la llamada de emergencia, llevaban cuarenta y cinco minutos en el agua y la perra apenas si lograba mantener la cabeza por encima de las olas–. Sujétate bien y déjame llevarte a la camilla. Después vengo a buscar a tu perra.

–¡Al carajo la perra! –El hombre me hundió los dedos en el brazo, luchando por liberarse.

Por un segundo, me pregunté a quién quería rescatar primero. Claramente, la perra era la mejor opción.

–Te estás acercando demasiado al naufragio y ya casi no nos queda combustible –me dijo Ortiz a través del intercomunicador, pero yo no podía liberar una mano para tocar el botón y responderle al piloto, que sobrevolaba a mi izquierda.

Pataleé para alejarnos del barco que se hundía (parecía una lancha de esquí de seis metros) y me dirigí hacia el flujo descendente provocado por el helicóptero. El agua nos golpeaba en el rostro, lo que hizo que el tipo se agitara con más ímpetu. Logró liberar un brazo y me dio un codazo en la mandíbula. Casi no sentí dolor, pero sabía que llegaría más tarde.

–¡Sube a la puta camilla!

El hombre prácticamente se me trepó encima para poder subir. Pataleé para liberarme de la cuerda y le hice un gesto a Beachman para indicarle que ya podía levantar la camilla de rescate.

–Te copio –me respondió a través del intercomunicador, desde su posición–. Ya lo levantamos.

La camilla se elevó entre las olas y me dirigí hacia la lancha.

–¿Adónde diablos piensas que vas, Ellis? –me espetó Ortiz a través del auricular. Seguro que me estaba fulminando con la mirada desde la cabina.

–A buscar a la perra.

Toqué el botón para responderle y comencé a nadar hacia el barco volcado. La luz de la mañana se reflejaba en el casco resplandeciente: se notaba que era una nueva adquisición. Me pareció oír a Ortiz refunfuñar a través de la radio:

–Obvio que vas a buscar a la perra.

–¿De verdad vas a decirme que no la salve? –Solté el botón y seguí nadando.

–Date prisa. Nos debe quedar combustible para unos diez minutos.

Habíamos estado patrullando cuando recibimos la llamada. De no haber sido así, podríamos habernos quedado sobrevolando el

océano un par de horas más.

Luché contra las olas para llegar hasta la perra, que intentaba volver a bordo sin éxito, y mascullé un insulto. Estaba demasiado cerca de la lancha. Apreté los labios y solté un silbido; entonces, la perra levantó las orejas antes de que una ola se alzara y la tragara. *Mierda.*

–No vayas a… –me advirtió Ortiz, pero yo ya me había puesto la boquilla.

Me sumergí bajo el agua y nadé peligrosamente cerca del barco volcado. Sujeté a la perra del collar y me acerqué su cuerpo (que me resultó más pequeño de lo que esperaba) y volví a la superficie. O me había equivocado de raza o era solo una cachorra. Por suerte para mí, la perra tomó una bocanada de aire nada más salir a la superficie, porque yo no tenía mucha experiencia en reanimación cardiopulmonar canina. La atraje a mi pecho, escupí para quitarme la boquilla y empecé a nadar de espaldas para alejarme de la maldita lancha de esquí que jamás tendría que haber salido de la bahía.

–Estuviste muy bien –le dije a la perra.

–Pasajero asegurado –anunció Beachman por el intercomunicador–. Ya te enviamos la camilla, Ellis.

–Te copio. –La perra ni se inmutó cuando entramos en el torbellino provocado por el helicóptero, y respiraba con una lentitud preocupante. Hipotermia. Mayo no era un mes muy hospitalario con los nadadores–. Ya casi llegamos. Buena chica.

Le acaricié la cabeza con la mano enfundada en un guante. Cuando bajaron la camilla, primero la hice subir a ella y luego trepé yo con toda la gracia de la que es capaz un tipo con aletas. Después de colocar a la perra sobre mi regazo y de sujetarme bien, apreté el botón del intercomunicador:

–Pasajero asegurado. Listos para la extracción.

–Te copio. Levantamos la camilla –respondió Beachman. Un segundo después, ocupábamos asientos de primera fila para presenciar el hundimiento de la lancha, que se perdió en las fauces del océano. Yo había visto cientos de escenas parecidas en los últimos diez años.

–Menos mal que no estabas ahí –dije, aunque la cachorra difícilmente pudiera oírme por encima del ruido del helicóptero.

Beachman nos ayudó a entrar y dejó de mascar chicle un segundo para exhibir una gran sonrisa al ver a la perra.

–Todos los pasajeros están a bordo.

–Te copio. Nos dirigimos de regreso a la base –respondió Ortiz desde el asiento del piloto.

–Llevamos un can –agregó Shadrick desde la cabina. Miró por encima del hombro y sonrió.

–Llevamos un can. –Asentí, me acomodé en un asiento y me puse un calzado más cómodo (mis botas) mientras Beachman envolvía a la cachorra en una manta. Ahora que ya no estábamos en el agua, se veía mejor el tamaño de sus patas. Debía tener unos siete u ocho meses. Beachman me entregó el montoncito empapado rápidamente para poder asistir a su dueño, que estaba mirando por la ventana con una expresión petrificada que yo ya había visto demasiadas veces durante mi carrera.

–Estación Cabo Cod, aquí eco seis ocho –dijo Ortiz a través del intercomunicador–. Llevamos un pasajero que necesita atención médica. Sospecha de hipotermia.

El operador le respondió mientras yo abrazaba a la perrita contra mi pecho. Por más que la frotara para que recuperara la circulación, le costaba mantener los ojos abiertos. Veinte minutos de vuelo nos separaban de la base aérea de Cabo Cod y, para mi alivio, cuando llegamos, la perra todavía respiraba. Beachman y el tipo se bajaron y se alejaron de la pista rumbo a la ambulancia que estaba esperándonos, mientras los pilotos apagaban la nave.

–Parece de siete meses más o menos, ¿no? –grité por encima del ruido cada vez más suave de las hélices cuando nos alejamos un poco.

–Algo así –respondió el tipo, aferrándose a la manta que lo cubría por encima de la camiseta verde flúor–. No me acuerdo.

–¿Cómo se llama? –Acomodé a la perra entre mis brazos mientras nos acercábamos al equipo médico y a nuestro comandante. El capitán Hewitt casi siempre tenía un aire de fastidio, pero ese día parecía *furioso.*

–Sadie –murmuró el hombre–. Mi exnovia eligió el nombre. –Buscó mi mirada con la suya–. ¿Hay alguna posibilidad de salvar la lancha?

¿Era en serio?

–No. Ya está perdida –respondió Beachman en mi lugar antes de hacerles un resumen de la situación a los paramédicos–. No por nada a este lugar le dicen el cementerio del Atlántico.

–¿Arriesgaste a la tripulación por un perro? –me preguntó el capitán Hewitt, frunciendo el ceño y cruzando los brazos sobre el uniforme planchado a la perfección.

Sin duda, se venía otro sermón sobre mi imprudencia, pero yo había aprendido hacía mucho tiempo que era mil veces mejor arriesgarme y regresar con un sobreviviente antes que no hacerlo.

–No arriesgué a nadie. Terminamos con cinco minutos de sobra –respondí antes de entregarle a Sadie al paramédico. El enojo asomó a su feo rostro cuando el dueño ignoró por completo a la cachorra–. Tiene que verla un veterinario –añadí, y el médico asintió.

–Corriste más rápido que tu destino, chiquita –le dijo Beachman rascándole la cabeza–. O, mejor dicho, nadaste más rápido.

El capitán Hewitt suspiró con tanta fuerza que casi superó el ruido del helicóptero.

–¿Me quiere explicar por qué siempre veo su nombre sobre mi escritorio, suboficial Ellis?

–Parece que siempre estoy en el lugar indicado en el momento indicado. –Me encogí de hombros. Era mi mayor bendición, pero, a veces, también era una maldición.

–Es el tipo más afortunado que conozco –intervino Beachman, y me dio un golpecito en el casco. A Eric y a mí nos habían transferido a la base aérea de Cabo Cod más o menos en la misma época, tres años atrás, y el californiano era mi amigo más cercano, por fuera de los lugareños.

–Sécate –me ordenó el capitán tras poner los ojos en blanco–. Los veo a ambos en veinticuatro horas.

Vamos, carajo. Tendré todo un día libre antes de tener que volver para el siguiente turno.

–Sí, señor.

–¿Vienes hoy? –me preguntó Beachman mientras caminábamos hacia el hangar. Se acomodó el casco bajo el brazo y pasó los dedos por sus rizos cortos y castaños–. Por si hace falta que te lo recuerde, la hermana de Jessica se muere por conocerte.

–Lo voy a pensar.

Y lo pensé, hasta que abrí mi casillero y vi que Caroline me había enviado un mensaje de texto. Dos horas y una muda de ropa después, y cargando dos bolsas de compras, entré a la cocina de mis padres (no, me corrijo, a la cocina de Caroline) por la puerta lateral, que estaba abierta. Mi hermana mayor les había comprado la casa a nuestros padres cinco años atrás, cuando ellos la habían dejado a cargo de la cafetería y se habían mudado de la península, pero yo seguía pensando que era la casa de ellos.

–¡Llegué! –exclamé por encima de la música clásica que retumbaba en el piso de arriba, y dejé las bolsas, junto con mis llaves, en la isla de linóleo.

La cocina no había cambiado nada desde mi penúltimo año de secundaria, cuando mi mamá se obsesionó con las manzanas. Papel tapiz de manzanas. Cortinas de manzanas. Tiradores con pequeñas manzanas rojas. Caroline siempre decía que iba a remodelarla, pero nunca lo hacía. La habitación se había quedado congelada en el tiempo, y yo también me sentía anacrónico desde mi regreso, tres años atrás. Ya nada se sentía del todo bien.

–¡Gracias! –Caroline entró deprisa en la cocina, hundiéndose horquillas en el cabello rubio para acomodárselo detrás de las orejas–. Eres un santo, Hudson. –Me estampó un beso en la mejilla y se acomodó la camisa blanca, que tenía grabado el nombre de la cafetería a la altura del corazón.

–¿Tienes idea de dónde está?

Doblé la visera de mi gorra de los Bruins y traté de disimular el fastidio en mi voz. Los sábados eran los días de más trabajo para Caroline, y Gavin lo sabía. Era muy desconsiderado de su parte desaparecer así.

–Seguro que está durmiendo hasta que se le pase la resaca de anoche. –Mi hermana se encogió de hombros y estiró la mano para

tomar su cartera, que colgaba de la puerta–. Ya sabes cómo es Gavin.

–Sí. –Por desgracia, lo sabía, y por eso mismo el mensaje de Caroline no me había sorprendido. Gavin era tan confiable como el papel higiénico de hoja simple. Alguien siempre tenía que lidiar con la mierda por su culpa, y ya no era gracioso.

–Si viene, avísame. Salgo a las cinco. –Miró el reloj, donde las dos manecillas casi se tocaban–. ¿Puedes quedarte a cargo cinco horas? Está… de mal humor.

–Tiene diez años –respondí. La lámpara de tres bombillas que pendía sobre la isla de la cocina tembló, y luego la música se detuvo.

–Dice el único que le cae bien a mi hija. Seguro vio tu auto en la entrada, porque me viene dejando sorda con esa música hace dos horas. –Caroline se colgó la cartera del hombro–. Te juro que piensa que soy su peor enemiga.

–Quizá las cosas mejoren si la anotas en la academia de Madeline. –Por la selección musical, era bastante obvio que habían discutido otra vez por las clases de baile.

–¿Para que mi hija se convierta en una de esas divas malcriadas? –resopló Caroline. Se oyó el sonido de unas pisadas suaves en la escalera, pero luego se detuvieron–. No, gracias. Ya bastante malo es que las insulsas de las Rousseau transformen este lugar en un circo con esa competencia todos los veranos, pero la forma en que se ilusionan las chicas de aquí, como si tuvieran alguna posibilidad de ganarles a esas mocosas que les roban todas las oportunidades de ganar una beca en esa estúpida escuela es… –Se puso tensa–. No, y punto.

Otra vez lo mismo, pensé.

–Pero quizá Juniper sea realmente talentosa. Nunca lo vas a saber si no le das una oportunidad. –Ignoré su comentario mordaz sobre las veraneantes más famosas de nuestro pueblito, como hacía siempre, pero sentí una presión en el pecho, y metí las manos en los bolsillos delanteros del pantalón. Solo una de las chicas Rousseau volvía todos los veranos: Anne. Ni Eva ni… Allie lo hacían, lo cual seguro era para mejor. Un escalón crujió a mis espaldas; debía de

ser el tercero, el que siempre me había delatado de chico–. Y nunca te quejaste de todo el dinero que traen esas bailarinas gracias a la competencia.

La presión se transformó en dolor. ¿Cómo carajo era posible que todavía la extrañara así después de diez años? Sus ojos color whisky, la manera en que se le fruncía la nariz al reír, su sonrisa –la verdadera, no esa mierda falsa y ensayada que les mostraba a los demás–, su capacidad única de escuchar de verdad…

–El dinero de sus padres. ¿No puedes estar de mi lado y ya? –Mi hermana me clavó el dedo y levantó las cejas–. Entre tú y Gavin, que le dan a June todo lo que quiere… –Hundió los hombros y suspiró, y, cuando la luz le dio en el rostro, resaltó los círculos violeta bajo sus ojos–. Necesito que alguien esté de mi lado.

–Es nuestro deber como tíos. Si quieres que alguien esté de tu lado, llama a mamá y a papá.

Me encogí de hombros; no iba a disculparme. ¿Habíamos mimado demasiado a la niña después de la muerte de Sean, cuando Caroline se convirtió en madre soltera? Por supuesto. Pero ¿me arrepentía? Ni un poco. Le había prometido a Sean en su lecho de muerte que trataría de contrarrestar la ansiedad de Caroline con respecto a todo lo que tuviera que ver con Juniper para que mi sobrina pudiera divertirse un poco, y no pensaba faltar a mi palabra. Punto.

–¿Qué tienes ahí? –Ladeó la cabeza al ver las bolsas de compras. Tomé una y saqué unas bananas.

–Mejor vete.

–Solo cinco horas –prometió Caroline–. Y gracias. De verdad, Hudson, no podría hacerlo sin ti. –Sí que podía, pero se negaba a aceptar la ayuda que mis padres le ofrecían incansablemente. No le dije lo que opinaba al respecto.

–Yo me encargo. –Señalé la puerta con la cabeza y Caroline se marchó, y el mosquitero se cerró de un golpe. Cuando escuché que sacaba el auto de la entrada de gravilla, me asomé al pasillo que daba a la sala de estar–. Ya puedes salir.

–¡Tío Hudson!

Juniper rodeó rápidamente el poste al final del barandal de la escalera y se acercó corriendo a la cocina. Luego, se lanzó a mis

brazos, hecha un revoltijo de piernas larguiruchas y largo cabello castaño.

–Hola, June. –La atajé sin esfuerzo y la abracé fuerte un segundo antes de adoptar lo que esperaba fuera una expresión seria y dejarla en el suelo–. ¿Otra vez estás peleando con tu mamá?

–Limita mi expresión creativa –repuso ella, quitándose el pelo de la cara–. ¿Qué te pasó en el mentón?

Con cuidado, me toqué la parte del rostro que estaba señalando.

–Un hombre me golpeó cuando lo estaba rescatando.

–¿Quién haría eso? –preguntó, frunciendo su nariz salpicada de pecas.

–El miedo les hace hacer cosas extrañas a las personas. ¿Qué niña de diez años usa Bach para amedrentar a su madre un sábado por la mañana?

–Era Stravinsky. –Levantó las cejas y me lanzó la misma mirada que Caroline. June quizá fuera adoptada, pero estaba claro que había heredado la actitud altiva de mi hermana–. De *La consagración de la primavera.* Que no me deje tomar clases no significa que no pueda mirar ballet. –Se cruzó de brazos–. Igual es una regla estúpida.

–Pero no deja de ser una regla. –Juniper tenía razón. La regla de mi hermana de prohibir el ballet era tan ridícula como los intentos de mis padres por castigarnos a Gavin y a mí de adolescentes teniendo una escalera perfectamente funcional justo afuera de la habitación que compartíamos, pero yo no era el padre en esa situación–. ¿Le escribiste al tío Gavin? –Cambié de tema mientras June se sentaba en uno de los taburetes de la isla.

–No. Se supone que no tengo teléfono. –Reprimió una sonrisa y se hizo la inocente.

–Como si Gavin no lo supiera.

Corrí las bananas y descargué el contrabando de las bolsas. Caroline se deslomaba en la cafetería, así que lo más coherente era que Juniper tuviera un teléfono. Y ni hablar del hecho de que Gavin en general atendía sus llamadas, aunque estuviera ignorándome a mí o a Caroline.

–¡Pop-Tarts! –exclamó Juniper, y le brillaron los ojos color café. Tomó el paquete surtido y se lo llevó al pecho–. Eres mi tío favorito.

–Ajá.

Le alboroté el cabello y guardé el resto de los bocadillos en el armario, detrás de la licuadora que Caroline nunca usaba. Quizá fuera un mal hermano por ser el traficante de azúcar de mi sobrina, pero era un tío increíble, y con eso me bastaba. Juniper abrió el envoltorio y se llevó la mitad de la galleta de fresa a la boca.

–¿Tío Hudson?

–¿Mmm?

Arrojé las bolsas reutilizables encima de la pila que estaba sobre el refrigerador y me preparé para el impacto de lo que vendría, apoyado contra los muebles de roble.

–Si hubiera alguna forma de convencer a mamá de que me mandara a clases de ballet, ¿me ayudarías? –Partió un trozo pequeño, calculado, de la segunda galleta, un claro indicio de que tramaba algo.

–No hay. –Negué con la cabeza.

–Pero si la hubiera, me ayudarías, ¿no? –preguntó, frunciendo la frente–. La nueva temporada empieza en menos de dos semanas.

–Para no dar más vueltas con esto, sí. Si hubiera alguna forma de convencer a tu mamá, te ayudaría. –Era una promesa fácil de cumplir, teniendo en cuenta que no había ninguna posibilidad. Habría sido más fácil convencer a Caroline de dejar que Juniper se hiciera un tatuaje antes que convencerla de permitir que pusiera un pie en un estudio de danzas.

–Promesa de meñiques.

Mi sobrina estiró la mano y flexionó todos los dedos menos el meñique, y yo me acerqué y entrelacé el mío con el suyo para sellar nuestro ritual sagrado.

–Promesa de meñiques.

Juniper sonrió y se le marcó un hoyuelo en la mejilla izquierda, y a mí se me erizaron los pelos de la nuca.

–Bueno –se llevó un pedacito de Pop-Tart a la boca y masticó–, yo creo que odia el ballet porque odia a las bailarinas.

–Me parece una deducción lógica. –Asentí.

–Porque cuando era chica se la pasaba atendiendo a los turistas ricos en la cafetería. –Devoró otra galleta glaseada.

–Algo así. –Fui hacia el refrigerador y saqué la jarra de jugo de naranja–. ¿No pensaste en ir a clases de tap o de jazz?

–Pero tú no odias a las bailarinas –me respondió, ignorando mi intento de cambiar de tema mientras servía dos vasos de jugo y guardaba la jarra.

–Correcto.

El dolor en mi pecho se intensificó. Tenía que haber algún modo de escapar de esa conversación. Bebí medio vaso de jugo de un trago, como si eso fuera a ahuyentar los recuerdos que me respiraban en la nuca sin cesar desde que había regresado a Haven Cove.

–Porque amabas a una –susurró June.

Me dieron náuseas y casi escupí el jugo, pero logré tragarlo antes de pintar la cocina de naranja.

–¿Cómo? –El vaso repiqueteó sobre el linóleo cuando lo apoyé en la encimera.

–Amabas a Alessandra Rousseau –declaró June, soltando las palabras que yo nunca me había atrevido a pronunciar de adolescente como si fueran tan comunes y corrientes como las conchas de mar en ese lugar–. O, al menos, te gustaba mucho.

¿Qué carajos? Sin palabras. Mi sobrina de diez años me había dejado completamente sin palabras. ¿Cómo…? Caroline no sabía; de haberlo sabido, habría armado un escándalo. Ni siquiera mamá y papá estaban al tanto. Solo Gavin sabía de esos dos veranos. Lo iba a matar.

–Y eso significa que no es malcriada ni soberbia –continuó June. Se le dilataron las fosas nasales, como si ya oliera la victoria.

Allie era las dos cosas y, al mismo tiempo, no era ninguna. Era el oxímoron por excelencia: egoísta pero generosa con sus hermanas, malcriada pero amable, motivada pero reticente, un libro abierto de emociones arriba del escenario y un rompecabezas imposible de armar abajo. Al menos, así había sido a los diecisiete años.

–Y aunque solo hubieras sido su amigo, no puede ser mala. –June apoyó las manos sobre el regazo–. O sea que si mamá la conociera y

hablara con ella, vería que yo podría ser así. –Suspiró con tristeza y me apuntó con esos grandes ojos café, como las armas que eran–. ¿La viste bailar alguna vez? Es muy hermosa, muy talentosa y es la bailarina principal más joven en la historia de la compañía. Es… perfecta.

Era todo eso y mucho más. Allie había nacido para estar en un escenario. Diablos, la habían criado para eso. Necesitaba recuperar el control de la conversación y ponerle fin de una vez por todas.

–Mira, June, no sé qué te dijo el tío Gavin, pero…

–¡No lo niegues!

Mi sobrina se bajó del taburete, se llevó la mano al bolsillo de atrás del pantalón y estampó la mano sobre la encimera. Cuando la levantó, vi que había apoyado una foto. Al mirar la Polaroid, el cuchillo que tenía en el pecho me hizo un tajo limpio. Hacía años que no veía esa foto de Allie y yo afuera del Clásico de Haven Cove, con mi brazo alrededor de sus hombros y sus brazos sosteniendo el ramo de rosas del supermercado que yo le había comprado de camino a la competencia. Diez años después, todavía recordaba hasta el último detalle de ese momento que nos habíamos robado mientras Lina distraía a la señora Rousseau para que Gavin pudiera tomarnos la foto.

Yo había pensado, erróneamente, que ese era el punto más alto de nuestra historia. En ese momento, de verdad había creído que podía pasar cualquier cosa entre nosotros, pero tan solo unas pocas horas después el mundo entero se había derrumbado bajo nuestros pies.

–Estuviste revisando mis cajas del ático. –No era una pregunta.

–Estaban ahí. –June empujó la foto hacia mí–. O sea, volviste hace años y nunca te las llevaste a tu casa. –Se le quebró la voz y bajó la mirada–. Revisé tus cajas –susurró.

–Es como si yo leyera tu diario íntimo. Es una violación a la privacidad. –¿Qué más habría encontrado?

–Lo sé. –Tomó aire, al parecer, para armarse de valor, y levantó la mirada–. Y lo siento. Un poco.

–¿Un poco? –Levanté las cejas.

–¡Por favor, tío Hudson! –Empujó la foto hacia el borde de la encimera, pero yo no pensaba tocarla–. Es obvio que saliste con una de las bailarinas más famosas del mundo. Podemos ir a su casa y decirle que hable con mamá…

–En primer lugar, no salí con ella –dije tras levantar el dedo. Allie había sido mi mejor amiga y, por eso, mis acciones eran todavía más imperdonables–. En segundo lugar, el hecho de que los Rousseau tengan una casa de veraneo aquí no significa que ella esté en el pueblo. En tercer lugar, y créeme cuando te digo esto, yo soy la última persona en el mundo que ella querría ver.

El peso de la culpa que sentía cuando se trataba de Allie era tan grande que tuve la certeza de que me aplastaría los pulmones.

–¡Está aquí hace una semana! –June se bajó del taburete y tomó mis llaves de la encimera–. Se lesionó en enero y vino aquí a recuperarse.

Abrí grandes los ojos. ¿Allie llevaba una semana aquí?

–¿Y cómo lo sabes? –Un momento, ¿desde *enero?*

–Por Seconds. –Juniper me miró como si fuera estúpido–. Tiene una cuenta con su hermana.

–¿Tienes Seconds? –Bajé la voz y entrecerré los ojos–. Pensé que había una edad mínima para usarla.

–Ay, por favor. –June puso los ojos en blanco–. Tuve que sumarle tres años a mi fecha de nacimiento para crearme la cuenta.

Pestañeé. En momentos como este, confirmaba que no tenía ni por asomo las herramientas necesarias para ser padre. Mierda, cuando Caroline se enterara, me iba a quitar todos los privilegios de tío.

–Vamos –insistió June–. ¿Qué son? ¿Cinco minutos en auto?

–Cuatro –murmuré. No había ninguna posibilidad de que yo me apareciera en la puerta de Allie.

–¡Todavía mejor! –Juniper me lanzó las llaves.

Negué con la cabeza y dije la palabra que juré que jamás pronunciaría después de la muerte de Sean.

–No.

–¡Pero hicimos una promesa de meñiques! –Mi sobrina sacudió las llaves y me miró, con los labios apretados con determinación y una

mirada suplicante–. Dijiste que nunca romperías una promesa de meñiques.

La puta madre. Las promesas de meñiques eran más fuertes que mi propia incomodidad. Levanté el índice.

–Con una condición. Si no está en su casa, volverás a poner la foto donde estaba y nunca volveremos a hablar de esto. *–Por favor, Dios, que no esté en su casa.*

–Trato hecho. –Juniper tomó su mochila y asintió. Mierda. ¿Y si…?

–De casualidad, ¿en Seconds decía cuáles de las Rousseau están aquí? –Si era su mamá…

–Solo Anne y Alessandra. –Juniper se puso la mochila–. ¿Por qué?

Si sabía el nombre de Anne, era porque había estado investigando. ¿De verdad estaba a punto de tirar a la basura diez años de autocontrol? ¿Iba a enfrentarme al mayor arrepentimiento de mi vida? Juniper me estaba mirando con toda la esperanza y la confianza que tenía en su cuerpito. Sí. Por Juniper, estaba dispuesto a hacerlo.

–Bueno, hagámoslo de una vez.

Seis minutos después, salimos de la ruta costera que corría junto al cuerpo de agua en cuyo honor habían nombrado el pueblo y nos dirigimos por el largo camino de gravilla que había estado evitando desde mi regreso. La casa de los Rousseau. «Casa» se quedaba corto para describir una propiedad con siete habitaciones, una cochera antigua, dos hectáreas de terreno y ese muelle codiciado que, de algún modo, había sobrevivido a los dos últimos ciclones que habían pasado por ahí.

Y, maldita sea, la casa estaba exactamente igual que la última vez que me había metido a escondidas y había trepado la celosía cubierta de rosas que daba a la ventana de Allie en el primer piso. La misma pintura de un azul grisáceo con molduras blancas, el mismo diseño en los almohadones de la hamaca del porche. La nostalgia me impactó de lleno, como un derechazo.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron cuando estacioné la camioneta frente al porche y abandoné la idea de volver manejando por la mano derecha, que llevaba de regreso a la cochera. Si no hubiera amado tanto a Juniper, si no hubiera atesorado su certeza

inquebrantable de que yo cumpliría mis promesas –de que alguien lo haría–, habría manejado a toda velocidad para alejarme de ahí.

Juniper ya estaba subiendo los escalones que daban al porche techado; su mochila púrpura rebotaba a cada paso que daba. ¿Para qué había llevado la mochila? ¿Acaso pensaba que iba a mudarse ahí o algo así?

Apagué el motor, guardé las llaves y bajé de la camioneta con la esperanza de ver aparecer a la señora Rousseau en la entrada para decirme que me alejara de su hija con amenazas e insultos afilados.

Juniper tocó el timbre mientras yo subía los cuatro escalones hasta el porche; por primera vez, no me importó que la madera crujiera bajo mis pies. Después, llamó a la puerta cuando me paré junto a ella. Mierda, me sudaban las palmas de las manos, tenía el pulso tan acelerado que casi era taquicardia y mi estómago estaba considerando seriamente evacuar su contenido.

Volví a tener diecisiete años, intentando hacer lo correcto y acompañar a Allie a la puerta de su casa, y a la vez, también tenía dieciocho y volvía a perderla. Aparecerme por su casa otra vez nunca había estado en mis planes, y eso me había impedido prepararme. Y yo siempre estaba preparado. Era oficial: volver ahí era lo más imprudente que había hecho en mi vida. Conté hasta treinta y, al final, el alivio le ganó a la decepción.

–No está.

–¡Tiene que estar! –June volvió a tocar el timbre.

–Quizá la información de Seconds está mal. Hace años que no viene aquí, June –dije con calma.

Juniper me lanzó una mirada mezcla de abatimiento y pánico, y se dio la vuelta.

–¡Tiene que estar! –exclamó por encima del hombro. Luego bajó los escalones de un salto y se fue corriendo por el costado de la casa. Tenía que ser broma.

–¡June! –La alcancé en cuestión de segundos, justo a la altura de esa maldita celosía cubierta de rosas que me había valido dos de las cicatrices que tenía en las manos–. No podemos entrar sin permiso.

–Quizá está en el patio trasero –repuso ella sin dejar de avanzar–. ¿Podemos fijarnos, por favor? Necesito conocerla. Lo necesito –me

suplicó y me aniquiló con esos ojos que eran mi kriptonita.

Mierda, ese día estaba teniendo un problema tras otro. Accedí. Tampoco habría sido la primera vez que me metiera a escondidas en ese patio. Además, a esa hora del día, Allie habría estado en el estudio, y dado que estaba justo al lado de la puerta principal, habría oído el timbre, o sea que no había ninguna posibilidad de que estuviera ahí, sin importar lo que dijera esa maldita aplicación.

–Está bien –acepté. Al menos, así pondríamos fin a esa locura. Juniper sonrió.

–¿Cómo se conocieron? –me preguntó mientras pasábamos por la esquina del porche trasero, en cuyo techo me había sentado durante incontables horas a mirar las estrellas con Allie–. No pertenecen exactamente al mismo círculo.

–Estuve en el lugar indicado en el momento indicado –dije por segunda vez ese día.

–¿Y por qué ya no son amigos? –June pestañeó y se tapó los ojos con la mano cuando salimos de la sombra y nos dio el sol. El césped, podado con esmero, se detenía abruptamente a orillas del acantilado, y un puente de madera cubría la distancia hasta la playa y el muelle.

–Esa parte es… complicada –respondí en voz baja, y cuando eché un vistazo alrededor, al patio con la piscina y las plantas frondosas en flor, vi que estaba vacío.

–¿Hiciste alguna tontería? –Mi sobrina me miró con los ojos entrecerrados y se puso del lado de Allie en una discusión cuya existencia ignoraba, y, caminando hacia el acantilado, me obligó a seguirla–. Mamá dice que el tío Gavin tiene tendencia a ser estúpido, pero se supone que tú siempre haces lo correcto.

Auch.

–El problema de estar en el lugar indicado en el momento indicado es que, a veces, no hay una cosa indicada para hacer.

Llegamos a los escalones y me puse la gorra de los Bruins con la visera hacia delante para bloquear el sol cuando miramos hacia la playa. Recorrí con la mirada la línea del muelle y descubrí una figura que se mecía a un costado.

–Eso no tiene sentido –repuso Juniper.

–Ni me lo digas.

Me incliné hacia delante y dejé de percibir cualquier cosa que no fuera esa figura que se movía en el océano, debajo de nosotros. Se hundió bajo las olas y comencé a contar por dentro mientras June me daba un sermón sobre los puntos clave para tener una amistad con una chica. Cuando llegué a cuarenta y nueve, la figura emergió nuevamente, pero luego volvió a hundirse. Todas las fibras de mi ser gritaban con una certeza inexplicable que esa figura era Allie. Y se estaba ahogando.

CAPÍTULO CINCO
Allie

Bailarina6701: Debe ser lindo quedar en cualquier intensivo que quieras.
Ryanbaila: Esfuérzate más.

Treinta y tres. Conté por dentro, sentada en el fondo del océano, con los ojos cerrados bajo las antiparras, y aferrada a la pesa rusa que había arrojado al agua veinte minutos antes para no flotar a la superficie.

Treinta y cuatro. Oía el rugido exquisito del océano a mi alrededor, elevándose *in crescendo* con cada ola que amenazaba con empujarme a la orilla antes de volver a menguar. Ese ruido por fin me permitía pensar, simplemente existir más allá de las exigencias incesantes de todos los que me rodeaban, que me preguntaban cuándo regresaría, cómo me estaba yendo con la rehabilitación, si ya había vuelto a la barra.

Treinta y cinco. En vez de mentir, me había marchado.

Treinta y seis. El agua ahogaba todo, menos el latido de mi propio corazón y la hermosa necesidad acuciante de aire que me recordaba que aún estaba viva. Cada vez que la presión me hacía salir a la superficie en busca de oxígeno, no solo me recordaba que mi capacitación pulmonar era nula después de meses sin entrenar, sino que también me hacía llegar la verdad insoslayable de que aún quería vivir.

Treinta y siete. Durante un par de meses aterradores, no había estado muy segura de eso.

Treinta y ocho. Mierda, hace frío. Tendría que haberme puesto el traje de buzo. A esa altura del año, el agua todavía estaba helada, y la piel había pasado de dolerme a entumecerse.

Treinta y nueve. Me ardían los pulmones. Había perdido el estado físico. Tendría que haber aguantado al menos un minuto, si no dos, incluso frente a la embestida de las olas.

Cuarent…

Algo me tomó de la cintura y tiró de mí. Solté la pesa, aterrada. Dejé de aguantar la respiración, que escapó en forma de grito hecho de burbujas, y abrí los ojos de par en par, esperando ver un tiburón…

El océano se movía deprisa mientras me arrastraban hacia arriba, zanjando los tres metros de agua que separaban la arena del sol. Luché contra los brazos que me rodeaban –vaya, sí que eran fuertes– empujando con la espalda el pecho de la otra persona. Mis pulmones chillaban, clamando por el aire que, imprudentemente, había dejado escapar, pero aquellos brazos no cedieron ni un centímetro.

Cuando emergimos a la superficie, tomé una bocanada de aire. Luego, llevé mis pies al estómago del desconocido, lo pateé y usé el impulso para liberarme de sus brazos, firmes como tenazas, y nadé al agua junto al muelle.

–¿¡Qué demonios estás haciendo!? –grité, girándome a mirar a mi atacante cuando ya estaba a unos metros de distancia.

–¡Salvándote! –exclamó el hombre, y sus ojos verde agua se encontraron con los míos mientras nos elevábamos con una ola y volvíamos a bajar.

Se me detuvo el corazón. ¿Hudson? ¿Acaso estaba alucinando por la falta de oxígeno? La gravedad perdió su fuerza: era la única forma de explicar por qué se me revolvió el estómago, por qué ya no me daba cuenta de si el cielo estaba encima o debajo de mí, por qué el ritmo de mi corazón se había vuelto errático y por qué dejé de nadar… y procedí a hundirme.

El agua me cubrió la cabeza. Sobresaltada, pataleé para volver a la superficie, al tiempo que Hudson se acercaba a mí. Escupí al tomar la primera bocanada de aire fresco y le corrí la mano de un golpe. Ni loca iba a dejar que el maldito de Hudson Ellis pensara que yo necesitaba que me rescatara.

–¡No me estoy ahogando, imbécil!

–¿Estás segura? –me preguntó, con un brillo peculiar en esos ojos insoportablemente hermosos que tenía.

Mierda, de verdad es él. Tenía el cabello color arena corto a los costados y apenas más largo arriba, y ya no le caía sobre los ojos, pero su voz, el modo en que frunció el ceño y el hecho de que se hubiera zambullido en el océano sin desvestirse me confirmaban que yo no estaba alucinando.

–¿De que eres un imbécil? Estoy segurísima. Y también estoy bastante segura de que no me estaba ahogando.

Los años habían borrado de su rostro los rasgos del chico adorable que yo había conocido y habían dado lugar a los de un hombre adulto, que se había convertido en un desconocido. Un hombre hermoso, con un mentón cuadrado y fuerte, unos labios carnosos que yo nunca había podido besar, y esos ojos que me atormentaban en sueños hacía casi una década. Y maldito fuera lo que quedaba de esos fragmentos rotos, pero mi tonto corazón se detuvo.

–Entonces, ¿qué estabas haciendo? –Hudson señaló el agua con la cabeza; sus brazos estaban ocupados dando brazadas, igual que los míos–. Porque nadar seguro que no.

–Mejorando mi capacidad pulmonar.

¿Cómo podía estar pasando esto? Era increíble. De todas las veces que había practicado lo que le diría si alguna vez me lo volvía a encontrar, ese escenario nunca se me había ocurrido. Todas las emociones que me despertaba, guardadas bajo llave en una cajita de acero, cobraron vida y me llenaron de incredulidad, anhelo y enojo… mucho enojo. Y eso fue a lo que me aferré cuando pasé nadando junto a él para llegar a la escalera que estaba en el tercer pilote. Hacía mucho tiempo que no sentía nada más que letargo; el enojo fue una bendición.

Hudson nadó hacia mí y, cuando llegó a la estructura de madera, comenzó a trepar para salir del agua y volver al muelle.

–Espera, ¿estabas entrenando?

–«Estaba» es la palabra clave –respondí por encima del hombro, sin dejar de subir. El sol no lograba ganarle a la brisa que me acariciaba la piel helada, y me castañeaban los dientes. Cuando

llegué arriba, fui deprisa por la toalla que había metido entre los tablones para que no se volara.

–¡El agua todavía no pasa de los diez grados! –La madera crujió bajo su peso cuando él también subió la escalera.

–Y me quedan tres meses para recuperarme de una lesión que necesitaría seis meses más. –Me envolví con la toalla y me la enganché debajo de los brazos, consciente de que llevaba un traje de baño enterizo negro para nada sexy y más apto para una competencia de natación que para un encuentro con…, bueno, con lo que sea que Hudson hubiera sido–. ¿Y quién te crees que eres para sermonearme por la temperatura del agua? ¿O por cualquier otra cosa? Mucho menos para matarme del susto…

–Pensé que te estabas ahogando –repitió, asomando la cabeza por el borde del muelle.

–Ya te escuché. –Me envolví más fuerte con la toalla. Adiós a mi fantasía de venganza en la que… Dios mío. Hudson llegó al muelle, y era *enorme.* Cuando nos conocimos, medía un poco más de un metro ochenta, pero había ganado unos cuantos centímetros de altura y como veinte kilos de puro músculo, o al menos eso parecía por el modo en que su camiseta blanca de los Bruins se le pegaba al pecho y a los abdominales.

–¡Estaba tratando de salvarte, Allie! –Encima tenía el descaro de poner cara de herido, como si fuera yo la que estuviera equivocada–. Pensé que necesitabas ayuda.

¿Salvarme? ¿Después de todo ese tiempo? Una oleada de furia me subió por el cuello y me llenó las mejillas de un calor que me vino muy bien.

–Sí, bueno, es un poco tarde para eso. Y no tienes derecho a decirme Allie. Ya no.

Mierda, no había querido ser tan agresiva. Hudson cerró los ojos, como si lo hubiera herido, y respiró profundamente antes de volver a abrirlos. Su mirada me inmovilizó por un momento.

–Hacía mucho que querías decirme eso, ¿no?

Mi corazón latió una vez, y luego un par de veces más, mientras repasaba por dentro todos los posibles caminos que podía tomar esa

conversación. Yo estaba demasiado cansada para pelear con él, o con cualquiera, la verdad.

–Como diez años –admití al fin–. Un par de meses más o un par de meses menos, pero sí.

Verlo hundir los hombros, abatido, casi me hizo sentir mal. Casi. Entonces recordé mi paso por el hospital, la rehabilitación… el funeral, y la furia reemplazó alegremente a la culpa.

–¿Qué haces aquí?

Cambié de posición para que el peso de mi cuerpo no recayera sobre mi tobillo dolorido. La cirugía del tendón de Aquiles me la había realizado el mejor cirujano ortopédico del país, pero eso no quería decir que estuviera contenta ni con lo mucho que estaba tardando en sanar ni con el pronóstico, que era bastante desalentador. Tenía suerte de poder caminar sin ayuda, aunque jamás lo habría admitido en voz alta, mucho menos frente a Hudson.

–Vivo aquí. –Se pasó la mano por el pelo mojado y un par de gotitas de agua salieron volando. Luego, miró por el borde del muelle hacia el agua–. Ahí va otra gorra.

–¿Sigues teniendo la costumbre de lanzarte al océano para rescatar a mujeres que no necesitan ayuda? –Me llevé la mano a la cola de caballo baja y escurrí el agua salada.

–En primer lugar, tú sí necesitabas ayuda la primera vez que fui a rescatarte… –Hudson desvió la mirada del agua; estaba claro que se había resignado a perder la gorra que se había tragado la ensenada.

–Eso fue hace once años… –comencé a decir.

–Y, en segundo lugar, sí, mi trabajo es tirarme al agua y rescatar a la gente, pero pensé que ya había aprendido a no llevar mi gorra favorita. –Dejó caer los brazos a los lados del cuerpo.

–Y sé nadar perfectamente –concluí, y luego pestañeé. ¿Su trabajo? El silencio quedó suspendido entre nosotros mientras caía en la cuenta de lo que me acababa de decir–. Eres nadador de rescate, ¿no? Lo lograste. –La chica de dieciséis años dentro de mí se puso de pie y festejó, pero la misántropa en la que me había convertido la hizo callar.

–Sí. –Esbozó una sonrisa fugaz. Estaba chorreando agua sobre el muelle. Debería haberle ofrecido una toalla o algo para secarse,

teniendo en cuenta que había tenido buenas intenciones–. Y tú eres una bailarina famosa en todo el mundo. –Ladeó la cabeza y me buscó la mirada–. ¿O prefieres que te reconozcan por tu fama en Seconds?

–Esa es Eva –resoplé–. Solo la dejo usar mi nombre y hago algunos videos para ayudarla. –¿Y ahora estábamos hablando de Seconds? Oficialmente, esa era la conversación más surrealista de mi vida.

–Me imaginé. Siempre buscaste la aprobación de una sola persona, no la de varios millones. –Escurrió la parte de abajo de su camiseta y comenzó a caer más agua.

No puedo creer que haya dicho eso. Seguro que mi psicóloga lo había escuchado desde Nueva York.

–Solo es un millón cien mil –repuse–. Y ya no me conoces como para decir qué clase de persona soy. –Sujeté más fuerte la toalla y pasé junto a él en el muelle avejentado, agradecida de que papá lo hubiera construido de tres metros de ancho, así tenía espacio de sobra–. No me respondiste, Hudson. ¿Qué haces en mi casa?

«He venido a pedirte perdón. A explicarte por qué nunca te llamé». Eso era lo que siempre había soñado, ¿no?

Me siguió por el muelle y por una gran plataforma que había sido el suelo del cobertizo hasta que una tormenta lo hizo desaparecer.

–Estoy cumpliendo una promesa de meñiques.

–¿Qué? –Levanté las cejas con incredulidad y lo miré.

–Esperaba que mi sobrina estuviera equivocada y que no estuvieras aquí, y ahora estoy tratando de armar un plan sobre la marcha, la verdad. –Se sacudió el agua del pelo.

–Bueno, no quisiera que esto sea difícil para *ti.*

El comentario sarcástico que le lancé tenía tal fuerza que podría haber soportado las olas que rompían contra la orilla. Subí los escalones de madera que daban a la casa, con Hudson uno o dos pasos detrás de mí. Más o menos a mitad de camino, el dolor en mi tobillo se intensificó y cedí a la necesidad de cojear. Pero solo un poquito.

–No te habría molestado si no fuera por… –se interrumpió–. ¿Estás bien? Juniper, así se llama mi sobrina, me dijo que te estabas

recuperando.

¿Acaso detectaba preocupación en su voz? No, gracias.

–Recuerdo su nombre. Caroline y Sean la adoptaron el último verano que estuve aquí. –Por supuesto, la hermana de Hudson nunca se había enterado de que él y yo éramos amigos y, si lo hubiera sabido, jamás me habría permitido acercarme a su bebé. Me di la vuelta para mirarlo y lo descubrí mirándome el tobillo, donde dos cicatrices rosas flanqueaban la plateada, y luego seguí subiendo la escalera–. Estoy bien.

–¿El tendón? ¿Otra vez?

–¿Otra vez? –Giré la cabeza tan rápido que el pelo mojado me golpeó el hombro y lo fulminé con la mirada–. ¿O sea que lo sabías? –Una herida muy distinta se abrió dentro de mí, de la que brotó un dolor fresco y ardiente; una herida que nunca había terminado de cicatrizar–. ¿Sabías que me lo desgarré en el accidente? ¿Sabías que hubo un accidente? –Mis peores miedos, mis pensamientos más horribles, resurgieron. Él lo sabía. Lo sabía, maldita sea, y nunca se había puesto en contacto conmigo–. Durante todo este tiempo, una parte de mí se preguntaba si estabas enojado conmigo por no haber ido esa noche y si era por eso por lo que te habías marchado al entrenamiento básico sin decirme ni una palabra. Pero ¿sabías lo que me pasó? –Él cerró la boca, lo que significaba una admisión inconfundible de culpa. Busqué más allá del dolor para ver si encontraba otra emoción además de la ira, pero lo único que hallé fue la sensación, apagada y diluida, de haber sido traicionada, y no tenía energía para eso–. Creo que hubiera preferido no saberlo.

–Allie… –Hudson hizo una mueca–. Digo, Alessandra. Mierda, eso tampoco suena bien.

¿Con qué derecho me miraba con esa cara de desconsolado?

–No me mires así. –Señalé su hermoso y estúpido rostro y casi se me cae la toalla. Obviamente que él se veía mejor con el paso de los años, mientras que a mí el cuerpo prácticamente me había abandonado: todavía no había cumplido los treinta y ya estaba cayéndome a pedazos–. Tú no tienes el privilegio de parecer… destrozado. Y menos aún sabiendo que me abandonaste sin ningún

remordimiento. ¿Sabes cuántas veces te mandé mensajes? ¿Cuántas veces te llamé desde la cama del hospital?

–No tengo palabras para decirte cuánto lo lamento, cuánto lo he lamentado todo este tiempo, y sé que eso no alcanza –dijo, completamente pálido.

Ahí estaban las palabras que tanto había ansiado escuchar, y ya ni siquiera me importaba.

–Tienes razón. No alcanza. No quiero una disculpa. –Pasé las uñas por las vetas del pasamanos–. Quiero una explicación de por qué mi mejor amigo ni siquiera se molestó en aparecer cuando más lo necesitaba. Faltaban días para que te fueras al entrenamiento de la Guardia Costera. –Él abrió la boca, luego la cerró y desvió la mirada–. Si hubiéramos estado saliendo, lo habría tomado como una separación de mierda y listo, lo cual hubiese sido horrible, pero ¿perder a tu mejor amigo sin que te diga ni una palabra? –Se me quebró la voz. Ningún dolor se le comparaba. Yo nunca dejaba entrar a nadie del todo, pero él era el que más cerca había estado de hacerlo.

–Era un estúpido niño de dieciocho años. –Hudson apretó el barandal con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos y le tembló la mandíbula–. Tomé una decisión pensando que era la única opción, y claramente me equivoqué. Para cuando me di cuenta de lo mucho que me había equivocado, ya estaba en la Guardia Costera y sabía que nunca me perdonarías.

–¿Eras un niño? ¿Ese es tu mejor argumento?

Sentí que se me oprimía el pecho. *Al carajo con esto.* Hudson Ellis no era consciente de lo mucho que me había lastimado. Tomé todo: el dolor, el sabor amargo de la traición y la esperanza moribunda de que tuviera un motivo válido para haber desaparecido, y lo metí por la fuerza dentro de una cajita mental y la guardé bajo llave, como hacía con el dolor físico durante los ensayos. Me negaba a permitir que me afectara. Después, me estampé en el rostro la sonrisa ensayada que exhibía en público.

–Mierda –murmuró él.

–No importa. –Me encogí de hombros y subí los últimos escalones–. Quizá sea exagerado decir que éramos mejores amigos

cuando, en realidad, solo fue una aventura de verano. El verano ya había terminado. No hace falta revolver el pasado. –Las palabras sonaban vacías, pero me obligué a decirlas. Me había convencido a mí misma de creer mentiras mucho peores que esa.

–Tienes todo el derecho del mundo a recibir una explicación.

Un momento, ¿acaso Hudson estaba enojado? No pensaba darme vuelta para mirarlo. Cuanto antes me alejara de él, mejor.

–Creo que ya no la quiero. No hay nada que puedas decir para hacerme sentir mejor. Así que olvidémoslo y listo. Está claro que eras demasiado inmaduro para lidiar con lo que me había pasado. Así es la vida, ¿no? Yo solo estaré aquí durante el verano. Tú estarás ocupado… rescatando gente. No nos costará mucho evitarnos.

Cuando llegamos al último escalón y caminamos sobre el césped perfectamente cuidado, se levantó una brisa. Me sobresalté. Había una niña esperándonos, sosteniendo el celular frente a su cuerpo menudo. Puso los ojos como platos cuando nuestras miradas se encontraron. Su naricita de botón y el atisbo de cobre en sus ojos me resultaron conocidos, pero no lograba ubicarla. ¿Ya nos conocíamos? ¿Nos habíamos visto en una presentación? ¿En un curso intensivo? ¿Y qué hacía parada en medio de mi patio?

Parpadeé, confundida, y Hudson caminó a mi lado hasta detenerse junto a ella. Le apoyó las manos en los hombros antes de lanzarme una mirada suplicante, inesperada en él, con esos ojos verdes. Hudson Ellis nunca suplicaba.

–Vine porque Juniper quería conocerte.

Ah. Era su sobrina. Por eso me parecía conocida. Obviamente, Hudson me había mostrado fotos de ella de bebé. Por lo que recordaba, era linda. Juniper se quedó mirándome y le dio el celular a su tío.

–¿La salvaste? –preguntó, mirándolo.

Él no despegaba sus ojos implorantes de los míos. ¿Acaso se pensaba que iba a maltratar a una niña? Quizá yo tuviera fama de ser callada y hasta un poco distante, pero no era mala. Solo Hudson sacaba ese lado de mí.

–No me estaba ahogando –le dije a la niña. Me acomodé la toalla y le extendí la mano. Quizá su tío fuera un idiota, pero eso no era

culpa de ella–. Hola, Juniper. –Se me escapó una sonrisa al ver cómo se le iluminaba la carita. Ella se corrió el pelo de los ojos antes de darme la mano en silencio–. Soy…

–Alessandra Rousseau, ya lo sé –dijo, con una sonrisa que mostraba todos los dientes–. Eres la bailarina principal más joven de la historia de la Compañía Metropolitana de Ballet, incluso más joven que tu madre, que era toda una leyenda antes de retirarse –soltó efusivamente. Las palabras salieron una tras otra mientras ella me apretaba más fuerte la mano–. Estuviste perfecta como Julieta y tus *fouettés* en la última temporada de *El lago de los cisnes* fueron épicos. Quiero ser como tú cuando sea grande.

Hudson hizo una mueca. ¿Qué? ¿Acaso yo era un mal ejemplo a seguir? Me puse furiosa, pero no lo demostré.

–Bueno, en este momento no estoy bailando mucho que digamos, pero gracias.

Estaba bastante segura de que la niña me estaba cortando la circulación de los dedos. Ella negó con la cabeza, confiada, y sus rizos volvieron a flotar en el aire.

–Solo estás lesionada. Volverás para la próxima temporada –repuso. Me soltó la mano y se puso a librar una batalla con el viento para defender su cabello, pero perdió.

–Qué lindo que digas eso. –Rayos, ¿tenía que ser la sobrina de Hudson la niña más dulce del mundo?–. Supongo que eres bailarina. ¿Tomas clases con Madeline?

–No exactamente –respondió, y hundió los dientes en su labio despellejado.

Levanté la mirada para observar a Hudson y me arrepentí al instante. Ese rostro, la forma en que me miraba, como si pudiera verme a pesar de las capas que hacía años me recubrían y me protegían de los demás, hizo que mi guardia cayera en picada, igual que esa pesa rusa en el agua, y odiaba que fuera así. Lo que nos había unido hacía tantos años –amistad o un vínculo que podría haber sido algo más– se había ido deshilachando hasta convertirse en una fina hebra, pero todavía estaba ahí, tan fastidioso y exacto como la física. *Es hora de cortarlo y seguir con la vida. Hay que darle un cierre a esto.*

–Esta es la parte incómoda –dijo Hudson, que no me quitaba la mirada de encima, como si quisiera aprenderse mis rasgos de memoria por si era la última vez que me veía.

–Ah, ¿recién ahora estamos entrando en terreno incómodo? –Arqueé una ceja.

–Tienes razón. –El muy estúpido contuvo una sonrisa–. Bueno, pregúntale –le dijo a Juniper, dándole una palmadita en los hombros–. Yo cumplí mi parte y te traje hasta aquí, pero no puede decir que sí si no le preguntas.

Juniper lo miró con la misma confianza con la que yo lo había mirado alguna vez, y no pude evitar enternecerme un poquito y preocuparme un montón. Yo sabía lo que hacía Hudson con la confianza.

–Bien, Juniper –dije, sujetando la toalla e inclinándome para estar a su altura–, ¿qué querías preguntarme?

La niña me clavó los ojos, con esas pintitas color cobre que atrapaban la luz del sol, y respiró profundamente.

–Quiero que convenzas a mi mamá de que no todas las bailarinas son personas espantosas.

Bueno.

–¿Perdón?

–Ella piensa que son todas malcriadas, crueles y malas –con cada acusación, subía y bajaba la cabeza– y que, si hago ballet, me voy a convertir en una soberbia estirada con traumas con mi cuerpo..., como las turistas –soltó, y luego se sonrojó–. ¡No es que yo piense que seas estirada! Sé que no.

–Bueno, ¿gracias? –Me levanté despacio. Se me partía el corazón al pensar en romper el suyo–. Mira, Juniper, me encantaría ayudarte a convencer a tu mamá, de verdad. Pero por más buena que sea ella y por mucho que te quiera, a menos que algo haya cambiado drásticamente en la última década, no tengo el apellido adecuado para esta tarea. Ella no… nos tiene mucho cariño a las Rousseau.

En su momento, Caroline nos despreciaba a todas, sobre todo a mi madre.

–No, solo odia a tu hermana menor –se apresuró a aclarar Juniper–. A Eva, no a ti.

Hudson gruñó y cerró los ojos un momento.

–Bueno, qué alivio saberlo. –Apreté los labios y luché contra el deseo irracional de echarme a reír, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer–. A veces, a Eva le cuesta hacerse querer. Pero bueno, no soy la persona indicada para convencerla. Te irá mejor si le pides ayuda a una bailarina de alguna familia de aquí. Y tú seguro que necesitas una toalla. –Eso último iba dirigido a Hudson. Retrocedí y me preparé para volver a la casa. Anne debía estar a punto de regresar de su reunión en cualquier momento, y le daría un ataque si se enterara de que me había metido al mar sin traje de buzo.

–Estoy acostumbrado a… –comenzó a decir él.

–¡No, tienes que ser tú! –exclamó Juniper, con la voz más aguda por el miedo, y se alejó de Hudson–. Eres la única a la que va a escuchar. No solo porque eres la mejor y la más simpática, sino porque si tú le dices que tengo que bailar, me va a dar permiso. ¡No le va a quedar otra opción! –Con cada palabra, se iba exaltando más y más, hasta que prácticamente terminó vociferando.

–Yo no tengo tanto poder –le dije con calma.

–¡Escúchame! –suplicó–. ¡Alguien tiene que escucharme!

Un dolor se abrió paso en mi pecho y me presionó las costillas. ¿Cuántas veces yo había deseado gritar eso mismo?

–Juniper –la regañó Hudson suavemente, pero la niña levantó el mentón y caminó hacia mí.

–Te estoy escuchando –le aseguré–. ¿Por qué estás tan segura de que a tu mamá le importa mi opinión?

Juniper tragó saliva y miró a Hudson, que parecía tan confundido como yo, y luego volvió a clavarme sus ojos oscuros.

–Porque –se paró derecha– tú eres mi madre biológica.

CAPÍTULO SEIS
Allie

LuzBrishante: Los genes de esta familia son tremendos.
HermanasRousseau4, ¿nacieron en zapatillas de punta o qué?

¿Que soy su *qué?* Miré a Juniper y me incliné un poco hacia ella, convencida de que había escuchado mal.

–No entiendo.

–Vi todos tus videos –soltó, las palabras pisándose unas con otras–. Nos movemos igual. Somos parecidas. Tenemos el mismo color de ojos y de pelo, ¡y la misma marca de nacimiento!

Juniper se dio vuelta, me dio la espalda y se levantó el cabello para dejar ver una mancha salmón en su nuca. Igual que la mía. Retorcí la toalla y miré a Hudson, que estaba ocupado observando a su sobrina como si se hubiera transformado en una alienígena. Parecía que él también recién se estaba enterando.

–Juniper… –comencé a decir.

–¡No lo niegues! –suplicó, y le tembló el labio inferior antes de volver a mordérselo–. Eres mi madre. Lo sé. Por eso amo tanto el ballet. Lo llevo en la… Lo llevamos en la sangre. –Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Ay, Dios, se iba a poner a llorar. ¿Qué podía decirle para suavizar el golpe?

–Es que…

–Tenemos la misma sonrisa y las mismas manos –me interrumpió, sacudiendo las manos–. Y sé que seguro estás sorprendida de verme y que no debí venir sin avisar, pero eres mi última esperanza.

–Pero yo nunca… –volví a intentar.

–¡Mira, puedo demostrarlo! –De un sacudón, se quitó la mochila y la dejó caer al césped–. Me hice una prueba de ADN. Lo único que

tienes que hacer es hacerte la misma…

–¿Que hiciste *qué?* –Hudson se paró junto a mí y fulminó a su sobrina con la mirada.

–Me hice una prueba de ADN, obvio. –La niña frunció la frente como si nosotros fuéramos los irracionales, y ni se inmutó ante la mirada de su tío.

–¿Lo sabe tu mamá? –exigió saber Hudson–. ¿Y de dónde la sacaste?

–La compré por internet, y… –empezó a decir ella.

–Déjame adivinar: ¿le sumaste un par de años a tu fecha de nacimiento? –la interrumpió él, cruzándose de brazos–. Esto no es Seconds, Juniper.

–Si las empresas no quisieran que los niños rompieran las reglas, tendrían controles más estrictos –repuso ella, y también se cruzó de brazos, como imitándolo–. Solo tuve que meterme un hisopo en la boca y enviarlo por correo. –Sacó su celular del bolsillo trasero y, tras abrir una aplicación, se la mostró a Hudson–. ¿Ves? Y obvio que mamá no sabe nada. Le daría un ataque. Dice que tengo que esperar hasta cumplir los dieciocho para buscar a mi familia biológica. Es muy injusto.

–No te tendría que haber comprado este teléfono –se lamentó Hudson. Tomó el aparato y se puso a mirar la aplicación.

–Como si no hubiera encontrado otra forma de hacerlo. La biblioteca de la escuela tiene computadoras, y el tío Gavin me regaló una Visa prepaga para Navidad. –Cada tanto, me echaba un vistazo mientras hablaba.

–Qué niña lista –admití a pesar de las circunstancias.

–Soy *tu* niña. –Juniper me miró con total y absoluta certeza–. Tiene sentido. Me entregaste a la hermana de tu amigo. Es como la navaja de Ockham.

–La navaja de Ockham. ¿Las primarias de aquí enseñan filosofía del siglo catorce? –le pregunté a Hudson. Él abrió la boca para responder, pero Juniper se le adelantó.

–Estoy en el programa para niños con altas capacidades –dijo, pronunciando cada una de las palabras con lentitud, claramente

ofendida–. Y el distrito escolar es muy bueno. Por eso mamá no quiso mudarse con los abuelos.

–Entiendo. –Me pasé la mano por la frente para evitar que el agua salada que goteaba de mi pelo me entrara en los ojos.

–Mira, una de mis amigas también es adoptada. Siempre hablamos de eso y, obviamente, sé usar internet. La cosa es que no estoy enojada contigo por darme en adopción, aunque tengo algunas preguntas que reducirán el tiempo que tendré que pasar en terapia, según varios estudios. –Asintió–. Y, la verdad, amo a mi mamá. Es fabulosa, más allá de que no quiere que baile, pero si tú le dices que debo bailar, te va a hacer caso.

La esperanza había vuelto a sus ojos. Dejé caer los hombros, abatida, e hice lo único que juré que jamás volvería a hacer: miré a Hudson en busca de ayuda. Él frunció el ceño cuando nuestras miradas se encontraron, y luego se arrodilló en el césped y apoyó los brazos en los antebrazos de Juniper.

–June, sabes que yo nunca te mentiría, ¿no?

–Sí. –La niña nos miró a ambos.

–Allie, Alessandra, no es tu madre biológica. –Le dijo la amarga verdad con gentileza, y la parte de mí que con gusto lo habría tirado del acantilado unos minutos atrás se apaciguó un poco–. Sería imposible.

–Tú no sabes eso –protestó ella, y se le quebró la voz.

–Sí que lo sé. Tu cumpleaños es el catorce de mayo, fue hace unos días, y yo vi a Allie unos meses antes de que tú nacieras. Vino a pasar las vacaciones de primavera aquí, y no estaba embarazada.

–Quizá no te diste cuenta –repuso ella, y me miró, como esperando que corrigiera a Hudson.

–Yo nunca tuve un hijo. –Negué con la cabeza lentamente–. Lo lamento mucho, pero no soy la persona que buscas.

–No te creo. –Frunció el ceño y se sonrojó–. ¡Tenemos la misma marca de nacimiento!

–Las manchas salmón son bastante comunes…

–¡Y pueden ser hereditarias! ¡Lo busqué en internet! –June se retorció para zafarse de las manos de Hudson y tomó su mochila. Abrió la cremallera y, a los segundos, sacó una caja pequeña

envuelta en plástico–. Hazte la prueba y te creeré. –Me ofreció la caja–. Es la más rápida del mercado, me fijé.

–No me cabe duda.

–No puedes pedirle que haga eso. –Hudson se puso de pie y se pasó la mano por el pelo. Algunos tics nerviosos nunca cambian. Si hubiera tenido puesta la gorra, se habría puesto a jugar con la visera. Se oyó el crujido de la gravilla en la entrada y los tres nos dimos vuelta justo a tiempo para ver a Anne, que estaba estacionando su Mercedes azul en la cochera. Me iba a matar.

–¿Lo harás? –me preguntó Juniper, a quien la llegada de mi hermana no había disuadido en lo más mínimo.

–¿Cuánto tiempo llevas planeando esto? –le preguntó Hudson.

–Cuatro meses –respondió ella, mirándome–. ¿Lo harás?

–No soy tu madre –le dije en voz baja.

–Demuéstralo. –Sacudió la caja, y la tomé porque me pareció que era lo más educado en esa situación. Vi una chispa de victoria en su mirada, y pestañeé, impactada otra vez por esa sensación de *déjà vu* tan extraña. En algún lado había visto a esa niña.

–De ninguna manera. –Hudson me quitó la caja de las manos antes de que llegara a sujetarla bien–. Se terminó. Ve a la camioneta.

–Tío Hud…

–Ya mismo, Juniper.

Yo conocía bien ese tono. No dejaba lugar a ningún argumento y, por la postura alicaída de la niña, ella también lo sabía. Me lanzó una mirada implorante, luego se puso la mochila con ambas manos, sin molestarse en cerrar la cremallera, y fue en dirección contraria a Anne, rumbo al lado noreste de la casa.

–Te pido mil disculpas –me dijo Hudson cuando Juniper desapareció tras la esquina del porche.

–Por favor, dime que no lo sabías. –Giré la cabeza lentamente para mirarlo.

–No tenía ni la menor idea. –No estaba acostumbrada a verlo descolocado. Estiré la mano para tomar la caja y, para mi sorpresa, me la dio.

–Compró pruebas de ADN.

–Yo ni siquiera sabía que estaba buscando a su madre. –Hudson escurrió la parte de abajo de su camiseta y desvié la mirada cuando atisbé un poco de piel.

–Te puedo traer una toalla. –Lo miré fijo cuando noté que estaba observándome con incredulidad–. ¿Qué? Puedo ignorar que me destruiste en la adolescencia y puedo ser educada. Se llama ser adulta.

Nuestras miradas se encontraron y luché por volver a invocar el enojo, por sentir algo que me diera la oportunidad de salir ilesa de ese encuentro, pero lo único que encontré fue el agotamiento que me acompañaba desde enero.

–Tengo una en el auto. Una toalla, digo. –Desvió la mirada y señaló la caja–. Hazme el favor de tirar eso, ¿sí? Si no, no sé a quién va a perseguir mi sobrina después.

–Descuida, yo la tiro.

–Gracias.

Anne carraspeó, parada en el porche, y los dos giramos a mirarla del otro lado de la piscina. Tamborileó los dedos sobre el barandal, le echó un vistazo a Hudson y sacudió la cabeza.

–¿Retrocedimos diez años?

–Qué bueno verte, Anne –la saludó Hudson, burlón.

–¿Y tú qué estás hacien…? –Le brillaron los ojos y me señaló con el dedo–. Otra vez fuiste a nadar sola en el mar, ¿no?

–¿Quizá? –Le dediqué una sonrisa tímida–. Pero no corrí peligro. Y Hudson ahora es nadador de rescate, así que no hay por qué preocuparse.

Ella alternaba entre mirarlo a él y mirarme a mí, como si hubiéramos vuelto a ser adolescentes y tuviera que cubrirnos para que mamá no nos descubriera saliendo a escondidas de la casa.

–Me imagino que por eso está todo mojado. Y totalmente vestido, además.

–Eso es culpa mía –admitió Hudson.

–Genial. –Anne asintió con sarcasmo–. Los dejo tranquilos para que hagan lo que sea que estén haciendo. –Sus tacones repiquetearon en el porche cuando se alejó hacia la casa–. Hudson, hazme un favor. Al menos despídete de ella esta vez antes de irte,

¿sí? No quisiera ir presa por hacerles caso a los pensamientos intrusivos sobre tu muerte que tengo hace una década –concluyó, y cerró la puerta de un golpe.

–Ese es mi pie para retirarme –dije. Tomé la caja, caminé sobre el césped y rodeé la piscina, y dejé que todas las preguntas que había ido acumulando en silencio a lo largo de los años murieran en mi lengua.

–Allie –me llamó él–. Alessandra.

Me detuve, pero no volteé a mirarlo. Solo así había logrado sobrevivir los últimos diez años, mirando siempre para adelante.

–De verdad, te pido perdón de corazón. Por todo.

Cerré los ojos y esperé que las palabras hicieran efecto, que calmaran el dolor de la herida infectada que se negaba a curarse, pero cayeron dentro de mí como una moneda en una fuente de los deseos, demasiado insignificantes para provocar un cambio de verdad, brillantes pero inútiles.

–Maneja con cuidado.

Sin decir otra palabra, me dirigí a la casa, subí suavemente los escalones alfombrados y crucé el largo pasillo que daba a la habitación de Eva y al altar que había sido la de Lina hasta llegar a la mía, que estaba frente a la de Anne.

Luego, me di una ducha para quitarme del cuerpo la sal y la tensión, y me froté con ganas para tratar de eliminar cualquier pensamiento sobre Hudson. Cuando terminé de bañarme, ya tenía la piel más arrugada que una pasa de uva. Me puse unas mallas sencillas y un jersey ligero, sin siquiera mirar las prendas a la moda que Anne había empacado para mí. Ni que me interesara impresionar a nadie.

Cuando entré a la cocina, equipada con utensilios profesionales, me recibió el sonido de un cuchillo contra una tabla de picar. Anne se había quitado el saco, que combinaba con su vestido azul marino, y estaba picando furiosamente una bolsa de zanahorias. Era evidente que la reunión había salido muy mal.

Descalza, caminé por el piso de madera hasta el refrigerador, tomé dos botellas de Smartwater y me senté en uno de los ocho taburetes de respaldo alto que rodeaban la isla de mármol blanco. Abrí una

botella y esperé a que Anne dejara de masacrar las verduras antes de deslizarla sobre la superficie. Ella la atajó con la mano izquierda y apoyó el cuchillo con la derecha.

–Gracias.

–¿Cómo estuvo la reunión? –pregunté, al tiempo que abría mi propia botella.

–Finn solo quiere la casa antigua. Dice que puedo quedarme con todo lo demás. –Mi hermana desvió la mirada, pero era tarde: yo ya había notado el brillo de las lágrimas en sus ojos–. Así que mi abogado piensa que salió fenomenal. Termino el matrimonio con más dinero de lo que lo empecé, lo cual para algunos es una victoria, supongo.

La pena, densa y amarga, se instaló entre nosotras.

–Lo lamento mucho, Anne.

Ella bebió el agua de un solo trago, como si fuera un *shot* de tequila. Quizá eso habría sido una mejor idea. Luego, volvió a tomar el cuchillo.

–Cuando no puedes darle a tu esposo lo único que te pide en ocho años de matrimonio, te pide el divorcio. No es para lamentarse.

–No todo en la vida es tener hijos. –Bebí un sorbo de agua.

–Para Finn, sí –repuso ella, atacando la siguiente zanahoria–. Para él, es lo más importante del mundo.

–Mereces estar con alguien que piense que tú eres lo más importante del mundo. –Arranqué la etiqueta del agua, deseando que fueran los ojos de Finn.

–Dice que le fallé –añadió Anne tras un momento. Dejó caer el cuchillo sobre la tabla de picar y apoyó las palmas de las manos sobre el mármol de la encimera–. ¿Puedes creerlo? Yo soy la que pasó por los abortos espontáneos, los tratamientos de fertilidad, las hormonas, el… –Agachó la cabeza–. Pero él se siente decepcionado. Como si yo no tuviera el corazón roto.

Bajé de la silla, rodeé la isla y la abracé desde atrás.

–Esto no significa que fallaste. Eres una abogada increíble.

–Que dejó de ejercer después de un año porque Finn pensó que eso reduciría el estrés y sería más fácil que quedara embarazada –resopló.

–Eres hermosa, buena, inteligente, y mil cosas maravillosas más. Sin duda, eres la mejor de todas nosotras.

Bajé el mentón para apoyarlo sobre su hombro, y ella me atrapó el brazo con la mano y me dio un apretón. Luego, recostó su cabeza contra la mía un momento.

–Lo que está claro es que soy la única que sabe cocinar, así que siéntate mientras termino de prepararte una sopa de pollo. Te va a venir bien después de que casi te da hipotermia. –Me dio una palmadita en el rostro con la mano izquierda, y yo regresé a mi lado de la isla.

–Solo fueron un par de minutos. Nadar en la piscina no es lo mismo. Necesito la resistencia de las olas. –Me terminé el agua y estiré la mano hacia la bolsa de apio.

–No. –Anne la aferró entre sus garras mortales–. Ya he visto el desastre que haces en la cocina. Además, me ibas a dejar cuidarte, ¿recuerdas? Por eso estamos aquí.

–Estamos aquí por las reglas draconianas de mamá sobre la casa. –Me llevé una rodilla al pecho y me quedé mirando mientras Anne atacaba el apio.

–Es cierto.

Lógicamente, habíamos procrastinado la fecha límite que nos había impuesto mamá cuando había establecido la regla de que, una vez cada tres años, al menos una de nosotras tenía que quedarse en la casa todo el verano, y que, durante una de esas semanas, las tres teníamos que vivir bajo el mismo techo. Yo suponía que era su manera de asegurarse de que todavía pasáramos tiempo juntas, pero también me preguntaba si no sería una pequeña venganza contra papá y si no buscaría condenarnos al fracaso para que perdiéramos la casa que él había amado.

Hasta ese momento, Anne había estado demasiado ocupada con su esposo y su trabajo, y solo había aparecido por la casa de playa para el Clásico de Haven Cove que tenía lugar todos los años en agosto, y Eva y yo habíamos estado demasiado ocupadas con la compañía para poder organizarnos. Quizá si hubiera vuelto a la casa en los últimos años, habría visto antes a Hudson. ¿Hacía cuánto habría regresado él? *No importa. Olvídalo.*

–¿Eva te dijo cuándo va a venir? –pregunté.

–Creo que planea quedarse toda la semana del Clásico, pero ojalá venga para el Día de la Independencia –me respondió Anne mientras volcaba las verduras en la olla–. Más vale que venga, porque amo esta casa y no pienso perderla.

–Podrías vivir aquí todo el año si quisieras, ¿sabes? A nosotras no nos molestaría si te hace feliz.

–¿Y dejarlas a ustedes dos en Nueva York sin supervisión? Paso. ¿Me quieres decir qué hacía Hudson Ellis aquí? –Su tono amable y su mirada preocupada me recordaron a papá.

–Su sobrina quería conocerme. –Los otros detalles eran demasiado ridículos para molestarla con eso después del día que había tenido–. Parece que sigue a Eva en Seconds.

–La cuenta es tuya también. –Sacó un pollo cocinado del refrigerador–. ¿De casualidad te explicó si se lo tragó la tierra todo el tiempo que estuviste en el hospital? ¿O si lo abdujeron los alienígenas?

–No. –Apoyé el mentón sobre la rodilla–. Pero me pidió disculpas.

–Bueno, eso arregla todo. –El pollo cayó sobre la tabla de picar con un golpe seco–. ¿Lo mandaste a la mierda?

Reprimí una sonrisa. Anne nunca decía malas palabras.

–Le dije que será mejor que nos ignoremos el tiempo que yo esté aquí. Ya pasaron años. Lo superé.

–Mmm. –Anne puso manos a la obra con el pollo y comenzó a trozarlo con destreza.

–¿Qué quiere decir «mmm»? –Observé cada uno de sus movimientos, fascinada por su eficiencia.

–Quiere decir que no recuerdo un momento en el que Hudson y tú estuvieran en el mismo pueblo y fueran capaces de ignorarse. –Ladeó la cabeza–. Ustedes eran como uña y mugre, incluso más que Gavin y Lina, y eso que ellos salían.

–Cuando mamá estaba distraída.

Estar ahí hacía que me volvieran todos los recuerdos con una claridad sorprendente, como si la casa fuera una piedra de afilar para recuerdos. Si no tenía cuidado, iban a quedar tan afilados como

cuchillos. Me desperecé cuando la típica modorra del mediodía se apoderó de mí.

–Cuando mamá estaba distraída –me dio la razón Anne–. Gavin y ella anduvieron a escondidas durante meses ese verano, antes de que ella se aburriera y lo dejara. –Ladeó la cabeza–. ¿Ese fue el verano antes de que se uniera a la compañía de San Francisco? ¿O a la Compañía Metropolitana?

–Un poco de ambas, pero más que nada la Metropolitana –respondí. Ninguna de las dos iba a pronunciar la frase «el verano antes de que muriera». Prácticamente me disloqué la mandíbula del esfuerzo por contener un bostezo, pero fue en vano–. Me parece que quedé cansada de nadar.

–Mmm. –Anne dejó el cuchillo–. ¿Hablaste con Kenna? Ya te llamó como tres veces esta semana.

–La llamo más tarde –mentí. ¿Me sentía culpable por esquivar sus llamadas? Sí. ¿Iba a remediar la situación? No.

–Es tu mejor amiga, Allie –me regañó Anne, pero el atisbo de preocupación en su voz me disuadió de responderle de mala manera.

–Y la especialista ortopédica de la compañía –le recordé, al tiempo que tomaba la botella vacía y la llevaba al cesto de reciclado junto a la alacena–. Y las dos sabemos que no me estoy recuperando al ritmo que ella quisiera. Va a tener que decírselo a Vasily, y él va a quitar mi ballet con Isaac del programa de otoño. No puedo arriesgarme a que pase eso. No estoy holgazaneando. Estoy haciendo de todo. Clases de Pilates, entrenamiento de fuerza, bandas de resistencia, pero todavía no tengo la fuerza para pararme en media punta.

–¿No se te ocurrió que quizá solo quiere hablar con su amiga? –repuso Anne. Me apoyé contra el marco de la puerta para quitarle un poco de peso a mi tobillo–. Nadie piensa que estés holgazaneando. Creo que no podrías holgazanear ni aunque quisieras. Toda la compañía sabe que te estás matando para volver al estudio. Es lo único que haces. Pensé que venir aquí te ayudaría a relajarte o al menos a sonreír…

–¿Pasaste a ver a mamá de camino aquí?

–No cambies de tema –me dijo clavándome la mirada, y yo se la sostuve. Si hubiéramos organizado un concurso para ver quién podía aguantar un silencio incómodo durante más tiempo, yo habría ganado una corona, y ambas lo sabíamos–. Sí, pasé por la institución y vi a mamá –dijo. Su suspiro fue como una bandera blanca.

–No sé si le diría institución. –Era más bien un centro.

–¿Quieres que salgamos a caminar cuando termine de cocinar?

–Qué forma más sutil de cambiar de tema, pero me parece que voy a dormir una siesta. –Me había ganado el cansancio. *Parece que siempre gana*–. Viste lo que dicen, para recuperarse hay que dormir bien.

–¿Y si vamos al cine después de cenar? Están dando un maratón del *Brat Pack,* y nada te levanta el ánimo como John Hughes. –Me regaló una sonrisa dulce.

La idea de ponerme ropa de verdad y de juntar la energía suficiente para hacer de Alessandra Rousseau en público me robó otro bostezo.

–Quizá mañana.

–Quizá mañana –repitió Anne, y se le borró la sonrisa–. Ve a descansar. Yo te despierto para cenar.

–Gracias.

Salí de la cocina y subí las escaleras, mirando de camino la galería de fotos espontáneas que decoraban la pared. Al llegar a la última, me detuve. Papá nos había fotografiado a las cuatro de espaldas, sentadas una al lado de la otra en el muelle, en uno de los pocos momentos en los que Eva se quedaba quieta.

Ella estaba relajada en la punta derecha, con los brazos detrás del cuerpo y la cabeza de quinceañera hacia arriba, para recibir la caricia del sol. Lina y Anne estaban en el medio, tenían diecinueve y dieciocho años respectivamente, y se miraban entre risas, compartiendo sin duda algún chiste que solo ellas entendían, mientras que yo, de diecisiete años, estaba sentada con el brazo de Lina sobre los hombros y la cabeza apoyada contra la suya mientras miraba el mar.

Dios, extrañaba esa sensación de paz y seguridad con respecto al futuro. Cuando estábamos juntas, éramos tan sólidas como los pilotes del muelle. Calmábamos la tormenta que era nuestra madre y nos apoyábamos la una en la otra para balancear el peso cuando las olas de sus expectativas amenazaban con hundir a alguna.

La breve sensación de paz se esfumó rápidamente al recordar que Lina había muerto tan solo unas semanas después de que papá enmarcara la foto. La vida era más injusta que la mierda. Ella tendría que haber estado ahí, o en un escenario de Nueva York interpretando a Giselle, o en el lugar donde ella quisiera estar. Tendría que haber estado viva.

Lina habría sabido cómo hacer sentir mejor a Anne, y si convenía exigir mi tobillo o dejarlo descansar. Habría sabido guiar a Eva y lidiar con mamá. Nos habría mostrado a todas cómo hacer eso de ser adultas.

Entré a mi habitación y me desplomé sobre la cama, y luego me refugié bajo el peso conocido y reconfortante del edredón con estampado de rosas. En algún momento, quizá mi cuerpo se pondría al día con todo el descanso que le había negado a lo largo de los años. Hasta entonces, le daría las horas de sueño que parecía determinado a conseguir, con o sin mi consentimiento.

Giré hacia la mesita de noche de mimbre blanco para apoyar mi teléfono, me fijé que el anillo de amatista de Lina estuviera guardado seguro en mi cajón y vi la prueba de ADN que Juniper me había pedido que me hiciera. Me invadió una oleada de empatía. Ella solo quería saber cuál era su lugar en el mundo. Durante una milésima de segundo, me sentí mal por Hudson. Juniper parecía destrozada.

«De verdad, te pido perdón de corazón. Por todo». Al menos me había pedido disculpas. En otro momento, lo habría perdonado sin hacer preguntas, habría sabido que lo que lo había alejado de mi lado era algo que él no podía controlar. Yo había confiado en él más que en mis propias hermanas. Y, al igual que jamás entendería por qué Lina se había ido tan joven, por qué yo había sobrevivido al accidente y ella no, tenía que hacer las paces con el hecho de que

jamás entendería por qué Hudson se había marchado de mi vida sin despedirse.

Eran unos niños los dos. Ya olvídalo. Tomé la caja y leí las instrucciones. Parecía bastante sencillo. Lo único que tenía que hacer era descargar la aplicación, hisoparme la mejilla y enviar la muestra por correo. Teniendo en cuenta que yo nunca había tenido un hijo, no me daba miedo el resultado. Mierda, si recién había perdido la virginidad casi a los veinte, mucho después de que naciera Juniper. Quizá yo no obtendría las respuestas que necesitaba de la vida, pero podía ayudarla a ella, al menos demostrándole que yo no era la respuesta a su pregunta.

Seis días más tarde, la aplicación me envió una notificación.

Quedé impactada.

CAPÍTULO SIETE
Hudson

Primaravillosa34: No puedo creer que estén corrigiendo a una bailarina profesional en los comentarios. Me muero. La única persona mejor que HermanasRousseau4 es la mitad que falta del dúo. Oye, Eva, suelta a tu hermana antes de que la vayamos a buscar.

Hice rodar la cerveza tibia entre mis manos y los bordes de la botella arañaron la mesa mientras, en un rincón del bar, la voz de Kurt Cobain cantando sobre una caja en forma de corazón salía de la rocola arcaica en la que Gavin solo permitía que sonaran canciones de su selección de *grunge* o algún tema punk.

Seis días. No sabía cómo, pero había pasado seis días sin conducir hasta la casa de Allie a rogarle que me perdonara. Nuestro pasado exigía más que una simple disculpa o una excusa de mierda. Mucho más. Lo que yo le había hecho requería sangre, una súplica de rodillas y, seguramente, un pedazo de mi alma, y ni siquiera estaba seguro de que bastara con eso.

Una patada veloz a la espinilla me hizo sacudir y, del otro lado del reservado poco iluminado, los ojos de Eric Beachman me miraron, expectantes.

–¿No, Ellis? –dijo, y miró a la mujer sentada junto a mí.

Cierto. Mierda. Se suponía que estábamos en una cita doble. Era la primera vez en toda la semana que mis horarios y los de Eric coincidían para salir a tomar algo, y él había invitado a la hermana de su novia. ¿Cómo diablos se llamaba? Y ¿qué me había preguntado Beachman?

–No hace falta que responda –dijo la joven morena con una sonrisa radiante. Jessica, la novia de Eric, me miró con suspicacia.

–A todos los nadadores les gusta alardear con la cantidad de rescates que han hecho –me ayudó Eric, pero, al mismo tiempo, me lanzó una mirada que decía: «¿Es broma?».

–La verdad, no llevo la cuenta –respondí tras carraspear.

Listo, no había sido tan difícil, por más que me hubiera dispersado durante los últimos diez minutos de la conversación, lo que había sido una constante en mí toda la semana. Estaba haciendo algo y pensaba en Allie. ¿Compraba nuevos equipos para la tienda? Allie. ¿Le quitaba el teléfono a Juniper? Allie. ¿Entrenaba en la piscina? Allie. Por lo general, ella vivía en un lugar recóndito de mi mente, pero ahora estaba en primer plano y en todos lados.

–Qué humilde –dijo Beth (así se llamaba) y sonrió con más ganas–. Me gustan los hombres humildes.

Allie sabía que yo era cualquier cosa menos humilde. En su momento, sabía que yo era impetuoso, altanero y más arrogante que la mierda, e igual le caía bien.

–Seguro le gusta que te guste eso –intervino Eric, y tomó un trago.

Yo no estaba seguro de que fuera así. Beth era hermosa, tenía ojos azules y grandes y cabello castaño que tiraba más al rojizo que al tono café oscuro del de Allie… *Deja de compararlas.* Me había pasado toda la noche haciendo eso, comparando a mi cita y a la mujer que se había convertido en mi estándar hacía diez años, y eso no era justo. Me estaba comportando como un imbécil y Beth ni siquiera lo sabía.

–Te voy a buscar otro trago, ¿te parece? –le ofrecí. Ya me había puesto de pie, en medio de las protestas de Beachman, que decía que para eso estaba la camarera.

Me abrí paso entre la multitud del viernes por la noche, saludé a un par de tipos con los que había ido a la secundaria, que estaban jugando al tiro al blanco y no eran uno de los pros de haber vuelto a mi pueblo, y llegué hasta donde estaba mi hermano, que tampoco estaba siempre en la columna de pros. Gavin estaba atendiendo al público en el otro extremo de la barra alargada, así que me senté en un taburete.

–¿Qué te pasa hoy? –Eric se sentó junto a mí.

–Estoy distraído –respondí, jugando con la visera de mi gorra.

–Estuviste en la luna toda la semana –me acusó. Luego, miró por encima del hombro a un grupo de tipos con aspecto de ejecutivos que le gritaban a Gavin desde la otra punta del bar–. ¿Qué sentido tiene ir a un barcito con un traje de dos mil dólares? –murmuró.

–Es la época. –Miré a mi hermano, que estaba atendiendo a la fila de clientes. Era un poco más alto que yo, que medía un metro ochenta y ocho, lo cual le daba ventaja estando detrás del bar y le permitía ver por encima de la multitud, pero yo contaba con diez kilos de músculo más que él, y eso me daba ventaja cada vez que necesitaba darle una paliza–. La semana que viene será intensa.

El fin de semana del Día de los Caídos siempre marcaba el comienzo no oficial de la temporada alta, y el bar era un buen indicador de la cantidad de turistas. Para cuando llegara el Día de la Independencia, el lugar estaría repleto a más no poder.

–¿Estás preocupado por el examen? –Eric se acomodó igual que yo, con los codos sobre el borde de la barra.

–No. –Los resultados del examen que habíamos rendido la semana anterior para ser candidatos a un ascenso todavía tardarían un par de semanas más, pero sabía que me había ido muy bien.

–¿Estás preocupado porque aunque te seleccionen y te asciendan, con otros once nadadores no tienes muchas posibilidades de crecimiento aquí en Cabo Cod y tendrías que transferirte a otra base área y alejarte de tu familia? –Me miró con astucia.

–Muy específico y, por lo general, correcto, pero no. –Pero ahora sí me estaba preocupando por eso.

–Podrías ir a Port Angeles y disfrutar del noroeste del Pacífico, o a San Francisco y averiguar por qué amo tanto California, o a Sitka, incluso. Como siempre quisiste.

Eric ladeó la cabeza apenas, esperando mi reacción. Ese era su talento principal: descubrir qué le molestaba al otro y protegerlo si lo consideraba un amigo, o hurgar hasta ver sangre si no era así.

–Aquí estoy bien. –Había tenido que pasar por dos estaciones en la Costa Este antes de que me asignaran a Cabo Cod, y no estaba en mis planes marcharme, por lo menos no mientras Caroline me necesitara.

–¿Estás preocupado por la cita? –volvió a probar Eric mientras Gavin seguía tomando pedidos junto a nosotros. Cuando me vio, frunció el ceño y me lanzó una mirada perpleja.

–No es por la cita. –Miré a Gavin servir metódicamente un par de pintas de cerveza a unos metros de distancia. Por el modo en que inclinaba la cabeza hacia nosotros, supe que nos estaba escuchando–. Beth es… simpática.

–¿Simpática? –Eric levantó las cejas–. Es un diez, y no lo digo solo porque prácticamente sea mi cuñada. Es maestra, o sea que es inteligente, y ya viste lo graciosa que es. Además, parece que le gustas, aunque tampoco te cuesta mucho gustarles a las chicas. Entonces, ¿cuál es el problema?

Me removí en mi asiento.

–No es Allie Rousseau –respondió Gavin por mí, y les pasó dos cervezas a los ejecutivos sentados a mi izquierda.

–Cállate la boca. –Lo fulminé con la mirada y pensé en cómo escapar. Estaba claro que tenía ganas de fastidiarme.

–Es la verdad. –Gavin se encogió de hombros y se estiró para tomar la botella de arriba del todo de la estantería–. Tiene cabello castaño, linda sonrisa, es menuda. Es su tipo, sin duda, pero no es Allie. –Sirvió cuatro *shots* de tequila y continuó–: Verás, Bachman…

–Beachman –lo corrigió Eric.

–Como sea. –Gavin les alcanzó el tequila a los tipos trajeados y tomó la *tablet* para sumar los tragos a su cuenta–. Le presentaste a una linda pueblerina…

–Quiso decir lugareña –intervine.

–… pero mi hermanito está encaprichado con Allie desde los diecisiete años, y ni tú, ni yo, ni la señorita Maestra que está sentada allá podemos hacer nada al respecto. –Gavin apoyó la *tablet* en la barra y nos miró mientras se ponía la gorra para atrás–. Por eso está sentado aquí en vez de pedir otro trago desde allá. –Señaló los reservados–. Hudson quizá sea el más corajudo de toda la Guardia Costera, pero si lo pones en la misma habitación que Allie Rousseau, no sabe ni dónde está parado.

–¿Quién es Allie Rousseau? –Eric frunció el ceño y miró primero a mi hermano y después a mí.

–No podías quedarte callado, ¿no? –Miré a Gavin con los ojos entrecerrados.

–Es el privilegio sagrado de todo hermano mayor hacerle pasar vergüenza al menor a su antojo. –Gavin me dedicó una sonrisa descarada y se estiró para tomar un vaso de cerveza de atrás.

–¿Quién es Allie Rousseau? –repitió Eric.

–A veces no sé si te adoro o te desprecio. –Cuanto más lo fulminaba con la mirada, más sonreía mi hermano.

–Ambas, hermanito. –Me desacomodó la gorra como si tuviera doce años y sirvió una pinta de Yuengling–. Si no son ambas, no estoy haciendo las cosas bien.

–¿Quién mierda es Allie Rousseau? –insistió Eric, ya casi a los gritos.

Gavin levantó las cejas, como desafiándome, y me ofreció la cerveza.

–Eres un imbécil –le dije, pero acepté el vaso.

–¿Alessandra Rousseau? ¿La bailarina? –nos interrumpió uno de los tipos de traje. Los tres nos dimos vuelta a mirarlo, sorprendidos–. ¿Qué? –El tipo se aflojó la corbata de seda–. Vivo en Nueva York, y a mi esposa le gusta el ballet.

–No estaba hablando contigo –le dije de mala manera.

–Yo sí. –Beachman volteó hacia él–. Cuéntame más.

Tomé un buen trago de cerveza mientras Trajecito le mostraba algo a Eric en el teléfono.

–A la mierda. –Beachman me mostró la pantalla–. ¿De ella estaban hablando?

Una búsqueda en Google arrojó una decena de fotos de Allie, sobre todo arriba del escenario, que mostraban las largas líneas de su cuerpo contorsionadas con elegancia en posiciones imposibles. Eric señaló su foto de la página de la compañía que, por supuesto, quitaba el aliento. El fotógrafo la había capturado sin sonreír, con los ojos bien abiertos, como si esperara instrucciones.

–Es ella –confirmó Gavin. Comenzó a beber otro vaso e ignoró por completo a los clientes de la otra punta, que parecían querer otra ronda.

Eric le devolvió el teléfono al tipo de traje y le agradeció antes de volver a girarse hacia mí.

–¿Y nunca me hablaste de ella porque…?

Abrí la boca y volví a cerrarla. Sin duda alguna, ese tipo de situaciones estaba en la columna de contras de trabajar en mi pueblo.

–Porque todavía está enamorado de ella. –Gavin apoyó un trago frente a mí. Se veía sospechosamente parecido al que había pedido Beth antes, un cubalibre. A mi hermano se lo podía acusar de no ser confiable, pero nadie podía negar que tenía la memoria de un elefante.

–No es cierto. –Ni siquiera otro sorbo de cerveza podría quitarme el sabor de la mentira de los labios.

–Sí que es cierto. Es cierto –le dijo a Eric, y asintió–. Por eso no le gusta hablar de ella.

–Por el amor de Dios, ¿la puedes cortar? –Me alejé de la barra.

–¿Es tu mejor amigo o no? –resopló Gavin.

–Lo soy. –Eric se inclinó hacia delante como un viejo en una barbería, ansioso por escuchar chismes disfrazados de noticias.

–Era mi mejor amiga –dije, solo para callar a Gavin–. Sus padres tienen una casa aquí y nos conocimos cuando éramos adolescentes. Fuimos bastante unidos dos veranos y… –No me salían las palabras, como siempre. Seguía sin poder hablar de todo lo que había pasado esa noche.

–Y él estaba enamorado de ella –susurró Gavin antes de servir una pinta de Coors Light.

–¿No tienes clientes? –señalé la barra.

–¿No tienes una cita que estás evitando? –contraatacó él, y puso la cerveza delante de Eric.

–Es cierto. –Eric hizo una mueca, tomó el vaso y miró por encima del hombro hacia el reservado.

–Lo que digo, Bateman… –empezó a decir Gavin, al tiempo que mezclaba vodka y jugo de arándanos.

–Beachman –lo corrigió Eric de nuevo.

–Eso dije. –Gavin colocó una pajilla en el vaso y lo revolvió–. Lo que digo es que esa mujer que tan amablemente le presentaste a mi

hermano no tiene ninguna oportunidad. Nunca la tuvo. Lo mejor que puedes hacer es acabar con su sufrimiento antes de que él haga algo estúpido en serio, como empezar a salir con ella.

–No es cierto. –Me puse de pie y tomé el vaso de cerveza.

–Sí que es cierto. –Gavin me miró y le acercó el trago a Eric. Le dedicaba toda su atención, mientras que a mí me ignoraba–. Mira, Barman, yo ya la pasé, eso de estar enamorado de una Rousseau, y no hay nada que se le compare. –Desvió la mirada y carraspeó, y yo sujeté fuerte el vaso a pesar de las gotitas de condensación que se estaban acumulando. Yo no era el único Ellis que no hablaba de aquellos veranos–. Pero las hermanas Rousseau siempre tuvieron una energía muy «mírame y no me toques», y una madre muy «si las tocas, te aniquilo», y aunque yo dejé que esa antorcha se consumiera antes de soltarla, Hudson todavía la lleva con él. ¿Y ahora que ella volvió al pueblo hace unas semanas? –Gavin hizo de cuenta que le explotaban las manos e imitó el sonido de una bomba–. Hudson es la Estrella de la Muerte y esa mujer es Luke, y está por hacerlo estallar.

–Qué analogía de mierda. –Bebí otro trago y pensé en cuántos kilómetros me separaban de la casa de Allie. No había tomado ni medio vaso de cerveza en toda la noche. Podía conducir tranquilamente.

–¿Te parece? –Gavin ladeó la cabeza–. Podríamos decir que tú eres el Titanic y ella es el iceberg, o que ella es Oppenheimer y tú eres el laboratorio en Nuevo México, o…

–Ya entendí. –Busqué mi billetera.

–Entonces, ¿a ti también te gustaba Allie? –Eric se bajó del taburete.

–Dios, no. Su hermana mayor. Allie no. –Gavin me miró y años de historia destellaron en su mirada una milésima de segundo, antes de que curvara los labios en una sonrisa burlona–. Allie era demasiado joven para mí. Demasiado tensa. Bonita, pero –me puse tenso– demasiado remilgada, demasiado correcta, demasiado callada, demasiado tímida…

–Demasiado mía, carajo –exploté. Arrojé un billete de veinte a la barra–. Y no era ninguna de esas cosas. Tú no la conocías. –Sentí un

calor que me subía por la nuca.

–¡Por fin! –Gavin levantó los brazos, victorioso–. Me estaba preguntando cuándo ibas a despertar. –Mierda, le había dado justo lo que él quería: una reacción. Eric nos miraba a uno y después al otro, como si fuéramos rivales en un partido de tenis–. Ahora, no seas cobarde y dile a esa bonita morena que está audicionando para un rol que ya tiene dueña hace diez años. –Me acercó el billete–. Y ya sabes que aquí no aceptamos tu dinero.

–¿Cómo sabías que había vuelto? –Tomé el vaso de cubalibre con la otra mano y dejé el billete donde estaba.

–Las noticias vuelan. –Gavin se encogió de hombros y se alejó–. Y nuestra sobrina es una chismosa. Sabes que va a perseguir a esa mujer hasta conseguir un autógrafo.

Juniper. Claro. ¿Qué más le habría dicho?

–Vas a cuidarla mañana para que Caroline abra el café, ¿no?

–¿Estás de guardia? –retrucó él. Las voces a sus espaldas se elevaron para captar su atención.

–Sí. –Solo hacía turnos de veinticuatro horas entre cuatro y seis días al mes.

–Entonces, parece que no me queda otra.

Se llevó dos dedos a la sien, como haciendo el saludo militar, y luego volvió a la otra punta de la barra, con un paño de cocina asomando del bolsillo de sus pantalones. Eric y yo comenzamos a caminar hacia el reservado.

–Pero ¿qué pasó entre tú y la bailarina? –me preguntó mientras nos abríamos paso entre la multitud cada vez más grande.

Por eso nunca había querido contárselo. Beachman era de obsesionarse con las cosas, y yo acababa de convertirme en un problema que, a su parecer, tenía solución.

–Nos distanciamos cuando yo tenía dieciocho, justo antes de que fuera al entrenamiento básico.

–A ver si adivino. ¿Ella no sentía lo mismo que tú?

–Ella… Es complicado –dije. Tenía un nudo en el estómago–. Fin de la historia.

–Pero quizá no es el fin, si da la casualidad de que está aquí ahora que tú también. Eres el tipo más suertudo que conozco.

–Créeme, se terminó. Allie no es de dar segundas oportunidades. –O de dejar entrar a la gente. Divisé a Jessica y Beth y bajé la voz–. Hay algunas cosas del destino que ni yo puedo burlar, amigo. Hazme un favor y olvídate del tema.

Al acercarnos al reservado, nos quedamos callados, y le dediqué una sonrisa apenada a Beth cuando me senté junto a ella, con las bebidas en la mano.

–Toma.

–Gracias. –Ella tomó el vaso y se acomodó el cabello detrás de la oreja–. Tú te criaste aquí, ¿no? Nosotros nos mudamos cuando yo estaba en el anteúltimo año de la secundaria. Creo que tú ya te habías graduado.

Comencé a asentir, ya que las fechas coincidían con lo que ella me había dicho antes, pero me detuve. Gavin tenía razón. Podía salir con ella y hasta pasarla bien, pero, tarde o temprano, se iba a terminar, porque yo nunca le iba a dar una oportunidad de verdad, mucho menos sabiendo que Allie estaba a trece minutos de distancia.

–Sí –dije despacio. Sentía la presión que crecía en mi pecho mientras la cabeza me iba a mil por hora–. Lo siento, Beth, pero…

–¿Hudson?

El resto de la oración murió en mis labios, aniquilada al instante por el sonido de su voz. Me di vuelta y vi un par de *jeans* que me hicieron picar las manos del deseo de sentir las curvas que envolvían, luego, un jersey liviano color verde que mostraba uno de sus hombros y dejaba al descubierto el bretel rosa de un sostén, y seguí subiendo hasta encontrarme con mis ojos color whisky favoritos. La tensión que sentía en el pecho llegó a su límite y todos los pensamientos, menos el de alzarla en brazos y sacarla de ahí para poder pedirle disculpas en privado, escaparon del desorden que era mi cerebro.

–Mierda, eres la bailarina –anunció Eric.

Mátenme. Allie abrió mucho los ojos y me quitó la mirada de encima.

–Sí.

–Qué bien. –Beachman sonrió y le extendió la mano–. Soy Eric Beachman. El mejor amigo de Hudson.

–Alessandra Rousseau. Un gusto. –Allie le estrechó la mano, pero no se le escapó ni una sonrisa. Ni siquiera esa ensayada y falsa que exhibía en público.

–Mejor dicho, su *nuevo* mejor amigo. –Eric hizo una mueca, y ella le soltó la mano para aferrarse a la correa de su cartera con ambas manos–. No digo que él diga que tú eras su mejor amiga, ni que seas reemplazable o… ¿Saben qué? Mejor me callo.

–Me parece una gran idea. –Le lancé una mirada asesina, y el muy idiota me sonrió.

–Está bien. –Allie nos miró a los cuatro y, al final, me clavó la mirada. Me dolían las costillas. Dios, ¿siempre me había sentido así cuando estaba con ella? ¿Como si me faltara el aire de tan solo mirarla? *Ya no tienes dieciocho años. Contrólate y piensa un plan–.* Perdón por interrumpir, pero quería hablar contigo. En privado.

Sí. Sí, carajo. Sí rotundo. A la mierda el plan. Haría lo que ella quisiera.

–Claro. –Muy elocuente, imbécil. Dejé mi cerveza y salí del reservado, y ella retrocedió unos pasos para dejarme pasar–. ¿Vamos a la trastienda?

Ella asintió, se dio vuelta hacia la barra y comenzó a caminar. Yo evité mirarle el trasero y usé cada uno de esos segundos para pensar estrategias y posibles respuestas a lo que fuera a decirme. Al diablo la lógica y los verdaderos motivos por los que me había borrado de su vida; todos los escenarios que imaginaba empezaban y terminaban con lo único que jamás había hecho por una mujer: arrastrarme.

Ella abrió la puerta junto a la esquina de la barra como si no hubieran pasado diez años desde la última vez que había girado ese picaporte, y volví a tener dieciocho años otra vez, escabulléndome con ella mientras Gavin trabajaba, estudiando para la prueba de ingreso y riendo y charlando sobre nada y todo a la vez.

La seguí, consciente del olor a aromatizador de ambientes y cerveza rancia, y cerré la puerta. Más allá de que oliera mal, la habitación estaba pulcra y organizada, desde el archivador en la

esquina hasta el escritorio a mi izquierda. Me apoyé ahí, inclinado a la derecha en el borde del mueble, sorprendentemente sólido, para que Allie tuviera acceso a la puerta y no se sintiera atrapada.

–Este lugar está tal como lo recordaba. –Allie giró despacio bajo la luz titilante del tubo fluorescente, absorbiendo todos los detalles de esa forma callada y observadora tan suya. Yo siempre había pensado que, si Allie sobrevivía en esa familia, era porque era tan perceptiva que era capaz de predecir cuándo se avecinaba una tormenta–. Pero tú… –Cruzó los brazos y me estudió con esos ojos que habían perdido el fuego rabioso al que me había enfrentado antes, en su casa. Comparada con la mirada vacía y rápida que me dedicó, el fuego habría sido una bendición–. Ocupas más lugar que antes.

–Gracias a unos cuantos centímetros de altura y a la escuela de nadadores de rescate. –Se me dibujó una sonrisa–. Tú también te ves bien.

Mejor que bien. La vi despampanante, con esos ojos grandes, los labios en forma de corazón y unas pecas adorables en las mejillas. La chica que siempre me había parecido hermosa había superado con creces esa palabra como mujer. Ella resopló.

–Me veo como si no entrenara hace cuatro meses y no durmiera desde los diez años –soltó, pero con tono tan insípido como su mirada.

–Nunca te gustó aceptar cumplidos.

Una chispa de ese fuego apareció en su mirada y estuve a punto de festejar. Todavía estaba ahí.

–Eso no importa. –Allie sacudió la cabeza y el pelo le enmarcó el rostro como una cortina castaña mientras rebuscaba en su cartera. Ahora tenía el cabello ondulado un poco más largo y le llegaba hasta abajo de la clavícula–. Vine porque Anne me dijo que Gavin todavía trabajaba aquí, y pensé que él podría decirme dónde encontrarte.

–¿Viniste a buscarme? –Una sonrisa de oreja a oreja me iluminó el rostro. Hasta ahí había llegado lo de armar una estrategia: iba a seguir mi instinto y esperar que no me fallara.

–Sí. –Se corrió el pelo del rostro con una mano y, con la otra, tomó su teléfono–. No sabía a quién más acudir. O con quién hablar. O con quién habías hablado tú.

–¿De qué?

–Tienes que hablar con Caroline. Yo no soy la mamá de Juniper. –Sus dedos se deslizaban sobre la pantalla.

–Por supuesto que no –repuse. Ni siquiera había vuelto a pensar en eso.

Allie había abierto la misma aplicación que había usado mi sobrina.

–Resulta que soy su tía.

CAPÍTULO OCHO
Allie

PrincesaBailarina50363: Te sale horrible la técnica de Balanchine. Trae a tu hermana así te muestra cómo se hace HermanasRousseau4

Dos días más tarde, estaba sentada con las rodillas flexionadas, mirando a Hudson, que estaba frente a mí en nuestra sala de estar formal. El tictac del reloj de pie llenaba los kilómetros de silencio entre nosotros al contar el paso de las horas esa mañana.

Después de que Gavin entrara a los treinta segundos de nuestra conversación en el bar, Hudson y yo habíamos acordado reunirnos en algún lugar donde no nos molestaran. Yo había pensado que posponer la conversación nos daría tiempo de recomponernos o, al menos, que sería menos incómodo. Me había equivocado.

–Cinco minutos –rompió el silencio Hudson.

–¿Qué?

–Quizá sea un poco más fácil si, durante los próximos cinco minutos, haces de cuenta que no me odias.

Se inclinó hacia delante en el sillón a rayas azul y crema donde estaba sentado y se rodeó las rodillas con los brazos, sin siquiera probar el café caliente que yacía en la mesita entre nosotros. Al menos una cosa no había cambiado en los últimos diez años: tenía puesta una gorra de los Bruins.

–Cinco minutos no alcanzan, y no creo que así sea menos incómodo.

–Intentémoslo. –Sacó su teléfono y me mostró el cronómetro–. Vamos de a cinco minutos a la vez.

–Cinco minutos. Está bien. Pensé que estarías de uniforme después de terminar un turno de veinticuatro horas. –Tironeé las mangas de mi jersey hasta cubrirme las manos. En poco tiempo,

haría demasiado calor para usar mis abrigos favoritos. Junio ya nos pisaba los talones.

–Si quieres verme de uniforme, me lo pides y listo –bromeó con una sonrisa juguetona revoloteándole sobre los labios.

Sentí calor en las mejillas y desvié la mirada. Él nunca había coqueteado conmigo, solo con otras chicas.

–¿Va a venir Caroline?

–No le dije nada –respondió, y se le borró la sonrisa. Me puse tensa–. Primero –dijo, levantando el índice–, no la vi, y estas cosas se hablan en persona. Segundo, se opone terminantemente a que Juniper busque a su familia biológica antes de cumplir dieciocho años, pero yo también siento que Juniper tiene derecho a conocer ciertas cosas, como sus antecedentes médicos, entonces estoy en una encrucijada. Si Caroline se llega a enterar de que Juniper estuvo averiguando, y ni hablar de que te encontró, la va a encerrar con tal severidad que la cárcel parecerá un parque de diversiones.

–¿Porque nuestra familia es la maldad personificada? –Lo miré y traté de no enojarme por lo que estaba insinuando.

–Porque tiene miedo de que alguien se lleve a Juniper desde que se la entregaron en la agencia de adopción

–Yo nunca… –comencé a decir, furiosa.

–Yo ya sé eso. Y tú también lo sabes. Pero es difícil que la lógica le gane a la ansiedad. –Hudson se puso a jugar con la visera de su gorra y bajó la mirada hacia la alfombra de diseñador, que le había costado una fortuna a mamá–. Me pareció mejor que tratemos de ordenar la información que tenemos y que pensemos un plan antes de ir a hablar con Caroline.

Mi teléfono vibró en el brazo del sillón y el nombre de Kenna apareció en la pantalla. Me tragué la culpa y rechacé la llamada. Era la segunda vez en el día que me llamaba y, por mucho que deseara que dejara de hacerlo, seguramente me habría hundido aún más en mi tristeza si eso hubiera pasado.

–Y después la dejamos decidir si quiere contárselo a Juniper.

Y, mientras tanto, la niña tendría que seguir viviendo en la incertidumbre. Qué desastre. Cambié de posición y tomé la botella de agua a mi derecha, como si Kenna me estuviera regañando para

que me hidratara. Me dolía el tobillo por el entrenamiento de esa mañana. Me había esforzado bastante en el gimnasio y, después, me había exigido de más al tratar de llegar a media punta.

–¿Le contaste a Anne? –preguntó Hudson, arqueando las cejas.

–Ella está… frágil. –Pasé el dedo sobre la etiqueta de la botella y me pregunté cuánto contarle, hasta dónde dejarlo entrar. ¿Cuánto podía cambiar una persona en una década? Debía admitir que había algo de ironía poética en el modo en que, a la fuerza, estábamos cerrando el círculo: de confidentes a desconocidos a lo que fuera que éramos ahora–. Se está divorciando, y el tema de los niños y la maternidad… –Mientras hablaba, miré la foto de Anne con Eva en brazos–. Es complicado en este momento.

Por eso mismo había organizado la reunión cuando ella no estaba. Hudson asintió. Estaba mirando la colección de fotos en blanco y negro en marcos plateados que exhibían los estantes.

–¿Lo dices tú o lo digo yo?

Seguí su mirada hasta una foto de nosotras cuatro en tutú, de cuando éramos muy chicas. Me había pasado los últimos dos días barajando todas las posibilidades y, una y otra vez, había llegado a la misma conclusión. Juniper no podía ser hija de Eva. Yo jamás había estado lejos de ella más de una semana en aquella época. Y tampoco de Anne. Ella se había ido a la universidad el mismo mes que yo había entrado a la compañía como aprendiz, un año antes de graduarme de la secundaria.

–Tiene que ser hija de Lina.

Aunque la verdad fuera irrefutable, no lograba hacerme a la idea, no lograba comprender que no conocía a mi hermana mayor tan bien como pensaba. Cuando dejé de prestar atención a las fotos, me encontré con Hudson mirándome, esperando a que terminara de hablar. Esa era una de las cosas que siempre me habían gustado de él. Era decidido, imprudente, incluso, a la hora de entrar en acción, pero siempre me escuchaba antes, y yo nunca me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba eso en mi familia con tres hermanas y padres ocupados.

–Si Juniper nació en mayo, Lina debió quedar embarazada en septiembre –continué en voz baja, poniéndoles palabras a los

pensamientos que llevaban las últimas treinta y seis horas rondándome la cabeza–. Ese fue el mes en que se unió a la Compañía de Ballet de San Francisco.

–Tú querías estar en esa, ¿no? –me preguntó Hudson con tranquilidad. Se levantó del sillón y caminó hacia la estantería. Apreté los labios para no negarlo–. Sí, querías. –Miró por encima del hombro y luego tomó un marco plateado con una foto mía y de Eva, del Clásico de Haven Cove a mis dieciséis años–. Una vez me dijiste que no querías bailar a la sombra de alguien más, y como tu madre había bailado en París y Londres, San Francisco era tu primera opción.

–Yo estaba ahí. Recuerdo lo que dije –me obligué a decir al final. Me levanté, dejé el agua y rodeé la mesita para pararme junto a él.

–¿Qué cambió?

Recorrí con la mirada las fotografías profesionales, de las cuales un noventa por ciento nos mostraba en uniforme de danza, como si los únicos momentos que valiera la pena capturar para los ojos de los demás fueran aquellos en los que estábamos bailando.

–Tú sabes qué cambió.

–Murió Lina. –Hudson se metió las manos en los bolsillos–. Así que rechazaste todas las ofertas que recibiste y te fuiste a la Compañía Metropolitana de Ballet, como quería tu madre. –¿Acaso había un dejo de decepción en su voz?

–Yo tampoco te veo en Sitka –repliqué. Solíamos bromear con ese sueño. Él iba a estar en el medio de la nada, trabajando de nadador de rescate, y yo iba a estar en San Francisco, y nos visitaríamos cuando pudiéramos.

–Sean también murió. De cáncer. Yo *elegí* volver para ayudar a mi familia. ¿Tú *elegiste* o la que eligió fue tu madre, que quería vivir su sueño a través de la hija que se prestara a hacerlo?

–Mi mamá acababa de perder a su primogénita. Yo *elegí* honrar sus deseos. *–Estás demasiado a la defensiva.* Todavía no habían pasado los primeros cinco minutos–. Pero bueno, vi a Lina esa Navidad y no me dijo nada. Tampoco se veía distinta. La siguiente vez que la vi fue ese verano. Había rechazado la oferta de renovar su contrato en San Francisco y volvió a casa para prepararse con

nosotras y audicionar para la Compañía Metropolitana otra vez. Estaba decidida y concentrada, pero la noté normal… contenta, sobre todo después de las audiciones de agosto. La invitaron a unirse a la compañía, y ¿cuándo fue eso? ¿Dos semanas antes del Clásico? –Negué con la cabeza–. Sé que Juniper es la prueba, pero no puedo creer que Lina haya tenido una hija y no se lo haya contado a ninguna. Ni siquiera a Anne. Ellas eran unidas, mucho más que Eva y yo. Pero, a menos que tenga otra hermana cuya existencia desconozco, Juniper tiene que ser hija de Lina.

–¿Es posible que Anne lo sepa y no te lo haya dicho? –Se reclinó hacia atrás y, cuando miró por la ventana, masculló un insulto.

–Sí, es posible –admití–. Pero ¿por qué guardaría el secreto tantos años después de la muerte de Lina? No tiene mucho sentido.

–No puede ser. –Hudson fue a zancadas hacia el vestíbulo de entrada.

–¿Qué pasa? –Lo seguí deprisa y mis calcetines patinaron sobre el suelo.

Cuando abrió la puerta, Hudson prácticamente ocupó todo el espacio, pero me escabullí bajo su brazo y vi a Juniper, que acababa de dejar su monopatín en los escalones del porche. Una chispa se encendió en mi pecho y luego ardió lentamente, como una fogata alimentada con leña húmeda, mientras miraba a Juniper quitarse el casco púrpura y arrojarlo al suelo, junto al monopatín abandonado.

–Tendrías que estar en el colegio –la regañó Hudson–. La señorita Ashbury se va a preocupar cuando vea que te escapaste.

Su naricita de botón se respingó cuando levantó el mentón para mirar a Hudson, y el sol de la mañana atrapó el brillo de cobre de sus ojos rasgados mientras lo miraba al subir los escalones. La niña era valiente y decidida y parecía bastante indignada. La llama en mi pecho creció y sentí un escozor en la piel. No era un *déjà vu.* Eran todos los rasgos de Lina, que había identificado como conocidos sin verlos en verdad. Mierda, había estado ciega. Juniper era idéntica a ella.

–Anoche le mandé un correo desde la cuenta de mamá. Le dije que me ibas a llevar al médico esta mañana. –Por fin llegó al porche y fulminó a Hudson con la mirada–. Los gemelos Gibbons la están

volviendo loca, así que no le va a importar que haya una alumna menos en la clase.

–¿Tienes la contraseña de tu mamá? –Hudson levantó las cejas y miró a su sobrina. *Nuestra* sobrina. Me quedé mirando su cabello castaño, enredado por el viento, las líneas de sus mejillas y su mentón, y notando todas las similitudes con mi hermana.

–Juniper1405 no es muy difícil de adivinar –repuso.

Retrocedí y rocé el brazo de Hudson con la cabeza. El contacto me hizo volver a la realidad, pero no había manera de calmar el latido de mi corazón. Juniper no era una notificación de una aplicación, una charla que había que tener o un tema que había que ponderar. Era la hija de Lina y era muy real.

–¡No puedes mentir para faltar a la escuela y andar sola por ahí! –Hudson habló con más firmeza–. ¡Es peligroso!

–Claro. –Juniper se cruzó de brazos–. Corrí muchísimo peligro andando en monopatín las seis cuadras desde donde me dejó mamá. Ah, el señor Lobos te manda saludos. Estaba regando las plantas cuando pasé por su casa. Me dio mucho miedo.

Hasta la forma en que ponía los ojos en blanco era igual a la de Lina. ¿Cómo no me había dado cuenta? Me tambaleé, y Hudson me tomó de la cintura antes de que quedara como una estúpida cayéndome. *Respira. Tienes que respirar.*

–Eso no importa. ¿Cómo sabías que estaba aquí? Todavía tengo tu teléfono. –Su voz severa no se condecía con la presión suave con que me ayudaba a mantenerme en pie.

–No sabía que estabas aquí hasta que vi tu auto –respondió la niña, y señaló la vieja camioneta azul que estaba estacionada en la entrada–. Vine a verla a ella. –La mano siguió su recorrido y me apuntó a mí–. Me sacaste el teléfono, pero igual puedo entrar a la página desde la computadora de mamá cuando ella no la usa. Cuando la aplicación encuentra una conexión, notifica a las dos personas, ¿sabías? –La niña me miró y su expresión cambió de valiente a preocupada. Tragó saliva y dejó caer las manos–. No me mentiste. No eres mi madre. Pero dice que somos parientes. ¿Cómo puede ser?

Adiós a la idea de esperar a hablar con Caroline. Respiré profundamente y me preparé para que cambiara mi mundo.

–Soy tu tía.



–¿De verdad tienen un estudio de ballet aquí? –preguntó Juniper diez minutos después, frente a las puertas dobles junto al vestíbulo.

–Sí. –Le ofrecí un vaso de limonada y Hudson, con otro vaso, me siguió fuera de la cocina después de nuestra reunión de emergencia o definición de un plan o lo que fuera, aunque ninguno de los dos tenía idea de qué hacer. Bebí un sorbo de limonada con la esperanza de que el subidón de azúcar me quitara la sensación de agobio que me hacía temblar las rodillas–. Mi padre heredó esta casa. Era su lugar favorito. Pero mi mamá solo aceptó que pasáramos los veranos aquí con la condición de que él convirtiera el salón de baile en un estudio, para que no nos perdiéramos meses de entrenamiento durante el verano.

Pasé junto a ella, giré el picaporte y abrí la puerta para revelar el estudio en forma de L. Juniper soltó un grito ahogado y, al ver el espacio, se le iluminaron los ojos. A mí nunca se me habían iluminado así.

–Desde este ángulo, parece más pequeño de lo que es porque va a lo largo, por el costado de la casa. –Esquivé a Juniper y entré al estudio, prendiendo el interruptor a la derecha al pasar. Se encendió la luz, aunque a esa hora del día, no hacía falta. La habitación de seis metros por nueve recibía toda la luz de la pared de ventanas que conformaba el frente y el sureste de la casa, y la hilera de espejos que había del otro lado también ayudaba bastante. El piso estaba resplandeciente. Los espejos no tenían ni un dedo marcado. No había botellas de agua desparramadas en los alféizares de las ventanas ni bolsos de ballet contra la pared. Los parlantes integrados en el techo estaban en silencio, pero aun así, me sobrevino la necesidad imperiosa de ir corriendo a la barra de ballet antes de que mi madre me pescara holgazaneando.

–Es hermoso –susurró Juniper con admiración, y dio un paso hacia dentro.

–Quítate los zapatos –le dije, negando con la cabeza.

–Cierto.

La limonada besó el borde del vaso, pero no se volcó cuando la niña se quitó el calzado de una patada y entró deprisa, como si yo fuera a retirarle la invitación si tardaba demasiado.

–Tú también –le indiqué a Hudson cuando fue tras ella.

–Recuerdo las reglas. –Se señaló los pies descalzos con la mano que tenía libre–. Aunque han pasado un par de años.

Reprimí un suspiro. La última vez que habíamos estado juntos en esa habitación, él me había observado practicar la variación de *Giselle* durante horas y horas mientras me preparaba para el Clásico. Hudson había sido mi mayor apoyo y, aunque él no lo supiera, mi mayor distracción. Después de todo, ¿quién podía concentrarse teniendo a Hudson Ellis al lado? *Tú puedes. Ya no eres una adolescente.* Juniper pasó junto a mí y miró a la vuelta de la esquina, donde empezaba el espacio de verdad.

–¿También tienen un gimnasio?

–Sí, son los últimos tres metros –confirmé, y la vi pasar del asombro a la curiosidad–. Lo que hacemos ahí es lo que nos permite hacer lo que hacemos aquí.

–Así estás entrenando ahora que no estás con la compañía –observó Juniper. Apoyó el vaso en el alféizar de la ventana y se trepó a la cama de Pilates en el borde de la alfombra–. Por las cosas que decía Eva, parecía que te habías rendido al venir aquí.

Pestañeé y casi me tropiezo.

–Usa Seconds –me recordó Hudson en un susurro, y se acercó a mi lado. Ah. Cierto.

–Digo, la mayoría de las bailarinas hacen la rehabilitación en su compañía. –Juniper me lanzó una mirada suspicaz y pasó junto a las mancuernas que estaban apiladas delante del espejo. Era una acusación y una pregunta al mismo tiempo.

–No me rendí. –Me puse tensa ante el mensaje implícito–. Me recupero mejor yo sola, sin *–la competencia rogando que sea mi fin–* que me miren. –Tomé otro trago de limonada ácida y me recompuse–. Además, Eva sabe cómo funciona el algoritmo. Las cosas polémicas o negativas siempre reciben más atención. –Y lo que ella quería era tener más seguidores.

–Entonces, ¿vas a volver para la temporada de otoño? –Juniper acarició la barra con los dedos.

–Es la idea. –Justo a tiempo para el debut de *Equinox*, siempre y cuando a Vasily le gustaran los videos y nos diera el visto bueno.

–¿No te parece que es exigirte demasiado? –Juniper cruzó delante de nosotros y caminó hacia las fotos que colgaban de las paredes entre ventana y ventana–. Michaela DePrince tardó un año en recuperarse, ¿y piensas que tú podrás en nueve meses?

–A mí me practicaron un procedimiento nuevo. Y, ya que estás contando, son ocho. –La seguí a la pared–. Voy a tener que ensayar con todo el mes anterior. Y ya sé cuáles son las probabilidades. Pero nuestra familia siempre las supera.

–Nuestra familia –susurró Juniper. Miró la foto más vieja de todas. Estábamos las cuatro en la barra, vestidas con mallas y leotardos, con el cabello recogido en un moño. Eva no debía tener más de dos años–. A ustedes las nombraron en honor a *primas ballerinas,* ¿no?

–Sí. A mi mamá le gusta establecer expectativas altas desde temprano.

–Mi mamá es Alina, ¿no? –me preguntó, con los ojos clavados en la imagen de mi hermana mayor. El comentario fue como un puñetazo en el estómago.

–¿Por qué dices eso? –Sentía a Hudson detrás de nosotras, mirándonos, pero se quedó callado. La niña miró la foto que estaba debajo de esa: las cuatro teníamos leotardos y mallas combinadas. Yo tenía siete años, o sea que Lina tenía nueve, uno menos que Juniper. Miré a una y después a la otra, y se me cerró el pecho. El parecido era impresionante. Tendría que haberlo notado cuando la vi por primera vez.

–Por un momento, pensé que quizá fuera Eva –dijo Juniper sin dejar de caminar, mirando todas las fotografías–. Tenemos la misma forma de ojos, y no parece muy maternal que digamos.

Los ojos de la abuela.

–Creo que heredaste la forma de los ojos de la mamá de mi papá, tu bisabuela, y que sigas a una persona en redes sociales no quiere decir que la conozcas. –Aunque no podía decir que su comentario fuera errado.

Juniper me miró y se detuvo un momento, como pensando en lo que acababa de decirle, antes de volver a dirigir su atención a las fotos.

–Pero te habrías enterado si ella hubiera tenido un bebé, ¿no? Y parecías bastante impactada cuando nos conocimos.

–Es cierto. –Seguí su mirada hasta la siguiente foto, donde solo tres de nosotras estábamos de uniforme y sosteníamos ramos de flores después de una presentación. Anne estaba parada al lado nuestro y sonreía para la cámara con los brazos vacíos. Había dejado la danza a los catorce años, cuando mamá le había dicho que nunca alcanzaría el nivel necesario para que la contratara una compañía. En ese momento, había sentido pena y envidia de su libertad en partes iguales.

–Anne no baila, así que no puede ser mi mamá. –Juniper suspiró y siguió avanzando.

–No funciona así –repliqué, siguiéndola–. Y ella sabe bailar. Baila muy bien. –Me apresuré a defender a mi hermana del escepticismo de Juniper–. Es difícil criarse en una casa así. Es difícil ser genial cuando… –dejé de hablar antes de ofender a mi hermana.

–Cuando estás rodeada de las mejores –completó Juniper, y se detuvo delante de la siguiente foto. Estábamos las cuatro paradas afuera del primer Clásico, pero, otra vez, solo tres estábamos de uniforme. Juniper pasó delante de la última ventana y se quedó mirando la última foto.

Eva y yo, vestidas para la barra, estábamos dando un curso intensivo de verano, y Anne sonreía junto a nosotras, luciendo un vestido negro y un anillo de compromiso.

–¿Cuántos años tenías? –me preguntó Juniper, y tomó su vaso del alféizar.

–Veinte. –No pude evitar notar que estaba sonriendo con la boca, no con los ojos, y me pregunté si lograría esbozar siquiera esa sonrisa si alguien me tomara una foto en ese momento–. Era la primera vez que volvía aquí después de desgarrarme el tendón –las últimas palabras salieron en un susurro.

Juniper relajó los hombros y me miró, con las dos manos en el vaso.

–Mi mamá es Alina. –La frase fue tan contundente como cargada de tristeza.

–Yo creo que sí –respondí con suavidad–. Le decíamos Lina. Era la mayor, y tenía la sonrisa más radiante, la risa más fuerte, y daba los mejores abrazos, esos que te hacen sentir que el amor se transmite por ósmosis, como si pudiera pasarte toda su alegría. –Se me cerró la garganta.

Juniper miró hacia donde estaba Hudson. Yo siempre había podido ubicarlo en cualquier habitación sin mucho esfuerzo. Él era como un imán, atraía a todo y a todos los que lo rodeaban, yo incluida. Siempre había sido así. Él y Lina eran parecidos en ese sentido.

–Y está muerta.

Asentí y se me retorció el estómago. Sabía que, seguramente, ese no era el modo correcto de hacer las cosas. Tendría que haber estado con psicólogos y con Caroline y con una red de apoyo y con gente que supiera qué decir, como Anne. Pero Juniper solo estaba conmigo. Y yo nunca sabía qué o cuánto decir, y por eso siempre prefería quedarme callada.

–¿Cómo fue? –preguntó la niña.

Tragué saliva y los retorcijones en mi estómago se transformaron en nudos.

–Juniper. –El tono de Hudson era una advertencia. Oí la vibración de un teléfono.

–Ella tiene derecho a saber –dije por encima del hombro.

Hudson metió la mano en su bolsillo trasero, tomó su teléfono, tocó un botón y lo volvió a guardar. Nuestros cinco minutos se habían convertido en treinta.

–¿Cómo fue? –repitió Juniper.

–Fue un accidente en el auto –me obligué a expulsar las palabras por mi garganta reseca.

–Eso salió en el diario. –Las manos de la niña se movían sobre el vaso transpirado–. Pero ¿qué pasó? Tú estabas con ella, ¿no? Eso decían las noticias.

–No me acuerdo. –Levanté mi vaso, pero estaba vacío, lo cual no me ayudaba a aliviar la sensación de que se me cerraba la garganta que se apoderaba de mí cada vez que trataba de recordar aquella

noche–. Sé que estábamos volviendo de festejar después del Clásico. Ella perdió el control en una curva, chocamos contra un árbol y… –Ya había hablado del tema montones de veces en terapia para tratar de superarlo, pero igual las palabras me quitaron el aire y se me aceleró el corazón–. Yo sobreviví y ella no.

La dejaste morir ahí. Escuché los gritos de mi mamá. En mi recuerdo, las llantas rechinaban. El vidrio explotaba. El metal se compactaba. Sin importar cuántas cosas me faltara saber sobre esa noche, tenía fresco el momento del impacto. Y algunas partes de los pocos recuerdos que sí tenía no coincidían con el informe oficial, lo cual me hacía dudar del resto.

–Allie –murmuró Hudson, que, de golpe, apareció en mi campo de visión. Me quitó el vaso y me dio el suyo–. Toma.

Me bebí la limonada de un trago y me concentré en respirar de forma constante y profunda. Ese era otro motivo por el cual siempre tenía limonada en casa: se suponía que la explosión de acidez te ayudaba a distraerte de los ataques de ansiedad… o, al menos, eso me había dicho mi psicóloga.

–Tienes todo el derecho del mundo a saber –le dijo a Juniper–. Pero, por ahora, mejor cambiemos de tema.

–Estoy bien –logré decir, y le devolví el vaso–. Gracias. –Alejé los recuerdos como si fueran parte de la historia de alguien más y miré a la niña. Tenía los labios apretados y el ceño fruncido de preocupación–. No tienes por qué sentirte mal –le aseguré–. Si pudiera recordar un poco más, te lo diría.

–¿Por qué no te acuerdas? –preguntó Juniper.

Hudson se puso tenso y otra vez comenzó a vibrar su teléfono.

–Me golpeé tan fuerte la cabeza que no recuerdo casi nada de las horas antes del accidente, y estuve un par de días inconsciente.

Muy bien. Me recogí el cabello y ladeé la cabeza para que viera la cicatriz que me atravesaba el nacimiento del pelo.

–Ah. Lo siento. –Juniper miró a Hudson, que rechazó otra llamada, y luego volvió a mirarme–. ¿Sabes…? ¿Sabes quién es mi padre?

–Ojalá lo supiera, pero no. Lina debía estar saliendo con alguien en San Francisco.

Juniper aceptó la noticia con un gesto de la cabeza.

–¿Me vas a contar sobre ella? ¿Sobre mi madre biológica?

–Si es lo que quieres, sí. Pero deberíamos hablar con tu mamá…

–¡No! –exclamó Juniper, y Hudson de alguna manera se las arregló para quitarle el vaso de las manos antes de que se volcara–. ¡No puedes hacer eso!

El teléfono de Hudson vibró otra vez, y le quité los tres vasos de las manos. Me acomodé uno entre el antebrazo y el estómago y le dije:

–Atiende de una vez.

Él me lanzó una mirada apenada y, tras deslizar el dedo por la pantalla, se alejó un par de metros.

–¿Qué? Hoy es mi día libre. ¿Que hizo *qué* con la perra? –preguntó Hudson, furioso.

Las dos volteamos a verlo. Se estaba poniendo la gorra al revés. Justo lo que me faltaba, que Hudson Ellis se viera todavía más guapo que de costumbre. ¿Qué tenían las gorras dadas vuelta que me hacían sentir de diecisiete años otra vez?

–De ninguna manera –continuó y suspiró–. Ahora estoy ocupado, pero voy no bien pueda. –Después de cortar, se metió el teléfono en el bolsillo y volvió junto a nosotras–. Perdón. Juniper, tenemos que decirle a tu madre. –Me quitó dos de los vasos–. Gracias.

Estuve a punto de preguntarle si estaba todo bien, pero entrelazar mi vida con la de Hudson más de lo estrictamente necesario era una mala idea dada nuestra situación actual.

–Hudson tiene razón. Tenemos que decirle.

–No. –Juniper sacudió la cabeza con vehemencia–. Si fueras mi mamá, habría sentido que tenía que escucharte, pero no me va a dejar verte si sabe que eres mi tía –añadió, con pánico en los ojos–. Me dejó muy claro que no puedo buscar a mi familia hasta cumplir dieciocho años.

Parecía que Hudson no había exagerado sobre la postura de su hermana. Me embargó una sensación de pesar. Descubrir la existencia de Juniper y que después me negaran la oportunidad de conocerla era como volver a perder a Lina. *Y si esa noche las cosas hubieran sido distintas, sería Lina la que estuviera aquí parada, no yo.*

–Pero ya encontraste a tu familia –le dije con calma–. Y si no podemos conocerte, ¿qué nos queda? –Miré a Hudson–. ¿Ahora qué hacemos?

–Caroline merece saber la verdad –dijo él, apretando la mandíbula.

–Y lo que merezco yo, ¿qué? –lo interrumpió Juniper con los ojos llenos de lágrimas–. Mamá quería adoptarme. Alina quería darme en adopción. Las dos consiguieron lo que querían. ¿Por qué no importa lo que quiero yo? ¿Por qué yo no importo hasta que cumpla dieciocho años?

–Sí que importas –susurré, y sujeté fuerte el vaso. La situación era injusta de todas las maneras imaginables.

–Claro que importa lo que quieres tú –le aseguró Hudson. Tomó los dos vasos con una mano y, con la otra, le acarició el pelo.

–Qué bueno. –Juniper se secó las lágrimas con el antebrazo–. Porque lo que yo quiero es conocer a mi familia biológica.

–No encuentro la forma de que puedas hacer eso sin decirle a tu madre –le dije amablemente.

–Se lo voy a decir –nos prometió Juniper, mirándonos–. Pero todavía no. Primero tienes que caerle bien.

Eso nunca iba a pasar.

–¿Así de paso se convence de que no todas las bailarinas son estiradas? –Hudson levantó una ceja: claramente, había descifrado su plan.

–Dos pájaros de un tiro –admitió ella y levantó el mentón.

–Me parece que subestimas lo que opina tu mamá de mi… –hice una mueca al darme cuenta de mi error– de nuestra familia.

–Tú la vas a hacer cambiar de idea. –La niña frunció el ceño y desvió la mirada, como si estuviera pensando. La sonrisa que asomó a su rostro era pura picardía–. El tío Hudson te puede invitar a mi cumpleaños.

Un momento. ¿Qué? Se me revolvió el estómago.

–Solo van familia y amigos –le recordó Hudson.

–Ya pasó tu cumpleaños. –Me empezaron a sudar las palmas de las manos al pensar en estar cerca de Caroline teniendo que ocultar semejante secreto.

–Siempre festejamos mi cumpleaños el fin de semana del Día de los Caídos para que esté toda la familia. –Juniper le dedicó una sonrisa radiante a Hudson y se puso a dar saltitos–. ¡Es perfecto! Tráela como si fuera tu novia. Mamá dejó que el tío Gavin invitara a su novia el año pasado.

Sentí que estaba a punto de vomitar. ¿Su *novia*?

–De ninguna manera. –Hudson levantó las cejas–. No.

–Solo tienen que actuar. –Juniper me miró con la cabeza ladeada… exactamente igual que Lina–. Así conoces a mi familia. Ellos te conocen a ti, y cuando mamá vea que eres increíble, le contamos.

Pestañeé. Las intrigas, los secretos, la falta de respeto por la autoridad… eso también era parte de Lina, aunque no dudaba de que Hudson también había influido en ese aspecto. Pero fingir para caerle bien a Caroline era ridículo… y estaba mal.

–Juniper… –empezó a decir Hudson, pero nos interrumpió un sonido en la entrada.

–¡Me pareció oír a alguien aquí! –El entusiasmo en la voz de Anne era palpable, y me di vuelta a mirarla sin pensar. Hudson hizo lo mismo. Ella espió por encima de lo que parecía un centro de mesa, un florero alto que rebasaba de flores rosas y verdes–. Qué compañero interesante que elegiste para… –Al mirar entre nosotros dos, se puso pálida como un fantasma–. ¿Lina?

El florero se le resbaló de las manos y se estrelló contra el suelo.

CAPÍTULO NUEVE
Hudson

BailarinaCostera: El favoritismo no te va a ayudar con esa técnica, HermanasRousseau4

–¡Lo vas a hacer! –gritó Anne mientras yo subía los escalones del porche de su casa por segunda vez en el día.

De la sorpresa, levanté las cejas. En todos los años que conocía a las Rousseau, nunca había escuchado a Anne levantar la voz. ¿Eva? Sin duda. ¿Lina? Una o dos veces. Pero ¿Anne? Jamás. Debía estar gritándole a Allie para convencerla de participar del plan de Juniper. Me enfurecí, y Sadie lloriqueó a mi lado cuando toqué el timbre. La pequeña *golden retriever* no paraba de temblar desde que había pasado a buscarla por la veterinaria hacía media hora.

–No pasa nada –le aseguré, y estiré la mano por encima de la correa para darle una palmadita. La puerta se abrió de par en par y Anne, con la mirada desquiciada, me miró primero a mí y después a Sadie.

–¿Dónde está?

–No me gusta tu tono, Anne –le advertí–. Te dije que la iba a llevar al colegio –le dije lentamente, como si no hubiéramos participado de la misma conversación y acordado que debíamos tener una charla solo entre adultos. Anne había perdido dos a uno en la votación, pero igual había participado.

–Déjalo pasar –le ordenó Allie, hablando en tono neutro, como cuando yo había ido más temprano. Ese tono me daba ganas de que gritara o chillara, cualquier cosa para probar que estaba ahí.

–Está con un perro. –Anne se hizo a un lado y vi a Allie, que estaba sentada en el segundo escalón de la escalera principal,

rodeándose el cuerpo con los brazos–. No pueden entrar perros a la casa.

–Entonces, hablemos en el porche –le ofrecí.

Allie ladeó la cabeza y se quedó mirando a Sadie.

–Mamá no está, o sea que nosotras ponemos las reglas. Déjalos pasar.

Que su madre no estuviera en la casa era el único motivo por el cual yo tenía permitido cruzar la puerta. Anne suspiró y, con un ademán, nos invitó a pasar.

–Si ensucia algo, lo limpiarás tú.

–Por supuesto.

La seguí por el vestíbulo y me senté junto a Allie en la escalera, como si fuera la cosa más normal del mundo sentarme a su lado.

–¿Trajiste a tu perro? –Allie estiró la mano por encima de mis rodillas y acarició a Sadie, y nunca me sentí tan feliz de ver un rabo meneándose.

–No es mía. La rescaté de un accidente de lancha hace poco más de una semana. El dueño le dijo al veterinario que no pensaba pasar a buscarla, así que aquí está. Se llama Sadie.

–Hola, Sadie –susurró Allie y, así de fácil, la cachorra dejó de temblar. Fue corriendo a treparse encima de Allie, se acomodó entre sus rodillas y apoyó la cabeza sobre su regazo–. No eres tímida para nada, ¿no?

Una sonrisa sutil pero real se dibujó en los labios de Allie, y los míos la imitaron. Pensándolo bien, era la primera vez que veía un atisbo de diversión en su rostro desde que la había sacado del agua la semana anterior. Me preocupé.

–Ahora que sabemos cómo se llama la perra –Anne cerró la puerta–, ¿me quieres explicar cómo diablos tu familia terminó con nuestra sobrina?

–Basta –la reprendió Allie suavemente–. Él no tuvo nada que ver con lo que hizo Lina.

–¿Estás segura? –Anne se reclinó contra la puerta y cruzó los brazos–. ¿Tú eres el padre de Juniper?

Allie se quedó helada, y yo me puse tenso.

–Eso sería físicamente imposible, ya que jamás toqué a Lina. –Miré a Anne con los ojos entrecerrados. Para mí, siempre había sido Allie, nadie más.

–Entonces, ¿es casualidad que nuestra hermana tuviera una hija de la que nadie sabía nada y se la diera a tu hermana? –Anne me devolvió la misma mirada suspicaz.

–Yo me quedé tan sorprendido como tú cuando Allie me contó lo de los resultados.

–Me enteré el día antes… –soltó Allie y, no bien me di cuenta de lo que acababa de revelar, me arrepentí de mis palabras.

–¿Se lo contaste a él primero? –gritó Anne con la voz quebrada–. ¿No la trajo aquí recién esta mañana?

–Se lo conté a él primero –confirmó Allie, sin despegar la mano de la cabeza de Sadie–. Y quizá no tendría que haberlo hecho, pero él ya sabía…

–¡Tendrías que habérmelo contado a mí! –Anne se hundió los dedos en la cabeza.

–Ya lo sé… –susurró Allie.

–¿Cómo pudiste ocultarme esto? ¡Lina tiene una hija! –exclamó Anne, levantando cada vez más la voz.

–Quizá si la dejaras terminar una oración, se abriría un poco más contigo. –Solté la correa de Sadie.

–No le hables así –soltó Allie, enojada. Enderezó la espalda y las dos hermanas me miraron furiosas. Mierda, había caído en la trampa. Tendría que haber sabido que no era buena idea meterse en una pelea entre las Rousseau.

–Llévame a verla –me ordenó Anne antes de que llegara a disculparme–. No le pude decir ni dos palabras antes de que te la llevaras de aquí como si yo fuera el enemigo.

–De ninguna manera. –Allie negó con la cabeza–. Ya es bastante malo que viniera aquí a espaldas de Caroline. No vamos a poner patas arriba la vida de esta niña, que es lo que…

–¿Es sana? ¿Es feliz? ¿Cómo le va en el colegio? ¿Sus compañeros la tratan bien? –Anne disparó una pregunta tras otra.

–… pasará si te metes –terminó Allie mientras le rascaba el cuello a Sadie.

–Sí –respondí–. Cuando se sale con la suya. Normal. Y sí, por lo que dicen, les cae bien a sus compañeros. Y Allie tiene razón. Si te metes, Caroline te va a poner una orden de restricción. Se sentirá amenazada, y le aterra perder a Juniper.

–Tengo todo el derecho del mundo a conocer a mi sobrina –protestó Anne.

–No, Caroline tiene todo el derecho del mundo a proteger a su hija –replicó Allie–. Nosotras no tenemos ningún derecho sobre Juniper. Al menos, no ante los ojos de la ley. Nos guste o no, Lina no la dejó con nosotras, y debe haber algún motivo por el que nunca nos dijo de su existencia.

–Solo quiero hablar con ella.

Anne se apoyó pesadamente en la puerta, y Allie hundió los hombros. Toda la situación era una mierda.

–Caroline es muy buena madre y mataría por esa niña –añadí–. Juniper está en buenas manos.

–¿Y se supone que tenemos que confiar en ti? –me preguntó Anne con brusquedad.

–No –la regañó Allie–. Si quieres pelear, pelea conmigo.

–Yo soy perfectamente capaz de… –comencé a decir, pero me callé cuando Allie alzó la mano.

–Lo vas a hacer –Anne repitió su orden de antes con tono más calmado, pero igual de decidido–. Por favor, hazlo, Allie. Haz de cuenta que eres cualquier cosa de Hudson si eso sirve para acercarte a Juniper.

Allie mantenía los ojos clavados en Sadie, como si Anne ni siquiera estuviera hablando. Era muy injusto que le pidiera eso a su hermana.

–¿De verdad no tiene casa? –me preguntó Allie, mirándome con ojos tristes–. La perra, digo.

Fruncí el ceño, descolocado por el cambio de tema.

–No. Todavía no, al menos. El dueño de mi casa no me permite tener mascotas, y con los turnos de veinticuatro horas también se me complica bastante, pero ya voy a encontrar a alguien que la cuide.

–No puedes llevarla a un refugio –me dijo con tono cortante.

–No voy a hacer eso.

Observé a Allie en un intento por descifrar su estado de ánimo. Parecía exhausta. Yo no tenía idea de cómo se veía por lo general, así que no sabía si se estaba alimentando bien o si siempre tenía esas ojeras, pero seguro que se estaba matando entrenando. Su familia nunca le había permitido soltar el acelerador.

–Lo vas a hacer por mí, Alessandra –insistió Anne, y volví a prestar atención a la conversación. *Qué manipuladora,* pensé.

–¿De verdad piensas que Caroline nos prohibirá ver a Juniper si le decimos? –me preguntó Allie después de suspirar, y rascó a Sadie detrás de las orejas.

Doblé la visera de mi gorra y lo pensé por un minuto.

–La verdad, no sé. Desde que murió Sean, se volvió muy sobreprotectora, y no me imagino que eso vaya a cambiar. Aunque me moleste admitirlo, Juniper tiene razón en algo. Va a ser más fácil que Caroline las acepte si primero las conoce. –Si es que sobrevivíamos cuando el plan se fuera al diablo.

–Entonces, ¿te parece buena idea? –me preguntó Allie–. ¿Quieres que me infiltre en tu familia con engaños para ganarme la aprobación de tu hermana?

–Cuando lo dices así, suena horrible. –Me puse la gorra para atrás–. No sé qué hacer. Si fueras otra persona, te mandaría al diablo. Pero eres tú. –Me tragué el nudo gigante que se me estaba formando en la garganta–. Creo que Juniper tiene derecho a saber de dónde viene, y si Caroline se da cuenta de que no tiene por qué tenerle miedo a su familia biológica, se va a quitar un peso enorme de encima. Pero odio la idea de mentirle a mi hermana, y si se entera su madre… –Se me revolvió el estómago como si todavía fuera ese chico de dieciocho años.

–Mamá está demasiado ocupada dando clases como para molestarnos –me interrumpió Anne, y Allie desvió la mirada–. No va a interferir. –Anne se quedó en silencio y caminó hacia su hermana–. Juniper es el último… No, el único pedazo que nos queda de Lina, y esta es nuestra oportunidad de conocerla.

–Entonces, hazlo tú –repuso Allie mientras acariciaba a la perra.

–No. –La palabra se escapó de mis labios antes de que pudiera evitarlo.

–No va a funcionar –coincidió Anne–. Él no me mira como te mira a ti. Ese es el único motivo por el cual este plan infantil podría resultar. Con solo mirarte, él podría hacer que esta mentira parezca verdad. –¿Tanto se me notaba?–. Y es una tontería hacer esto, pero es la única opción, y Juniper no se equivoca al pensar que puedes conquistar a Caroline. Conquistas a todo el mundo con tu corazón. Además, ¿qué es lo peor que podría pasar? ¿Que Caroline se entere y volvamos a estar como al principio, sin poder ver a Juniper? No hay nada que perder y todo por ganar. Ve al cumpleaños, Allie. Por favor.

–Un día no alcanza para hacerla cambiar de opinión. –Allie ni siquiera se molestó en levantar la vista cuando Anne se arrodilló frente a ella.

–Es cierto. –Asentí–. Conociendo a mi hermana, vas a tardar semanas, o meses incluso.

–Entonces, hazlo todo el tiempo que sea necesario para convencerla. –Anne apoyó las manos en los pies de Allie y las palabras empezaron a salir una tras otra–. Tenemos que asegurarnos de que Juniper esté bien. Se lo debemos a Lina. Y si no puedo ser yo la que haga las preguntas y se asegure de que la hijita de Lina esté bien, entonces tú lo harás por mí. Tienes que hacerlo, Allie. Te lo pidió Juniper, y decirle que no sería como negarle a Lina…

–Qué golpe bajo –la interrumpí–. No voy a hacer nada si ella no está totalmente convencida. –Anne me miró furiosa.

–¿Cuándo es la fiesta? –me preguntó Allie, mirándome.

–No hace falta que hagas esto. Ni siquiera sé si deberíamos hacerlo. –Busqué en sus ojos algún rastro del fuego que había visto al sacarla del agua, o al pincharla en el bar, pero lo único que encontré fue una determinación sombría–. O si podemos.

–Podemos. –Allie elevó su mentón afilado–. Yo estoy aquí y Lina no. Es lo mínimo que le debo. ¿Me vas a ayudar o no?

Apreté la mandíbula una vez. Dos veces. Habría dicho cualquier cosa para devolverle el fuego a su mirada. Solo Dios sabía de lo que era capaz para verla sonreír, para saber que era feliz después de

todo por lo que había pasado. Quizá salir un poco de la olla a presión que era esa casa y pasar tiempo lejos del estudio, con mi familia, que era rara pero unida al punto de resultar sofocante, le robaría un par de risas. Le haría bien estar con nosotros, sobre todo con Juniper.

Pero ¿fingir que tenía una relación con Allie? Se me cerró el pecho. Ella aún esperaba mi respuesta. ¿Cómo diablos iba a hacer para estar tan cerca de ella sin perder la razón? Quizá tenía que hacerlo. Quizá ese era mi castigo. Ya no había esperanzas de que tuviéramos un futuro juntos; ella jamás me habría perdonado si hubiera sabido toda la verdad, pero quizá esa era mi oportunidad de enmendar las cosas, al menos un poco. Podía ayudarla a encontrar su fuego, aunque después lo usara para quemarme.

–El sábado al mediodía, en la casa de mis padres. Ahora es la casa de Caroline. Alessandra, vamos a tener que ser muy convincentes para que salga bien. Mi familia es muy perceptiva.

–Está bien. –Allie se puso de pie, y Sadie la imitó–. Vamos de a cinco minutos a la vez, ¿no? ¿No es lo que me decías siempre? Si tú cumples tu parte, yo puedo fingir que soy tu novia. Soy muy buena actriz. –Flexionó las rodillas y tomó la correa de Sadie–. Juniper tiene que tener claro que vuelvo a Nueva York a mediados de agosto, así que no podemos estirar esto indefinidamente. Si para esa fecha todavía no le caigo bien a Caroline, va a ser una causa perdida. –Se encogió de hombros–. Pero a nosotros nunca nos costó el tema del verano, ¿no?

Auch. El golpe me dio cerca de las costillas.

–Está bien. Un verano, entonces. –Bueno, estaba decidido. Asentí, comprometido con el plan. Si eso era lo que Allie necesitaba, lo haría por ella, por todas ellas, hasta por Caroline. Además, tampoco tenía que fingir que deseaba a Allie. Y, de todos modos, parecía que era malísimo ocultándolo–. Por supuesto que cumpliré mi parte.

–Bueno, entonces nos vemos el sábado. Ahora, Sadie y yo vamos a dormir la siesta. No hace falta que le busques un hogar. Ahora yo soy su hogar. –Allie fue escaleras arriba con Sadie. Su voz y sus movimientos eran tan apáticos que se me cerró el pecho cuando la miré alejarse–. Ah, Hudson –me dijo desde arriba, y volteó a

mirarme–. Si quieres que seamos *muy convincentes,* deberías desbloquear mi número así podemos hablar, suponiendo que por eso no me atendiste todas las veces que traté de llamarte.

–Sí. –Se me hizo un nudo en el estómago porque eso era exactamente lo que había hecho el tonto que había sido yo a los dieciocho años–. Puedo hacer eso.

Allie entró a su habitación y cerró la puerta.

–Creo que te robó la perra. –Anne se levantó y se sacudió el polvo de las rodillas.

–No era mía. Solo la rescaté. –Y no se me ocurría un mejor hogar para ella. Me puse de pie y bajé los dos escalones hasta el vestíbulo–. Bueno, ¿qué le pasa a Allie y por qué no haces nada al respecto?

CAPÍTULO DIEZ
Hudson

Usuario936221: Es un chiste, ¿no? La rotación te sale pésima, y ni me hagas hablar de tus brazos.

Anne se envolvió el cuerpo con el cárdigan con actitud defensiva.

–No le pasa nada. Y la estoy ayudando. No quiere hacer la rehabilitación en la compañía, así que estoy aquí con ella, asegurándome de que no…

–¿Se hunda aún más en la depresión? –Luché con todo mi ser contra el instinto de ir corriendo tras Allie–. Eso es lo que le pasa, ¿o no?

–¿Cuál es la comida favorita de Juniper? –Anne se acomodó un rizo detrás de la oreja y, cuando no le respondí, me clavó la mirada–. Una tú y una yo, Ellis.

Sopesé mis opciones, y ganó Allie.

–Pizza. Tiene diez años.

–Pizza –repitió mi respuesta con una sonrisa triste–. Tienes razón sobre Allie. Pero está medicada y está yendo a terapia. No es raro que los atletas se depriman cuando se lesionan y no pueden hacer lo que aman. Lo va a superar cuando vuelva al escenario, igual que antes.

Antes. Allie ya había pasado por eso después del accidente. Me dolían los hombros por el peso de la culpa, más que merecida. Yo tendría que haberla acompañado antes, pero ahora estaba ahí.

–¿Cuál es su película favorita? –preguntó Anne.

–*Star Wars* –respondí. Me pareció una pregunta inocente–. Cuando está enferma, mira un maratón. Si solo tiene tiempo de ver una, *El imperio contraataca.* ¿Allie está saliendo con alguien? –Cerré

los ojos, arrepentido al instante–. No importa. Haz de cuenta que no pregunté nada. –Cuando volví a abrirlos, Anne levantó una ceja.

–No –respondió con lentitud–. No está saliendo con nadie. Nadie le dura tanto como para ser más que un romance pasajero, y siempre que sale con alguien, es con otro bailarín. Dice que es porque está enfocada en su carrera o porque se aburre fácilmente, pero para mí, es porque, por culpa de alguien, le cuesta mucho confiar en los demás.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago.

–«Alguien» vendría a ser yo.

–Yo diría que sí. ¿A qué le tiene miedo Juniper?

Eso es demasiado, pensé.

–Pregúntame otra cosa. No voy a contarte lo que escribe en su diario íntimo. –Caminé hacia la puerta. Qué gracioso, había cruzado más veces esa puerta en un solo día que en toda mi vida.

–Eso no es justo –protestó Anne–. Yo te conté de la depresión.

–Sí. –Tomé el picaporte–. Se ve que yo soy mejor guardando los secretos de Juniper que tú, los de Allie. Pregunta otra cosa. –La puerta crujió al abrirse.

–¿Qué quiere ser cuando sea grande?

–Una bendita bailarina –dije tras soltar una risita burlona–. Tiene sangre Rousseau, ¿o no? –Todas las células de mi cuerpo se resistían a alejarse de Allie, que se había ido a dormir para procesar todo lo que había pasado ese día, pero cuanto más me quedara ahí, más largo sería el interrogatorio de Anne.

–No todas las Rousseau somos bailarinas –replicó Anne, y sujetó la puerta cuando salí al porche–. ¿Qué ganas tú con todo esto?

Dudé un momento antes de caminar hacia los escalones.

–La felicidad de Juniper. La tranquilidad de Caroline, a la larga. Y la oportunidad de que Allie me perdone.

–Muy altruista de tu parte. Sabes que te vi, ¿no? –Al oírla, la miré por encima del hombro–. La mañana antes del Clásico. –Se le pusieron blancos los nudillos de la fuerza con que sujetaba el picaporte–. Escondido con Lina en el pasillo trasero. No sé qué estaban haciendo, pero era obvio que no querían que los viera nadie.

–No pasó nada entre Lina y yo –respondí, con la mandíbula tensa.

–Y así y todo, tu familia terminó quedándose con su hija. –Anne irguió la espalda.

Levanté la vista hacia el cielo, murmuré entre dientes una plegaria para pedir paciencia, y bajé los escalones del porche.

–¿Sabes algo? Las paredes que Allie levantó a su alrededor medían más o menos un metro ochenta cuando éramos adolescentes. Tenían la altura justa como para que yo pudiera asomarme y espiar por encima. Nunca fui tan tonto de pensar que me iba a dejar entrar del todo, mucho menos sabiendo los secretos que guardaban entre ustedes. –Allie solo me había dejado entrar en los lugares que le parecía seguro compartir. Cuando bajé el último escalón, volteé a mirar a Anne–. Pero ahora, esas paredes tienen como seis metros de alto, o más, y no hay problema con eso, porque yo sé trepar, pero los dos sabemos que esos ladrillos no llegaron ahí solo por culpa mía.

–No sé de qué hablas –dijo Anne, palideciendo.

–Casi me había olvidado de lo bien que mienten. ¿Qué hizo tu madre? ¿Dejó pasar un día, o fue un mes, antes de esperar que Allie ocupara el lugar de Lina? ¿Le permitió recuperarse al menos? ¿Por eso ahora entrena hasta matarse?

Me arriesgué con esa última pregunta y, por el modo en que Anne retrocedió, supe que había acertado.

–Pregunta el tipo que se fue al entrenamiento básico sin siquiera pasar a verla por el hospital.

–Sí. –Asentí y acepté el dolor de la verdad que Anne me había arrojado al rostro–. Yo estuve mal. Pero ¿alguna vez admitiste que tú también? Yo tendría que haber estado ahí, pero tú estuviste ahí.

–Estaba en la universidad. –Anne tironeó de su cárdigan con tanta fuerza que pensé que se iba a romper–. Y estoy atenta a su entrenamiento, a *ella*, ahora. Te agradezco por hacer esto, pero no te confundas, Hudson. Quiero conocer a mi sobrina, pero no a costa de destruir a Allie. Si se te llega a pasar por la cabeza volver a lastimarla, esta vez no me voy a quedar callada. Le voy a decir que te vi con Lina.

–Dile lo que quieras. –Me dirigí a la camioneta. Parecía que Anne no necesitaba las zapatillas de ballet para aprender un par de cosas de su madre. La miré por encima del hombro y busqué las llaves en mi bolsillo–. Estamos del mismo lado, Anne. Yo quiero lo mejor para Juniper y para Allie. La única parte en la que no estamos de acuerdo es Caroline. Yo siempre la voy a elegir a ella, igual que tú elegirías a tu propia hermana. –Hice un gesto mientras rodeaba el capó–. Estamos del mismo lado. Deja de intentar herirme. Alejarme de Allie la primera vez ya me dejó una herida de por vida.



–¿Estás seguro de que va a venir? –susurró Juniper ese sábado cuando se bajó de mi camioneta.

–Dijo que vendría. –Estiré la mano hacia la caja de la camioneta y tomé dos bolsas, de las más grandes que tenía la tienda. Con suerte, Caroline iba a estar satisfecha–. Y, hasta donde sé, Alessandra no miente.

Juniper se mordió el labio, pero, al final, asintió.

–¿Y crees que podrán engañar a mamá?

–¿Te preocupa que tu plan no funcione?

–No. –Ella iba delante de mí mientras caminábamos por la entrada repleta de autos hacia la cocina–. ¿Me preocupa que no cumplas tu parte y arruines el plan? Sí.

–Qué lindo saber que me tienes tanta fe. –Sujeté mejor las bolsas cuando comenzaron a resbalarse entre mis dedos. La temperatura era agradable, veinticinco grados, nada mal para fines de mayo, y el hielo había empezado a derretirse en la camioneta–. ¿Me das algún consejo de actuación?

Gavin salió de la cocina con una bandeja llena de *cupcakes* y se dirigió al patio trasero, pero no me preocupó que nos escuchara porque él ya estaba al tanto del ardid de Juniper para poder ir a clases de ballet. Lo que no sabía era el tema del parentesco.

–A las chicas les gusta que les traigas algo de tomar o les preguntes si tienen hambre –me indicó. Su cabello se mecía con la brisa. El día estaba bastante ventoso, anticipando la tormenta que estaba pronosticada para el día siguiente–. O, al menos, a mamá le gustaba que papá hiciera esas cosas.

–Lo tendré en cuenta. –Volví a sujetar las bolsas con fuerza.

–Y deberías tocarla. Los novios siempre se tocan la espalda o se dan la mano. –Juniper se dio vuelta a mirarme y levantó el índice–. Pero solo si te da permiso.

–Tomo nota. –Señalé la casa–. ¿Me tienes la puerta?

–Claro. –Cuando me abrió la puerta de la cocina, entré directo al caos.

–Esos son los manteles –le estaba diciendo Caroline a nuestro primo–. Las mesas del parque son un asco en esta época y… sí, esos son los broches. Gracias. –Miró a nuestro tío–. ¿Te puedes fijar si Gavin ya armó su puesto y si es apto para niños?

–Trajimos el hielo. –Los dos pasaron deprisa al lado nuestro mientras yo apoyaba el hielo en el lado vacío del fregadero.

–¡Hudson! –Mamá levantó las manos no bien me di vuelta, y me incliné para que pudiera sujetarme la cara y examinarme como de costumbre. Mi madre medía un metro sesenta como mucho, tenía pelo rubio a la altura de los hombros, que solo revelaba sus mechones plateados a la luz del sol, y unas arrugas de tanto reírse le rodeaban los ojos verdes, enmarcados por unas gafas a lunares rojos estilo *cat-eye–.* Estás lindo. ¿Estás comiendo bien?

–Siempre. –Su sonrisa era contagiosa, y me acerqué para darle un abrazo justo cuando papá me palmeó la espalda.

–Miren quién llegó. –Papá me abrazó después de ella, un abrazo corto pero fuerte, antes de soltarme–. ¿Te ha tocado algún rescate difícil últimamente?

–Basta, George. –Mamá le dio un golpecito juguetón en el brazo–. Hudson no vive con el único propósito de darte anécdotas para contar cuando te juntas a jugar al póker.

Al ver a Juniper, a papá se le iluminó la mirada.

–¡La estrella del momento! –Le dio un abrazo y la levantó en el aire, como si todavía estuviera en el jardín de infantes–. ¿Viste mi

camiseta?

–¡Hola, abuelo! –Ella sonrió y se corrió el cabello de los ojos para poder leer la inscripción en lentejuelas, absolutamente espantosa, que decía «director del carnaval». Luego, se echó a reír–. ¡Está buenísima!

Se me ensanchó la sonrisa. Eso era lo que necesitaba Allie: ruido y risas.

–Juniper, mi vida, ve a vestirte así tenemos tiempo de volver a recogerte el pelo. Vi que tu tío trajo espuma en aerosol y no pienso quitarte eso del pelo. –Caroline señaló la escalera y levantó las cejas.

–¡Ya voy! –Juniper salió corriendo escaleras arriba no bien mi papá la apoyó en el suelo.

–Ya puse los *cupcakes* en la mesa –anunció Gavin desde la entrada. Se hizo a un lado para evitar a nuestra tía y a dos de nuestros primos, que pasaron apresurados junto a él con los brazos llenos de globos.

–Gracias. –Caroline tomó su sujetapapeles y, con el bolígrafo, recorrió la hoja que, obviamente, tenía casilleros del tamaño perfecto para poner las tildes–. Bueno, si logramos armar todo en la próxima media hora, vamos a estar bien. Los niños llegan al mediodía.

–¿Cuántos vienen este año? –preguntó papá, que estaba abrazando a mamá por la cintura.

–Son cuarenta y dos. Vienen prácticamente todos los de su clase. –Caroline se metió el bolígrafo en el pelo, encima de su cola alta–. Contando a la familia, somos cincuenta y nueve. Papá, ¿va a alcanzar la carne que compraste?

–Alcanza y sobra –le aseguró él.

–En realidad, somos sesenta. –Me apoyé contra la encimera, junto al fregadero.

Caroline me miró a mí y luego, a Gavin.

–¿Otra más? ¿No acabas de romper con la última?

–No soy yo –respondió mi hermano, y me señaló con su mejor sonrisa de hijo de puta.

–¿Tú? –Caroline dejó caer el sujetapapeles sobre la isla de la cocina–. ¿Tienes novia?

–Sí.

Aquí vamos. Por más que valorara mi honor, tampoco era la primera vez que le mentía a mi familia para pasar tiempo con Allie. Ella era la excepción a todas las reglas que me había impuesto.

–¿Es Beth Pierre? –Caroline me sonrió tan esperanzada que tuve que reprimir una mueca–. Sé que saliste con ella el fin de semana pasado.

–No, no es ella. –Negué con la cabeza y, por dentro, solté un insulto. *La historia ya está haciendo agua.*

–Eso no fue una cita. –Gavin buscó una bolsa de patatas fritas que ya estaba abierta y tomó un puñado–. Créeme, yo estaba ahí. Se ve que hubo un malentendido entre Beth y Jessica, porque Beth se puso bastante mal cuando se enteró de que Hudson ya tenía novia. –Mi hermano era un mentiroso nato.

–Ah. –Caroline hundió los hombros un poco–. Bueno, ¿quién es?

–Alessandra Rousseau. –Tamborileé los dedos sobre el borde de la encimera para llenar el silencio sepulcral que se hizo mientras Caroline y mis padres me miraban.

–¿La hija de Sophie y Thatcher Rousseau? –Mamá levantó las cejas.

–Sí. –Asentí.

–¿Las hermanas Rousseau? –Caroline estaba boquiabierta.

–Solo estoy saliendo con una, pero sí. Dejen de actuar como si hubiera más de una Alessandra Rousseau en este pueblito diminuto. Saben perfectamente de quién estoy hablando. –Los miré a los ojos, uno por uno, y me detuve en Caroline–. Y está muy nerviosa por venir hoy, así que trátenla bien. Ella es muy importante para mí. –Vaya, qué bien se sentía sacarme eso del pecho. Solo me lo estaba guardando hacía once años más o menos. Caroline palideció.

–¿Es muy importante para ti? ¿Volvió hace un par de semanas y ya es muy importante para ti? Hudson, se va a ir cuando termine el verano. ¿Qué tienes en la cabeza? *¿Una Rousseau?*

–Qué comprensiva –comentó Gavin con sarcasmo, y tomó otro puñado de patatas–. Con todo el apoyo que nos das, no sé por qué

te sorprende que no te presentemos chicas más seguido.

–Ay, no. –Mamá negó con la cabeza, estiró la mano y me apretó el brazo–. Por supuesto que la vamos a tratar bien. –Se acomodó las gafas y miró a Caroline–. Nosotros no elegimos quién nos cría, Caroline.

Se abrió la puerta, y el tío Jared, el hermano de papá, entró a la cocina.

–Ya estamos listos para poner el hielo en… ¿Qué pasa? –No pude evitar notar que él también tenía una camiseta con un bordado de lentejuelas que decía «empleado del carnaval». Por su bien, les convenía no tener una con mi nombre.

–Hudson nos estaba contando que su novia, una tal Alessandra Rousseau, va a venir al cumpleaños –respondió Gavin. Se notaba que la estaba pasando de maravillas.

El tío Jared pestañeó, luego se echó a reír a carcajadas y cruzó la cocina.

–Muy bueno, Hudson. Y yo que pensaba que Gavin era el bromista de la familia.

Toc toc. Todos se dieron vuelta al oír el sonido suave en la puerta mosquitera, y Gavin se apresuró a abrir.

–Hablando de Roma. Bienvenida a nuestro pequeño infierno.

Allie cruzó la puerta y se me disparó el pulso. Sus piernas largas y maravillosas quedaban al descubierto en un par de pantalones cortos color caqui que me robaron la atención un segundo más de lo que podía considerarse platónico. Se había arremangado la camisa blanca y el cabello le caía en ondas suaves hasta donde empezaban sus pechos. ¿Cómo se vería desparramado por fin sobre mi almohada, enredado entre mis dedos? Parpadeé para quitarme esas ideas de la cabeza. Sí, el deseo abrasador que sentía por ella era completamente real. Nunca había dejado de pensar en Allie, de extrañarla, de desear que hubiéramos tratado de tener algo más que la amistad detrás de la cual ambos ocultábamos nuestros sentimientos. Pero yo lo recordaba… y ella no, lo cual era una maldición y una bendición al mismo tiempo.

Ella se acomodó las gafas de sol demasiado grandes sobre la cabeza y le sonrió con timidez a mi familia, pero la sonrisa no llegó a

sus ojos. Sin soltar la bolsa de regalo que colgaba de su brazo, se relajó un poco cuando nuestras miradas se encontraron.

–Hola.

–Hola. –Podría haber sido así en aquel entonces: podría habérsela presentado a mi familia y podríamos haber caminado juntos a plena luz del día, en lugar de escabullirnos al abrigo de la oscuridad. Eso era lo que podríamos haber tenido si yo hubiera sido más fuerte y me hubiera aferrado a ella. *Ahora eres fuerte.* Pero ya era demasiado tarde: habían pasado diez años y yo había cometido un error garrafal.

Allie me lanzó una sonrisa falsa cuando crucé la cocina para ir a su encuentro, y negué con la cabeza. Eso no iba a funcionar. Mi familia necesitaba verla a ella, no la máscara que ella pensaba que ellos querían ver. Le rodeé la cintura con el brazo y la acerqué a mi pecho. Su sonrisa de mentira se desvaneció, y un grito ahogado, débil pero muy real, brotó de sus labios. Me clavó la mirada, furiosa. Ahí estaba Allie, en esa pequeña chispa de sorpresa que se encendió hasta convertirse en indignación y que luego avivó el… ¿Acaso veía interés en su mirada? Yo no era el único que no necesitaba fingir la atracción.

–Llegaste. –Sonreí–. Qué bueno que pudiste venir.

Al diablo con lo de trepar sus paredes, iba a demolerlas de a un ladrillo a la vez. Quizá para ella nuestro acuerdo fuera de mentira, pero mis intenciones eran muy reales. Allie me había dado el verano, e iba a usarlo para recuperarla.

–No puede ser que tú seas la novia de mi hermano.

A menos que Caroline arruinara todo.

CAPÍTULO ONCE
Allie

Lnd11te: Tienes un control impresionante. Increíble. Mejor que tu hermana, la verdad.

Por un segundo, olvidé cómo respirar, y no por los nervios de estar entrando en territorio hostil. ¿A quién le importaba que su familia me estuviera clavando la mirada cuando Hudson me abrazaba contra su pecho macizo?

Amigos. Solo son amigos. Examigos, mejor dicho. Y era todo de mentira, pero Dios, él se sentía muy real. Quizá fuera el discurso motivacional que me había dado a mí misma de camino al cumpleaños para comprometerme con mi papel, o el hecho de que esa mañana me hubiera levantado y me hubiera obligado a preocuparme por mi aspecto por primera vez en meses. Aunque no dormía con nadie desde antes de *Giselle* (ni tenía ganas de hacerlo), mi cuerpo entero despertó y se fijó en Hudson, como si alguien hubiera prendido el interruptor de mi deseo sexual.

Él tenía puesta otra gorra de los Bruins, un bañador negro y una camiseta deportiva de color blanco con las letras «sar» estampadas sobre su pecho descomunal. Un pecho que me habría encantado ver sin camiseta.

–Llegaste. –Hudson sonrió, y, cuando se le marcó el hoyuelo en la mejilla, mi cerebro dejó de funcionar–. Qué bueno que pudiste venir.

No, no, no. Regañé a mis estúpidas e inoportunas hormonas. Él era la última persona en la que debería haberme fijado, pero lo cierto era que había sido el primero. Mi primer amigo de verdad, mi primer flechazo, mi primer amor, o lo que fuera, no correspondido, seguido por mi primera vez con el corazón roto. El dolor había sido muy real y había durado bastante tiempo. Tenía que actuar como si

estuviera perdidamente enamorada de él, no enamorarme de verdad.

–No puede ser que tú seas la novia de mi hermano. –Caroline me lanzó una mirada asesina.

Se rompió el hechizo y recordé que no estábamos solos, más bien, todo lo contrario. Hudson se paró al lado mío y fulminó a su hermana con la mirada. Reconocí a los miembros de su familia por las fotos y los breves momentos en los que me los había cruzado de adolescente y, sujetando más fuerte la bolsa con el regalo que le había llevado a Juniper, me obligué a sonreír. Era solo un papel, y yo era experta en actuación. No pasaba nada. Tampoco sería la primera vez que tuviera química con el otro protagonista.

–Si tú eres Caroline, entonces sí, lo soy –respondí. La mano de Hudson se deslizó por mi espalda y se instaló en mi cadera, y sentí una oleada de calor ante el contacto–. Soy Alessandra. –Saludé a su familia desde lejos en lugar de estrecharles la mano porque Hudson no me permitía despegarme de él. Todos se quedaron mirándome fijo: parecían bastante impactados–. Me dicen Allie –añadí, por si servía de algo. Hudson se puso un poco tenso cuando no fue así.

–Digan algo, mierda –dijo Gavin, que estaba parado a mi izquierda, sosteniendo una bolsa de patatas fritas–. Esto es más incómodo que un baile del secundario. Hola, Allie. –Me ofreció esa sonrisa encantadora que había conquistado a Lina un verano.

–Gavin. –Mi sonrisa seguía intacta.

–¿Tú lo sabías? –Caroline le lanzó una mirada acusadora.

–Claro que sí. ¿Quién piensas que lo animó a hablarle? –Gavin negó con la cabeza.

Un momento… ¿Íbamos a decir que Hudson había dado el primer paso? Mierda. No nos habíamos puesto de acuerdo sobre la historia que íbamos a contar. Recién era el primer día y ya estábamos cometiendo errores.

–Bueno, es un gusto, Allie. –La madre de Hudson me sonrió con simpatía. Luego, tomó un sujetapapeles que estaba sobre la isla y prácticamente se lo lanzó a Caroline sin siquiera mirarla–. Estamos muy contentos de que Hudson por fin traiga a alguien a casa. –Miró a su hija–. Cierra la boca, querida. Tenemos que dar una fiesta.

Cuando miré a su familia, me comenzó a subir un calor por las mejillas. Todos estaban de camiseta y pantalones cortos. Tendría que haber preguntado cuál era el código de vestimenta.

–Llevemos esto a la mesa de los regalos –me sugirió Hudson–. ¿Falta media hora para que lleguen todos, Caroline?

–Veintitrés minutos –respondió ella. Me miraba como si yo fuera una araña venenosa y la pusiera nerviosa tenerme tan cerca.

–Veintitrés minutos –repitió Hudson, y me quitó la bolsa con el regalo. Sin quitar la otra mano de mi cadera, me guio fuera de la casa y salimos a la entrada, que más bien parecía un estacionamiento por la cantidad de autos–. ¿Cómo está Sadie?

–Es adorable hasta cuando ronca. Estoy demasiado elegante. –Hubiera tardado demasiado en volver a casa a ponerme algo más informal, pero tampoco quería llamar la atención.

–Estás hermosa –dijo él, con tanta sinceridad que casi le creí.

–No hace falta que hagas eso –le dije en voz baja, para que solo él pudiera escucharme–. Que me halagues.

–Es la verdad, Alessandra. –Flexionó la mano contra mi cadera.

–Tampoco hace falta que me toques ahora. No nos está viendo nadie.

El camino de gravilla crujía debajo de mis Vans rosas, mis favoritas, mientras serpenteábamos entre los autos para llegar al patio trasero.

–¿Te molesta?

Nos metimos en el pasillo angosto entre la casa y el garaje.

–No. Sí. No sé. –Me molestaba lo mucho que me gustaba, teniendo en cuenta que hacía meses no sentía nada remotamente parecido al deseo–. Quizá deberíamos poner reglas. –No iba a sobrevivir si él coqueteaba conmigo.

–Bueno. Dime cuáles son tus reglas. –Su sonrisa era tan abrasadora que podría haber prendido fuego un iceberg.

–Por lo que recuerdo, seguir reglas no es tu fuerte.

–En otras circunstancias, te diría que desde la última vez que pasamos tiempo juntos, maduré y me convertí en un adulto de verdad, pero como mi comandante estaría de acuerdo contigo, te la dejo pasar. Dime cuáles son tus reglas.

Se le borró la sonrisa y se detuvo a mitad de camino. Miré a ambos lados para asegurarme de que nadie pudiera escucharnos antes de mirarlo. De adolescente, Hudson siempre había sido peligroso cuando sonreía, pero ¿cuando me dedicaba toda su atención? Era letal de adulto. *Las reglas.* Cierto. Mierda, ahora tenía que pensar las reglas.

–Puedes tocarme en público para que esto sea más creíble, pero nada más. –Levanté el mentón como si estuviera rezando, como si así pudiera compensar nuestra diferencia de estatura.

–Entendido. –Sacó la mano y me odié por extrañarla–. ¿Qué más?

Mi cerebro iba a toda velocidad, buscando fallas en nuestro plan.

–No puedes salir con nadie más durante el tiempo que dure esto, o se arruinará todo.

Mierda, ¿y si ya estaba saliendo con alguien más? ¿Con la chica del bar? Mi instinto me decía que no, que jamás habría aceptado nuestro acuerdo de ser así.

–Ningún problema. No estoy saliendo con nadie y, aunque así fuera, es difícil concentrarse en alguien más cuando tú entras en una habitación –dijo, como si fuera la pura verdad.

¿Qué demonios? Levanté las cejas.

–No puedes decir cosas así. –Retrocedí y me choqué con el garaje.

–¿Prefieres que mienta?

El calor en su mirada me hizo tragar saliva.

–¿No es lo que estamos haciendo?

–Sí, a los demás. No entre nosotros. Esa es *mi* regla. –Se acercó a mí, pero no me tocó–. Solo vamos a decirnos la verdad.

–Porque a ti eso te sale muy bien, ¿no? –Ah, ahí estaba otra vez el enojo, mucho más seguro que el deseo. Me aferré a él con ambas manos.

–Claro, porque tú eres un libro abierto. –Hudson retrocedió y soltó un suspiro profundo–. Estuve mal en irme sin despedirme. Me arrepiento de eso todos los días de mi vida. Esa es la verdad. ¿Puedes aceptarla, al menos para que no sea un problema durante los próximos meses?

Una partecita de esa herida abierta se cerró un poco, como si sus palabras fueran puntos. Era una tontería creerle, pero le creía.

–Sí.

–¿Estás segura de que quieres interpretar este papel? Sé que es difícil, pero hoy, nuestro principal objetivo es convencerlos de que estamos juntos.

Se le iluminó la mirada, como si estuviera provocándome para ver cómo reaccionaba. Había empezado el juego. Solté una risita burlona.

–Por favor. Cuando aprendes a fingir un orgasmo, todos los demás papeles son fáciles. Esto es pan comido.

Hudson abrió mucho los ojos durante un momento, pero luego recuperó la compostura.

–Bueno. Hagámoslo.

Definitivamente, yo había ganado esa batalla. Cuando llegamos al patio trasero, quedé boquiabierta. La casa daba al Parque de los Fundadores, y la fiesta de Juniper ocupaba esa hectárea de espacio verde en su totalidad. Los pequeños puestos alrededor del perímetro daban a unas mesas de pícnic cubiertas con manteles de colores. Mientras me guiaba hacia el parque, que se había transformado en un carnaval, Hudson me dijo:

–Es un poco exagerado, pero la vamos a pasar bien. Juniper, Mason y Melody, que son mis primos mellizos, son los únicos niños de la familia, así que siempre nos reunimos todos para sus cumpleaños. Juniper eligió la temática de carnaval y todos aportaron algo. –Pasamos junto a un castillo inflable gigante con un tobogán que daba a una pista de obstáculos–. Caroline se encargó de eso, y tendrías que haberle visto la cara de pánico cuando pensó que el cable no iba a llegar. –Se le escapó una sonrisa y señaló el puesto de la derecha–. La tía Jo y el tío Mark armaron un puesto de tiro al blanco con globos. –Al vernos, sus tíos dejaron de inflar los globos para saludarnos–. Y sus hijos están en el puesto de maquillaje artístico.

Saludé a los adolescentes cuando pasamos junto a ellos. Hudson señaló los puestos del otro lado y continuó:

–Por allá tenemos una pista de carreras de tres pies, el puesto de tiro a la botella de Gavin, y el puesto de dardos, pero ya me prohibieron jugar a ese porque todos saben que los voy a hacer

trizas. –Apoyó el regalo de Juniper junto a un par que estaban sobre una de las mesas mientras yo admiraba el carnaval–. Los mellizos van a poner sillas plegables ahí en el medio. Creo que es para jugar al juego de la silla.

–¿Tu familia hace… todo esto? –Me costaba respirar. En mi casa ni siquiera cenábamos todos juntos.

–Bueno, tampoco es el té en el Plaza… –Hudson se acomodó la visera de la gorra.

–Es mejor. –Me quedé mirando a sus parientes, que iban de acá para allá, preparando los puestos.

–Te conviene dejar todo preparado –le aconsejó el papá de Hudson cuando pasó al lado nuestro con una bandeja de comida y se dirigió a la barbacoa que estaba junto a una mesa llena de platos. Gavin había salido a su madre, igual que Caroline, pero Hudson era idéntico al padre–. Si llegan los niños y no estás listo, Caroline te va a saltar a la yugular.

–Tienes razón. ¿Ya preparaste la barbacoa? –La mano de Hudson me rozó la cintura y todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se encendieron. Me dio un escalofrío.

–Por supuesto. –El señor Ellis me miró, con las cejas canosas arqueadas, y señaló una silla plegable junto a la barbacoa, que ya echaba humo–. Si mi hijo te molesta, vienes y te sientas conmigo.

–Sí, señor –respondí, y no pude evitar asentir. Hudson me guio hacia un puesto vacío un poco más alejado de las mesas. El espacio, que parecía un cuadrado de tres por tres, estaba cubierto por una gruesa alfombra de gomaespuma.

–No afirmo ni niego haberla tomado prestada del gimnasio. –Hudson se agachó junto a un montón de… cosas… beige y marrones.

–¿Qué es esto?

–Somos el puesto de batallas de tiranosaurios rex. –Hudson se puso de pie y arrastró la cabeza de un disfraz, que se desplegó delante de él.

–¿Batallas de tiranosaurios rex? –pregunté, segura de que había escuchado mal. Había al menos ocho disfraces más de mi lado de la alfombra.

–Quizás exageré un poco, pero quería asegurarme de que hubiera uno de cada tamaño. –Cuando sonrió, otra vez se dibujó un hoyuelo en su mejilla, y perdí por completo el hilo de mis pensamientos. Ese hoyuelo siempre había sido mi kriptonita–. Este es el tuyo.

Abrí y cerré la boca un par de veces, buscando la respuesta correcta.

–Ya me escuchaste –susurró Hudson. Sus ojos tenían un brillo peligroso, como antes, cuando me convencía de hacer cosas que no debía–. Vamos a derribar algunas de esas paredes impenetrables que construiste a tu alrededor.

–¿Ese es tu objetivo? –pregunté, levantando las cejas.

–Sin duda. –Sonrió–. Te prometí que no iba a mentirte. No eres alérgica a la diversión, *Alessandra.*

–Suerte, la vas a necesitar –le dije, con una risita burlona–. No sé si me da mucha confianza tu idea de diversión, teniendo en cuenta que te gusta saltar de helicópteros, pero molerte a patadas con total impunidad no suena mal. –Me mordí el labio porque Hudson tenía razón, los disfraces parecían… divertidos, aunque un poco raros–. Pero no quiero tener que explicar que volví a lesionarme el tobillo por usar un disfraz inflable de dinosaurio. –Vasily me mataría.

–No dejaré que te pase nada –me prometió, y se le marcó más el hoyuelo–. Vamos, Rousseau. Mi novia se pondría el disfraz y me daría una paliza. Sabes que quieres hacerlo.

Por extraño que fuera, sí quería. Cinco minutos después, estaba muy cómoda dentro del disfraz, rodeada por el olor a vinilo, y, a través de un cuadrado transparente, veía cómo el inflador lo iba haciendo crecer. Hudson me había puesto elásticos en las muñecas y los tobillos para evitar que se escapara el aire.

–Esto es una ridiculez. –¿Qué diablos estaba haciendo?

–Y así y todo, aquí estamos. –Hudson caminó a mi alrededor, él también disfrazado de dinosaurio, y miró por la ventanilla debajo de la boca del tiranosaurio rex–. Ponle ganas. Creo que Caroline nos está mirando.

–¿De verdad esperas que te ataque? –Giré para seguirlo y la cola del disfraz me hizo perder un poco el equilibrio. Mi tobillo flaqueó y protestó apenas, pero no me dolía.

–Si quieres perder, yo no tengo ningún problema.

Hudson corrió hacia mí y yo me hice a un lado, pero nuestros disfraces colisionaron y nos hicieron rebotar hacia el costado. Resoplé y recuperé el equilibrio, pero él ya estaba otra vez encima de mí y me hizo rebotar hacia atrás. Vaya, sí que era rápido. Me tambaleé, y la gravedad ganó la batalla y me empujó al suelo. Me lo tenía merecido por ponerme un estúpido disfraz inflable como si tuviera diez años. El disfraz se arrugó y un brazo me rodeó la espalda y me hizo girar, y caí hacia delante, sobre el pecho de Hudson, que recibió toda la fuerza del impacto. El aire se estaba escapando de nuestros disfraces demasiado rápido como para que el inflador pudiera evitarlo, y sentí otro brazo que se enganchó debajo de mi muslo derecho y me flexionó la rodilla para proteger mi tobillo.

–Gané. –Hudson me miró, sonriente.

–Yo estoy arriba de ti. –Moví con torpeza las manos para tratar de ganar un poco de ventaja.

–Igual lo considero un triunfo. –Su sonrisa me dijo que quizá había conocido a mi igual en el departamento de la actuación.

–¡Oigan, ustedes dos! ¡Tonteen más tarde! –nos llamó su mamá–. ¡Ya llegaron los niños!

–Piensa que estamos tonteando –dijo Hudson, y los ojos le brillaron de pura picardía–. ¿Ves? Está funcionando.

Puse los ojos en blanco y salí de encima de él. Durante la siguiente hora y media, me la pasé ayudando a los niños –y a un par de adultos– a ponerse y sacarse los disfraces de dinosaurio, y mirando con total fascinación cómo se hacían rebotar sobre la alfombra. Traté de empaparme de la felicidad de la gente que me rodeaba y no pensé en el ballet ni una sola vez, ni siquiera un segundo, hasta que la mamá de Hudson declaró que ya estaba listo el almuerzo.

–Ahora te traigo un plato –me ofreció Hudson.

–No hace falta. –Negué con la cabeza.

–Cuidarte es lo mínimo que puedo hacer dadas las circunstancias, y es lo que mis padres esperarían de mí. Ya vengo. –Señaló la única mesa de pícnic que no estaba llena de niños y luego se perdió entre

la multitud que rodeaba la barbacoa. Caminé hacia el banco de la mesa y me senté en el medio.

–¡Alessandra! –Juniper se me acercó de un salto, luciendo unos pantalones cortos color rosa furioso y una camiseta sin mangas con estampa de arcoíris, con una mariposa turquesa y rosa dibujada en la mejilla, y con el cabello trenzado–. ¡Viniste!

–Te prometí que vendría. –Me temblaron los labios al ver el rubor en sus mejillas, el entusiasmo en su mirada. Ella era el único motivo por el que yo estaba ahí, pero no podía demostrarlo–. Feliz fiesta de cumpleaños.

–¡Gracias! –Juniper se deslizó junto a mí y apoyó un refresco y un plato descartable lleno de carne asada y dulces delante de ella–. Me voy a sentar contigo.

–¿Conoces a mi hija? –Caroline se instaló frente a mí. Al instante, su madre se sentó a su izquierda y, para mi alivio, Gavin se sentó a su derecha, y ambos apoyaron su almuerzo sobre la mesa.

–No hace falta que le hables con ese tono –la regañó la señora Ellis mirándola por encima de las gafas, pero a su voz le faltaba el aguijón venenoso que habrían tenido las palabras de mi madre.

–Me parece que tengo que estar al tanto si mi hermano le presenta a mi hija a otras personas –replicó Caroline cuando Hudson se sentó junto a mí, y su papá se sentó en el último lugar que quedaba de nuestro lado.

–Oye, Caroline –Hudson me acercó un plato de comida–, cuando cuido a Juniper los fines de semana para que puedas trabajar, a veces vemos a mi novia. Ahora ya lo sabes. –Sacó dos botellas de agua de sus bolsillos y puso una delante de mí y la otra, delante de él.

–Gracias.

Tomé el tenedor y el cuchillo que había puesto en mi plato, junto a una presa de pollo asada, una porción de ensalada, verduras frescas con salsa ranchera y un *brownie.* Otra partecita de la herida abierta en mi pecho se unió y se cerró. Hudson recordaba mucho más de lo que yo habría esperado.

–June, ¿seguro no quieres sentarte con tus amigos? –le preguntó Caroline, en un tono que no era de sugerencia.

–No. Aquí estoy bien. –Juniper me lanzó una sonrisa–. Mamá, ¿sabías que Alessandra es una bailarina famosa?

Muy sutil, Juniper. Parecía que había llegado la hora de cumplir mi parte del trato. Corté el pollo y esperé a que Caroline respondiera.

–Ah, ¿sí? –Caroline tomó un poco de ensalada de patatas con el tenedor, y yo mastiqué el pollo en silencio.

–Es famosa en todo el mundo. –Juniper asintió y tomó su hamburguesa con queso con las dos manos–. Algunos dicen que será la próxima *prima ballerina.* Solo hay un par en todo el mundo, ¿sabías? –concluyó, y engulló una cantidad inconcebible de hamburguesa.

–¿Y qué hace en Haven Cove? –La pregunta de Caroline estaba dirigida a mí–. ¿No debería estar en Nueva York, llevando la vida de una bailarina famosa?

–Me estoy recuperando de una lesión. –Metí el tenedor en la ensalada–. Me desgarré el tendón de Aquiles en una presentación en enero. –¿Era mi impresión, o Caroline había relajado la postura un poquito?

–O sea que cuando te recuperes, ¿vas a volver? –preguntó ella, echándole un vistazo a Hudson.

–Es la idea –respondió él sin inmutarse.

Tragué comida para tener la boca llena por si ella hacía otra pregunta. Anne habría estado mucho más cómoda en esa situación. Ella siempre hacía sentir a gusto a los demás.

–Todavía no puedo creer que estén saliendo. –Caroline nos miró con los ojos entrecerrados y nos apuntó con el tenedor–. Es medio raro.

–Lo único raro es que ella piense que Hudson es atractivo –bromeó Gavin.

–Por favor, disculpa a nuestra hija. –La mamá de Hudson le lanzó a Caroline una mirada que no necesitaba traducción–. El sol no la debe dejar pensar con claridad.

–¿Cómo se conocieron? –insistió Caroline, y Gavin se quedó mirándonos mientras comía, como si estuviera sentado en la primera fila de un espectáculo.

Mierda. Se me revolvió el estómago.

–Yo la rescaté –respondió Hudson entre bocado y bocado.

–¿Te caíste del yate de tu papi? –Caroline me miró con las cejas levantadas.

–No. –Me encogí de hombros–. Ese lo dejamos en el Mediterráneo.

Gavin se atragantó y se apresuró a tomar un trago de refresco, y Hudson reprimió una sonrisa.

–Estaba en un bote con un agujero, pasando la ensenada –dijo.

–Solo porque Eva hubiera ido sola si yo no la acompañaba, y era mi responsabilidad cuidarla –acoté, y omití mencionar que eso había ocurrido cuando yo tenía dieciséis años.

Sacudí la cabeza al recordar la situación. «Tú no vas a dejar a tu hermana y yo no voy a dejarte a ti». En ese momento, le había confiado mi vida a Hudson por completo, sin pensarlo dos veces.

–Eva es tu hermana menor, ¿no? –me preguntó Caroline–. ¿La que volcó su batido en la cafetería porque no le gustó cómo lo había preparado? ¿Y me hizo limpiarlo mientras ella y sus amiguitas volvían riendo a su estudio?

Sí, sin duda Eva era capaz de hacer algo así.

–Caroline –la regañó Hudson.

Dejé el tenedor suspendido sobre la ensalada, y una oleada de calor, mezcla de vergüenza y furia sobreprotectora, me encendió las mejillas.

–Te pido disculpas –le dije con calma–. Eva era muy difícil de adolescente.

–Pero Alessandra es muy buena –intervino Juniper–. Ah, ¡ahí está Maia! ¡Ya vuelvo!

Sin más, se bajó del banco de un salto y fue corriendo a recibir a su amiga. *Traidora.*

–¿Qué te gusta de mi hermano? –me preguntó Caroline, escrutándome el rostro. Hudson se puso tenso y tomó un trago de agua; seguro deseaba que fuera alcohol.

–Es decidido.

–¿Te gusta que sea… decidido? –preguntó ella, frunciendo aún más el ceño.

–Sí, porque yo no lo soy –admití–. Me cuesta mucho tomar decisiones y, por lo general, después dudo de lo que decidí. Es uno de mis peores defectos. Pero Hudson… –Lo miré y me permití recordarlo, recordarlo de verdad, más allá del velo de furia detrás del que lo había ocultado–. Él toma una decisión y se lanza. Tiene un aura de certeza que no sé si algún día podré tener.

Él se me acercó y me acomodó el cabello detrás de la oreja.

–Igual no te creo. –Caroline negó con la cabeza–. ¿Cuál es el color favorito de ella?

–Azul. –Hudson dejó caer la mano.

–¿Cuándo es el cumpleaños de mi hermano? –preguntó Caroline, hurgando en su plato.

–El veinticinco de abril –respondí, ya bastante molesta. Saber que Caroline detestaba a mi familia era una cosa, pero tener que soportar su desprecio era otra–. Siguiente pregunta.

–Caroline, termínala ya mismo –la regañó la señora Ellis.

–¿Esperas que acepte a esta turista en nuestra familia durante los próximos meses, hasta que se canse de Hudson y lo deje? –replicó Caroline–. ¿Qué, también vendrá de campamento con nosotros? ¿Se sumará al viaje familiar y se arriesgará a partirse una uña?

–Invitación aceptada –dijo Hudson, encogiéndose de hombros. *Un momento, ¿qué?*

–No durará ni una noche –retrucó Caroline.

Vaya. Yo nunca había ido de campamento, pero no podía ser tan terrible si la gente lo hacía por voluntad propia.

–Ya fue suficiente, Caroline –le advirtió Hudson–. La familia de Alessandra no bromea como nosotros.

–No estoy bromeando. –Ella levantó las cejas.

–¿Me puedes dar una mano? –le pidió Hudson a Gavin.

–Nop –respondió él, y se dispuso a terminar su perrito caliente–. Te estás defendiendo mejor de lo que esperaba.

–No sean infantiles –los regañó el señor Ellis, y todos se quedaron callados. Juniper volvió corriendo y se sentó en su lugar–. Voy a terminar de cocinar lo que quedó. Juniper, ¿ya estás lista para el pastel y el helado? Dime y preparo todo.

–Sí, por favor. –La niña asintió y el señor Ellis volvió a la barbacoa. Luego, ella me miró entusiasmada–. Mi abuela preparó los *cupcakes*, pero mi mamá prepara el mejor pastel de fresa del mundo. Tienes que probarlo.

–Ay, no puedo… –dije, haciendo una mueca.

–No, las bailarinas no comen pastel de fresa, mi amor –le explicó Caroline–. Ni helado, ni *cupcakes*, ni cualquier otra cosa que pueda hacer engordar sus cuerpitos perfectos.

En silencio, le pedí disculpas a Lina, porque ya estaba harta.

–Allie no come pastel de fresa porque es alérgica a las fresas –intervino Hudson, furioso–. Por eso le serví un *brownie.* Le encanta el chocolate. Y antes de que vuelvas a empezar con tus idioteces, terminemos con esto de una vez. Su cumpleaños es el siete de marzo. Su película favorita es *Titanic,* nunca entendí bien por qué, pero no importa, no me molesta volver a verla. Prefiere las puntas Bloch antes que las Capezio. Le gusta más el atardecer que el amanecer, tiene un talento irritante para notar la diferencia de sabor entre distintas marcas de agua mineral, y le pone azúcar al café y leche al té. Ah, y solo es indecisa porque hay demasiadas personas diciéndole qué debería querer, y le gusta hacer felices a los demás, incluso a costa de su propia felicidad. ¿Ya estás satisfecha, Caroline?

Lo miré fijo; me había quitado el aliento. ¿Se acordaba de todas esas cosas? De a una palabra a la vez, se las había arreglado para coser la herida que me había dejado al marcharse sin darme ninguna explicación. No había ayudado a curar o cicatrizar la herida, sino que había detenido la pérdida de sangre por completo.

–Tranquilamente puedes haber inventado todo eso. –Caroline negó con la cabeza–. Además, ¿hace cuánto están juntos? ¿Dos o tres semanas? Nadie conoce tan bien a una persona en tan poco tiempo.

Me hervía la sangre.

–¡Basta! –gritó Juniper, golpeando la mesa con las dos manos. Las bebidas se tambalearon–. ¡Basta ya, mamá! No se conocen hace tres semanas, se conocen hace años.

La niña se llevó la mano al bolsillo trasero y arrojó una fotografía sobre la mesa. Al verla, solté un grito ahogado. Hudson y yo estábamos afuera del Clásico de Haven Cove el día que gané. Él

tenía el brazo alrededor de mis hombros y yo sostenía el hermoso ramo de flores que me había regalado. Sonreíamos con alegría, y nos veíamos tan esperanzados que me dolió el corazón. Esos dos chicos no tenían ni idea de lo que les esperaba en tan solo unas horas.

–Eran mejores amigos, y él nunca te la presentó porque sabía que la ibas a tratar mal, como estás haciendo ahora. ¡Y estás arruinando mi cumpleaños! –continuó Juniper. Luego, se marchó hecha una furia y volvió con sus amigos, y todos nos quedamos callados.

La furia de Caroline se aplacó mientras miraba la foto. Luego, miró a Hudson, como pidiéndole perdón en silencio, y fue a buscar a su hija.

–Bueno, las fiestas son mucho más divertidas cuando estás tú, Allie. –Gavin me guiñó el ojo.

Hudson tomó la fotografía y se la guardó en el bolsillo.

–Juniper estuvo revisando mis cosas.

–Alessandra, lo siento muchísimo.

Escuché la voz de la mamá de Hudson como a lo lejos, porque estaba concentrada en Caroline, que se había arrodillado frente a Juniper. La niña asintió un par de veces al oír lo que fuera que le estuviera diciendo su madre, y luego la abrazó con fuerza. Mierda, Juniper tenía una mamá que *pedía disculpas.* Era toda una novedad para mí. Qué desastre. Todo era un desastre. Caroline no solo odiaba a mi familia, me odiaba a mí. Me iba a hacer la vida imposible durante el tiempo que durara mi noviazgo de mentira con Hudson, y nos iba a hundir a todos. Y lo peor de todo era que tenía razón. Algo raro tenía nuestra familia.

Lo único que habíamos logrado con nuestro plan era angustiar a Juniper, cuando nuestro objetivo era todo lo contrario.

–Mejor me voy. –Me puse de pie y levanté mi plato y mi botella de agua.

–Allie… Alessandra. –Hudson me alcanzó cuando estaba tirando las sobras a la basura y agradeciéndole a su padre por cocinar–. No hace falta que te vayas.

–Sí que hace falta. –Asentí, saqué mis llaves del bolsillo y empecé a cruzar el parque, rumbo a la casa de Caroline.

–No te des por vencida todavía –me pidió él, caminando junto a mí.

–No me estoy dando por vencida. –Me detuve en la entrada del patio trasero–. Pero hoy no es un buen día para imponerle mi presencia a Caroline. Ya viste cómo se puso Juniper.

–¡Hudson! ¡Vamos a cortar el pastel! –le gritó Caroline y, cuando volteé, la vi parada en el medio del parque.

–Mejor ve. –Me obligué a sonreír.

–A mí no me mires con esa sonrisa falsa –me dijo él, y sonó como un gruñido.

–Ve. –Dejé de sonreír y me quedé seria–. Pensé que venía a trotar, pero esto es un maratón. Por favor, cuando Juniper abra el regalo que le traje, que es un joyero, no dejes que Caroline lo tire a la basura solo porque tiene una bailarina adentro. Era de Lina.

–Alessandra –susurró Hudson.

Me alejé de él y me marché de prisa; mis pies se movían por inercia. Una hora después, Anne entró en casa y me encontró acurrucada en el sofá, con Sadie acostada sobre mi regazo.

–¿Cómo te fue? –Mi hermana apoyó la cartera sobre la mesita de café y se sentó a mi derecha.

–Es bastante espantosa. –Pasé los dedos por el pelaje de Sadie–. Caroline, no Juniper.

–Lo siento –dijo Anne, poniendo cara larga–. No tendría que haberte obligado a hacerlo. No lo pensé, solo reaccioné. –Le acarició la cabeza a Sadie–. ¿Qué quieres hacer? Yo te apoyo, no importa la decisión que tomes.

–¿Hoy? Quiero renunciar. –Sentía que me habían drenado toda la energía del cuerpo, como si me hubieran succionado la vida–. Pregúntame mañana. –Mi teléfono vibró sobre la mesita, y Anne se estiró para tomarlo–. Si es Kenna, no atiendas.

–No puedes evitarla toda la vida. –Levantó el aparato y me lo dio.

–¿A que no?

Tomé el teléfono y, cuando vi el nombre de Hudson encima del mensaje de texto, se me cerró el pecho.

HUDSON

Sé que seguramente esto sea lo último que quieres escuchar, pero mi mamá quiere invitarte a pasar el día en la playa con mi familia para compensarte por el desastre de hoy.

Le mostré el mensaje a Anne y volví a apoyar la cabeza sobre el sofá.

–Sí, por favor, me muero de ganas de que Caroline me ataque otra vez.

Anne suspiró y se apoyó contra mí.

–¿Estaremos equivocadas? ¿Piensas que Lina querría que la dejáramos en paz?

La idea se clavó en mi corazón como la punta de un puñal.

–Daría lo que fuera por poder preguntárselo.

–Yo también. –Anne se quitó los zapatos de una patada, estiró las piernas y apoyó los pies sobre la mesita–. ¿Por qué no nos dijo nada? Antes de esto, habría jurado que no había secretos entre nosotras. –Hizo una pausa–. ¿Le decimos a Eva?

–Por Dios, no. –Negué con la cabeza–. Todavía no. No es muy buena que digamos guardando secretos. –Además, si había una persona de nuestra familia a la que Caroline detestaba particularmente, esa era Eva.

–Tienes razón. –Anne rascó a Sadie detrás de la oreja y me quedé mirando el mensaje de Hudson, preguntándome cuánta más tortura podría soportar–. ¿Quién más lo sabrá? Lina tuvo que haberle contado a alguien, ¿no? ¿Al padre de Juniper?

Juniper querría que yo fuera a la playa. Diablos, ella contaba conmigo.

–Ni idea –respondí en voz baja, sin soltar el teléfono–. Lo único que sé es que Lina amaba bailar, y si su hija quiere bailar, tenemos que ayudarla, aunque tenga que ponerme un chaleco antibalas encima del traje de baño.

Allí estaré.

CAPÍTULO DOCE
Allie

Pasionxelbaile: Vaya, menos mal que nunca hice ballet. Eso parece una tortura más que un entrenamiento.

El sol estaba asomándose por el horizonte, pintando las paredes blancas de mi dormitorio de delicados tonos rosas y naranjas, cuando abrí los ojos. Desde mi cuarto, tenía una vista increíble del amanecer, pero Hudson tenía razón. Yo prefería el atardecer, prefería la ilusión de esas horas en las que podía ir a verlo a escondidas, o meterlo a escondidas en mi casa. No se me escapaba la ironía de que hubiéramos pasado de ocultar nuestra amistad a fingir un romance.

Gruñí, frustrada, cuando me di cuenta de que quería verlo, de que había abierto los ojos hacía exactamente quince segundos y ya estaba pensando en él. Sadie me resopló en la oreja y se me acercó un poco más. Claro, ella me había despertado.

–Media hora más. Vamos, aguántate. –Le pasé el brazo sobre el lomo y abracé la almohada. Me. Lamió. La. Cara–. ¿Quince minutos más? –supliqué.

El sueño se había convertido en mi mejor amigo y, siendo sincera, en parte también era un mecanismo de defensa que se estaba transformando en una adicción. Cuando dormía, no había lesiones ni rehabilitación ni decisiones que tomar sobre cuánto y cuándo exigirme. Había posibilidades infinitas y cero consecuencias.

El colchón rebotó cuando Sadie se bajó de un salto, sacudiendo la cabeza y haciendo tintinear demasiado fuerte las chapitas nuevas (una con las vacunas y la otra con su nombre y mi número de teléfono) que colgaban de su collar rosa.

–¿Cinco minutos? –¿De verdad estaba negociando con una cachorra? Ella lloriqueó desde la puerta. Era una advertencia: o me levantaba de la cama en ese preciso momento o limpiaba el chiquero con el que me iba a bendecir–. Está bien, está bien.

Me obligué a levantarme de la cama y me quité el pijama. Luego, me puse la ropa que solía usar para hacer ejercicio por la mañana y me guardé el teléfono en el bolsillo de las mallas. *Un objeto en movimiento se mantiene en movimiento.* Eso predicaba siempre mi madre, y las Rousseau nunca teníamos permitido dejar de movernos.

Sadie se puso a dar saltos, y yo abrí la puerta tratando de no hacer ruido para no despertar a Anne, que se había quedado hasta tarde con el comité de planificación para la gala de la compañía. Solo faltaba un mes para el Día de la Independencia, así que mi hermana estaba esforzándose al máximo para llegar con todo.

No servía de nada que yo caminara de puntillas por el pasillo si Sadie iba a salir corriendo. Sus uñas repicaron contra el piso de madera cuando bajó las escaleras a toda prisa. Me desvié un momento para tomar una botella de agua del refrigerador y después caminé con la perra por el largo pasillo central, pasando por el comedor, la oficina y la sala de estar, hasta llegar a la puerta trasera. Todavía medio dormida, recordé poner el código de la alarma antes de abrir la puerta. Sadie salió de un salto y fue corriendo hacia el césped. Cerré la puerta mosquitera con cuidado, me acomodé en el sofá del porche y abrí la botella de agua. La primera orden del día siempre era hidratarme. Bebí media botella a pesar del frío matutino y miré a Sadie, que estaba olfateando los arbustos, muy contenta. Nunca se había escapado y siempre volvía cuando yo la llamaba, pero nuestra relación databa de hacía una semana, así que tampoco podía asegurar que fuera una cachorra ejemplar. El día estaba hermoso, y las nubes de la tormenta del día anterior reflejaban el color rosado del amanecer. Recién cuando ya casi me había terminado el agua tomé mi teléfono y lo saqué del modo «no molestar». Aparecieron tres mensajes, dos de Eva y uno de Kenna.

KENNA

Si no me llamas pronto, voy a enviar un equipo de búsqueda.

Era demasiado temprano para lidiar con la culpa que me dio leer ese mensaje, así que abrí el siguiente.

EVA

Tendrías que grabar contenido de la rehabilitación mañana. Así la gente ve que estás viva.

Quizá también sirva para corregir la información equivocada que anda circulando.

Suspiré y abrí el enlace al video de Seconds que me había enviado junto con el mensaje. Al instante, se abrió la aplicación y se empezó a reproducir un video de una bailarina conocida.

–Hablemos de los cuatro motivos por los que se lesionan los bailarines. Número uno, el estado físico. –El video pasó a una toma de un bailarín que yo conocía cayéndose después de haber vuelto demasiado pronto tras su tercer reemplazo de rodilla–. Número dos, la técnica. –Hice una mueca cuando una bailarina distribuyó mal su peso al hacer un *arabesque* y se torció el tobillo–. Número tres, un accidente. –Un *pas de deux* salió terriblemente mal y un hombre dejó caer a su compañera–. Y número cuatro, el desgaste excesivo.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando aparecí en la pantalla, haciendo los dieciocho giros de la variación de *Giselle. No lo veas. Desliza el dedo. Ahora.* Aunque mi cerebro me advirtiera a gritos, yo era incapaz de desviar la mirada. Tenía los ojos fijos en el desastre que había puesto fin a mi temporada… y quizás a mi carrera. Ahí estaba, el segundo en que flaqueé y perdí la concentración al pensar que lo había visto en el asiento vacío. El video no había capturado el sonido de mi tendón desgarrándose, pero mi cerebro recuperó el audio sin problemas mientras yo gritaba y mis compañeros se apresuraban a bajarme del escenario.

–La bailarina principal Alessandra Rousseau ya había tenido una lesión en el tendón de Aquiles, y se rumorea que ella sabía que

estaba lastimada y subió al escenario de todos modos. Esa decisión tal vez le haya costado la carrera de sus sueños –continuó la chica del video. La imagen volvió al póster original–. Bueno, ¿ustedes qué piensan? ¿Fue un accidente? ¿Fue por falta de estado físico o técnica? ¿O por desgaste excesivo? Cuéntenme en los comentarios.

La muy bruja nos había etiquetado. Como buena masoquista, abrí los comentarios.

AmoElBallet97 : Fue por desgaste excesivo, obvio. Qué estúpida.

RyanBaila: También podría ser por el estado físico. Parece que le falta entrenar.

AmoElBallet97: Es cierto. Las costuras de ese uniforme están a punto de reventar **Bailarina6701:** Otra vez se desgarró el tendón? Mejor que le vayan buscando un reemplazo. No va a volver.
Primaravillosa34: Tal cual. Que le deje el lugar a un miembro del cuerpo.
CassidyFairchilde1: Quizá vuelva.
Bailarina6701: Sí, a dar clases. Pero a bailar? Imposible. No como bailarina principal.
FouettéNY92: Dicen que ya le están buscando reemplazo.

Lnd11te: No puedo creer que tirara su carrera a la basura así.

Danziela: Es una lástima. Ella es de las mejores. Ojalá se recupere

Bonitacontutú20: Qué pedazo de estúpida. Que se deje de jueguitos.

LuzBrishante: Aunque vuelva, nunca va a ser la de antes

BailarinaCostera: Una vez la vi en persona. Es pretenciosa y arrogante
Primaravillosa34: En serio? No me sorprende. Las nepo baby son así
BailarinaCostera: A la compañía le irá mejor sin ella. Créanme. Es una diva.

Cerré la aplicación y me esforcé por respirar a pesar del dolor devastador que se instaló en mi pecho. Las reseñas formales del *Times* no eran nada al lado de la crueldad informal de internet.

Sadie subió los escalones lentamente y saltó al sofá. Casi le erra a mi muslo cuando invadió mi espacio personal y se puso cómoda; dio un par de vueltas en el poco espacio que tenía y se echó sobre mi

regazo. Hundí los dedos en su pelo y tomé una bocanada de aire, y luego otra. *Mejor que le vayan buscando un reemplazo. No va a volver.* Por más que tratara de no pensar en los comentarios, ese me clavó un puñal en el alma y me dejó una herida. ¿Por qué Eva me había mandado algo así? ¿No se daba cuenta de que yo ya sabía lo que decía la gente?

–Ni siquiera puedo escapar de mí misma aquí –murmuré, mientras mi corazón volvía poco a poco a su ritmo normal. No importaba adónde fuera, el internet podía seguirme. Por eso mismo no había querido crearme una bendita cuenta en Seconds. *Mejor que le vayan buscando un reemplazo. No va a volver.* Sí que iba a volver. Así de simple, y de imposible.

–Vamos a desayunar.

Entré a casa con Sadie, serví el desayuno para las dos y luego fui al gimnasio. La única persona que me decía qué podía y qué no podía hacer era yo.



–Hola, ¿estás…? –Anne se asomó por la puerta abierta del estudio, ya vestida para empezar el día, con unos pantalones cortos de lino blanco y una camisa azul. Tenía un pequeño marco plateado en la mano–. ¿Qué estás haciendo? –Se quitó las sandalias de una patada y entró.

Llevé mi pie derecho hacia delante, a la primera posición, sin despegar la mano izquierda de la barra.

–Un *rond de jambe.* ¿Qué tal me sale? –Repetí el movimiento: hice un *tendu* hacia delante, puse el pie en punta, lo llevé al costado, y luego otra vez hacia atrás antes de volver a la primera posición.

–Son las siete de la mañana. –Anne estudió el movimiento de mi pie–. ¿Hace cuánto estás aquí?

–Empecé a entrenar a las seis. –Repetí el movimiento y probé la fuerza de mi tendón con cada flexión y extensión. El dolor era

mínimo, aunque no sabía si eso era bueno o malo–. Hice cardio en la bici y un poco de Pilates, como me indicó la médica. –Nada de media punta.

–La rotación está muy bien. –Se acercó a mí lentamente, mirándome como si fuera un animal salvaje listo para huir en cualquier momento–. ¿Qué más estuviste haciendo?

–Hice el calentamiento con los *fouettés* de *El lago de los cisnes.* –Adelante. Al costado. Atrás. Primera. Los movimientos ya eran parte de mi memoria muscular después de décadas en el estudio, pero mi tobillo no podía seguirle el ritmo al programa.

–Ja, ja. Muy graciosa. –Anne se cruzó de brazos–. ¿Haces esto todas las mañanas?

–Cuando estás durmiendo, así no me regañas.

–¿Tú sola? –Apretó los labios.

–Ahora Sadie me hace compañía.

La *golden retriever* levantó la cabeza al oír su nombre y luego volvió a masticar su juguete.

–Pensé que entrenabas una vez por día, no dos –repuso mi hermana con un dejo de desaprobación en la voz–. Tienes que darle un respiro a tu tobillo, o si no… –suspiró– terminarás arruinada de tanto entrenar.

–Esto *es* un respiro. Estoy acostumbrada a estar en el estudio diez horas por día. –Yo no estaba dando un paso a la vez; apenas me estaba arrastrando desde donde quería (donde necesitaba) estar.

–Si vuelves a lesionarte el tendón…

–¡Ya lo sé! –Dejé caer la mano y me quité las zapatillas de suela partida–. Sé muy bien que si me exijo de más y me vuelvo a lesionar, se terminó. –Una. Dos. Las arrojé dentro del bolso de lona bajo el alféizar de la ventana mientras cruzaba el estudio–. Pero si no me exijo y no trato de recuperarme, también se terminó. Me van a reemplazar, Anne. Siempre hay alguien más esperando tras bastidores. Charlotte me reemplazó los últimos cinco minutos cuando me bajaron del escenario esa noche. –Tomé mi botella térmica y mi teléfono, que había apoyado en el alféizar, abrí el mensaje de Eva y se lo mostré a Anne.

–Tú eres irreemplazable –me respondió ella con calma–. Nadie puede ocupar tu lugar, Allie. Un talento como el tuyo solo aparece una vez cada diez años. –Miró el teléfono–. ¿Qué es esto?

–Mira el video. –Me senté en el suelo y estiré los músculos, todavía calientes, entre sorbo y sorbo de agua, e hice una mueca cuando oí la voz de la creadora de contenido.

–Esto es una estupidez. –Anne se puso en cuclillas frente a mí–. Allie, dime que sabes que esto es una estupidez. –Buscó mis ojos con los suyos y, ante mi silencio, deslizó el dedo por la pantalla–. Y, por favor, dime que no te pusiste a leer estos comentarios espantosos. –Cerró la aplicación y apoyó mi teléfono en el suelo–. ¿Para qué te mandó Eva una cosa así?

–Seguro pensó que me iba a motivar a entrenar con más ganas. Y tenía razón. –Acomodé los pies para hacer un entrenamiento de mariposa, planta con planta, y acerqué los tobillos a mi torso–. Después de romperme el corazón en mil pedacitos.

–La gente dice muchas estupideces cuando no tiene que hacerse cargo de hablar de más –murmuró Anne.

–Pero es cierto que fue por falta de estado físico y por desgaste excesivo. –Aflojé las piernas–. El tendón nunca se me recuperó del todo después del accidente, y yo me negué a tomarme las cosas con calma, aunque era obvio que lo necesitaba. Tenía toda la intención de hacer rehabilitación cuando terminara *El Cascanueces,* pero después Vasily me ofreció el papel de Giselle y lo único en lo que podía pensar era… –Hundí los hombros.

–Querías que mamá estuviera orgullosa de ti. Te entiendo.

–Sí.

Pero mamá no estaba orgullosa de mí. Después de que Anne dejara el baile, ese peso se había esfumado de sus hombros, pero se había redistribuido entre Lina, Eva y yo. Ahora solo quedábamos dos para llevar esa carga y, si yo abandonaba, solo quedaría Eva.

–Hablando de mamá… –Anne se sentó frente a mí–. Estuve mirando las fotos de su cuarto anoche.

–¿Te dio nostalgia? –le pregunté, y ella me pasó el marco.

–Algo no me cerraba con lo de Lina.

–¿Que nos ocultara su embarazo? ¿O que nunca nos dijera que había tenido una hija y la había dado en adopción? –Miré la foto y observé las sonrisas radiantes de mamá y Lina, sus cabezas pegadas frente al cartel luminoso que promocionaba *Don Quijote–.* ¿Qué tiene de raro esto? Mamá fue a San Francisco a ver a Lina bailar. Ya sabíamos eso.

–Tienen puestos abrigos de invierno. –Anne se sentó y dio un golpecito en la parte superior del marco. El cartel decía «13 de marzo». Fines de invierno.

–Ah. –Miré otra vez la foto, en busca de algún indicio del embarazo de Lina debajo de su tapado, pero no encontré nada–. Ahí debía estar embarazada de siete meses.

–Exacto. –Anne tomó su teléfono y abrió el navegador–. Y recordé que yo tenía vacaciones de la universidad esa semana y mamá no me dejó ir con ella. Me dijo que necesitaba estar a solas con Lina para ayudarla a ordenar sus prioridades porque solo estaba en la compañía juvenil. Estaba decepcionada porque Lina todavía no era aprendiz, mucho menos miembro del cuerpo. –Anne dio vuelta el teléfono y me mostró el elenco de esa temporada–. Lina no está. –Pasó unos programas más hasta llegar a las presentaciones de otoño–. Está aquí. Y aquí. *–El Cascanueces–.* Y aquí también. «Lina Rousseau, Estudio de la Compañía». Y después desaparece. Mamá trajo esta foto, pero Lina no aparece en el programa.

–Se tomaron la foto para engañarnos. –Se me aceleró el corazón–. Mamá sabía lo de Juniper.

Anne asintió.

–Vístete.

CAPÍTULO TRECE
Allie

Usuario45018: Obvio que entraron. No vieron quién es su madre?
CassidyFairchilde1: Quizás ella les abrió las puertas, pero ellas se ganaron su lugar en la habitación.

–Annelli Myers y Alessandra Rousseau. Estamos aquí para ver a Sophie Rousseau –le dijo Anne al guardia de seguridad apostado afuera del Instituto Brookesfield. La cara enjuta del hombre desapareció bajo una gorra negra cuando miró su *tablet,* y luego reapareció.

–Adelante.

–Gracias –respondió Anne, y subió la ventanilla del Mercedes.

La reja delante de nosotras se abrió para dejarnos pasar. El césped que rodeaba la entrada circular era verde y frondoso y los setos estaban podados a la perfección a lo largo del camino de medio kilómetro que llevaba a la enorme propiedad que mi madre había elegido como su hogar. Era una mansión de la Edad Dorada que había construido un magnate del petróleo hacía más de cien años y que habían renovado en las últimas décadas.

Anne dejó el auto en el pequeño estacionamiento junto al ala norte y las dos nos bajamos y nos tomamos un segundo para estirarnos. No era un viaje tan largo, solo una hora y media desde Haven Cove bordeando la costa, pero tenía la sospecha de que Anne había apretado la mandíbula durante todo el camino, igual que yo.

–¿Estás lista? –me preguntó, aferrándose a la correa de su bolso.

–No voy a estar más lista que esto. Vamos.

Me pasé la cartera pequeña por encima de la cabeza para llevarla cruzada y caminé junto a mi hermana por la acera sinuosa hasta llegar a los anchos escalones de piedra y cruzar las columnas que

daban al porche. Mientras esperábamos que nos abrieran la puerta, me vibró el teléfono, y leí el mensaje al instante.

HUDSON

¿Sigue en pie lo de la playa mañana?

Cierto que eso era al día siguiente. De solo pensarlo, me sentí agotada.

–¿Todo bien? –me preguntó Anne, colocándose las gafas de sol sobre la cabeza.

–Hudson quiere saber si mañana voy a ir a pasar un día divertidísimo con su familia en la playa. –Mis pulgares revolotearon sobre el teclado.

–¿Y vas a ir? –Anne frunció el ceño, preocupada.

Era difícil de explicar lo abrumadora que me resultaba la idea de tener que estar presentable dos días seguidos, o el esfuerzo que me llevaba aparentar que la estaba pasando bien porque eso era lo que los demás esperaban de mí. Ese era uno de los motivos por los que había querido marcharme de Nueva York e ir a la casa de playa.

–Sí. Me va a hacer bien ver a Juniper.

Y a Hudson. La puerta zumbó dos veces y Anne la abrió. Entramos al vestíbulo de mármol, decorado con una colección de estatuillas romanas, y entregamos nuestros documentos en recepción. Solo había cuatro personas que tenían permitido molestar a mamá. Después, esperamos.

Habrá pleitos verbales?

Solo si usas la palabra pleitos.

Eso no es una respuesta.

Caroline se va a portar mejor que nunca.

«Mejor que nunca» quería decir que quizá solo se limitara a ponerme mala cara.

Allí estaré.

Te paso a buscar al mediodía.

Como si fuera una cita, porque se suponía que estábamos saliendo.

Ok.

Me guardé el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón.

–Qué silencio –observó Anne. Miró hacia ambos lados del pasillo vacío–. Deben estar en clase.

–¿Cuándo fue la última vez que viniste? –Me alisé la blusa negra, pero no podía hacer mucho para disimular las arrugas de los pantalones cortos por estar sentada en el auto.

–El fin de semana pasado. –Anne sonrió cuando una mujer con un moño impecable y un sujetapapeles pasó deprisa junto a nosotras–. ¿Y tú?

–Hace poco más de un mes. –Extendí las manos y me fijé si me había quitado toda la tierra de debajo de las uñas–. Me dejó quedarme el tiempo suficiente para decirme lo decepcionada que estaba, y luego me echó. Dijo que llegaba tarde a clase.

–Típico de mamá –murmuró Anne justo cuando Rachel, la más nueva de las súbditas de mamá, bajó la escalera alfombrada frente a nosotras–. No le va a gustar nada que hayamos venido un día de semana.

–¡Qué bueno verlas, chicas! –exclamó Rachel, y se le formaron unas arruguitas alrededor de los ojos y la boca cuando sonrió. Su jersey celeste combinaba con sus ojos, y tenía el cabello pelirrojo recogido en un moño elegante–. Su mamá tiene un rato antes de la próxima clase. ¿Quieren subir? –Nos guio hacia los escalones, que hacían una curva en el descanso y luego continuaban hasta el primer piso.

–¿Vino alguien más? –preguntó Anne. Estaba sujetando tan fuerte su cartera que tenía los nudillos pálidos como un fantasma.

–La señorita Eloise pasó hace un par de semanas, pero si preguntas si vino tu hermana… –Rachel negó con la cabeza.

–Obvio que no –murmuró Anne.

Doblamos a la izquierda hacia el ala norte, y pasamos junto a un par de salas con la puerta cerrada de las que salía música clásica.

–¿Y cómo está hoy? –pregunté, con un nudo en el estómago. Cuando mi madre tenía un mal día, yo tenía que conformarme con que me respondiera «sí» o «no» en los momentos en que se dignaba a hablarme, sobre todo después de hacerla pasar vergüenza con mi caída en enero, pero, en general, a Anne siempre la recibía de buen humor.

–Hasta ahora, viene bien –respondió Rachel, y asintió, pensativa–. Le gritó a uno de los empleados nuevos, pero porque llegó tarde.

–Es entendible.

Anne palideció cuando Rachel abrió las puertas dobles de seis paneles que daban al dormitorio de mamá. La habitación estaba decorada en tonos pastel, y mi madre había elegido cuidadosamente cada uno de los muebles, desde el elegante sofá copetudo que combinaba con las sillas hasta el cabezal con tapizado parecido que coronaba la cama, cubierta de almohadones. Las paredes estaban cubiertas de fotografías en blanco y negro que nos capturaban a nosotras y a mamá en distintas etapas de nuestras carreras. La única foto de papá estaba en su mesita de noche y el vidrio estaba manchado de huellas de dedos.

Mamá estaba parada en la otra punta de la habitación, junto a los inmensos ventanales, y estaba de perfil, pintando otro cuadro de otra bailarina. Tenía el cabello recogido con prolijidad y, por lo que alcanzaba a ver, no había ni una gota de pintura en sus pantalones negros o en su blusa rosa.

–Sophie –la llamó Rachel amablemente–, vinieron tus hijas, y tienes veinte minutos antes de la próxima clase.

Rachel nos dio una palmadita en la espalda y luego se marchó, y nos dejó solas con nuestra madre. Anne y yo nos miramos y, cuando levanté las manos, ella hizo lo mismo. *Uno. Dos. Tres.* Formé las

palabras con los labios y mostré la mano extendida. Anne me estaba apuntando con dos dedos. Las tijeras le ganaban al papel. Maldición.

–¿Mamá? –Crucé el piso de madera reluciente, pasé junto a los sillones a mi derecha y la puerta del baño, a mi izquierda, y me detuve a unos tres metros de ella–. Anne y yo tenemos que hablar contigo.

Mi madre volteó a mirarme y sus ojos avasallantes me recorrieron de pies a cabeza y se detuvieron en mis Vans. Abrió la boca y volvió a cerrarla, como si no pudiera creer lo que tenía puesto.

–Quinta. –*Dios.* Solté un suspiro y le lancé una mirada a Anne–. ¡Quinta! –gritó mamá.

Junté los pies y los acomodé en direcciones opuestas, primero el derecho y después el izquierdo.

–Te falta práctica. –Volvió a aplicar pinceladas delicadas sobre la falda de la bailarina. Al menos, la crítica había sido rápida y breve.

–Queremos preguntarte algo sobre Lina. –Su pincel se detuvo un segundo antes de continuar, como si yo no hubiera dicho nada. Como una tonta, insistí. Aunque ella nunca quisiera hablar de Lina, nosotras necesitábamos respuestas–. Anne y yo estuvimos en la casa de la playa, como tú querías –le dije, con la esperanza de que haber cumplido sus órdenes la pusiera de mejor humor–. La de Haven Cove.

–Hay que encerar el suelo del estudio –observó sin dejar de pintar–. Está apagado. Le falta vida.

–Nosotras nos encargamos –le prometí.

–Como tu baile. Apagado. Sin vida. –Mamá tomó la taza de agua y enjuagó el pincel–. Eso no se puede arreglar.

Ah, ya pasamos a la parte insultante de la visita. Excelente. Le eché un vistazo a Anne por encima del hombro; mi mirada era un pedido de ayuda desesperado.

–Y Allie ha estado viendo a Hudson Ellis –intervino Anne, y abrió la cartera mientras se acercaba a mí.

El pincel de mamá se detuvo sobre la pintura rosa y, aunque yo ya sabía cuál era el plan, hice una mueca. Si mamá sabía de Juniper, existía la posibilidad de que también supiera quién la estaba criando.

–¿El chico río? –Sus palabras destilaban desdén.

–Ese mismo.

Con esfuerzo, reprimí un suspiro. La primera vez que mamá me había pescado con Hudson en la playa, me había dicho: «Ese chico es como el río. Es lindo mirarlo, pero no nos metemos ahí». La segunda vez que me había pescado con él, me había castigado durante dos semanas y me había sentenciado a hacer horas extra en el estudio.

–Qué alegría verte, mamá –le dijo Anne, y esperé que ella tuviera mejor suerte que yo. Mamá la examinó igual que a mí, y luego sonrió.

–Anne. –El rayito de esperanza en mi interior brilló un poco más.

–Hola, mamá. –Anne caminó entre nosotras dos, se inclinó y la besó en la mejilla–. Allie se ve muy bien, ¿no? Ya volvió al estudio. En cualquier momento, ya estará arriba del escenario otra vez.

–En otoño –comenté, y relajé los pies–. Vasily quizá presente el ballet que Isaac Burdan coreografió para mí.

–Segunda –ladró mi madre.

¿En serio? Anne me lanzó una mirada suplicante y acomodé los pies en la segunda posición.

–Vasily elige lo que le sirve a él –le dijo mamá a Anne y, cuando volvió a mirarme, frunció el ceño–. Te falta práctica.

Por el amor de Dios, tenía los pies alineados a la perfección.

–Él aprecia a Allie –dijo Anne con calma–. Siempre la apreció.

–Apreciaba a Lina –repuso mamá, sujetando fuerte el pincel–. Allie no es ninguna *prima ballerina.*

Espectacular. Lina tampoco lo era y, teniendo en cuenta que ella había conducido a Nueva York y le había rogado a Vasily que lo pensara mejor cuando, después del primer año, él no le había ofrecido un contrato, yo podría haber afirmado que a mí me estaba yendo mejor, si eso me hubiera ayudado a caerle en gracia a mamá. Pero ahora solo era la hija que se había caído frente a todo Nueva York. Cometí el error de suspirar.

–¡Tercera! –me ordenó mamá.

Ajusté la posición de mis pies y mis expectativas de forma acorde. Yo podía ser la bailarina principal más joven en la historia de la compañía, interpretar papeles que habían sido creados

especialmente para mí, ganarme el elogio de la crítica, pero hasta que no me otorgaran ese título elusivo y extraordinario, a los ojos de mi madre, nada de eso importaba.

–Las líneas están mal. Los pies están mal –me dijo, acomodando sus propios pies en la posición correspondiente–. Tercera. –Corregí mi postura, aunque era perfecta–. Tercera.

Mi madre me clavó los ojos con tanta intensidad que sentí un escozor en el cabello de la nuca y, luego, volvió a enfocarse en su pintura.

–Sabemos que dentro de poco tienes que volver a clase –le dijo Anne. Sacó la fotografía de su cartera y se la mostró–. Solo queríamos preguntarte por Lina.

–Lina. –Mamá observó la foto, y el fantasma de una sonrisa revoloteó sobre su rostro.

–¿Tú sabías que estaba embarazada?

Mamá se paralizó, igual que el latido de mi corazón. Pestañeó una vez y luego cambió de posición y giró hacia la pintura. No iba a dejarnos entrar. No íbamos a llegar a ningún lado.

–En esta foto, Lina estaba embarazada de siete meses. ¿Tú lo sabías? –volvió a probar suerte Anne.

–Mamá, di algo –le supliqué en voz baja.

–¡Cuarta!

Obedecí. Anne respiró profundo.

–¿Lina tuvo un bebé?

Mamá negó con la cabeza y el pincel se le resbaló de los dedos y dejó una franja rosa sobre lo que antes había sido una cortina roja en el escenario.

–Ahora está arruinada –masculló, arrojando el pincel dentro del vaso de agua–. Váyanse. Tengo clase.

Sentía el latido furioso de mi corazón en los oídos. Ella lo sabía, carajo.

–Lina tuvo una hija. –Relajé los pies–. Se llama Juniper.

–No. Vuelvan. A. Preguntar –escupió las palabras mamá.

–¡Tenemos que preguntar! ¿Tú la ayudaste a darla en adopción? –insistió Anne–. ¿Por qué no nos dijeron nada?

–¿Quién es el padre? –añadí y, al instante, me quedé callada cuando se abrió la puerta.

–Disculpen, chicas –nos dijo Rachel desde la entrada–. Sophie, ¿puedes venir un poco antes así resolvemos lo que ha quedado pendiente?

–No. –Mamá levantó el pincel y lo hundió en la pintura roja, y luego empezó a cubrir su error–. Quinta.

Derrotada, acomodé los pies en la posición correspondiente, y Anne volvió a guardar la foto en su cartera. Las dos confiábamos en Rachel, pero ese secreto no tenía que ver solo con nosotras.

–Es un minuto, nada más –le recordó Rachel a mamá–.

–Esta conversación no se terminó –le dijo Anne a mamá en voz baja.

–Sí se terminó –replicó ella–. *Tendu.* –Obedecí, calzada y todo.

–Necesitamos saber –susurré.

–¡Relevé! –me ordenó, mientras sujetaba la taza con una mano y hundía el pincel en el agua con la otra para enjuagarlo.

–No puedo. –Negué con la cabeza. Todavía no podía elevarme sobre los metatarsos.

–¿Nos das un segundo? –le preguntó Anne a Rachel, pasando junto a mí y yendo hacia ella.

–Es que se van a atrasar las clases –respondió ella, apenada.

–¡Relevé! –Mamá me fulminó con la mirada.

–No puedo, mamá. Mi tobillo todavía no está listo –le expliqué, y relajé la postura.

Ella me arrojó la taza, con agua y todo. El plástico golpeó el suelo de madera con un golpe seco, a unos metros de mí, y el agua me salpicó las piernas. Esperé a que llegara la vergüenza, el dolor por haberla decepcionado otra vez, pero no pasó. Ella era el agua y yo me había convertido en un colador. No sentir nada tenía su lado positivo.

–¡Mamá! –le gritó Anne.

–Ay, Allie… –Rachel pasó corriendo junto a mí, entró al baño y luego salió con una esponjosa toalla rosada, que me entregó.

–Gracias. –Me sequé las piernas y me lamenté por mis Vans rosas, que estaban cubiertas de agua y pintura.

–Lo lamento mucho. –Rachel miró a mi mamá–. Sophie, ¿cómo vas a hacer eso?

Me paré derecha y miré a mi madre.

–Le sale sin esfuerzo. Aunque no suele hacerlo en público.

Rachel soltó un grito ahogado y mamá apretó los puños. Mierda, no debí haber dicho eso.

–Ojalá… –El rostro de mi madre se cubrió de manchas rojas, y cerró la boca, al tiempo que miraba la foto de Lina que estaba a mi izquierda.

–Dilo y listo. –Levanté el mentón–. No sería la primera vez, y quizá te haga sentir mejor. –Al menos así, alguna de las dos se sentiría mejor.

–Mamá –le advirtió Anne.

–Ojalá. Hubieras. –Me señaló con el dedo, masticando cada sílaba–. Sido. Tú.

–¡Mamá! –gritó Anne–. ¡Cómo vas a decir eso!

–Sí. –Exhalé el aire lentamente. Las palabras me golpearon el corazón como un puño, y me hirieron en partes donde habría jurado que las cicatrices eran demasiado gruesas como para sentir algo, pero la apatía tenía sus límites, y ese dolor era agudo. Brutal. Devastador–. La mayoría de los días, yo deseo lo mismo –respondí con sinceridad, cediendo a la furia. Ella sabía lo de Juniper y no nos lo había dicho. No nos lo iba a decir.

–Allie, no –susurró Anne. Buscó mi mano con la suya y me la sujetó con fuerza–. Eso, nunca.

–Pero no puedo evitar preguntarme qué habrías hecho cuando Lina tampoco lograra estar a la altura de tus estándares imposibles. ¿A quién culparías entonces? –Con una mano, me aferré a la toalla como si fuera un salvavidas, mientras la otra seguía entrelazada con la de Anne.

–Vete –me ordenó mamá sin decir otra palabra, y salió de su habitación a zancadas, con Rachel siguiéndola deprisa.

–Incluso ahora, protege a Lina antes que a cualquiera –murmuró Anne.

Mamá no iba a ayudarnos. Estábamos solas.

CAPÍTULO CATORCE
Hudson

AmoElBallet97: Eres una obra de arte. Ese fouetté es una belleza.

Allie Rousseau se veía increíble sentada en el asiento del acompañante de mi camioneta. Miraba por la ventana como si ya hubiera estado ahí un millón de veces y, cuando tomamos la carretera llena de baches que daba a la playa, se sujetó de la agarradera del techo del auto. Me costaba prestar atención al camino y a lo que decía Beachman desde el asiento trasero. Él era mi plan B, otro par de ojos y oídos para cuidar a Allie por si Caroline decidía romper su promesa de portarse bien.

–Bueno, entonces llegamos a un barco. Y había olas de diez metros de alto… –continuó Beachman.

Allie se dio vuelta hacia el asiento trasero, pero sus gafas de sol demasiado grandes no me permitían adivinar qué estaba pensando.

–Eran de siete metros –lo corregí.

–Igual, eran unas olas enormes. –Beachman se inclinó hacia delante–. Y el barco pesquero se balanceaba, le estaba entrando agua por todos lados. Y de la nada, Ellis aparece ahí, esquivando la cofa y haciendo subir a la tripulación.

–Ese fue el piloto, no yo. –Cuando dejamos atrás los lugares populares repletos de turistas, la carretera se llenó de arena.

–No importa. –Beachman hizo un ademán, como ignorándome–. Entonces, va a buscar al último tipo, pero justo se levanta una ola sobre la proa, y el capitán salta del puto barco. –Allie separó los labios y me esforcé por mantener la vista en la carretera–. ¿Puedes creerlo? Entonces, Rafferty va a los controles y le dice a Hudson que vamos a sacarlo del agua y pensar qué hacemos, porque está más

oscuro que la mierda y pensamos que el capitán terminó debajo del casco.

–Está exagerando. Yo alcanzaba a ver.

Los nuevos baños públicos aparecieron frente a nosotros, y divisé la camioneta de mamá y papá estacionada ahí cerca. A pesar de los baños y las duchas remodeladas, que normalmente habrían atraído a los turistas, esa parte de la playa todavía era el secreto mejor guardado de Haven Cove.

–No mientas –replicó Beachman–. Bueno, entonces Ellis le dice que puede llegar hasta el tipo, pero yo empecé a hacerlo subir porque, bueno, tenía que obedecer.

–¿Tú también eres nadador? –preguntó Allie.

–Ni loco. Yo valoro mi vida, por eso soy mecánico aeronáutico. Los nadadores están mal de la cabeza. Sin ofender. –Me dio una palmada en el hombro mientras nos acercábamos al área delimitada con conos de tránsito que hacía las veces de estacionamiento.

–No te preocupes.

–Bueno, no bien lo alejamos del barco, el muy estúpido se desengancha el arnés y cae desde siete metros de altura al agua.

Allie levantó las cejas.

–Exacto –dijo Beachman, levantando las manos–. Entonces, me apresuro a preparar la camilla, y Ellis está ahí abajo, entre olas de diez metros de altura…

–Siete –lo corregí.

–Y escucha esto: logra encontrar al capitán. El barco empieza a volcar y termina de costado, y la cofa debe haber estado a menos de un metro del lugar donde aterrizó Ellis.

–Santo cielo –susurró Allie.

–Eran como tres metros. –Miré a mi amigo por encima del hombro–. Deja de exagerar.

–¿Quién está contando la historia? ¿Tú o yo? –Beachman se llevó la mano al corazón–. Bueno, entonces la ola levanta el barco otra vez, y Ellis empieza a arrastrar al grandote ese por el agua como si fuera un niño, para tratar de alejarse un poco del casco, y el barco entero se movía para arriba y para abajo. Se le vino encima como

tres veces antes de que lográramos subir al capitán, y una vez más antes de que subiera Ellis. Rafferty estaba furioso.

Encontré un lugar libre y estacioné la camioneta.

–¿Esto cuándo fue? –me preguntó Allie mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad.

–Anoche, cerca de la costa de Maine –respondió Beachman, que ya estaba abriendo la puerta–. Te lo juro, Ellis es el tipo más suertudo que conozco.

–¿Anoche? –Allie se inclinó sobre el tablero, entre nosotros dos–. Podríamos haber cancelado lo de hoy.

–Todos sobrevivieron y yo estoy perfecto –le aseguré, y me desabroché el cinturón de seguridad–. Fue un día normal en la oficina.

–La posibilidad de morir es… una cosa de todos los días para ti.

–Algo así. –Asentí.

Ella se quedó mirándome unos segundos más, pero esas malditas gafas ocultaban lo que decían sus ojos. La notaba medio rara ese día.

–Vamos, tortolitos –nos llamó Beachman antes de cerrar la puerta.

–Él… Emm… Él sabe, ¿no? –preguntó Allie.

–¿Que estamos fingiendo que somos novios para que Juniper pueda hacer ballet? Obvio. Le encanta. –Beachman estaba más que contento de ayudar a encontrar lo que para él era la solución al problema que representaba yo–. No le conté todo lo demás.

–Bien. Cuanta menos gente tenga que engañar, mejor.

Allie se puso un sombrero de ala ancha y salimos al sol del mediodía. Veinticinco grados era bastante para esa época del año, pero no me quejaba del calor ni del cielo azul despejado.

–¿Estás bien? –Ladeé la cabeza–. Estás bastante callada.

–Sí, estoy bien. Ayer tuve un día de mierda, y no tengo ganas de pensar en eso. –Allie se colgó al hombro el bolso playero, que era casi tan grande como ella.

–Ni de hablar de eso –adiviné.

–No, ni un poco. –Negó con la cabeza, y no me sorprendió para nada. Descifrar a Allie era más difícil que armar un cubo de Rubik.

–Bueno, entonces déjame distraerme con arena, agua y, si todo sale bien, al menos un poquito de diversión. –Señalé la playa.

–Una distracción me vendría genial –dijo, y me hizo el honor de no fingir una sonrisa.

Beachman y yo nos repartimos todos los bártulos y, unos minutos después, ya estábamos caminando por la arena. Pasamos junto a los baños públicos, con su porche con mirador y seguimos rumbo a la playa, donde nos esperaban mis padres y Caroline.

Papá lo había dado todo, como siempre: había enterrado cuatro sombrillas gigantes en la arena (sus bordes ondeados se mecían con cada ráfaga de viento) y había colocado dos sillas de playa debajo de cada una, a unos cinco metros de las olas.

–Que empiece el juego –murmuró Allie, sujetando su sombrero para que no se volara.

–Yo te cubro las espaldas –le aseguré. La espalda, la cintura, la parte del cuerpo que ella quisiera.

Solo había un par de familias más en esa parte de la playa, y disfruté de la calma. En un par de semanas, cuando estuviéramos en plena temporada alta, ya no quedaría ni un solo lugar libre.

–¡Hudson! –Mamá se levantó de la silla cuando apoyé la conservadora junto a papá y me dio un abrazo rápido–. ¡Allie! –Sin previo aviso, giró bruscamente y la rodeó con los brazos.

Allie se quedó helada un segundo, de forma bastante notoria, y después la abrazó con torpeza.

–Señora Ellis.

–Dime Gwen, querida. –Mamá retrocedió un poco y le apretó los hombros. Luego, le sonrió a Beachman–. ¡Eric! ¡Tanto tiempo!

–Señora Ellis –la saludó él, y la sumergió en un abrazo.

–Imagino que sus papás no la abrazaban mucho –me dijo papá en voz baja.

–Es cariñosa –repliqué, con tono seco–. Sobre todo con sus hermanas.

–No dije que no lo fuera. –Papá me palmeó la espalda–. Tiene aguante, eso hay que reconocerlo.

–¿Porque se crio con Thatcher y Sophie? –pregunté. No pude evitar notar que Caroline, debajo de la tercera sombrilla, no había

despegado los ojos de su libro.

–Thatcher no era tan terrible –repuso papá–. Venía a la cafetería todos los días a leer el periódico y se pedía un café negro fuerte. Siempre hablaba muy bien de sus hijas. De la que está contigo, sobre todo, aunque mimaba demasiado a la menor. Yo solo decía que Allie tiene aguante porque volvió después de que Caroline le clavara las garras. Le debes importar en serio.

–Ella es increíble –dije. Miré a Allie, que, muy valiente, se había instalado en la silla junto a Caroline y estaba poniendo su bolso en el medio.

–Me imagino que sí, si sentiste la necesidad de ocultarnos su existencia cuando eran chicos. –Mi papá me lanzó *la* mirada, esa que expresaba que estaba decepcionado, pero no me lo iba a decir.

–El problema no eran ustedes. –Abrí la conservadora y tomé dos botellas de Smartwater–. Bueno, Caroline sí.

–Odia a esa familia desde el día en que Sophie Rousseau hizo que Madeline sacara a su mejor amiga de la clase avanzada para hacerle lugar a su hija mayor. ¿Cómo se llamaba? –Papá se rascó el mentón, recién afeitado.

–Lina. –Fruncí el ceño–. No me acordaba de eso.

–Ay, es que fue hace muchos años. Tú eras muy chico. Las chicas debían llevarse siete u ocho años, y ahí empezó todo el tema. Sophie mandó a construir su estudio al año siguiente y empezó a traer a profesionales a dar clase, y así nació el Clásico. Excelente para la economía, complicado para los lugareños.

Papá ajustó la primera sombrilla para que cubriera mejor a mamá cuando ella volvió a sentarse. Fui hasta donde estaba Allie y le di el agua mientras miraba a mi hermana, para ver si ya se había derramado sangre. Yo no me oponía a la idea de lanzar a mi hermana al agua después de lo mal que había tratado a Allie en el cumpleaños de Juniper.

–Gracias. –Allie tomó la botella y me senté junto a ella. Beachman ya estaba despatarrado en la silla a mi izquierda–. No puedo creer que recuerdes qué marca de agua me gusta.

–Recuerdo todo. –Me puse la gorra al revés para que no se volara y Allie apoyó su sombrero en la arena y le puso el bolso playero

encima. Como quedarme admirándola mientras se recogía el cabello no era una opción, miré a Caroline–. ¿Y Juniper?

–Ahora viene. –Dio vuelta la página del libro–. Hace un par de meses que pasa los domingos a la mañana con Gavin, y a mí me viene genial para hacer las compras o limpiar la casa sin tener un pequeño tornado haciendo un desastre a mi alrededor. Además, así pasan tiempo de calidad juntos, aunque tuve que asegurarme de que no estuviera enseñándole a preparar tragos ni nada de eso. Gavin no ha llegado tarde ni un solo domingo.

Vaya. Tratándose de Gavin, era impresionante.

–Juniper podría quedarse con nosotros todos los domingos si te mudaras cerca –intervino mamá desde su silla–. O yo podría venir a ayudarte a lavar la ropa o a cocinar. No estás sola, ¿sabes?

No era ni la primera, ni la segunda, ni la centésima vez que mi mamá le ofrecía ayuda.

–Tengo a Hudson y a Gavin –respondió Caroline–. No estoy sola.

Por eso mismo yo había tenido que elegir Cabo Cod como primera opción cuando me habían pedido mi lista para el siguiente mes. Reprimí la oleada irracional de impaciencia que me invadió al saber que tendría que esperar al menos tres años más antes de pedir el traslado a Sitka. Quizá para entonces, Juniper y Caroline ya pudieran arreglárselas solas, y yo podría ser el tío divertido en lugar del tío indispensable.

–Juniper es increíble. Es la niña de diez años más inteligente que conozco. –Allie se quitó las sandalias de una patada y hundió los dedos en la arena.

–Es tremenda. –Caroline trató de reprimir una sonrisa, pero fracasó–. ¿Ya le devolviste el teléfono, Hudson?

–¿El teléfono? –pregunté, con un nudo en el estómago.

Allie se reclinó en la silla: claramente, no tenía ninguna intención de terminar en medio de un conflicto. Caroline me miró por encima de las gafas de sol.

–Por favor. Estoy ocupada, pero no estoy ciega. Solo te dejo pensar que me llevas ventaja.

–¿Hace cuánto lo sabes?

–Desde la primera vez que lo conectó al wifi –me respondió–. ¿Qué hizo para que se lo quitaras?

–Es confidencial. Privilegio de tío –respondí, y volví a relajarme.

–Mmm. –Caroline miró a lo lejos y sonrió–. ¡Hola, cielo!

Juniper cruzó la playa corriendo, con las sandalias en la mano, y abrazó a su mamá.

–¡Hola!

Gavin llegó detrás de ella y dejó caer la mochila de mi sobrina en una de las sillas vacías. Caroline se alejó un poco, le acarició la cabeza a Juniper y le pasó la mano por el cabello.

–¿Qué tienes en el pelo? Está todo pegajoso –dijo, lanzándole una mirada acusadora a Gavin.

–Acabo de recurrir al privilegio de tío, por si te sirve –le dije.

–Privilegio de tío –declaró Gavin, y levantó la mano–. Qué bueno verte, Allie.

–Hola, Gavin.

–¿Allie? –la llamó Juniper, tomándola de la mano–. ¿Me ayudas a construir un castillo de arena?

–Claro. Qué divertido –respondió ella, y comenzó a esbozar una sonrisa.

–Tú también, mamá –declaró Juniper.

Mierda. Aquí vamos. A los diez minutos, los cuatro estábamos arrodillados junto a una bolsa de juguetes de playa y construíamos un castillo mientras Beachman y Gavin jugaban al frisbi. Allie se había quitado la camisa blanca que solía llevar, y había dejado al descubierto un top negro que me costaba mucho no mirar.

–Muy bien. –Juniper me supervisaba mientras yo sacaba el balde de la arena húmeda que sería la torre central–. Tú también, Allie.

–Gracias –respondió Allie, y una sonrisa se asomó a sus labios.

Comencé a llenar el balde otra vez. Me costaba despegar los ojos de Allie, como si ella fuera a desaparecer si yo desviaba la mirada demasiado tiempo.

–¿Tú construías muchos castillos de arena en verano? –le preguntó Juniper–. ¿Con tus hermanas?

–La verdad que no. –Allie se sentó con el trasero sobre los talones y apoyó el baldecito verde sobre su regazo–. No teníamos mucho

tiempo libre para jugar y, cuando teníamos, nos gustaba recoger conchas de mar o leer en el muelle.

–O escabullirse a mirar las estrellas –dije.

–O escabullirnos a mirar las estrellas –admitió Allie, con los ojos ocultos debajo de esas malditas gafas.

–¿No tenían tiempo porque se la pasaban bailando? –Juniper se puso a cavar en la arena para construir el foso, y Caroline, que estaba rellenando otro balde, se detuvo.

–Sí. –Allie se acomodó las gafas de sol–. A medida que fuimos creciendo, el ballet empezó a ocupar cada vez más tiempo y, al final, terminamos dedicándole como diez horas por día, entre el gimnasio, las clases con la persona que hubiera traído mamá esa temporada, y los ensayos a la tarde.

Durante esos veranos, Allie había estado exhausta y eufórica a la vez, cosa que yo no había entendido hasta que me habían tocado mis primeros rescates difíciles. Amar algo que se esforzaba activamente por destruir tu cuerpo era una desgracia.

–Parece que no tuviste la oportunidad de tener una infancia normal –comentó Caroline, y se puso a cavar otra vez.

Allie me miró y luego miró a Juniper.

–Hace falta tener un equilibrio –dijo, recogiendo arena húmeda con la palita–. No sé si sería lo que soy hoy si mi madre no nos hubiera exigido de esa manera. Pero también pienso que el ballet podría haber sido una parte importante de nuestra infancia sin ser *toda* nuestra infancia. Me hubiera gustado tener un equilibrio, y creo que por eso papá quería que pasáramos los veranos aquí, para obligarnos a tenerlo, pero mamá construyó el estudio y… –Suspiró–. Bueno, amo el ballet, pero nunca pude saber quién era sin él.

Y seguramente por eso mismo, ahora se estaba desmoronando.

–Me pasa algo parecido con la cafetería –comentó Caroline, asintiendo–. Te entiendo.

Yo todavía estaba pensando en la confesión de Allie. Sí, ella brillaba como una estrella sobre el escenario, pero iluminaba cualquier habitación en la que entrara, sin importar si usaba zapatillas de ballet o no. Negué con la cabeza.

–Eres inteligente –le dije, aunque sabía muy bien que tendría que haberme quedado callado, que estaba difuminando las líneas entre lo que ella consideraba una relación de mentira y mis sentimientos, que eran muy reales.

–¿Qué? –preguntó Allie, y se incorporó.

–Dije que eres inteligente. –Redoblé la apuesta y me quedé mirando mi propio reflejo en sus gafas de sol, deseando poder ver sus ojos–. Y buena, protectora, observadora, tenaz, compasiva, un oxímoron de indecisión y valentía, y mil cosas más que no tienen nada que ver con el ballet. Supe todas esas cosas sobre ti a los cinco minutos de conocerte, y en ese momento no estabas en un estudio de baile.

Allie abrió la boca, y Caroline se enfocó en su labor con el balde.

–Mamá no me deja bailar ballet –anunció Juniper sin dejar de construir el foso, sentada junto a Allie.

Mierda, ya empezó. Allie miró a Juniper, que se le había acercado un poco más y estaba frunciendo el ceño.

–Lo dices como si no te diera de comer. Sí le doy de comer.

–¿Puedo preguntar por qué? –dijo Allie, haciendo de cuenta que acababa de enterarse.

Vaya, es muy buena actriz. Caroline comenzó a palear cada vez más arena para echarla dentro del balde.

–Primero, porque es caro. Segundo, porque no tengo tiempo de ser una de esas mamás que chismosea con las otras sobre qué niño es mejor que el resto, y tercero –terminó de llenar el balde y lo puso a un lado– porque las únicas bailarinas que conozco no son la clase de personas con las que me interesa relacionarme.

–Caroline… –Qué mierda. Lo había prometido.

–No. –Allie levantó la mano–. Agradezco que sea sincera. Yo podría decir lo mismo de un montón de deportes. Pero sería una lástima juzgar a todas las bailarinas solo por un par que conoces, incluso si yo estoy dentro de ese grupo.

Caroline se inclinó hacia delante y volcó el balde en el lugar correspondiente antes de mirar a Allie.

–Le prometí a mi hermano que te daría una oportunidad y que no te juzgaría por las acciones de tu familia, porque la verdad es que no

te conozco.

–Me parece un buen punto de partida, ya que yo tampoco te conozco a ti. –Allie dejó caer otro puñado de arena dentro del balde.

Se me infló el pecho. Estaba orgulloso de ella. Mejor terminar ahora que le estaba yendo bien.

–Creo que nos hace falta agua.

–La arena de esta parte ya está mojada –dijo Juniper, cavando en la parte de atrás del castillo.

–No me refería a eso.

Miré a Allie, negué con la cabeza y sonreí lentamente. Ella la había pasado mal el día anterior y, si tenía alguna posibilidad de cumplir mi promesa de distraerla, no la iba a dejar pasar. Allie levantó las cejas por encima de las gafas y se agachó, pero luego se puso de pie.

–Ya conozco esa mirada, Hudson, y hace frío. –Se quitó las sandalias y miró a la derecha, para ver por dónde escapar.

–Al contrario, yo diría que hace bastante calor.

Me levanté, me quité la camiseta y la dejé caer en la arena. Luego, le siguieron mis gafas de sol. Allie retrocedió unos pasos, dudó un momento y me miró, abriendo apenas la boca. ¿Estaba respirando agitada? *Mierda.* No podía verle los ojos, no podía descifrar su expresión.

–Si no quieres perder las gafas, mejor quítatelas –le advertí. Pasé por encima de la torre de Caroline y esquivé el foso de casualidad.

–Hudson Ellis –me dijo Allie con tono de advertencia y retrocedió unos pasos más, pero no me dijo que no. Los dos sabíamos que esa palabra habría bastado para que me detuviera.

–En serio. Parecen caras. –Sonreí de oreja a oreja.

–¿De verdad? ¿Otra vez ese hoyuelo? –murmuró ella. Se arrancó las gafas y las arrojó cerca del balde–. No es justo.

–Nunca dije que yo fuera justo.

Esa fue la única advertencia que recibió antes de que me abalanzara sobre ella. Allie chilló cuando la levanté de la arena y me la cargué al hombro.

–¡Déjate de bromas!

–No estoy bromeando. –Caminé hacia la orilla y pasé en medio de Gavin y Eric–. Nunca bromeo cuando se trata de ti.

–Te juro que si me sueltas en el agua… –Allie sacudía los brazos, luchando por sujetarse de mi espalda, y se impulsó un poco hacia arriba para no quedar colgando.

–¿Qué? ¿Vivirás un poco? ¿Te dará un poco de frío? ¿Te mojarás un poco? –Cuando mis pies tocaron el agua, me subió un frío helado por las pantorrillas.

–Vaya. ¿Me mojaré un poco? ¿Es lo mejor que se te ocurre? –Allie logró apoyarme las manos bronceadas sobre los hombros, y le rodeé las piernas para que no cayera al agua cuando se enderezó–. Me decepcionas. Tienes que mejorar un poco tus técnicas de seducción, Ellis.

–Tú no conoces mis técnicas de seducción, Rousseau. –El agua me golpeó las rodillas y me adentré un poco más en el océano. Mierda, estaba muy fría–. En serio, si estuviera tratando de seducirte, lo sabrías.

–Cuando un tipo sabe seducir, no se nota que lo está intentando –replicó ella. Le rocé las costillas con la oreja.

–Tienes que dejar de salir con bailarines. Si no se nota que alguien se está esforzando por ti, esa persona no te merece. –Otra ola me golpeó los muslos, y Allie jadeó cuando le salpicó los pies.

–¡Está helada!

–Te llena de energía, ¿no? –La bajé un par de centímetros cuando apareció la siguiente ola, y ella chilló–. Te hace sentir vivo.

–¡Vas a morir si me sueltas en el agua!

Me tomó por sorpresa cuando logró zafarse de mi agarre y me envolvió la cintura con las piernas. Sus muslos fuertes se tensaron alrededor de mi cuerpo y movió las manos, como si no supiera dónde meterlas. Me habría muerto de risa si no hubiera sido porque me distraía la sensación arrolladora de su cuerpo contra el mío. Su piel cálida y suave me hacía sentir pequeños chispazos en todos los puntos donde rozaba la mía.

–No te voy a soltar –le prometí y levanté las manos para sujetarla de los muslos, pero me mantuve alejado de su culo perfecto.

Ella retrocedió un poco y me buscó la mirada; sus manos sobrevolaban a centímetros de mis hombros. Había fuego en esos

ojos color whisky, y un destello de interés que capturó por completo mi atención cuando la noté respirando agitada.

–Me puedes tocar si quieres. –Se acercó otra ola, pero no tocó a Allie–. Te prometí que te iba a ayudar a distraerte.

–Usar el sexo como distracción es complicado. –Se pasó la lengua por el labio inferior y luego se lo mordió suavemente.

–¿Quién habló de sexo? –La sujeté más fuerte y seguí el movimiento de su lengua con la mirada. Quería acercarme y liberar ese labio, quería trazar su forma con la lengua, quería hundirme en su boca y descubrir por fin su sabor. Con Allie, yo ya estaba acostumbrado a anhelar cosas que jamás podría tener, pero el modo en que me miraba me llenó de duda, me llenó de deseo–. Solo quería evitar que parecieras Frankenstein ahí arriba, toda incómoda con las manos en el aire.

–Estaba respetando los términos de nuestro acuerdo. Las reglas dicen que tú puedes tocarme en público –me recordó tras soltar una risita burlona–. No que yo puedo tocarte a ti. No quisiera sacar ventaja de lo que está pasando para aprovecharme de ti.

–Entonces, ¿admites que pasa algo entre nosotros?

Mierda, sus labios estaban a tan solo centímetros de los míos. Pensaba que sabía lo que era el deseo, pero no era así. Recién lo estaba descubriendo en ese momento.

–Admito que a ti te pasa algo conmigo.

–Cómo te gustan los tecnicismos. –Aparté la mirada de su boca y descubrí que me estaba observando. Nuestras miradas se encontraron… y se calentaron–. Corrijamos el acuerdo. Mi regla es que puedes tocarme cuando quieras, Alessandra. En público. En privado. Me da lo mismo. Cualquier parte de mi cuerpo. Con cualquier parte de tu cuerpo. Cuando quieras. –Otra explosión de agua helada me golpeó los muslos y deseé que hubiera sido unos centímetros más arriba–. Ahora quizá sea un buen momento, ya que estamos actuando y todo eso.

–Bueno, siempre y cuando sea para mejorar la actuación –susurró, y me apoyó las manos sobre los hombros con delicadeza. Luego, me deslizó los dedos sobre la piel y los entrelazó detrás de mi nuca.

La urgencia me atravesó todo el cuerpo y, por reflejo, la acerqué más a mí. Apenas un contacto, la sensación de tenerla en mis brazos, y ya me corría fuego por las venas. Por algo nunca había coqueteado con ella cuando éramos adolescentes, nunca me había pasado de la raya. Instintivamente, había sabido que, si alguna vez la tocaba, jamás podría soltarla.

Mierda, en aquel momento yo no había tenido ni idea de qué hacer con ella, pero ahora sí sabía. Conocía cientos de formas de distraerla y tenía la sospecha de que, con ella, todas se sentirían como si fuera la primera vez. Allie hundió los dedos en mi cabello con un suspiro suave, y se me aceleró la respiración. Me miró la boca y separó los labios, y luego pestañeó dos veces.

–Voy a volver a la orilla –anunció. Sus muslos se aflojaron cuando descruzó los tobillos, y dejé de sujetarla.

–Yo te llevo –protesté, y reprimí un gruñido cuando se deslizó sobre mi cuerpo. Que ella se congelara en el agua no era parte del plan.

–No me molesta el agua fría. –Allie me recorrió el pecho con las manos hasta que tocó la arena con los pies. El océano le lamía la cintura. Tal como había dicho, no hizo ni una mueca, ni siquiera cuando una ola le empapó el top hasta las costillas–. Tú mejor tómate un minuto antes de volver. –Una sonrisa burlona le curvó los labios cuando comenzó a retroceder hacia la costa y, con los ojos brillantes, se quitó el top.

Bendito sea ese bikini rosa. Al ver los montículos de sus pechos, se me hizo agua la boca, y la curva de su cintura me hizo temblar las manos. Allie tenía razón. Necesitaba un par de minutos, porque mi erección era imposible de disimular.

–¿Viste? –preguntó, ladeando la cabeza mientras seguía retrocediendo.

–¿Qué cosa? –respondí, y me dio vergüenza lo embobado que me había dejado verla en traje de baño.

–Eso es una buena técnica, Hudson. –Estiró las manos, que aún sostenían su top–. Sin esfuerzo.

Se dio vuelta y caminó hacia la orilla, y yo dejé de luchar contra la sonrisa que quería escapar de mis labios y me metí un poco más en

el agua para bajar la temperatura. No sabía qué me había resultado más excitante, si el roce delicado de sus dedos sobre mi piel o la chispa de vida que había visto en sus ojos mientras se alejaba. Por un segundo, la había visto a ella. *Tú eres la razón por la que…* empezó a decir mi mente, pero la hice callar de inmediato y sumergí todo el cuerpo bajo las olas. Solo había sido una distracción. Nada de eso era real para ella, solo quería volverme loco, y yo había disfrutado cada segundo. Hasta pensé en mandarle una invitación formal para que me volviera loco un rato más. Recién cuando logré controlar mi cuerpo (y mis pensamientos), regresé a la costa. Allie no estaba por ningún lado.

–¿Y Alessandra? –le pregunté a Juniper, que seguía construyendo el castillo con Caroline.

–Me olvidé el sombrero en el auto del tío Gavin y se ofreció a ir a buscarlo porque ella se dejó el teléfono en tu auto –respondió mi sobrina, sin dejar de recoger arena debajo del puente que estaba construyendo.

–Qué amable de su parte.

–Sí, porque ella es muy amable. –Juniper le lanzó una mirada a su madre y continuó con la torre principal.

Cuando la niña miró para otro lado, Caroline puso los ojos en blanco, pero no pronunció ni una sola palabra contra Allie, y los tres seguimos construyendo el castillo. Unos minutos y dos torres más tarde, volvió Allie. Un vestido rosa que le llegaba hasta los muslos le cubría la bikini y, al verla, casi me muerdo la mano. Dejó su teléfono en la silla y volvió a donde estábamos nosotros. Tenía una mirada que no pude descifrar. Dos líneas le surcaban el entrecejo.

–¿Todo bien? –pregunté, y levanté los pies cuando Gavin pasó corriendo a mi lado.

–Sí –respondió, otra vez con tono neutro–. Toma. –Esa sonrisa falsa se le dibujó en los labios cuando le dio el sombrero a Juniper, y se me erizó el pelo de la nuca.

–¡Gracias! –Juniper se lo puso y ajustó la tira bajo su mentón.

–No es nada. –Allie retrocedió hacia mí.

–¡Cuidado! –gritó Beachman. Estiré la mano y atajé el frisbi a centímetros del rostro de Allie, que parpadeó rápido, con los ojos

clavados en el disco amarillo fluorescente.

–Mierda.

–¡Tengan cuidado con esta cosa! –Me alejé de Allie, flexioné la muñeca, y el disco salió volando de regreso a Eric.

–Gracias –me dijo Allie. Carraspeó y añadió–: Qué reflejos.

Bajé la cabeza, de modo que mi boca quedó a centímetros de su oreja.

–Se podría decir que es una buena técnica.

Ella resopló, y yo sonreí. Era lo más parecido a una risa que había conseguido robarle, y lo consideré una pequeña victoria.

La tarde pasó volando. Mamá y papá elogiaron el castillo de arena y se llevaron a Juniper a caminar por la playa mientras Gavin dormía una siesta. Allie le preguntó a Caroline por la cafetería y tuvieron una conversación sorprendentemente pacífica, lo cual me llenó de esperanza. Más tarde, miré con total fascinación mientras Allie le mostraba a Eric cómo hacer un *arabesque:* se paró sobre el pie izquierdo y levantó la pierna derecha a un ángulo que me dejó boquiabierto. Dios, qué hermosa era.

–Es agraciada, lo reconozco –dijo Caroline.

–Querrás decir exquisita. Yo pasaba horas mirándola practicar cuando éramos chicos. –Me incliné hacia delante y apoyé los codos sobre las rodillas.

–¿Te hacía mirarla practicar? –me preguntó Caroline, y comenzó a recoger los juguetes de Juniper.

–Allie no me hacía hacer nada. No tergiverses las cosas. –Me reí cuando Eric trató de imitarla y cayó de bruces en la arena–. Yo quería estar donde estuviera ella, así que me escondía en el estudio cuando su mamá no nos estaba mirando. Pero ella también se escondía en el bar o en mi habitación para estar conmigo. –Por el rabillo del ojo, noté que Caroline me estaba mirando fijo–. La escalera que daba a mi ventana no era útil solo en caso de incendio.

–Recuérdame que no permita que Juniper se pase a esa habitación –murmuró mi hermana.

A eso de las cuatro, limpiamos todo y ayudé a papá a llevar las sombrillas al auto. Después de cargar la camioneta, me dirigí a los baños públicos a lavarme los pies para no llenar el auto de arena. Ya

con los pies limpios, caminé hasta el borde del mirador y me quedé contemplando el océano mientras esperaba a Allie. Habíamos logrado sobrevivir a una tarde entera con mi familia sin que ella saliera corriendo ni que Caroline hablara de más. Además, solo por el hecho de haber tenido a Allie pegada a mí en el agua, ya había sido un día increíble, por más que después de eso ella hubiera puesto distancia entre nosotros.

–Qué bueno que todavía no te fuiste. –Caroline caminó hacia el barandal y se paró detrás de mí. Luego, se recogió el largo cabello rubio en una cola baja–. Quería hablar contigo.

–¿De qué? Si necesitas que cuide a Juniper un par de horas ahora que empiezan las vacaciones, seguro me pueda organizar. Tengo que ver mis horarios. –Después de todo, por eso vivía ahí.

–No es eso. –Caroline se aferró al barandal–. Eres mi hermano menor y te quiero. Lo sabes, ¿no?

–¿Qué pasa? –Fruncí el ceño.

–Le di una oportunidad. De verdad. –Su rostro se contrajo en una mueca de profunda tristeza–. Y es divina, pero no puedes salir con ella, Hudson.

CAPÍTULO QUINCE
Allie

Andreamaaay: Estoy empezando a preguntarme si tu hermana sigue viva, HermanasRousseau4.

Usuario60981: Si no, quizá haya un lugar libre en la compañía!

Metí el pie bajo la canilla y lo enjuagué, cuidando de no salpicar el ruedo de mi vestido rosa de gasa mientras movía los dedos para quitarles bien la arena. A pesar de que la idea de ese día en la playa me había aterrado, la verdad, la había pasado bien.

Compartir tiempo con una familia en la que todos se querían, construir un castillo con Juniper, incluso coquetear con Hudson –nunca había pensado que me atrevería a hacerlo– había sido sorprendentemente divertido, y muy distinto a estar con mi propia familia.

Y no había pensado en el ballet, o al menos, en las cosas más estresantes del ballet, ni una sola vez. Hasta me había encantado alardear de mi talento frente a Hudson al enseñarle a Eric a hacer un *arabesque.* No me había obsesionado con la velocidad de mi recuperación, ni me había estresado pensando en que alguien quería ocupar mi lugar, ni me había preocupado que Vasily no presentara nuestro ballet si yo no me recuperaba por completo. Sí, me había perdido una tarde de entrenamiento, pero, aunque me costara admitirlo, había valido la pena. Era la cura perfecta para las nuevas heridas que me había infligido mamá el día anterior.

Me lavé el otro pie y miré hacia el estacionamiento. Jessica había pasado a buscar a Eric al salir del trabajo, y Hudson todavía no estaba en la camioneta, o sea que seguro me estaba esperando. El chorro de agua se cortó automáticamente y volví a ponerme la sandalia. Luego, me dirigí hacia el mirador que estaba a la salida de

los baños. De camino allí, pasé por la entrada de las cuatro duchas individuales que había a la izquierda y me acerqué al lugar en que la construcción hacía una curva. Solo una cosa me había amargado el día, y todavía no sabía qué hacer con lo que había encontrado en el auto de Gavin. O si tenía el derecho o la obligación de hacer algo.

–¡Dijiste que no ibas a hacer esto! –Al oír la voz de Hudson, me detuve en seco.

–Dije que le iba a dar una oportunidad, y lo hice –replicó Caroline y me dio un vuelco el corazón.

Quizás estaban hablando de alguien más. Era una posibilidad, ¿o no? Apoyé las manos contra el revestimiento nuevo del edificio y, sin despegarme de la pared, me asomé para espiar.

–No es que no sea hermosa, inteligente o buena con Juniper… –continuó Caroline, y miró a Hudson con expresión atormentada.

–Sé perfectamente lo increíble que es Allie –la interrumpió él, cruzándose de brazos.

Bueno, adiós a la hipótesis de que no estaban hablando de mí.

–… porque lo es. Y en otras circunstancias, me parecería maravillosa. –Al menos, Caroline parecía triste por no poder darme su aprobación.

–Las otras circunstancias serían que no fuera una Rousseau. –Hudson negó con la cabeza–. No puedo creerlo.

La felicidad de ese día se desvaneció como si jamás hubiera existido. Eso siempre iba a ser un problema para ella, ¿no? Quizás esa fuera la maldición de los pueblitos: era imposible salir del papel que te habían asignado.

–Que su familia sea repugnante no tiene nada que ver con lo que te estoy diciendo. –Caroline trató de sujetarle el brazo, pero él se alejó antes de que llegara a tocarlo.

¿Repugnante? Me hervía la sangre. Yo era una Rousseau. Mi apellido me abría puertas en cualquier compañía de ballet del mundo, y también se las abriría a Juniper si ella quisiera.

–Algún día, vas a arrepentirte de haber dicho esas palabras –le juró Hudson, y se me hizo un nudo en el estómago. Caroline no tenía ni idea de que estaba insultando a su propia hija.

–Escúchame, Hudson. Por favor. –Su tono suplicante me impactó de lleno en el pecho. Sentí su desesperación por hacerle entender a su hermano como si fuera mía–. Ella es divina. Pero no es para ti.

Hundí las uñas en el revestimiento de la pared.

–No empieces con esa estupidez de que se irá cuando termine el verano. –Hudson dobló la visera de su gorra–. Somos personas adultas y podemos decidir si queremos tener una relación de larga distancia, o mudarnos, o cualquiera de las mil maneras de estar con la persona que quieres.

Vaya, sonaba muy creíble. *Y pensaba que yo era buena actriz.*

–¿Y tú crees que ella te quiere? –retrucó Caroline.

Se me tensionaron todos los músculos del cuerpo y me sonrojé, como si me hubieran descubierto in fraganti. Querer a Hudson nunca había sido el problema. Que él se quedara, sí.

–Estoy bastante seguro de que sí, y conozco a Allie mejor que casi todos los demás. –Hudson apretó la mandíbula y hundió las manos en los bolsillos de su bañador. Hacía años que no lo veía sacarse de quicio, pero los mismos gestos seguían delatándolo. Estaba a punto de explotar.

–La conocías –lo corrigió ella–. La conocías hace diez años. Estuve investigando un poco y…

El nudo que tenía en el estómago se agrandó. ¿Investigando?

–¿Que hiciste *qué?* –Hudson dejó caer los brazos al costado del cuerpo–. Si no fueras mi hermana, ya te habría dejado de hablar –añadió, y me sentí muy identificada.

–Solo sale con bailarines. Con gente de su rubro, de su mismo nivel social y económico. Y tú no entras en ninguna de esas categorías.

¿Caroline había descubierto esas cosas buscando en internet? ¿Cuánto tiempo más tenía que quedarme ahí parada escuchando todas esas barbaridades? La furia me burbujeaba en el pecho.

–Ya sabía eso. –Hudson se encogió de hombros, sin quitar las manos de los bolsillos–. ¿Y qué? Hasta ahora, yo solo salí con mujeres que sabía que no querrían que les pidiera casamiento ni nada. Las cosas cambian, y me importa un carajo con quién salía Allie antes, porque ahora está conmigo.

Bueno, escucharlo decir eso fue medio excitante. Bastante excitante… pero debía recordar que era solo una actuación.

–¡Ella no te quiere! –gritó Caroline–. Tienes que romper con ella antes de que te involucres más. La estuve observando todo el día. Y en el cumpleaños también. Tú la tocas, le das la mano, le llevas comida y la cuidas, pero ella no hace lo mismo. ¿Te invitó a esa fiesta enorme que organiza su compañía de ballet todos los años?

Me alejé un poco y apoyé la frente contra la pared, y cerré fuerte los ojos. Con cada palabra que decía Caroline condenándome, señalando todas las maneras en que yo le había fallado a Hudson, la furia ardía más y más en mi interior. Él había convencido a todos, yo no había estado a la altura.

Ojalá. Hubieras. Sido. Tú. Las palabras de mamá se colaron en mi cabeza. Parecía que esa semana, solo acumulaba un fracaso tras otro. Les había fallado a Hudson y Lina, y ahora también les estaba fallando a Juniper y Anne.

–Todavía no hablamos de eso –repuso él.

–Exacto. Hudson, ni siquiera te toca. Hasta pareciera que hace todo lo posible para evitar tocarte. Si te quisiera, no actuaría así.

Al diablo con ella. Eso no era un error mío, era adrede. Yo sí quería a Hudson, por eso me esforzaba por no tocarlo, por no entregarme a la electricidad que corría entre nosotros, por no cometer un error que otra vez me dejara destrozada al final del verano. Mierda, ¿acaso ya había arruinado nuestro plan porque (como siempre) había sido demasiado cuidadosa?

–Es reservada…

Y aun así, él me defendía. *Esto es una mierda.*

–¡Ni siquiera te sonríe! Nunca. Quizá son muy buenos amigos, y quizá está aburrida o sola, pero te digo que ella no siente lo mismo que tú, y te va a romper el corazón si no terminas esto.

Ya me cansé. Me alejé de la pared y respiré hondo para armarme de valor.

–Es la última vez que hablamos de este tema –le advirtió Hudson–. No voy a romper con Allie. Ni hoy, ni mañana, ni nunca, si depende de mí. Dejarla ir fue el peor error que cometí en mi vida, y

ni loco voy a dejar que tu incapacidad de mirar más allá de ti misma me cueste la única oportunidad que tengo de estar con ella.

El corazón me latía desbocado cuando comencé a caminar. Era hora de cumplir mi parte del trato. *Es un papel. Es solo un papel.* Pero no era cierto. Obligué a mi boca a esbozar una leve sonrisa y doblé en la esquina.

–¡Ahí estás!

–Alessandra –me dijo Hudson. Se había puesto pálido.

–Te estaba esperando en la camioneta.

Antes de acobardarme, fui derecho hacia él, me paré de puntillas hasta donde me lo permitió mi tobillo, le sujeté el rostro y lo besé. Lo sentí sobresaltarse y rogué no haberme pasado de la raya. Nunca habíamos dicho nada sobre besarnos. O sobre no besarnos. Pero ahí estaba yo, presionando mis labios contra los suyos… por fin. Me quedé así un segundo más, el tiempo suficiente para que se me disparara el pulso, para que mi boca registrara la suavidad de la suya, y luego me preparé para retirarme y enfrentar las consecuencias de mi ataque sorpresa.

Él me rodeó la cintura con el brazo y me besó una vez, dos veces, y luego me succionó el labio inferior con suavidad y lo rozó con los dientes. Todos los nervios de mi cuerpo se despertaron, y sentí que me faltaba el aire. Dios, terminó antes de que estuviera lista para el final. Hudson levantó la cabeza y me miró como si me estuviera viendo por primera vez.

–Esta conversación ya se terminó, Caroline –le dijo a su hermana, sin quitarme la mirada de encima. Yo no me imaginaba que fuera posible cansarme de contemplar esos ojos.

–Ya me fui –murmuró ella. Sus pasos se alejaron de a poco y Hudson y yo nos quedamos ahí, mirándonos.

–Me besaste. –Me miró la boca.

–Te besé. –Bajé la voz hasta que se convirtió en un susurro, y le solté el rostro. Me había pasado de la raya–. ¿Estás enojado?

–¿Enojado? –Me soltó la cintura y dio un paso atrás para poner algo de distancia entre nosotros–. Siento muchas cosas en este momento, pero no sé si enojo precisamente. Depende de cuál sea tu respuesta a esta pregunta: ¿escuchaste nuestra discusión?

–Sí. –Si hubiera sido otra persona, habría dudado, habría evaluado qué quería escuchar, pero había accedido a decirle la verdad.

–Mierda. –Hudson se reclinó contra la barandilla y se puso la gorra hacia atrás–. Me besaste porque estabas enojada con Caroline.

–Sí. –Se levantó una brisa, y me sujeté el ruedo del vestido contra los muslos–. Algo así.

Una familia con dos hijos pequeños subió los escalones desde la playa y se dirigió al mirador, para admirar la vista a tres metros de distancia. Hudson masculló un insulto y se alejó de la barandilla, y me tomó la mano al pasar junto a mí.

–No vamos a hablar de esto aquí.

El corazón me latía a toda prisa cuando lo seguí por el costado del edificio y crucé la primera puerta que abrió. *Estabas actuando.* Pero ¿era cierto? Unos sentimientos caóticos, complicados, se despertaron dentro de mí, y traté de levantar la guardia, mi mecanismo de supervivencia, pero era imposible cuando todavía sentía en los labios el cosquilleo de ese beso.

Hudson me soltó la mano y prendió la luz, y la ducha privada, con sus azulejos verdes y blancos, se iluminó. Luego, cerró la puerta y puso la traba. El sonido del pestillo resonó en mi cabeza.

Estábamos solos, o sea que yo tenía que elegir si actuar y restarle importancia a lo que acababa de pasar, o si ser sincera y entregarle una parte auténtica de mí, aun sabiendo que quizá jamás la recuperaría.

–Escuchaste lo que dijo Caroline y querías mostrarle que estaba equivocada. –Hudson hundió las manos en los bolsillos y se reclinó contra la puerta.

–Sí. –Era cierto. En su mayor parte.

Se le tensó la mandíbula y, cuando levantó la cabeza para mirar el techo, se la golpeó contra la puerta.

–Supongo que estás enojado. –¿Adónde había quedado toda mi desfachatez de antes? Dios, era mucho más fácil cuando me convencía de que estábamos fingiendo, pero ahí, encerrados en ese pequeño cubículo, todo se sentía muy real.

–Nuestro primer beso no tendría que haber sido así.

–Jamás me hubiera imaginado que fueras romántico –bromeé, pero él no se rio.

–Esperé once años para besarte. –Centímetro a centímetro, Hudson inclinó la cabeza, y me quedé paralizada frente a esos ojos verde agua–. Once años pensando cómo sería atreverme a hacerlo, imaginándome todas las maneras… –Negó con la cabeza–. ¿Al menos querías hacerlo? ¿O solo fue para mostrarle a Caroline que estaba equivocada?

–¿Estuviste once años pensando en besarme? –Se me cerró el pecho.

–Sí. ¿Querías hacerlo? –repitió, enfatizando cada palabra. Sin duda, era el momento de protegerme y mentir. Pero no podía mentirle. No a Hudson.

–Sí. –Mi confesión hizo eco en los azulejos–. ¿Por qué piensas que me alejé de ti tan rápido cuando estábamos en el agua? No está bien que quiera besarte. Esto es falso, ¿recuerdas?

–Ahora no. Esto no. –Se le oscureció la mirada, y a mí se me disparó el pulso.

–¿Qué quiere decir eso?

Sentí calor en las mejillas. Él nunca me había mirado así, como si me deseara… No, como si le urgiera tenerme. De hecho, no sabía si algún hombre me había mirado alguna vez con semejante necesidad.

–Quiere decir que quiero cinco minutos. –Hudson sacó su teléfono del bolsillo y tocó la pantalla.

–¿Para fingir qué? –Crucé los brazos y luché por controlar mi corazón palpitante–. ¿Que no te odio? ¿Que este arreglo es real? ¿Qué papel tengo que interpretar? –Cualquier máscara era mejor que no tener ninguna.

–Cinco minutos en los que no fingimos. En los que solo seamos nosotros mismos. –Hudson me mostró el cronómetro y presionó el botón. Cuando comenzó la cuenta regresiva, los números empezaron a correr, y él guardó el teléfono–. ¿Puedes hacerlo?

–Cinco minutos. –Me tironeé el vestido hacia abajo para asegurarme de que no estaba tan desnuda como me sentía de repente–. Está bien. Sin fingir.

–Si no quieres, márchate ahora.

Hudson se alejó de la puerta y avanzó lentamente para darme tiempo de sobra para irme, para protestar. No hice ninguna de las dos cosas. Retrocedí y me choqué contra el lavabo cuando él se acercó a mí.

–No te fuiste. –Puso las manos a ambos lados de mi cuerpo, encerrándome entre sus brazos, y se acercó más.

–No me fui. –Le miré la boca. Me costaba respirar. Debería haberme ido, pero me era imposible cruzar esa puerta–. ¿Qué quieres, Hudson?

–Quiero ese primer beso. –Me apoyó la mano en la mejilla y me acarició el labio inferior con el pulgar–. ¿Tú quieres?

–Es una mala idea. –Dios.

–¿Quieres? –repitió.

Besarlo, besarlo de verdad, habría sido totalmente imprudente, y esa era una palabra que *jamás* me definía. Pero quería besarlo más de lo que quería entregarme a la seguridad de mi soledad. Lo miré a los ojos, descrucé los brazos y le apoyé las manos en el pecho.

–Sí.

–Allie –él susurró mi nombre al tiempo que bajaba la cabeza.

Luego, deslizó la mano hacia mi nuca y me besó. *Sí.* Eso era lo que quería, sentir su boca moviéndose sobre la mía, *con* la mía, esa presión que, de tan dulce, dolía. Me acarició el centro del labio con la lengua y yo me abrí para él. Hudson soltó un gruñido, y descendimos a la locura total. Él se apoderó de mí con movimientos diestros de la lengua, reclamando cada punto sensible de mi boca y demoliendo el mundo que yo había construido con tanto cuidado.

Mis manos se movieron deprisa sobre su camiseta y le rodearon el cuello para acercarlo más a mí. Una corriente eléctrica me atravesó la piel, y lo besé con las ganas acumuladas durante una década mientras un estallido de calor nacía entre nosotros, salvaje y peligrosamente volátil. Él llevó las manos debajo de mi trasero y me hizo sentar en el borde del lavabo sin despegar los labios de los míos, me robó el raciocinio y la lógica y los reemplazó con una urgencia y una necesidad que yo no sabía si podría saciar. Mierda, qué bien besaba. Me separó los muslos y se acomodó entre ellos, y

nuestras bocas se unieron una y otra vez mientras él hundía los dedos en el cabello de mi nuca y me inclinaba la cabeza hacia arriba para besarme con más profundidad. Solo hicieron falta un par de segundos para que el beso se nos fuera de las manos, y dejamos que sucediera. Entre manos curiosas y gemidos ahogados, seguimos besándonos, demasiado desesperados por más como para detenernos a hacer algo tan trivial como respirar.

Le mordí el labio inferior. Él me succionó la lengua, y gemí. Le quité la gorra y pasé los dedos por su cabello, y sujeté su cabeza contra la mía. Él recorrió la piel debajo de mi vestido con la mano, me acarició el muslo y luego me aferró la cadera y me pegó más a él. Dios. Sentí su erección y su calor muy cerca de mí.

–Hudson –gemí y, en respuesta, él me besó con más ímpetu, con más intensidad, por más tiempo, hasta que me aprendí su boca como si fuera la mía y el sabor a sal y a él se me grabó en la memoria.

Sí. Sí rotundo. Así debía sentirse un beso. ¿Cómo había vivido veintisiete años sin experimentar esa avalancha de emociones? ¿Esa hambre voraz? Lo deseaba. Lo *necesitaba.* Hudson era calor y refugio, y yo tenía frío hacía demasiado tiempo. Me podría haber pedido cualquier cosa, y yo se la hubiera dado con tal de que no dejara de besarme. Quería darle lo que me pidiera, quería sentir cada centímetro de su piel contra la mía, quería que corriera la tela de mi traje de baño a un costado y me tocara. Quería todo.

Él separó su boca de la mía para trazar un camino de besos por mi garganta, volviendo a los lugares que me hacían jadear, succionando los puntos que me hacían gemir. Le hundí las uñas en la nuca cuando me recorrió la clavícula con los labios y meneé las caderas, y ambos gemimos al sentir la fricción. Lo que había entre nosotros no era química. Era combustión. Y yo quería entregarme a ella.

–Eres mía –susurró él antes de volver a apoderarse de mi boca.

Le rodeé la cintura con una pierna, y él me sujetó más fuerte de la cadera mientras yo lo besaba una y otra vez, como si pudiera condensar once años de fantasías en ese momento. Once años. Podríamos haber tenido eso, habernos tenido el uno al otro, durante

todo ese tiempo. Pero él se había marchado. Sin decir ni una palabra. Como si nuestros años de amistad no valieran nada.

Un dolor repentino me invadió el pecho y solté un grito, y Hudson dejó de besarme. Jadeando agitado, igual que yo, me buscó la mirada.

–¿Allie?

–Me rompiste el corazón –le dije. Me costaba ver por las lágrimas que anegaban mis ojos–. Ya sé que solo éramos amigos, pero me rompiste el corazón.

Hudson respiró profundamente, apoyó la frente contra la mía y me acarició la nuca con delicadeza.

–Lo sé.

–¿Cómo pudiste hacerme eso? –Tendría que haberme alejado de él, pero, en cambio, lo atraje hacia mí, como si aferrarme a él ahora pudiera obligarlo a haberse quedado en aquel entonces.

–Lo siento muchísimo. –Hudson me besó la frente–. Muchísimo. –De pronto, comenzó a sonar la alarma en su bolsillo–. Mierda. –Tomó el teléfono y la silenció.

Cinco minutos. ¿Tan poco tiempo había pasado? ¿Cómo había hecho para desarmarme por completo en tan solo cinco minutos? ¿Qué habría pasado en cinco minutos más? ¿Por qué era tan débil cuando estaba con él?

–Allie.

Trató de mirarme a los ojos, pero no se lo permití. Le apoyé las manos en el pecho y lo empujé.

–Se acabó el tiempo.

Su suspiro de frustración llenó el lugar, pero dio un paso al costado y me ofreció la mano para ayudarme a bajar del lavabo. Lo ignoré, bajé yo sola y salí del cubículo. Me temblaban las piernas. *Esto no puede volver a pasar.* Por dentro, repetí las palabras una y otra vez en el camino de regreso a casa, que fue probablemente el viaje más tenso y silencioso de mi vida. ¿Por qué lo había hecho? Hudson estacionó frente a mi casa y yo tomé mi bolso playero y llevé la mano a la manija.

–¿Vamos a estar bien? –me preguntó cuando abrí la puerta.

–¿«Vamos»? No existe un «nosotros», ¿recuerdas? –Bajé de la camioneta–. Pero si lo que me estás preguntando es si voy a castigar a Juniper por mis decisiones estúpidas, claro que no.

Cerré la puerta con el codo y comencé a subir los escalones del porche. *Solo tienes que aguantar hasta estar adentro.* La puerta mosquitera crujió al abrirla y, para mi sorpresa, Sadie no dejó de masticar lo que fuera que estuviera destrozando para venir a recibirme. Dejé el bolso playero junto a la puerta y me derrumbé. Todo rastro de compostura me abandonó, y quedé tan expuesta como un cable pelado.

Hudson solo había tardado cinco minutos en derribar las paredes que yo había construido a lo largo de los años, la ilusión de que las únicas emociones que él podía generarme eran enojo y apatía. Abrí los ojos cuando escuché las patas de Sadie sobre el piso de madera y miré hacia la sala de estar. Kenna estaba parada en la entrada, con una blusa color chocolate un tono más claro que sus brazos, que estaban cruzados sobre su pecho, y mirándome con cara de pocos amigos, con una ceja arqueada, mientras Sadie movía la cola a su lado.

–Te dije que iba a mandar un equipo de búsqueda.

Estaba ahí. Mi mejor amiga había ignorado las llamadas rechazadas, los mensajes sin responder, y había viajado desde Nueva York, donde estaba a cargo de cuidar la salud ortopédica de una compañía de ballet entera. Estaba ahí, impecable y serena, y yo estaba hecha un desastre. Me desmoroné y me cubrí la cara con las manos. Kenna suspiró.

–Bueno. Mierda.

CAPÍTULO DIECISÉIS
Allie

MargotNY505: Estoy empezando a pensar que quizá Alessandra Rousseau esté muerta o algo así. Saben si ya le están buscando reemplazo?

–Es… muchísimo –concluyó Kenna una hora después. Estábamos paradas de espaldas al acantilado, arrojándole pelotas de tenis a Sadie en el patio.

–Soy una mala persona, ¿no? –Tironeé las mangas de mi sudadera para cubrirme las manos.

–¿De verdad piensas que voy a responder esa pregunta ridícula? –me preguntó, mirándome con desaprobación. Sadie volvió corriendo hacia nosotras.

–Me siento pésimo. –Le quité la pelota (todavía no estaba demasiado babeada) a Sadie y volví a arrojársela, cuidando que no cayera en la piscina. Al parecer, a los *golden retriever* les encantaba el agua, y se tardaba una eternidad en secarlos.

–¿Por besar a un hombre que no te puedes quitar de la cabeza hace años? ¿Por engañar a la mamá de esa niña para manipularla? ¿O por huir de tus amigos mientras te estás recuperando de una lesión grave, negarte a atender el maldito teléfono y obligarme a alquilar un auto y conducir, lo cual no hacía desde que me mudé a Manhattan, desde el aeropuerto más pequeño del mundo porque no hay Uber en este pueblito playero salido de un libro de Nicholas Sparks? –Kenna se echó las largas trenzas negras hacia atrás cuando se levantó viento.

Un sabor amargo me invadió la boca al escucharla. *A nadie le gusta que le recuerden todo lo que hizo mal.*

–Sí –dije al final–. Por todo. –Sadie encontró la pelota de color amarillo chillón y regresó saltando en medio del césped, rodeando la

piscina–. ¿Qué hago? ¿Con todo?

–¿Y yo cómo voy a saber? –me respondió mi amiga. Luego, se inclinó y le quitó la pelota a Sadie.

–Eres la mujer más inteligente que conozco. O sea, te graduaste de la universidad a los veinte y de la facultad de medicina a los veintitrés. –Yo no había ido a la universidad. La compañía ocupaba toda mi vida desde los diecisiete años, el mismo año en que obtuve mi diploma de la secundaria a distancia.

–Y soy médica deportóloga, no psiquiatra. –Kenna arrojó la pelota, que aterrizó cerca de los arbustos–. ¿Y qué se te pasó por la cabeza para adoptar una perra? Sabes que Vasily no te va a dejar llevarla al estudio. Ese hombre odia todo lo que dé alegría. Y tú pasas casi doce horas por día ahí dentro. Estás haciendo cualquier cosa, Allie.

–Ya lo sé. –Miré a Sadie ir corriendo tras la pelota y deseé que fuera así de fácil ser feliz–. ¿Cómo está Matthias?

–Sigue siendo el novio perfecto –respondió, y se le dibujó una sonrisa–. Todavía pasa demasiado tiempo en el hospital, pero es lo esperable cuando haces la residencia en cirugía. Y no cambies de tema. No soy yo la que tiene la vida hecha un desastre. ¿Qué sabes de tu madre?

Sadie volvió corriendo y saltó por encima de una de las sillas del patio.

–Sigue cruel, como siempre. Rachel dijo que tu mamá fue a verla hace un par de semanas. –Eloise era la única persona, además de nosotras, que tenía permitido entrar al campus. Ellas habían bailado juntas durante más de diez años–. ¿Está bien?

–Dice que sí –suspiró Kenna–. Se mata haciendo todas las cosas de la junta directiva para la compañía. Creo que, por un lado, está compensando que tu mamá no está y, por el otro, se quiere mantener ocupada para evitar la realidad de que su mejor amiga no va a volver a Nueva York.

–Y después dices que no eres psiquiatra. –Sadie dejó caer la pelota a mis pies, jadeando y con la lengua colgando al costado de su hocico–. Perdón por no llamarte. Lo siento mucho.

–Ya lo sé. No es excusa, pero yo también desaparecí un par de veces.

–Cuando estabas haciendo la residencia. No es lo mismo. –Algunas amigas se daban cuenta si estabas teniendo un mal día. Kenna y yo sabíamos si la otra estaba teniendo un mal año–. Una vez más y listo –le dije a Sadie, y lancé la pelota con todas mis fuerzas–. ¿Me vas a preguntar por el tobillo?

–No, a menos que tú quieras hablar de eso. –Kenna me miró–. No vine como médica, vine como amiga. Los papeles dicen que pedí tres días de licencia. Nadie sabe que estoy aquí, solo Matthias.

Me rodeé la cintura con los brazos y miré a Sadie, y luego observé el océano que se extendía, vasto, más allá del acantilado. Al océano no le importaba si yo bailaba o si dejaba el ballet, si besaba a Hudson o si me alejaba de él. Las olas seguirían viniendo independientemente de mi relación con Juniper, y seguirían viniendo mucho después de que todos nosotros nos transformáramos en meros recuerdos. En cierto modo, encontraba alivio en la sensación de ser insignificante, y eso me ayudó a decir la verdad, por fin.

–Me la paso diciendo que voy a estar bien, pero no sé si me voy a recuperar de esto –susurré la confesión, dejándola escapar de mis labios por primera vez. Le di voz… y poder–. Lo único que sé es que no me puedo recuperar allá, con todas las solistas observándome y deseando, consciente o inconscientemente, que no me recupere.

–Te entiendo. –Kenna miró a su alrededor–. Pero no sé si esconderte aquí te ayude. No me importa qué aparatos tengas ahí adentro, no pueden reemplazarme a mí.

–Eso lo tengo claro. –Le quité la pelota a Sadie y le acaricié la cabeza.

–¿Quieres que te ayude? –me ofreció.

Una chispa de esperanza se encendió en mi pecho, pero se apagó rápidamente.

–No puedo hacer la rehabilitación en Nueva York, y Vasily jamás te dejaría venir aquí a trabajar solo conmigo. Eres demasiado importante para la compañía.

–No me respondiste. Y te sorprenderían las cosas que Vasily está dispuesto a hacer por ti. Tu ballet, *Equinox*, aún está en la lista de preseleccionados para el otoño, y ni siquiera volviste a trabajar

todavía. –Kenna se inclinó para acariciar a Sadie y sus pantalones entallados quedaron cubiertos de pelo de perro.

–Me vendría bien que te fijaras cómo vengo ahora que estás aquí. –Listo, había pedido ayuda.

–Bueno, entonces eso haremos. –Kenna se levantó, se paró de puntillas y espió la playa.

–¿Qué buscas? –pregunté, y me le uní.

–Quería ver si había algún hombre blanco de unos cincuenta años vagando por la playa, en busca de redención y una botella con viejas cartas de amor. –Solté un resoplido–. No pongas esa cara, Alessandra. Pasé por el pueblo para llegar hasta aquí. Tú y yo sabemos que no bien llegue Día de Gracias, habrá una multitud de pueblerinos esperando conquistar el corazón de una chica de Manhattan y enseñarle el verdadero significado de la Navidad. –Hizo una mueca de repugnancia.

Dimos la vuelta para entrar a la casa y nos encontramos con Anne, que estaba saliendo por la puerta trasera con otra muestra de un centro de mesa. Mi hermana puso cara de sorprendida y después sonrió.

–¡Kenna! ¡No sabía que ibas a venir!

Ella esbozó una sonrisa que no le habría deseado ni a mi peor enemigo.

–¿Cómo está la hermana permisiva?



–Voy a cambiar el peso y nos fijamos cómo te sientes –me dijo Kenna dos días después, mientras yo estaba acostada en la cama de Pilates del gimnasio. Hasta ese momento, siempre le había puesto menos de mi propio peso.

–Me parece una tortura terrible. Hagámoslo. –Apreté los puños y apoyé los pies contra la barra.

–Prefiero que te cueste hacer las cosas aquí y no que te caigas en el escenario. –Kenna asomó la cabeza desde atrás de la máquina–. Y, por lo que vi, ya estás lista. –Caminó hacia la punta de la cama y se inclinó un poco, atenta a mis pies–. Flexiona las rodillas y haz un *plié.* –Obedecí y las hombreras de la máquina se deslizaron conmigo–. Ahora, vuelve en media punta –me indicó Kenna.

Apoyé el peso de mi cuerpo sobre el metatarso y me concentré en la posición del pie y en estabilizar los tobillos. Todo mi cuerpo, de la cintura para abajo, se quejó, pero no le presté atención. Era mi segundo entrenamiento del día y, después de las sesiones intensas del día anterior, mi cuerpo me estaba recordando a gritos que me faltaba estado físico.

–Sube a *relevé* –me ordenó Kenna.

Mi tobillo derecho amenazó con empezar a temblar, pero me extendí y estiré las piernas; la barra oponía resistencia para imitar el peso de mi propio cuerpo. Tenía la frente empapada en sudor.

–Te odio –chillé.

–Puras quejas. Apoya la cintura.

De a poco, apoyé los talones sobre la barra.

–Siento que no va a aguantar.

Escuché pasos en la entrada del estudio y, por la cadencia, supe que era Anne.

–En algún momento, tienes que empezar a confiar en tu cuerpo. –Kenna se quedó de pie y cruzó los brazos–. Hazlo otra vez.

–¿Estás segura de que es buena idea que esté en *relevé?* –Anne se acercó a Kenna con el ceño fruncido.

–Estoy segura de que yo soy la única médica aquí –replicó Kenna.

–No se peleen. –Me abstraje del dolor e hice otra repetición.

–No es pelear si yo gano automáticamente. Otra vez. –Kenna me analizó el tobillo cuando repetí el movimiento–. Se te ve estable.

–Le duele –protestó Anne.

–¿Y? Dime una sola vez que no te haya dolido el cuerpo al bailar. –Kenna se paró del lado derecho de la cama y se inclinó cuando hice otra repetición–. La revisé ayer a la mañana, y otra vez a la noche, después de entrenar. Le falta mejorar mucho, pero ya está lista para estar en puntas. Pasaron casi cinco meses desde la operación y ya recuperó bastante la fuerza en las pantorrillas. Solo le falta tener más confianza.

–No hables de mí como si no estuviera aquí. –Me concentré en respirar mientras hacía la siguiente repetición, y oí vibrar mi teléfono, que estaba apoyado en el suelo, sobre una colchoneta.

–Tú sigue. Yo miro tu teléfono. –Kenna lo levantó y yo subí a *relevé*–. Vaya, es el cuarto mensaje que te manda un tal Hudson Ellis desde que llegué.

–¿Qué dice? –Anne se acercó a investigar.

–Me encanta ser espectadora de mi propia vida –murmuré, bajando de a poco.

–Entonces, deja de mirar y haz algo. –Kenna me pasó el teléfono.

HUDSON

¿Podemos hablar?
Por favor.
¿Ya te dije que lo lamento?

Esos mensajes eran de las últimas treinta y seis horas.

Por las dudas, te aclaro que las cosas que lamento no incluyen haberte besado.

Uf. Hubiera sido más fácil ignorarlo si no fuera porque, cada vez que cerraba los ojos, revivía ese beso. Suspiré y me senté a horcajadas sobre la máquina.

–Vamos a almorzar.

Comimos en la isla de la cocina. No le respondí a Hudson porque no sabía qué decir.

–Está delicioso, Anne. –Kenna, sentada a mi derecha, engulló otro trozo de salmón–. Gracias por cocinar.

–No es nada. Me gusta sentirme útil –respondió Anne, a mi izquierda, mientras masacraba la entrada–. ¿Y sabes qué? Yo no soy permisiva.

Gruñí y me incliné para acomodarme los calentadores porque tenía el presentimiento de que Kenna me iba a enviar a la barra después de almorzar.

–Te quedaste pensando, ¿no? –respondió Kenna.

–Se estaba muriendo en Nueva York –replicó Anne, y se inclinó sobre la isla para mirarla.

–¿Ella? ¿O tú? –preguntó Kenna.

Mi tenedor repiqueteó sobre el plato.

–Lo único que hacía era entrenar, ponerse hielo en el tobillo y dormir. Eva no la pudo convencer de socializar, o, al menos, de ir al estudio a interactuar un poco con otras personas. Así que sí, la traje a nuestra casa de playa, que tiene un gimnasio equipado con las mismas máquinas que la compañía, un estudio de ballet, y otra energía. Si piensas que eso es ser permisiva, está bien. –Anne levantó las manos–. Soy permisiva.

–Anne –la regañé.

–Y pensar que tú siempre fuiste la más estable de todas –murmuró Kenna.

–Pero tú y yo sabemos que haría cualquier cosa por Allie –continuó Anne–. Incluso irme de Manhattan y ocuparme de las cosas de la gala desde aquí. Y sí, quiero que se recupere. Quiero que vuelva al escenario si eso es lo que ella quiere, pero para mí es mucho más importante que sea feliz, no que sea bailarina principal. –Volvió a acomodarse en su asiento.

–¿Hace falta que hablen de esto delante de mí? –pregunté.

–Son todos puntos válidos –admitió Kenna–. Pero igual eres permisiva. Eres muy buena hermana, Anne. Pero no eres profesora de ballet.

–Eso no te lo voy a negar. –Anne suspiró y cortó el pescado con más cuidado–. Pero Allie ya superó a Madeline –bromeó.

Pero el estudio de Madeline no podía ser el único de la zona, mucho menos con sus horarios, que eran solo por la tarde.

–¿Quién más da clases por aquí? No pregunto por mí, solo me da curiosidad saber a qué estudios invitan al Clásico. –Faltaban solo dos meses para la competencia.

–Hay varios –respondió Anne, asintiendo–. El de Gerard, el de Winnie Waters, el de Quinn Hawkins…

–¿Quinn Hawkins abrió un estudio? –Levanté las cejas.

–Sí, hace como un año. Queda cerca de Cedarville. ¿Por? ¿Cuándo la viste por última vez?

–No la veo desde el último año que Eva estuvo en el Clásico. –Si mal no recordaba, eso había sido cuando mi hermana tenía dieciocho años–. O sea que hace siete años. Creo que ella había salido segunda.

–Me dijeron que se rompió el ligamento cruzado anterior –respondió Anne tras asentir–. No sé bien si fue eso, pero terminó con su carrera.

–Qué triste –murmuré.

–Esas cosas siempre son tristes –coincidió Kenna–. Pero a ti no te va a pasar eso.

Terminamos de almorzar y, efectivamente, Kenna me mandó a la barra. Descalza, ocupé el lugar que siempre había sido el mío, delante del tercer espejo, y me preparé para sufrir. Kenna trabajaba conmigo con la motivación de una profesora de ballet, puesto que su madre lo había sido, y el ojo atento de una médica, mientras Anne nos miraba con nerviosismo y tomaba nota de los ejercicios que Kenna quería que hiciera durante las siguientes semanas.

–No puedo. –Negué con la cabeza al oír su última orden. Me chorreaba sudor por la nuca y todos los músculos de mi cuerpo pedían ayuda a gritos.

–Sí que puedes –me corrigió Kenna–. Pero no quieres, y creo que ese es el problema en gran parte. –Tamborileó los dedos sobre la barra.

–Eso no es verdad –repliqué, un poco molesta.

–Demuéstramelo. –Kenna me señaló los pies, y me invadió el miedo–. Vamos. Ya hiciste esto. Ya sabes cómo es. –Se acercó un poco más y bajó la voz–. Y aquí a nadie le importa si no te sale perfecto. Sophie no está aquí. Si no quieres hacerlo, nadie te va a culpar. ¿Quieres retirarte ahora? ¿Escapar de la tiranía de la compañía? Mando un correo y digo que es una lesión irrecuperable. Yo te apoyo. Pero si hay alguna posibilidad de que todavía quieras tu puesto de bailarina principal, entonces muévete. Ya pasó el momento de descansar. Ahora es momento de esforzarte. ¿Qué quieres, Allie?

¿Por qué todos me preguntaban eso últimamente? Miré la foto de nosotras cuatro, la sonrisa radiante y contagiosa de Lina, y luego a Anne, que estaba escribiendo algo en el cuaderno. Si cualquiera de ellas hubiera estado en mi lugar, habría dado todo de sí por conservarlo. Mamá solo se daría por satisfecha si volvía como bailarina principal a la compañía.

Llevé los pies a la primera posición y bajé en *demi-plié* sin prestar atención al dolor encima de mi talón derecho. Costillas apretadas. Hombros relajados. Luego, subí a *relevé* y me elevé sobre los metatarsos. Me subió una oleada de dolor por la pantorrilla, leve pero insistente. La ignoré con mi método de siempre, hacer de cuenta que ese era el punto de partida, y tensé los muslos y el abdomen. Mis cuádriceps y mis glúteos me recordaron que había pasado mucho tiempo, pero mi tobillo no flaqueó, no se tambaleó ni tembló. Estaba furioso, pero cumplió con su tarea.

–Hazlo otra vez –me ordenó Kenna, sonriente.

Completé todas las repeticiones que me indicó y, para cuando terminamos, el tobillo me latía con una insistencia que no podía ignorar.

–Ponle hielo. Te sale mucho mejor de lo que dices –me dijo Kenna al final de la clase, cuando me puse a estirar–. Y recién pasaron veinte semanas de la operación. Vas a poder usar tacones en la gala. Así Charlotte y las otras lengualargas se callan un poco.

–¿En dos semanas? –preguntó Anne.

–¿La gala es en dos semanas? –Me senté con una pierna flexionada sobre la otra y me incliné hacia delante para estirar la

espalda.

–Sí. –Anne entrecerró los ojos–. Y llevo meses planeando todo, así que ni se te ocurra faltar. Vas a estar en ese museo aunque tenga que llevarte a la rastra.

–¿Ves? Ahora no estás siendo permisiva –observó Kenna con una sonrisa.

–No te pongas de su lado. –Negué con la cabeza y me incorporé–. Claro que voy a ir. Vasily me mandó un correo hoy a la mañana. Quiere hablar conmigo y con Isaac, o sea que es por algo de *Equinox.*

–Yo diría que vale la pena ir si van a crear un papel solo para ti. –Kenna se sentó sobre la pelota de Pilates verde.

–Ya confirmé por ti y por Hudson. –Anne se puso el cuaderno bajo el brazo.

¿Hudson? Sentí un aleteo en el estómago, y no eran mariposas. Más bien eran avispas.

–No voy a ir con Hudson. Estoy bastante segura de que nuestra relación de mentira solo existe dentro del pueblo.

¿Ir con Hudson a Nueva York? Incluso si él quisiera ir, lo cual me parecía improbable, eso habría sido dejarlo entrar en mi vida de verdad… donde podía volver a lastimarme de verdad si quería.

–Sí que vas a ir con él. –Anne asintió al pronunciar cada palabra–. Me dijiste que Caroline había armado un escándalo por este tema.

–Es cierto. –Kenna se puso a rebotar sobre la pelota.

–Van a ir fotógrafos y periodistas…

–Exactamente. –Anne me señaló con el bolígrafo–. Caroline va a ver las fotos y eso nos va a ayudar a que acepte su relación y, por lo tanto, a nuestra familia. Lo cual no está saliendo muy bien, por si no te diste cuenta, y no tenemos mucho tiempo. En agosto vuelves a Nueva York.

–Tú también. Y todos van a ver las fotos. Me estás pidiendo que haga pública una relación que no existe. –Descrucé las piernas–. ¿No me vas a ayudar? –Miré a Kenna con las cejas levantadas.

–Yo opino que toda la situación es una bomba de tiempo –respondió ella sin dejar de rebotar–. Pero si existe la posibilidad de ver al hombre que básicamente saboteó todas las relaciones que has

tenido, por más que él no lo sepa, tratando de encajar en tu mundo una noche, tengo que darle la razón a Anne. Va a ser divertido.

–Gracias. –Anne sonrió y enderezó los hombros, y luego ladeó la cabeza–. Espera, ¿dijiste que la situación…?

–Es una bomba de tiempo que les va a explotar en la cara. –Kenna asintió–. Entiendo que es la hija de Lina y seguro tienen sentimientos encontrados porque es la última parte viva que queda de ella, y deberían hablar de esto en terapia, pero escúchenme. –Detuvo el movimiento de la pelota–. Si fuera su hija, ¿qué opinarían de todos estos engaños? ¿Y qué harían cuando la verdad saliera a la luz?

Hice una mueca. No era la primera vez que pensaba en eso.

–Si fuera mi hija… –A mi hermana se le quebró la voz, y me angustió verla carraspear y esforzarse por recomponerse–. Quiero pensar que me pondría feliz saber que hay más personas en el mundo que la quieren, y que no me costaría tanto entender que estas actitudes medio cuestionables son necesarias. Solo queremos conocer a nuestra sobrina.

Kenna me miró.

–A mí me importa lo que quiere Juniper. –Tomé mi botella de agua y me levanté–. No me parece justo que tenga que esperar ocho años más para conocer sus antecedentes médicos o sus raíces. Y sí, tengo sentimientos encontrados con respecto a lo que le debo a Lina, y si eso incluye ayudar a bailar a su hija o no.

–No quisiera estar en su lugar –admitió Kenna al levantarse–. Creo que, por hoy, ya terminamos.

–Estuviste genial, Allie. Te voy a traer hielo para el tobillo.

–Gracias.

–Para eso están las hermanas mayores y permisivas. –Cuando Anne salió del estudio, Kenna se me acercó.

–Tendrías que empezar a saltar en la cama de Pilates para ganar resistencia.

–Gracias por venir –le dije tras asentir.

–No es nada. Tú habrías hecho lo mismo por mí. –Echó un vistazo hacia la puerta abierta–. Dos cosas. Ya tienes el alta médica para pararte en puntas. No voy a tratarte como una niña y decirte cómo

hacer las cosas. Tú conoces tu cuerpo. Haz lo que quieras con esta información.

Tomé un sorbo rápido de agua para ayudarme a pasar el nudo que se me había formado en la garganta.

–¿Y la segunda?

–No le debes nada a Lina –me dijo en voz baja–. Ni con respecto a Juniper, ni a tu madre, ni a tus hermanas, ni a tu carrera.

–Yo soy la que sobrevivió –susurré. Sí que estaba en deuda con Lina.

–Que vivas su vida por ella no la va a revivir. –Kenna me dedicó una sonrisa triste, sabia, y luego salió del estudio, y me quedé sola con el ruido de mis pensamientos.

Cerré los ojos y me concentré en mí, intentando acallar el caos para poder tomar las decisiones necesarias. Iba a empezar por las más fáciles. Primero, si ya tenía el alta para estar en puntas, iba a comenzar a practicar al día siguiente. Punto. Segundo, tomé el teléfono y le escribí un mensaje a Hudson.

La gala de mi compañía es en dos semanas y media. El veintiocho de junio en Nueva York. Código de vestimenta elegante. Seguramente sea buena idea que vayas conmigo.

Tercero, abrí el navegador en mi celular y realicé una búsqueda.

HUDSON

Dalo por hecho.

Abrí la página web y seleccioné la pestaña de horarios. No bien se abrió, la revisé deprisa y solté un suspiro de frustración.

–Maldición, Juniper.

CAPÍTULO DIECISIETE
Hudson

Primaravillosa34: El que te dijo que te quedaba bien esa ropa te mintió.
LuzBrishante: No coincido. La rompe con ese leotardo.
Primaravillosa34: Lo único que se va a romper es el leotardo.

–Parece que fueras al baile de graduación. –Eric se rio y apoyó el brazo en el respaldo del sofá de terciopelo verde en el medio de la tienda de trajes.

–No estaba tan alto en su graduación –murmuró el señor Franklin mientras evaluaba cómo me quedaba el traje, el tercero que me probaba esa mañana.

–Todavía no entiendo por qué no te pones el uniforme. A las mujeres les encanta ese *look* tipo *Reto al destino.* O, al menos, a Jess le encanta.

–Allie me dijo que fuera elegante, y voy a hacer lo que ella diga.

Sobre todo porque esa invitación había sido la única comunicación entre nosotros desde el fin de semana. Era la primera y única vez que una mujer no me respondía los mensajes después de besarla. *Qué golpe al ego*. El beso en sí no había sido el problema; eso había sido más que perfecto. Por un segundo, ella había estado ahí conmigo, llena de fuego. Ni máscaras ni paredes, solo Allie. Mierda, todavía sentía su sabor en la boca, todavía sentía el latido de su pulso bajo los labios, todavía escuchaba sus gemidos excitantes. Los dos nos habíamos encendido cuando nuestras bocas se encontraron y, por más que odiaba haber sido testigo del dolor que le había causado, también agradecía que ella hubiera frenado todo en ese momento. Cada vez me estaba costando más mantener el control, y la primera vez que me sumergiera dentro de ella no iba a ser en la ducha de un baño público, de ninguna manera. Y, después de ese

beso, sabía que iba a haber una primera vez. Y una centésima. Nunca había sentido tanta química con alguien. El nuestro era un desenlace anunciado.

Conociendo a Allie, por eso no me había llamado: el beso había sido real. Y mientras que a mí me había hecho entender que yo quería que lo nuestro fuera real, aunque solo fuera por un verano, a ella la había aterrado.

–Date vuelta. –El señor Franklin me hizo un gesto con el índice y yo obedecí y, al mirarme al espejo, hice una mueca.

–¿Le puedo quitar el moño al esmoquin? –Sentía que solo me hacían falta un conejo y un sombrero de copa para completar el acto.

El señor Franklin me miró y nuestros ojos se cruzaron en el espejo.

–También se puede usar con una corbata normal –respondió, y yo agradecí al cielo.

–¿Vas a quedarte todo el fin de semana en Nueva York? –me preguntó Eric, mientras pasaba el dedo por la pantalla de su teléfono.

–No tengo idea. –¿Íbamos a dormir en el mismo lugar? ¿En lugares distintos?

–Me encanta ver que no tengas el control de esto en lo más mínimo –dijo él, riendo.

–Qué bueno que te estés divirtiendo. –Giré otra vez cuando el señor Franklin me lo indicó–. Pedí unos días y me los aprobaron, así que, si ella quiere que nos quedemos todo el fin de semana ahí, así será. Estuve estudiando la página web de la compañía, así que estoy preparado para conocer a sus amigos. –La idea de ver de cerca su vida, su apartamento, su trabajo, me resultaba fascinante. Hasta el momento, solo habíamos pasado tiempo juntos cuando Juniper estaba involucrada. Allie ni siquiera había ido a mi casa. *Si es que va a seguir siendo tu casa–.* ¿Ya te llegaron?

–Se suponía que ya tenían que estar –respondió Eric, negando con la cabeza–. Te juro que lo hacen solo para jodernos.

El señor Franklin le lanzó una mirada reprobatoria, pero Eric ni se enteró, ocupado como estaba tocando el botón de actualizar una y

otra vez.

–No van a mandar los resultados un domingo. –Yo me moría por saber y, al mismo tiempo, me daba pavor.

–Era obvio que tú no ibas a estar nervioso. –Eric dejó el teléfono en el sofá–. Todos sabemos que te fue excelente. La única pregunta es qué tan arriba estará tu nombre en la lista.

Y qué estaciones iba a poner en la lista que debía entregar en ocho semanas. *Tienes que quedarte aquí.* Pero ¿en verdad era así? Si elegía Nueva York, ¿habría posibilidades de que Allie y yo estuviéramos juntos? *Después de todo lo que pasó entre ustedes, imposible.* Lo máximo a lo que podía aspirar era a un amor de verano, y yo ya sabía que eso no me iba a alcanzar.

–Tú también aprobaste –le dije a Eric–. Estoy seguro.

–Creo que este te sienta mejor –comentó el señor Franklin, caminando alrededor del pedestal donde estaba parado yo, como si fuera un caballo de exhibición–. ¿Tú qué piensas?

–Es clásico. Los chaperones lo van a aprobar. No te olvides del ramillete para tu chica. –Eric me miró con los pulgares levantados.

–¿Me recuerdas por qué pensé que ibas a ayudarme? –Miré el esmoquin y luego, al señor Franklin–. Este está perfecto. ¿Se le pueden hacer las modificaciones en los próximos diez días?

–Ningún problema. –Con un ademán, el señor Franklin me invitó a pasar al probador.

–Ahora que ya elegiste el traje ¿puedo ir a almorzar con mi novia? ¿O también necesitas que te ayude a elegir los zapatos? –me preguntó Eric.

–Mándale saludos a Jessica. –Me bajé del pedestal.

–Ni loco. Todavía está enojada porque rechazaste a Beth –respondió.

Sin más, se levantó del sillón y me saludó con la mano de camino a la puerta, y yo me dirigí al probador. Justo cuando me estaba poniendo la camiseta, me sonó el teléfono, y atendí no bien vi el nombre de Gavin en la pantalla.

–¿Qué pasó? –Oí un murmullo de agua del otro lado del teléfono.

–¿Qué estás haciendo? –me preguntó mi hermano.

–Me estoy terminando de probar un traje –respondí y me senté en la silla de plástico para ponerme los zapatos–. ¿Tú qué estás haciendo? *¿Rafting* en aguas bravas?

–No precisamente –respondió Gavin, y escuché el estrés en su voz–. Se rompió un caño en el bar y se inundó toda la cocina. Estoy esperando al plomero porque Scott no está.

–Qué mal. –Me calcé los zapatos deprisa–. Y me llamabas porque… –Tomé el esmoquin y lo saqué del probador.

–Porque la cagué.

–Bueno. –Levanté las cejas–. ¿De qué gravedad estamos hablando? ¿Es una situación tipo «metí a Melanie Dunn a escondidas en nuestro cuarto y necesito sacarla de aquí antes de que la vea mamá»? –Apoyé el traje sobre el mostrador y busqué mi billetera–. ¿O tengo que llevar una pala?

–Me pagas cuando lo pases a buscar –me dijo el señor Franklin–. Yo te llamo cuando esté listo.

–Gracias. –Salí de la tienda, más y más asustado a cada segundo que pasaba sin respuesta de mi hermano–. Gav, si es una situación de esas en las que hace falta llevar una pala, llamarme por teléfono no fue muy buena idea. Vamos a terminar en un pódcast de crímenes reales.

–No maté a nadie –murmuró él, y el sonido de su voz se mezcló con el del agua saliendo a chorros–. Pero ella me va a matar a mí si se entera.

–¿Quién?

Cuando llegué al asfalto, abrí la camioneta con el llavero remoto. La calle principal ya estaba atestada de turistas, y había fila en el restaurante de enfrente. Sin duda, la cafetería también estaría llena.

–Caroline.

Me quedé helado en la esquina. Era domingo. El miedo se transformó en una alarma que retumbaba en mi cabeza.

–¿Dónde está Juniper?

–Escucha, ya sé que te vas a enojar, pero me pidió ayuda y no quería decirle que no. Tú no eres el único que puede estar para ella. Y nunca me olvidé de pasarla a buscar. Ni una sola vez en cinco

meses, pero esta situación se me va de las manos. No voy a llegar a tiempo y no quiero que se quede ahí esperándome.

–¿Dónde está? –Rodeé la camioneta y abrí la puerta.

–Tienes que prometerme que no le dirás nada a Caroline. –Suspiró–. Tampoco es peor que lo que están haciendo tú y Allie.

–Gavin, ¿dónde mierda está nuestra sobrina? –Me subí a la camioneta, arranqué el motor y dejé caer el llavero en el portavasos.

–En Cedarville. Si sales ahora, quizá llegues antes de que termine. Ya te mando la dirección.

Me vibró el teléfono y abrí rápido el mensaje. Me quedé mirando el nombre del lugar dos segundos antes de escribirlo en el GPS. Después, me llevé el teléfono a la oreja otra vez.

–No hace falta que te preocupes por Caroline…

–Gracias.

–Porque voy a matarte yo mismo –le aclaré antes de colgar.

Diecinueve minutos y cuatro infracciones de tránsito después, estacioné en el único lugar libre frente al centro comercial y caminé hacia el estudio de ballet. *Qué pedazo de irresponsable.* ¿Cómo se atrevía a comparar lo que estábamos haciendo Allie y yo con lo que él venía ocultando hacía cinco meses? Me abrí paso entre una multitud de padres que estaban esperando, la mayoría sentados frente al vidrio que separaba la sala de espera y el estudio, y me escabullí entre los que estaban parados al fondo, charlando.

Eché un vistazo a los asientos de adelante y me quedé mirando a la mujer que estaba a la izquierda, pegada a la pared, cuando ladeó apenas la cabeza y reveló el rostro que ocultaba bajo una gorra de béisbol negra. *¿Allie?* ¿Qué carajo estaba pasando? Caminé hasta la pared y maniobré en el pasillo angosto, esquivando carteras y tazas de café, hasta que logré llegar delante de todo, donde estaba sentada Allie. Tenía la visera de la gorra baja y las mangas anchas de su sudadera oscura, con las que se tapaba la boca, prácticamente le cubrían las manos. Parecía *furiosa.*

–Por tu cara, deduzco que tú tampoco apruebas esto –comenté.

Ella volteó a verme y me quedé paralizado frente a su mirada, pero luego volvió a prestar atención a la clase.

–Agáchate o te va a ver.

–Un poco estoy esperando que me vea –admití, y crucé los brazos–. Así se da una idea del lío en el que está metida.

–Bueno, pero yo estoy viendo la clase y no quiero que me vea –replicó ella–. Así que agáchate.

Está bien. Obedecí y choqué su silla con los hombros cuando contorsioné mi cuerpo para hacerlo entrar en un espacio diminuto. La fragancia del perfume de Allie me noqueó como un *shot* de tequila caro, y respiré profundamente, más que dispuesto a embriagarme. Al menos, algo positivo tenía esa mañana.

–¿Cuándo te enteraste?

–Vi su bolso de ballet en el auto de Gavin el otro día en la playa y deduje el resto hace cinco días, pero quería estar segura antes de decírtelo –me dijo Allie. Apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia delante–. ¿Y tú?

–Gavin me llamó hará veinte minutos para decirme que no iba a poder pasar a buscarla. –Apreté la mandíbula–. Así que todavía lo estoy procesando. –Inspeccioné la clase, conformada por una veintena de niñas, y vi a Juniper en la hilera delantera–. ¿Está bailando con zapatillas de punta?

–Sí –masculló Allie, y echó un vistazo al reloj que estaba encima de mi cabeza–. Al menos, por siete minutos más, sí.

–No puedo creer que Gavin haya hecho esto a mis espaldas.

–Yo no puedo creer que ella haya hecho esto –repuso Allie. Soltó un resoplido cargado de sarcasmo–. Pero ¿qué estoy diciendo? Por supuesto que puedo creerlo. Mira lo que nos hizo hacer a nosotros.

–Es verdad. –Miré mi reloj. Quedaban seis minutos, y necesitaba aprovecharlos al máximo–. Hoy pasé a comprar el esmoquin.

–Ah. –Allie me miró un momento antes de volver a enfocarse en la clase–. Gracias.

–¿Querías quedarte en Nueva York todo el fin de semana?

–No hace falta que tú te quedes. Tengo un par de cosas que hacer el viernes a la tarde, así que con que estés ahí el sábado a la noche, estamos bien. –Allie tironeó la manga para volver a cubrirse la mano cuando sintió que había quedado al descubierto.

–Me pedí unos días en el trabajo para poder acompañarte –le dije con torpeza.

–Bueno, sería lindo.

Dejé pasar unos segundos, pero necesitaba preguntarle, necesitaba saber.

–¿Tu madre va a estar en la gala?

–No. –Allie negó con la cabeza sin quitarle los ojos de encima a Juniper–. Dudo que vuelva a ir a Nueva York. Ella ya eligió dónde quiere estar.

Cierto que su madre estaba dando clases en algún lado. Bueno, un problema menos. La profesora soltó un grito, pero el sonido quedó amortiguado por el vidrio que nos separaba de la clase. Allie entrecerró los ojos cuando la niña junto a Juniper se echó a llorar.

–Que se atreva a levantarle la voz a Juniper –murmuré.

–Megan, creo que Olivia está llorando –dijo una de las mamás a mi derecha.

–¿Otra vez? Necesita aprender a lidiar con las críticas constructivas.

Allie apretó los puños.

–¿Quieres que reserve un hotel en Nueva York? –le pregunté, y se me alborotó el estómago.

–No. –Ella negó con la cabeza–. Los hoteles allá son carísimos. Quédate en mi apartamento y listo.

–Genial –respondí, tratando de contener una sonrisa victoriosa.

La profesora levantó la voz otra vez cuando las niñas repitieron una coreografía, y luego arrojó una botella de agua a los espejos. *¿Qué mierda se piensa que hace?*

–Parece que Quinn otra vez está de mal humor –comentó una de las mamás, como si no tuviera importancia.

Hice ademán de levantarme, pero Allie me puso el brazo sobre las rodillas.

–No. Solo vas a empeorar las cosas.

–¿Quieres que me quede mirando mientras una adulta revolea cosas a un metro de nuestra sobrina? –gruñí.

–Sí. –Allie dejó el brazo firme, como si ella fuera el cinturón de seguridad y yo, el niño en la butaca del auto–. Y que confíes en que yo me voy a encargar. Este es *mi* océano.

Levanté las cejas. Nunca había visto a Allie levantarle la voz a nadie, excepto a mí.

–Bueno, pero si la próxima vez que tire algo le pega a Juniper…

–No le va a pegar. No quiere lastimarlas físicamente, solo emocionalmente –me explicó Allie, y corrió el brazo.

¿Qué clase de mierda sádica era esa? Quedaban cuatro minutos. No era un buen momento, pero teníamos un mínimo de privacidad en esa esquina, y yo necesitaba decírselo.

–Escucha, lo que pasó en la playa…

–No digas nada –me ordenó, tensa.

–Allie…

–Lo digo en serio, Hudson. No digas nada. –Levantó el mentón–. En lo que a mí concierne, esos cinco minutos nunca existieron.

Maldición. Sentí que se me comprimían las costillas y me costaba respirar.

–Pero sí existieron. Tú también lo sentiste. Fue real. Al menos, sé valiente y admítelo. Ya no somos niños.

Pasaron varios segundos preciosos hasta que Allie respondió. Tres minutos.

–Está bien. Fue real y fue una estupidez. –Giró la cabeza y me miró a los ojos–. Si queremos seguir con esto, no puede volver a pasar.

La sensación de victoria se desvaneció tan rápido como había llegado.

–¿Eso es una regla? –Porque íbamos a romperla a la mierda. Con gusto habría usado todas las armas de mi arsenal, incluida nuestra química, para compartir otro momento real con ella.

Allie frunció el ceño y volvió a mirar hacia delante.

–Si tenemos que ser afectuosos en público, no hay problema. Tratemos de que sea breve e impersonal.

–Allie, nada entre nosotros es breve o impersonal, mucho menos cuando nos tocamos.

–Ese es el problema.

Ella se cruzó de brazos, y casi pude verla apilando un ladrillo tras otro en las mismísimas paredes que yo quería destruir. Dos minutos.

–Estás luchando por tu vida, ¿no? –le pregunté, y ella se quedó helada–. Ese beso te aterró. –Esperé hasta estar seguro de que no iba a responder–. ¿Por qué? ¿Porque te gustó? ¿Porque los dos perdimos el control? ¿O porque durante cinco maravillosos minutos pude ver bajo la máscara que tanto te gusta usar?

Ella hundió las manos en las mangas de la sudadera y se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

–Te explico –continué–. A mí no me da miedo admitir que te deseo. –Esa era la confesión más fácil de todas las que le debía a Allie. Ella separó los labios–. Todavía no logré ganarme tu perdón, y este acuerdo que tenemos es solo por el verano. Eso lo dejaste claro. Pero tú también me deseas. Yo lo sé. Tú lo sabes. –Al notar que se agitaba, tragué saliva–. Y cuando estés lista para admitirlo, no va a alcanzar con cinco minutos. Voy a dedicar horas, días, noches a compartir momentos *muy* personales contigo.

–¿Horas? –Allie levantó una ceja, pero ni su compostura inquebrantable pudo evitar que el rubor trepara a sus mejillas–. Casi había olvidado lo arrogante que eres a veces –comentó, negando con la cabeza.

–No es arrogancia si es verdad. –Le sostuve la mirada–. Cuando quieras, te lo demuestro.

Las mejillas se le tiñeron de rosado y desvió la mirada.

–Mira, ya terminó la clase.

Y el momento también. Allie se puso de pie y recogió su cartera y una botella térmica de debajo de la silla mientras del otro lado del vidrio, las niñas se quitaban las zapatillas, tomaban sus bolsos y comenzaban a salir por la puerta a la derecha.

Me incorporé, me crucé de brazos y esperé a que Juniper nos viera. Solo hicieron falta tres segundos. Se detuvo del otro lado del vidrio y abrió mucho los ojos, sin saber bien a cuál de los dos mirar. Luego, se aferró a la correa de tela gruesa de su bolso y retrocedió un paso.

–Sí, yo también saldría corriendo si fuera tú –murmuró Allie.

Con un ademán, le indiqué a Juniper que se acercara. Primero, se movió lentamente, pero luego levantó el mentón y aceleró el paso, y cruzó la puerta como si fuera un domingo común y corriente. De no

haber estado tan enojado con ella, habría sonreído ante semejante muestra de desfachatez.

–Afuera. Ya mismo –le ordenó Allie.

Juniper frunció los labios y obedeció. Seguimos a la multitud que salía del edificio y nos dirigimos hacia el estacionamiento.

–Si me vas a gritar, hazlo ahora.

–Te aseguro que lo último que quieres es verme enojada –le advirtió Allie.

Juniper clavó la mirada en el asfalto. Sin decir nada, miré a Allie, dándole la opción de tomar la siguiente decisión, y más que listo para tomarla yo si ella así lo deseaba.

–Llévala a mi casa. Ahora.

Allie se dio vuelta, con la cola de cabello meciéndose de lado a lado, y cruzó el estacionamiento hasta llegar al Mercedes de Anne.

Juniper suspiró y me miró a los ojos.

–¿Me vas a gritar?

–Creo que voy a dejar que la profesional se encargue de eso. –La camioneta emitió un pitido cuando la abrí–. Sube. Como te quiero, voy a conducir despacio. En tu lugar, me pasaría todo el viaje rogando que se calme antes de que lleguemos.

CAPÍTULO DIECIOCHO
Allie

HermanasRousseau4: las bailarinas deberían poder decidir sobre su propio cuerpo, sobre todo sus pies.

Cuando entré a casa, la furia que había amenazado con incendiar el estudio de Quinn hervía a fuego lento: todavía estaba tan caliente como para quemar a alguien, pero estaba controlada. Subí las escaleras, me puse unas mallas y un top deportivo y completé mi atuendo con un jersey liviano antes de ir abajo y esperar. Aproveché el tiempo para mandarle un correo al contacto que tenía en la Asociación Nacional de Escuelas de Danza.

–Cómo se atreve a arrojar una botella de agua cerca de mi sobrina… –murmuré.

Al poco tiempo, Hudson estacionó la camioneta en la entrada y acompañó a Juniper a la puerta. Cuando les abrí, vi que ella se había puesto un abrigo, pero parecía que no se había quitado las mallas ni el leotardo.

–Sé que estás enojada… –empezó a decirme.

–Ve al estudio. –Señalé las puertas a la derecha en el preciso momento en que Anne entró con Sadie.

–¡Volviste! –Cuando se acercó más, cambió de tono–. ¿Qué pasa? –Llegó al vestíbulo y echó un vistazo al estudio y, al ver a Juniper, levantó las cejas–. ¿Qué está haciendo aquí?

–Estaba tomando clases con Quinn Hawkins –respondí, y me agaché para acariciar a Sadie.

–¿Tomando clases? –Anne puso cara de sorprendida y le lanzó una mirada acusadora a Hudson.

–A mí no me mires. Yo me enteré hoy a la mañana. –Hudson enganchó los pulgares en los bolsillos de su pantalón, y yo me

apresuré a desviar la mirada antes de distraerme un poquito nada más mirándolo. No era el momento ni el lugar.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Anne mientras le quitaba la correa a Sadie.

–Yo me encargo –le prometí.

Los ojos de Anne se iluminaron un segundo y abrió la boca, pero luego pareció pensar dos veces lo que iba a decir.

–Está bien. Voy a la cocina.

Un suspiro pequeño, como una brisa ligera, escapó de mis labios. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba que Anne confiara en mis decisiones, en mi intervención, hasta que lo hizo.

–Ven si quieres –le dije a Hudson. Al entrar al estudio, me encontré con Juniper parada en el medio de la habitación, toqueteando nerviosamente su abrigo–. Me mentiste.

La niña se sobresaltó y, de inmediato, miró a Hudson con expresión suplicante. Él pasó junto a mí y se apoyó en la pared frente al tercer espejo. Luego, se cruzó de brazos y se quedó callado.

–Mentiste –repetí.

–Yo nunca dije que no estaba tomando clases, solo dije que mamá no me dejaba –explicó, gesticulando con las manos.

–Ocultar también es mentir –repuse. Yo lo sabía muy bien.

–Pensé que si tomaba clases y competía en el Clásico, uno de los motivos por los que mamá no me deja bailar iba a dejar de ser un problema.

–Porque las chicas que clasifican por lo general consiguen becas –adiviné.

–No iba a presentarme a las categorías más altas –me explicó Juniper tras asentir–. No soy tan ilusa. Pero el estudio de Madeline por lo general les hace un descuento en la matrícula a los niveles iniciales e intermedios. –El próximo año, ¿no? Tenía que estar hablando del próximo año. Juniper se dio vuelta hacia Hudson–. Le pedí ayuda al tío Gavin porque sabía que tú me ibas a decir que no. Ya fue bastante difícil que aceptaras ayudarme a convencer a mamá, pero no me ibas a dejar tomar clases.

–Tienes razón. Te hubiera dicho que no. Pero yo no soy parte de esta conversación –repuso él, y me señaló.

«¿Cuánto tiempo llevas planeando esto?». «Cuatro meses». En ese momento, Juniper pensaba que era hija mía, no de Lina, pero para ejecutar su plan de tomar clases, había hecho falta más que solo una prueba de ADN.

–¿Y fuiste al estudio de Quinn porque queda fuera del pueblo? –volví a adivinar y ella asintió.

–Tenía un par de malas reseñas. Bueno, un montón de malas reseñas, pero dos de sus alumnas y uno de sus alumnos clasificaron al Clásico el año pasado, y supuse que como ya había estado aprendiendo con videos de YouTube…

–¿Pensaste que unos videos en YouTube podían reemplazar a una profesora? –Me esforcé por mantener la calma. Ya había habido gritos más que suficientes en ese estudio a lo largo de los años, y yo no quería sumar otros.

–No seas tan elitista. –Juniper se cruzó de brazos–. No todos tienen acceso a madres profesionales, profesoras particulares y su propio estudio. Tú tienes suerte.

«Suerte» no era la primera palabra que se me venía a la cabeza.

–O sea que, en vez de hacerle caso a tu madre, fuiste a un estudio con mala reputación, con una profesora que las maltrata y les arroja cosas para llamarles la atención…

–Solo arroja las botellas cuando ya están vacías, y es solo…

–¿Una o dos veces por clase? –completé la oración–. Y siempre las arroja a los espejos cuando están ensayando, pero no cuando están en la barra, ¿no?

–¿Cómo sabes eso? –me preguntó ella, pestañeando.

–Porque lo aprendió de mi madre. –Las palabras se escaparon de mi boca, y, al instante, deseé poder recuperarlas y esconderlas en los rincones oscuros dentro de mí a los que nadie podía acceder. Hundí con fuerza las uñas en las palmas de las manos y, por el rabillo del ojo, miré a Hudson, que parecía tenso–. Lo cual es irónico, teniendo en cuenta que mi mamá no aprobaría la técnica espantosa que les enseña.

–¡Mi técnica no es espantosa! –Juniper dejó caer los brazos al costado del cuerpo.

–De los tres que estamos aquí, yo soy la única que puede juzgar eso. –Caminé hacia ella, midiendo con cuidado mis pasos–. Y tú no tienes por qué usar puntas.

Juniper soltó un grito ahogado y bajó la cabeza ante el impacto de mis palabras.

–Me esforcé mucho, y la señorita Quinn dijo que podía usarlas si me sentía lista. Tú no me vas a decir que no me siento lista.

–Pero sí te puedo decir que no tienes por qué usar puntas a los diez años.

Me subió un calor por las mejillas, pero me tragué casi todo el enojo. Juniper levantó el mentón.

–No hay una respuesta definitiva sobre cuándo empezar a usar zapatillas de punta. Y las bailarinas deberían poder decidir sobre su cuerpo, sobre todo sus pies.

–No sé con quién estuviste hablando…

–Lo dijo Eva en Seconds. –Juniper estiró el brazo y señaló la foto que estaba cerca de Hudson. Era muy típico de mi hermana decir una cosa así.

–Sí, porque es la menor y siempre le molestó que mi mamá la hiciera esperar, y le gusta decir cosas polémicas para obtener más visualizaciones. Deja de usar Seconds.

Respiré profunda y lentamente, y me obligué a recordar que ella tenía diez años y que la indignación que la hacía fruncir el ceño y apretar los puños era algo que yo conocía muy bien. Fui relajando las manos, de a un dedo a la vez.

Una figura se movió en el espejo y, cuando miré por encima del hombro, vi a Anne merodeando en la entrada, en silencio, observando a Juniper con una mezcla de sorpresa y lo que parecía ser fascinación. En esa parte de la discusión, por lo general, ella habría intervenido y habría tomado las riendas, pero se mantuvo al margen porque yo se lo había pedido, y lo valoré muchísimo.

–¿Piensas que estás lista para usar puntas? Póntelas –le ordené a Juniper, y luego fui hacia donde estaba Anne–. ¿Estoy equivocada? –le pregunté en voz baja.

–No. –Mi hermana negó con la cabeza, y luego se corrió los rizos del rostro–. Tienes toda la razón, y me parece muy bien que te mantengas firme. Juniper es muy inteligente. Seguro ya está pensando cómo engatusarte con sus palabras.

–Es Lina –respondí, y una sonrisa se dibujó de a poco sobre la boca de Anne.

–Entonces, manéjala como a Lina.

–Como si alguien hubiera podido manejar a Lina –resoplé.

–Suerte –me deseó Anne, apretándome el brazo con delicadeza.

Lina siempre discutía con mi madre. Nunca había cumplido con el estereotipo de la hija mayor (por algún motivo, Anne era la que había salido con esa personalidad), pero sin duda, era la más directa de todas. Y nunca cambiaba de opinión, ni siquiera cuando estaba equivocada, a menos que hubiera evidencia irrefutable. Juniper necesitaba evidencia.

La niña se ató las cintas de las zapatillas, y me mordí la lengua para no decir nada sobre el modelo que había elegido. Con razón le había visto los pies medio despellejados aquel día en la playa.

–No hace falta que te quedes –le dije a Hudson.

–Estoy disfrutando el espectáculo desde mi lugar favorito –respondió él, y se le dibujó una sonrisa.

Como era de esperarse, estaba parado en el mismo lugar que ocupaba antes, cuando pasaba horas mirándome bailar, aprovechando la ausencia de mi mamá. Pero la última vez que él había estado parado ahí, yo no conocía su sabor, y ahora lo conocía muy bien. Me obligué a ignorar esos recuerdos y a prestarle atención a Juniper, que se levantó y se paró sobre las plantas de los pies.

–Muy bien. Muéstrame qué sabes hacer.

Juniper tragó saliva, puso los pies en primera posición y se paró de puntillas.

–¿Ves? –Le temblaron los tobillos y dio un paso adelante para no perder el equilibrio–. Estoy bien.

El gruñido que soltó Anne, parada junto a mí, expresaba mis sentimientos a la perfección.

–Ninguna profesora que se precie de serlo te habría permitido usar zapatillas de punta. –Me froté el puente de la nariz–. Es culpa de

Quinn, no tuya.

–¡Qué mala! –protestó June, con un temblor en las piernas.

–Solo te dije la verdad, y de eso se trata el ballet, Juniper. De unos pocos momentos hermosos construidos sobre los cimientos de muchas verdades dolorosas, no solo entre tú y tus profesoras, sino entre tú y tu propio cuerpo. No voy a protegerte ni a llenarte la cabeza de falsos elogios que, a la larga, van a hacer que termines lastimada.

Juniper se dejó caer sobre las plantas de los pies con un ruido sordo.

–Que tú te hayas lastimado no quiere decir que a mí me vaya a pasar lo mismo.

–Y yo que pensaba que respetabas mi opinión porque soy una de las mejores bailarinas del mundo. ¿O encontraste a otra persona con más experiencia para aconsejarte? –repliqué, aunque su comentario me había dolido, y ella cerró la boca–. Discutir conmigo no va a cambiar el hecho de que no tienes la fuerza, el control ni la alineación necesaria para usar puntas. Además, estás usando el modelo equivocado.

–Son Bloch, como las que usas tú. –Juniper se cruzó de brazos.

Bueno, eso me había dado un poco de ternura, pero me negué a ceder a la sensación cálida que me invadió el pecho.

–Y esta es tu primera lección: que a otra bailarina le guste algo no significa que sea lo mejor para ti. Estás usando de caja angosta y te aprietan los dedos, y las zapatillas no tienen la altura ideal para el ancho de tu pie. Quizá la marca esté bien, pero el modelo está mal. Necesitas unas a medida.

–¿Me llevarás a comprar unas a medida? –me preguntó ella, con los ojos brillantes.

–Sí, cuando considere que estás lista. Quítatelas.

Caminé hacia la barra y realicé un par de estiramientos; ya habían pasado un par de horas desde mi entrenamiento matutino. Juniper se acercó, y, al ver cómo tenía los pies, suspiré.

–Ponte en el primer espejo –le indiqué cuando se paró frente al segundo.

–¿Por qué? –Retrocedió un par de pasos para obedecer–. Pensé que las principiantes tenían que pararse en el del medio y dejar los otros para las que bailan mejor.

–Es cierto. –Asentí–. Pero estabas en el lugar de Anne. Ahora estás en el de tu madre.

A Juniper se le iluminaron los ojos y se le infló el pecho. Recorrió con la mirada el espejo y el piso de madera y, finalmente, clavó los ojos en la barra. Eligió la más baja de las dos opciones.

–¿Todavía tienes los músculos calientes de la clase? –le pregunté, y ella asintió–. Bien. Empecemos. *Pliés.*

Le expliqué los movimientos básicos, y ella me imitaba mientras yo evaluaba en silencio sus puntos fuertes y débiles. Para cuando terminamos, la niña ya había dejado de discutir y estaba parada en silencio, mirándome con ojos expectantes y el mentón apenas levantado.

–Eres increíble, pero eso ya lo sabía.

–Sí –respondí, asintiendo–. Y tú también puedes serlo, si estás dispuesta a escuchar.

Ella miró a Hudson, que todavía estaba apoyado contra la pared, como si fuera parte de la estructura que mantenía en pie la casa, y luego asintió.

–Bailas muy bien. Vi la clase entera, para haber comenzado a tomar clases hace solo cinco meses, eres excelente, Juniper.

–Soy una Rousseau –dijo ella, sonriente.

–Pero el talento tiene que ir de la mano del entrenamiento básico, y tú todavía no estás lista para usar puntas. No lo digo solo porque todavía falta que se te desarrollen los huesos de los pies. Créeme, si sigues así, te vas a torcer o quebrar el tobillo. –Juniper suspiró, pero no protestó, lo cual me pareció buena señal–. Tienes que enfocarte en la articulación del pie, tienes que poder trabajar cada parte del pie, mover cada uno de los dedos. –Me señalé el pie derecho y, arqueándolo, lo deslicé sobre el piso antes de elevarlo–. Hay una diferencia entre eso –volví a poner el pie en primera posición, lo señalé otra vez y lo llevé hacia delante– y esto. Por eso repasamos una y otra vez lo básico.

–¿Qué más? –preguntó la niña, levantando un poco más el mentón.

–Fuerza y control. Para subir a *relevé,* tienes que fortalecer los músculos para poder elevarte con un solo movimiento, y después tienes que bajar lentamente el pie de forma controlada, y para eso hace falta tiempo y práctica. También tienes que mejorar la alineación de los pies. Cualquier falla que tengas estando parada normal se va a exacerbar estando en puntas, y eso te hace perder el equilibrio.

–O sea, todo. –Juniper quitó la mano de la barra–. Soy pésima en todo.

–No. –Me acerqué a ella–. Ya te dije que eres excelente. Empezaste hace tan solo cinco meses. Ten paciencia, pero también mantén a raya tu ego. Solo te dije por qué no estás lista para usar zapatillas de puntas, no que eres pésima. No lo eres. El ballet es un trabajo constante, es nunca conformarte con las habilidades que tienes, porque por más increíble que seas, siempre buscas esa sensación inalcanzable de perfección.

–Y divertido –añadió Juniper–. Debería ser divertido.

–Sí. *–En teoría–.* Y estoy segura de que el año que viene vas a estar lista para el Clásico y vas a estar increíble porque ya vas a haber dominado lo básico. En zapatillas de media punta. Las principiantes siempre compiten con esas. Eva y yo lo hicimos hasta los trece años.

–Pero la señorita Quinn me anotó para el Clásico de este año.

–¿En serio? ¿Después de solo cinco meses? –pregunté, pero de algún modo me las arreglé para mantenerme impávida. ¿Qué diablos tenía en la cabeza esa mujer? Juniper se iba a enfrentar a bailarinas con *años* de experiencia y entrenamiento–. ¿Vas a participar en la muestra?

–No, me anotó en la categoría de principiantes. –Juniper pasó el dedo por la barra. Miré a Anne, como pidiéndole ayuda, pero ella levantó las manos. Parecía tan impactada como yo.

–Bueno, ¿y tú qué opinas? –le pregunté a Juniper.

–No quiero pasar vergüenza –dijo, en voz tan baja que fue casi un susurro–. Pensé que si ya usaba puntas, tendría más posibilidades

de quedar entre las veinte mejores. *–Más posibilidades de salir lastimada, tal vez–.* No quiero abandonar la competencia. ¿Qué hago?

Estiré la mano para tomar el mechón solitario que había escapado de su moño y se lo acomodé detrás de la oreja.

–Creo que sería buena idea hablar con tu mamá.

–Ella no lo va a entender –me respondió, tensa–. Sabes que odia el ballet.

–Lo que sé es que te ama. Y seguro da muy buenos consejos.

La niña pareció pensarlo un momento, pero luego negó con la cabeza.

–No puedo. Si salgo entre las primeras veinte, va a ver que soy talentosa, que podría ser tan maravillosa como tú si me dejara bailar. Y ahí ya vamos a estar a mediados de agosto y te va a querer a ti también. Entonces, cuando vuelvas a Nueva York, quizá me deje visitarlas a ti y a la tía Anne. –Mi hermana respiró hondo y apretó los labios–. Y a Eva también, claro. Va a salir todo bien.

–Juniper… –Cuanto más avanzábamos con esa farsa, peor me sentía.

–No voy a bailar en puntas –se apresuró a aclarar–. Voy a hacer lo que me digas, pero respetemos el plan.

Se me encogió el corazón. No me salían las palabras, y miré a Anne en busca de la respuesta indicada, de las palabras justas.

–¿Por qué no le damos un minuto a la tía Allie para pensar, y mientras tanto tú me ayudas a preparar unas barritas energéticas? –le propuso Anne–. Son de chocolate.

Juniper nos observó a ambas un momento, y luego, miró a Hudson.

–Está bien.

–Excelente. –Anne la guio fuera del estudio y cerró la puerta.

–Creo que debemos decirle a Caroline –le dije a Hudson.

–Opino lo mismo –respondió él. Cruzó el estudio, descalzo, y se me acercó. Yo sentía las costillas tan comprimidas que me costaba respirar.

–Pero quizá Juniper no vuelva a vernos por ocho años.

–¿Después de tantas mentiras? Es muy probable.

Hudson levantó la mano y la dejó caer, como si hubiera pensado en tocarme y luego se hubiera arrepentido, lo cual seguramente era para mejor, teniendo en cuenta que, la última vez que me había tocado, habíamos estado a punto de tener sexo en una ducha pública. *Y él quiere horas. Días. Noches.*

–Y no la va a dejar ir más a ballet. –La barra se hundió en mi espalda cuando me apoyé contra ella.

–No sé si eso sea tan malo después de lo que vi en esa clase. –Hudson se cruzó de brazos.

–No todas las profesoras son iguales –respondí, molesta. Mierda, estaba a la defensiva. Cuando miré la foto de Lina, se me cerró todavía más el pecho.

–¿Qué estás pensando?

–Lina amaba bailar. –Estudié la sonrisa de mi hermana, las arruguitas que le rodeaban los ojos–. Lo amaba en serio. Ella había nacido bailarina, no se lo habían impuesto. Todos los días, se levantaba entusiasmada por ir a clase y pasaba más tiempo en el estudio que todas nosotras. Era su oxígeno, su alimento. Lo amaba de una forma que yo nunca… –Cerré la boca tan rápido que se oyó el sonido de mis dientes chocándose.

–Tú también lo amabas –susurró Hudson. Despegué los ojos de la foto y lo miré–. Yo estaba ahí, Allie. Tú también lo amabas. –Me tocó la mejilla y contuve las ganas de entregarme a su calor, de entregarme a él. Traté de levantar la guardia, pero no pude–. Cuando estabas sobre el escenario, te iluminabas de una forma increíble. Quizá no los días en que tu mamá te volvía loca, pero el día que bailaste la rutina de *Giselle* en vez de lo que había elegido ella… Ahí había amor, pasión, entusiasmo. Lo vi en tus ojos.

–Variación –murmuré, ignorando todo lo demás–. Se llama variación.

–Bueno. La variación. Lo que digo es que tú amabas bailar, igual que ella. Si ya no lo amas más…

–Esto no se trata de mí. –Me alejé de él–. Es increíble lo mucho que Juniper se parece a Lina, y si a Lina le hubieran impedido bailar, no habría sobrevivido. Si a Juniper le pasa lo mismo y, por todo lo que hizo para poder bailar a escondidas de su madre, sospecho que

es así, entonces… –Suspiré–. Lina debería estar aquí, pero no está, y es mi deber ayudar a Juniper, pero no encuentro una solución para todo esto.

–Ya lo sé. –Hudson se llevó las manos a los bolsillos–. Y yo hice todo lo posible por cumplir lo que le prometí a Sean, que no dejaría que los miedos de Caroline frenaran a Juniper, pero desde ya te digo que ella no puede volver a ese estudio. Prefiero perder su confianza y no que otra persona la haga perder la confianza en sí misma.

Faltaban dos meses para el Clásico, y Juniper estaba decidida a competir.

–O sea que o deja de bailar, o vuelve a lo de Quinn y la lastiman, o tú le cuentas a Caroline y la obliga a dejar de ir… –Suspiré profundamente. No había manera de que Juniper fuera al estudio de Madeline a escondidas, y yo no conocía tan bien ninguno de los otros estudios como para mandar a la hija de Lina ahí, o sea que solo quedaba una opción–. ¿Juniper ya está de vacaciones? ¿Qué hace todos los días?

–Sí, desde la semana pasada –respondió Hudson, observándome con atención–. Los días que Caroline trabaja, va al programa de actividades locales. Gavin y yo tratamos de pasarla a buscar cuando estamos libres para que no se quede ahí hasta las siete.

–¿Y cómo son tus horarios? –pregunté tras asentir.

–¿De pronto te interesa mi vida? –Se atrevió a sonreír. Demasiado cerca.

–Ya quisieras. ¿Cómo son tus horarios?

–Sí, quisiera. Por lo general, trabajo de nueve a cinco. Hago entre cuatro y seis turnos de veinticuatro horas por mes, y tengo un par de días libres por semana, no siempre sábado y domingo. ¿Por qué? –Ladeó la cabeza y yo no le miré la boca, ni un poquito. *Mentirosa.*

–Tráela aquí –me obligué a pronunciar las palabras antes de acobardarme–. Yo le enseño. Ojalá tenga razón con lo de su mamá. Con suerte, en agosto ya me voy a haber ganado a Caroline, y llegado este punto… Ya que estamos en el baile… –Si íbamos a hundirnos, bien podríamos hacerlo a lo grande.

–¿Estás segura? –me preguntó Hudson, frunciendo el ceño–. ¿Tienes tiempo para eso?

–Me voy a hacer el tiempo –respondí, asintiendo.

–Juniper tiene que hacerse cargo de las consecuencias de habernos mentido. No me parece que recompensarla con la mejor profesora particular del mundo sea buena idea.

–¿Se te ocurre otra opción que no implique hablar con su mamá? –le pregunté, desafiante.

–Todavía no, pero algo se me va a ocurrir. Juniper rompió las reglas, mintió, fabuló y manipuló a todas las personas de su entorno para conseguir lo que quería –repuso él, y apretó la mandíbula.

–Sí, y solo tiene diez años. –Comencé a caminar hacia la puerta–. No la estoy justificando, pero cuando un adulto hace cosas así, usamos una palabra en particular.

–¿Delincuente? –adivinó él–. Ni pienses en decir «imprudente». Esto no lo saca de mí.

–Quizá. –Abrí las puertas del estudio–. Yo decía «imparable».

CAPÍTULO DIECINUEVE
Hudson

BailarinaCostera: No voy a mentir, daría lo que fuera por recibir una invitación a la gala de la Compañía Metropolitana.

El lugar era un zoológico elegante disfrazado de museo de arte. Me abrí paso en medio de la multitud vestida de blanco y negro hacia lo que esperaba fuera la sala de exposición más angosta, con cuidado de no chocar a nadie ni de volcar ningún martini de treinta dólares. Cada vez que veía un rostro, repasaba por dentro mi catálogo.

–¡Hudson! –Anne me saludó desde el otro lado de la sala y, de a poco, comencé a acercarme–. Qué bueno que viniste. –Su sonrisa tenía una pizca de nerviosismo–. Allie está en una reunión con Vasily. Si no, te hubiera recibido ella misma.

–Perdón por llegar tarde. –Me aguanté las ganas de aflojarme la corbata–. Iba a venir con Allie ayer, pero uno de los nadadores se cayó de una escalera y se fracturó la pierna, y la esposa de otro entró en trabajo de parto, así que tuve que trabajar igual.

–No te preocupes. –Anne me dio una palmadita en el brazo mientras caminábamos hacia el centro del museo, un espacio abierto que debía tener, fácil, cinco pisos de alto, con hileras de balcones en las galerías de los otros pisos. Todo el lugar estaba cubierto de mesas redondas, con la excepción de lo que era claramente el escenario, en la otra punta de la sala–. Ya llegaste, y eso es lo que importa. ¿Te gusta? –me preguntó, abarcando la sala con un gesto–. Me pasé ocho meses eligiendo la paleta de colores. Me pareció que estaba bueno poner luces de color rosa oscuro porque todos están vestidos de blanco y negro. Y debo haber evaluado como diez centros de mesa antes de elegir el de orquídeas y dalias.

–Quedó espectacular –respondí, y le dediqué una sonrisa tranquilizadora, o, al menos, eso esperaba–. Y tú también te ves increíble.

–Gracias. –Anne miró su vestido largo de color blanco, y sonrió–. ¿Necesitas que te haga un resumen rápido de quién es quién? Kenna está por aquí, metida en algún lado. Es la mejor amiga de Allie, así que seguro te ayuda. Bueno, pensándolo bien, no estoy tan segura. Quizá le divierta verte pasar vergüenza.

–Creo que no hace falta. –Negué con la cabeza y Anne me guio entre las mesas–. Me fijé en la página web, y Allie me estuvo tomando pruebas con fotos de su teléfono cuando iba a buscar a Juniper. Aunque estoy bastante seguro de que en la exhibición había un par de estrellas de cine que no estaban en su galería de fotos.

–No te preocupes, ellos no son parte de la compañía –bromeó Anne–. Te doy un consejo: si sientes que deberías conocer a alguien y no lo conoces, dile que eres muy fan de su trabajo, pero sin entrar en detalles. –La seguí alrededor del escenario de un metro de alto hacia la base de una escalera ancha flanqueada a ambos lados por obras de arte–. Allie tendría que estar por… ¡Ahí está! Misión cumplida. Nos vemos más tarde –me dijo y, sin más, se alejó.

Miré hacia las escaleras y casi me trago la lengua cuando vi a Allie bajando delante de dos hombres, mirando por encima del hombro mientras charlaba con ellos. Era la viva imagen de la perfección. Su largo vestido negro envolvía sus curvas como si lo hubieran cosido sobre su cuerpo. Tenía un frunce del lado izquierdo, a la altura de la cintura, y –Dios santo– un tajo que iba desde la curva de su cadera hasta el suelo, y dejaba al descubierto su pierna increíblemente larga a cada paso que daba. Se había recogido una parte del cabello detrás de la oreja y el resto lo llevaba suelto, en ondas suaves que caían sobre los tirantes finos de su vestido y el escote en forma de corazón, que levantaba sus pechos como si fueran un entremés en una bandeja. De pronto, me moría de hambre.

Allie miró hacia delante y, al verme, le brillaron los ojos. Me observó de pies a cabeza, con expresión admirada, y separó los labios, al tiempo que aminoraba la velocidad, hasta detenerse para estar a mi misma altura.

–Hudson.

–Te ves soñada, Allie –le dije. Y era un sueño que, durante las próximas horas, no solo tenía permitido tocar, sino que debía hacerlo. La tomé de la cintura y la atraje hacia mi pecho, y mi boca sobrevoló a centímetros de la suya–. De verdad, estás deslumbrante. –Le rocé apenas los labios, cuidando de no correrle el maquillaje.

–Gracias –respondió, esbozando una sonrisa casi imperceptible cuando la volví a dejar sobre el escalón–. A ti te queda demasiado bien el esmoquin. No deberías tener permitido usarlo en público. –Aunque sabía que solo estaba actuando, no pude evitar sonreír–. Uf. Sobre todo cuando haces eso. –Me acarició el hoyuelo de la mejilla con la punta del dedo.

–Creo que no nos conocemos. –El más alto de los dos hombres bajó los últimos escalones. Las luces le teñían el cabello canoso y la piel pálida de un tono rosado–. Vasily Koslov, director artístico de la Compañía Metropolitana de Ballet.

–Hudson Ellis –respondí, y le estreché la mano suave.

–¡Ah! ¡El nuevo novio de Alessandra! –Me dedicó una sonrisa impecable que me hizo pensar que toda la compañía de ballet de Allie debía ir al mismo curso de sonrisas–. Eres el chisme del momento aquí en la compañía. Espero que no te moleste que te la robemos cuando regrese en otoño.

–Si ella es feliz, yo soy feliz. –¿El chisme del momento?

–Muy bien. Esa es la respuesta correcta cuando sales con una persona tan extraordinaria como Alessandra. –Vasily la miró con adoración–. Tengo que admitir que tenía mis dudas cuando dijiste que vendrías con alguien. Sé cómo eres en el amor –continuó, bajando la voz con tono divertido–, y por eso mismo le dije a Anna que se asegurara de que su tarjeta solo dijera «invitado», por si cambiabas de idea.

Levanté las cejas. Qué cosa más extraña prestar atención a ese detalle.

–Anne –lo corrigió Allie con una sonrisa–. Y Hudson y yo nos conocemos hace diez años. Podrías haber puesto su nombre en la tarjeta.

–No importa. –El hombre miró a la izquierda y sonrió con más ganas, al tiempo que levantaba el brazo–. Ay, querida. –Una mujer de cabello negro y plateado se paró a su lado y le rodeó la cintura con el brazo, y él hizo lo mismo–. Te presento a mi esposa, Danica, la directora ejecutiva de la compañía. Dani, este es el nuevo amor de Alessandra. Es guardavidas o algo así.

Pero la puta madre. Menos mal que yo no tenía el ego frágil.

–Nadador de rescate de la Guardia Costera –aclaró Allie, con la sonrisa intacta–. Salta de helicópteros y rescata a la gente cuando se les hunde el barco. –Bajó otro escalón y, cuando cambió la cartera de mano para poder entrelazar sus dedos con los míos, tuve que hacer un esfuerzo descomunal para aguantarme las ganas de inclinarme y comerla a besos–. Es uno de los trabajos más difíciles del mundo. Mucha gente no logra aprobar los exámenes, mucho menos completar el entrenamiento.

–¡Qué impresionante! –Danica me miró–. ¿Salvas a mucha gente?

–Cada tanto. –Asentí.

–Me salvó a mí –dijo Allie, acariciándome el pulgar–. Así nos conocimos cuando éramos chicos.

–Qué encantador. –Danica le dio una palmadita a su esposo–. Querido, deberíamos saludar a los Jemond antes de que comience la presentación. Están hablando con Maxim, y donan tanto dinero que sería muy descortés no saludarlos.

–El deber llama. –Vasily le sonrió a Allie–. No veo la hora de que vuelvas a estar aquí, iluminando el escenario. Este otoño será tu gran triunfo. –Le lanzó una mirada al tipo que estaba parado muy cerca de Allie, como si estuviera muy cómodo invadiendo su espacio personal–. El triunfo de ambos. No se imaginan las ganas que tengo de mostrarle al mundo lo que han creado ustedes dos.

–Gracias –respondió Allie, sonrojándose.

–Ahora que ya conociste al viejo y al acuerdo prenupcial viviente al que le dice «esposa»… –El tipo bajó de un salto los dos escalones que quedaban y me extendió la mano–. Soy Isaac Burdan.

Le estreché la mano y observé sus rizos negros y cortos, su tez dorada y su sonrisa deslumbrante, y, al instante, lo identifiqué por las fotos de Allie.

–El coreógrafo. Un gusto.

Él se echó a reír y, cuando me soltó la mano, miró a Allie.

–¿Solo eso le dijiste? Qué interesante. Bueno, me voy a buscar una copa para festejar –me dijo, y luego volteó hacia Allie otra vez. Su mirada tierna me contó todos los detalles que Allie había omitido–. ¿Mañana vuelves a la playa?

–Sí. Estaré de regreso antes de septiembre, para los ensayos –respondió ella.

–Contaré los días con ansias –respondió él. Tomó la mano de Allie y le besó los nudillos. Me subió bilis por la garganta–. La luz de Nueva York será muy tenue hasta que vuelvas a hacerla brillar otra vez, Alessandra.

Una última sonrisa, e Isaac desapareció entre la multitud. *¿Qué carajos?*

–Perdón. –Allie bajó el último escalón. Con los tacones, casi me llegaba al mentón–. Es un poco intenso, pero es brillante.

–¿Te hablaba así en la cama? –le pregunté, con el ceño fruncido.

–¿Qué? –Durante una milésima de segundo, Allie me miró boquiabierta–. Y no pongas esa cara.

–¿Qué cara?

–Cara de que acabas de oler mierda.

Era una descripción bastante precisa de cómo me sentía.

–De verdad, ¿te gustan esas cosas? ¿«Contaré los días con ansias»? A ver si adivino. No te dice que está por acabar, declara que el fin es inminente.

Allie resopló, pero se detuvo antes de que llegara a robarle una risa. Luego, me miró y batió las pestañas.

–¿Y tú eres del primer tipo? ¿Les adviertes a las chicas que mejor bajen la velocidad porque no llegas ni a la primera vuelta? ¿O eres de los callados, de los que gruñen y listo?

Así que se creía graciosa, ¿eh? Sin soltarle la mano, me la llevé al pecho, le rodeé la cintura con el otro brazo, y luego giré y la acorralé contra la pared, más lejos de la escalera, a centímetros de una placa que señalaba una obra de arte.

–¿Quieres perderte el resto de la gala y averiguarlo? Si mal no recuerdo, te prometí horas.

Ella jadeó y me miró los labios.

–No podemos.

No dijo que no quería. Interesante.

–No hace falta que bajes la velocidad, a menos que tú quieras. –Bajé la cabeza para quedar a su altura–. Vas a acabar al menos dos veces *antes* de que te coja, Allie –le prometí–. No soy callado para nada, y sé usar bien la boca para asegurarme de que tú tampoco lo seas.

Al oírme, a Allie se le dilataron las pupilas y sus mejillas brillaron al rojo vivo, incluso bajo la iluminación rosa del salón. Abrió la boca y volvió a cerrarla.

–Bueno, ¿vamos a hacer lo que sea que se hace en estos eventos? –pregunté.

Necesitaba poner al menos un par de centímetros de distancia entre nosotros, o los pantalones me iban a empezar a cortar la circulación del pene. Ella asintió lentamente y yo retrocedí sin soltarle la mano. Cuando nos dimos vuelta, nos encontramos con una multitud cada vez más grande que buscaba sus asientos.

–Nuestra mesa queda por aquí –me dijo mientras nos sumergíamos en el caos–. Tendría que haberte contado lo de Isaac. Perdón.

–No hace falta que me pidas perdón. Yo tampoco te hice una lista de todas las mujeres con las que me acosté.

–Pero al menos ninguna está aquí. –Allie esbozó una sonrisa falsa y saludó con la mano a alguien que la llamó por su nombre.

–Que tú sepas. –Esquivé a un idiota borracho que se tropezó y puse el cuerpo para que no chocara a Allie. Ella me miró y levantó las cejas–. Relájate, es un chiste –le aclaré, y luego me encogí de hombros–. Creo. No vi la lista de invitados ni nada. ¿Por qué? ¿Te molesta la idea de que podría haberme acostado con alguien de aquí?

El pasillo se despejó y retomamos nuestro camino.

–¿A ti te molesta que me haya acostado con al menos dos de los hombres que están aquí? –contraatacó ella. Sentí una punzada de celos.

–¿Planeas acostarte con ellos mientras estemos juntos?

–Esto no es real –murmuró ella cuando pasamos junto a otra mesa al borde del escenario.

–Eso es un detalle menor. Respóndeme. –Cuando la multitud otra vez se volvió densa, la atraje hacia mí.

–No. –Negó con la cabeza–. Cuando termino con alguien, termino de verdad. No me gustan las cosas… complicadas. Por eso mismo solo salgo con bailarines. Tienen mi mismo estilo de vida, mis mismos horarios, mis mismas prioridades. No hay complicaciones.

–Nosotros somos complicados, y te gusto bastante cuando olvidas que todavía me odias. –Iba a ser imposible quitarle las manos de encima esa noche.

–Somos complicados porque yo te… –Allie negó con la cabeza, y me quedé mirándola durante tanto tiempo que casi me estrello contra dos mujeres que tampoco estaban prestando atención al camino–. Porque tú me importabas. Ese fue un error que nunca volví a cometer. El sexo es divertido, necesario, incluso, y tener una pareja te da cierto nivel de comodidad que yo prefiero. Pero no me pongo celosa porque no me enamoro de nadie.

Probablemente para ella fuera una afirmación, pero, a mis oídos, era una amenaza.

–Y así todos quedan contentos, porque Vasily no quiere que te enamores –observé.

–A él le gusta que esté concentrada, que todos estemos concentrados. –Allie señaló hacia delante–. Esa es nuestra mesa, delante de la que está en el medio. Ahora tú eres el que esquiva la pregunta.

–Me di cuenta de algo cuando nos besamos. No la primera vez, que me tomaste desprevenido, sino la segunda…

–Ya sé de qué estás hablando –me interrumpió ella.

–Qué bueno. –Una sonrisa me invadió el rostro, y vi nuestras tarjetas sobre la mesa–. Me di cuenta de que no importaba que nuestro primer beso hubiera sido de mentira, porque ese fue real. Y tampoco importa quién fue mi primer, o tu primer… lo que sea.

Nos detuvimos detrás de nuestras sillas y tomé mi tarjeta. «Invitado de Alessandra Rousseau». Se me encogió el corazón. Por algún motivo, el «invitado» me molestaba todavía más que el

coreógrafo. Vasily había dado las instrucciones, pero Anne había impreso la tarjeta de todas formas, como si no hubiera creído que Allie me llevaría a la gala.

–Las primeras veces están sobrevaloradas –comentó Allie, apoyando su cartera en la silla.

Invitado. Se me encendió el pecho, como un fósforo ardiente, al comprender, de pronto, que quería que mi nombre estuviera en la tarjeta. No quería ser un invitado anónimo, pasajero, olvidable en su vida, como los otros que habían estado antes. Quería estar grabado, inscripto, tallado tan profundamente dentro de su alma que ella nunca pudiera borrarme. Allie me había dado ese verano de mentira, pero yo quería *todo,* y a mi corazón no parecía importarle que eso fuera inalcanzable. Iba a tener que encontrar la manera de hacerlo posible.

–Qué bueno que estemos de acuerdo. –Asentí, apoyé la tarjeta en su lugar y volteé hacia Allie–. Y aunque sí me pone celoso que un par de los que están aquí te hayan visto desnuda, la verdad, también me dan lástima, porque ellos nunca volverán a tenerte. –La atraje hacia mí y liberé las palabras como la revelación que eran–. Pero yo sí. El primero no es nada. El último es *todo. –Por estas cosas te tildan de imprudente.*

–No puedes decirme esas cosas –protestó Allie, jugueteando con las solapas de mi saco–. Ni siquiera aunque estés actuando –susurró–. Cumple tu parte del trato, Hudson.

Yo no estaba actuando. Ese era el problema muy complejo y muy *complicado* para el cual no tenía solución. Aún.

–Pensé que habíamos acordado no mentir. –Le recorrí la espalda desnuda con los dedos, y ella respiró agitada y se estremeció. En respuesta, sentí un cosquilleo bajo el pantalón, como siempre que ella mostraba un poco de interés en mí–. Y, tal como le dijiste a nuestra sobrina, ocultar sería mentir. Te dije que te deseo. Ya no lo voy a ocultar más. En público. En privado. No me importa. Para mí, esto es real. Y va a ser complicado.

Le sostuve la mirada y la vi pasar del asombro a la confusión y, luego, a ese fastidio rabioso cuando se alejó. *Ahí está.* Era la primera vez en toda la noche que dejaba caer su máscara.

–¡Alessandra!

Su nombre fue la única advertencia que recibimos antes de que nos engullera la multitud. Había al menos seis personas abalanzándose sobre Allie, abrazándola y tomándose fotos. Ella no sonrió con sinceridad ni una sola vez. Esas personas eran sus amigos. ¿No tendría que haber estado contenta?

–¡Te extrañamos! –Una mujer de pelo negro y sonrisa amable tomó a Allie por los hombros, y, por dentro, repasé las fotos de la página web. Reagan Huang, bailarina principal, o sea que estaba al mismo nivel que Allie–. No es lo mismo sin ti.

–Sí, no hay nadie que nos haga quedar mal. –Esa broma la dijo una rubia con ojos felinos y una sonrisa difícil de descifrar. Harlow Oren. Solista. Un escalón menos que Allie.

–Por favor, tú no necesitas que venga Alessandra para quedar mal. –Un tipo larguirucho, de pelo rubio y traje monocromático, abrazó a Allie–. Ay, cómo te extrañé. Nunca me llamas. No me mandas mensajes. No me respondes cuando yo te llamo y te mando mensajes. –El tipo se inclinó y apoyó el mentón sobre el hombro de Allie–. Qué feo. –Everett Carr. Bailarín principal–. Solo te voy a perdonar si vuelves.

–Los demás también queremos saludar a Allie, Ev. –Una mujer morena de vestido negro alejó a Allie de Everett y le dio un abrazo rápido antes de sujetarle el rostro. Candace Baron. Bailarina principal–. Dime que te estás cuidando.

–Sí –le prometió Allie, asintiendo. No me daba cuenta de si estaba mintiendo.

El último hombre parecía salido de una publicidad. Cabello negro, ojos azules. Jacob Harvey. Solista. Él esbozó una sonrisa y extendió los brazos, y Allie se arrojó a ellos. Presté atención a las manos del tipo, que estaban bastante lejos de la cintura de Allie. Entonces, no era el otro ex.

–Es un poco abrumador, ¿no? –me dijo una mujer que estaba a mi derecha, y se echó hacia atrás el cabello largo y negro–. No saber quién es sincero y quién no. Soy Kenna, por cierto.

La mejor amiga de Allie.

–Sí. –Le extendí la mano–. Es un placer conocerte. Soy Hudson…

–Soy una de las pocas personas aquí que sabe quién eres. –Me estrechó la mano, y luego ladeó la cabeza y me estudió–. ¿Ya pensaste un plan? Uno de verdad, digo. No esta estupidez de mentira o lo de la ducha.

–¿Allie te contó lo del beso? –le pregunté, y una chispa de esperanza se encendió en mi pecho. Ella levantó las cejas. Ya me caía bien.

–Tenías la playa entera para vivir un momento romántico de película, ¿y elegiste la ducha?

–No me arrepiento de nada. Necesitaba saber que ella quería besarme de verdad, que no estaba actuando. –Metí las manos en los bolsillos y, por el rabillo del ojo, observé a la gente que rodeaba a Allie–. Y la ponen medio nerviosa los planes.

–Me pregunto por qué será –replicó Kenna, y me lanzó una mirada que podía arrasar ciudades.

–Culpable. –Asentí y espié a Allie, y otra vez vi esa sonrisa hermosa pero fingida en su rostro mientras hablaba con los demás bailarines–. ¿Tienes algún consejo?

–Ni loca. Soy amiga suya, no tuya. –Kenna me miró entrecerrando sus ojos color café–. Pero vas a hacer algo, ¿no? Porque ella necesita estar contigo u olvidarse de ti. ¿Entendido?

–Entendido. –Allie no iba a olvidarse de mí, igual que yo jamás iba a olvidarme de ella.

–Bien. –Kenna asintió y miró a Allie–. Y te conviene estar preparado para adaptarte a su vida, porque las bailarinas solo son flexibles arriba del escenario.

–Me voy a adaptar –le prometí en voz baja–. Voy a poner mi vida patas para arriba si eso significa que puedo estar con ella. –Decirlo en voz alta me quitó un peso descomunal de los hombros y deshizo el primero de los tres millones de nudos que se interponían entre Allie y yo.

–Está bien. –Kenna relajó los hombros y se paró junto a mí–. Gente, él es Hudson Ellis –anunció–. El novio de Allie.

Todos los bailarines me clavaron la mirada, y más de uno me comió con los ojos de una forma que habría hecho sonrojar a mi madre.

–Un gusto conocerlos.

–Qué ojazos –murmuró Everett–. Allie, ¿de dónde sacaste a este espécimen delicioso?

Allie resopló y se acomodó a mi izquierda.

–De la playa, cuando tenía dieciséis años.

–Técnicamente, estabas como a un kilómetro y medio de la playa –la corregí guiñándole el ojo, y luego la rodeé con el brazo y descansé la mano sobre su cadera.

Reagan se llevó la mano al pecho y suspiró.

–Ay, Alessandra, por favor, dime que lo vas a traer a Nueva York.

–Esperen un momento. –Kenna se paró delante de nosotros y levantó el teléfono–. Sonrían.

Posamos y ella nos tomó una foto. Ya habíamos cumplido el objetivo de la noche.

–Que la pasen bien. Hoy tengo a Matthias toda la noche para mí, y tengo que aprovechar –nos dijo y, tras saludarnos, desapareció entre las mesas.

Jacob siguió con la mirada a una rubia de rostro afilado.

–Nos vemos después –dijo, y fue derecho hacia ella.

–¿De verdad? –preguntó Allie, levantando las cejas.

–Ah, empezaron a coger no bien empezaron los ensayos de verano –comentó Everett.

–No te pongas celoso. –Harlow le dio un beso en la mejilla.

–Por favor. Yo ya tengo más que suficiente con Michael. –Everett negó con la cabeza–. Hablando de eso, tenemos que buscar nuestros asientos. Candace y Reagan se sientan contigo, pero yo estoy en la otra mesa de principales.

–Podrías volver con los solistas –bromeó Harlow, pero no parecía broma–. Qué bueno verte, Allie.

La rubia volvió a su mesa, una hilera más atrás, y Everett se inclinó y besó a Allie en la mejilla.

–Regresa a Nueva York.

–En eso estoy –le aseguró ella mientras los demás se iban en fila–. Parece que te hice aprender sus nombres para nada –me dijo.

–Me gusta saber quiénes son tus amigos. –Me incliné y le besé la frente, solo porque podía. Ella suspiró y se reclinó en mí.

–Además de Kenna, solo hay un par a los que considero amigos –me dijo en voz baja–. Reagan –con un gesto, señaló la mesa– y Everett.

–Te dije que ese vestido te iba a quedar espectacular. –Eva se abrió paso entre las mesas; a unos tres metros de distancia, la seguía una morena de mirada asesina–. Mierda, Hudson Ellis.

–Hola, Eva.

–Te dije que venía con él. –Allie hizo un círculo con el dedo–. Date vuelta, tienes mal puestos los tirantes.

–No sabía si iba a venir de verdad. –Eva obedeció, y Allie desabrochó dos de los tirantes que cruzaban la espalda de Eva y abrochó los correctos.

–Yo voy adonde me ordene tu hermana. –Miré por encima de Allie y vi a la otra morena, que merodeaba a unos metros. Nariz respingona. Ojos azules y astutos. Charlotte Larsen. Solista.

–Listo –le dijo Allie a Eva.

–Gracias. –Eva volteó a mirarme y me inspeccionó–. ¿Siempre fuiste tan guapo? O sea, recuerdo que eras bastante lindo, pero los años te sientan muy bien. Cinco estrellas. Sin comentarios. –Levanté las cejas.

–Eva –la regañó Allie, pero su hermana solo esbozó una sonrisa burlona–. No.

–Una buena hermana compartiría, ¿sabes? –repuso Eva, tras chasquear la lengua.

–Y una hermana posesiva te matará –le advirtió Allie en tono cantarín, y apenas pude contener las ganas de estamparle un beso.

–Tranquila. –Eva puso los ojos en blanco–. Es broma. Ni loca pensaría en interponerme entre ustedes dos. Hacen muy linda pareja.

Pestañeé. Allie no le había contado la verdad a su hermana.

–¿Ya encontraste tu asiento?

–¿Allá atrás con la plebe? Digo, ¿con el cuerpo de baile? Claro. –Eva tomó la mano de su hermana y se puso seria–. Charlotte se quedó con tu casillero.

–¿Perdón? –respondió Allie, tensa.

–Hoy a la mañana, después del ensayo, sacó todas las cosas de tu casillero y puso las de ella –le explicó Eva, con el ceño fruncido de preocupación.

–¿Y qué hizo con mis cosas?

Le lancé un vistazo a la morena, que estaba cada vez más cerca.

–Las dejó tiradas en el banco. Yo guardé todo en mi casillero. No te preocupes, no falta nada. –Eva hundió los hombros–. Allie, ya ocupó tu lugar en la barra. Quiere el puesto de bailarina principal. Dime que estás mejor. Vas a volver, ¿no?

Allie asintió y le apretó la mano.

–Está todo bien. Vasily ya me dijo que *Equinox* está en el programa de otoño. Voy a estar lista. –Se obligó a sonreírle a su hermana–. No te preocupes por Charlotte. Las bailarinas principales cambian y se retiran. Si hay alguien mejor que yo, que ocupe mi lugar. Es así de fácil.

–Si quieres, le pongo laxantes en el yogur –le propuso Eva. Yo estaba bastante seguro de que lo decía en serio.

–Déjate de tonterías y ve a sentarte –resopló Allie.

Eva suspiró y se dirigió hacia su mesa, a la izquierda.

–Bueno, veo que no ha cambiado mucho –observé.

–Sigue siendo una niña. –Allie dio un paso hacia mí y salvó la distancia entre nosotros–. ¿Qué opinas de mi mundo, Ellis?

–Parece… inestable –respondí. Sujeté el respaldo de su silla y la alejé de la mesa–. Aquí, eres como un camaleón, ¿no? ¿Cambias de disfraz según la persona que tengas delante así no te devoran? –A Allie le resultaba demasiado fácil camuflarse–. ¿Cuántas personas te conocen de verdad, Allie?

–Muy pocas –admitió ella en voz baja–. Y, por desgracia para mí, creo que tú eres una de ellas.

–Cuidado –le advertí cuando se nos acercó Charlotte.

Allie se dio vuelta y exhibió la sonrisa más falsa que había visto en mi vida.

–Hola, Charlotte.

–Qué bueno ver que te sientas mejor y que hayas podido venir hoy –respondió ella, con una sonrisa más filosa que un cuchillo–. Ya que no pudiste venir a ningún ensayo ni tomar clases con nosotros.

–Estuviste increíble en *Giselle.* –Allie tensó los músculos de la espalda, y levantó el mentón. Juniper no se parecía solo a Lina.

–Lo sé. –Charlotte ladeó la cabeza hacia mí y prácticamente me cogió con los ojos, y yo le lancé una mirada adusta para hacerle saber que no era bienvenida.

»Quiero que sepas –volvió a enfocarse en Allie– que todos queremos que te tomes el tiempo que necesites para mejorar. Un desgarro en el tendón es un problemón, pero ¿dos? –La joven hizo una mueca–. Imagina lo que pasaría si te apresuraras a volver y sufrieras un tercer desgarro. Tu carrera estaría arruinada, y nadie quiere eso. Tú eres una parte fundamental de la compañía.

–Gracias por tu preocupación –respondió Allie, enderezando los hombros–, pero voy a volver antes del otoño para los ensayos, lo cual estoy segura de que ya preguntaste y ya te respondieron.

Al oírla, se me escapó una sonrisa.

–Bueno, por las dudas. No quiero que te preocupes. –Una sonrisa empalagosa de tan dulce se extendió por el rostro de Charlotte, que bajó la voz–. Estuve aprendiéndome la coreografía de *Equinox* con Isaac. Esa variación en el primer acto es sublime. Pero seguro sea un poquito difícil para una persona con el tobillo lesionado.

Equinox… ¿No era el ballet de Allie? ¿El que Isaac había coreografiado y creado para ella? Había que darle mérito a Allie, porque ni siquiera se inmutó, pero yo no podía decir lo mismo. ¿En qué nido de serpientes espantoso estábamos metidos, y por qué Allie estaba tan empecinada en regresar a él?

–Mejor siéntate, Charlotte. Creo que está por empezar la presentación. –El tono de Allie podría haber congelado un volcán.

–Que la pasen bien. –Charlotte saludó a Allie con un gesto y luego se dirigió a una de las mesas de los solistas. Si hubiéramos estado en un naufragio, Charlotte habría sido la última persona a la que habría subido al helicóptero.

–¿Allie? –susurré.

–¿Todo bien? –le preguntó Reagan, y ladeó la cabeza para poder verla más allá del centro de mesa–. ¿Charlotte te trató mal?

Allie se sobresaltó un momento, pero luego lució esa sonrisa falsa.

–Vino a desearme que me recupere pronto –respondió. Tomó su cartera y se deslizó con gracia en su asiento, y yo hice lo mismo a su derecha.

–Creo que acabo de entender por qué construyes paredes a tu alrededor. Mejor dicho, barricadas. Qué irónico, porque el que está en las fuerzas armadas soy yo –le dije con calma, y me le acerqué mientras ella observaba el escenario, con el rostro convertido en una máscara rígida y controlada–, pero sospecho que tú eres la que libra batallas.

Ella me miró cuando Vasily subió al escenario y, por un momento, se le corrió la máscara y me dejó ver la furia que había debajo.

–Sí me importaría.

–¿Qué cosa? –Le busqué la mano, que tenía apoyada sobre el regazo, y pasé los dedos sobre su puño apretado. Luego, se la sujeté.

–Si te acostaras con una de las personas que están aquí. Si estuvieras con una persona como ella… –Le brillaron los ojos, furiosos–. Me importaría, Hudson. –Señaló el escenario con la cabeza y, antes de que pudiera responderle, Vasily comenzó a dar su discurso.

Sentada inmóvil, Allie echaba humo y me apretaba la mano con fuerza mientras Vasily hablaba. No me la soltó ni por un momento, ni siquiera cuando los niños de la escuela de ballet de la compañía subieron al escenario y comenzaron su presentación.

–No aguanto más estar aquí. –Allie tomó su cartera y me miró–. Me cansé. Llévame a casa. Ahora.

Yo no necesitaba que me lo dijera dos veces.

CAPÍTULO VEINTE
Allie

FouettéSanFrancisco: Por Dios. Vivo por estas novedades HermanasRousseau4

Atrapasueños: Si no puede quedarse toda la cena, mucho menos va a aguantar un ensayo. Qué vergüenza.

Arrojé las llaves sobre el mueble recibidor de mi apartamento y, no bien llegué a la sala de estar, me quité los zapatos de una patada. Se estaba poniendo el sol, y un brillo oscuro se colaba a través de los ventanales que daban a la ciudad. Dejé mi cartera sobre la mesa de café, sorprendentemente limpia. O Eva estaba esforzándose por ser más ordenada o el ama de llaves se merecía un aumento.

Sentía el latido de la furia debajo de mi piel, y su calor agrietaba la máscara que había construido con tanto cuidado y que tanto me esforzaba por mantener cuando estaba en la ciudad. Ni siquiera había aguantado hasta el final de la cena.

–¿Quieres hablar de lo que pasó? –me preguntó Hudson, y el sonido de sus pasos se volvió más suave cuando llegó a la alfombra.

¿Qué pensaría él de mi casa? Mi madre había escogido el apartamento por su cercanía al estudio y lo había decorado para Lina, solo para terminar entregándome las llaves a mí al mes de su muerte. ¿A Hudson le gustarían los sutiles actos de rebelión que habíamos cometido Eva y yo al cubrir las paredes con pinturas de artistas callejeros, al llenar los estantes de fotos espontáneas de noches aún más espontáneas en marcos que no combinaban? ¿O solo vería las superficies impecables que se apreciaban a primera vista?

–¿Allie? –Hudson pasó junto a los canastos de mimbre repletos de puntas que teníamos junto al sofá, por si nos daban ganas de aflojar

las zapatillas mientras mirábamos un maratón de películas en Netflix.

–Todavía lo estoy procesando.

Caminé hacia los ventanales y miré veintidós pisos hacia abajo, vi a la gente haciendo su vida, paseando al perro, yendo a comprar con sus hijos, quizá llegando al restaurante de la esquina para tener una cita.

–Puedes procesarlo en voz alta –me dijo él, que, de pronto, apareció al lado mío.

–Ya no estamos en horario laboral. –Era curioso, pero yo había pensado que si Hudson estuviera en mi apartamento, con sus techos altos, no me habría parecido tan enorme. Me había equivocado. Él estaba en todos lados, su aroma a sal marina en mis pulmones, su voz en mi oído, sus dedos impresos en mi piel. A todo momento, me debatía entre alejarme lo más posible de él y acercarlo más a mí. Maldición, tenía la cabeza hecha un lío–. Encontraste la habitación de huéspedes cuando llegaste, ¿no?

–Sí. Gracias por decirle al portero que me dejara entrar.

–Ya sé que eres casi un superhéroe, pero me pareció demasiado esperar que hicieras la gran Clark Kent en una cabina telefónica –respondí, y casi se me escapa una sonrisa irónica.

–Tus amigos me parecieron simpáticos los tres minutos que pasé con ellos –dijo mientras se desabotonaba el saco–. Me gusta que Kenna quiera protegerte. –Se deslizó el saco de los hombros y lo dobló al medio antes de apoyarlo en el respaldo del sillón de cuero.

–Yo puedo cuidarme sola. –Me crucé de brazos, como si así pudiera evitar otra grieta en mi fachada–. Que sea callada y tenga autocontrol no significa que no sepa protegerme o defender mi lugar en la compañía.

–Yo no diría que eres callada. Al menos, no cuando estás conmigo. Observadora y pensativa, sí, pero no callada.

–Aquí, siempre tengo que tener cuidado con lo que digo y a quién se lo digo. Siempre hay algún oído atento o un teléfono con grabadora. –Mirarlo fue un error. En un día común y corriente, Hudson era más que hermoso. Pero ¿en cueros? Se me hacía agua la boca de lo sexy que era. Verlo en esmoquin me había quitado el aliento, pero verlo parado ahí, tan casual, con su chaleco negro y

arremangándose la camisa de vestir, me robó toda la capacidad de raciocinio, y mi deseo sexual pasó de «sí, sería divertido» a «¿cuánto voy a tardar en treparme encima de este hombre?». Calor instantáneo. Y yo podría haberlo tenido si se lo hubiera pedido. Él me lo había dejado muy claro.

–Debe ser agotador tener que estar alerta todo el tiempo –dijo él, admirando la vista del horizonte de Nueva York por la ventana.

–Desde que me caí, es más difícil –admití–. La cultura de la compañía cambia todos los años porque los bailarines vienen y van, pero la mayor parte del tiempo, nos apoyamos entre todos, aunque seguimos siendo competitivos. –Apreté los puños y las uñas se me hundieron en las manos–. Pero, no bien me caí, fue como estar entre tiburones, sobre todo por Charlotte. –Otra vez se avivó la furia, que pasó de una chispita a una llama ardiente–. Estuvo trabajando con Isaac. –Sabía que Hudson la había escuchado antes de la presentación, pero necesitaba decirlo en voz alta, procesar la realidad, el peligro muy real que representaba–. Él le estuvo enseñando la coreografía que creó para *mí.* Nunca habían creado un papel para mí. Bueno, a veces cambiaban un poco alguna coreografía, pero nunca me habían hecho un ballet entero. Es un momento de mi carrera que quizá sea irrepetible, y él le está enseñando la coreografía.

–Ella es toda una joyita.

Hudson volteó a mirarme, y el calor que me corría por las venas se transformó en un ardor muy distinto. Mierda. Él estaba demasiado cerca, demasiado accesible, y era demasiado peligroso para mi tranquilidad.

–No te tendría que haber dicho nada.

Me alejé de él antes de hacer una idiotez, como saltarle encima, pero eso no me impidió pensar en todas las promesas provocadoras que me había hecho en la gala. Me levanté el vestido para no tropezarme y me dirigí hacia la cocina.

–Me puedes decir lo que quieras. No voy a usarlo en tu contra, Allie. –Él me siguió, pero se quedó en la otra punta de la isla. Abrí el refrigerador.

–¿Tienes hambre? –Rebusqué entre un par de recipientes de comida para llevar–. Te prometí una cena y te hice irte antes del primer plato.

–Estoy más preocupado por ti que por la comida.

–¿Qué quieres que te diga, Hudson? –Aparté un cartón de leche bastante dudoso, pero solo encontré yogur y bocadillos para llevar al estudio. Mierda. Cerrar de un golpe la puerta del refrigerador tendría que haber sido mi primera pista de que estaba perdiendo el control. Dejar entrar a Hudson era la segunda.

–Podrías decirme lo que sientes, para empezar. –Él cruzó los tobillos y se reclinó contra la encimera, cerca del fregadero.

–¿Lo que siento? Estoy enojada. ¿Qué opinas de ese sentimiento? –Fui hacia el congelador y abrí la puerta bruscamente.

–Es un gran comienzo.

–Todo lo que tanto me costó conseguir está a centímetros de escaparse de mis manos. Me arriesgo a perder mi contrato, mi ballet, y a mi madre… Dios, ni que hubiera tenido su aprobación o su orgullo en primer lugar. Solo soy el reemplazo de Lina, porque Anne no baila y, si fracaso, va a cambiarme por Eva. A fin de cuentas, soy solo otra Rousseau, totalmente reemplazable. –Encontré dos envases de helado, algunas bolsas de verduras congeladas y unos cuantos recipientes con caldo–. ¿Y por qué no hay una mierda para comer en esta casa?

Cerré de un golpe esa puerta también y, cuando giré, quedé cara a cara con Hudson. Él estaba ahí parado, muy tranquilo y compuesto, mirándome como si yo fuera un tornado y él fuera un cazador de tormentas esperando ver para qué lado iba a ir. Se habían invertido los papeles, pero igual éramos… nosotros mismos. No tenía sentido tratar de levantar la guardia otra vez. No hacía falta que me mostrara serena delante de él ni que aparentara ser perfecta, porque él ya sabía que, en el fondo, yo no era ninguna de esas dos cosas. Por dentro, era imperfecta, desordenada y caótica, igual que él. Y solo él tenía el poder de calmar el caos. Ese beso en la playa me había llenado como ningún otro, había ocupado tanto espacio que no había podido sentir nada más, solo a él. Hasta el dolor que me provocaba nuestro pasado se trataba de él. Cuando

estaba en sus brazos, no existían el ballet, ni las políticas de la compañía, ni mi madre decepcionada, ni la presión por recuperarme. No podía preocuparme por mi futuro cuando él consumía cada gramo de mi presente. Y si solo importaba el ahora, no había riesgo de salir lastimada, ¿no?

–¿Qué estás pensando, Allie? –preguntó Hudson, apoyando los brazos en el borde de la encimera.

–Creo que quiero cinco minutos. –Caminé hacia su lado de la isla.

–Y esta vez, ¿qué vamos a fingir?

–Que me deseas. –Me paré justo delante de él, y vi un brillo ardiente en su mirada.

–Eso es una realidad. Vivo en un estado constante de deseo por ti desde los diecisiete años. No sé hacer otra cosa más que desearte.

Ignoré la explosión de… lo que fuera… que me hizo sentir esa confesión.

–Creo recordar que hablaste de hacerme acabar dos veces. ¿Estabas fanfarroneando? –Busqué sus ojos con los míos, y la piel me cosquilleó, expectante.

–Te lo estaba prometiendo. –Él levantó una mano y, muy despacio, me acarició la mejilla, y yo me entregué al contacto–. Para un momento en que no estés tratando de tapar tus sentimientos con sexo.

Me dio un vuelco el corazón. Hudson se estaba haciendo el noble, y yo no podía lidiar con eso en ese momento.

–Aprendí de ti y estoy rompiendo las reglas. Los últimos cinco minutos fueron tuyos. Estos son míos –dije, retrocediendo dos pasos.

–Allie… –me dijo él, con la mandíbula tensa.

–Así que, si me deseas, yo que tú aceptaría la oferta. Porque no la vas a recibir dos veces. –Llevé la mano bajo el brazo, me desabroché el vestido con un chasquido de los dedos y luego bajé la cremallera del costado–. Tú eres el decidido de los dos, así que elige. Ahora o nunca.

–Estoy tratando de hacer lo correcto.

Hudson miró el movimiento de mis dedos como si no comiera hacía meses y yo estuviera a punto de obsequiarle un festín. Esa

mirada bastó para que se me disparara el pulso.

–Lo correcto está sobrevalorado. –Cuando llegué a la cintura, el vestido se abrió a lo largo de mis costillas.

–Te deseo –gruñó él.

–Creo que eso ya quedó claro. –Dejé caer uno de los tirantes.

–Te deseo toda –dijo tras negar con la cabeza–. Sin máscaras. Sin paredes. Sin hacer de cuenta que lo que pasa entre nosotros es falso cuando los dos sabemos que es terrible, desesperante, increíblemente real. Y deseo más de cinco minutos.

Un pánico glacial me invadió el cuerpo entero, pero se derritió al instante por el calor abrumador que corría por mis venas.

–Eso no va a pasar –dije. No volvería a cometer la tontería de dejarlo entrar del todo después de que él me abandonara.

–Sí que va a pasar. –La convicción en su mirada no me impidió llevar la mano al otro hombro–. Y ojalá fuera mejor persona y no usara el sexo para llegar a ti, para que te quedes a mi lado. Pero no lo soy.

–No te preocupes, igual no puedes llegar a mí. –Deslicé el otro tirante por la curva de mi hombro y lo dejé caer sobre mi brazo, disfrutando de ver a Hudson seguir cada uno de mis movimientos–. No te voy a dejar. Ya te dije que no me gustan las cosas complicadas. –Para mí, el sexo no tenía nada que ver con las emociones, y Hudson no iba a hacerme cambiar de opinión. Él negó con la cabeza.

–Esto no es un debate. Es un aviso. Dijimos que seríamos sinceros, ¿recuerdas? –dijo él, y se le tensaron todos los músculos del cuerpo–. Tú estás usando esto para escapar, y yo te estoy diciendo que voy a usarlo para que te quedes a mi lado.

–¿Qué vas a hacer, Hudson? –pregunté, arqueando una ceja–. ¿Me vas a coger tan bien que nunca querré irme de tu cama? ¿Estaré dispuesta a olvidar todo nuestro pasado por los orgasmos increíbles que me provocarás? –Imposible. Mi vibrador me hacía tener unos orgasmos divinos y eso no me impedía reemplazarlo todos los años.

–Sí.

Los ojos de Hudson se dirigieron a mi escote y dejé caer el vestido apenas un centímetro. Él reprimió un gruñido y sonreí apenas. Era

mío. Ambos lo sabíamos.

–Entonces, por favor, haz el intento.

Levanté el mentón y él se lanzó sobre mí. Me preparé para el impacto, y no me decepcionó. Su boca se estrelló contra la mía en el mismo instante en que su mano me sujetó el rostro y la otra, apoyada en mi espalda, me apretó contra él. *Sí.* Todas las células de mi cuerpo gritaban la palabra mientras toda mi concentración, mi mismísima existencia, se reducían a la sensación de sus labios sobre los míos. Él me apretó el mentón con el pulgar y cuando abrí la boca, me invadió la curva hábil de su lengua. El beso fue tan ardiente e intenso como la primera vez y, por una milésima de segundo, me preocupó que de verdad pudiera hacer lo que me había dicho, y que me volviera adicta a él.

La idea se desvaneció cuando Hudson deslizó la mano por mi garganta y siguió bajando por la curva de mi pecho y la piel que había desnudado mi cremallera. Sus caricias despertaban uno a uno mis nervios y me hacían poner la piel de gallina. Él me besó con más ganas cuando me sujetó el trasero con las dos manos, luego me tomó de las caderas y me levantó. Le rodeé el cuello con los brazos y los tirantes del vestido me cortaron la circulación cuando lo besé apasionadamente y le lamí los labios para reclamar lo que era mío. Aterricé sobre el granito frío de la encimera, pero no hice ni una mueca al sentir la temperatura, porque él me besaba una y otra vez, y ahogaba el ruido del mundo exterior al convertirse en el centro del mío. Solo existían su boca, su lengua, sus manos, y la necesidad intensa que nos consumía a los dos.

Una oleada de calor se instaló entre mis muslos cuando él movió las manos entre ellos y me rozó la piel que dejaba al descubierto el tajo de mi vestido. Luego, se abrió paso para hacer lugar a sus caderas, ocupó el espacio que nos separaba y un poco más también, y me separó las piernas para acomodarse mejor. Me mordisqueó el labio inferior antes de pasar a mi oreja y rozarme la piel sensible con los labios.

–Si quieres que pare, me avisas. Si no te gusta lo que estoy haciendo, me avisas. Si estoy por cruzar un límite, me avisas. –Hudson levantó la cabeza y me miró a los ojos–. ¿Entendido?

–Sí.

Eso era lo único que él necesitaba escuchar, y me acarició la nuca antes de hundir los dedos en mi cabello.

–Eres tan hermosa. No hay nadie como tú, Allie.

Lo sujeté del chaleco y lo atraje otra vez hacia mi boca. Él gruñó al besarme, y el sonido me hizo sentir poderosa mientras le desabrochaba los botones. Luego, con un poco de ayuda de su parte, le quité la prenda. Cuando pasé a los botones de su camisa, él hundió los labios en mi cuello, y perdí la concentración al sentirlo recorrer todos los puntos sensibles que me había descubierto aquel día en la playa. Hudson me arrancó un jadeo, y luego un gemido de los labios. Recordaba a la perfección lo que me gustaba y aprovechó ese conocimiento para prender todos mis interruptores, hasta que prácticamente quedé vibrando. Se me tensaron los muslos, expectantes. Iba a ser increíble. Ya lo era, y todavía estábamos vestidos.

Le arranqué la camisa de adentro de los pantalones mientras él avanzaba hacia nuevo territorio: con los labios, recorrió hasta el último centímetro de la piel debajo de mi clavícula y se detuvo para explorar la curva de mis pechos, y, con la mano, acarició la piel de mi pierna y comenzó a subir por mi muslo.

–Quítatela –le ordené, tironeándole la camisa.

Él sonrió contra mi piel y luego me soltó durante solo un segundo, el tiempo que tardó la camisa en caer al suelo. Le apoyé las manos sobre el pecho cuando se inclinó a besarme y lo empujé con delicadeza. Él comprendió lo que quería y se paró derecho. Sí, carajo. Solté un suspiro de admiración y me lo comí con los ojos, tomándome todo el tiempo que me había negado a mí misma en la playa. Los bailarines, incluso los hombres, eran altos y esbeltos. Hudson era gigante, lleno de músculos firmes, desde las líneas de sus pectorales hasta los abdominales marcados. Yo ya lo había visto sin camisa, pero me quedé mirándolo fijo, luchando contra la única palabra que se negaba a salir de mi cabeza: «mío». Yo nunca había sido posesiva con nadie, solo con él, y ahora era mío.

–No puedes ser real. –Lo miré a los ojos mientras trazaba con los dedos la forma de sus abdominales, que se tensaron ante el

contacto.

–Estás rodeada de bailarines profesionales –me recordó él, con una sonrisa jugueteando en los labios–. Ves cuerpos atléticos todo el tiempo.

–No así. –Seguí las líneas, que pedían sexo a gritos, hasta su cintura–. No como el tuyo.

Solo de mirarlo, me subió la temperatura corporal. Él se abalanzó sobre mí y se adueñó de mi boca con un beso que me dejó atontada.

–Estoy tratando de portarme bien, pero si sigues diciéndome esas cosas, te voy a tener que coger, Allie.

–Sí, por favor –respondí contra su boca.

Perdimos el control del beso, que se transformó en un delirio carnal, y yo me liberé de los tirantes del vestido y confié en que la ballena del corsé lo mantuviera en su lugar mientras él me acariciaba el muslo. Alejé la boca y tomé una bocanada de aire cuando Hudson me acarició ese punto sensible por encima de la seda de mi tanga. Con la otra mano, me sujetó del pelo y tiró. Arqueé la espalda y llevé los brazos hacia atrás, y mi vestido se deslizó hasta mi cintura y dejó al descubierto mis pechos desnudos.

–Mierda –murmuró él, y me recorrió el cuerpo con una mirada voraz que me hizo latir más rápido el corazón–. No puedes ser tan perfecta.

Me rodeó un pezón con los labios y lo acarició con la lengua, y yo gemí al sentir una oleada de deseo al rojo vivo. Dios, qué hermosa sensación. Fue incluso mejor cuando pasó a mi otro pecho y empezó otra vez. Me temblaron las caderas, y él trazó el recorrido del elástico de mi ropa interior, desde la cadera, pasando por la cara interna del muslo, hasta llegar a mi centro. Dos centímetros a la izquierda y estaría justo donde yo necesitaba.

Hudson me hacía arder de deseo, me derretía con su boca y el roce suave y delicado de sus dedos. Necesitaba más. Nunca había sentido tanta urgencia, como si fuera a acabarse el mundo si él no me tocaba, si no apaciguaba el palpitar cada vez más intenso entre mis muslos.

–Si quieres parar, dime ahora. –Hudson pasó los dedos sobre mi centro, sobre el pedacito de tela que era lo único que se interponía entre nosotros, y me rozó el pezón con los dientes antes de levantar la cabeza para mirarme a los ojos.

–Más. –Ni loca iba a parar.

–¿Allie? –Hudson se acercó y me rozó los labios con los suyos sin dejar de jugar con mi ropa interior–. Creo que ya pasaron los cinco minutos. ¿Quieres cinco más?

–Por Dios, Hudson, tócame de una vez.

Me apoyé sobre una mano y le sujeté la nuca con la otra. Él me miró detenidamente, como queriendo analizar mi reacción cuando sus dedos me encontraron, y entonces cerró los ojos y soltó un gruñido.

–Dios, Allie, estás empapada.

Jadeé cuando me rozó el clítoris. Él volvió a abrir los ojos, y yo no supe qué me excitaba más, si el modo en que trazaba círculos alrededor de mi clítoris sin llegar a tocarlo, o la forma en que me miraba, como si yo fuera la respuesta a todas sus preguntas. «Despacio». Círculo. «Caliente». Círculo. «Suave». Círculo. «Perfecto».

Hudson bajó la mano de mi nuca a mi espalda y me sostuvo cuando me arqueé y meneé las caderas, buscando fricción, presión, algo que me hiciera liberar la tensión cada vez más grande que había construido él con los movimientos de sus dedos. Le rodeé la cadera con la pierna izquierda y aproveché para ponerme en la posición correcta, así su próxima caricia aterrizaba justo donde yo necesitaba. Mierda. Sentí una inyección de placer en las venas, intensa y dulce. Mis gemidos resonaron en la habitación. Una y otra vez, me meneé contra su mano, marcando el ritmo y la presión que me gustaban, en busca de la explosión, del clímax, que estaba tan cerca que ya casi lo saboreaba.

–Dime, cielo. –Hudson me rozó los labios y corrió la mano, negándome lo que yo quería–. ¿Estás acostumbrada a tomar lo que quieres?

En respuesta, le rodeé el cuello con los brazos y lo besé, y otra vez meneé las caderas. Gemí frustrada al notar que, a pesar de mis

esfuerzos, él seguía tocándome despacio, provocándome.

–Sí, ¿no? –insistió. Me buscó la mirada, y odié que él pudiera hablar tan tranquilo, que tuviera todo bajo control mientras yo me retorcía debajo de él–. Sabes lo que necesita tu cuerpo y lo tomas. Rápido. Fácil. Tienes compañeros, no amantes.

–Sí. –Corcoveé otra vez, y él se alejó. Solté un grito de pura frustración cuando el clímax que había estado persiguiendo se me escurrió entre los dedos–. ¿Qué haces?

–Me niego a darte el pequeño orgasmo que casi me robas para poder volverte loca con el que te voy a dar yo.

Hudson comenzó a trazar círculos sobre mi clítoris otra vez, como queriendo devolverme lo que me había arrebatado descaradamente. Llevó la boca a mi pecho y movió la lengua en círculos, siguiendo el mismo ritmo, hasta que ese deseo ardió más potente y voraz que antes. Luego, lo volvió a hacer, se alejó justo cuando yo estaba por llegar y comenzó otra vez, alimentando un fuego cada vez más ardiente, tensando cada vez más la cuerda, hasta que me retorcí, desesperada. Le hundí las uñas en la cabeza y se las pasé por la espalda.

–Hudson. –Era una súplica. Él me miró con ojos fogosos, hambrientos.

–Dilo otra vez. –Sus dedos descendieron un poco más, y me di cuenta de que yo ya había renunciado al control… y había ganado poder.

–Hudson. –Un dedo largo se deslizó dentro de mí. Jadeé y se me tensaron los músculos alrededor del intruso, más que bienvenido–. Hudson. –Un segundo dedo se le sumó, y gemí por lo delicioso que se sentía abrirme así. Había pasado mucho tiempo–. Hudson –susurré otra vez, y arqueé las caderas.

–Eres muy sexy. –Un gruñido retumbó en su pecho, y me propuse volver a escuchar ese sonido aunque se me fuera la vida en eso–. Dios, estás prendida fuego, ¿no?

Lo sujeté de la cabeza para besarlo y luego murmuré:

–Hudson.

–Sí. –Él se apoderó de mi boca con un beso apasionado y comenzó a mover los dedos, profunda y firmemente, y manteniendo

un ritmo constante, delicioso, adictivo, que me hizo saber cómo usaría su verga. Era demasiado y, al mismo tiempo, no me alcanzaba.

–Te deseo –gemí contra su boca.

–Aquí estoy. –Me acarició el clítoris con el pulgar sin dejar de mover los dedos, y esa tensión intensa y envolvente capturó toda mi atención. Cerré los ojos y tensé los muslos alrededor de su mano–. Mírame, Allie –me ordenó, y yo obedecí y le clavé la mirada mientras él curvaba los dedos para tocarme el punto G.

Dios. Si paraba, me iba a morir. Explotaría ahí mismo y dejaría de existir. Comencé a jadear agitada y meneé las caderas, pidiendo más. Él me dio lo que pedía y la tensión que me envolvía creció hasta llegar a su punto culminante.

–No te falta nada, ¿no, cielo?

–Hudson –dije, tan suavemente que casi ni fue un suspiro, y se me tensó todo el cuerpo.

–Sí. Eres mía –susurró él.

Solo hizo falta otra caricia. Exploté. Ola tras ola de placer se sucedieron en mí, todas igual de intensas, rompiendo una y otra vez mientras gritaba y me aferraba a Hudson como si él fuera lo único que me mantenía anclada al mundo. Cuando me calmé, él me besó apenas los labios y retiró la mano.

–Eres impresionante. Me vuelas la cabeza. Podría mirarte acabar todo el día, todos los días, y no me aburriría nunca. –Hudson me miró fascinado y yo sonreí.

–No puedes decir eso después de una sola vez. –Llevé la mano a su cinturón, pero él se quedó helado, mirándome con una expresión de lo más extraña. ¿Era curiosidad? ¿Sorpresa?–. ¿Qué? –Dejé caer las manos y, sin querer, le rocé la verga, muy dura.

–Hazlo otra vez. –Tomé la hebilla de su cinturón–. Eso no. Sonríe –me suplicó.

–¿Qué? –Al verlo abrir los ojos con incredulidad, curvé los labios.

–Ahí está. Dios, te extrañaba.

Hudson me dio un beso largo y apasionado, y llevó los dedos a las tiras de mi tanga para quitármela. Sus labios solo se apartaron de los míos cuando me despojó de la prenda. Me lanzó una mirada

famélica que otra vez me hizo levantar temperatura, y me sorprendí. Por lo general, con una sola vez yo ya quedaba satisfecha, pero sentí una chispa de necesidad en el fondo de mi ser cuando él se instaló entre mis muslos. Mierda, no era solamente que deseara hacerlo acabar, lo deseaba a él, de verdad.

Me senté y mis labios se fundieron con los suyos, y deslicé la lengua detrás de sus dientes. Él me hundió los dedos en las caderas y yo metí las manos entre nosotros y lo toqué por encima del pantalón. Caliente. Dura. Gruesa. Justo lo que yo necesitaba. El gruñido que le arranqué era la clase de sonido que me hubiera gustado grabar y reproducir una y otra y otra vez, pero él me tomó por sorpresa cuando me sujetó las manos y las alejó de su cuerpo.

–¿Hudson? –pregunté entre beso y beso, cuando él me recostó sobre la encimera.

–Soy un hombre de palabra.

Sin más, se alejó de mí y se hundió entre mis muslos, y luego me levantó el vestido, que estaba hecho un desastre, hasta la cintura. *Mierda.*

–Hudson, casi nunca puedo acabar más de una vez.

–Acepto el desafío. –Apoyó la boca y solté un grito al sentir el movimiento de su lengua sobre mi clítoris, muy sensibilizado. Cuando volvió a hacerlo, nuestras miradas se encontraron, y arqueé la espalda–. Sabes mejor de lo que soñaba. Y soñé con esto durante años, Allie. –Me acomodó las piernas sobre sus hombros y me arrastró hasta que mi trasero quedó en el borde de la isla–. Once largos años.

Eché la cabeza hacia atrás mientras él lamía y succionaba, provocaba y torturaba. Cada puñalada de su lengua me hacía chillar, cada contacto con mi clítoris me hacía jadear y pedir más. Me retorcí y moví por el placer intenso que fue aumentando cada vez más, hasta casi rozar el dolor, y hundí los dedos en su pelo para alejarlo, pero, en lugar de hacerlo, lo atraje más a mí.

–Por Dios, no pares. –Él obedeció–. Hudson –gemí, con la cabeza a punto de explotar, mientras él me llevaba implacablemente hacia un lugar que yo no sabía que existía. Dejó de provocarme y, sin vueltas, me devoró.

Y cuando se me tensaron las piernas, redobló la intensidad, y usó la lengua y los dedos, sumergidos dentro de mí, hasta que comencé a temblar. Tenía el cuerpo tan tenso que las únicas opciones eran acabar o morir ahí mismo, en la isla de la cocina, con Hudson entre las piernas.

Él apoyó la punta de la lengua en mi clítoris y grité algo que sonó parecido a su nombre cuando mi cuerpo se entregó al placer y la tensión en mi interior explotó violentamente. Meneé las caderas contra su cara y él me apoyó el brazo sobre el estómago para inmovilizarme mientras, de a un lengüetazo a la vez, me provocaba el orgasmo más intenso de toda mi vida. Para cuando pasó el clímax, yo estaba completamente relajada, sumida en la dicha y la satisfacción.

–No estabas fanfarroneando –logré decir entre las bocanadas de aire que tomaba para calmar el latido de mi corazón.

Él sonrió de oreja a oreja y, por un instante, se asomó ese hoyuelo en su mejilla. Luego, me bajó las piernas de sus hombros y las dejó colgar del borde de la encimera al pararse. El fuego en su mirada cuando me clavó los ojos me obligó a incorporarme.

–Ahora. –Le desabroché el cinturón antes de que se le metiera en la cabeza la idea de arruinarme por tercera vez.

–Allie –susurró él, con un dejo de desesperación en la voz, y sentí su verga tensa contra su pantalón cuando le…

Escuché el sonido de la llave en la cerradura un segundo antes de que se abriera la puerta, que luego se cerró de un golpe. Me quedé helada, con los dedos en la cintura de Hudson.

–Mierda –gruñó él, y se movió a una velocidad que jamás había visto.

Me subió el corsé de un tirón, me bajó de la isla y me ayudó a pararme derecha para que el vestido cayera en su lugar. Luego, me empujó con las caderas para que apoyara las mías contra la encimera, así no perdía el equilibrio, porque me flaqueaban las rodillas. Él tenía la verga más dura que el granito de la encimera y la sentía apretada contra mi estómago, protestando a gritos, igual que yo por dentro. No iba a pasar.

–¿Están aquí? –preguntó Eva. Oí el repiqueteo de sus tacones contra el suelo mientras Hudson me subía la cremallera y, al segundo siguiente, ella ya estaba en la cocina–. Aquí est… –Abrió grandes los ojos y giró para darnos la espalda–. Dios mío. ¿De verdad están…? –Volvió a darse vuelta–. Aquí es donde comemos. –Señaló los taburetes al final de la isla y luego volvió a mirarnos, clavando los ojos en el torso desnudo de Hudson, y yo me corrí para taparlo, por si se llegaba a ver algo. Vestida o desnuda, su verga era mía, no para el deleite de los ojos de Eva–. Increíble. De verdad, increíble. –Me levantó los pulgares–. Te felicito, Allie.

Deseé que me tragara la tierra. Cuanto antes. Mi hermana se quedó mirando el suelo, pero no era la camisa de Hudson lo que le había llamado la atención. Cuando seguí su mirada, me quise morir. Ella levantó las cejas, sin despegar la vista de mi tanga rosada.

–Y a ti también te felicito, Hudson –comentó.

–¡Eva! –exclamé, con un hilo de voz.

–Claro. –Mi hermana nos dio la espalda–. Perdón por interrumpirlos. Se nota que la estaban pasando bien. Vi que te fuiste temprano de la gala y me fui después de cenar por si necesitabas hablar, pero veo que encontraste un consuelo *mucho* mejor. –Enterré la cabeza en el pecho de Hudson, y él me besó el pelo–. Bueno, ya voy a dormir. –Caminó por el pasillo hacia los escalones que llevaban a la planta alta–. Creo que Anne se va a quedar en su casa hoy, así que siéntanse libres de seguir con sus aventuras en la cocina. Pero no hagan ruido. Las paredes son muy delgadas y no necesito escuchar eso. Ah, y por el amor de Dios, desinfecta las encimeras antes de cocinar.

Recién cuando escuché el sonido de su puerta cerrándose, tomé una bocanada de aire.

–No puedo creer que pasara eso –dije, levantando la cabeza.

–Pero pasó. –Hudson recogió su ropa del suelo y me pasó mi ropa interior–. Por eso mismo vivo solo.

¿Para que no lo interrumpieran cuando llevaba a montones de mujeres a su casa? La idea me molestó al instante, pero él tenía todo el derecho del mundo a hacer lo que quisiera no bien terminara esa farsa. En siete semanas, sería libre… porque yo no pensaba

quedarme con él. No podía. No podía confiar en alguien que me había abandonado en mi momento más vulnerable. Y, aun así, lo había usado sin vergüenza. Dos veces. Y él me lo había permitido. ¿Qué carajo tenía en la cabeza?

–No sé qué estás pensando, pero basta. –Hudson me sujetó el mentón con el dedo índice y el pulgar y me levantó la cabeza para que lo mirara. Realmente tenía unos ojos increíbles.

–Te usé para aplacar mi enojo. –Me dio una punzada de culpa en las costillas–. Lo siento.

–Yo no. –Dio un paso atrás y dejó caer la mano–. Pero me alegro de que hayamos parado. Quiero que te acuestes conmigo porque me deseas.

–Sí que te de… –comencé a decir, con los hombros hundidos por el peso de la vergüenza.

–Solo por eso –aclaró él, y ladeó la cabeza–. No, porque me necesitas. Eso es mejor. Nada más, solo necesidad. –Echó un vistazo hacia el pasillo–. Voy a dormir en la habitación de huéspedes. No te preocupes, me voy a levantar antes de que Eva se dé cuenta.

–¿Estás…? –Dios, había sentido su erección–. ¿Bien?

–Nada me deserotiza tan rápido como ver a tu hermana menor –respondió, asintiendo.

–Claro. –Me envolví la cintura con los brazos–. Lo siento mucho, de verdad. No va a volver a pasar.

–No me amenaces. –Hudson se puso la camisa y franqueó la distancia entre nosotros–. Lo que dije fue en serio. Hasta la última palabra. Y si quieres usar a alguien para escapar de la realidad, úsame a mí. Claro que me gustaría que cogieras conmigo porque me necesitas, pero acepto lo que me des, Allie.

–Me siento una basura.

–¿De verdad? –Hudson me miró de pies a cabeza como si me hubiera visto desnuda. Bueno, un poco sí–. Yo hubiera pensado que te sentirías muy bien y relajada después de acabar dos veces. –Abrí la boca y él esbozó una sonrisita arrogante mientras retrocedía–. ¿Qué me dijiste que tenía que hacer? ¿Cogerte tan bien que nunca quieras irte de mi cama y provocarte unos orgasmos increíbles? Ya

van dos, y quedan infinitos. A mí me parece que todo marcha según el plan.

Sin más, se dio vuelta y caminó por el pasillo hacia la habitación de huéspedes. Uf. Sin dudas, había cumplido con lo de los orgasmos. Oficialmente, mi yo del presente odiaba a mi yo del pasado. Eso no podía volver a pasar. Y lo decía en serio.

CAPÍTULO VEINTIUNO
Allie

TigresaTendu: Qué técnica INCREÍBLE. Tendrían que haberte puesto a TI de suplente, o darte el papel y listo.

Junio se transformó en julio, y yo ya estaba muy cómoda con lo que llamaba mi rutina de Haven Cove: ensayaba todo el día, le daba clases a Juniper por las tardes, y me mantenía al menos a tres metros de distancia de Hudson todo el tiempo.

Sobre todo en momentos así, cuando él estaba en cueros, entrenando en la piscina, mientras Juniper hacía la nueva rutina en el estudio. Gracias a Dios, las únicas ventanas que daban al patio trasero estaban al fondo de la habitación, en el gimnasio, y no ahí, donde necesitaba concentrarme.

Hudson no había vuelto a hablar de esa noche en Nueva York, seguramente porque no habíamos tenido ningún motivo para estar solos ni para fingir, ya que no había habido ningún evento familiar en el que su hermana pudiera maltratarme. Pero, al mismo tiempo, que no hubiera eventos familiares también me quitaba la posibilidad de ganarme el cariño de Caroline. Cada vez pasaba más tiempo desde que habíamos empezado con esa farsa y, hasta el momento, lo único que había hecho era encariñarme con una niñita sin tener derecho a hacerlo. Al menos tres veces por semana, Hudson traía a Juniper a mi casa después del trabajo y se quedaba nadando hasta la hora de volver.

Miré el reloj. En un par de minutos, él saldría de la piscina, subiría al porche y se dirigiría al baño de abajo a cambiarse, y yo podría dejar de luchar contra el impulso de correr un kilómetro en la cinta solo para tener una excusa para mirarlo por la ventana. De todos modos, tampoco necesitaba un recordatorio de cómo se veía: cada

vez que cerraba los ojos, lo veía encima de mí, sin camisa y en toda su gloria.

No podía volver a hacer eso, mucho menos sabiendo que él deseaba que lo nuestro fuera real, aunque, en cierto modo, ya lo era. Sin un motivo para actuar, solo éramos nosotros mismos y, aunque yo no lo estaba dejando entrar, tampoco lo trataba con frialdad. Juniper terminó la rutina con una pirueta, y yo presioné el botón de pausa del control remoto y silencié la música clásica. Ella dejó de sonreír y hundió los hombros.

–Antes me había salido mejor.

–Antes no estabas tan cansada, y para mí, te salió muy bien.

–Siempre dices eso –murmuró, jugando con su falda.

–No es cierto. Hoy a la tarde te dije que tenías que ponerle más empeño a la rotación de cadera. –Fui hasta el armario junto a la puerta del estudio y guardé el control remoto al lado del equipo de música–. Cuando te hago un cumplido, es en serio.

Comenzamos a hacer los ejercicios de estiramiento para terminar y, cuando pasamos a los de las piernas, Juniper me preguntó:

–¿Estás entusiasmada por ir de campamento la semana que viene?

–No sé tanto sobre el viaje como para estar entusiasmada.

Yo no podía darme el lujo de dejar de entrenar unos días para ir de viaje, mucho menos con Charlotte respirándome en la nuca y maquinando para quedarse con mi papel, pero tampoco podía desaprovechar la oportunidad de compartir tiempo con Caroline. Pasar tres días bajo el escrutinio de la hermana de Hudson, sobre todo sabiendo que no iba a aprobar la evaluación, no me parecía lo más divertido del mundo, pero sería el último momento que pasáramos juntas, y necesitaba hacer avances antes de que todo el plan se viniera abajo.

–Es lo mejor del mundo. –Juniper sonrió y se inclinó para hacer otro estiramiento–. Siempre alquilamos unas cabañitas junto al lago. No son la gran cosa, no tienen electricidad ni nada, solo un par de camas de una plaza con colchones medio incómodos. –Arrugó la nariz–. La del medio es la mejor porque está más cerca de la letrina, para, ya sabes…

–Entendido. –Cambié de posición para estirar los flexores de la cadera–. Colchones incómodos, camas de una plaza, letrina.

–La abuela y el abuelo juntan sus camas. Mamá y papá hacían lo mismo –dijo, y se le quebró la voz–. Yo dormía con mis primos en la cabaña número cuatro, que tiene literas, pero después de que murió papá, a mamá la ponía nerviosa que estuviera tan lejos, por el lago, así que ahora duermo en su cabaña. Pero quizá este verano me deje volver con Mason y Melody.

–Quizá. –Sentí un estallido de empatía en el pecho. Era comprensible que Caroline quisiera proteger a Juniper–. Cuando murió mi papá, nosotras tres nos turnábamos para quedarnos en la casa de mamá hasta que estuvo lista para quedarse sola. Es lindo que le des consuelo a tu mamá.

Juniper giró hacia un lado para estirar la espalda y frunció más el ceño.

–¿Cómo murió el abuelo? –Hizo una mueca–. No hace falta que respondas. No quiero que te dé un ataque de pánico. –Como sucedió cuando hablamos de Lina.

–No te preocupes. Hablar de su muerte me resulta más fácil. Supongo que porque no estuve involucrada –le expliqué, y el estallido se transformó en dolor–. Se resbaló en la nieve cuando estaba saliendo de su casa. Cayó sobre un bloque de hielo y se quebró el cuello. Murió al instante, y lo agradezco, pero en ese momento también sentí que era una estupidez morir así. –Un sinsentido, incluso.

–Lo lamento –dijo ella en voz baja, y giró hacia el otro lado–. Pero no fue por ninguna enfermedad.

–No, fue un accidente nada más.

Negué con la cabeza, y se me hizo un nudo en el estómago. Debíamos hacerle análisis a Juniper. Lo mínimo que se merecía era conocer sus antecedentes genéticos y médicos, y, sin saber quién era el padre, solo podíamos darle la mitad de esa información.

–Bueno, volviendo al tema del campamento… –dijo Juniper cuando nos acomodamos para estirar las pantorrillas.

–¿Llevo repelente de insectos y protector solar?

Mis músculos protestaron a gritos, pero no hice ni una mueca. Había pasado demasiado tiempo en puntas, o sea que esa noche iba a tener que usar la pelota para relajar las piernas.

–Claro. Y también deberías llevar una buena bolsa de dormir, porque a veces hace frío –añadió–. Ah, y linternas. La cabaña número dos es la segunda mejor, porque está cerca del refugio y se siente el olor del desayuno a la mañana. –Se le iluminaron los ojos y no pude evitar sonreír. Su entusiasmo era contagioso–. Mamá siempre me prepara pan tostado con huevos fritos. Es mi desayuno favorito. Y después prepara el almuerzo para ir de pícnic, porque no nos quedamos todo el día en el campamento.

–¿Y qué hacen? –Reprimí una mueca de dolor y comencé a estirar la pantorrilla izquierda.

–Vamos a caminar. Hacemos tirolesa. Nos lanzamos a la parte más profunda del lago desde un columpio. Eso te va a encantar –dijo ella, sonriendo.

–Ehh… –Apreté los labios.

–A Allie no le gusta mucho correr riesgos –comentó Hudson desde la entrada.

Al instante, volteé a verlo. Dios, se veía bien. *Muy* bien. Todavía tenía el pelo húmedo, y su camiseta azul se extendía sobre esos músculos que yo no había tenido el tiempo suficiente de explorar. Saber que podía hacerlo si quería, pero elegir abstenerme era una forma de tortura bastante peculiar. «Acepto lo que me des». Sí, esas palabras habían aparecido en un par de sueños bastante vívidos que había tenido esa semana.

–Eso no es cierto –protesté–. Yo corro riesgos.

–Dice la mujer que aprendió a andar en bicicleta recién a los dieciséis años. –Cuando él me enseñó. Me miró con las cejas levantadas.

–A mamá no le gustaba que hiciéramos cosas riesgosas. –Me levanté y traté con todas mis fuerzas de ignorar la mirada de admiración de Hudson cuando observó mi conjunto deportivo.

–O divertidas –añadió él–. A ver si me acuerdo bien. Estaban prohibidas las bicicletas, los monopatines, las motos, obviamente. Los trampolines…

–Tú te encargaste de remediar casi todas esas cosas, y si supieras cuántos niños se lastiman al saltar de un trampolín, entenderías más a mi madre. –Recién a los diecisiete años había accedido a subirme a la moto. Juniper cambió las zapatillas por chanclas y guardó el resto de sus cosas en su bolso.

–… los deportes –continuó Hudson.

–El ballet se puede considerar un deporte –intervino Juniper, y yo levanté la mano. Me chocó los cinco cuando pasó junto a mí y caminó hacia su tío.

–Ah, y los chicos, por supuesto. –Hudson negó con la cabeza–. ¿Qué opina ahora de que sus hijas se relacionen con hombres?

–Confía en nuestro criterio. –Me encogí de hombros–. Y tampoco le cuento muchas cosas. Pero sabe lo de nosotros.

Noté que Hudson se puso tenso y quizá fuera por la luz, pero, de pronto, lo vi más pálido.

–¿Y cómo se lo tomó?

–Como mi mamá. –De ninguna manera pensaba repetir sus comentarios malintencionados.

–Sí, eso es lo que me preocupaba –dijo él lentamente, y le acarició la cabeza a Juniper cuando pasó junto a él de camino a la puerta.

–Relájate. –Esbocé una sonrisa–. No va a venir aquí enfurecida a echarte ni va a amenazarme con castigarme un millón de años. Hizo un comentario malicioso, como siempre, y después no habló más del tema. –Caminé hacia él–. No le dije la verdad, y supongo que se imagina que no vamos a durar tanto como para que valga la pena hacer un berrinche. Además, todavía está bastante enojada conmigo por arruinar la presentación de *Giselle* y hacerla pasar vergüenza. –La confesión se me escapó sin que pudiera evitarlo. Mierda, se estaba volviendo demasiado fácil hacer eso con Hudson.

–Te desgarraste el tendón de Aquiles –repuso él, frunciendo el ceño–. ¿Cómo eso la va a hacer pasar vergüenza?

Me mordí el labio y pensé en darle una respuesta superficial para poner distancia emocional entre nosotros. Pero en esa casa, en esa habitación, casi era fácil olvidar que había existido la última década. Él solo era Hudson, el chico que me había rescatado del agua y me había obligado a salir de mi zona de confort, que me había dado

apoyo incondicional sin insinuar ni por un momento que quería algo más que una amistad. «Esperé once años para besarte». Yo jamás lo había sospechado. A menos que fuera eso de lo que quería hablar aquella noche. «¿Nos podemos ver en la ensenada hoy?». Una versión más joven de la voz de Hudson se deslizó en mi cabeza, y pestañeé ante el recuerdo desdibujado. Intentar recordar ese día era como caminar en medio de una niebla densa. De vez en cuando, aparecía una voluta de claridad aquí y allá, pero nunca lograba ver la imagen completa. Lo que sí recordaba era que Hudson me había pedido que faltara al último evento del Clásico (en el que se repartían contratos como si fuera una ceremonia de entrega de premios) para que habláramos. Y no recordaba por qué, pero sabía que yo no había ido. Lina y yo estábamos volviendo del evento cuando ella…

–¿Allie? –me preguntó Hudson, acercándose a mí–. ¿Estás bien?

Pestañeé. El tobillo, estábamos hablando del tobillo.

–Yo tendría que haberlo evitado –le dije. Menos mal que iba a darle una respuesta superficial–. Sabía que necesitaba descansar, que lo más responsable hubiera sido pedirle a Charlotte que me reemplazara y tomarme la noche libre, o quizás el resto del mes. Ignoré todas las señales y fui igual. Me arriesgué, perdí el equilibrio y ahora tengo que lidiar con las consecuencias. –Escuché que la puerta de entrada se abría y se cerraba–. ¿Juniper se fue? –Me dirigí a la entrada.

–Yo tengo las llaves, así que no puede irse en la camioneta. –Hudson me rozó la cintura con la mano cuando salimos del estudio.

Caminamos hacia el vestíbulo y, al llegar, se me detuvo el corazón. Juniper no se había ido y no estaba sola. Eva estaba parada junto a la puerta, con las gafas de sol sobre la cabeza y un bolso de lona colgado del hombro, y la miraba, claramente confundida.

–¡Tía Allie, mira! –Juniper sonrió de oreja a oreja–. ¡Vino la tía Eva!

Mierda. La mano de Hudson, apoyada en mi espalda, se cerró con fuerza.

–¿La *tía* Eva? –repitió mi hermana. Me miró y luego echó un vistazo hacia la sala de estar cuando entró Anne, quitándose las

gafas de leer–. Ya sé que llevan todo el verano aquí, pero ¿una de las dos tuvo tiempo de crear a una niña entera?

Esto era malo. Muy muy *muy* malo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS
Allie

AmoElBallet97: ¿Estás tratando de mezclar Vaganova y Balanchine? Porque no te sale.

–Me hubieras avisado que ibas a venir –dijo Anne, abrazando a Eva con torpeza–. Te habría preparado la habitación.

–O, al menos, habrías escondido a la niña –murmuró Eva. Anne se alejó y me lanzó una mirada preocupada–. En serio, ¿qué está pasando? –preguntó, dejando caer su bolso al suelo.

–Soy Juniper Mecarro. La hija de Sean y Caroline Mecarro, pero Lina era mi mamá biológica. O mi progenitora. O mi mamá de nacimiento. Como más te guste. Yo prefiero madre biológica, pero quizá cambie de opinión cuando crezca.

–¿Lina? –Eva me miró, desconcertada, y asentí. Anne le dio la misma respuesta–. Entonces, Lina tuvo una hija y nadie lo sabía… –Frunció el ceño–. ¿Caroline Mecarro no es tu hermana? –le preguntó a Hudson.

–Así es –respondió él. Tenía la mano, tibia y firme, apoyada sobre mi espalda.

–A ver si adivino. Gavin es el padre.

Eva estudió a Juniper como si la niña fuera un experimento de ciencias. Se me detuvo el corazón al contemplar esa posibilidad, pero Hudson negó con la cabeza.

–No. Me hice una prueba de ADN después de Allie para sacarme la duda.

–No me contaste nada –susurré, lo cual fue medio tonto, porque igual nos escuchaban.

–No me pareció que fuera importante, si dio negativo –me explicó Hudson. El ritmo relajante de su pulgar acariciándome la espalda

desnuda me ayudaba a calmarme.

–Genial, entonces ¿quién es el padre? –preguntó Eva, echándose el largo cabello castaño hacia atrás.

–No sabemos –respondió Juniper, y frunció el ceño–. Lo que subiste a Seconds hoy a la mañana fue medio cruel.

–Estaba mostrando la técnica correcta de giros *piqué* –replicó Eva, volteando a mirarla–. Además, ¿no eres muy chica para tener redes sociales?

–A mí me pareció que estabas mostrando que tú podrías haber interpretado mejor a Giselle, porque usaste videos de la presentación para comparar. Ni siquiera borraste los comentarios que criticaban a Allie. –Juniper se encogió de hombros–. Pero yo qué voy a saber, ¿no? Solo tengo diez años.

¿Que Eva había hecho *qué?* Me puse tensa. Mi hermana le lanzó una sonrisa falsa a Hudson.

–Qué niña simpática.

–Gracias. –Juniper sonrió y se le marcaron unos hoyuelos debajo de la boca, y Eva entrecerró los ojos.

–Vámonos antes de que esto se ponga más incómodo. –Hudson me quitó la mano de la espalda y yo hice de cuenta que no la extrañé al instante–. Allie, ¿te paso a buscar el lunes?

–A las ocho –respondí–. Nos vemos en un par de días, Juniper.

–¡Adiós! –La niña nos saludó con la mano–. ¡La vamos a pasar muy bien en el campamento! –me prometió mientras Hudson la empujaba por la puerta, y luego la cerró al salir.

–Eva… –comenzó a decir Anne.

–Ya es hora de que te saques los anillos, ¿no te parece? –la interrumpió mi hermana. Sin molestarse en mover el bolso del vestíbulo, se dirigió a la sala de estar–. Te puedo presentar a un par de chicos si ya estás lista para conocer gente nueva. Chicas, también.

–Ah. –Anne pasó el pulgar por encima de sus anillos de compromiso y de casamiento–. No. Todavía no.

Me quedé mirando a mi hermana menor, impredecible como ella sola. ¿Qué haría ahora que sabía de la existencia de Juniper? Eva

podía ser cruel cuando estaba enojada, pero no me la imaginaba yendo a acusarnos con Caroline para desquitarse.

–Bueno, no sé qué es más raro. –Eva tomó asiento en el sillón–. Que Lina haya tenido una hija y nadie se haya enterado, o que tú vayas a ir de campamento.

–Me alegra verte, pero ¿qué haces aquí?

Me acomodé en el borde del sofá, lejos de mi teléfono para no ceder a la tentación de ver qué decía la gente en el video que había subido mi hermana criticándome. Anne se sentó junto a mí.

–Lo dices como si el hecho de que yo esté aquí fuera más raro que lo que acaba de pasar ahí. –Eva señaló el vestíbulo–. Anoche terminamos las presentaciones de verano. Por cierto, gracias por venir, Allie.

Bajé la mirada, agobiada por la culpa. Lo único que había aprendido al volver a Nueva York era que no sabía si me gustaba quien era yo estando ahí. O si siquiera sabía quién era. Solo me sentía yo misma cuando estaba con Hudson.

–Ya te dije que no es fácil para ella –la reprendió Anne.

–No hace falta que me justifiques. –Miré a Eva a los ojos–. Lo siento. La próxima vez, voy a ir a verte.

–La próxima vez, ya vas a haber vuelto. –Mi hermana se encogió de hombros y se quitó los zapatos antes de flexionar las piernas–. Te traje unos *bagels* de ese lugar que te gusta porque me imaginé que extrañabas la ciudad.

–Gracias. –¿Era una disculpa por el video que había subido?–. Qué tierna.

–Ah, y Vasily ya anunció el programa de otoño –añadió, lanzándome una mirada cómplice.

–¿En la página web? –*Respira*. Vasily solía cambiar de opinión. Que me hubiera dicho que *Equinox* sería uno de los tres ballets del programa de otoño no quería decir que fuera a ser así. Al menos, no hasta que lo anunciara públicamente.

–En la página web. –Eva sonrió de oreja a oreja y se le iluminaron los ojos–. *Equinox* está en el programa, Allie. ¡Por fin tendrás un papel creado especialmente para ti! ¡Felicitaciones!

De pronto, me faltaba el aire.

–¡Qué increíble! –Anne se acercó y me apretó los hombros–. Me muero por ir a verte.

Alegría, incredulidad, orgullo, todas las emociones me invadieron a la vez, pero la ansiedad era la más fuerte de ellas.

–Lo incluyó en el programa. De verdad lo vamos a hacer. –Sonreí y elegí dejar ganar a la alegría.

–Todavía no se definió el elenco, obvio, aunque todos saben que serán tú y Everett, pero… –Una chispa de esperanza se encendió en los ojos de mi hermana–. Pensaba que, si me ayudas un par de días, voy a correr con ventaja cuando empiecen los ensayos y quizá consiga el papel de solista. Por favor, di que sí.

–¿Isaac ya presentó la coreografía? –En teoría, para eso todavía faltaban seis semanas.

–No, pero todos saben que se está cogiendo a Charlotte, y ella está… –Eva se removió en el sillón, incómoda–. Está practicando, Allie. La vi en el estudio horas después de que se fueran todos, sola con Isaac. Si no estás lista, te va a robar el papel.

–Ella es solista –respondí, pero me sobrevino una oleada de náuseas–. Si no estoy lista, le darán el papel a Reagan o a Candace. Ellas son bailarinas principales.

–Vas a estar lista –declaró Anne.

No, estaba por tomarme varios días para ir a retozar en el bosque. Mierda.

–Entonces, ¿de verdad Lina tuvo una hija? –Me sorprendí cuando Eva cambió de tema como si nada–. No entiendo por qué se la dio a Caroline. Ella nos odia. –Mi hermana arrugó la nariz–. En serio, ¿a Caroline no le molesta que ella venga aquí? Estoy bastante segura de que preferiría prender fuego nuestra casa antes que dejar que su hija pase tiempo con nosotras.

–Caroline no sabe nada –le explicó Anne–. Todavía no. Ahora te contamos lo que sabemos…

–No hace falta. –Eva se encogió de hombros–. Es linda. Es igualita a las fotos de Lina, pero no creo que la vea mucho.

–La idea es cambiar eso –repuso Anne con una sonrisa optimista.

–¿Por qué? –Eva tomó la botella de agua que estaba en la mesita, abrió la tapa y bebió un sorbo–. Si ella está contenta, déjenla

tranquila. Está claro que Lina no quería que nos metiéramos, si no, nos habría contado. –Dejó la botella de agua en su lugar–. Pero ¿de verdad no saben quién es el padre?

–No. Sospechamos que es alguien de San Francisco.

–Ah. –Eva se levantó y estiró los brazos sobre la cabeza–. Yo le preguntaría a Jacob. Creo que él estaba ahí en esa época. Estuvo un par de años en el cuerpo de baile. Quizá sepa con quién andaba Lina. ¿De verdad vas a ir de campamento? –Esa pregunta estaba dirigida a mí.

–Sí. –Asentí–. Estoy tratando de caerle bien a Caroline para que no nos ponga una orden de restricción cuando le digamos que somos la familia biológica de Juniper.

Mi hermana tenía razón: era buena idea empezar por Jacob. Todas las otras personas que yo conocía y en las que confiaba habían comenzado su carrera en Nueva York y nunca se habían movido de ahí.

–¿Cuánto tiempo?

–Tres días –respondí.

–¿Vas a dejar de entrenar *tres días* para ir a pasear al bosque? –preguntó ella, levantando la voz–. No puedes darte ese lujo.

–Sí que puede –intervino Anne, acomodándose los rizos detrás de las orejas–. Allie necesita tener una vida por fuera de la compañía. Queremos que lo haga, Eva. –Adoptó un tono parecido al de mamá.

–¿Queremos que desaparezca y no se tome en serio su puesto ni el papel que le van a dar para que pase tiempo con una niña que Lina ni siquiera quería que conociéramos? –Eva resopló–. Muy responsable de tu parte, Allie. Mamá estaría orgullosa.

–Qué golpe bajo. –Me puse de pie–. Voy a recuperar los días, y mi psicóloga piensa que es una buena idea. Salir del estudio e ir de campamento –aclaré–, no mentirle a Caroline. Voy a empacar.

–No entiendo cómo puede ser que tengas *todo* y no te esfuerces por conservarlo –me dijo Eva, siguiéndome al vestíbulo–. Yo mataría por tener la mitad de tu talento, y tú lo estás desperdiciando. Es muy injusto.

–Deja de pelear –le ordenó Anne.

–¿Por eso hiciste ese video? –Al llegar al primer escalón, me di vuelta–. ¿Para vengarte de mí por no ir anoche? ¿O para mostrarle a todo el mundo que tú eres más talentosa que yo? ¿Tan desesperada estás por mostrar lo que vales que necesitas que un millón de personas te digan que eres mejor que yo? ¿Vale la pena crucificarme en internet para recibir un poco de validación?

–Tenemos que sumar seguidores, y tú no filmaste nada de contenido de la rehabilitación, y accediste a dejarme usar videos de… –comenzó a decir Eva, seria.

–¡Yo accedí a ayudar a mi hermana! –Mi grito llenó los pasillos vacíos de la casa.

–¡Las dos sabemos que quieren verte a ti! –exclamó ella, apretando los puños–. Tú eres *Alessandra Rousseau,* ¡todos te aman, todos te admiran, todos te validan! Yo solo soy la hermana menor a la que le hicieron un lugar en la compañía para darte el gusto.

–Eso es mentira y tú lo sabes. –Negué con la cabeza. Nadie me conocía tanto como para amarme, solo mis hermanas–. Vasily no se maneja con favoritismos. No contrató a Lina la primera temporada, ¿recuerdas? La hizo esforzarse y mejorar otro año antes de volver a audicionar, igual que a ti. Deja de querer dar lástima, Eva.

–Claro –replicó ella con sarcasmo–. Porque el apellido de Maxim no tiene nada que ver con su puesto de coreógrafo. –Puso los ojos en blanco–. Deja de hacerte la humilde y admítelo de una vez. Tú eres la reina…

–¡Basta! –Anne se paró en medio de nosotras y agitó los brazos–. ¡La terminan ya mismo! Nunca estamos las tres juntas aquí, y no van a hacer esto. –Nos miró, primero a una y después a la otra–. Esto no es lo que se imaginaba mamá cuando dijo que quería que pasáramos más tiempo juntas…

–Llamémosla y preguntémosle. –Eva se llevó la mano al bolsillo y luego me miró–. ¿O solo te contesta con monosílabos? Todavía se avergüenza de ti, ¿no?

Hundí las uñas en el pasamanos de la escalera.

–¡Basta! –gritó Anne–. Sabes perfectamente que papá jamás te habría permitido hablarle así, y Lina habría… –Cerró la boca y respiró

profundo. Me invadió un torrente de culpa, y Eva desvió la mirada y se rodeó la cintura con los brazos–. Solo quedamos nosotras, chicas –continuó Anne con calma–. Nosotras tres. Todas tuvimos un año difícil, pero tenemos que esforzarnos por las demás. Tenemos que hacerlo.

Toda la furia se esfumó de mi cuerpo. Nosotras éramos los únicos pilotes del muelle que seguían en pie, y no íbamos a sobrevivir a otra tormenta si no nos apoyábamos la una en la otra. Si Eva se sentía mejor subiendo un video de mi lesión que igual ya había visto todo el mundo, que lo hiciera. Era un pequeño precio a pagar para que mi hermana obtuviera lo que fuera que necesitara de esa aplicación estúpida.

–Lo siento –me susurró Eva–. Me voy a calmar.

–Gracias. Y de verdad lo lamento. Tendría que haber ido anoche. –Miré a Anne y, al ver la desesperación en sus ojos suplicantes, suspiré. De las tres, ella era la que más problemas tenía, y no se merecía tener que lidiar con los nuestros. Lo mínimo que podía hacer era tratar de poner paños fríos sobre la situación–. Te voy a ayudar –le dije a Eva–. Tengo dos días antes de irme de campamento con Hudson, así que puedo enseñarte lo que sé de los papeles solistas de *Equinox.*

–¡Gracias! –A Eva se le iluminaron los ojos, pero era el alivio en los ojos de Anne lo que hacía que todo valiera la pena. Oí un tintineo de metal encima de mí y, cuando levanté la vista, vi a Sadie trotando escaleras abajo. Acababa de despertar de su siesta.

–Hola, bebita.

–A la mierda, ¿tienes una perra? –exclamó Eva–. ¿Qué diablos está pasando aquí?

–Solo déjate llevar –le dijo Anne–. Es nuestro nuevo lema.

Entrenamos durante todo el fin de semana, descansando solamente para ponernos hielo en los pies y, para cuando Eva se marchó, el lunes a la mañana, ya se había aprendido casi toda la coreografía. Había dejado su habitación hecha un desastre y había saqueado el armario de Lina en busca de otro jersey, pero al menos se sentía más segura de sí misma cuando se fue al aeropuerto.

En mi caso, la motivación para romperme la espalda entrenando había sido Charlotte. Ni loca iba a dejar que ella se quedara con el papel que habían creado para mí. Pero, mientras que a Eva los días en el estudio la habían llenado de energía, a mí me habían mostrado que todavía me faltaba mucho para recuperarme. Me había caído más veces de las que hubiera querido admitir, más que nada porque no estaba lista para estar en puntas, me faltaba confianza y me daba miedo volver a lastimarme el tobillo. De los tres factores, el miedo era el que podía cobrarse mi carrera. Si no lograba superarlo, bien podía retirarme.

–Estuviste callada todo el camino –me dijo Hudson cuando llegamos al estacionamiento de gravilla cerca del lago–. ¿Pasa algo?

–No, solo estoy distraída. –Bajé de la camioneta y miré hacia arriba, hacia el espeso dosel de hermosa vegetación de los árboles. Había mucha paz allí–. Ah, me olvidé de contarte. Llamé a Jacob hace unos días. Lo conociste en la gala, es…

–Harvey. Bailarín principal. Me acuerdo. –Hudson rebuscó en la caja atestada de cosas de la camioneta y me arrojó mi mochila, un modelo pequeño que Anne me había convencido de comprar para el viaje.

–Gracias. –Me la colgué de los hombros mientras identificaba de quién eran los autos que ya estaban en el estacionamiento. *Ya están todos–.* Dijo que recuerda que Lina se lesionó en enero y pidió una licencia para recuperarse. Al parecer, por eso no me preguntó por qué no estoy haciendo la rehabilitación en la compañía. Dio por sentado que en mi familia nos manejamos así.

–No sabía que ella estaba embarazada –adivinó Hudson, tomando su mochila.

–Nop. Estamos de vuelta donde empezamos.

–Qué mal. Bueno, te muestro el lugar y te acompaño a la cabaña, y después vuelvo a buscar el resto de las cosas –dijo Hudson, poniéndose su propia mochila.

–Yo te sigo –respondí, con una sonrisita. Él también sonrió y me dio la mano cuando empezamos a recorrer el ancho camino de gravilla.

–Por las dudas de que alguien nos esté mirando –susurró, y me levantó la mano para besármela. Una sensación dulce me inundó el pecho. No nos estaba mirando nadie y los dos lo sabíamos, pero no aparté la mano–. ¿Estás lista para pasar tres días con la pandilla Ellis? –me preguntó.

–Para cuando nos vayamos, voy a ser la favorita de Caroline –prometí, más que nada para darme ánimos a mí misma.

–Ya eres mi favorita.

–Esto no es real. Ya lo sabes –repuse, poniendo los ojos en blanco, pero el calor en mi pecho se hizo más fuerte.

–Di lo que quieras, Allie –me dijo él, apretándome la mano–. Además, durante los próximos tres días, sí es real. Cuando termine el fin de semana, te voy a haber convencido de que me des una oportunidad este verano.

–Qué arrogante –respondí, reprimiendo una sonrisa. Nos adentramos en la parte más empinada del camino y el lago apareció ante nosotros–. No vamos a juntar nuestras camas, eh.

–¿Y tú qué sabes de juntar las camas? –Hudson me miró de reojo con una sonrisa burlona.

–Me lo dijo Juniper. –Mis piernas protestaron por el ángulo de la bajada y luché contra el dolor. Después de pasar tantas horas con Eva en el estudio, me dolían todos los músculos del cuerpo–. Y que la cabaña número cuatro es la mejor de todas porque está cerca de la letrina.

Él se echó a reír, y el sonido no me ayudó en lo más mínimo a disipar la presión dulce e incómoda que se había alojado detrás de mis costillas. De hecho, la alimentó.

–A mí me gusta más la siete. Está más cerca del agua, pero estamos llegando tarde, así que seguro uno de mis tíos ya se la quedó. Y no te preocupes. No vamos a juntar las camas hasta que tú me lo pidas.

–Eso no va a pasar –repuse, espantando un insecto volador con la mano. Cada vez que Hudson apoyaba sus labios sobre los míos, yo me derretía, y para sobrevivir necesitaba estar en estado sólido todo el tiempo. Rígido, incluso.

–Eso lo veremos.

Esa vez, desvié la mirada no bien vi asomarse su hoyuelo. Ese hombre era demasiado guapo para su propio bien y, sin dudas, era demasiado guapo para *mi* propio bien.

–¡Hudson! ¡Allie! –nos llamó la señora Ellis, sonriendo de oreja a oreja cuando llegamos al refugio. El patio techado albergaba cuatro mesas de pícnic y una barbacoa, y tenía una vista espectacular del lago bordeado de árboles. Ella nos abrazó a los dos y acepté la muestra de afecto con un poco más de soltura que en la playa–. Qué bueno verlos. –Le entregó a Hudson un llavero con un remo pequeño–. Les tocó la nueve.

–Pero esa es la tuya –protestó él–. No voy a quedarme en tu cabaña favorita.

–Bueno, las demás ya están llenas –repuso ella, mirándolo por encima de sus gafas a rayas púrpuras–, así que el último en llegar tiene que aceptar lo que le toca y agradecer. Todos los demás ya están desempacando, así que dense prisa.

–Pero es la tuya.

Hudson me miró, pero yo no tenía ninguna intención de meterme, así que levanté las manos. Ni loca iba a provocar una discusión antes de que llegáramos a desempacar.

–Tu papá quería ir a la cuatro. La nueve es la más alejada, y parece que comió algo que le cayó mal y…

–Ya entendí. –Hudson tomó las llaves–. Bueno, parece que nos tocó la cabaña nueve.

–Yo te sigo. –Me acomodé la mochila sobre los hombros.

–Ah, este año remodelaron la siete, la ocho y la nueve –comentó la señora Ellis con una sonrisa de entusiasmo–. Dime qué opinas. Seguro el verano que viene remodelen la seis, la cinco y la cuatro.

–Después te cuento –le prometió él.

–Almorzamos a las doce –le recordó su madre antes de dirigirse a mí–. Allie, estamos muy contentos de que hayas podido venir. Si en algún momento Caroline se porta como una víbora, trátala como tal y tírala al lago.

La miré boquiabierta, pero, antes de que pudiera responderle, ella ya se había dado vuelta y caminaba hacia la cabaña cuatro, o eso supuse. Cinco minutos después, Hudson y yo estábamos en el

umbral de la cabaña nueve, mirando el interior acogedor y primitivo con no poca sorpresa.

–Esto no va a pasar –susurré.

–Pidámosle cambiar a alguien –propuso Hudson, frotándose la nuca.

–De ninguna manera. Van a pensar que soy insoportable –mascullé mirando a mi alrededor, como si fuera a encontrar otra solución en ese espacio de tres por tres. De alguna forma, habíamos caído en todos los clichés de las novelas románticas que leía Anne.

–A ver… lo bueno es que no vamos a tener que juntar las camas –observó Hudson.

–Iba a ser medio imposible con una sola.

CAPÍTULO VEINTITRÉS
Hudson

FouettéNY92: Por Dios, no puede ser. Fui CORRIENDO a leer los comentarios!

Despertar junto a Allie ocupaba uno de los primeros lugares en mi lista de momentos favoritos. Estaba justo por encima de graduarme de la escuela de nadadores de rescate, y justo por debajo de la primera vez que la vi aferrándose a ese bote que se hundía, con las mejillas sonrosadas y esos grandes ojos marrones.

Apoyé la cabeza sobre mi mano y disfruté de mirarla dormir, con el cuerpo hacia mi lado, aunque estábamos en bolsas de dormir separadas, y observé las ojeras sobre las que descansaban sus largas pestañas. Nos habíamos acostado temprano, cuando me di cuenta de que Allie se había quedado dormida contra mi hombro junto a la fogata, pero ni siquiera diez horas de sueño ayudarían a aliviar el agotamiento que se había provocado. No tenía nada que ver con la caminata del día anterior.

–No quiero despertarte –susurré–. Pero sé que te encanta el tocino y, si no vamos ahora, se va a terminar. –Eso era seguro, con mis sobrinas y sobrinos corriendo por ahí. Ella se movió, respiró profundamente y luego se hundió más en la almohada–. Allie –dije en voz baja.

Abrió los ojos, y me palpitó el corazón cuando me sonrió.

–Hudson –murmuró, y volvió a dormirse.

Sí, podía acostumbrarme a despertarme así todos los días por el resto de mi vida. *Ni siquiera lograste que te concediera un verano.* Pero lo lograría. Si no hubiera sido por nuestra misión de humanizar a Caroline, habría dejado dormir a Allie y le habría llevado el desayuno a la cama, pero, en lugar de verlo como un gesto amable

de mi parte, mi hermana habría pensado que Allie era una malcriada.

–Cielo –probé otra vez–. Si no te levantas, vas a tener que conseguir la proteína para el desayuno con caña y carnada.

–No sé pescar –murmuró ella, abriendo los ojos otra vez.

–Estoy al tanto de eso –respondí, sonriente–. Tenemos que levantarnos.

Ella soltó un gruñido de protesta, pero asintió, y los dos bajamos la cremallera de las bolsas de dormir.

–Qué orgullo. Logramos pasar toda la noche sin sucumbir al cliché de la única cama.

–¿Qué cosa? –Los dos rebuscamos en las mochilas, apoyadas sobre la cama de dos plazas, y sacamos nuestra ropa.

–Sí, como en los libros o las películas, que hay una pareja que no se soporta, pero queda solo una cama en la posada, entonces terminan durmiendo juntos.

Allie me dio la espalda y yo la imité, y repetimos ese baile incómodo que habíamos hecho la noche anterior antes de acostarnos. Las cabañas de una sola habitación no dejaban mucho espacio para la privacidad, y ninguno de los dos quería arriesgarse a ser descubierto en el porche mientras el otro se vestía si algún miembro de mi familia llegaba a pasar por ahí.

–No te preocupes. –Me puse la camiseta–. Todavía nos queda una noche.

–Maldición –murmuró Allie mientras yo me ponía el pantalón.

–¿Qué pasó? –Me concentré en ponerme los calcetines y los zapatos para evitar darme vuelta.

–Anoche me manché la sudadera con malvaviscos ayudando a Juniper a tostarlos y se le pegaron un montón de porquerías del bosque.

Metí la mano en mi mochila, saqué mi sudadera negra y se la arrojé por encima de la cabeza, sin darme vuelta.

–Te presto la mía.

–Ya me vestí. Puedes darte vuelta –dijo, con un atisbo de felicidad en la voz, o eso me pareció–. Y gracias.

Me metí el teléfono en el bolsillo para poder tomar un par de fotos, luego me di vuelta y miré a Allie, que estaba caminando hacia los pies de la cama. Mierda, era perfecta.

–¿Vamos yendo? –me preguntó, al tiempo que se recogía el cabello ondulado en una especie de moño alto.

Mi sudadera la cubría por completo, pantalones cortos y todo, y daba la impresión de estar desnuda debajo. No pude evitar clavar la mirada en esas piernas largas y hermosas. Esas piernas perfectas, tonificadas, suaves como la seda, que yo había tenido sobre los hombros, con los muslos apretándome la cabeza de forma exquisita mientras le lamía…

–¿Hudson?

–Sí, vamos. –Tragué saliva.

–¿Estás bien? –me preguntó, arremangándose la sudadera.

–Sí. –La seguí por la puerta y nos recibió la vigorizante brisa matutina–. Solo me estaba acordando de tu sabor. –Era importante decir la verdad… cuando se podía.

–Bien, buenos días –replicó, sorprendida.

–Pero serían mejores si te hubiera despertado con un orgasmo. –Nos adentramos por el camino erosionado, rumbo a las demás cabañas–. Me gusta desayunar en la cama.

–No me digas esas cosas. –Ella se sonrojó, y oí el canto de los pajaritos en los árboles.

–Te gusta que te diga estas cosas. –Pasamos frente a la cabaña ocho–. También te gusta que te diga «cielo», que te bese el cuello, y te gusta mucho que use los dos dedos y la lengua…

Allie me tapó la boca con la mano y nos detuvimos. Le besé la palma de la mano, y ella me miró, con los ojos brillantes, y la dejó caer.

–Podría escucharnos alguien.

–¿Esa es tu única objeción? –Sonreí.

Ella me miró la boca una vez. Dos veces. Luego, suspiró y agachó la cabeza, y se cubrió las manos con las mangas de mi sudadera.

–Eso no va a volver a pasar.

Empezó a caminar otra vez y yo fui detrás de ella, y apreté el paso cuando pasamos por la cabaña número siete.

–Lo mismo dijiste la primera vez.

–¿Qué es eso? –Allie señaló el logo sobre su pecho.

–Buen cambio de tema. Es el emblema de los nadadores de rescate. –La miré y después clavé la vista en el camino–. Te queda bien mi ropa. –Mierda, no estaba preparado para ese impulso posesivo que nació en mi pecho.

–«Para que otros vivan» –leyó.

–Es nuestro lema. –Dejamos atrás la cabaña número seis.

–¿O sea que estás dispuesto a *morir?* –me preguntó, lanzándome una mirada asesina.

–Está incluido en el combo. –No pude evitar sonreír al verla así–. Por favor, tú sabías lo que quería hacer. Sabías que era peligroso.

–Una cosa es hablar de la carrera de tus sueños a los dieciséis años y otra muy distinta es arriesgar tu vida todos los días –repuso Allie, y se le formaron dos arrugas en el entrecejo cuando miró hacia delante al pasar delante de la quinta cabaña.

–¿Tener la carrera de tus sueños es como lo imaginaste?

Nos desviamos del camino principal y tomamos el más angosto, que llevaba a lo que Allie llamaba la letrina, aunque era un baño con todas las letras, con instalación sanitaria y todo.

–No sé. –Allie negó con la cabeza–. Es todo lo que siempre quise y, a veces, es todavía mejor de lo que soñé, sobre todo estar arriba del escenario. Pero también es mucho peor.

–Espera. –La tomé del brazo y nos detuvimos frente al edificio–. ¿No eres feliz? –¿Acaso yo me equivocaba al pensar que la lesión le había robado la alegría?

–Define «feliz» –respondió, levantando las cejas–. Soy la mejor en lo mío, o lo seré cuando me haya recuperado del todo, y tengo un contrato de bailarina principal en una de las compañías de ballet más prestigiosas del mundo. Hago lo que amo todos los días y me pagan por eso.

–Ni que necesitaras el dinero –le recordé.

–Soy feliz. O, al menos, estoy satisfecha. –Se dirigió al baño.

–Entiendo –murmuré cuando cerró la puerta.

Unos minutos después, ya con los dientes limpios, nos dirigimos al caos del refugio, donde todos se aprestaban a desayunar. Papá y

Caroline estaban frente al anafe, cocinando entre risas, y mamá apilaba los platos para prepararse para servir.

–¡Allie! –Juniper se nos acercó corriendo y abrazó a Allie por la cintura.

–Hola, linda. –Allie la abrazó y le apartó el pelo de los ojos–. ¿Cómo dormiste? –le preguntó. Por el rabillo del ojo, vi que Caroline nos estaba mirando.

–¡Bien! –dijo mi sobrina, balanceándose entusiasmada–. ¡Hoy vamos a lanzarnos al lago desde un columpio!

–Ah. –Allie se puso tensa–. Qué… emocionante.

–¡Te vas a divertir mucho! –exclamó Juniper, y se marchó corriendo a jugar con los mellizos.

–De repente, yo no existo. –Me llevé la mano al corazón.

–Ay. –Allie me tomó la mano, se acercó a mí y sonrió, frunciendo su nariz pecosa–. ¿Por primera vez en su vida, Hudson no es el favorito? –Un brillo pícaro relució en su mirada y, si no me hubiera enamorado de ella once años atrás, lo habría hecho en ese momento. Perdidamente.

–Bueno. Puedes ser la favorita de Juniper. –Le rodeé la cintura con el brazo y apoyé mi cabeza contra la suya–. Siempre y cuando yo sea el tuyo.

Le di un beso, lento y dulce, y saboreé el dejo a menta que permanecía en sus labios. Ella se paró de puntillas y también me besó, y consideré seriamente la posibilidad de decirle a mi familia que desapareciera para poder llevar a Allie en brazos a nuestra cabaña, pero mantuve la lengua en mi boca. Jamás me cansaría de besarla.

–No entiendo para qué salieron de la cama –bromeó Gavin al pasar junto a nosotros.

–Yo tampoco –respondí contra la boca de Allie, y dejé de besarla.

–Compórtate –me ordenó ella, con una sonrisa que me aceleró el corazón.

–No conozco esa palabra.

La solté a regañadientes para que pudiéramos buscar comida y, cuando Allie se sentó en la mesa de Caroline y Gavin, gruñí por dentro. *Hora de trabajar.*

–Qué linda sudadera –le dijo Gavin con una sonrisa.

–¿Te gusta? –Allie bajó la mirada–. Estoy pensando en agregarla a mi colección de sudaderas de Hudson –añadió, masticando un trozo de tocino. Si me mordía a mí con esos dientes, le iba a dar todas las sudaderas que tenía.

–Bueno, ¿cuándo es el gran día? ¿Cuándo te ascienden? –me preguntó Caroline.

–¿Te van a ascender? –Allie me miró con las cejas levantadas.

–¿No lo sabías? –replicó Caroline, y tomó un sorbo de café.

–No le había contado todavía. –Miré a mi hermana con los ojos entrecerrados antes de mirar a Allie–. Porque no sé cuándo va a ser. Ya me seleccionaron, pero la fecha depende de la cantidad de personas que asciendan por mes y de lo rápido que avancen, así que no creo que sea hasta septiembre, o quizás octubre.

–Felicitaciones. –Allie sonrió. Sí, de eso tampoco me iba a cansar.

–¿Y adónde piensas ir después? Tienes que elegir la estación en unas semanas, ¿no? –me preguntó Gavin, mirando de reojo a Caroline.

–¿Elegir la estación? –Caroline estuvo a punto de dejar caer su café, pero logró salvarlo–. No te vas a ir, ¿no?

–¿Tú puedes elegir adónde te asignan? –me preguntó Allie.

Le lancé una mirada a Gavin, y tuvo el tupé de encogerse de hombros.

–Algo así. Ya casi se terminan mis tres años aquí. Entregamos una lista de las estaciones que preferimos y tratan de asignarnos a una que se ajuste a las necesidades de la Guardia Costera.

–Cabo Cod es tu primera opción, ¿no? –Caroline me lanzó una mirada de pánico–. ¿Y cómo que «tratan»?

Allie me apoyó la mano en la rodilla.

–Sí, claro que elegiré Cabo Cod como primera opción –respondí, y Allie tensó la mano–, pero, igual que el resto de las fuerzas armadas, tengo que cumplir con lo que ellos quieran. Con este ascenso, voy a estar a cargo de mi propio equipo.

–¿Y eso qué quiere decir? –preguntó mi hermana, frunciendo el ceño.

–Es otro puesto. No nadaría más. Aquí ya hay una persona en ese puesto y, si se queda aquí, no habrá lugar para mí. Y si me dejan quedarme igual, me… –Mierda, ¿cómo se lo podía decir?

–Le impediría avanzar en su carrera –completó Gavin por mí, y apoyó su taza metálica sobre la mesa–. Nuestro hermanito tiene que dejar el nido si quiere progresar.

Caroline se quedó mirándome, con los ojos azules llenos de terror. Mierda. El equipo de asignaciones me debía un favor, y esa mirada quería decir que seguramente tuviera que cobrármelo para quedarme.

–¿Y hay lugar para ti en Sitka? –me preguntó Allie.

–Quizá –respondí en voz baja.

–Es lo que siempre quisiste.

Me acarició la rodilla con el pulgar y asintió, y una sonrisa asomó a sus labios. Apoyé la mano encima de la suya y los dos seguimos desayunando con una sola mano.

–No puedes irte a Alaska. –Caroline negó con la cabeza–. ¿Qué…?

–¿Harías tú? –la interrumpió Gavin–. Eso es lo que te preocupa, ¿no? Qué vas a hacer tú si él se va y hace su vida. Podrías, no sé, aceptar la ayuda que te ofrecen mamá y papá, o contratar una niñera, como cualquier persona que trabaja y tiene hijos.

–No lo hagas –le advertí a Gavin. Ya me veía venir el drama–. Yo puedo librar mis propias batallas.

–¿Quedarte cerca de tu familia es una batalla? –me preguntó mi hermana con una mueca.

–Yo no dije eso –respondí con calma.

–Sabes que la cafetería casi no me deja ganancias después de todos los gastos –le dijo a Gavin de mala manera.

–Vende esa cafetería de mierda. Todos sabemos que la odias. –Señaló a Allie–. Seguro hasta Allie sabe que la odias.

Allie se apresuró a tomar un sorbo de café para no tener que responder.

–Baja la voz. Te van a escuchar mamá y papá. –Caroline hundió el tenedor en sus huevos revueltos–. Ellos construyeron ese lugar de cero y, aunque ustedes crean lo contrario, lo amo. Solo que encargarme yo sola es más difícil de lo que había pensado. Nunca

pensé que tendría que hacerlo sin Sean. Sé todo lo que hacen por Juniper y odio tener que depender tanto de ustedes.

–Lo sabemos –le dije amablemente, y Gavin no volvió a intervenir.

–¿No tienes a otra persona de confianza que pueda cuidarla? –le preguntó Allie, midiendo sus palabras.

–No, de ninguna manera. –Caroline negó con la cabeza–. Vi demasiados documentales de crímenes.

–En nuestra casa es más que bienvenida si necesitas una mano.

–Gracias. –Caroline se puso tensa–. Pero no necesitamos que nos ayuden solo para que ustedes, las Rousseau, se sientan bien consigo mismas. Y no quiero que un montón de bailarinas profesionales le distorsionen la imagen corporal o le metan en la cabeza ideas que no apoyo y no puedo pagar. –Hizo una mueca apenada, y solo por eso reprimí las ganas de mandarla al diablo–. Con todo respeto. Perdón, también vi muchos documentales de esos.

–Entiendo.

Allie se llevó un bocado de tocino a la boca y yo le apreté la mano para darle ánimos. Luego, fulminé a Caroline con la mirada, y ella me miró compungida y se hundió en su asiento. El resto del desayuno transcurrió en un silencio incómodo, y no solté la mano de Allie ni por un momento.

–¿Lavamos los platos? –me preguntó ella cuando terminamos, y Caroline la miró sorprendida.

–Buena idea. Me apunto a cualquier cosa que te haga mojar –bromeé.

–Con permiso –les dijo Allie a mis hermanos al levantarse de la mesa–. Tengo que lavarle la boca con jabón –añadió, y yo la seguí con gusto.

–¡No lo canses! –exclamó Gavin–. ¡Vamos a lanzarnos del columpio a la tarde!

–Ay, Dios –murmuró ella.



–Creo que mejor paso –dijo Allie.

Estábamos sentados sobre una manta cerca de la orilla del lago, mirando a Gavin, que estaba tirando de la cuerda del columpio por la ladera empinada al pie del árbol enorme. Los años se habían llevado algo de la tierra de sus raíces del lado que daba al lago, pero todavía se mantenía en pie.

–Te va a encantar –le prometió Juniper, y se sentó entre las piernas de Allie, que estaban estiradas. Tenían las uñas de los pies pintadas del mismo color. ¿En qué momento había pasado eso?

–¿Es muy profunda el agua? –preguntó Allie, y comenzó a trenzar con destreza el pelo de Juniper–. ¿Qué pasa si chocas contra un árbol? ¿O si caes encima de alguien? Y hoy hay bastante humedad. ¿Y si se te resbalan las manos de la cuerda?

–Eres igual de divertida que mamá –la acusó Juniper.

–¿O sea que es divertidísima? –Caroline se acomodó al otro lado de Allie, y yo le lancé una mirada de advertencia–. Gracias por peinarla. No hacía falta.

–Ningún problema. –Allie terminó la trenza con una gomita de pelo–. Tengo tres hermanas. Puedo hacer trenzas con los ojos cerrados.

Tres. Todavía contaba a Lina. Gavin se columpió en la cuerda, sentado en el disco de madera del tamaño de la tapa de un barril que hacía las veces de asiento, y luego se soltó en el punto más alto. Voló durante menos de un segundo y cayó al agua de bomba.

–¡Ocho! –exclamé, aplaudiendo, y Juniper vitoreó.

–¿Puedo, mamá? –preguntó.

–Sí. ¡Pero que haya alguien en el agua! –Caroline terminó a los gritos, porque Juniper ya estaba corriendo hacia el árbol, donde la esperaban los mellizos.

–Salió a ti –me dijo Allie, dándome un codazo.

Luego, subió las piernas y se rodeó las rodillas con los brazos. Se había quitado la sudadera, y los tirantes rosas de su bikini se asomaban por el cuello de su camiseta de la compañía de ballet.

–Es cierto –coincidió Caroline–. Quizás ella también sea nadadora de rescate cuando sea grande.

–O podrías dejarla bailar –repliqué, dejando que la furia de esa mañana se apoderara de mí.

–No empieces. –Caroline se recogió el cabello.

–Podría ser una de las mejores –insistí, rodeándole la cadera a Allie con el brazo–. Nunca lo sabrá si no la dejas intentarlo.

–Tú estás sesgado por tu cercanía con las Rousseau –repuso Caroline sin apartar la vista de su hija–. El talento de Allie es algo fuera de lo común.

–Aunque creo que es lo más lindo que me dijiste en la vida –dijo Allie, pestañeando desconcertada–, para mí el talento de Hudson es más especial.

Vaya, ¿me había hecho un cumplido? Volteé a mirarla, pero ella estaba prestando atención a Mason, que se lanzó al lago y salpicó agua para todos lados.

–¿Más que el de una bailarina profesional? –Caroline buscó su mochila y tomó el protector solar.

–Claro. Hay como cuatro mil bailarines profesionales en todo el país, pero solo hay trescientos cincuenta nadadores de rescate de la Guardia Costera –respondió Allie, acercándose a mí–. O sea que él es mucho más especial.

–Mmm. –Mi hermana observó a Allie un segundo–. Tú eres bailarina principal, ¿no? Es el puesto más alto.

–Sí. –Allie asintió, un poco tensa–. Si me recupero del todo.

–Y ¿qué más puedes lograr? ¿Qué te motiva si no hay competencia, no hay posibilidades de ascender, no hay –me clavó la mirada– una estación soñada?

–No soy *prima ballerina*, mucho menos *assoluta* –le explicó Allie con una sonrisa amarga–, como tanto le gusta a mi madre recordarme. Así que todavía tengo trabajo por delante. Y, si por algún milagro de la vida me otorgan ese título, igual seguiría compitiendo con mi mayor rival, como siempre. –Miró a mi hermana–. Yo misma. Siempre hay algo que puedo perfeccionar, alguna técnica que me esfuerzo por mejorar, pero nunca es perfecta.

–¿Porque el objetivo es la perfección? –preguntó Caroline, pero no había ningún dejo mordaz en su voz.

–Siempre –respondió Allie. Se le borró la sonrisa, pero rápidamente lo disimuló–. Y es inalcanzable, así que la motivación nunca falta.

–Yo te veo bastante perfecta –dije, y le rocé la frente con los labios.

Allie resopló, pero le brillaron los ojos.

–Dice el hombre que tuvo que enseñarme a andar en bicicleta.

–¡Allie! –la llamó Juniper de pronto, con ambas manos a los costados de la boca–. ¿Le haces una trenza a Melody antes de que se tire al agua?

–¿Tienes otra gomita en el bolso? –le preguntó Allie a Caroline tras asentir–. Yo dejé las mías en la cabaña.

Mi hermana revolvió en su bolso y le entregó una a Allie.

–Gracias –dijo ella. Me dio un beso rápido y se alejó antes de que pudiera retenerla para robarle un beso más largo–. Ya vuelvo.

–¿Cuántos bailarines principales hay? –le pregunté cuando se puso de pie–. Existen trescientas cincuenta personas como yo, pero de los cuatro mil bailarines profesionales que hay, ¿cuántos son principales, como tú?

–Ay, cielo. –Allie se alejó con una sonrisa burlona–. No quiero herir tus sentimientos.

Resoplé, y ella se dirigió a la ladera.

–Hay algo distinto entre ustedes dos –observó Caroline mientras se ponía protector solar en las piernas–. Ella parece… más liviana. No me refiero a que esté más delgada ni nada de eso…

–Sé a qué te refieres. –Miré a Allie, que llegó a donde estaba Melody y comenzó a trenzarle el cabello rubio y rizado–. La lesión la destruyó física y mentalmente, pero ya está volviendo a ser ella misma otra vez. De a poco, va a llegar.

–Ahora también sonríe. –Caroline se roció protector en los brazos–. Supongo que eso es gracias a ti.

–No me molestaría ser el motivo. –Sonreí cuando Juniper rio de algo que dijo Allie–. Pero no voy a quedarme con el crédito por todo el trabajo que hizo ella.

–¿Siempre estuviste enamorado de ella? ¿O solo ahora? –Miré a mi hermana–. Por favor, eres pésimo tratando de disimular. –Me ofreció

protector solar, pero yo ya me había puesto, así que negué con la cabeza–. No te estoy juzgando. Solo me da curiosidad.

–Siempre –respondí mientras Allie terminaba de trenzarle el cabello a Melody–. Me di cuenta de lo que sentía recién el segundo verano, pero me enamoré de ella el primer día que la conocí. Allie estaba aferrándose al bote de remos más viejo del mundo, y levantó el mentón y me ordenó que rescatara a Eva primero, aunque estaba sangrando. Me preguntó si tenía hermanos y me dijo que para ella no había nada más importante que sus hermanas. Yo estaba frito y ni siquiera lo sabía.

Ladeando la cabeza, Caroline se turnaba para mirarnos a mí y a Allie.

–Qué admirable. Y, aunque me moleste admitirlo, me siento muy identificada.

–¿Porque tú también eres terca y estás empecinada en que no te caiga bien? –Me quité la gorra y la apoyé junto a la de Allie. Luego, empecé a quitarme los zapatos.

–Ya sé que ella no es su hermana –respondió Caroline, frunciendo los labios–. Pero tiene algo, toda esa familia tiene algo, que me dispara una señal de alerta. Siempre usaron su dinero y su influencia para sacar ventaja, sin importar a quién perjudicaran.

–¿Lo dices porque su madre hizo echar a tu mejor amiga de tu clase de ballet? –Apoyé los zapatos y los calcetines sobre la manta–. Sí, estoy al tanto de eso. Está mal que tú hayas podido tomar clases de ballet y no dejes que Juniper haga lo mismo.

–Por eso mismo no voy a permitírselo –replicó Caroline–. Fui dos años y las niñas eran crueles. Las profesoras eran crueles. Tú escuchaste lo que dijo Allie. Hay un estándar de perfección imposible de alcanzar que siempre te hace sentir que no estás a la altura. ¿No viste sus ojeras?

–Pero te parece admirable, así que al menos eso es un avance –repuse, sin discutir porque mi hermana tenía razón.

–Creo que lo que *hizo* es admirable –aclaró ella, poniendo los ojos en blanco–, pero las chicas Rousseau siempre se cuidaron entre ellas, así que no me sorprende. –Frunció la frente–. Igual me

preocupa que se vaya y te rompa el corazón, igual que la primera vez.

–Eso no fue lo que pasó. –Me quité la camiseta y me puse de pie. Vi a Allie negar con la cabeza cuando Gavin la invitó a subir al columpio.

–Yo estaba ahí –replicó Caroline, estirando las piernas sobre la manta–. No sabía por qué estabas tan triste y callado antes de irte al entrenamiento básico, pero ahora entiendo todo. Recuerdo tu cara de destrozado y tu mirada vacía. No querías hablar conmigo ni con nadie, y Gavin me dijo que no te preguntara nada. –Su tono se endureció–. Así que no me digas que no te rompió el corazón. Yo vi la verdad con mis propios ojos.

–Viste *tu* verdad. –Volteé a mirar a mi hermana mayor–. Pero mi verdad es que yo la abandoné. Yo le rompí el corazón. Allie estaba en el hospital, por el amor de Dios. Tenía meses de rehabilitación por delante. Su hermana había muerto, y yo no estuve para ella. Despertó y yo no estaba ahí. Fui un imbécil y yo solo me rompí el corazón. No fue Allie.

–Tú no harías una cosa así. –Caroline me miró perpleja, como si, de golpe, fuera un desconocido–. Tú salvas a la gente, Hudson. No la abandonas.

–Pero lo hice. –Si mi hermana hubiera sabido que yo le mentía constantemente, no habría estado tan segura de conocerme. En ese momento, yo era el héroe en la historia de Juniper, pero sería el villano en la de Caroline cuando se enterara de la verdad. Me incliné para mirarla a los ojos–. La verdad cambia según quién cuente la historia y, en situaciones complicadas, hay mil variantes. Pero en lo que respecta a ese verano, en todas las variantes, yo soy el imbécil que no tuvo la fuerza para aferrarse a ella.

Se escuchó una explosión de agua en el lago, a mis espaldas, y los niños gritaron el nombre de Gavin.

–Pero ¿por qué…? –Caroline negó con la cabeza.

–Era un egoísta de mierda y me importó más lo que yo quería que lo que ella necesitaba. –Se me comprimió el pecho–. Yo soy el que tiene que ganarse su perdón, no al revés, y te agradecería si dejaras de molestar y de ser otro obstáculo que tengo que superar, porque

ella es la mujer para mí, Caroline. Quizá solo tengamos este verano juntos, pero es ella.

Mi hermana pestañeó, sorprendida, y le echó un vistazo a Allie.

–Está bien –me dijo lentamente, y asintió–. Está bien.

–Gracias.

Sentí que me había quitado un peso enorme de los hombros. Caminé hacia la orilla, y vi a Juniper salir volando del columpio y emerger del agua con un grito de victoria mientras Gavin nadaba cerca de ella.

–Después de Melody, nos toca a nosotros –le dije a Allie cuando llegué a su lado.

–Muy gracioso –dijo, y se quedó mirando fascinada a Mel, que tomó la cuerda y comenzó a arrastrarla hacia la ladera. Yo conocía esa mirada. La había visto la noche en que fui a verla al bar con la motocicleta de Gavin. Mi chica quería columpiarse, pero pensaba que no debía hacerlo.

–Estoy hablando muy en serio.

–Ni loca. –Allie resopló–. Creo que Gavin voló como cinco metros la última vez que saltó. Si llego a caer mal…

–Es agua, no asfalto. Tu mamá no está aquí, Allie. Puedes divertirte un poco. Te va a hacer bien. –La observé cambiar de expresión; primero, frunció el ceño, después levantó apenas las cejas, apretó los labios y ladeó la cabeza–. Aquí el lago tiene como seis metros de profundidad. No pasa nada.

–Es una cuerda de no sé cuántos años atada a un árbol que vaya uno a saber qué tan firme es y cuánto peso aguanta y… –Allie respiró hondo cuando Mel se acomodó en el asiento y se columpió, y se soltó en el momento perfecto para caer al lago, chillando hasta que se sumergió.

–Quieres hacerlo –insistí–. Me doy cuenta.

–Como si tú supieras cuándo quiero algo –murmuró Allie, y se cruzó de brazos–. Soy imposible de descifrar –añadió, pero, al instante, se contradijo al recorrerme el torso con la mirada y morderse el labio.

–Quizá para los demás sí. –La tomé de la cintura y la atraje hacia mí–. El agua está como te gusta, cielo. Mojada y calentita. Ven a

jugar.

–No puedo creer que hayas hecho un chiste sexual –repuso ella, mirando el agua.

–Confía en mí. No voy a dejar que te pase nada malo –le dije, serio.

Eso capturó su atención. Hizo una mueca, pero se apresuró a adoptar una expresión neutra.

–No puedes prometer eso.

Llevé la mano izquierda a su mejilla y le sujeté el rostro, y me dio la sensación de que no lo decía solo por el columpio.

–Pero te lo estoy prometiendo. Hagámoslo juntos.

–¿Y si me da miedo soltarme? ¿Vas a salir volando y me vas a dejar ahí sola? –Tragó saliva.

–No voy a soltarme hasta que tú te sueltes –le prometí, acariciándole la mejilla–. Nos vamos a columpiar juntos y volveremos a intentarlo. Todas las veces que necesites. –Se me hizo un nudo en el estómago–. Tienes que confiar un poquito en mí.

–¿Te parece que soy una ridícula por estar nerviosa? Digo, los niños no tienen miedo –me dijo, mirándome a los ojos.

–No eres una ridícula. –Se me escapó una sonrisa–. Ellos también tenían miedo la primera vez. Tú solo estás empezando un poco más tarde.

–¿Tú tuviste miedo? Espera. No me respondas. –Allie levantó una mano y se alejó de mis brazos–. Tú nunca tienes miedo. No eres parámetro de nada. –Exhaló lentamente–. Está bien. Hagámoslo.

–¿De verdad? –pregunté, sin poder evitar sonreír de oreja a oreja.

–Basta de preguntas. Hagámoslo antes de que me acobarde.

Cuando se quitó la camiseta, traté con todo mi ser de no mirar las curvas de sus pechos. Maldita fuera mi memoria, todavía sentía los capullos duros de sus pezones en la boca, escuchaba sus pequeños gemidos de placer. *Ahora no.* Por el amor de Dios, estábamos con mi familia y yo era un hombre de veintiocho años, no un adolescente hormonal. No era el momento.

Allie sacudió las caderas para quitarse los pantalones cortos. Al diablo. Yo era un niño en una tienda de dulces, y Allie era azúcar pura. Cada centímetro de su cuerpo era deliciosamente perfecto. De

alguna manera, me las arreglé para cerrar la boca sin babear, y caminé con ella hacia la cuerda. Los niños salieron del lago y Gavin fue tras ellos.

–No sé cómo diablos haces tú para nadar todo el tiempo –rezongó mi hermano–. Tengo que ir al gimnasio.

Me eché a reír y tomé la cuerda mientras Allie se asomaba a espiar por la ladera de tres metros.

–¿Estás lista?

–No entramos los dos sentados ahí. –Allie señaló el disco de madera.

–Vamos a estar parados. –Sujeté la cuerda para que se quedara quieta–. Sube tú primero. Nos hago subir por la colina y después salto contigo.

–Podrías soltarme –dijo, mirando el disco.

–Podría, pero sería un imbécil si hiciera eso. –La llamé con un ademán–. Vamos, Allie.

–Esta es la estupidez más grande que hice en mi vida.

Allie sujetó la cuerda con ambas manos y se paró en su lado del disco. No me quería imaginar qué pasaría si alguna vez la llevaba a hacer *bungee jumping.*

–Muy bien. –La miré a los ojos, hundí los talones en la tierra y empecé a retroceder para arrastrarla colina arriba–. No voy a subir hasta que tú quieras.

–Si mal no recuerdo, antes dijiste «necesites» –murmuró.

–¿Ahora quién es la que hace chistes sexuales? –Reprimí una sonrisa y llegamos al lugar perfecto para columpiarnos–. Tú me dices cuándo.

Allie respiró hondo una vez, y luego otra y otra más, y se sujetó mejor de la cuerda.

–¿Cómo voy a saber cuándo soltarme para caer en el agua y no en la orilla?

–Yo te digo.

–Bueno. Vamos. –Asintió.

–¿Estás segura? –Me preparé para saltar.

–¡Hazlo! –me ordenó Allie.

Salté con los dos pies y aterricé sobre el disco, y el impulso nos hizo columpiarnos. Allie chilló, y yo solté una mano para rodearle la cintura cuando nos alejamos de la orilla y sobrevolamos el lago. Esperé a que el agua tuviera ese color azul oscuro que indicaba profundidad, y grité:

–¡Ahora!

No bien la vi soltarse, yo hice lo mismo, y salimos volando. El lago vino a nuestro encuentro y contuve la respiración antes de caer. El agua nos engulló y nos cubrió la cabeza. Solté la cintura de Allie y la tomé de la mano antes de empezar a patalear para salir a la superficie, y me asomé un segundo antes que ella. Allie tomó una bocanada de aire, y la solté para que pudiera nadar, porque recordé que lo que a mí me salía por instinto, a ella, no.

–Estuvo… –Allie sonrió con ganas–. ¡Estuvo increíble!

Y luego se echó a reír. Volví a enamorarme de ella. No de la joven callada y observadora que había sido, ni de la amiga a la que había decepcionado, sino de la mujer en la que se había convertido, hermosa y fuerte, que se reía a pesar de las heridas. Ella se lanzó hacia delante, me envolvió el cuello con los brazos y me dio un beso. Yo nos mantuve a flote y después la besé apasionadamente. Ladeé la cabeza y recorrí su boca con la lengua. Gruñí al sentir su sabor, el roce exquisito de sus uñas sobre mi nuca y el calor de su cuerpo contra el mío. Allie gimió y el sonido me provocó una erección en tan solo segundos. Una necesidad imperiosa se apoderó de mí. La sujeté de la nuca y ella me rodeó la cintura con las piernas, con total confianza en que yo nos mantendría a ambos a flote. Nunca había deseado a nadie (ni nada) como necesitaba a Allie. La besé como si ella fuera oxígeno y yo hubiera pasado la última década nadando para llegar a la superficie.

–¡Oigan! ¡Hay niños presentes! –exclamó Gavin.

Allie retrocedió, respirando rápido y con esfuerzo. Al carajo el resto del día, la iba a llevar derecho a la cabaña. Ella debió leer mis intenciones, porque le brillaron los ojos, me soltó y se alejó nadando hacia la orilla. Fui tras ella, rogando que el agua me enfriara lo suficiente para no traumar a mi familia de por vida. Costó un poco, pero, para cuando llegamos, ya estaba presentable.

Salimos juntos del lago y fuimos a la pequeña playa debajo del columpio, donde no nos podían ver los demás. La abracé y ella me apoyó las manos en el pecho, pero no me empujó.

–Quiero estar contigo. –Apoyé mi frente contra la suya–. Voy a hacer lo necesario para estar contigo, para no perderte, para que esto funcione. Nunca sentí algo así.

–No hay manera de que esto funcione –respondió ella después de respirar hondo–. Voy a volver a Nueva York.

–No me importa. Estás aquí ahora. Dame tu ahora. –Tensé las manos, apoyadas sobre su cintura–. Dime que tú también lo sientes.

Allie cerró los ojos y después asintió.

–Sí, lo siento. Es real.

Gracias a Dios. Una sombra voló por encima de nosotros y, cuando miramos hacia arriba, vimos a Juniper columpiándose encima del lago. Gritó de alegría cuando se soltó, y cayó al lago casi sin salpicar, mientras Mason y Melody vitoreaban desde arriba.

–No puede lanzarse si no hay nadie en el agua –murmuré, observando la superficie del lago. Fruncí el ceño cuando Juniper no se asomó al instante, y empecé a contar, cada vez más nervioso.

–Hudson –susurró Allie. Cuando llegué a nueve, me quitó las manos del pecho.

Me di vuelta hacia el lago y me metí. Para cuando el agua me llegó a la cintura, ya iba por doce.

–¡Hudson! –gritó Caroline desde arriba.

–Quédate aquí –le pedí a Allie, y me zambullí en el agua.

CAPÍTULO VEINTICUATRO
Allie

Bailarina6701: Te caíste del pedestal. Perdón, HermanasRousseau4, pero eres un desastre. Hora de aceptar la derrota.

El corazón me latía a mil por hora mientras Hudson atravesaba el agua como un cuchillo. Nunca lo había visto nadar tan rápido.

–Si estás ahí arriba, creo que ella necesita ayuda –le susurré a Lina.

Hudson asomó la cabeza y luego volvió a desaparecer bajo la superficie, más o menos en el mismo lugar que Juniper. Me rodeé la cintura con los brazos, como si así pudiera aliviar las náuseas cada vez más intensas que sentía a medida que pasaban los segundos y él seguía bajo el agua. Hudson hacía eso todos los días. Lo hacía entre olas de cinco y diez metros de alto. Podía encontrar a Juniper en un lago. Tenía que hacerlo. Se levantó una nube de tierra en el camino empinado, a mi izquierda, y Gavin pasó volando junto a mí y se lanzó al agua. Caroline bajó a tropezones y se detuvo a mi lado.

–Tiene puesto un traje de baño naranja brillante –susurró, y se llevó las manos al mentón–. Hudson siempre dice que tiene que nadar vestida de colores brillantes, por si…

Di un paso al costado y le rodeé los hombros temblorosos.

–Trescientas cincuenta –le recordé–. Solo hay trescientas cincuenta personas tan hábiles como él en todo el país. La va a encontrar.

Lidié con el pánico igual que con el dolor, lo guardé en una cajita mental. No existía una realidad en la que Hudson dejara que su sobrina –nuestra sobrina– se ahogara. Él no lo iba a permitir.

–¿Cuánto tiempo pasó?

–Ella puede contener la respiración durante mucho tiempo. –Sin despegar los ojos del lago, le froté los hombros a Caroline–. La he visto aguantar durante más de un minuto en mi casa, cuando está en la piscina con Hudson.

No iba a pasar. No otra vez.

–Un minuto. –Caroline comenzó a temblar violentamente–. ¿Ya pasó un minuto?

–No creo. –Era una mentirita piadosa, pero solo porque no estaba segura–. Hudson no se asomó a tomar aire. Eso es una buena señal.

¿Cuánto tiempo podía contener la respiración él? No lo sabía. Había estado demasiado concentrada en mantenerlo a cierta distancia como para hacerle ese tipo de preguntas, o incluso para ir a conocer su casa. Él había puesto todas sus energías en lo que fuera que fuera esto, y yo lo había alejado una y otra vez, a menos que Juniper estuviera involucrada. Y ahora Juniper estaba… *No pienses esas cosas.* El corazón me latió desbocado y se me revolvió el estómago mientras me sentía enloquecer. Juniper jamás conocería a Lina porque yo no había podido salvarla, y ahora Hudson era el único que podía ayudar a la niña a quedarse ahí, donde tenía que estar, y no con Lina. Gavin ya casi había llegado al medio del lago.

–Por favor, por favor, por favor –susurró Caroline una y otra vez, y, por dentro, repliqué sus plegarias.

Hudson se asomó a la superficie, mirando hacia el otro lado, y se me hizo un nudo en la garganta.

–¡La encontré! –gritó, y comenzó a nadar de costado hacia nosotras, con Gavin a su lado.

–¡Por Dios! –Caroline salió disparada hacia el agua.

–¡Está respirando! –nos dijo Gavin.

Oí toser a Juniper y se me aflojaron las rodillas. Al instante, caí sobre la arena.

–Gracias –le susurré a Lina–. Gracias, gracias.

Hudson la levantó en brazos en cuanto pudo pisar el fondo del lago, y la sacó del agua mientras ella seguía tosiendo.

–¡Juniper! –Caroline dejó pasar a su hermano y lo siguió rápidamente hacia la orilla. Tenía la ropa empapada hasta el pecho.

–Está bien –le aseguró Hudson, y miró a Juniper antes de echarme un vistazo a mí–. Está bien.

Juniper tosió otra vez cuando Hudson la hizo sentar en la arena, a un par de metros de mí, y luego se puso de cuclillas junto a ella.

–¿Cómo te sientes, June?

Caroline se arrodilló junto a su hija y le acarició la cabeza. Gavin salió del lago y se dejó caer al otro lado de Hudson.

–Estoy bien. –Juniper respiró, temblorosa, y miró a su mamá–. Me sumergí tan hondo que se me enganchó el pie en una rama o algo así. No vi qué era. Traté de soltarme, pero no pude. –Empezó a respirar con más calma–. Pero el tío Hudson me desenganchó.

–Bueno. –Caroline le besó la frente–. Gracias, Hudson.

–Te hiciste un bonito rasguño –le dijo él a Juniper, asintiendo, y miró el raspón que tenía sobre el empeine–. Pero vas a sobrevivir. ¿Tragaste agua?

–Contuve la respiración todo el tiempo –respondió ella, negando con la cabeza.

–Estoy orgulloso de ti. –Hudson le sonrió a la niña, pero, cuando miró a su hermana, que seguía temblando, se le borró la sonrisa–. Oye, ella está bien. El traje de baño naranja me ayudó a encontrarla. Hiciste lo que tenías que hacer. Estábamos todos aquí. Ella está bien –repitió. Caroline tragó saliva y asintió, y Hudson regañó a su sobrina–: Te dijimos que no podías lanzarte si no había un adulto en el agua.

Luego, se puso de pie y ayudó a Juniper a levantarse, y Caroline y Gavin hicieron lo mismo.

–Me pareció que estaban bastante cerca –murmuró la niña cuando su madre le dio un abrazo de oso–. Y, en mi defensa, era así. Pero lo siento. Tendré más cuidado la próxima.

Caroline se puso tensa, y su mirada me dijo que no habría una próxima vez, pero, para mérito suyo, se limitó a asentir. No sabía si yo habría podido hacer lo mismo.

–Te quiero.

–Yo también te quiero. –Juniper se acurrucó contra su madre.

–Debemos estar atentos a si tiene tos, fiebre, cansancio, o cualquier señal de que haya agua en los pulmones, pero, quitando

eso, creo que está todo bien –le dijo Hudson a Caroline–. ¿Por qué no la llevas a limpiarle la herida? –preguntó, señalando el camino con la cabeza.

–¿Puedes caminar? –le preguntó Caroline a Juniper.

–Creo que sí.

Las dos tomaron el camino empinado, con Gavin siguiéndolas de cerca para atajar a Juniper si llegaba a caerse. Me quedé mirándolos hasta que Hudson se paró frente a mí.

–¿Allie? –Me ofreció la mano y la tomé por reflejo. Me incorporé y, con su ayuda, me puse de pie–. Oye, ¿estás bien? Estás temblando.

–La quiero –susurré, con los ojos llenos de lágrimas. No me había dado cuenta de que estaba temblando.

–Lo sé. –Él me rodeó con los brazos y me acercó a su pecho.

–No lo planeé. Pensé que la iba a ayudar y listo, y que eso iba a compensar que yo hubiera sobrevivido y Lina no, pero la quiero.

–Ella está bien –me aseguró, acariciándome la espalda.

–¿Y tú estás bien? –le pregunté, con los dientes castañeando.

–Antes de encontrarla, estaba muerto de miedo, pero ahora estoy más preocupado por ti. –Apoyó el mentón sobre mi cabeza–. Espera un segundo. Ya se te va a pasar la adrenalina.

–Estoy bien. –Al darme cuenta de que me estaba apoyando en él, me moví para alejarme de sus brazos.

–¿Me puedes dejar abrazarte por una vez en la vida? –me preguntó, sujetándome más fuerte–. No hace falta que te ocupes de todo tú sola, Allie. Está bien tener miedo y también está bien querer a Juniper, aunque sea complicado. No tiene nada de malo lo complicado, cielo. Las mejores cosas de la vida son complicadas. No hace falta que controles todo siempre. Y no pasa nada si te desmoronas. Yo voy a estar aquí para detener tu caída, si me dejas.

Quizá no pasaba nada si cedía, aunque solo fuera por un momento. Me relajé contra su pecho y escuché el latido suave y constante de su corazón. El incidente con Juniper quizá lo había asustado, pero no lo había desestabilizado. Empezaba a pensar que nada lo hacía.

–Gracias por salvarla.

–A eso me dedico –murmuró contra mi cabello–. Pero admito que me esforcé más por ser ella.

Sonreí a medias y el temblor se calmó un poco, pero él no me soltó. Hudson se dedicaba a salvar gente, pero eso era prácticamente lo único que yo sabía sobre su vida.

–¿Dónde vives?

–En la calle Warren, a cuatro cuadras de tu casa. Es la casa azul oscuro con puerta blanca. ¿Por qué?

–Nunca te lo había preguntado.

Pero yo sabía qué casa era. Había pasado frente a ella todos los veranos de camino a la cafetería de sus padres, que ahora era de Caroline.

–Mmm… –Él comenzó a acariciarme más despacio–. ¿Quieres que te la muestre cuando volvamos?

Ir a su casa era dar un paso en una dirección que no tenía que ver con Juniper… ni con el acuerdo que habíamos hecho. Cerré los ojos y dejé que el ritmo de su corazón calmara el mío y, por suerte, él no insistió ni me apresuró a responder. Así, fue más fácil cuando por fin asentí.

–Sí. Me gustaría.



El resto del día transcurrió sin ninguna experiencia cercana a la muerte. Fuimos a caminar, jugamos a las cartas en el refugio hasta que se levantó viento, y preparamos la cena en medio de un coro de risas y caos que me estaba empezando a encantar, sobre todo porque Caroline no era solo civilizada conmigo, sino simpática. Y era muy graciosa cuando no estaba empecinada en torturarme.

Cuando comenzó a morir la fogata, los tíos y las tías de Hudson se fueron a dormir, más o menos a la misma hora en que sus padres se dirigieron a su cabaña, y Caroline y yo nos quedamos sentadas sobre un tronco, contemplando las brasas. Hudson estaba haciendo

girar a Juniper en un columpio hecho con un neumático a unos cinco metros de nosotras, cerca del lago.

–Hudson es muy bueno con los niños –mencionó Caroline en tono no tan casual–. Va a ser muy buen padre. Digo, si quieres tener hijos.

¿Hijos?

–Yo…

Abrí y cerré la boca un par de veces mientras imaginaba a Hudson con un bebé –nuestro bebé– en brazos, y tomé mi botella térmica. ¿Qué era esa sensación que se asomaba entre las náuseas instantáneas que me había provocado el comentario? ¿Era interés?

–Parece que estuvieras a punto de vomitar. –Caroline se echó a reír–. No pasa nada si no quieres tener hijos. Solo decía que Hudson es muy bueno con los niños.

–Te juro que no hace falta que me convenzas de lo maravilloso que es –dije, y suspiré–. La verdad, no pensé mucho en el tema de tener hijos. Casi todos los bailarines que conozco esperan hasta retirarse. Por eso mamá dejó su carrera. Quedó embarazada de Lina y se casó con nuestro padre.

–Ah. –Caroline se inclinó hacia delante y removió las brasas–. Ahora entiendo un poco más por qué las presionaba tanto a ustedes.

–Juniper es increíble –dije para cambiar de tema, después de asentir–. Es decidida, ingeniosa e inteligente. La criaste muy bien.

Caroline se reclinó hacia atrás y miró a Juniper, que seguía columpiándose.

–Es imprudente como Hudson –murmuró–. Sean era igual. Siempre saltaba antes de mirar. Pero sí, ella es más terca, imposible, y me pone a prueba todos los días. Debe tener la tenacidad en los genes. Supongo que lo averiguaremos cuando cumpla dieciocho años. Seguro irá derecho a ver a los abogados y les pedirá su expediente el mismo día de su cumpleaños.

Se me cerró la garganta y tomé un trago de agua.

–¿Quieres que espere tanto tiempo? ¿No te preocupa no conocer sus antecedentes médicos?

–Un poco –admitió Caroline–. Va a estar bueno que ella tenga acceso a esa información o, al menos, que sepa a quién hacerle

preguntas, pero por algo hicimos una adopción cerrada. Yo no conozco a sus padres y no sé qué harían si… –Se puso tensa–. Esperar hasta que tenga dieciocho años protege a Juniper, y también protege la privacidad de sus padres. –Lina estaba muerta, pero ¿y el padre? Caroline suspiró–. Ya sé que todos piensan que soy una bruja por no dejar que busque a su familia biológica…

–Nadie piensa que eres una bruja –le prometí.

–Sí que lo piensan –respondió ella, resoplando–. Pero ninguno de los adultos que opinan perdió a su esposo ni vio al padre de su hija morir en sus brazos porque su cuerpo ya no podía luchar más. Ese dolor es mío y de Juniper. –Una sonrisa triste asomó a sus labios cuando Hudson hizo girar a Juniper en el columpio–. Creo que no podría soportar otra pérdida así, y la idea de que le pase algo a mi hija me da ganas de envolverla en papel de burbujas. No puedo arriesgarme a perderla, menos después de perder a Sean y verla sufrir… –Soltó un suspiro tembloroso–. Sean y yo hicimos promesas, y ahora solo quedo yo para cumplirlas, para asegurarme de que Juniper crezca cuidada y querida. Quizá pienses que soy sobreprotectora, pero solo tiene diez años y, por ahora, no me molesta ser una bruja si así la protejo de volver a sentir un dolor así, de que le rompan el corazón, y eso incluye el ballet. ¿De verdad me vas a decir que bailar nunca te rompió el corazón? –me preguntó, mirándome–. ¿O el cuerpo?

–Es bastante desafiante –admití, cubriéndome las manos con las mangas de la sudadera de Hudson. Por fin empezaba a ver a Caroline de verdad. Ella no era una bruja, solo seguía de luto, y todavía estaba asustada.

–Claro. –Asintió–. Sé que tú perdiste a tu hermana. Las personas que sufrieron como nosotras saben que no se puede tenerlo todo, y la incertidumbre tiene un precio que no estoy dispuesta a que Juniper pague. Así que, por ahora, voy a tomar las decisiones difíciles y voy a ser la mala de la peli.

–Te entiendo. –Carraspeé y decidí no preguntar nada más para no tentar a la suerte–. Voy a ir con ellos.

–Dile a Juniper que la estoy esperando, ¿sí? Quiero asegurarme de que el fuego se apague del todo.

–Claro.

Cuando me levanté, la sudadera de Hudson me cubrió los muslos. Rodeé la fogata y me dirigí hacia la orilla del lago. Por suerte, la luna llena me iluminó el camino y me permitió esquivar las raíces y las rocas que me podrían haber hecho torcer el tobillo.

Juniper se echó a reír cuando Hudson la hizo girar otra vez, y se me encogió el corazón. Quizá la niña no habría estado ahí si él no hubiera sido tan bueno en su trabajo. Yo había pensado que tendríamos tiempo para contarle cosas de Lina, tiempo para que ella nos conociera, pero si ese día me había enseñado algo, era que el tiempo no podía darse por sentado.

–Hola –me saludó Hudson sonriente, mientras Juniper se detenía riendo después de girar una última vez.

–Hola. –Eché un vistazo rápido a la fogata–. Hazme el favor de entretener a Caroline un segundo, ¿sí?

Hudson dejó de sonreír, pero asintió y se dirigió a la fogata. Juniper se recuperó de su ataque de risa con un suspiro y se abrazó a la parte de arriba del columpio, y yo me incliné delante de ella.

–¿Te sientes bien después de lo de hoy? –le pregunté suavemente.

–Por un segundo, antes de que me encontrara el tío Hudson, pensé que iba a morir… como mi madre –respondió, seria.

–Pero no pasó –dije yo, con mil emociones en el pecho.

–No. –Se le arrugó la frente–. Pero estuve todo el día pensando que mis últimas palabras habrían sido «mira esto», que es lo que le dije a Melody. Y después pensé que al menos sabrían cuáles fueron mis últimas palabras, pero nadie recuerda las de mi madre –terminó en un susurro–. Sé que es raro, pero quisiera que alguien las recordara.

–Yo también. –Asentí–. ¿Te sentirías mejor si te contara lo que sí recuerdo?

–Si te hace mal, no.

–Vamos a ver hasta dónde llego. –Me obligué a sonreír–. En parte, este tema me duele tanto porque lo que recuerdo no coincide con la evidencia, entonces no me dejaban hablar de eso. –Hasta que había empezado a ir a terapia, unos años atrás.

–Bueno –dijo Juniper despacio–. Me gustaría saberlo.

Respiré hondo y me esforcé por calmar el latido de mi corazón.

–No recuerdo nada importante después del Clásico. Recuerdo que gané, que recibí propuestas para firmar contratos, que vi a tu tío. Quedamos en vernos esa noche, pero… –Tragué saliva. Obviamente, yo no había ido, y quizá eso había contribuido a que él se marchara–. Bueno, me dijeron que estábamos volviendo a casa después del último evento. Recuerdo que estábamos escuchando Coldplay, y Lina se estaba riendo cuando giramos en la curva. Ella siempre se reía, siempre era la primera en hacer un chiste. Creo que, de las cuatro, ella siempre fue la más… viva, la más segura de sí misma. Igual que tú.

–Igual que yo –susurró Juniper.

–Sí. Te le pareces mucho. Tu sonrisa, tu risa, tu gracia en el estudio… todas esas son cosas de Lina. –Miré por encima del hombro y vi que Hudson estaba volcando agua en la fogata–. Básicamente, recuerdo lo que sentí esa noche, aunque los eventos estén todos desordenados en mi cerebro, como un rollo de película dañado. –Juniper se inclinó hacia delante, con el mentón apoyado sobre el neumático. Elegí mis siguientes palabras con mucho cuidado–. Recuerdo que me dijo que me quería y que siguiera mi corazón. –No se me cerró la garganta como otras veces, cuando negaba los recuerdos–. Y me guardó su anillo en el bolsillo de adelante y me pidió que cuidara de lo que dejaba atrás. –Le apreté la mano–. Pensaba que se refería a Anne y Eva, pero ahora me pregunto si hablaba de ti.

Ella también me apretó la mano, con los ojos clavados en los míos.

–¿Te dejó un anillo?

–Sí. –Miré por encima del hombro y vi que Hudson y Caroline caminaban hacia nosotras. Él me miró apenado. Se nos había acabado el tiempo–. Era de nuestra bisabuela. Tu tatarabuela. Mi papá se lo regaló a mi mamá, como un anillo de promesa, y ella se lo regaló a Lina cuando ganó el Clásico. Supongo que era una promesa de casarnos con nuestros sueños y no con un tipo. Lina lo usaba todos los días. Solo se lo quitaba para ensayar. –Suspiré.

–Y después tú ganaste el Clásico y te lo dio a ti –adivinó Juniper.

–Supongo que sí. Cuando desperté en el hospital unos días después, la enfermera me dio una bolsa con las cosas que tenía encima cuando me habían llevado en la ambulancia, y el anillo estaba ahí. Así que sé que esa parte es real, pero las heridas en la cabeza son muy extrañas.

Juniper no necesitaba saber todo lo demás, las partecitas que me volvían en sueños, o cuando sonaba una canción en la radio.

–¿Les mostraste el anillo para que vieran que era cierto? –me preguntó ella, columpiándose.

–Nadie más que tú sabe que lo tengo –respondí, negando con la cabeza. A mí me daba miedo que mi madre me lo quitara y ya no me quedara nada de Lina–. Lo que importa es que yo elijo creer que, con sus últimas palabras, Lina me pidió que cuidara de la gente que amaba, y creo que está bien si tú eliges creer lo mismo.

Juniper asintió, y Caroline, cada vez más cerca, nos dijo:

–Ya es tarde, ¿no les parece? ¿De qué están hablando?

–Le estaba preguntando a Allie cómo se desgarró el tendón bailando –respondió Juniper después de pestañear. Hasta mentía como una Rousseau. Impresionante. Me puse de pie justo cuando Caroline llegó al columpio, con la boca apenas abierta.

–Juniper, no se preguntan esas cosas –la reprendió.

La niña se encogió de hombros y se bajó del columpio.

–Pero si el video está en internet. ¿Crees que fue por desgaste excesivo?

–Emm. Sí. –Asentí, y los cuatro comenzamos a caminar hacia el sendero–. Sabía que necesitaba dejar descansar el tobillo, y tomé la mala decisión de bailar igual.

–¿Y no aguantó más? –preguntó Juniper.

–Allie, te pido perdón –se disculpó Caroline, y le lanzó una mirada a su hija–. Ya fuiste muy amable contándonos tantas cosas.

–No pasa nada. Me distraje un poco en los giros *piqué,* y eso seguro no ayudó. –Me encogí de hombros y noté que Hudson, a mi lado, se ponía tenso–. Pero no recuerdo caer mal ni nada que pudiera haberlo causado. Se desgarró y listo. Y si no se hubiera desgarrado al final de la variación, se habría desgarrado en el

segundo acto. –Llegamos al sendero–. Cuando no le das tiempo de sanar a tu cuerpo, se lo cobra igual –concluí, y Juniper asintió.

–Y con esa moraleja, nos vamos a dormir. –Caroline le apoyó la mano en la espalda a su hija–. Hasta mañana.

Nos despedimos, y Hudson y yo empezamos a caminar hacia nuestra cabaña, pero nos detuvimos en la letrina antes de continuar.

–Creo que no deberíamos decirle nada a Caroline –solté en un susurro cuando retomamos el camino.

–¿Qué? –Hudson se detuvo y volteé a mirarlo.

–Después de la muerte de Sean, tiene mucho miedo de perder a Juniper. Me parece que no alcanza con que le digamos que nosotras no somos una amenaza o que ella tiene un don. En cierto modo, Caroline se parece mucho a Lina. Necesita pruebas, necesita que le muestren que las cosas son así. Así que demostrémoselo. Que vea por sí misma lo talentosa que es Juniper, en el Clásico. Con lo terca que es Caroline, quizá no haya otra manera de que Juniper pueda mostrárselo.

Hudson agachó la cabeza y adoptó una expresión pensativa.

–Podría funcionar, y yo puedo lidiar con los efectos colaterales, pero es muy probable que Caroline vuelva a odiarte por haberla engañado, por más que se dé cuenta de que no quieres robarle a Juniper.

Asentí, con un nudo en el estómago.

–Es un riesgo que estoy dispuesta a correr. Aquí lo que importa es Juniper, no yo. Ni Anne. Vale la pena no poder verla por ocho años si eso significa que Juniper es feliz. –Y yo podría dormir tranquila por las noches sabiendo que había hecho todo lo que estaba en mis manos, que era lo mínimo que le debía a Lina.

–Está bien –respondió Hudson, y empezamos a caminar otra vez–. ¿Te distrajiste? –me preguntó mientras avanzábamos a la luz de la luna–. ¿En la presentación de *Giselle?*

–Sí –dije, sonrojándome.

–Pero ¿piensas que eso no tuvo nada que ver con el desgarro? –Frunció el ceño.

–No –respondí, negando con la cabeza–. Al principio, pensaba que sí, pero solo estaba buscando culpables. Me tambaleé un poquito,

pero eso no podría haberme producido un desgarro. –Se me escapó una risita seca–. Es gracioso. Nunca le conté esto a nadie y no quiero que me respondas porque me da mucha vergüenza, pero… –Hudson me miró–. Pensé que te había visto. –Hundí las manos en el bolsillo delantero de su sudadera y definitivamente no lo miré para nada ni me encontré con su cara de sorprendido–. Pensé que te había visto sentado en la última fila y, cuando volví a mirar, no estabas, obvio. Mi cerebro me hizo una jugarreta, supongo que porque tú habías estado ahí la única vez que interpreté la variación frente a un público.

Él seguía mirándome fijo, y deseé poder retroceder treinta segundos y deshacer mi confesión. ¿Qué tenía en la cabeza? Solo porque Hudson me hubiera dicho que no necesitaba controlar todo, todo el tiempo, no significaba que tuviera que pasar de cero a cien y compartir tantas cosas con él.

–¿Sabías que hoy no pensé en entrenar? Ni una vez –solté lo primero que se me vino a la cabeza para cambiar de tema.

–Allie…

Hudson trató de tomarme del brazo, pero yo apreté el paso. La palabra «tonta» no alcanzaba a expresar cómo me sentía.

–Ni una sola vez. No me sentí culpable por no entrenar ni por no pasar todo el día en el estudio. Hoy fue el día más divertido que pasé desde… –Me reí–. Seguramente desde que tú me obligabas a salir y a divertirme. Dejé de hacer cosas divertidas después de que tú… Me limité a bailar y nada más después de eso, pero mira, ahora soy bailarina principal, así que salió todo bien.

–Puedes tener un equilibrio, ¿sabes? –me dijo Hudson, alcanzándome cuando llegué a los escalones de la cabaña–. Puedes ser la mejor en lo tuyo y también tener una vida. Tener días como hoy. No hace falta que sea todo o nada.

–No conozco otra manera de vivir. Pero suena muy lindo eso del equilibrio. –De verdad que sí. Caminé delante de él y trastabillé en la oscuridad.

–No te muevas. No quiero que te tropieces –me dijo Hudson. Me apoyó la mano en la cintura y dio la vuelta para llegar a su lado de

la cama. Después de un par de ruiditos, se encendió la linterna–. Ahora sí.

Hudson se dio vuelta y caminó directo hacia mí, y lo vi apretar la mandíbula cuando dobló la visera de su gorra. ¿Qué motivo tenía él para estar nervioso?

–Sé que me dijiste que no te respondiera...

–Por favor, no lo hagas –dije, y deseé que me tragara la tierra.

–Pero tengo que hacerlo. –Me sujetó el rostro.

–No, no hace falta. –Miré la puerta, la pared, el techo.

–Mírame. –Me acarició las mejillas con las dos manos–. Por favor, cielo.

De alguna forma, logré salir del pozo de vergüenza en el que estaba hundida para mirarlo a los ojos.

–Era yo. –Hudson respiró profundo, y contuve la respiración–. Era yo, Allie. Estaba ahí.

CAPÍTULO VEINTICINCO
Allie

Bailarinadexvida: Qué mentirosa de mierda. No se va a recuperar. Ya está.

–¿Qué? –Retrocedí, y Hudson dejó las manos en el aire un par de segundos antes de bajarlas.

–Estaba ahí –repitió lentamente.

–No es cierto.

Me sujeté del grueso barandal de madera de la cama para sostenerme. Hudson se sentó al borde de la cama y sujetó la madera rústica.

–Estaba en la anteúltima fila. En el medio. Me viste.

Separé los labios y se me revolvió el estómago.

–No entiendo.

–Traté de comprar el asiento del medio de la última fila, pero no lo conseguí. Se debe haber vendido no bien las entradas salieron a la venta –me dijo él, mirando la puerta cerrada de la cabaña–. Me enojé muchísimo cuando vi que la persona que lo había comprado ni siquiera se molestó en ir. Vi a tu mamá en el palco con Anne, vi a Eva en el cuerpo de baile, te vi a ti… –Cerró los ojos y hundí las uñas en la madera–. Estabas hermosa. –*Respira.* Tenía que recordar respirar–. Te vi caer sobre la rodilla al final, un poco más bruscamente de lo que recordaba de cuando éramos chicos, pero no pensé que fuera nada malo hasta que gritaste. –Bajó la cabeza–. Gritaste. La orquesta dejó de tocar. Todo el mundo se quedó callado cuando te bajaron del escenario. Me trepé encima de toda la fila para llegar al pasillo, pero no dejan que el público vaya tras bambalinas a ver a una de las bailarinas más famosas del mundo, ¿sabes?

–¿Estabas ahí?

Un dolor dulce y punzante amenazaba con abrirme el pecho, con escapar del encierro al que lo había confinado hacía una década y exponer una verdad incómoda y peligrosa de la que yo no quería saber nada. Pero ya estaba harta de esa apatía, harta de no permitirme sentir nada más que enojo y tristeza.

–Estaba ahí. –Hudson me miró y siguió mis movimientos con esos ojos hermosos cuando yo caminé despacio hasta pararme frente a él–. Claro que estaba ahí. Una vez me dijiste que necesitabas que estuviera en el público para bailar esa pieza, ¿recuerdas?

–Antes del Clásico –susurré.

Mamá me había dicho que eligiera otra cosa porque a Lina acababan de ofrecerle ese papel en el programa de otoño de la Compañía Metropolitana de Ballet y no quería que hicieran comparaciones entre nosotras, ya que los miembros de la compañía iban a estar de jueces. Yo había bailado *Giselle* de todas formas, mi primer y único acto de rebeldía. Hudson se había escabullido en la última fila a mirarme para que mi madre no lo viera. Esa parte del día todavía estaba grabada en mi memoria.

–Yo ya te había decepcionado de la peor forma posible –me dijo él en voz baja–. Sabía que ir no arreglaba las cosas, que ni siquiera me verías, pero igual fui.

–¿Cómo sabías que iba a interpretar ese papel? –Mi cerebro trataba de encontrarle algún sentido a la situación, pero mi corazón estaba empecinado en tirar la lógica por la ventana.

–Tengo… –Hudson comenzó a sonrojarse–. Tengo configurada una alerta para que me llegue un correo si tu nombre y *Giselle* aparecen juntos en algún titular, pero no sabía que todavía no habías vuelto al escenario ni lo grave que había sido la lesión hasta que Juniper me dijo que estabas en la casa de playa. –Me buscó los ojos con los suyos–. No sabía que me habías visto, y jamás se me cruzó por la cabeza que te iba a distraer. Lo siento mucho.

–No fue culpa tuya. No me desgarré por los giros. Habría pasado igual, estuvieras ahí o no. –Di un paso adelante y quedé entre sus rodillas–. ¿De verdad estuviste esperando verme bailar todos estos años?

Él asintió. Un silencio espeso se instaló entre nosotros mientras mi corazón seguía luchando contra mi cerebro y, al final, ganó. Él había estado ahí. Había ido a verme. Juniper no había tenido nada que ver, él había ido a Nueva York por mí.

–El asiento del medio de la última fila siempre está vacío. Lo dice en mi contrato. –Hudson frunció el ceño, confundido–. Y si hubieras dicho tu nombre en la boletería, te habrían dado esa entrada. Eso también está en mi contrato. Ese siempre es tu asiento. En todos los teatros. En todas las presentaciones. Ni siquiera sé por qué lo hice. Supongo que nunca perdí la esperanza de que algún día volvieras. –Listo, lo había dicho.

–¿Todos estos años? –Su voz sonó áspera, como si hubiera pasado por las brasas de la fogata.

–Todos estos años. –Bajé la mirada a sus labios y se me aceleró el pulso. Le rodeé el cuello con las manos y acepté que siempre lo iba a desear y, al menos en ese momento, podía tenerlo–. ¿Hudson?

–¿Allie? –Llevó las manos a mis caderas.

–Te necesito.

Él no dudó ni por un segundo. Nuestras bocas se encontraron y, al sentir la primera caricia de su lengua, me derretí y me entregué por completo mientras él me besaba hasta dejarme sin aliento. El calor y la necesidad explotaron entre nosotros como un fósforo en un tanque de gasolina. Hudson me puso las manos detrás de los muslos y me alzó contra su cuerpo. Yo le envolví la cintura con las piernas y crucé los tobillos, y luego arrojé su gorra al suelo para poder hundir los dedos en su pelo. Mi espalda chocó contra la pared y aproveché para dejar de besarlo un momento y quitarle la camiseta. Verlo andar en cueros los últimos dos días había sido una *tortura.* Bajé la boca hasta su garganta y sentí su barba de dos días, áspera contra los labios. Saboreé cada una de sus respiraciones entrecortadas hasta llegar a la curva de piel cálida y firme donde su cuello se encontraba con su hombro. Antes de poder exigirle otro beso, él tomó mi sudadera y empezó a tironear hacia arriba.

–Por más preciosa que te quede mi ropa, necesito que te la quites.

Yo también lo necesitaba. Levanté los brazos y él me quitó la sudadera al instante. Cuando cayó al suelo, tomé la parte de abajo

de mi top y me lo pasé por la cabeza; luego, lo arrojé al suelo para poder sentir su piel contra la mía. Nuestras bocas se fusionaron y lo besé larga e intensamente, mientras recorría con las manos sus brazos, su espalda, su pecho, cualquier lugar al que llegara. Él me acarició las caderas y los muslos y gruñó cuando mis pantalones cortos le impidieron acceder a donde quería. Hundió una mano en mi pelo, me pasó el otro brazo debajo del trasero, y otra vez comenzamos a movernos. La habitación dio vueltas por un momento y sentí el colchón en la espalda, y luego el peso perfecto de Hudson encima de mí. Descrucé los tobillos, pero dejé flexionadas las rodillas para envolverle las caderas con los muslos. Él recorrió con las manos la tela de mi sujetador y gemí de frustración. Necesitaba quitarme eso también. Cuanto antes. Le mordí el labio inferior suavemente, lo empujé y giré. Él captó el mensaje y nos dimos vuelta, de modo que quedé a horcajadas sobre sus caderas.

–Me deseas. –Sonreí contra sus labios y, cuando rocé mi centro contra la punta dura de su verga, solté un grito ahogado al sentir un sacudón de placer. El gruñido que me dio él en respuesta fue todo.

–Todos los días desde que te conocí. –Hudson se incorporó y me besó hasta que ya no supe qué día era. El tiempo empezaba y terminaba con él–. Eres la protagonista de todas mis fantasías. –Me recorrió el cuello con la boca y, cuando tocó ese punto sensible, meneé las caderas–. Dios, me estás matando.

–Qué bueno. –Me llevé las manos a la espalda y me desabroché el sujetador. Luego, me lo quité y lo arrojé al suelo.

–Si supieras las cosas que quiero hacerte… –Deslizó las manos por mi cintura hasta mis pechos, y suspiré cuando acarició mis pezones duros con los pulgares.

–Me parece un gran plan.

Lo besé una vez y me bajé de su regazo para pararme frente a él. Me quité las sandalias deprisa y llevé los dedos al botón de mis pantalones, pero él me sujetó la mano.

–¿Estás segura de que quieres hacer esto? –preguntó, y el calor de su mirada me quemó entera.

–Sí. –Liberé la mano y me desabotoné el pantalón.

–¿No quieres esperar a que estemos en una cama de verdad?

–A mí esta me parece bastante bien. –Me bajé la cremallera lentamente y lo vi tensar la mandíbula al seguir el movimiento con los ojos–. ¿Tú quieres esperar?

–No lo digo por mí. –Apretó la tela de su bolsa de dormir–. Hablaba en serio cuando dije que acepto lo que me des. Mi cama. Tu cama. Esta cama. Esa pared. El asiento trasero de mi camioneta. No me importa dónde sea. Mientras pueda escucharte respirar agitada antes de acabar, lo acepto.

Sentí una presión en la entrepierna y un calor suave e insistente en el estómago.

–Eso también parece un gran plan. –Enganché los pulgares en las presillas de mis pantalones cortos, junto con las tiras de mi ropa interior, y bajé los dos al mismo tiempo. Pateé la ropa a un lado y me paré derecha–. Pero no, no quiero esperar.

–Mierda. –Los ojos de Hudson me recorrieron como una caricia; en cada lugar donde detenía su mirada, sentía una llama lamiéndome la piel–. Eres absolutamente perfecta, Allie. Impresionante. –Nuestros ojos se encontraron–. Ven aquí, cielo.

El corazón me latió desbocado cuando él me sujetó de las caderas y hundió apenas los dedos para acomodarme sobre su regazo. Se apoderó de mi boca con un beso profundo que me hizo gemir y pedir más, y nuestras lenguas se entrelazaron. Él se recostó y mi cabello cayó a nuestro alrededor cuando lo seguí. Hudson deslizó la mano entre mis muslos y sentí un gemido vibrando en su pecho, como un eco del mío por la caricia de sus dedos hábiles.

–Estás caliente y mojada –me dijo. Me mordisqueó el labio inferior y me lamió la piel suave antes de deslizar su boca abierta sobre mi cuello–. ¿Cuántas veces quieres acabar, Allie? ¿De cuántas formas? Dímelo y te lo daré.

Cada vez que él me tocaba y me provocaba, me costaba respirar, y jadeé cuando me pasó el pulgar sobre el clítoris.

–No me importa, siempre y cuando no me hagas esperar para la primera vez.

–La primera vez. –Llevó las manos a mis caderas y me hizo subir a su torso–. Estás aprendiendo.

–Me vas a arruinar el sexo con los demás, ¿no?

Caí hacia delante, con las palmas de las manos sobre la cama, encima de su cabeza, mientras su boca acariciaba mis pechos, la curva de mis costillas, y me daba pequeñas descargas de felicidad por todo el cuerpo.

–No hay nadie más. –Hudson me rozó el estómago con los labios y deslizó las manos bajo mis pantorrillas–. Nunca lo hubo. Para ninguno de los dos. –Besó el pliegue de mi cadera y apoyó mi rodilla sobre su hombro–. Todos los demás solo fueron sustitutos. –Me estremecí cuando giró el rostro hacia la parte interna de mi muslo y succionó. Me dejó una marca antes de levantarme esa rodilla también–. Nosotros dos somos lo único que importa.

Hudson pasó las manos sobre mis muslos, arqueó el cuello y me recorrió con la lengua hasta llegar a mi clítoris. Jadeé y mis caderas se menearon por instinto.

–Siéntate. Quiero verte acabar. –No era un pedido. Luché con todas mis fuerzas para no derretirme ahí mismo y me senté sobre las rodillas, a centímetros de su boca. Se me disparó el pulso y se me agitó la respiración cuando nuestras miradas se encontraron–. Siéntate –me ordenó. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron–. Siéntate, Alessandra.

Me tironeó de los muslos, y yo corcoveé. Él me recompensó con un gruñido, me atrajo a su boca y me robó el alma entera con los labios y la lengua. Un remolino de calor y deseo me atravesó el cuerpo. Ahogué mi primer grito con el puño, pero el segundo se escapó cuando dejé caer la mano. No había ningún pensamiento, solo sentimientos. Existía solo por él, mis caderas meneándose, mis gemidos ahogados, mi visión consumida por la imagen increíblemente erótica de él debajo de mí, observando cada una de mis reacciones. Empezó a hacer lo que más me gustaba, lo que me llevaba al límite, y me volvió loca por completo. Me estaba arruinando, y yo lo estaba dejando hacerlo.

–Hudson –gemí, y me llevé la mano a la boca al recordar que no estábamos solos–. Me gusta demasiado –dije, demasiado fuerte.

Él se estiró, me tapó la boca con una mano y me atrajo a su boca con la otra, y me mantuvo prisionera con cada caricia de su lengua. Me aferré a su brazo para no perder el equilibrio cuando se me

tensaron los músculos, y esa tensión insoportable me dejó sin aliento y comencé a jadear. Él me llevó de a poco al borde del precipicio y luego me hizo volar. El éxtasis se apoderó de mí en olas enormes que me hicieron arquear la espalda una y otra vez, y me ahogó en un placer tan intenso que casi olvido respirar. Su mano sobre mi boca calló mi grito y los gemidos que le siguieron mientras él me acariciaba, prolongando cada temblor de placer, hasta que caí al costado, respirando con dificultad. Él me imitó, me hizo ponerme boca arriba y, con delicadeza, me recorrió el clítoris con la punta de la lengua, y me sacudió otra oleada de puro placer.

–Nunca me canso de ti. –Repitió la caricia, y se me tensó el estómago.

–Quiero tenerte, Hudson. –Le pasé los dedos por el pelo y tironeé–. Adentro de mí. Ahora.

–Y yo quiero que estés desesperada. –Me regaló otra seguidilla de lengüetazos suaves, y se me arqueó la espalda cuando otra vez comenzó a crecer esa hermosa tensión en mi interior. Dios, qué bien se sentía–. Muerta de deseo, necesitada, suplicante.

Me incorporé sobre los codos y lo miré dar el siguiente lengüetazo.

–Yo no –jadeé cuando pasó la lengua sobre mi clítoris inflamado– suplico.

La sonrisa que esbozó lentamente era la cosa más sexy que había visto en mi vida.

–Lo harás –me prometió.

Se bajó de la cama y se quitó las prendas que le faltaban. Yo me quedé mirándolo como si fuera un espectáculo y me humedecí el labio inferior con la lengua cuando se quitó los pantalones cortos y, después, los interiores negros que tenía debajo. Cada centímetro de su cuerpo estaba tonificado, definido por tantas horas en el agua y en el gimnasio. Era indescriptible, y me resultaba inconcebible ese nivel de perfección. Me excité solo de mirarlo y mi mirada se detuvo en su verga erecta cuando se liberó de la ropa.

–Eres… –Tragué saliva–. Eres hermoso. Por favor, dime que fuiste más previsor que yo y trajiste condones.

Por primera vez en mi vida, no sabía si me importaba tanto. Yo tomaba pastillas anticonceptivas, confiaba en Hudson más que en

cualquier otra pareja que hubiera tenido, y necesitaba tenerlo adentro de mí. Así de simple.

–Yo diría que fui optimista, más que previsor.

Hudson rebuscó en su mochila y sacó un envoltorio de aluminio. Me senté y se lo quité de las manos. Le brillaron los ojos cuando lo abrí y arrojé el envoltorio en la mesita de noche, junto a la linterna. Luego, desenrollé lentamente la fina capa de látex sobre su verga, y se me curvaron los labios cuando jadeó, tensó los abdominales y me sujetó del pelo. Al llegar abajo del todo, lo rodeé con la mano, y el gruñido grave que soltó me dio años de vida.

–¿Seguro que quieres esperar hasta que te suplique?

–Por Dios, Allie. –Hudson me tomó de la cintura y prácticamente me arrojó sobre la cama. Luego, se encaramó sobre mí y se acomodó entre mis muslos–. Quiero verte muerta de deseo. Necesitada. Suplicante. Esperamos demasiado tiempo como para aceptar menos que eso.

Me besó con una urgencia que exigía saber mi respuesta, y yo se la di. Busqué su boca para besarlo una y otra vez mientras él me recorría el cuerpo con las manos y me encendía con cada caricia. Me arqueé cuando veneró mis pechos con la boca y grité de frustración cuando me puso boca abajo y comenzó a trazar un camino de besos sobre mi espalda. Cuando llegó a mi cuello, retrocedí y apoyé el trasero contra él, dejando clara mi invitación. Sentía un dolor palpitante dentro de mí.

–Ya casi estás ahí. Casi, pero no. –Me dio vuelta otra vez, como si no pesara nada, y me pasó la mano por la parte interna del muslo.

–Hudson… –Me temblaron las caderas, como tratando de llevar su mano a donde la necesitaba.

–¿Me necesitas? –Hundió los dedos entre mis muslos y solté un grito cuando tocó mis puntos sensibles–. Tu cuerpo seguro que sí. Dios, me estás empapando la mano.

–¡Te necesito! –Ese hombre tenía el autocontrol de un santo, y yo iba a prenderme fuego si no hacía algo rápido.

–¿Ahora? –Dibujó círculos alrededor de mi clítoris y luego me metió un dedo. Mis músculos se tensaron a su alrededor y gemí. La sensación era deliciosa, pero no me alcanzaba.

–Ahora. –Meneé las caderas, le hundí las uñas en los hombros y, cuando deslizó un segundo dedo y curvó los dos hacia arriba, empecé a ver borroso–. Más. Necesito más. –De no haber sido por el modo en que me miraba y por el temblor en sus brazos, habría pensado que él estaba totalmente tranquilo–. Hudson… –Llevé las manos a sus mejillas mientras me retorcía–. No me hagas esperar. Por favor.

Él quitó los dedos y los reemplazó con la cabeza dura de su verga en mi sexo. *Por fin.* Se apoyó sobre los antebrazos, se inclinó y me rozó los labios con los suyos.

–¿Estás desesperada?

–Sí.

Llevé las rodillas al pecho, tan consumida por el deseo que no me importó qué confesión quisiera arrancarme él. Le daría cualquier verdad que quisiera.

–¿Enloquecida? –Hudson empujó apenas y el primer centímetro se deslizó dentro de mí.

–¡Sí! –Mierda, se sentía increíble.

–¿Como si no pudieras sobrevivir un segundo más sin mí? –Otra vez, el roce de sus labios.

–Sí. –Lo tomé de la nuca y moví las caderas.

Él soltó un gruñido gutural y apoyó la frente contra la mía.

–Qué bueno. Porque así me siento yo cada minuto de cada día.

–A mí me pasa lo mismo. –Aunque terminara matándome.

–Sí.

Me sujetó de la nuca y se sumergió en mí con una embestida poderosa, ocupando cada centímetro de espacio en mi interior y haciéndose lugar. Él era demasiado, y la sensación era gloriosa. Ahogamos nuestros gemidos en un beso y él se estremeció. Sentí el temblor de los músculos de su espalda bajo los dedos y extendí las manos.

–Mi Allie. –Hudson levantó la cabeza y sus ojos fascinados buscaron los míos. Luego, retrocedió y sentí un temblor en todo el cuerpo–. Eres tan sexy. Ardiente. Perfecta. Estás hecha para mí, y quiero tratarte con delicadeza…

–No. –Llevé las manos a su trasero–. No seas delicado ni cuidadoso. Cógeme como si te murieras de ganas, Hudson.

Otra vez le brillaron los ojos y me penetró con fuerza. El placer me nubló la mente y se me escapó un grito.

–¿Así?

–Así. –Dios, sí.

Hudson me besó apasionadamente al retroceder y luego volvió a mover las caderas, en un ritmo intenso y profundo que me hacía ansiar la próxima embestida e ir a su encuentro una y otra vez, con la pierna rodeándole la cadera para sentirlo más adentro.

–No pares –supliqué. No habría sobrevivido si paraba.

–Nunca me voy a cansar de ti –dijo contra mis labios, y otra vez volvió a sumergirse en mí. Mis gritos se transformaron en gemidos y el sudor nos empapó la piel–. Me encanta sentirte, Allie. –Acompañó cada palabra con una embestida, y yo perdí la capacidad de formar oraciones.

–Más. –Era mi único deseo. Mi único pensamiento.

Él me arrastró por la cama, me rodeó la espalda con el brazo y me levantó para enderezarnos.

–El cabezal.

Levanté las manos, me sujeté de la madera y la usé de apoyo para mover las caderas, así él me cogía más fuerte. Más profundo. Y así lo hizo él. La madera crujía mientras Hudson me penetraba una y otra vez, y la mirada de sus ojos enloquecidos, el movimiento de su cuerpo con el mío, me disparó la temperatura. Con cada embestida, esa tensión deliciosa crecía cada vez más dentro de mí, hasta que todo mi cuerpo empezó a vibrar y latir. Sentía a Hudson en todos lados. Estaba en la mismísima médula de mis huesos, el oxígeno de mis pulmones, el latido rabioso de mi corazón, todo era suyo.

–Quiero hacértelo desde atrás, así veo rebotar tu culo perfecto mientras te cojo –gruñó sin dejar de mover las caderas, arrancándome lamentos suaves de los labios–. Y también contra la pared. Y contigo arriba de mí, cabalgándome con ganas. Una sola vez no me alcanza. Quiero todo.

–Sí. Sí a todo. –Meneé más fuerte las caderas, exigiéndole que acelerara el ritmo. Coger así de lento, suavemente, era exquisito,

pero no iba a sobrevivir si me hacía esperar mucho más para llegar al clímax.

–La próxima. –Me besó y me dio lo que yo quería: empezó a mover las caderas más rápido, pero igual de profundo–. Esta vez, quiero mirarte a los ojos. –Sin despegar la mirada de la mía, metió la mano entre nosotros–. Estás a punto de acabar, ya lo siento. Tienes todos los músculos tensos, respiras agitada. Necesito sentirte acabar, Allie. –Me acarició el clítoris y dejé de moverme para ir a su encuentro; solo era capaz de recibir ante la nueva oleada de sensaciones que me invadió el cuerpo, y se me tensaron los muslos alrededor de sus caderas–. Muy bien, cielo.

Él presionó apenas, y se me nubló la vista. Todo se oscureció cuando el orgasmo me atravesó el cuerpo y me deshizo en mil pedazos, pero, de alguna manera, Hudson me ayudó a no desmoronarme, y no detuvo ni por un momento el vaivén incesante de sus caderas mientras me cubría la boca con la suya para capturar mis gritos. Arqueé el cuerpo una y otra vez.

Recién cuando volví a caer sobre la almohada, respirando con dificultad y completamente arruinada, él perdió el control. Me sujetó del hombro para que no me deslizara hasta el cabezal y liberó todo su deseo, sin molestarse en mantener el ritmo, con una seguidilla de movimientos frenéticos y voraces. Llevé la mano a su cara y, cuando se deshizo dentro de mí, le robé las palabras:

–Eres mío.

Le brillaron los ojos y me besó con ganas, ahogando un gemido. El sonido resonó en su pecho, grave y gutural, cuando llegó al orgasmo con una última embestida profunda que me tocó hasta el alma. Hudson cayó sobre mí un segundo antes de girarnos de costado y abrazarme. Nos miramos a los ojos mientras nos tranquilizábamos y, de a poco, se nos normalizó la respiración y el sudor comenzó a enfriarse.

–Somos muy buenos en esto –comenté cuando mi corazón por fin dejó de latir desbocado.

–Sí. Es verdad. –Me acarició la mejilla–. Nunca sentí algo así.

–Yo tampoco. –Dejamos que las palabras quedaran suspendidas entre nosotros durante un perfecto momento de calma que yo sabía

que no podía durar.

–Quedémonos mañana. –Su propuesta me tomó desprevenida–. Mi familia se va, pero a mí me queda un día de licencia, y alquilé la cabaña un día más por si había algún cambio de planes. Cambiemos los planes.

–¿Y qué haríamos? –pregunté, y tragué saliva.

–No salir de esta habitación salvo para lo mínimo indispensable –dijo, pasando el pulgar sobre mi labio hinchado.

La idea me parecía irresistible, pero tenía que volver a casa. Tenía que estar en el estudio. Aunque también quería estar ahí. Quizá Hudson tenía razón y fuera posible alcanzar un equilibrio. Podía ser la mejor en lo mío y tener una vida, tenerlo a él, aunque solo fuera por un rato.

–Está bien. –Asentí.

Hudson sonrió de oreja a oreja, y no sentí ni una pizquita de culpa por faltar a mis obligaciones cuando se asomó ese hoyuelo en su mejilla. Esa noche, nos quedamos en la cama, ahogando los gemidos del otro una y otra vez, y pasamos el día siguiente en la ducha, en la playa y en una de las mesas de pícnic después de que se marchó su familia. Para cuando estacionamos en mi casa al día siguiente, me dolía el cuerpo en lugares que ni recordaba que existían, y estaba extremadamente… feliz.

–¿Quién vino? –preguntó Hudson al estacionar junto a un auto que no reconocí.

–No sé.

Subimos los escalones de la mano, con Hudson cargando mi mochila. La puerta se abrió antes de que llegáramos a tocar la manija, y Anne salió a la entrada.

–¿Dónde estabas? Estamos tratando de comunicarnos contigo desde ayer.

–No hay buena señal en el bosque, así que apagué el celular. –La mirada de pánico de mi hermana me puso nerviosa–. ¿Qué pasó?

El rostro de Kenna apareció por encima del hombro de Anne, y mi amiga la esquivó para salir al porche.

–¿Qué pasó? –repetí–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Tengo un mes de vacaciones que iba a perder si no me las tomaba, y una amiga que necesita ayuda con urgencia –respondió Kenna, y su mirada se tiñó de… ¿acaso era lástima?–. Supongo que no te metiste en internet estos días.

–No.

Negué con la cabeza. Había estado demasiado embobada con Hudson como para preocuparme por el mundo real. Kenna masculló un insulto, sacó el teléfono de su bolsillo trasero y desbloqueó la pantalla.

–No sé qué bicho le picó a Vasily, pero ya publicó una parte del elenco de *Equinox.*

–Pero nunca hace los anuncios tan pronto. Recién estamos a mitad de julio. –El terror se instaló en mi cuerpo–. Por favor, no me digas que Charlotte…

–No. Ella no.

Kenna hundió los hombros y me mostró la pantalla. Cuando leí el anuncio del elenco, se me revolvió el estómago. La boca se me llenó de saliva y me subió bilis por la garganta. Solté la mano de Hudson, me incliné sobre el barandal del porche y vomité lo que había desayunado en los arbustos.

–¿Qué diablos pasó? –Hudson me sujetó el cabello mientras se me retorcía el estómago.

–Eva se quedó con su papel.

CAPÍTULO VEINTISÉIS
Hudson

Sarahen45: Con razón se escondió. A mí también me daría vergüenza dar la cara.

Era un infierno de lo más espantoso haber pasado días enredado con Allie, haber visto por fin lo que podríamos ser si nos diéramos una oportunidad, solo para que ella me rechazara emocionalmente de todas las formas posibles tras regresar a Haven Cove. Hacía dos días que no me atendía el teléfono ni me respondía los mensajes.

Llevé a Juniper a su casa bajo la lluvia torrencial cuando salí del trabajo, según lo planeado, y al llegar al estudio me encontré a Allie bañada en sudor, con Kenna.

–Buena suerte –murmuró Anne. Me dio una palmadita en el hombro y después regresó a una montaña de papeles que estaba desparramada sobre la mesita de la sala de estar.

–¿Es mal momento? –pregunté desde la entrada del estudio. Allie estaba dando pasos en círculo, con una mano en la espalda, y hacía muecas de dolor a cada paso.

–Yo diría que es el momento perfecto –respondió Kenna, alejándose de la pared–. Necesita descansar.

–Por descansar es que estoy así –replicó Allie.

Mierda. Levanté las cejas.

–Que tu hermana sea una traicionera de… –Las palabras de Kenna se apagaron cuando Juniper apareció detrás de mí. Miró a mi sobrina y después, a mí–. Trata de convencerla de descansar.

Por algún motivo, dudaba que Allie fuera a escucharme.

–Hola, tía Allie. –Juniper caminó hasta la ventana y dejó su bolso en el mismo lugar de siempre.

–Juniper… –Allie abrió y cerró la boca antes de suspirar y hundir los hombros–. Necesito cinco minutos y después arrancamos.

–¿Estás segura? –Por un segundo, Juniper frunció el rostro–. Pareces… enojada.

–Ah, estoy furiosa –le aseguró Allie, tomando la toalla de la barra y colgándosela sobre los hombros–. Pero no contigo. Vuelvo en un par de minutos y nos ponemos a trabajar.

Juniper asintió y Allie pasó junto a mí sin siquiera mirarme y se dirigió al vestíbulo.

–La tía Eva se robó el papel de la tía Allie en el ballet que crearon para ella –susurró Juniper, sentándose junto a su bolso.

–Yo ya sé eso, pero ¿tú cómo lo sabes? –Yo me había cuidado mucho de no decirle nada a mi sobrina.

–Porque ayer la tía Eva publicó un video en Seconds en el que la tía Allie decía que todavía había muchas partes de la coreografía que no podía hacer, y parecía… –Juniper arrugó la nariz.

–¿Sí? –Mierda, ¿acaso iba a tener que descargarme esa aplicación para enterarme de lo que estaba pasando?

–Parecía que Eva había escondido la cámara –susurró Juniper–. Y hoy a la mañana publicó que Allie no está mejorando y que la contrataron como bailarina principal para la próxima temporada, así que me fijé en la página web. –Se quitó las sandalias de una patada y rebuscó en su bolso–. Nadie pasa de bailarina del cuerpo a bailarina principal. Seguro le dieron el papel porque es la hermana de Allie y se sentían mal porque el papel lo habían creado para ella.

O sea que así era cómo Eva había conseguido el papel. Qué despreciable.

–Ya veo. Espera aquí. –Dejé a Juniper en el estudio y fui a la sala de estar–. ¿Estás bien? –le pregunté a Anne, que estaba sentada en el suelo frente a la mesa atestada de papeles, con Sadie dormida a su lado.

–Sí, solo estoy revisando documentos de los últimos treinta años para ver si mi mamá guardó algún papel relacionado con la adopción de Juniper. –Anne movió un sobre de papel madera a una pila en el suelo–. Y no me preguntes por qué no estoy en la oficina. Como ya le expliqué a Allie diez veces, todavía se siente como la oficina de mi

padre. Mi mamá tampoco la usaba, por algo la mitad de estas cosas estaban metidas en cajas en su armario.

–Y estás revisando papeles porque… –La miré con las cejas levantadas.

–Porque Juniper quiere saber quién es su padre. –Dejó caer otra carpeta sobre la pila con un ruido sordo–. Y ya planeé el Clásico, así que no tengo nada de trabajo. Total, ni que hubiera podido hacer el trabajo para el que estudié, porque, después de todo, se suponía que tenía que destinar toda mi energía a quedar embarazada. *–Otra hermana Rousseau deprimida.* Mierda–. Y una de mis hermanas anda por ahí robándole papeles a la otra y cambiando la contraseña de la cuenta de Seconds para que Allie no pueda borrar ese video, y no me atiende el puto teléfono –continuó Anne–. Y la otra estuvo dos días enteros sin poder salir de la cama, y ahora ya volvió a arriesgar su salud para perseguir algo que en realidad nunca quiso, solo porque nuestra madre le dijo que lo hiciera. –Levantó el índice–. Y ni me hagas hablar de mi madre, que sigue guardando los secretos de Lina como si ella fuera la única que importa.

Allie había estado dos días sin salir…

–Espera. –Apreté los puños–. ¿Tu madre sabe lo de Juniper?

–Estamos bastante seguras de que sí, pero no va a decirnos nada. Ayer la fui a ver otra vez y no llegué a ningún lado. *–Paf.* Otro sobre cayó sobre la pila–. Está ocupada –hizo una mueca– dando clases. No tiene tiempo para mí.

–Qué… mal.

Se me hizo un nudo en el estómago, y respiré para superar la sensación de pánico que pertenecía a una versión más joven de mí mismo. Iba a tener que aclarar varias cosas con la señora Rousseau si de verdad quería tener una oportunidad con Allie.

–Así que en vez de quedarme sentada sin hacer nada mientras Kenna ayuda a Allie a recuperarse y Eva destruye nuestra familia por su ego, yo voy a hacer feliz a alguien, y para eso tengo que encontrar una copia de los papeles de la adopción para poder decirle a Juniper quién es su padre biológico. *–Paf.* Los archivos se deslizaron y cayeron en una avalancha–. ¡Mierda! –exclamó Anne, y

me señaló con el dedo cuando amagué a recoger los papeles–. No trates de ayudarme.

Sadie paró las orejas, pero luego decidió que dormir era más importante.

–Entendido. –Me estiré para acariciar a la perra y crucé la sala de estar hasta llegar a la cocina, buscando a Allie. Kenna estaba sentada en la encimera y miraba su teléfono mientras comía bastones de zanahoria.

–Sí, aquí todo está hecho un desastre –comentó sin levantar la vista.

–Ya me di cuenta. –Espié hacia el comedor, pero no había ni rastros de Allie–. ¿Allie estuvo unos días en cama? –¿Por qué diablos tenía que enterarme de eso a través de terceros?

–Si un video para arruinar tu reputación se hiciera viral y tuviera más de un millón de visualizaciones y se llenara de reposteos y comentarios de aspirantes a bailarina, abogados, críticos, y sabelotodos que no te conocen ni te han visto bailar, ¿tú tendrías ganas de enfrentar al mundo?

–Nadie me dijo nada. –Mierda. Me dieron ganas de vomitar la cena–. Allie me cerró la puerta en la cara cuando volvimos del campamento. ¿Por qué no me atendió el teléfono? ¿O por qué no me llamaron ustedes? Yo habría estado con ella.

–Anne y yo estuvimos con ella. –Kenna me miró por encima del celular–. No quiso pedirle ayuda a nadie más, y respetamos sus deseos.

–No quería verme a mí –dije en voz baja. Tampoco era una sorpresa, teniendo en cuenta que Allie no me había atendido el teléfono ni me había respondido los mensajes, pero escucharlo en voz alta fue como si me arrancaran el corazón y lo arrastraran sobre vidrios rotos.

–Hoy está un poco irritable. Te aviso por las dudas. –Kenna apoyó el teléfono sobre la encimera–. Vasily trató de llamarla dos veces el día que se quedaron allá en vez de volver, y ahora no le atiende el teléfono.

Mierda. Era todo culpa mía. Me apoyé en la encimera, del otro lado del fregadero, mientras me invadía la culpa, que se transformó

en un nudo en mi garganta. Con razón Allie no quería hablar conmigo. Si yo la hubiera llevado a su casa el día que habíamos acordado, quizá nada de eso habría ocurrido. Hasta ahí llegaba lo de tener un equilibrio.

–No es culpa suya. –Allie entró desde el vestíbulo ya cambiada, con un conjunto deportivo y una expresión perfectamente controlada. Mierda, había vuelto a levantar sus paredes–. No es tu culpa –repitió hacia mí, pero no me miró a los ojos. Abrió el refrigerador y sacó la limonada. Sí, la limonada quería decir que estaba más estresada que la mierda. Apoyó la jarra sobre la isla de la cocina–. No es tu culpa que yo no me haya quedado entrenando. No es tu culpa que decidiera pasar un día más contigo. No es tu culpa que le enseñara a Eva la misma coreografía que claramente usó contra mí al volver.

Las dos primeras frases fueron como una bofetada, pero no me moví ni un centímetro cuando Allie caminó hacia mí.

–Igual lamento haber tenido parte de la responsabilidad en todo esto.

–No fuiste tú. Fui yo. Soy una mujer adulta que tomó ciertas decisiones y ahora tiene que lidiar con las consecuencias. –Ladeó la cabeza–. Necesito un vaso.

Me moví unos centímetros a la izquierda para no bloquear la puerta con el hombro y Allie arqueó las cejas. Abrió la alacena y nuestros brazos se rozaron cuando se estiró para alcanzar el vaso. Para mi sorpresa, tomó dos y volvió a la isla para servir la limonada. Quizá no estaba enojada conmigo después de todo. Se me aflojó el nudo en la garganta. El alivio me duró treinta segundos, el tiempo que tardó en darle el segundo vaso a Kenna, que le agradeció en silencio y deslizó el dedo sobre la pantalla para atender.

–Vaya, Isaac Burdan, ¿acaso te ardían las orejas? –Kenna tocó un botón y apoyó el teléfono sobre la encimera. Era el coreógrafo.

–A mí también me alegra escuchar su voz, doctora Lowell –dijo Isaac por el altavoz, y Allie se puso tensa–. Perdón por molestarte, pero Alessandra no me atiende. –Al menos yo no era el único.

–Mmm. –Kenna tomó un trago de limonada–. Me pregunto si será porque le diste a Eva el ballet que coreografiaste para ella. Se me

ocurre.

Allie se cruzó de brazos.

–Yo no tuve nada que ver. Te lo juro. Tienes que decírselo –respondió él, con la voz más aguda–. Vasily me mostró un video de Alessandra enseñándole la coreografía a Eva, vio que ella no iba a volver a tiempo para la presentación, y me dijo que había decidido darle el papel a Eva. Creo que sus palabras exactas fueron: «Hacer brillar a la nueva estrella de la Compañía Metropolitana de Ballet».

–Qué estupidez –explotó Allie.

–¿Alessandra? Ay, querida, lamento muchísimo que haya pasado esto. Tú sabes que creé este papel para ti y para nadie más. Es el producto de nuestro trabajo, nuestra pasión…

¿Pasión? Sentí un pinchazo de celos en el estómago, pero logré contener las ganas de decirle a ese imbécil que ya no le dijera «querida», porque ella ya no era suya. Tampoco era mía precisamente, ya que no habíamos hablado de lo que estaba pasando entre nosotros.

–Deja de mentir, Isaac. Ya le estabas enseñando la coreografía a Charlotte. Seguro querías sacarle provecho a *su* pasión. –Allie negó con la cabeza y giró al otro lado de Kenna, hacia mí. Una furia helada le hacía brillar los ojos mientras miraba el teléfono con expresión asesina.

–La ira te queda… deliciosa, querida. Deberías darle rienda suelta a ese carácter un poco más seguido. –Cuando Allie no respondió, Isaac suspiró fuerte, para que ella lo escuchara a través del teléfono–. Me estaba cogiendo a Charlotte. No es para tanto. Trabajar con ella era solo una consecuencia de eso.

–¿Y todavía lo estás haciendo? –preguntó Allie.

–¿Cogiéndome a Charlotte? Sí, pero paro si me dices que quieres que volvamos a…

Me hirvió la sangre.

–Trabajando con ella, Isaac. ¿Estás trabajando con ella? –Allie se frotó el puente de la nariz–. Ya no me importa con quién te acuestes, y no me va a volver a importar.

–Es por ese tipo que llevaste a la gala, ¿no? –resopló Isaac. Me puse tenso, y Allie me lanzó una mirada–. Debo decir que estoy un

poco sorprendido –continuó–. Él no es tu tipo. No paraba de manosearte en público, y tú eres una persona discreta. Además, te gustan los hombres esbeltos, con cuerpos hechos para resistir, no para levantar pesas, por así decirlo. Aquí estaré cuando te aburras.

Allie se sonrojó y Kenna levantó las cejas. Si hubiera estado en esa cocina, Isaac habría aprendido por qué dicen que el que juega con fuego se quema.

–Isaac, te deseo toda la suerte del mundo con Eva. Los dos sabemos que va a destrozar esa variación. Vas a tener que bajarle la dificultad a todo si quieres tener al menos una posibilidad de que llegue a la mitad del ballet. –La mano de Allie revoloteó sobre la pantalla–. Ah, y con respecto a Hudson, tiene el cuerpo de un dios griego y también coge como uno, así que estoy muy bien atendida.

Sin más, tocó un botón y terminó la llamada. Yo me aferré al borde de la encimera para contener las ganas de tocarla, por más que supiera muy bien que solo había dicho eso para enfurecer a Isaac. Kenna nos miró a los dos.

–Bueno, ese es mi pie para retirarme. Voy al estudio. –Se bajó de la encimera y me saludó con la mano–. Ojalá tengas suerte.

Asentí, como dándole las gracias, y Allie volvió a mi lado de la isla y guardó la limonada en el refrigerador.

–No tendría que haberle dicho eso.

–A mí no me molestó. –Se me curvó la comisura del labio, pero me borré la sonrisa arrogante del rostro antes de que ella volteara a mirarme–. Lo que me molesta es que a mí tampoco me atiendas el teléfono.

–¿Querías hablar de Juniper? –me preguntó con una mueca.

–No. –Me crucé de brazos–. Y tú lo sabes.

–Entonces, no tenías por qué llamarme. –Se encogió de hombros–. Lo que pasó allá no fue nada, solo dos adultos liberando tensión acumulada. Nada más.

–Y yo que pensaba que no nos íbamos a mentir. –Sus palabras no me generaron nada porque yo sabía bien lo que estaba haciendo ella, y no iba a dejarla.

–No fue nada. –Allie había construido tan bien esa máscara apática que, de no haber sido por la agitación en su mirada, casi le

habría creído.

–Mentira. –Di dos pasos hacia delante y quedamos pegados. A ella se le dilataron las pupilas y se le aceleró la respiración–. El asiento del medio en la última fila durante once años no es nada.

–Tiene que serlo –repuso ella, levantando el mentón–. Tú y yo… no encajamos en el mundo del otro, Hudson. No fuera de este pueblito diminuto al que no pertenecemos ni tú ni yo. ¿No viste lo que pasó cuando me tomé un par de días? Perdí el papel de mi vida. Tendría que haber estado aquí trabajando. Esto es lo que pasa cuando trato de tener un equilibrio entre mi carrera y otra cosa, otra persona que no pertenezca a esta industria. Nosotros –nos señaló con un gesto– no podemos tener nada, y no tengo tiempo de ponerme a discutir sobre esto contigo.

Se me hizo un nudo en el estómago. Otra vez estaba donde había empezado. Me vibró el teléfono y lo tomé para ver quién me llamaba. Era de la estación.

–Espera un momento y ya te digo por qué estás equivocada –le dije a Allie, y luego atendí–. Ellis.

–Hola, jefe…

–Todavía no –lo corté rápidamente. Faltaban meses para que me confirmaran el ascenso–. ¿Qué pasa?

–Perdón por llamarte. Ya sé que terminó tu horario, pero ya mandamos dos helicópteros y acaba de llegar una llamada de emergencia.

Mierda. El día no paraba de mejorar.

–Llego en quince minutos. –Corté la llamada y volví a guardarme el teléfono en el bolsillo del uniforme–. Bueno, parece que yo tampoco tengo tiempo de discutir contigo. ¿Puedes llevar a Juniper a su casa cuando termines?

–¿Por qué? –Allie frunció el ceño, preocupada, lo cual solo me hizo sentir más frustrado después de que me soltara todas esas estupideces de que lo nuestro no era nada.

–Porque acaba de llegar una llamada de emergencia y tengo que ir. La puedes llevar a su casa, ¿sí o no?

–No puedes salir con este tiempo –me dijo, pestañeando, mientras miraba por la ventana–. Está lloviendo torrencialmente.

–Sí, cielo, y esto es lo que pasa cada vez que hay una tormenta. –Y el tiempo apremiaba.

–Vas a ir… –empezó a decir, con los ojos muy abiertos.

–Sí. –Asentí–. ¿Puedes llevar a Juniper a su casa? Si no, llamo a Gavin de camino y le pido que la pase a buscar, Allie. Me tengo que ir ya mismo.

–Yo la llevo –me dijo con calma, y se le cayeron algunas piezas de la armadura–. Hudson.

–Gracias. Por favor, dile que tuve que irme, pero no entres en detalles. Se preocupa. –Ignoré la necesidad de besarla y me alejé–. Te llamo mañana. Obviamente, depende de ti si me atiendes o no.



Pasada la medianoche, estacioné la camioneta en mi garaje y me maldije por haber alquilado una casa que me obligaba a caminar bajo la lluvia para llegar a la puerta. Tampoco sería la primera vez que me empapara hasta los huesos esa noche.

Exhausto, dolorido, y todavía bastante frustrado con la bailarina de lengua filosa de la que estaba enamorado sin remedio, crucé la pequeña parcela de césped que separaba mi casa del garaje y subí los escalones que daban al porche, y recién levanté la cabeza cuando estuve al resguardo de la lluvia. Al ver a Allie, me detuve en seco. Ella estaba sentada en el columpio de mi porche, descalza y abrazándose las rodillas, enfundadas en unas calzas. Sus zapatos yacían en el suelo, junto a un recipiente gigante de agua que yo ya había visto.

–¿Estás bien?

Allie levantó el mentón de las rodillas y me miró de pies a cabeza, con la frente fruncida de preocupación. Mierda, esa mirada me drenó toda la frustración del cuerpo.

–¿Hace cuánto estás aquí?

–Un poco más de una hora, creo. Por un momento, pensé que me había equivocado de casa.

–No te equivocaste.

Crucé el porche y levanté el recipiente de agua, haciendo una mueca cuando me dio una punzada de dolor en las costillas, y luego vacié su contenido por encima del barandal. El Mercedes de Anne estaba estacionado al otro lado de la calle.

–Me estaba poniendo hielo en los pies –murmuró Allie.

–Te conozco hace tanto que reconocí el recipiente. Y hace falta mucho más que una hora para derretir esa cantidad de hielo.

Apoyé el recipiente en el columpio, a su lado, y ella descruzó las piernas. Yo estaba demasiado cansado para pelear, pero tampoco quería que se fuera. Allie se envolvió más fuerte con el cárdigan.

–Bueno, fueron un par de horas.

Hundí los hombros. Debía estar congelándose.

–Ven adentro y caliéntate.

Abrí la puerta y la sostuve mientras ella levantaba sus zapatos y entraba a mi casa. Miró a la izquierda, hacia la sala de estar, y luego a la derecha, hacia mi oficina, y después observó las escaleras empinadas que llevaban a la planta alta.

–Me gustan los detalles en madera. Son muy originales.

–Te daría las gracias, pero la casa es alquilada. –Cerré la puerta y, para mi sorpresa, ella apoyó los zapatos sobre el suelo de madera y entró a mi oficina.

–Porque no planeas quedarte –dijo y prendió la luz.

Nervioso, me quité la gorra y la colgué del perchero, y después hice lo mismo con el abrigo, mientras luchaba contra la sensación irracional de estar siendo evaluado. Menos mal que mantenía la casa en orden.

–Se suponía que solo me iba a quedar aquí un tiempo, para que Caroline pudiera organizarse. Está tardando más de lo que yo esperaba.

La seguí a la habitación y la vi adoptar una expresión curiosa mientras miraba las estanterías, deteniéndose a leer los títulos de los libros. Cuando llegó a una fotografía enmarcada, se detuvo.

–Savannah –le expliqué cuando miró con detenimiento una foto mía con Juniper en la playa, cuando ella tenía cinco años–. Fue la segunda estación a la que me enviaron. Estaba ahí cuando murió Sean, y les pedí a todos los que conocía que me reasignaran.

–¿Te gustaba estar ahí? –Allie siguió avanzando, recorriendo con la mirada los premios, guardados en carpetas, que había metido entre los libros.

–Sí, me gustaba vivir en otro lado, conocer lugares nuevos, gente nueva, esas cosas –respondí. Habría dado lo que fuera por saber qué estaba pensando ella. Su presencia ahí era una admisión de sus sentimientos por mí, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a entregarse a ellos, mucho menos si sentía que, por mi culpa, peligraba su carrera. Lo cual, en su defensa, era cierto, aunque yo no había tenido mala intención.

–¿Y esto qué es? –preguntó, tomando una carpeta con algunos premios.

–Te los dan cuando salvas gente, pero son papeles, nada más. –Me encogí de hombros.

–Valentía y coraje –leyó uno, cerró la carpeta y la puso donde estaba–. Me parece muy atinado. –Clavó los ojos en el mapa de Alaska enmarcado sobre mi escritorio–. ¿Nunca pediste que te enviaran a Sitka?

–Dos veces –respondí, sintiendo el cansancio en los huesos–. Pero no tenía un rango alto, y lo que yo quería no coincidía con las necesidades de la Guardia Costera.

–Y ahora que tienes la oportunidad de volver a pedirlo, vas a pedir que te dejen aquí. –Levantó un dibujo enmarcado de Juniper que estaba sobre mi escritorio–. Por ella.

–Por el mismo motivo que tú no quisiste subirte al barco antes que Eva.

Quizás Allie y yo fuéramos muy distintos, pero en algo nos parecíamos mucho: la familia era nuestra prioridad, y por eso mismo no había ninguna posibilidad de que lo que había entre nosotros durara hasta después de agosto.

–Últimamente, me estuve arrepintiendo de esa decisión. –Allie se dio vuelta, caminó entre mi escritorio y el sillón de cuero gastado, pasó junto a mí y fue hacia la sala de estar–. ¿Tú nunca te arrepientes de haber vuelto?

–No.

La seguí, con un dolor en el lado derecho del cuerpo, mientras ella recorría con la mirada el espacio, sin duda alguna catalogando todo, desde las pinturas que había comprado con Beachman una noche de borrachera en Miami hasta la planta en el rincón, que de alguna forma había logrado mantener viva.

–¿Nunca piensas en marcharte? –Pasó los dedos sobre la manta fina que cubría el sillón y soltó un bostezo.

–Todos los días.

Pero quería tenerla a ella conmigo, quería pasar fines de semana acurrucado con ella en el sofá, que su risa llenara las habitaciones. Quería discutir por todo y por nada, y después reconciliarnos y

decidir qué íbamos a cenar. Quería las interacciones mundanas de una relación. Una punzada de anhelo se abrió pasó entre mis costillas y se me clavó en el corazón. Aunque lograra convencer a Allie de que lo nuestro podía funcionar a largo plazo, tarde o temprano tendríamos que resolver las cosas de nuestro pasado. Ella jamás me perdonaría por lo que había hecho. Era solo cuestión de tiempo hasta que nos separáramos.

–Quizá deberías irte.

Allie se puso a mirar las fotos que estaban en la pared, y bostezó otra vez. Me pasé las manos por el pelo.

–Allie, me encanta que por fin hayas venido a mi casa, pero estoy agotado por luchar contra olas de diez metros y contra una familia aterrada que pensó que yo era una escalera que debían trepar, y tengo las costillas a la miseria…

–¿Qué te pasó en las costillas? –preguntó, girando a mirarme con los ojos brillantes.

–Nada que un par de buenas noches de sueño no puedan curar.

–Muéstrame. –Allie caminó hacia mí y me tironeó la camiseta, y yo levanté los brazos porque no tenía energía para discutir con ella… y porque me encantaba sentir sus manos. Ella respiró hondo–. Hudson.

–No pasa nada. Es un magullón feo, nada más. –Había tenido muchos peores–. La gente hace cosas irracionales cuando tiene miedo.

Allie dejó la mano en el aire, cerca del hematoma en mi torso, pero no me tocó.

–Lo siento.

–No fuiste tú.

–No lo digo por eso. –Dejó caer mi camiseta en su lugar–. Te debo una disculpa. Hay muy pocas personas en mi vida en las que confío plenamente, pero nunca me protegí de mis hermanas. Y cuando Eva me traicionó para conseguir lo que quería, me desquité contigo y no debí hacerlo. Lo siento –dijo, y me miró a los ojos.

–Te perdono.

–¿Así de fácil? –preguntó, con las cejas levantadas.

–Así de fácil. –Asentí–. Y yo lamento haberte impedido entrenar.

–Eso no fue culpa tuya. Yo quería quedarme contigo. –Allie soltó un suspiro de frustración–. Siempre quiero quedarme contigo. Ese es el problema.

–Entonces, vamos a la cama. –Le ofrecí la mano, y ella retrocedió un poco.

–No vine aquí para tener sexo, Hudson.

–Me imaginé. –Se me escapó una sonrisa–. Estoy cansado. Tú estás cansada. Y, a menos que tengas ganas de salir en medio de esa tormenta, podrías venir a la cama así dormimos los dos. –Levanté las cejas cuando ella frunció el ceño–. ¿Quieres quedarte conmigo? Entonces, quédate.

–¿Solo por hoy?

–Por el tiempo que quieras. Te dije que acepto lo que me des, aunque sea una sola noche. –La invité a acercarse con un movimiento de los dedos, consciente de que estaba en terreno muy pantanoso con una mujer muy desconfiada.

–Me parece bien –dijo, asintiendo lentamente.

Gracias a Dios. Apagué las luces, me fijé que las puertas y las ventanas estuvieran cerradas, y la llevé escaleras arriba. Pasamos junto a la habitación de huéspedes donde Juniper dormía a veces y entramos a mi dormitorio. Allie observó el espacio, con sus muebles oscuros y detalles en color verde musgo.

–A veces me olvido de lo ordenado que eres. No hay nada fuera de su lugar.

–Así es más práctico. Ven. –La hice pasar al baño y saqué un cepillo de dientes nuevo del mueble.

–¿Tienes cepillos de dientes para las visitas? –me preguntó, mirando el cepillo con mala cara.

–Compro cepillos de dientes en cantidad, igual que todo lo demás. –Abrí el mueble y le mostré las hileras ordenadas de productos antes de cerrarlo–. No hay nadie más. Ya lo sabes. Deja de buscar motivos para irte corriendo.

Allie suspiró, y compartimos las domesticidades que las parejas dan por sentado, como usar el lavabo al mismo tiempo y hacerle lugar al otro para que pase por la puerta. Y después olvidé por completo lo cansado que estaba cuando Allie salió del baño vestida

con mi camiseta, y la temperatura corporal me subió al menos diez grados. Sí, estaba claro que me volvía loco verla usando mi ropa. Allie se deslizó bajo las mantas y se acostó boca arriba, mirando al techo.

–¿Tienes un cargador?

Me moví con cuidado para no maltratar mis costillas resentidas, abrí la gaveta de la mesa de noche, busqué mi cargador de repuesto y se lo di.

–Gracias. –Allie lo enchufó y apoyó el teléfono sobre la mesita antes de volver a mirar el techo–. Tienes vocación de *boy scout.*

–Siempre listo –respondí. Allie tamborileaba los dedos sobre el edredón–. Por el amor de Dios, Allie, ven aquí. –Me giré del lado que no estaba lastimado, la rodeé con el brazo y la atraje hacia mí. Ella se acurrucó contra mí sin protestar, me robó la mitad de la almohada y apoyó ese culo increíble sobre mi verga al acomodarse–. ¿Qué vas a hacer con Eva? –le pregunté, apoyando la mano sobre su cadera desnuda.

–¿Además de estrangularla? –Allie suspiró–. Una vez que ya está el anuncio, hace falta un acto divino para que Vasily cambie de opinión. Creo que no hay mucho que pueda hacer, además de no volver a dirigirle la palabra a mi hermana, y eso también es… inconcebible.

–Sí, creo que yo tampoco podría borrar a Gavin o Caroline de mi vida. –Le acaricié la piel distraídamente–. Podrías dejar la compañía.

–Tú podrías dejar la Guardia Costera –retrucó ella.

–Buen punto. –Reprimí una sonrisa–. Pero yo cambio de estación y siempre hago lo mismo. Tú podrías bailar en cualquier compañía del mundo. ¿Todavía está vigente tu contrato?

–Me queda un mes –respondió Allie–. Hasta el quince de agosto.

–El día del Clásico. –Ya no faltaba nada.

–Me pasé dos días sentada en la oscuridad, tratando de decidir si cambiarme el nombre y mudarme a otro país, o si hacer mierda a mi hermana, metafóricamente.

–¿Y qué decidiste?

–Quiero recuperar mi papel –dijo, acomodándose en la cama.

–Entonces, tú tendrás que ser el acto divino. –Gruñí–. Y deja de mover el culo o voy a olvidar todas mis intenciones honorables.

–Si mal no recuerdo, me hiciste algunas cosas muy poco honorables hace un par de días.

–No me estás ayudando. –Le besé la coronilla y enterré la nariz en su cabello para sentir esa fragancia floral única que me había atormentado durante más de una década–. Duérmete.

–Deberías poner Sitka como primera opción.

–En primer lugar, Caroline no está lista para que me vaya. En segundo lugar, si hago eso voy a estar en la otra punta del país, lejos de la única persona que quiero tener cerca, que, por si no lo notaste, eres tú. Y, en tercer lugar, duérmete.

Allie se puso tensa un segundo y luego se me acercó más, lo cual no me molestó en lo más mínimo.

–No lo dije en serio. Cuando dije que lo nuestro no era nada, no fue en serio. Me pasé todas esas horas pensando que tú estabas ahí, en medio de la tormenta, y…

–Lo sé. Lo supe cuando lo dijiste. –Le besé la parte de atrás de la oreja–. Y tengo un historial intachable en las tormentas.

Ella se dio vuelta en mis brazos y me miró.

–No me gusta que la gente se acerque demasiado –susurró.

–Eso también lo sé. –Le acaricié la cadera–. De hecho, lo sé hace once años. Y aunque es una de las cosas que más me frustran de ti, tengo que admitir que así es más interesante. Y, en tu defensa, me advertiste de entrada. –Parecía que no íbamos a dormir, pero no me importaba nada ahora que por fin la tenía en mi cama–. Pero podrías hacernos un favor a ambos y dejar de resistirte.

Allie abrió la boca, como si quisiera decir algo, pero tardó un par de segundos en hablar.

–¿De verdad aceptarías lo que estuviera dispuesta a darte?

–Sí –respondí, y me despabilé al instante.

–¿Y si hubiera un modo de que esto fuera real pero… seguro? –preguntó, apoyando las manos sobre mi pecho.

Mierda. ¿De verdad estaba pasando?

–Ya es real. ¿Qué necesitas para que sea seguro? –Le acaricié la espalda.

–Tiene que ser fácil –respondió ella, después de tragar saliva–. Sencillo. Que nadie salga herido.

–De acuerdo. –Yo iba a terminar herido de todos modos, pero mientras ella saliera ilesa, le daría lo que quisiera–. Sin complicaciones –adiviné.

–Mi vida es un caos, y necesito que tú no lo seas –me dijo, asintiendo. Apoyó el mentón en las manos–. Y ya sé que no es justo…

–Acepto lo que me des –le recordé, y me comenzó a carcomer la culpa. Había demasiada historia entre nosotros dos.

–¿Aunque solo sea hasta que vuelva a Nueva York? –me preguntó, tensa.

–¿Solo quieres que esto dure cinco semanas?

Mierda. Pero ¿acaso ese no había sido mi plan desde el principio? ¿Usar el verano para devolverle algo de vida a sus ojos? Entonces, ¿por qué me sentía como si me hubieran arrancado un trozo del corazón?

–Yo solo puedo hacer esto cinco semanas –me aclaró–. Tengo que estar totalmente concentrada cuando vuelva. Voy a tener que luchar por mi lugar en la compañía y…

Facilítale las cosas.

–Entiendo. –Le corrí el pelo del rostro, y sentí otra punzada de culpa. Por fin podría saborear todo lo que siempre había querido, y hablar de nuestro pasado lo habría arriesgado todo, pero tenía que hacerlo. No podía decirle que lo nuestro era real si todavía había cosas falsas en el medio–. Deberíamos hablar del modo en que me marché, y si no me perdonas…

–No. –Allie negó con la cabeza rápidamente y me sujetó el rostro–. Te perdoné en cuanto me dijiste que habías ido a verme bailar. Éramos niños y ambos nos equivocamos, Hudson.

–No tanto como yo.

La sujeté fuerte de la cadera y ella me apoyó los dedos sobre la boca. Dejé de respirar. No podía perdonarme, no de esa manera, sin sufrimiento.

–Sencillo y fácil, ¿recuerdas? –susurró ella–. No puedo lidiar con otra cosa en este momento. Acordemos que solo importa el

presente. El pasado ya pasó, y no podemos tener un futuro juntos. Yo no voy a renunciar a Nueva York, y tú no vas a dejar a tu familia si puedes evitarlo y, si no puedes, vaya uno a saber a dónde te van a mandar. –Trató de sonreír, pero fracasó–. Así que, a menos que se te ocurra algún motivo que te impida ser mío durante las siguientes cinco semanas, por favor, no me hagas pedírtelo otra vez. Esta es la única oportunidad que tenemos, y quiero aprovecharla. –Bajó los dedos a mi mentón–. Si tú quieres.

El pánico en su mirada me robó las palabras y también las buenas intenciones. Nunca se había mostrado tan vulnerable conmigo, ni siquiera cuando éramos adolescentes. Si daba un paso en falso, Allie transformaría sus paredes en una fortaleza.

–¿Hudson? –me dijo, alejándose.

–Cinco semanas no me alcanzan –le dije con voz ronca. Si hubiéramos tenido más de cinco semanas, si lo hubiéramos intentado de verdad, yo le hubiera suplicado de rodillas que me escuchara. Pero revolver el pasado provocaría una tormenta que ella no podría soportar, no en ese momento, cuando estaba por librar una batalla para recuperar su papel. Pero después, cuando hubiera terminado todo, iba a tener que escucharme–. Pero acepto.

Ella sonrió de oreja a oreja y se inclinó para darme un beso rápido.

–Qué bueno. Ahora sí podemos dormir –declaró, y se dio vuelta y se acurrucó contra mí.

Tenía cinco semanas para hacerla lo más feliz que pudiera, y no iba a arruinarlo. Sin importar qué necesitara, yo se lo daría. Los dos comenzamos a respirar a un ritmo calmo y casi me había quedado dormido cuando la escuché decir:

–Tus sueños también importan, Hudson.

El único sueño que me importaba era el que estaba viviendo en ese momento, el de poder dormir junto a ella. Y me desperté de ese sueño cuando el teléfono de Allie sonó a las cinco de la mañana. Ella salió de entre mis brazos, le pegó un par de manotazos a la mesita de noche y, finalmente, atendió el bendito aparato.

–Más vale que estés muerta, Anne. Sí, estoy en casa de Hudson. Porque soy una mujer adulta que puede dormir donde quiera y con

quien quiera.

–Siempre y cuando sea yo.

La acerqué a mí otra vez. Después de la misión de la noche anterior, no tenía que entrar a trabajar hasta las nueve, o sea que tenía tiempo de sobra para ver acabar a Allie un par de veces y dormir un par de horas más. La mañana perfecta.

–¿Cómo que no dormiste? –preguntó Allie, tensa–. ¿Qué? No puede ser. No, eso no tiene sentido. No puede ser él. –Se incorporó y dejé de abrazarla–. No, lo voy a llamar en un par de horas. ¡Porque no todos están despiertos a las cinco de la mañana! –Se puso tensa–. No puedo creer que hicieras eso. ¿No le dijiste por qué? Bueno. Llego a casa a las nueve. –Cortó la llamada y volvió a dejar el teléfono sobre la mesita.

–¿Me quieres contar qué pasó? –pregunté, abriendo un ojo.

Ella me miró, con los ojos bien abiertos.

–Anne encontró el certificado de nacimiento original de Juniper.

CAPÍTULO VEINTISIETE
Allie

LuzBrishante: Se merece todo lo que le pase.

El reloj contaba los minutos mientras yo estaba sentada en el sillón de la sala de estar, mirando Instagram. Le puse me gusta a un par de publicaciones de Reagan y Harlow, que se estaban preparando para los intensivos de verano.

Bien por ellas. Yo me había pasado la mañana teniendo dos orgasmos increíbles cabalgando encima de Hudson, y el segundo me había llevado al límite, porque lo había visto perder el control por completo debajo de mí… después de hacerlo rogar, por supuesto. Eso tenía que contar como cardio.

Anne estaba sentada en el sofá frente a mí, junto a Kenna, con la espalda contorsionada para poder mirar por la ventana, y tamborileaba los dedos rápidamente sobre el respaldo tapizado. Kenna y yo nos miramos, y después ella deslizó el dedo sobre la pantalla de su iPad.

–Anne, vas a tener que encontrar otra forma de canalizar los nervios, porque me estás dando ansiedad.

Anne dejó de mover los dedos, pero no despegó los ojos de la ventana.

–Estoy nerviosa, nada más.

–Se nota –comenté. Acomodé los pies debajo del trasero y me estiré para tomar la botella de agua, así Kenna no me regañaba por no hidratarme.

–Alguna de las dos podría leerme algo –sugirió Anne.

–¿Te interesa escuchar sobre un nuevo procedimiento mínimamente invasivo para la reparación del manguito rotador que

está mostrando buenos resultados en los estudios clínicos? Porque eso es lo que estoy leyendo yo.

–Pensé que no eras cirujana. –Anne por fin renunció a ser un *pretzel* y giró sobre las rodillas para mirar por la ventana.

–No soy cirujana. Prefiero tratar al paciente con un enfoque integral y encontrar formas de evitar una cirugía en primer lugar. Pero eso no significa que no me informe sobre las novedades. –Kenna pasó la pantalla otra vez y después clavo la vista en la mesita auxiliar, al lado mío–. ¿No te piensas comer ese plátano?

Puse los ojos en blanco y pelé la fruta.

–¿Tú qué estás leyendo, Allie? –me preguntó Anne–. ¿Algo interesante?

–Parece que Candace se comprometió. –Sonreí y giré el teléfono para que vieran la foto de la morena mostrando su anillo. Anne miró por encima del hombro y después volvió a darse vuelta, como si el auto no fuera a estacionar en la entrada a menos que ella estuviera mirando.

–Veo que volviste a usar redes sociales. ¡Me alegro por Candace! –Kenna asintió–. Jillian es maravillosa y tiene un talento increíble. Pasé por su galería nueva el mes pasado y estaba llena de gente.

–¿Es artista? Vaya. Siempre me imaginé que Candace se casaría con otra bailarina –comentó Anne.

–Ya pareces tu madre –observó Kenna antes de mirarme–. A algunas personas les gusta tener una vida fuera del estudio, tener una pareja que las ayude a anclar su vida por fuera del ballet para poder sobrevivir a la vida *después* del ballet.

–No empieces. –Seguí pasando imágenes con la mano derecha mientras me comía el plátano.

–Kenna tiene razón. Ya sabes lo que dicen –murmuró Anne–. Los bailarines mueren dos veces. –La primera cuando se retiran, y la segunda cuando la pata estiran–. Me gusta que rompas tu regla de salir solo con bailarines, Allie, y me encanta verte sonreír otra vez.

–¿Pero?

Di otro bocado al plátano y abrí Seconds. Anne apoyó los brazos en el respaldo del sofá y apoyó el mentón en las manos.

–No puedo evitar tratar de protegerte, y ya sé que dijiste que Hudson fue a verte en *Giselle* esa noche, y eso lo ayuda bastante a salir del pozo que cavó cuando éramos chicos, pero…

–Pero nunca confiaste del todo en él.

No era la primera vez que lo escuchaba. Ingresé en la cuenta anónima de Seconds que me había creado, entré al perfil de HermanasRousseau4 y me quedé mirando fijo la pantalla. La cuenta había ganado doscientos mil seguidores desde mi llegada a Haven Cove en mayo, y cuarenta mil en los últimos dos días. Con suerte, el video ya no llamaría tanto la atención.

–Las personas toman decisiones de mierda antes de que se les termine de desarrollar el lóbulo frontal –intervino Kenna, ahorrándome la molestia–. Hudson no soportaba la idea de ver a Allie herida y huyó al entrenamiento básico. Eso significa que era un imbécil inmaduro a los dieciocho, no que es una causa perdida. Ni que él hubiera causado el accidente. –Kenna levantó la mirada de la *tablet–.* ¿O sí? ¿Había marcas de otros neumáticos o algo así?

–No, el accidente lo provocó Lina. Siempre fue incapaz de respetar los límites de velocidad –suspiró Anne–. O cualquier regla, la verdad.

–Solo estábamos nosotras dos –confirmé–. Eso sí lo recuerdo.

Escribí «HermanasRousseau4» en el buscador, hice clic en el primer video que apareció y bajé el volumen para que ellas no escucharan. Empezaba con el video que Eva había filmado a escondidas, en el que yo explicaba por qué todavía no me sentía cómoda ejecutando un *grand jeté* (ni ningún tipo de saltos). Después, pasaba a los recortes que había hecho Eva de mis errores patéticos durante ese fin de semana, y terminaba con los comentarios de BailarinaCostera mientras caminaba por los pasillos de una compañía de ballet en California. Gracias a los subtítulos, nadie más fue testigo de mi humillación.

–Bueno, analicemos el último escándalo de la Compañía Metropolitana de Ballet. ¿Alessandra sabía que la estaban filmando? Lo dudo mucho. Pero eso no cambia el hecho de que claramente todavía está en las primeras etapas de la rehabilitación y, por lo que me contaron, les mintió en la cara a todos en la gala y les dijo que estaba lista para volver en otoño, lo cual es bastante cuestionable

desde el punto de vista ético, en mi opinión. –El plátano perdió todo el sabor. Eso no era verdad. Yo jamás había mentido. La creadora de contenido hizo una mueca de desagrado–. A ver, la compañía no iba a ocupar su lugar si ella les decía que estaba tardando más en recuperarse. O sea, es Alessandra Rousseau. Pero que les haya mentido sobre su lesión sabiendo que ellos habían armado todo el programa de otoño en torno a ella es… Muestra una gran falta de integridad, ¿saben? Ninguna compañía respetable va a querer trabajar con ella después de esto. Ya lo he dicho otras veces, ella es de las personas más pretenciosas y arrogantes que conozco, pero solía ser una de las mejores, y estoy decepcionada. Se supone que es nuestra ídola. Cuéntenme qué opinan en los comentarios.

Nunca había pedido ser la ídola de nadie. A pesar de las náuseas, mastiqué el plátano porque necesitaba el combustible, y luego me propuse llegar al máximo nivel de masoquismo e hice clic en los comentarios.

PrincesaPenché: Vaya. Seguro pensó que no la iban a descubrir.

AdrienneAdagio14: Por esto mismo los bailarines deberían hacer la rehabilitación en su compañía si están bajo contrato.

BailarinaCostera: AdrienneAdagio14 estoy totalmente de acuerdo.

AraThomas9164: Deberían poder demandarla por fraude

Dulcineapara100pre: Me da asco. Ojalá no le renueven el contrato

Primaravillosa34: Por qué nadie dice nada de que la reemplazaron con su hermana? La Compañía Metropolitana no puede arreglárselas sin una Rousseau?

BellaBailarina: Primaravillosa34 lo dudo. Se vendrían abajo sin esos $$$

Bonitacontutú20: Hace mucho tiempo que dejé de apoyarla.

Danziela: Su hermana estuvo muy mal en publicar ese video.

BailarinaCostera: Danziela no estoy de acuerdo. Eva le hizo un favor a la comunidad.

Danziela: BailarinaCostera es su HERMANA.

BailarinaCostera: Danziela exacto. Imagínate lo difícil que debe haber sido para Eva hacer que Alessandra se responsabilizara por sus actos. La respeto mucho.
TanyaThomas97: Danziela estoy totalmente de acuerdo contigo. Es obvio que ella no sabía que la estaba filmando.
BrandoBailo: No sé cómo terminé viendo cosas de ballet en Seconds, pero vine a leer los comentarios. No me quiero perder el drama.
ReaganHuang: Si Alessandra dice que va a estar lista para el otoño, va a estar lista para el otoño. Ella no es ninguna mentirosa, y no habla muy bien de ti que la acuses de serlo, Lila.

–¿Allie? –Kenna dijo mi nombre como si no fuera la primera vez que me hablaba.

–¿Eh? –Me llevé el teléfono al pecho para ocultar la pantalla y la encontré parada junto a mí.

–Te pregunté por qué no vino Hudson, si esto también tiene que ver con él. –Extendió la mano–. Dámelo.

–¿Por qué? –Sujeté más fuerte el teléfono.

–Porque te pusiste más pálida que la mierda, dejaste de prestarnos atención y ahora te estás sonrojando, así que a menos que Hudson te esté mandando mensajes subidos de tono y por eso estés así, dámelo. –Kenna flexionó la mano.

Me tragué el orgullo y la vergüenza y le mostré la pantalla. Ella leyó los comentarios, entre resoplidos y suspiros.

–No tienes que leer estas estupideces. –Negó con la cabeza–. Me gustaría ver a alguno de ellos decirte esto en la cara.

–Yo ya le dije que no viera esas cosas –intervino Anne, que seguía mirando por la ventana–. Mira videos de animalitos si necesitas dopamina. O del tipo ese que cocina.

–Me encanta que Reagan te apoye –me dijo Kenna, y me devolvió el teléfono–. ¿Quieres que me meta y defienda tu honor?

–No. Te van a acusar de ser mi cómplice. A mí ya me prendieron fuego. No hace falta que te quemes tú también.

Mis dedos sobrevolaron la pantalla y, por una milésima de segundo, me ganó la indignación y pensé en responder para aclarar las cosas. Toqué el botón de comentarios.

–No lo hagas –me advirtió Kenna–. Sé que te sientes mal, pero si te metes en ese drama, los tiburones se van a dar un festín. Van a tergiversar todo lo que digas para que se ajuste a su narrativa y van a crear nuevo contenido monetizado. No les des de comer. Las dos sabemos que la semana que viene va a pasar algo nuevo y todo el mundo va a estar comentando eso. Bueno, ¿dónde está Aquaman?

–Hudson no podía salir antes del trabajo –dije, tras cerrar la aplicación.

–Ya llegó. –Anne retrocedió tan rápido que se deslizó del sofá, e hizo una mueca de dolor al caer de rodillas–. ¡Ya llegó! –Se puso de pie rápidamente, y yo la imité.

–Basta. –Dejé el teléfono en la mesita auxiliar y me paré delante de ella–. Tenemos un plan. Vas a respetar el plan. No tienes idea de cómo va a reaccionar. –Anne apretó los labios, tomó el sobre de papel madera que estaba sobre la mesa de café y se volvió a sentar en el sofá–. Gracias –le dije.

Caminé hacia la puerta principal y la abrí. Everett estaba subiendo su maleta Louis Vuitton por los escalones, vestido con una camiseta verde entallada y unos pantalones cortos a cuadros. Cuando lo vi, se me hizo un nudo en la garganta por la ansiedad.

–¡Dios, ahí estás! –Everett abandonó su maleta en la entrada, se acomodó las gafas de sol sobre el cabello rubio y, con sus últimos pasos, se abalanzó sobre mí y me metió a la casa con la fuerza de su abrazo. Yo lo abracé, sabiendo que quizá ese fuera el último abrazo que me diera voluntariamente–. Ay, Alessandra –me dijo, estrechándome más fuerte–. Estaba esperando que me hablaras, pero cuando Anne me llamó, me tomé el primer vuelo para venir aquí. –Me dejó en el suelo y llevó las manos a mis brazos.

–Hola, Everett. –Sonreí y me descubrí escrutándole el rostro en busca de algún indicio de que el descubrimiento de Anne fuera cierto.

–Lo que hizo Vasily es una mierda. Toda la compañía está furiosa. Además, ¿desde cuándo anunciamos el elenco a mitad de julio? Y tendrías que haber visto el escándalo que armó Charlotte porque a Eva la hicieron subir de rango antes que a las solistas. Reagan dice que rompió uno de los espejos del vestuario de mujeres. Estoy

bastante seguro de que Vasily espera que todo se calme para cuando hayan vuelto todos después de los intensivos de verano, pero me dijeron que un par de solistas quizá no renueven contrato. Es un drama bárbaro. –Levantó las cejas, escandalizado–. ¿Vasily te dio alguna explicación al menos, o mandó a Maxim a hacer su trabajo sucio?

–No lo atendí cuando me llamó, y ahora él no me atiende a mí. –El nudo en mi garganta se volvió el doble de grande.

–Obvio. –Everett puso los ojos en blanco y dejó caer las manos–. Sabe que la junta no va a despedirlo mientras su esposa sea la directora ejecutiva, así que no tiene que hacerse cargo de la mierda que hizo. ¿Qué diablos pasó? ¿Lo llamó tu madre o algo así? No digo que piense que tu madre te arruinaría la vida… –Ladeó la cabeza–. Bueno, tratándose de ella, tampoco lo descarto.

–Mamá no llamó a nadie. –Reprimí la absurda carcajada que intentó escapar al oír la acusación–. Por primera vez en mi vida, puedo decir con total certeza que mi madre no tuvo nada que ver con esto. Fue Eva.

–Que se vaya a la mierda. –Everett arrastró la maleta dentro de la casa y cerró la puerta–. ¿Cuál es tu plan para recuperar el papel?

–No… No tengo ningún plan. –A menos que yo me convirtiera en el acto divino, como me había sugerido Hudson.

–Por favor. La doctora Dowell está aquí contigo. Todos lo saben. Si tú no tienes un plan, ella seguro que sí. ¿O no, Kenna? –dijo él, levantando la voz a lo último.

–Sí –respondió Kenna, y apareció en la entrada–. Pero mi plan depende de que tres cosas salgan bien.

–Bueno, yo estoy aquí, así que una ya está. –Everett señaló su maleta–. Supuse que Anne me había llamado porque necesitabas un compañero para practicar, porque de ninguna manera pienso ser la pareja de tu hermana en octubre. Y, antes de que preguntes, claro que me quedaré todo el mes. Michael tendrá que venir a visitarme, obvio, pero ¿a quién no le encanta pasar el verano en Cabo Cod? Dios, no venía desde el último intensivo que dio tu madre. ¿Cuántos años teníamos? –Miró a su alrededor, como buscando alguna diferencia, y luego espió hacia el estudio.

–Yo tenía diecisiete años ese verano. Lina tenía diecinueve.

–Cierto –respondió él, sin hacer ni un gesto–. Bueno, ¿cuál es el segundo elemento de tu plan brillante? –le preguntó a Kenna.

–Eso es un poco más…

–¿Cómo explicas esto? –Anne salió como una tromba de la sala de estar, agitando el certificado de nacimiento de Juniper.

Everett levantó sus cejas impecables cuando ella le puso el papel a centímetros del rostro, y yo contuve la respiración mientras él echaba un vistazo rápido al documento, en el que Juniper aparecía como «bebé Rousseau».

–Vaya, ya me había olvidado de eso.

–¿Es lo único que vas a decir? –le pregunté, boquiabierta y con el estómago revuelto.

Él me miró a mí y después, a Anne, y se le transformó el rostro.

–Mierda, ¿ustedes no sabían nada? Bueno, ¿alguien quiere tomar algo? Creo que me va a hacer falta.

Cinco minutos después, le ofrecí a Everett, que se había instalado en el sillón, el cuarto vaso de limonada que había servido. Luego, tomé el mío, me senté en mi lugar y vi que me había llegado un mensaje.

HUDSON

No paro de pensar en ti.

A pesar de las circunstancias, sonreí y le respondí: «Tenles compasión a tus costillas hoy». Luego, le dediqué toda mi atención a Everett, sentado a mi izquierda, que evitaba la mirada asesina de Anne como un profesional.

–Empieza a hablar –le ordenó ella.

–Yo estaba sentado ahí donde está Kenna cuando Lina me pidió que me hiciera pasar por el padre. –Everett recorrió el borde del vaso con el dedo–. Me dijo que solo iba a figurar así en los papeles, y que solo sería responsable durante un par de horas, hasta firmar la renuncia a los derechos parentales.

Se me encogió el corazón. Lina le había contado a él y no a nosotras.

–¿O sea que no eres el padre de Juniper?

–¿Así le pusieron a la niña? Sus padres, digo. –Everett tomó un sorbo de limonada y luego se dio cuenta de que lo estábamos mirando fijo–. Claro que no soy su padre. Para eso tendría que haber tenido sexo con una mujer. No, gracias.

Negó con la cabeza y Anne se desinfló como un globo del que había escapado todo el helio.

–Como si no hubieras sabido que era casi imposible –le susurró Kenna.

–¿Sabes quién es? –le pregunté a Everett.

–No –respondió él, y se inclinó a tomar un posavasos de la pila que estaba sobre la mesita–. Me dijo que se había acostado con un tipo una noche en San Francisco y que no recordaba su nombre. –Apoyó el posavasos sobre la mesa auxiliar y puso el vaso encima–. No puedo creer que ustedes no lo supieran. Pensé que se contaban todo.

–Se ve que no, así que continúa. –Anne miró su propio vaso–. ¿Cuándo fue esto?

–Creo que fue la primera semana de mayo –respondió él.

–¿Y ella estaba aquí? –Miré a mi alrededor, como si Lina fuera a aparecer mágicamente en la sala de estar.

–Sí. Dijo que llevaba como un mes aquí.

–Debe haber venido cuando nosotras volvimos a Nueva York después de las vacaciones –murmuró Anne–. Según los registros, Juniper nació en un pueblo cerca de aquí, en el condado de Barnstable.

–Debe ser. Yo acepté venir cuando naciera el bebé, y cuando nació, firmé todo lo que me dijeron los abogados.

–¿Por qué hiciste eso por ella? –le pregunté.

–Estaba embarazada y necesitaba ayuda. Los abogados dijeron que la adopción se resolvería más rápido y más fácil si el padre legal daba su consentimiento, y Lina me dijo que había escogido a la familia perfecta para la niña. Y cuando dudé… –Parecía que a Everett le costaba encontrar las palabras. Se quitó las gafas de sol de la cabeza y las apoyó sobre la mesa–. Van a pensar que soy una mierda.

–Yo jamás pensaría eso. –Me estiré por encima de la mesa y le apreté la mano.

–Yo sí –murmuró Anne.

–Basta. –Kenna le arrojó un cojín, y Anne lo esquivó y lo apretó contra su pecho.

–No quedé seleccionado para hacer el intensivo de verano de la Compañía Metropolitana ese año –admitió Everett, pasándose los dedos por el pelo–. Audicioné en enero y no quedé.

–Imposible. –Negué con la cabeza–. Estuviste aquí ese verano, y mamá solo permitía que vinieran los chicos que habían sido aceptados en el programa… –Se me comprimieron las costillas y sentí que me faltaba el aire.

–Sí. –Everett asintió–. Ese fue el precio. Podría entrenar con las chicas Rousseau, y tu madre me pagaría el alojamiento en el pueblo y me aseguraría un lugar en el Clásico para que pudiera competir por un contrato en la compañía.

Me obligué a respirar y bebí medio vaso de limonada, concentrándome en el sabor ácido y cítrico.

–Maquiavelo no le llegaba ni a los talones a tu mamá –dijo Kenna.

–De verdad pensé que lo sabías –me dijo Everett–. Pensé que por eso eras tan simpática conmigo.

–Siempre me caíste bien porque eres… tú. –No podía culpar a Everett por guardar secretos cuando yo tenía tantos.

–Me dijeron que era confidencial –añadió Everett, mirando a Anne–. Tu madre me prometió que nadie lo sabría.

–Estuve buscando y ella solo guardó esta copia del certificado de nacimiento –respondió ella–. Pero igual te iban a descubrir, Everett. La ley cambió hace un par de años. Cuando cumpla dieciocho años, Juniper tendrá acceso a su expediente.

–Bueno, eso es… –Everett tragó saliva–. Es bueno saberlo.

–Pensé que la conocía –susurró Anne–. Y con cada día que pasa, me doy cuenta de que no la conocía para nada.

–Nadie conoce totalmente a los demás –dijo Everett–. Hay cosas que no le contamos a nadie.

Se oyó el crujido de la gravilla en la entrada, y todos miramos por la ventana en el preciso momento en que estacionó una Range

Rover negra.

–¿Organizamos una fiesta y nadie me avisó? –preguntó Anne.

–Ese es el tercer elemento para que recuperes tu papel –me dijo Kenna. Se levantó del sillón y cruzó la sala de estar–. Yo puedo ayudarte con la rehabilitación del tobillo, pero lo que necesitas es una profesora.

–¿Llamó a tu mamá? –susurró Everett.

No sería capaz. Se me revolvió el estómago.

–Lo dudo –respondió Anne–. Mamá está bastante… enfocada en ella misma en este momento.

–¿Qué hiciste? –le pregunté a Kenna, levantándome. Todas las profesoras que conocía estaban dando intensivos en esa época del año.

–Jamás llamaría a tu madre –respondió Kenna desde el vestíbulo, y luego abrió la puerta.

–¡Mi amor! –Eloise, vestida con un vestido tubo de color rojo, entró en la casa y le dio un abrazo a Kenna. Luego, echó un vistazo a la ropa deportiva de mi amiga por encima de las gafas de sol–. ¿Qué tienes puesto? No importa. Mis bolsos están en el auto. Me voy a quedar en la habitación de Sophie, obvio.

Mierda. Kenna no había llamado a mi madre. Había llamado a la suya.

CAPÍTULO VEINTIOCHO
Allie

Cuando yo era chica y llegaba el momento de los intensivos de verano, mamá no reparaba en gastos para convocar a los mejores profesores a Cabo Cod, y siempre dejaba a la más exigente y severa para el final. No era coincidencia que esa profesora fuera su mejor amiga.

Eloise desempacó sus maletas, le dijo a Anne que preparara el almuerzo, y nos ordenó a Everett y a mí que fuéramos al estudio.

–Tenemos un desafío muy grande por delante, ¿no? –fue lo único que dijo cuando cambió la música.

Los siguientes dos días se me fueron en un suspiro. Después de que Kenna confirmara que mi tobillo ya estaba completamente recuperado, Eloise no me tuvo piedad alguna. Exigía perfección y, cuando no se la dábamos, nos hacía practicar una combinación tras otra hasta que nos saliera bien o hasta que ella decidiera que habíamos terminado.

Cuando Hudson trajo a Juniper a mi casa por la tarde, al tercer día de la llegada de Eloise, ella se quedó en el estudio durante el ensayo con la niña. Nos observó, nos evaluó y, para mi sorpresa, sonrió cuando terminamos.

–¿Sabes quién soy? –le preguntó Eloise a Juniper mientras ella guardaba las zapatillas en su bolso–. Te lo pregunto porque te vi mirándome por el espejo como si supieras.

–Es Eloise Lowell –susurró Juniper con tono reverente–. Era solista en la Compañía Metropolitana de Ballet antes de ser profesora.

–Así es. –Eloise asintió–. ¿Te gustaría que te dé clases el tiempo que esté aquí?

–Piensa bien antes de responder, Juniper. –Yo también me quité las zapatillas, con una mueca de dolor al ver cómo tenía los pies. La ampolla que tenía en el pie derecho había explotado en la última hora, a pesar de que la había envuelto en gasa, y a Eloise no le gustaban los protectores de puntas–. Eloise es la mejor, pero no le da miedo herir tus sentimientos –añadí, y ella levantó una ceja.

–Sí, por favor –respondió Juniper, levantando el mentón–. Creo que puedo soportarlo.

–Yo pienso que sí –dijo Eloise entre risas–. Ahora, ve con tu…

Eloise lanzó un vistazo hacia la puerta y, cuando volteé, vi a Hudson esperando, con el pelo húmedo por la ducha después de nadar en la piscina. Se me aceleró el pulso, y esa presión dulce e insistente que me negaba a nombrar me invadió el pecho. Era más que atracción. Era más que cariño. Pero me negaba a darle el poder de una etiqueta.

–Tío –completó Juniper. Se puso un par de Crocs verde brillante y tomó su bolso–. ¡Gracias!

–No me agradezcas todavía –le advirtió Eloise, mirándome.

Yo me disocié del dolor y comencé a caminar hacia Hudson. Por más que odiara admitirlo, lo había extrañado esos días. Él sonrió y ese hoyuelo asomó en su mejilla cuando me acerqué, pero su expresión cambió al bajar la mirada.

–¿Qué rayos te pasó en los pies?

–No es nada. Es el precio de haber perdido un par de callos, pero me van a salir otra vez. –Me paré de puntillas y le di un beso rápido–. Ella es Eloise, la madre de Kenna.

Hudson le ofreció la mano y ella la tomó y se la estrechó despacio.

–Me han hablado mucho de usted, señora Lowell.

–Si eres quien creo que eres, entonces, lamento decir que a mí también. –Eloise cruzó los brazos sobre su jersey rosa–. Fuiste una piedra en el zapato de Sophie.

–Y a mucha honra –respondió él, asintiendo.

–Mmm.

Eloise volvió al estudio y Juniper pasó deprisa junto a ella, con el moño todo despeinado. Los acompañé a la puerta y me despedí de

la niña, que subió de un salto a la camioneta de Hudson. Él me rodeó la cintura con los brazos en el porche.

–Al final elegiste la estrategia del acto divino, ¿no?

–Algo así. –Le apoyé las manos en el pecho–. ¿Viste que siempre me hablas del equilibrio? –Él asintió y frunció el ceño–. Bueno, no va a haber ningún equilibrio. Al menos, no durante el próximo mes. –Tragué saliva cuando se intensificó la presión en mi pecho, mezclada con el sabor amargo del miedo–. Eloise, Kenna y Everett están aquí por mí, y yo tengo que esforzarme por ellos todos los días. Si quiero recuperar mi papel, tengo que enfocarme en lo que pasa dentro del estudio.

–¿Me estás diciendo que vamos a pasar menos tiempo juntos?

–No es lo que quiero. –Subí las manos por su camiseta y le acaricié el cuello, cada vez más nerviosa–. Pero a ti te tocaría la peor parte si no. Solo voy a tener tiempo libre a la noche. Voy a entrenar once horas por día y voy a necesitar al menos ocho horas de sueño para recuperarme. Si sumamos las horas que me lleva levantarme y comer, no queda mucho tiempo.

–¿Soy un desconsiderado si te pido las sobras?

–No. –Negué con la cabeza y apenas contuve las ganas de suspirar aliviada. La escéptica en mí había pensado que Hudson iba a salir corriendo.

–Entonces, acepto la peor parte. –Se inclinó y me besó–. Si esto fuera una película, ahora pasarían a una toma de ti entrenando. Lo entiendo, y no tengo problema en dormir contigo para aprovechar el tiempo juntos. En tu casa, en mi casa. Yo me adapto.

–Gracias. –Sonreí, y ese pinchazo comenzó a palpitar como loco en el lugar donde estaba mi corazón.

–Acepto lo que me des. –Hudson me besó otra vez, tomándose el tiempo para que se me acelerara la respiración, y me recliné contra él–. Trata de que sean nueve.

–¿Nueve qué? –le pregunté cuando me soltó y empezó a bajar los escalones.

–Nueve horas en la cama –respondió por encima del hombro–. Si me das esa hora de más, te prometo que vas a dormir mejor las otras ocho.

–¿Nos vemos hoy a la noche? –pregunté tras soltar un resoplido.

–¿Llamo a la puerta? ¿O mejor trepo la celosía? –Me dedicó una sonrisa al llegar a la puerta de la camioneta.

–Te voy a dejar entrar.

–No prometas cosas que no puedes cumplir. Nos vemos más tarde.

Sin más, Hudson subió a la camioneta, y yo volví a entrar a la casa cuando las luces traseras del vehículo desaparecieron por el camino. Eloise me estaba esperando en el vestíbulo.

–Esa niña me resulta muy conocida.

–¿Sí? –Cerré la puerta y me esforcé por calmar el latido descontrolado de mi corazón.

–Se parece a Lina. Tiene los mismos ojos, la misma sonrisa. Hasta termina las piruetas en el mismo lugar cuando pierde el equilibrio. –Me clavó la mirada–. ¿Hay algo que quieras contarme?

Mamá no se lo había dicho.

–No se me ocurre nada.

–Mmm. –Eloise asintió–. ¿Y su tío te va a distraer de tus tareas?

–No, señora –respondí, parándome derecha.

–Mejor. No quisiera echar a la basura todo este esfuerzo por un amor de verano –dijo, y se dirigió a las escaleras.

Con razón Eloise era tan amiga de mi madre. Me perturbó lo mucho que se parecían sus palabras. Estuve a punto de decirle que no era un amor de verano… pero eso era precisamente lo que estábamos haciendo. Era lo único que pedía yo, lo único que podía manejar, y todos, hasta Hudson, lo sabían. Pero saber que las cosas entre nosotros no funcionarían cuando yo regresara a Nueva York no significaba que yo no quisiera que funcionaran. Simplemente sabía que lo más sensato era no abrirle la puerta a la inevitable destrucción que causaría el fracaso de nuestra relación. Así que me concentraba en lo que teníamos, y volcaba todo de mí en el presente.



Los días pasaron volando y se transformaron en semanas, en medio de un ciclo interminable de trabajo, dolor y recuperación. De a poco, el cuerpo se me fue acostumbrando. Se me engrosaron los callos. Se me fortaleció el tobillo.

Todas las mañanas que estaba en mi casa, abría la gaveta de mi mesita de noche mientras Hudson se daba una ducha, miraba el anillo de Lina para recordarme por qué valía la pena todo ese esfuerzo, y me ponía a trabajar. Pasaba los días en el estudio y las noches con Hudson, sumergiéndome cada vez más en el enredo complicado de mis sentimientos por él en lugar de escapar, como me gritaba mi instinto. Él se hizo lugar en mi vida como la arena en un frasco lleno de piedritas, acomodándose sin esfuerzo en los espacios entre las rocas. Estaba en todas partes sin tratar de ser la prioridad.

Sin importar si era en su casa o en la mía, todas las noches que él no estaba de guardia, dormíamos en la misma cama. Él me imponía una política estricta de ocho horas de sueño y jamás me dejaba desvelarme para disfrutar de él, así que yo trataba de irme a la cama cada vez más temprano, resuelta a saborear cada segundo que tuviéramos juntos. Él guardaba un cargador en su mesita de noche en mi casa. Yo tenía ropa en una gaveta en la suya.

Julio se transformó en agosto. Michael venía a pasar algunos fines de semana con Everett, y Matthias volaba a visitar a Kenna cuando se lo permitían sus horarios. Se desataron varias tormentas, y Hudson salió corriendo todas las veces, y, de a poco, yo aprendí a respirar para sobreponerme al miedo y a confiar en que él regresaría a casa; de a poco, empecé a confiar en él.

Juniper florecía bajo la tutela de Eloise: aprendía mucho más rápido que yo a su edad y, aunque Eloise no volvió a mencionar a Lina, cada tanto yo la pescaba mirando a Juniper con una sonrisa triste. Sabía.

–Tiene talento –observó Eloise un viernes de agosto mientras Juniper guardaba sus cosas después del ensayo–. No va a ganar,

pero tampoco va a pasar vergüenza. Creo que, como mínimo, va a quedar entre las mejores veinte de su categoría.

–Eso espero –respondí, tratando de ignorar la culpa que me pesaba en el estómago como un bloque de plomo. Día a día, nos acercábamos cada vez más al Clásico, y yo cada vez me sentía peor por lo de Caroline. Todos estábamos horriblemente cómodos con la mentira, y, por egoísmo, nos negábamos a arriesgar la felicidad frágil que nos daba estar en la vida del otro. Yo solo esperaba que hubiéramos tomado la decisión correcta, que mostrándole a Caroline lo fácil que era fusionar nuestras vidas por el bien de Juniper, apaciguáramos sus temores.

–Le mandé a hacer algo –me dijo Eloise con una sonrisa fugaz–. Para el Clásico. Llega mañana, así puede usarlo cuando ensaya. Le tomé las medidas la semana pasada mientras tú estabas ocupada mirando a su tío en la piscina.

–No hacía falta –protesté, mirándola.

–Claro que hacía falta. Vi las cosas que estaban mirando ustedes en internet. Una Rousseau no puede bailar con cualquier traje, ¿no? –Me lanzó una mirada que me recordó a Kenna.

–¿Quién dijo que ella es una Rousseau? –Me quité las zapatillas de media punta y moví los dedos de los pies. Todavía tenía los músculos calientes, pero no por mucho tiempo.

–Sí, ¿quién dijo eso?

La semana siguiente llegó sin avisar, nos tomó por sorpresa, como hacía siempre el final del verano, antes de que nadie se sintiera listo. Juniper estaba bailando enfundada en su traje rosa, con la sonrisa más grande que había visto en mi vida, y toda la culpa que sentía por ocultarle el secreto a Caroline se evaporó al instante. Cuando ella viera a su hija así de feliz al día siguiente, la dejaría seguir bailando. No me cabía ninguna duda.

–Se parece a Lina –susurró Anne mientras mirábamos girar a Juniper.

–Sí y no. –Una sonrisa se asomó de a poco en mi rostro. Juniper se arriesgaba más que Lina a su edad, le daba su toque de personalidad a cada uno de los movimientos. Lina y yo interpretábamos un papel y nos convertíamos en él, pero, de alguna

forma, Juniper hacía que los papeles se adaptaran a ella–. Se parece a sí misma.

–¿Estás lista para mañana? –me preguntó mi hermana, mirándome con un poco de preocupación.

–¿Física o emocionalmente?

–Emocionalmente. –Anne se reclinó contra mí–. Sé que físicamente estás lista.

–No. –Negué con la cabeza–. Hay demasiadas cosas que pueden salir mal.

No era solo el Clásico o Caroline; era la fecha límite que nos había impuesto a Hudson y a mí. Pero no podía pensar en eso, no si quería sobrevivir las siguientes veinticuatro horas.

–No va a salir nada mal –me aseguró Anne, entrelazando el brazo con el mío.

–¿Y si Caroline nos prohíbe ver a Juniper por haber roto todas las reglas que estableció para su hija? –pregunté, y se me revolvió el estómago.

–No va a hacer eso. –Anne negó con la cabeza y sonrió–. Le vamos a suplicar que nos perdone y todo va a estar bien. Es una de esas situaciones en las que el fin justifica los medios.

Me hubiera gustado estar tan segura como ella.

–Ojalá tú tuvieras esa cara de alegría en los ensayos –me dijo Eloise caminando hacia nosotras, y señaló a Juniper–. ¿Pido un traje de tu talla?

–Si piensas que va a ayudar… –respondí.

–Si te permites brillar en el escenario mañana, te irá bien, Alessandra. –Eloise le echó un vistazo a la niña–. A las dos les irá bien. Bueno, ahora voy a llamar a su madre así me cuenta los chismes de la compañía. Es mi parte favorita de la semana –dijo y, sin más, se marchó del estudio.

–Al menos a ella la trata bien –murmuró Anne.

Tomé mi teléfono, que prácticamente vivía en el alféizar de la ventana porque Eloise lo habría arrojado a la piscina si yo hubiera desperdiciado tiempo del ensayo mirándolo, y vi que tenía dos mensajes nuevos.

REAGAN

Acabo de llegar al hotel. No es lo mismo sin ti. Vienes a la recepción mañana, ¿no? Tienen que renovarte el contrato.

Mis pulgares revolotearon sobre el teclado. Ya me habían contactado todos los bailarines principales de la compañía, pero Vasily no me había llamado ni una vez en las cinco semanas desde que había anunciado el elenco. Eva tampoco.

Nos vemos ahí. Te lo prometo.

Deslicé el dedo sobre la pantalla y abrí el mensaje de Hudson.

HUDSON

Gavin está yendo a buscar a Juniper.

Tendré cuidado de no confundirme y de no dejarlo entrar a él en mi cama.

–Las siete. Vamos terminando por hoy –le dije a Juniper.

–Uh. –La niña siguió bailando al son de una melodía que solo ella escuchaba–. ¿Ya?

–Sí. –Me vibró el teléfono–. El tiempo pasa volando cuando te diviertes.

HUDSON

No lo digas ni en broma. Sería una lástima romperle el corazón a mi mamá y cometer un fratricidio.

Me enoja no poder verte hoy a la noche.

Hudson estaba haciendo un turno de veinticuatro horas y recién se liberaba la mañana antes del Clásico. Respiré para calmar la oleada irracional de pánico que me sobrevino. No nos había alcanzado el tiempo, pero era lo que habíamos acordado.

–Al menos mañana voy a poder usarlo de verdad –suspiró Juniper. Luego, tomó su bolso y salió del estudio, con suerte, para ir al baño a cambiarse.

Cuando caminé de regreso a casa, esquivando una de las maletas que había empacado Anne para nuestra partida inminente, me recibió el aroma suculento de la cena. Mi hermana era una santa: cocinaba todo el día lo que le indicaba Kenna, jugaba con Sadie cuando yo pasaba demasiado tiempo en el estudio, y hasta se encargaba de preparar los infinitos pares de zapatillas de punta que usaba yo.

Sadie se me acercó trotando desde la sala de estar, con un oso de peluche en la boca.

–Hola, linda. –Me incliné para rascarla detrás de las orejas.

–Ojalá Vasily esté listo para que haya una perra en el edificio –dijo Everett bajando las escaleras. Todavía tenía el pelo mojado de la ducha.

–¿Piensas que me dejará llevarla?

–Creo que tendrá que darte todo lo que le pidas y más después de mañana –me respondió con una sonrisa, y me abrazó–. Estamos listos, Allie. Tú estás lista.

–Por las dudas, si me olvido de decirlo mañana, gracias –le dije, y también lo abracé.

HUDSON

A mí también. Pero mañana estaré en el asiento del medio, en la última fila.

Yo contaba con que así fuera.

CAPÍTULO VEINTINUEVE
Hudson

BriellePiers73: Es el mejor video de "prepárate conmigo" que he visto en el último tiempo. Buena suerte hoy!

–No puedo creer que me obliguen a hacer esto –murmuró Caroline mientras nos abríamos paso en medio de la multitud que pululaba en el teatro de Haven Cove. Yo protegía el ramo de peonías rosas que me había costado una buena parte del sueldo–. ¿Me recuerdan qué estoy haciendo aquí?

La última vez que había esperado un día con entusiasmo y terror a la vez había sido al marcharme al entrenamiento básico. Tenía sentido que esta vez las Rousseau también estuvieran involucradas.

Oficialmente, era el último día de mi relación con Allie. Todas las células de mi cuerpo se rebelaban ante la idea de alejarme de ella. No sabía cómo, pero la noche anterior había logrado resistir el impulso de faltar al trabajo sin avisar, ensangrentarme las manos trepando la celosía que daba a su habitación como si tuviera dieciocho años, y soltar un discurso largo, exhaustivo y bien pensado para explicarle por qué debería darnos una oportunidad de verdad. Eso lo había guardado para esa noche.

–Primero, vinimos a apoyar a nuestro hermano, y segundo, no te viene mal tener un poco más de cultura. –Gavin saludó a una vecina y a su hijo, de uniforme, cuando pasaron junto a nosotros, sonriendo entusiasmados.

–Dice el hombre que jura y perjura que *Duro de matar* es un clásico. –Caroline se hizo a un lado para dejar pasar a un trencito de cuatro niñas vestidas con tutús de distintos colores–. Ni una sola de esas niñas es de aquí. ¿No se anotó ninguna lugareña?

–Estoy seguro de que sí –respondí.

–No reconozco a nadie. –Caroline echó un vistazo a su alrededor, y rogué que Juniper no estuviera por ahí.

–Créeme, por aquí hay más estudios de ballet de lo que piensas –murmuré.

–Además, Caroline, no se muerde la mano que te da de comer –observó Gavin–. Sin importar cómo te caiga Sophie Rousseau, tienes que reconocer que esta competencia trae un montón de dinero a un pueblito. Estas cosas pasan en Nueva York o en Boston, no aquí.

–Está bien –refunfuñó Caroline mientras doblábamos a la izquierda–. Admito que esta semana hubo más ventas que nunca en la cafetería, que es donde debería estar en este momento.

–Pensé que estabas capacitando a un nuevo gerente –le dije. Eché un vistazo a los programas que estaban sobre la mesa y guie a mis hermanos a la última fila–. ¿No estabas tratando de tener un equilibrio entre el trabajo y tu vida personal?

–Todavía no está listo –murmuró ella.

–O tú eres demasiado controladora –repuso Gavin.

–Probablemente –admitió mi hermana–. Estoy tratando de cambiar, pero me cuesta.

Recorrí el teatro con la mirada, esperando y temiendo ver a la madre de Allie, pero no estaba.

–Mierda –murmuré.

Pasamos delante de las demás personas que estaban en la última fila, disculpándonos por molestar, hasta que llegamos al asiento del medio y me senté, con el ramo de flores sobre el regazo.

–¿A quién estás buscando? –me preguntó Caroline–. Quizá puedo ayudarte.

–A Sophie Rousseau. –Las mesas de los jueces todavía estaban vacías, así que quizá Allie estuviera equivocada y su madre llegara más tarde.

–¿De verdad vas a hacerlo? –me preguntó Gavin, inclinándose hacia delante y levantando las cejas.

–No tengo otra opción. –Miedo y determinación era una combinación peligrosa, y yo llevaba varias semanas conviviendo con ambos sentimientos, desde que había cambiado mi lista de preferencias para la estación–. Si quiero tener una oportunidad de

que lo mío con Allie funcione, voy a tener que enfrentarme a su madre. Llamé a la escuela donde trabaja y me dijeron que no le interesa hablar conmigo, y a mí me gustaría resolver este tema. –Antes de que Sophie se diera cuenta de que yo había llegado a la vida de Allie para quedarme y destruyera nuestra relación–. Y sé que Allie dijo que su madre no va a venir, pero ¿cómo no va a presenciar el regreso de su hija al escenario?

–Siempre fue una víbora. Sophie, no Allie. –Caroline miró las rosas rojas que Gavin tenía sobre el regazo–. ¿No te parece desubicado regalarle flores a la novia de tu hermano?

Mierda, esas eran para Juniper.

–Allie se merece tener dos ramos de flores –replicó él, encogiéndose de hombros.

–Me parece medio raro, pero está bien. Bueno, explíquenme cómo funciona esto –nos pidió Caroline, señalando el escenario–. Nunca llegué hasta esta parte.

–Cada bailarín compite en su categoría. –Me preparé para darle una explicación rápida y volví a mirar alrededor, buscando a Allie–. Desde júnior hasta sénior. En este caso, las edades van de diez a diecinueve años. Los jueces oficiales se sientan ahí. –Señalé la hilera de mesas de los jueces, a cuatro filas de nosotros, con sus sillas vacías iluminadas por pequeños veladores, cada una con el nombre de la compañía que había sido invitada a enviar jueces a la competencia. Los otros estaban desparramados por todo el teatro, con carpetas sobre el regazo, y, por experiencia, solo era una parte de los que se presentarían al día siguiente, para las finales–. Los ganadores reciben premios.

–Como becas para estudiar con Madeline –respondió Caroline, asintiendo–. Eso sí lo sabía.

–No. –Se me escapó una sonrisa–. Madeline les dará becas a algunos de los bailarines de aquí que salgan entre los primeros veinte. –Con suerte, Juniper estaría entre ellos. Me dieron náuseas y me removí en el asiento–. Estoy bastante seguro de que Sophie Rousseau solo los invitó para parecer inclusiva. Los que salgan primeros pasarán al Grand Prix, donde se disputan los premios de verdad.

–Y algunos firman contrato no bien salen de aquí –añadió Gavin.

–O sea que es como una oportunidad para que los equipos fichen gente antes de que entren en el *draft.* –Caroline asintió–. Entiendo.

–Eh… –Gavin ladeó la cabeza y frunció el rostro.

–Algo así.

Sonreí por primera vez en seis días, pero la sonrisa se me borró rápidamente cuando empezaron a llegar los jueces y los profesionales. Las compañías de Londres, París, Nueva York, San Francisco y Houston ocuparon sus lugares, y solo la mesa del medio quedó vacía.

–Permiso.

Eva y un par de solistas de la compañía de Allie se abrieron paso hasta llegar a la fila delante de la nuestra. Cuando me vio, se sobresaltó y después se quedó helada, y se sentó de inmediato en el lugar justo delante de Gavin.

–¿Tú también, Bruto? –Gavin sonrió cuando ella miró por encima del hombro.

–¿Y Allie va a competir aquí? –Caroline frunció el ceño–. ¿No es un poco… no sé… por debajo de su nivel? –completó en un susurro.

–Allie va a hacer una exhibición –dijo Gavin en voz alta.

Eva se dio vuelta, boquiabierta, y sus ojos asustados me encontraron.

–¿Que Allie va a hacer qué? –preguntó. Su exabrupto llamó la atención de los demás miembros de la compañía.

–Va a hacer una exhibición –repitió Gavin lentamente, arrastrando la última palabra.

–En el programa no dice nada de eso –observó Harlow Oren, pasando las páginas a toda prisa–. ¿Y por qué solo hay tres estudios de la zona? Pensé que siempre participaban cuatro.

–Quinn Hawkins cerró su estudio –respondió Jacob Harvey, sentado a su derecha, sin levantar la mirada del teléfono–. Hubo un lío terrible hace como un mes, ¿no te acuerdas? Estuvieron como tres días hablando de eso en redes.

–Ah, cierto. –Harlow asintió mientras seguía revisando el programa–. Dijeron que la Asociación Nacional de Escuelas de Danza

había recibido una denuncia por maltrato, y si se involucran ellos, es porque un miembro importante de la comunidad hizo la denuncia.

Allie. Reprimí una sonrisa. Se había encargado de la profesora que les había arrojado una botella de agua a las niñas.

–En serio, aquí no dice nada de la exhibición de Allie –continuó Harlow, sacudiendo el programa, y giró hacia Eva–. ¿Ya está recuperada?

–Por supuesto que no –replicó ella bruscamente–. ¿Por qué va a bailar? –La pregunta iba dirigida a mí, pero yo no confiaba en poder darle una respuesta civilizada.

–Porque te vas a quemar –respondió Gavin–. Digo, jugaste con fuego, entonces ahora…

–Ya te entendí –masculló Eva–. ¿Hudson?

Dejé que mi ira se desbordara un poco, apenas lo justo para que ella pudiera verla, y Eva palideció bajo las luces del teatro, pero no dije ni una palabra. Allie se ocuparía de ella, igual que se había ocupado de Quinn. La mirada de Caroline saltó de Eva a mí, y luego se tensó.

–Mira, no sé qué diablos hiciste para que mi hermano te ignore…

–Echó la reputación de Allie por el suelo y luego la pisoteó para robarle un papel que habían creado para ella –le explicó Gavin.

–Pero… eres su *hermana* –dijo Caroline, boquiabierta, y su tono decía que no había crimen más atroz–. Ella te defendió. Te salvó y le dijo a Hudson que te rescatara a ti primero. Te… –Cerró la boca–. ¿Sabes qué? Estás muerta para mí. De ahora en más, Allie es la única Rousseau que existe en lo que a mí respecta.

–¿Estás segura? –le preguntó Eva, y me miró con una ceja levantada.

–No. –Gavin negó con la cabeza–. Anne también es muy buena, y Lina… Bueno, creo que puedo decir con certeza que ella estaría avergonzada de ti.

Eva retrocedió, como impactada por un golpe, y Caroline miró a Gavin como si fuera un desconocido.

–Mira –masculló Eva–, si Allie no puede con esto, tiene que aceptar la derrota con gracia y hacerse a un lado para que su

incapacidad de bailar no perjudique a Isaac. El ballet es suyo también.

Por un segundo, me pregunté si el coreógrafo también le decía «querida» a ella.

–Eres una mier… –empezó a decir Gavin, pero se quedó callado cuando bajaron las luces y Anne apareció en el escenario, sosteniendo un micrófono. Sonrió mientras el público aplaudía.

–Gracias. Soy Anne Rousseau, la organizadora del Clásico de Haven Cove e hija de la fundadora del evento, Sophie Rousseau. Es un honor darles la bienvenida al Clásico de Haven Cove en nombre de nuestra familia.

–¿No estaba casada? –me susurró Caroline entre aplausos.

–Se está divorciando –respondí, y observé la mano desnuda de Anne. Eso era nuevo.

–Pero ninguno de ustedes salió con ella, ¿no? –Mi hermana le lanzó una mirada a Gavin–. Porque estoy empezando a notar un patrón.

Negué con la cabeza cuando comenzaron a apagarse los aplausos.

–Nuestra madre está bastante ocupada dedicándose a la siguiente generación, así que tendrán que soportarme a mí. –El público se echó a reír–. Ella fundó el Clásico para promover la unión de nuestra comunidad, para difundir la belleza del ballet y para darles a bailarines de todos los niveles socioeconómicos acceso a críticas profesionales, desarrollo y becas, tanto de profesoras regionales como de compañías internacionales.

Anne hizo una pausa cuando sus palabras le valieron otra ronda de aplausos y, por el rabillo del ojo, divisé un destello rosado. Juniper se estaba asomando por el borde de uno de los palcos. Se me revolvió el estómago. Mierda, mi sobrina iba a hacer que nos descubrieran antes de empezar a bailar siquiera.

–Como siempre, queremos agradecerle a nuestro patrocinador, la increíble Compañía Metropolitana de Ballet. –Señaló el auditorio y un reflector iluminó la puerta. Reagan Huang y Candace Baron entraron al teatro, luciendo sonrisas radiantes, seguidas por Vasily, que se limitó a asentir mientras se sentaban en el medio de la fila de los jueces–. Lógicamente, los eventos de esta mañana se enfocarán en

la categoría júnior. Comenzaremos por la división de principiantes antes de que los sénior compitan por la tarde. Mi hermana y yo pensamos que a la nueva generación le gustaría ver todo lo que se puede lograr cuando uno sigue su pasión. –Su sonrisa se tornó más seca al mirar a los jueces, como si estuviera dirigida a Vasily–. De la Compañía Metropolitana de Ballet, por favor, ¡denles la bienvenida a los bailarines principales Everett Carr y, por primera vez desde su lesión, a mi hermana, Alessandra Rousseau!

Anne hizo un gesto hacia el costado del escenario y luego fue deprisa tras bastidores cuando Everett y Allie salieron de la mano. El teatro explotó en un aplauso ensordecedor, y Caroline se llevó dos dedos a la boca para lanzar un silbido. Yo junté las manos una y otra vez mientras admiraba a Allie. Ella estaba tan radiante como la luz del sol que representaba, vestida con un traje del color del atardecer. Sus joyas y los detalles metálicos del bordado reflejaron las luces del escenario cuando se inclinó para hacer una reverencia elegante, y Everett se inclinó también, vestido de negro y plateado, la personificación de la noche.

Allie se incorporó y la sonrisa le iluminó los ojos cuando recorrió el auditorio con la mirada. Se detuvo en Vasily un segundo antes de posar los ojos sobre mí. Yo aplaudí más fuerte, emocionado. Diez años atrás, había estado sentado en ese mismo lugar, mirando a la misma mujer ocupar el mismo escenario y embargado por los mismos sentimientos, pero ahora se habían multiplicado. Casi no podía respirar por la enormidad de lo que ella significaba para mí. Ese no podía ser el último día de nuestra única oportunidad, no cuando yo sentía tantas cosas por ella. *Espera a ver qué siente ella cuando le confieses lo que hiciste.* Hice callar a mi consciencia. Me ocuparía de eso más tarde y, de todos modos, tampoco sabía si me asignarían mi primera opción. Pero igual tenía que decírselo. Allie merecía saber la verdad. Everett le dijo algo, y ella dejó de hacer contacto visual conmigo. Los aplausos se fueron extinguiendo cuando los bailarines ocuparon sus lugares en el medio del escenario.

–Vaya. Está preciosa –susurró Caroline–. ¿Seguro no quieres que vayamos más adelante?

–Este es el mejor asiento del lugar.

Comenzó la música y, cuando sonaron los primeros acordes, Vasily se puso tenso como si le hubieran metido un palo de acero en el trasero, y Eva se desplomó en su asiento.

–No sería capaz –susurró.

–Esto es lo que pasa cuando juegas con fuego –le recordó Gavin en voz baja.

Dejé de prestarles atención cuando Allie comenzó a bailar, ejecutando sin esfuerzo el *pas de deux* del primer acto de lo que sería *Equinox.* Everett y Allie formaban una pareja de baile deslumbrante; era evidente que se sentían muy cómodos el uno con el otro, y prendieron fuego el escenario al interpretar la historia de amor entre el día y la noche: el sol, reticente, se negaba a entregarse, mientras que la oscuridad se desesperaba por sentir su calor.

Allie ejecutó cada salto a la perfección, realizó una serie de *fouettés* italianos impresionantes y se movió en total sincronía con Everett, sin atrasarse ni un segundo y sin cometer ni un error; su alegría era palpable. Él la siguió en los giros *piqué,* y se me hizo un nudo en el estómago cuando por fin la atrapó en el aire en el momento en que la música alcanzó su clímax. Yo conocía muy bien la sensación de perseguir la luz del sol.

Me quedé sin aliento cuando Allie se elevó sobre el pie derecho y llevó la pierna izquierda a un ángulo de ciento ochenta grados, apuntando al techo, con los brazos arqueados con gracia al ejecutar un *penché* a la perfección. Cada gramo de su cuerpo estaba en equilibrio y se apoyaba en el tobillo que la había traicionado siete meses atrás sin siquiera tambalearse.

Una oleada de orgullo me infló el pecho y adormeció la tristeza mientras Everett la hacía girar en su lugar, como si la noche quisiera admirar su premio desde todos los ángulos. Luego, la alzó en brazos y la llevó tras bastidores cuando terminó la música. Todo el teatro se puso de pie y los aplausos hicieron temblar las sillas, las luces de las mesas de los jueces, el mundo entero.

–Por Dios. –Caroline aplaudía de pie–. Allie es… Es…

–Perfecta –completé por ella, sosteniendo torpemente el ramo con un solo brazo para poder aplaudir.

Los aplausos se redoblaron cuando Allie y Everett volvieron al escenario para hacer una reverencia, y la sonrisa de Allie se me coló en todas las células del cuerpo cuando miró al público. Al divisar a Juniper, se le formaron arruguitas alrededor de los ojos. Nuestras miradas se encontraron y asintió, sin dejar de sonreír ni por un segundo mientras Everett la guiaba tras bambalinas. De a poco, todos volvimos a sentarnos.

–Eso –dijo Anne desde el borde del telón– es bailar de verdad. Por favor, no se vayan. Los principiantes comenzarán en cinco minutos. Lógicamente, no los juzgaremos con la misma vara.

Todo el mundo se rio, excepto Vasily, que se dio vuelta y le lanzó una mirada de absoluto y total desprecio a Eva. Ella se encogió en su asiento y miró hacia delante.

–Qué presentación increíble –dijo Caroline, colgándose la cartera del hombro–. Me alegra mucho que la hayamos visto. –Se levantó y miró a Gavin–. ¿Nos vamos?

Mierda. Anne se había encargado de que Juniper estuviera entre los primeros bailarines, pero no habíamos pensado en cómo hacer para que mi hermana se quedara sentada hasta que fuera su turno.

–Eh… –Gavin me miró con las cejas levantadas–. Sí. Pero primero, tengo que ir al baño.

–¿De verdad? ¿No puedes aguantarte? ¿Qué, tienes cinco años? –preguntó Caroline.

Yo me olvidé por completo de la existencia de mis hermanos cuando Allie cruzó la puerta principal. Me levanté del asiento de un salto, como un adolescente, y fui corriendo hacia el vestíbulo para ir a su encuentro, esquivando a un par de personas que estaban llegando tarde.

–¡Allie! –le grité, mientras un fotógrafo le pedía que saliera.

Ella le dijo algo a Everett, se dio vuelta y vino directo hacia mí. Mi sonrisa era igual de amplia que la suya cuando se abalanzó sobre mí y me rodeó el cuello con las manos. La abracé fuerte, con una mano sobre la piel desnuda entre sus omóplatos y cuidando con la otra de no aplastar el dineral que me había gastado en flores.

–Estuviste perfecta –le susurré al oído cuando ella enterró el rostro en mi cuello, igual que hacía diez años. No me importó en lo más mínimo que me manchara la camisa de vestir con maquillaje–. Impresionante. Exquisita. Impecable.

–Gracias por venir –me dijo, y la sentí temblar contra mí–. Verte en la última fila fue todo para mí.

–Estoy muy orgulloso de ti. –Me despegué de ella y le sujeté el rostro, y me permití perderme en sus ojos–. Me pone muy feliz que el resto del mundo pueda verte brillar igual que yo.

Ella se paró de puntillas y me rozó apenas los labios con los suyos. Tuve que esforzarme muchísimo para resistir el impulso de besarla apasionadamente, pero le iba a correr el lápiz labial, y ella tenía que tomarse fotos. Además, en ese momento, no importaba lo que quería yo.

–Esta vez no las compré en el supermercado –le aclaré cuando retrocedió, y le di las flores.

–Son hermosas –me dijo, con una sonrisa más radiante que las luces del escenario. Tomó el ramo, se acercó las peonías a la nariz e inhaló profundamente–. Y me encantan tanto como las últimas que me regalaste. Gracias.

–¿Cómo pudiste? –explotó Eva, entrando al vestíbulo hecha una furia, con la mirada desquiciada. Mis hermanos iban detrás de ella, seguidos por un par de solistas de la compañía que sonreían de oreja a oreja. Solté a Allie cuando se dio vuelta hacia su hermana.

–¿Cómo pude qué, Eva? ¿Interpretar el papel que crearon para *mí?*

–¡Lo hiciste para eclipsarme! –El rostro de Eva se tiñó del mismo color escarlata de su blusa–. A Lina le hiciste lo mismo. Interpretaste la variación de *Giselle* antes que ella.

–Lina me dijo que hiciera la variación de *Giselle* –respondió Allie, abriendo grandes los ojos–. Ella y yo jamás competimos entre nosotras, y jamás de los jamases le robamos el papel a la otra.

–¿Y esta es tu venganza? ¿Hacerme quedar como una tonta frente a Vasily? Por Dios, Allie, ¿no puedes por una vez quitarte del camino para que yo pueda brillar? –Eva apretó los puños.

Everett estaba apoyado contra la pared a mi izquierda, mirando su teléfono –no, el de Allie– como si no pasara nada.

–¿Eso es lo que hiciste cuando me filmaste en secreto y publicaste algunos de mis momentos más vulnerables para que los viera todo el mundo? ¿Querías quitarme del camino porque no puedes brillar en ningún lado que no sea Nueva York? –Allie dio un paso hacia Eva, que retrocedió–. Me echaste a los lobos de internet y dejaste que todos me tildaran de mentirosa. Mamá estaría muy orgullosa de ti. –Eva cerró la boca, y comenzó a sonar la música. El primer bailarín había empezado a interpretar su pieza–. Lo peor de todo es que yo te lo habría dado –añadió Allie, con la voz quebrada, y abrazó fuerte las flores–. Si me hubieras dicho lo que sentías, le habría pedido a Isaac que trabajara contigo, que creara el papel perfecto para resaltar tu talento y que así brillaras por tu cuenta y lograras ascender, en vez de alimentar los chismes sobre qué fue lo que hiciste para trepar por encima de todos los demás bailarines de la compañía. Te habría cuidado como lo vengo haciendo desde el día que naciste. ¿Piensas que quise eclipsarte con ese *pas de deux?* Considérate afortunada de que no haya bailado la variación.

–Eso habría sido algo digno de ver –dijo Vasily, pasando junto a Gavin y Caroline con su traje gris de cuello abierto. Miró a los demás bailarines con las cejas levantadas antes de girar hacia Allie. Le tomó la mano y se la besó–. Como siempre, estoy completamente maravillado contigo, Alessandra. –Sonrió y se le asomaron unos hoyuelos en la comisura de la boca–. Me atrevo a decir que hoy superaste a tu propia madre en el escenario. Por supuesto, el papel es tuyo.

Allie irguió los hombros e hizo una pequeña reverencia.

–Gracias, Vasily.

Contuve las ganas de chocarle los cinco. Allie lo había logrado: se había recuperado de una lesión que habría terminado con la carrera de la mayoría de los bailarines y había reclamado su lugar como la mejor.

–¡Pero ya hiciste el anuncio! –protestó Eva.

A Vasily se le endureció la mirada, y, sin prestarle atención, miró a los otros miembros de la compañía.

–A sus lugares, ahora. –Los bailarines se dispersaron, mirando con lástima a Eva, y vi a un par usando el celular–. Eva, te di el papel por consideración a tu madre, y tú me devolviste el favor mintiéndome sobre Alessandra. Dime, ¿sobre qué más me mentiste?

–Sobre nada –respondió Eva, pálida–. Yo soy la persona indicada para el papel. Me salen todas las partes de la coreografía…

–«Indicada» no es nada al lado de «perfecta». Hablaremos de esto después de la competencia. Necesito tomar aire. –Sin más, Vasily se acomodó la corbata y cruzó las puertas de vidrio.

–Por favor, Allie. –Eva se dio vuelta y sujetó a su hermana de los hombros–. Por favor, no me hagas esto. Dile que me dé el papel a mí. A ti te va a hacer caso. Además, ni que hubieras bailado en la Ópera Metropolitana. Estamos en Haven Cove, por el amor de Dios. Esto todavía tiene arreglo. Dile que no quieres el papel. –Al ver que Allie se quedaba callada, le cambió la cara–. Por Dios. No lo quieres, ¿no?

Entrecerré los ojos cuando vi a Allie apretar apenas los labios, y la música del auditorio se desvaneció.

–Quizá no haya bailado en la Ópera, pero un millón cuatrocientos mil seguidores están viendo la paliza que te dio en el escenario –dijo Everett, y giró el teléfono de Allie para mostrar la pantalla, en la que se estaba reproduciendo un video de Seconds.

CAPÍTULO TREINTA
Hudson

–No –susurró Eva. Se llevó las manos a la boca y, con los ojos muy abiertos, miró la pantalla, donde Allie y Everett estaban bailando.

–¿Qué? –Everett se encogió de hombros–. Habría jurado que eras tú la que se quejaba de que Allie nunca te ayudaba a crear contenido. Hasta Anne contribuyó y me mandó este video no bien terminó la presentación, y no fue muy difícil adivinar tu nueva contraseña, sobre todo considerando que es *Equinox* y tu cumpleaños.

Levanté las cejas. No me lo había visto venir. Eva clavó la vista en el suelo durante un par de segundos incómodos, y al volver a entrar al teatro cuando empezó otra presentación, se chocó con Caroline, que estaba leyendo el programa muy tranquila.

Mierda. Llevé la mano a la cintura de Allie cuando Caroline abrió grandes los ojos y me preparé para el impacto.

–¿Qué carajo? –gritó mi hermana, mirándonos a los tres–. ¡Díganme que es un chiste!

–¿Sorpresa? –Gavin hizo un ademán teatral con las manos.

–No. –Caroline negó con la cabeza y apretó el programa con el puño–. No. No puede hacerlo. –Me miró a los ojos–. Ve a buscarla. No puede hacerlo.

–Lo hará –respondí con calma, aunque su pánico me estaba poniendo nervioso.

–Pensamos que si veías lo talentosa que es, te olvidarías de tu estúpida regla –le dijo Gavin–. Y tampoco le hubieras dado la posibilidad de mostrártelo, así que aquí estamos.

–Allie, el fotógrafo –la llamó Everett, señalando la puerta.

–Necesito un minuto –respondió ella con voz temblorosa.

Él asintió y le arrojó el teléfono. Allie lo atajó con una mano y, con la otra, hizo malabares con el ramo mientras Caroline volteaba a mirarla.

–Fuiste tú, ¿no? –le preguntó, sacudiéndole el programa delante del rostro.

–Oye –le dije con tono seco y me moví apenas, para que Allie quedara detrás de mí–. No fue ella. Fui yo.

–En realidad, primero fui yo –intervino Gavin, orgulloso–. Juniper confió en mí para que la llevara a clases de ballet. ¿Qué piensas que hacíamos los domingos a la mañana? Espera a ver lo bien que baila, Caroline. Vas a ponerte a llorar. De verdad. Ya sé que odias el ballet, pero no importa que tú lo odies si ella lo ama, ¿o no?

–Tú no lo entiendes. –Caroline negó con la cabeza y retrocedió un par de pasos, con los ojos llenos de terror–. ¡Ninguno de ustedes lo entiende! ¿Piensan que me gusta hacerla infeliz? ¿Piensan que quiero tener la misma pelea una y otra vez? –Le clavó la mirada a Allie–. ¿Piensan que soy tan mala madre que le negaría la felicidad solo porque no supero lo que pasó con unas niñas ricas y malcriadas cuando yo era chica?

–Yo sí –afirmó Gavin–. Menos lo de que eres mala madre.

–No estás ayudando –le dije, negando con la cabeza.

–No –dijo Allie en voz baja y, cuando miró a Caroline, frunció la frente, preocupada–. Eres una madre excelente, Caroline. Yo solo pensé que tenías miedo de que ella no tuviera el talento necesario y que terminara con el corazón roto, y me pareció que antes que decírtelo, era mejor mostrarte que tiene talento de sobra.

–Ya sé que actuamos a tus espaldas –añadí–. Lo siento. Todos lo sentimos. Solo queríamos darle una oportunidad. Y ella es impresionante, Caroline.

–Son unos idiotas –dijo mi hermana. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y apretó más fuerte el programa–. Yo no quería que se enamorara de la danza porque le iba a romper el corazón tener que parar. Sean y yo tuvimos que prometer dos cosas por escrito para adoptar a Juniper. La agencia nos llamó de la nada y nos dijo que tenían una bebita hermosa y que sus padres biológicos nos habían

elegido para que la adoptáramos, pero que teníamos que aceptar sus condiciones si queríamos avanzar con el proceso.

–Nunca nos contaste eso –le dije, y se me revolvió el estómago, como si supiera que todo estaba a punto de irse al demonio.

–Claro que no –replicó ella con brusquedad–. El documento que firmé era confidencial.

–¿Cuáles eran? –Allie se puso tensa y dio un paso adelante–. ¿Cuáles eran las condiciones?

–¿Además de firmar el acuerdo de confidencialidad? La primera era que ella jamás bailara ballet –respondió Caroline, pestañeando para contener las lágrimas.

–No puede ser. –Allie negó con la cabeza–. En serio, no puede ser. –Nuestros ojos se encontraron, y su mirada de negación fue como un golpe en las costillas–. Hudson, ella no habría hecho eso.

–La gente hace cosas irracionales cuando tiene miedo. –Busqué su mano y se la apreté–. No sabes qué pensó en ese momento.

–No habría hecho eso. –Allie volvió a mirar a Caroline, y me dio un vuelco el corazón al ver la expresión horrorizada de mi hermana–. ¡Lina no habría hecho eso! Ella amaba bailar. Vivía y respiraba para estar en el escenario. Jamás habría limitado a su propia… –Allie se mordió el labio y abrió mucho los ojos. El papel que envolvía las flores crujió entre sus brazos.

–¿A su propia qué? –preguntó Caroline, con voz engañosamente tranquila–. ¿A su propia qué, Allie?

Mierda, todo había salido muy mal, muy rápido.

–Hija –dijo Allie por fin–. Lina no le habría hecho eso a su propia hija.

–Dios. –Caroline se tambaleó hacia atrás y nos lanzó a mí y a Gavin una mirada acusadora antes de volver a mirar a Allie–. Tú eres su tía. ¿Cómo no me di cuenta? Juniper es idéntica a ustedes cuatro. Eres su tía… y todos ustedes lo sabían. –Se cruzó de brazos, como si necesitara protegerse–. ¿Lo saben desde que era bebé?

–No. Nosotras no sabíamos de la existencia de Juniper, ni que Lina te la había entregado a ti. –Allie negó con la cabeza–. Recién nos enteramos en mayo. Juniper lo descubrió antes que todos nosotros. Al principio, pensó que yo era su madre, pero es Lina.

–Esa… –dijo Caroline, respirando cada vez más agitada–. Esa era la segunda condición. Que Juniper no buscara a su familia biológica. Que sus padres biológicos tuvieran total anonimidad. ¿Qué hiciste?

Se abalanzó sobre Allie, y yo me interpuse entre las dos. Sujeté a Caroline de los hombros y bajé la cabeza para mirarla a los ojos.

–Esto no es culpa de Allie. Juniper la buscó. Juniper se hizo una prueba de ADN. Si quieres enojarte con alguien, enójate conmigo o con Gavin, pero Allie está de tu lado desde el primer día. ¿Recuerdas lo que te dije en el lago? La verdad cambia según quién la cuente. Dale una oportunidad y mira las cosas desde su lado, porque lo único que hizo ella fue mirar las cosas desde el tuyo.

Al oírme, Caroline se tranquilizó.

–Dejarla bailar en el Clásico para que tú la veas sí es culpa mía –aclaró Allie–. Sé que querías una adopción cerrada y que esta probablemente sea tu peor pesadilla. Y lamento que no te hayamos contado nada. Tú siempre odiaste a nuestra familia, y pensamos que nos prohibirías verla. Te lo íbamos a contar. Solo esperábamos que primero me conocieras y te cayera bien, que vieras que nosotras no somos una amenaza, para poder ser parte de la vida de Juniper. Todo se nos fue de las manos, y lo siento mucho.

–Yo no quería una adopción cerrada –la corrigió Caroline. La música se detuvo–. Siempre me dio tranquilidad saber que, legalmente, ella podía acceder a su expediente al cumplir los dieciocho años, y yo no habría tenido problema con tener una adopción abierta, pero firmé…

–Lina está muerta –la interrumpió Allie– y Everett figura como el padre legal de Juniper. Estás a salvo. Nadie va a obligarte a cumplir lo que firmaste antes de la adopción. Nadie va a pelear contigo por la custodia, ni las visitas, ni hará nada que ponga en riesgo a tu familia. Y a ninguna de nosotras nos importa si ella baila. Solo queremos que sea feliz.

–¿El padre legal? –Caroline apretó la mandíbula y, otra vez, el miedo se apoderó de su mirada–. ¿No el biológico?

–No sabemos quién es –admitió Allie.

–Dios mío. –Caroline dio un paso atrás, negando con la cabeza–. Si el padre biológico nunca se enteró de su nacimiento ni de la

adopción, puede impugnarla. Y si sabe que ella existe y que no cumplí lo que prometimos Sean y yo… no estamos a salvo. Él podría ir a cualquier juzgado y solicitar que se la lleven del único hogar que ella conoce. ¿Qué hicieron?

Caroline nos lanzó una mirada asesina a los tres, y nos quedamos callados. Traté de navegar en el océano de mi propia ignorancia. Ninguno había pensado en esas cosas.

–Caroline, lo siento mucho –susurró Allie–. Lina le dijo a Everett que solo se había acostado una vez con el padre, así que las probabilidades de que él lo sepa son mínimas.

–Pero no son nulas –replicó Caroline–. Si no, ¿por qué nos habrían pedido que accediéramos a esas condiciones?

–Seguro eran para proteger a Lina –dijo Allie–. Nadie está buscando a Juniper. Si fuera así, lo sabríamos, porque nosotras estamos buscando al padre.

Comenzó a sonar otra canción, y la reconocí al instante.

–Juniper está en el escenario.

Caroline nos fulminó con la mirada y la primera lágrima se deslizó por su mejilla.

–Si le llega a pasar algo, nunca los voy a perdonar. A ninguno de los tres.

Se secó el rostro y volvió a entrar al auditorio, y nosotros la seguimos en silencio. Luego, nos acomodamos contra la pared del fondo junto a ella, que estaba parada de brazos cruzados, apretando el programa.

–La cagamos –me susurró Allie mientras Juniper bailaba.

–De todas las formas posibles. –Miré a mi sobrina con una sonrisa triste al comprender lo que esa presentación quizá le había costado, a ella y a todos nosotros. Pero parecía muy feliz ahí arriba. Feliz y delicada y completamente encantadora.

Caroline la miraba maravillada y Allie movía la cabeza al ritmo de la música, con una mueca de preocupación en el rostro, como si fuera ella la que estuviera sobre el escenario. Esbozó una sonrisa cuando Juniper ejecutó bien un movimiento, y luego sonrió todavía más para darle ánimos cuando no lo hizo.

–Se nota que es una Rousseau –susurró Gavin, al otro lado de Allie.

–Sí –susurré en respuesta.

–Es una Rousseau –dijo Allie. Puso cara larga y desvió la mirada hacia el público. Para cuando terminó la música, sus ojos saltaban de una persona a la otra con una velocidad que rozaba el pánico.

–¿Qué pasa? –le pregunté, mientras todos aplaudíamos a Juniper.

–El mundo del ballet profesional es muy pequeño –susurró–. Y hay al menos veinte reclutadores entre el público. Boston. –Miró hacia la derecha, y luego a la izquierda. –Houston. Atlanta. San Francisco –continuó, cada vez más pálida.

–Es hermosa –dijo Caroline con una sonrisa llorosa, alternando entre aplaudir y secarse las lágrimas–. Muy adorable. Y buena. –Miró a Allie–. Es buena bailarina, ¿no? ¿O solo lo digo porque soy su mamá y no puedo ser imparcial?

–Es extraordinaria –dijo Allie, pero le flaqueó la sonrisa–. Y si la dejas bailar, nunca tendrás que preocuparte por los gastos. Nosotras te vamos a ayudar a cuidarla si nos lo permites. –Caroline se puso seria, y Allie caminó delante de mí para darle la mano–. Juniper no va a ir a ningún lado, te lo prometo. Voy a solucionar esto. –La soltó y retrocedió.

–¿Allie? –Me estiré para darle la mano, pero ella no me dejó–. ¿No quieres ver a Juniper?

–Sí, pero es más importante que Juniper vea a Caroline. Me tengo que ir. Creo que sé cómo solucionar esto. –Tomó su teléfono y las flores y se alejó–. Confía en mí. Lo voy a solucionar, Hudson. –Yo no tenía ni idea de a qué estaba accediendo, pero al ver su mirada suplicante, asentí–. Gracias –dijo. Sin más, se dio vuelta y salió corriendo.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO
Allie

ReaganHuang: Les dije que Alessandra no era ninguna mentirosa. Estoy segura de que dentro de poco van a anunciar el nuevo elenco.

Tenía que solucionarlo. Si Hudson y yo habíamos puesto a Juniper en una situación incierta o peligrosa, tenía que solucionarlo. Y, para hacerlo, necesitaba a la única persona que conocía a Lina mejor que yo: Anne.

Después de cambiarme, guardé mi traje y puse las peonías en un recipiente con agua, en mi camarín. Luego, fui a buscar a Anne, que estaba tras bastidores, junto al telón. Con solo echarme un vistazo, le entregó el micrófono a un asistente y vino hacia mí, dedicándoles una sonrisa educada a todas las personas que se cruzaba en el camino.

–¿Qué pasó?

La arrastré por el pasillo hasta un armario de limpieza, prendí la luz y cerré la puerta.

–¿Por qué tanto misterio?

Anne echó un vistazo a la tonelada de productos de limpieza a nuestro alrededor y se acomodó detrás de la oreja un rizo que se le había soltado del recogido. De repente, se abrió la puerta.

–Me pareció que eran ustedes. ¿Qué hacen metidas aquí adentro? –preguntó Kenna, levantando las cejas–. Mamá, aquí están.

–Es que… –Mierda. No había tiempo de pensar. Negué con la cabeza y decidí seguir el método infalible de Hudson: la impulsividad–. Entren.

Anne y yo nos movimos hacia el fondo mientras Eloise y Kenna se apretujaban para entrar antes de cerrar la puerta.

–Y pensar… –Eloise recorrió el lugar con la mirada y cruzó los brazos sobre su vestido Prada hecho a medida– que de todos los lugares de este pueblito, aquí es donde quieres celebrar una victoria tan importante.

–Ya vamos a celebrar –le prometí–. Miren, Lina le hizo prometer a Caroline dos cosas para adoptar a Juniper –solté, y todas me prestaron atención–. Que nunca haría ballet y que no buscaría a su familia biológica…

–No puede ser. –Anne negó con la cabeza.

Eloise pestañeó y ladeó la cabeza, y Kenna hizo lo mismo. *De tal palo, tal astilla.*

–Pero así es –le aseguré a Anne–. Lógicamente, la última parte pierde validez cuando Juniper cumpla dieciocho años, pero la hizo prometer por escrito…

–¿Que no haría ballet? –preguntó Anne, dando un paso hacia atrás–. Lina nunca habría hecho eso. Todo lo que hicimos este verano fue porque Lina jamás le habría impedido bailar a su hija.

–Yo creo que sí lo habría hecho. –Mi voz se transformó en un susurro y un cosquilleo de aprehensión me recorrió la columna. Si yo estaba en lo cierto, existía la posibilidad de que todo saliera terriblemente mal–. Piénsalo. Juniper es idéntica a nosotras…

–Pero ella no tenía manera de saber eso –repuso Anne.

–Deja de interrumpirme y escúchame –le dije con brusquedad.

–Tiene razón –intervino Kenna.

–Está bien. Por favor, continúa –me dijo Anne.

–Mamá tiene genes fuertes. Nosotras cuatro somos tan parecidas que llamamos la atención. Si Lina hubiera sospechado que pasaría lo mismo con Juniper y no hubiera querido que nadie supiera de su existencia, habría sentido la necesidad de asegurarse de que nadie de la comunidad se cruzara con una niña que se ve y baila igual que una Rousseau. Eso explicaría esa regla. –Me crucé de brazos y esperé que no pensaran que me había vuelto loca de remate.

–Bueno, ese secreto dejó de serlo no bien Juniper puso un pie en el escenario. Se nota a la legua que es una Rousseau –dijo Eloise–. Sobre todo en un lugar lleno de gente que ha visto a dos generaciones de su familia a lo largo de las últimas cinco décadas y

que está en el Clásico que fundó su madre. Hoy, todas las compañías van a hablar de esto.

–Eso es lo que me da miedo –dije, y mi garganta amenazó con cerrarse.

–Te voy a seguir la corriente en esta situación hipotética –declaró Anne, asintiendo–. Las adopciones cerradas son bastante comunes, pero está bien, digamos que Lina estaba empeñada en que nunca se supiera. ¿Por qué?

–¿Piensas que estaba avergonzada? –preguntó Kenna.

–Era imposible avergonzar a Lina. –Negué con la cabeza, y se me hizo un nudo en el estómago–. Pensé en tres posibles motivos por los cuales podría haber impuesto esa regla sobre el ballet. Primero, porque sabía que nos involucraríamos si nos enterábamos de lo de Juniper… y eso hicimos.

–Culpable –dijo Anne con una mueca.

–Segundo, para proteger la adopción. Nosotras supimos que Everett no era su padre no bien vimos el certificado, pero… ¿el padre biológico de Juniper de verdad puede impugnar la adopción? Ahora, Caroline tiene miedo de que pase eso.

Todas volteamos a mirar a Anne.

–Ehh… –Mi hermana frunció el ceño–. ¿En Massachusetts? Estoy medio oxidada, pero, hasta donde sé, aquí no existe un registro de padres biológicos. Si el padre no sabía del nacimiento de Juniper y establece su paternidad al enterarse, podría presentar una demanda. Lo que hizo Lina técnicamente es fraudulento. Everett no tenía ningún derecho a firmar como el padre de Juniper.

Se me hizo un nudo en la garganta. Entonces, Caroline tenía razón en estar asustada.

–Bueno, pero si Lina podía impedir que Juniper buscara a su familia, nadie sabría lo de Everett ni podrían presentar una demanda. Y, después de que cumpla los dieciocho años, nadie puede reclamar la custodia.

–Esos dos motivos me parecen coherentes –coincidió Kenna–. ¿Cuál podría ser el tercer motivo para no querer que Juniper las busque a ustedes?

Me dio un vuelco el corazón y abrí la boca una vez, y luego otra, pero no me salían las palabras, no lograba decir en voz alta lo peor que pensaba de mi hermana.

–¿Allie? –me dijo Anne, dándome la mano.

Levanté la vista para mirar a la única persona en esa habitación que quizá no descartara mis ideas solo porque quería a Lina, la única que quizá estuviera de acuerdo conmigo porque entendía como nadie a una variable muy importante en esa ecuación: mi madre. Eloise arqueó una ceja cuando la miré. Luego, entrecerró los ojos como si estuviera pensando y no le gustara mucho lo que se le acababa de ocurrir.

–Dilo –me ordenó–. No me voy a quedar parada en un armario lleno de escobas si no vas a decirnos lo que estás pensando, Alessandra.

Si lo decía, no podría retractarme, pero si no lo decía, existía la posibilidad de que Juniper quedara en una posición vulnerable. *Lo siento, Lina.*

–Creo que usó a Juniper para su propio beneficio. –Las palabras salieron a borbotones de mi boca.

Kenna levantó las cejas, y Anne dio un grito ahogado y me soltó la mano.

–Ella no habría hecho algo así.

–Más allá de todas las cualidades maravillosas de Lina, ¿te olvidas hija de quién es? –le preguntó Eloise, mirándola con perspicacia.

–Creo que voy a vomitar –dijo Anne, palideciendo y llevándose la mano al estómago.

–Mamá lo sabía –le recordé con calma–. Mamá orquestó lo de Everett. Lina no armó esa lista de condiciones ella sola. Nuestra madre también estuvo involucrada. Creo que Lina hizo lo que pudo para proteger a Juniper. Se la entregó a la familia en la que se habían criado dos hombres que amábamos. Sabía que allí estaría a salvo. Quizá Lina no se llevara bien con Caroline, pero seguro sabía que sería una madre muy protectora. Y sin dudas sabía que Gavin y Hudson la iban a cuidar, pero, Anne… estoy bastante segura de que también sacó provecho de la existencia de Juniper. –Se me encogió

el corazón al unir las piezas del rompecabezas–. Y no creo que ella haya sido la única.

–Sabes quién es el padre, ¿no? –me preguntó Anne, buscándome la mirada–. Es Jacob, ¿no? Él estuvo con Lina en San Francisco, y su madre es parte de la junta directiva de esa compañía. Ella no habría permitido que la carrera de su hijo corriera peligro.

–¿Todavía estás habilitada para ejercer en Massachusetts? –le consulté, sin responder su pregunta.

–Sí. –Mi hermana frunció la frente–. ¿Por qué?

De pronto, me vibró el teléfono.

–Porque tenemos que hacer lo que Lina no hizo y proteger legalmente a Juniper.

Tomé mi teléfono y leí el mensaje.

REAGAN

Estuviste INCREÍBLE. Vas a venir al yate para la recepción, no?

–Necesitamos que Jacob firme la renuncia a los derechos parentales –dijo Anne–. No nos vendría mal tener unos cuantos acuerdos de confidencialidad para convencerlo.

–Y un formulario de antecedentes médicos –añadió Kenna.

–Buena idea –respondió Anne.

–No completes el nombre del padre –le dije a mi hermana–. Por si acaso.

–Está bien. Voy a preparar los papeles esta tarde, si a Eloise no le molesta reemplazarme en el escenario.

–Claro que no. Jamás rechazo un micrófono. –Eloise sonrió–. Y haría cualquier cosa con tal de salir de este armario.

Enfilamos hacia la salida con toda la actitud despreocupada que pueden tener cuatro mujeres adultas al salir de un armario de escobas. Anne y Kenna se dirigieron al estacionamiento y Eloise fue hacia el escenario mientras yo le respondía a Reagan.

Gracias! Nos vemos ahí.

Luego, abrí el chat de Hudson y le escribí un mensaje.

Quieres acompañarme esta noche?

Iba a necesitar refuerzos para el chantaje. Él respondió al instante.

HUDSON

Preferiría acompañarte todas las noches.

–Allie –me llamó Eloise y, cuando me di vuelta, la encontré mirándome–. No creo que estés equivocada, y eso puede ser peligroso. También creo que tienes que estar atenta a tu hermana.

Asentí. No necesitaba preguntarle de cuál estaba hablando.



La encontré a los treinta minutos, pero la dejé lloriquear un par de horas más antes de subir las escaleras.

–Deja de llorar y levántate –le ordené a Eva, espiándola desde la puerta. Se había hecho una bolita en el suelo del armario de Lina.

–¿Cómo sabías que estaba aquí? –Eva se pasó la manga de la blusa escarlata sobre el rostro congestionado.

–Porque siempre vienes aquí cuando las cosas se ponen feas. –Crucé el umbral y entré en la habitación de Lina–. Es como si te olvidaras de que Lina ya no está más para cubrirte. Ahora, levántate. Tienes que prepararte así vamos a la recepción de la compañía.

–¿Desde cuándo te importan los eventos de la compañía? –Eva se levantó, desordenando lo que quedaba de la ropa de Lina en el perchero.

–Desde siempre. Yo estoy ahí desde mucho antes que tú, ¿recuerdas?

Cuando miré a mi alrededor, recordé por qué evitaba a toda costa entrar ahí. El dolor residía en esa habitación. Había hundido las garras muy profundo, se había instalado y había construido su hogar ahí, entre las fotos y los trofeos cubiertos de polvo. Sentí un sabor amargo en la boca al pensar en lo que había hecho Lina, o, al menos, de lo que había sido cómplice, y traté de creer en lo que Hudson me había dicho varias veces: que la gente hace cosas irracionales cuando tiene miedo.

O quizá la verdad era que la Lina que yo creía conocer no era la misma Lina que mamá amaba, no era la misma Lina por la que lloraba Anne, no era la misma Lina que había apañado a Eva. Quizás ella era muchas cosas diferentes para muchas personas diferentes, y cambiaba de máscara según el caso. Quizá solo Lina había conocido de verdad a Lina. Y hasta mi regreso a Haven Cove, hasta que Juniper había vuelto a empujar a Hudson a mi vida con dos manos llenas de entusiasmo, yo había estado peligrosamente cerca de decir lo mismo sobre mí.

–Tú odias la compañía –sollozó Eva, saliendo del armario.

–No la… odio –dije en voz baja, mientras miraba las fotos de Lina–. Lo que pasa es que no sé si me gusta la persona que soy cuando estoy ahí. –La miré y vi que estaba aferrada a su celular–. Y tengo muy claro que no me gusta la persona que eres tú ahí. ¿Qué haces con ese teléfono?

–Me van a cancelar –admitió Eva. Se sentó en el borde de la cama de Lina y apoyó el teléfono sobre su falda–. Ya están circulando como cincuenta videos, y seguro me vas a decir que me lo merezco.

Me senté junto a ella y el colchón viejo se hundió.

–Sí, es una mierda. Te recomiendo que evites la sección de comentarios a toda costa.

–Un poco te odio –susurró ella, y cerró la aplicación.

–Eso lo deduje más o menos en la época en que orquestaste *mi* cancelación. Por suerte para las dos, creo que son los celos que no te dejan pensar, y no odio de verdad.

Se me fue la mirada a una foto enmarcada de nosotras de la primera y única vez que papá había logrado llevarnos a un parque de diversiones.

–¿Qué se siente ser la elegida? –Eva volvió a pasarse la manga por la mejilla.

–¿Qué se siente ser la quejosa? –contraataqué–. De verdad, Eva. Tienes veinticinco años, no quince. Nadie te está dejando atrás. Nadie está bailando en puntas mientras tú miras expectante. Entiendo que quieras salir de las sombras, pero quizá deberías buscar otra fuente de luz.

–Es la compañía –susurró ella–. La compañía de mamá.

–Por experiencia, te digo que la validación que estás buscando no la vas a encontrar en ella –dije suspirando, y ella hundió los hombros– ni en nadie de ahí –añadí, señalando su celular–. Tú y yo sabemos que mamá es incapaz de decirnos que está orgullosa de nosotras, y eso es una mierda y es injusto y van a hacer falta varios años y muchas horas de terapia para procesarlo.

–¿Cuánto tiempo te llevó a ti? –me preguntó ella.

–Teniendo en cuenta que casi me mato para demostrarle a Vasily que todavía soy una de sus bailarinas principales, mejor te aviso

cuando lo consiga. –Eché un vistazo a su celular–. Y te voy a pasar la nueva contraseña, así al menos puedes borrar el video.

–¿No estás enojada conmigo? –Frunció el ceño.

–Sí, estoy enojadísima. –Me encogí de hombros–. Pero, por desgracia, todavía te quiero. Eres mi hermana. Me traes *bagels* de Nueva York y rescatas mis cosas cuando Charlotte las saca de mi casillero, así que te voy a dar la contraseña y *una* oportunidad de arreglar las cosas entre nosotras.

–No tiene sentido borrar el video. Ya lo repostearon un montón de veces –repuso, hundiendo los hombros–. Y solo eres tú bailando. No hiciste nada malo. Yo sí. –De a poco, levantó la vista y me miró, con los ojos rojos e hinchados–. Esto es horrible.

–Sí. Duele. –Me estiré para darle la mano–. La vida real es lo que pasa ahí afuera, ¿sabes? Conmigo, con Anne, con tus amigos, en la barra, en el escenario. Eso… –otra vez miré su teléfono– eso es solo un salón lleno de espejos brillantes, y si te miras demasiado tiempo a través del lente de cómo te perciben los demás, se termina distorsionando tu visión de ti misma. Borra la cuenta o, al menos, desactívala por un tiempo, así no vives tirada en el suelo del armario de Lina.

–Pero tiene muchísimos seguidores –susurró, y cubrió el teléfono con actitud defensiva.

–Es una sugerencia, nada más. –El suelo de madera rechinó bajo mis pies cuando le solté la mano y me levanté–. Pero no puedo dejar que te recluyas en la cama como hice yo. Necesito que te prepares para la recepción mientras me baño y me preparo yo también porque tenemos que ayudar a nuestra sobrina. No alcanza con disculparse con palabras, Eva, y te voy a dar *una* oportunidad de arreglar lo que rompiste, o te juro que no te dirijo más la palabra. ¿Está claro?

–¿Qué tengo que hacer? –me preguntó, asintiendo.

Levanté la foto de nosotras cuatro y suspiré.

–Por desgracia, estoy bastante segura de que no es nada que no hayas hecho antes.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS
Allie

CassidyFairchilde1: Las dos son bailarinas increíbles. Ojalá resuelvan sus problemas familiares.

–¿Ya te dije lo hermosa que estás?

Sentía el calor de la mano de Hudson en la cintura, por encima de la seda verde de mi vestido asimétrico, mientras caminábamos en medio del puerto atestado de gente. Teníamos que subir al yate en menos de diez minutos o se irían sin nosotros.

–¿Y yo ya te dije lo mismo? –Le miré el traje, admirando lo bien que caía sobre sus hombros anchos.

–Son tan empalagosos que me dan náuseas –observó Eva desde atrás cuando llegamos al muelle de madera.

–Tú me das náuseas –replicó Gavin junto a ella. Pensé que tener dos refuerzos era mejor que uno solo, y él había accedido a ser su cita.

Hudson le lanzó una mirada de advertencia a su hermano, y yo me concentré en no hundir los tacones en los huecos entre las tablas del muelle. Divisé a miembros de al menos cuatro compañías distintas del país de camino hacia la dársena donde estaba el yate que la compañía había alquilado para la recepción de esa noche.

–¡Alessandra! –me llamó una voz de mujer, que se acercaba desde un bote a la derecha.

Sujeté el sobre de papel madera que me había dado Anne como si mi vida dependiera de ello y me cambié de lugar para que la rubia enérgica no embistiera a Eva. Tuve la vaga sensación de que la conocía.

–¡Hola! –me dijo la mujer, sonriente, y me saludó con la mano–. Soy Lila Morris, del Ballet Metropolitano de Los Ángeles. Me

mandaron aquí para participar como jueza en el Clásico, y debo decirte que tu presentación fue espectacular.

–Gracias. Eres muy amable. –Pestañeé al oír su nombre y, cuando caí en la cuenta, se me cerró la garganta–. Tú eres BailarinaCostera.

–¿Viste mi contenido? –me preguntó, con una sonrisa deslumbrante, que flaqueó cuando miró a Eva de reojo–. Solo quería decirte que creo que eres una de las mejores de nuestra generación, y que espero que podamos trabajar juntas alguna vez.

–Qué gracioso. Yo habría jurado que dijiste que mi hermana era pretenciosa y arrogante –dijo Eva, muy seria, mirando a Lila de arriba abajo.

Gavin contuvo las ganas de reír, y Lila se sonrojó cuando nos alejamos.

–Eso no fue muy amable de tu parte –regañé a mi hermana.

–Ya lo sé –respondió ella, encogiéndose de hombros. Cuando llegamos a la dársena con el logo de nuestra compañía y encontramos el yate, con los motores ya ronroneando, añadió–: Debe ser aquí.

–A la mierda –murmuró Gavin–. ¿Un yate de veintiún metros?

–Para mí son como treinta –respondió Hudson–. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? –me preguntó, tocándome la cintura.

–Nunca estoy segura de nada. –Cuando nos acercamos a la rampa, me comenzó a latir rápido el corazón–. Por lo general, eso te lo dejo a ti.

Los empleados estaban muy ocupados preparando el barco para zarpar, así que nadie nos preguntó nuestro nombre, y, después de entrar al enorme yate de lujo, nos sumergimos en el bullicio de la reunión, que empezaba en la cubierta trasera, junto a la pequeña lancha, y continuaba a ambos lados y en la parte de arriba.

–¿Dónde crees que esté? –me preguntó Hudson.

–Suele estar en una habitación privada en la proa. –Señalé la parte delantera del barco y empecé a caminar.

Hudson me rodeó la cintura con el brazo y me apartó del camino de unos niños vestidos de gala que pasaron corriendo en medio de la multitud y fueron hacia los escalones que daban a la cubierta superior.

–Gracias. –Me llevé la mano al pecho para calmar mi corazón, que latía desbocado.

–¿Vienen niños a estos eventos? –me preguntó Hudson mientras continuábamos avanzando hacia la cabina.

–Algunos van a la escuela –respondí, sonriéndoles a los colegas que me cruzaba de camino a la proa–. La mayoría son los que quedaron entre los cinco mejores de su categoría hoy.

–Juniper salió séptima –anunció Gavin, orgulloso.

–Sí –dije, sonriente. Era el mejor mensaje que había recibido en todo el día, sobre todo después de tener que perseguir a Eva.

–¡Allie! –Everett se separó de Michael y del grupo de solistas que estaban junto a la barra–. ¿Estás lista para festejar? En la barra preparan un martini excelente. –Cuando vio a Eva, puso mala cara–. Parece que dejan entrar a cualquiera aquí.

–No la trates mal –le pedí–. Está teniendo un mal día.

–Y se lo merece. –Everett le dedicó una sonrisa asesina a mi hermana y, en ese momento, sonó la bocina del barco–. Ay, ya estamos por salir. –Se inclinó y me dio un beso en la mejilla–. Sabes que te está esperando. Firma ese contrato y ven a festejar.

–Primero tengo que ocuparme de algo, pero después vengo –le aseguré, asintiendo–. ¿Me haces un favor? ¿Te quedas con Hudson y Gavin un rato?

–Eso no es lo que habíamos acordado –repuso Hudson, tenso.

–Relájate –le dijo Everett–. Los novios no van a las reuniones de firma de contrato. Deja que Allie se ocupe de sus asuntos y más tarde ustedes dos se pueden escapar, pero después de que brindemos –añadió, mirándome con las cejas levantadas.

–Vamos a brindar no bien me hagan una propuesta –le prometí.

–Claro que te van a hacer una propuesta. –Everett puso los ojos en blanco–. Y si se parece a la mía, no nos podemos quejar. Creo que está con Jacob, pero seguro que ya sale. Llevan un buen rato ahí. Mejor ve.

Es el momento perfecto. Volteé hacia Hudson.

–No me gusta esto –gruñó él, acomodándose la corbata.

–Para mí, te queda bastante sexy. –Tironeé de la tela y él se inclinó, y su rostro quedó a centímetros del mío–. Si no volvemos en

veinte minutos, ven a buscarnos.

–¿Quieres que espere veinte minutos? –Hudson frunció el ceño y me sujetó de la cintura cuando el barco comenzó a moverse al salir de la dársena–. Puede pasar cualquier cosa en veinte minutos.

–Si te ayuda, cuenta en intervalos de cinco minutos. –Sujeté fuerte el sobre de papel madera y le di un beso rápido. No era la manera en que me hubiera gustado pasar nuestra última noche juntos, pero me alegraba que él estuviera ahí conmigo–. Ya vuelvo.

Él parecía dubitativo, y me apretó la cintura un momento antes de soltarme y asentir. Luego, se llevó la mano al bolsillo y tomó su teléfono.

–¿Eva? –Miré a mi hermana.

–Vamos –me respondió ella, con una sonrisa impecable.

–Hola, Caroline. –Hudson atendió la llamada–. Acabamos de llegar a la fiesta.

Lo miré otra vez, solo porque estaba tan guapo que hubiera sido una lástima no hacerlo, y luego lo dejé con Gavin y Everett. Los miembros de la compañía me saludaban con la mano al pasar junto a su lado por la cabina, pero, al ver a Eva, bajaban la mano. Miré los colores del atardecer por las ventanas mientras el barco se dirigía a mar abierto. Si el plan no salía bien, las siguientes horas del crucero iban a ser horriblemente incómodas.

La ansiedad que había estado teniendo a raya toda la tarde cobró vida en forma de una punzada de dolor en medio del esternón cuando nos acercamos a la puerta de la cabina privada.

–Dime algo –le dije a Eva. Vi a Maxim revoloteando cerca de la puerta con un par de miembros de la compañía. Había llegado el momento–. ¿Cómo te diste cuenta tan rápido? Solo la viste un par de minutos.

–Por los hoyuelos –respondió Eva, y levanté las cejas, sorprendida–. ¿Qué? Tuve clases de biología. Entiendo lo suficiente de genética como para darme cuenta. Además, cuando empecé a pensar en las fechas, tenía sentido.

–Eso sí lo entiendo. –El latido de mi corazón se disparó cuando llegamos a donde estaba Maxim. Estaba sonriendo con los labios, no con los ojos, pero casi siempre era así.

–Vaya, llegaron las hermanas que están en boca de todos –dijo, mirándonos a ambas–. No esperaba verlas juntas hoy.

–Voy a pasar –le informé, tomando la manija.

–Buena suerte –me deseó, y levantó la copa.

–Te aviso cuando puedas pasar –le susurré a Eva. Luego, abrí la puerta de la habitación privada y entré.

–¡Ahí está!

Vasily sonrió y le palmeó la espalda a Isaac, que estaba sentado junto a él frente a la larga mesa color ébano. Había seis o siete sobres de papel madera apilados delante de ellos. La puerta del lado de estribor estaba cerrada, pero la de babor estaba abierta, y la brisa del océano se escabullía desde la cubierta hacia la proa.

Jacob cerró su carpeta y se paró delante de la puerta abierta. Luego, acomodó la silla en su lugar y se pasó los dedos por el cabello oscuro.

–Hola, Alessandra. Justo me estaba yendo. Estuviste increíble hoy.

Una ola bastante grande golpeó el yate, y me sujeté a la silla delante de mí para no perder el equilibrio. Barcos de mierda.

–Gracias. Qué alegría verte, Jacob –respondí.

Él asintió, pasó junto a mí y salió por la puerta.

–Alessandra, te va a encantar el bailarín al que vamos a ofrecerle un contrato –me informó Vasily con una sonrisa–. Hace años no veía a alguien tan talentoso. –Se inclinó sobre la mesa y tomó un sobre a su izquierda–. Y, por supuesto, ya preparé tu nuevo contrato.

Miré a Isaac, que inclinó la cabeza.

–Querida.

–No soy tu querida –le recordé.

–En este momento, no –aceptó.

–¿Podrías dejarnos solos? Necesito ocuparme de unos asuntos familiares –le dije, con una sonrisa tan cortante que podría haber partido la mesa a la mitad.

Vasily deslizó mi sobre sobre la mesa y se reclinó en su asiento.

–Ve, Isaac. Los términos del contrato de Alessandra siempre son confidenciales. Por consideración a su madre, claro.

–Por supuesto. –Isaac se levantó de la silla y caminó hacia mí–. No voy a mentirte, me molestó que decidieras estrenar una de mis

coreografías sin avisarme, pero la ejecución estuvo espléndida, y despertó bastante interés en las redes.

–Impecable –lo corregí, y nuestras miradas se encontraron cuando pasó a mi lado–. Estuve impecable. Eva está esperando ahí afuera. ¿Le puedes decir que pase?

–Impecable. –Isaac asintió y sonrió con soberbia–. Y sí, claro. Aunque lamento perderme lo que seguro va a ser una encantadora pelea de gatas.

Abrí el sobre que había llevado conmigo y tomé los dos que Anne había guardado dentro mientras el bullicio de la fiesta se colaba en la habitación. Eva entró, cerró la puerta y se apagó todo el ruido, excepto el de las olas rompiendo contra el casco del barco.

–¿Vamos a negociar una tarifa familiar? –Vasily se removió en su asiento y nos miró a las dos con los ojos entrecerrados–. ¿Eva también quiere que dejemos un asiento libre en el teatro?

Ella se paró junto a mí y se quedó callada.

–Tienes que tomar una decisión. –Levanté el primer sobre con la mano derecha–. Puedes aceptar estos acuerdos de confidencialidad firmados a cambio de llenar un formulario anónimo de antecedentes médicos y una renuncia a los derechos parentales…

Él se sacudió hacia delante y golpeó la mesa con ambas manos, y a mí se me disparó el pulso.

–Tú no. Esperaba esto de tu madre y de Eva, pero no de ti.

–Ah. ¿Acaso Lina te tomó desprevenido? –le pregunté, ladeando la cabeza–. ¿O le pidió a mamá que hiciera su trabajo sucio? Por favor, dime cuál de las dos tuvo las agallas de mirarte a los ojos y chantajearte para que le ofrecieras un contrato a Lina ese año.

Él tamborileó los dedos sobre la mesa y volvió a reclinarse en la silla.

–No va a responder –dijo Eva con calma.

–Claro que no. No quiere admitirlo. ¿No es cierto? –Apoyé el sobre encima de la mesa–. No pasa nada. Ya deduje todo. Lina vino a rogarte que le dieras otra oportunidad cuando no le ofreciste un contrato a los dieciocho años. Eso lo sabemos todos. –Vasily ni se inmutó–. Y tú te negaste, claro. Solo aceptas a los mejores, y te parecía que Lina no estaba a la altura. Pero te aprovechaste de tu

poder y aceptaste lo que ella te ofreció, ¿no? Unos meses después, Lina finge una lesión para que le den una licencia en San Francisco porque está embarazada, pero, en vez de llamarte a ti, llama a nuestra madre. ¿Me equivoco? –Di golpecitos en la esquina de la mesa con el sobre–. Y estoy bastante segura de que hay un buen motivo por el que tú no conoces los detalles, así que pasemos a la parte en la que te chantajearon. Supongo que fue Lina. –Él me sostenía la mirada de un modo perturbador, pero le temblaba la ceja derecha–. Y supongo que te dijo algo parecido a lo que te dijo mi dulce hermanita aquí presente hará un mes, que debe haber sido algo así como: «Sé que tienes una hija y que eso viola tu estricto acuerdo prenupcial, del que todos estamos al tanto. Una hija que podría costarte la compañía a la que dedicaste tu vida entera. Yo sé dónde está esa hija y, si me das lo que quiero, el secreto quedará entre nosotros». ¿Fue eso lo que te dijo?

–Acertaste hasta la última palabra, aunque me moleste admitirlo –observó Eva. Su tono tranquilo contrastaba con la tensión de sus nudillos, que estaban blancos por la fuerza con que se aferraba al respaldo de la silla cada vez que se mecía el barco.

Un movimiento a mi izquierda me llamó la atención, y volví a sujetarme de la silla. El agua empapó la cubierta cuando volvimos a elevarnos en la siguiente ola. El mar siempre estaba picado la primera media hora de crucero, y esa noche no iba a ser la excepción.

–¿Es eso lo que tú me estás diciendo, Alessandra? –Vasily entrelazó los dedos sobre el pecho.

–Para nada. –Negué con la cabeza–. Aunque me da un poco de curiosidad saber si mamá también aseguró mi contrato de esa manera.

–¿Un poco? –preguntó Vasily, y se le curvó la comisura del labio–. Conociéndote, te debe estar carcomiendo la incertidumbre. ¿Eres digna de tu puesto? ¿Tienes el talento necesario?

–Hace un par de meses, eso me habría destrozado –admití, con un nudo en el estómago–. Pero ya no. Y no vine aquí para hablar de un contrato ni de un papel. Ni para mí ni para Eva. –Solté la silla y deslicé los dos sobres hacia él–. Elige. Sobre número uno: todos los

que sospechan que tú eres el padre de esta niña firmaron un acuerdo de confidencialidad, y puedes quedártelos a cambio de firmar una renuncia a los derechos parentales y de completar un formulario médico. O sobre número dos: nuestras declaraciones firmadas y una copia del certificado de nacimiento de la niña, que le entregaremos a la primera persona que nos crucemos al salir por esa puerta. Digo, suponiendo que no desees criarla, pero supongo que eso lo debes haber dejado claro hace diez años.

Levanté el mentón y me armé de todo mi valor para sostener esa máscara particular en su lugar. Él me estudió sin decir nada por un momento; luego, se inclinó hacia delante, tomó los papeles que estaban a su derecha y tomó un bolígrafo del saco de su traje. La cabina se sumió en un silencio sepulcral mientras él abría el sobre.

–Bebé Rousseau –leyó en el documento de renuncia de derechos.

–No mereces saber su nombre.

Negué con la cabeza. Anne había redactado el documento para que coincidiera con los datos del certificado de nacimiento original, que no incluía el nombre. No era infalible, pero podríamos presentarlo ante un juez si Vasily cambiaba de idea.

–No sé de quién estás hablando. Yo solo estoy firmando un documento renunciando a mis derechos parentales sobre una niña que nunca fue mía en primer lugar. Aunque si lo hubiera sido, ese desliz habría arruinado mi reputación. Por suerte, la falta de respeto por las leyes de tránsito me libró de eso.

Se me tensó todo el cuerpo y me obligué a tragar la bilis que me subió por la garganta al oírlo mencionar el accidente con tono tan casual.

–Yo solo acepto a los mejores, como ya sabes. Qué bueno que nunca cometí ese desliz –añadió Vasily.

Su bolígrafo se movió rápidamente sobre la renuncia y, después, sobre el formulario médico, y yo tomé respiraciones cortas y superficiales hasta que metió los dos documentos en el sobre y lo deslizó encima de la mesa. Lo tomé del borde y le arrojé el otro.

–Para tus registros. Haz lo que quieras con él. Gracias.

La furia comenzó a desvanecerse y la reemplazó un alivio profundo, que me invadió tan rápido que me sentí mareada. Juniper

iba a estar a salvo. Caroline no iba a perderla.

–Llévate tu contrato, por supuesto –me dijo, señalando los papeles delante de mí–. No seríamos la Compañía Metropolitana de Ballet sin tenerte a ti como una de las bailarinas principales. Lo digo en serio, Alessandra. Yo solo acepto a los mejores y, sin duda alguna, tú eres la mejor, como bien demostraste hoy. Te doy mi palabra de que nunca se hablará de lo que pasó aquí. Los ensayos empiezan en dos semanas. Ven al lugar donde perteneces e interpreta el rol que fue creado para ti. Quién sabe, quizá seas la próxima *prima ballerina* de tu generación. –Me quedé mirando el sobre como si fuera a morderme–. Tres años. Un aumento de sueldo espectacular. El asiento del medio en la última fila, como siempre. –Vasily se guardó el sobre recién adquirido en el bolsillo–. No soy tonto, Alessandra. Sé que ya te llamaron de San Francisco, Houston y Londres.

–Y París –añadí–. O podría ser bailarina independiente y trabajar con todos ellos.

–Y París. Pero ninguna de esas compañías es la nuestra. Ninguna es tu familia, y sé lo mucho que te gusta bailar con tu hermana. Su contrato recién vence en un año. Quizá… –Vasily juntó los dedos y miró a Eva–. Quizá esta temporada se gane el puesto de solista. Revisa el contrato, apruébalo y fírmalo, o mándale un correo a mi asistente para que te envíe una versión electrónica.

–Allie –bufó Eva, y con razón. Era todo por lo que había trabajado yo, todo lo que había soñado nuestra madre, y también le aseguraría un lugar a Eva.

–Quiero llevar a mi perra al estudio.

–Lo podemos incluir –accedió Vasily, frunciendo la nariz.

–Gracias por tu propuesta –dije. El contrato se sentía pesado cuando lo tomé.

–Nos vemos en Nueva York. –Nueva York. Donde estaba mi hogar. Mi apartamento y mi vida. Mis hermanas y Kenna. Mi compañía y mi papel. Pero no Hudson–. Lo digo en serio, Alessandra. Esto nunca pasó. Esa niña no existe.

Escuché un sollozo a mi izquierda cuando el yate se meció otra vez, y miré rápidamente hacia la puerta. *No. Dios, no*. Sentí que se me escapaba el alma del cuerpo cuando la cabeza de Juniper

desapareció y, por la ventana, la vi retroceder, tapándose la boca con las manos mientras retrocedía hacia la baranda del barco, como si necesitara con urgencia alejarse de nosotras.

–¡Espera!

Le arrojé todos los papeles a Eva y salí corriendo hacia la puerta. Juniper trastabilló al retroceder, sin dejar de mirarme con una expresión impactada en los ojos. El barco se elevó con la siguiente ola y el agua salpicó la cubierta, la baranda y el vestido lila de Juniper. Se me resbalaron los tacones al llegar afuera, y me lancé sobre ella… pero no estaba ahí.

–¡No!

El barco se meció cuando me precipité a un lado. Vi un destello púrpura en el agua debajo de mí y me trepé a la baranda.

–¡Allie! –chilló Eva detrás de mí.

Salté.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES
Allie

Danziela: Son hermanas. Ojalá puedan arreglar las cosas. Ver sus videos me ayudó mucho en mi propio recorrido.

WendyCook52: Coincido. Son muy inspiradoras, pero también son humanas.

El agua del Atlántico estaba *helada.* El frío me golpeó los pulmones y me quitó la respiración mientras yo luchaba por salir a la superficie, pataleando con todas mis fuerzas y abriéndome camino en el agua.

Respiré agitada al asomar la cabeza y giré para buscar a Juniper. Tardé menos de un segundo en verla, a un par de metros a mi izquierda, escupiendo agua y tratando de mantenerse a flote. Después, una ola nos separó y ella desapareció por un segundo. El corazón me latía a lo loco cuando fui nadando hacia ella, tratando de recordar las lecciones de natación y navegación que había aprendido a lo largo de dos semanas hacía más de una década. No tenía tiempo para tener miedo y tampoco tenía recursos físicos para desperdiciar. Tenía que mantenerme calmada, serena y decidida, como Hudson.

–¡Allie! –me gritó Juniper cuando llegué a su lado.

–¡Nada! –le ordené.

Le sujeté el vestido con una mano y nos alejé del barco, que se deslizaba junto a nosotras. Luchamos en el agua hasta que conté hasta diez, y luego volteamos hacia la parte de atrás del yate, que se alejaba.

–¿Qué vamos a hacer? –gritó Juniper.

Yo estaba aferrada a ella y pataleaba para mantenernos a flote mientras miraba pasar el barco. *Eso es.* Logré divisar apenas una figura que salía corriendo hacia la fiesta: Eva. Dos segundos

después, Hudson y Gavin aparecieron enloquecidos en la cubierta posterior y fueron corriendo hacia la baranda.

–¡Hudson! –exclamé, sacudiendo el brazo izquierdo.

–¡Ayuda! –gritó Juniper a la vez.

Él se encaramó sobre la baranda y Gavin lo arrastró hacia atrás, gritando algo que no llegamos a escuchar por encima del ruido de la fiesta y de los motores que se alejaban.

–¡Se están yendo! –chilló Juniper, con voz tan aguda que casi me perfora los tímpanos.

–No pasa nada –le aseguré.

Todo el barco empezó a movilizarse. Hudson apareció otra vez en la baranda y levantó la mano, separó los dedos y dijo algo que, por el movimiento de sus labios, parecía: «cinco minutos».

–No pasa nada –repetí, esa vez para mí misma, viendo el yate alejarse–. Estamos por llegar a la estela que dejó el barco, así que trata de no sumergirte. No luches contra las olas, ve con ellas. –Volví a enfocarme solo en Juniper–. ¿Entendido?

Ella asintió, y sujeté más fuerte la espalda de su vestido, mientras nadaba con las otras tres extremidades. El agua se elevó desde la dirección opuesta de donde habíamos estado luchando, y mantuve la mirada clavada en la de Juniper cuando nos elevamos y caímos con la primera ola, y luego vino una segunda. Se oyó la bocina del barco, pero la embarcación siguió su camino hacia delante, navegando derecho.

–¡No van a volver! –exclamó Juniper. Le chorreaba agua de la frente.

–Sí que van a volver –le aseguré, meciéndome sobre olas mucho más amables–. Tus tíos no van a dejarnos aquí. Solo tenemos que aguantar cinco minutos en el agua. ¿Puedes hacerlo?

Juniper asintió, manteniéndose a flote como si hubiera aprendido del mejor.

–Perdí los zapatos.

–Yo también. –Me obligué a sonreír–. Ahora tenemos una excusa para ir de compras cuando salgamos del agua.

–Yo no tenía que estar en ese barco –admitió ella.

–Ya lo sé. –El frío se me coló en todo el cuerpo, pero no le solté el vestido–. Y vamos a tener una buena charla sobre eso.

–Ese hombre… –Le tembló el labio inferior, y rogué que fuera de la emoción y no de frío–. Es mi padre, ¿no?

–¿Qué llegaste a escuchar? –le dije tras asentir. No tenía sentido mentirle.

–Estaba con algunos niños en la proa. Acabábamos de bajar la escalera cuando oí tu voz, y cuando me paré en la puerta para escuchar, te oí preguntarle si Lina lo había tomado desprevenido –respondió ella frunciendo el ceño, del que caían gotas de agua.

–Escuchaste todo –dije, con el corazón hecho un puño.

–¿Eso soy? –me preguntó, con los dientes castañeando–. ¿Un boleto para entrar a tu compañía?

–Para mí, no –respondí, sacudiendo la cabeza con vehemencia–. No hay excusa para lo que hicieron otras personas, pero yo te quiero, Juniper.

–¿Eso estabas haciendo? ¿Usándome para recuperar tu papel?

Juniper intentó alejarse y la sujeté fuerte; me negaba a soltarla y arriesgarme a que nos separáramos en el agua.

–No. –Era agotador mantenerme a flote con solo tres extremidades–. Fui a pedirle que firmara unos papeles para protegerte, para que él no pudiera alejarte de tu mamá. Ya había impreso mi contrato cuando fui a enfrentarlo. –Omití mencionar a Eva y rogué que Juniper no hubiera escuchado todos los detalles.

–No querían tenerme. No me querían –dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Se me cerró la garganta. Yo no contaba con las herramientas necesarias para tener esa conversación, pero tampoco tenía la opción de quedarme callada.

–No puedo hablar por él, pero Lina sí te quería –le dije, y esperé no estar equivocándome al decirle eso–. Sé que te quería porque eligió a tu mamá y a tu papá. Ella conocía a tu tío Gavin y a tu tío Hudson. Eligió a toda tu familia, personas que sabía que te amarían y te protegerían, y te dejó en un lugar donde podría ver cómo estabas. Te puso en uno de sus lugares favoritos del mundo para

que crecieras rodeada de las cosas y de las personas que ella también amaba.

–Tú no sabes eso –me dijo, mientras sus lágrimas se mezclaban con el agua del océano.

–No creo que nadie pueda conocerte y no quererte, Juniper. Tu mamá y tu papá, tus abuelos, tus tíos y tus primos, todos te quieren. Anne y yo te queremos. –Se oyó un chillido agudo detrás de nosotras–. Y sé que quizá eso no alcance para aliviar el dolor que sientes ahora, y lo siento mucho.

Ella frunció la frente y el sonido comenzó a sonar más fuerte. Una lancha de motor.

–¿Esos papeles que le diste significan que tengo que ser un secreto?

–No –logré decir con esfuerzo, porque me había empezado a temblar mucho la mandíbula–. Los papeles dicen que algunos de nosotros no podemos decir que él es tu padre. Pero ¿tú? –La atraje hacia mí–. Tú puedes decir lo que quieras, cuando quieras. Tú puedes elegir. Le quitamos el poder a él, no a ti.

Ella asintió. Sus labios se habían tornado azulados. Por encima del hombro, miré el bote de rescate que se acercaba y me invadió una sensación de alivio.

–Ahí vienen.

El conductor apagó el motor, y Hudson, con el rostro contorsionado en una mueca de miedo, se asomó por la popa mientras el barquito flotaba hacia nosotras. Fueron bajando la velocidad hasta detenerse a unos tres metros de donde estábamos.

–¡Allie! ¡Juniper!

–¡Vamos a ir nadando! –le grité, antes de que se le metiera en la cabeza lanzarse al agua helada del océano–. ¿Puedes nadar? –le pregunté a Juniper.

–Sí.

Ella asintió y comenzamos a movernos. Sin soltarle el vestido, avancé en el agua dando brazadas de costado, ignorando los calambres que comenzaban a apoderarse de mis músculos, y rodeamos la popa del barquito, que se mecía en el agua. Hudson y

Gavin nos estaban esperando en la pequeña cubierta, Gavin agachado y Hudson apoyado sobre una rodilla.

–¡Sujétala! –le grité a Gavin cuando llegamos primero adonde estaba él. Tomé a Juniper de la cintura y la empujé hacia la cubierta, pataleando con todas mis fuerzas.

–¡La tengo! –gritó él, y yo la dejé y volví a hundirme en el agua.

–¡Allie! –me gritó Hudson. Desvié la mirada de Juniper a él, que me ofrecía la mano. Luego, volví a mirar a la niña, cuyos pies descalzos estaban saliendo del agua–. Él la ayuda. Ahora, ¡sube al maldito bote antes de que salte al agua!

Pataleé para ir hacia la izquierda y estiré las manos. Él me tomó una y después la otra, y me levantó con una fuerza impensada. Me sujetó fuerte contra su pecho antes de pasarme los brazos por la espalda, uno a la vez, y yo dejé caer las manos sobre sus hombros cuando él se giró y me dejó sobre la cubierta.

–¿Estás bien? –me preguntó, mirándome de pies a cabeza.

–S-sí –le dije, tiritando.

–Bueno.

Hudson asintió, me alzó y se puso de pie. El bote se mecía mientras él me llevaba en brazos. Luego, me apoyó sobre la banca en forma de U que ocupaba toda la popa. Yo no podía parar de temblar. Busqué a Juniper y la encontré envuelta en una manta plateada, sobre el regazo de Gavin, a unos metros de mí. Había dos miembros de la tripulación a bordo, uno en el casco y el otro sosteniendo otra manta plateada en brazos. Hudson me envolvió en la manta y se puso en cuclillas frente a mí.

–¿Te rompiste algo en la caída?

–Revísala a ella primero –le ordené, aferrándome a la manta con los dedos congelados.

–Está con Gavin. Voy a revisarte a ti. –Me estudió los ojos y me apoyó los dedos en la muñeca, y se quedó callado un momento antes de asentir–. ¿Tragaste agua?

–Creo que no. No sé. Todo pasó muy rápido.

–No te muevas –me dijo, con un temblor en la mandíbula. Cruzó el botecito, fue hasta donde estaba Juniper y se sentó junto a ella para revisarla mientras los motores cobraban vida con un gorgoteo.

–Tenemos dos sobrevivientes a bordo. Volvemos al puerto –anunció uno de los tripulantes por radio. El ruido de los motores ahogó la respuesta y empezamos a movernos, a atravesar el océano en dirección contraria al yate.

Hudson volvió unos minutos después y, rodeándome los hombros con un brazo, me atrajo hacia él, hacia su calor que me calentaba el cuerpo. Me besó la frente y me dijo:

–Dios, Allie, saltaste tras ella.

–Ni se te ocurra regañarme –grité por encima del rugido de los motores.

–Gracias. –Me acercó la frente, helada, a su cuello–. Solo eso… gracias. Pero por favor... No… Pero gracias. Mierda, no puedo ni hablar.

–¿Caroline sabe que está aquí? –le pregunté. Ya divisaba el puerto a lo lejos. Hudson negó con la cabeza.

–Piensa que está en una pijamada, pero ya se va a enterar. Estoy bastante seguro de que nuestra sobrina va a tener puesta una tobillera electrónica antes de que termine la noche.

–Juniper lo sabe –dije en voz alta para hacerme escuchar–. Sabe lo de Vasily. Escuchó todo.

Eché un vistazo a la niña, pero Gavin la tenía acurrucada contra el pecho, con su cuerpito entre los brazos, y ella estaba mirando para otro lado.

–Mierda. –Hudson me abrazó más fuerte.

Esa palabra resumía todo a la perfección, así que no dije nada más y me dediqué a absorber el calor que irradiaba su cuerpo mientras nos mecíamos en el barco, de regreso al puerto. Cuando llegamos, había una ambulancia esperando.



Dos horas y una ducha caliente después, ya casi me sentía humana otra vez. Salí de la cocina con un *brownie* en la mano y una botella de agua en la otra.

–Deja de perseguirme –regañé a Sadie.

La perra me siguió a la sala de estar. Gavin me había dejado en mi casa una hora atrás, después de que yo me negara a acercarme siquiera a la sala de emergencias de Haven Cove y, desde que había cruzado la puerta, Sadie no se había alejado de mí ni por un instante. Hasta se había quedado sentada en la alfombra del baño mientras yo me duchaba. No podía negarse que los perros eran muy intuitivos.

Hudson ya me había mandado tres mensajes para preguntarme cómo estaba y no parecía muy contento de que yo le hubiera ordenado acompañar a Juniper al hospital para encontrarse con Caroline. Respondí su último mensaje y esquivé dos de las cajas que Anne había dejado junto al sillón más alejado.

Estoy comiendo y tomando algo. Todo está bien.

Era extraño estar en silencio en la casa vacía, pero también era liberador. Faltaban horas hasta que todos volvieran de la recepción.

–Ve a dormir, linda –le dije a Sadie, y señalé su cucha mullida, en la esquina de la sala de estar, mientras caminaba por el vestíbulo atestado de maletas, un recordatorio más de que había terminado el verano. Al igual que mi tiempo con Hudson.

Mi corazón se negaba a aceptarlo. Sadie soltó un suspiro de resignación y, cuando miré por encima del hombro, la vi dar vueltas y dejarse caer con un resoplido sobre la cucha. Luego, entré al estudio. Prendí el interruptor y los apliques de las paredes se iluminaron, bañando toda la habitación con un brillo suave, no como

las luces fuertes del techo, que resaltaban todas las imperfecciones cuando nosotras entrenábamos por la noche.

Nosotras. Devoré el *brownie* y reflexioné sobre esa palabra en particular. *Nosotras* habíamos entrenado ahí. *Nosotras* nos habíamos roto en pedacitos y nos habíamos vuelto a armar. Pero no sabía en qué nos habíamos transformado cada una de nosotras. Ni siquiera yo. Ni había pensado en llamar a mi madre para contarle que había recuperado mi papel.

Apoyé la botella en el suelo y ocupé el lugar de Lina en la barra, buscando algún rastro de ella en mi propio reflejo, en la imagen que me mostraba ahí, parada descalza con el pantalón del pijama y un top. Pero no vi a Lina ni a mi madre. Solo me vi a mí, una bailarina principal de cualquier compañía que eligiera de la pila de contratos que me habían ofrecido. Podía ir a París o a San Francisco o volver a Nueva York, dormir en el apartamento que había escogido mi madre, trabajar para la compañía que ella había idolatrado e interpretar el papel que habían creado para mí. También podía asegurar el puesto de Eva. Tendría que ver a Vasily todos los días, pero podría ir a casa.

Me estremecí y me froté el esternón, como si así fuera a aliviar el dolor que acompañaba la sencilla verdad de que todas las opciones me alejaban de Hudson. Él iba a recibir su asignación en cualquier momento. En el mejor de los casos, lo enviarían a Sitka, a diez mil kilómetros de distancia de la compañía de ballet profesional más cercana, y, por Dios, yo deseaba con todo mi corazón que así fuera, aunque me destrozara tener que despedirme de él.

En el peor de los casos, seguiría en Haven Cove, estancado pero rodeado del amor de su familia y, aunque yo quería estar con él, deshacerme de mis miedos y dejarlo entrar del todo, eso habría sido sacrificar la carrera que tan victoriosamente acababa de recuperar. La compañía más cercana estaba en Boston. La mejor compañía estaba en Nueva York. No había ninguna solución que me dejara siquiera contemplar la idea de no renunciar a Hudson. *A menos que lo envíen a otro lugar donde haya una compañía, como San Francisco.* Pero ¿alguno de los dos podría ser feliz sabiendo que nuestra relación nos había costado nuestros sueños?

La luz de los faros de un auto se coló por las ventanas del estudio y, cuando me di vuelta, vi el auto de Gavin recorriendo el largo camino desde la carretera, a la luz moribunda del atardecer. Pero no fue Gavin el que estacionó frente a la casa y subió los escalones como un hombre poseído. Fue Hudson.

La puerta principal se abrió de par en par y se cerró con la misma energía un segundo antes de que él entrara al estudio, con el cuello de la camisa abierto, sin corbata y con el cabello alborotado, como si se hubiera pasado los dedos por la cabeza un montón de veces. Sus ojos mostraban tal desesperación que el corazón me latió desbocado cuando nuestras miradas se encontraron. ¿Cómo podía ser que esa fuera mi última noche con él?

–Quería traerte yo. –Caminó hacia mí, recorriéndome todo el cuerpo con la mirada–. ¿Y dejaste que te trajera Gavin?

–Los zapatos –le recordé, y sentí calor en todo el cuerpo. Por cada paso que daba él, yo retrocedía uno–. Y tú eres el que sabe primeros auxilios. Lo más lógico era que tú fueras con Juniper, si Caroline se iba a encontrar con ustedes en el hospital.

–A la mierda los zapatos –masculló Hudson, quitándoselos de una patada–. Y te negaste a ver a un médico.

–El paramédico me revisó cuando llegamos –le dije. Pasé por el lugar de Anne en la barra y llegué al mío, territorio conocido. Ahí, dejé de retroceder y me quedé quieta–. Y ya tengo bastantes recuerdos en ese hospital. No necesito nuevos. –Él hizo una mueca y, al instante, me arrepentí de mi comentario.

–Cuando te vi en el agua… –Hudson negó con la cabeza y zanjó la distancia entre nosotros–. Me asusté muchísimo.

–Yo también me asusté muchísimo –admití, y él estiró la mano hacia mí–. Juniper…

–No lo digo solo por Juniper. –Hudson me sujetó de la nuca y se acercó más–. Lo digo por ti, Allie. Me asusté muchísimo por ti. ¿Tienes idea de lo que significas para mí? Eres el aire que respiro. Y ya sé que no quieres hablar y necesitas que todo sea ordenado y sencillo, pero ya estoy aquí. Complicado. Enredado. Tan loco por ti que no podía ni respirar en esa sala de emergencias porque necesitaba estar aquí contigo.

El corazón me comenzó a latir tan rápido que estuvo a punto de ahogar las dudas traicioneras que sacudían los barrotes de su prisión, exigiendo que lo dejara donde estaba, a salvo en mi pecho. No podía entregárselo a Hudson sabiendo que el único resultado posible era la perdición. Pero… quería hacerlo.

–Hudson –susurré. Llevé las manos a su pecho, pero no me atreví a alejarlo.

–Yo soy el que te necesita –me dijo, apoyando la frente sobre la mía–. Te necesito, Allie. Siempre te necesité.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
Allie

ESTE USUARIO DESACTIVÓ LOS COMENTARIOS.

Sus palabras me quebraron, rompieron las cadenas que eran mi protección y me dejaron a la deriva. Apreté los puños contra su camisa y levanté el rostro para presionar mis labios contra los suyos.

Hudson soltó un gruñido y se apoderó de mi boca con una urgencia que fluyó por mis venas y me prendió fuego. El beso fue brutalmente carnal, todo lenguas entrelazadas y dientes chocando mientras luchábamos por estar más cerca el uno del otro.

Le arranqué los botones de la camisa y, a regañadientes, renuncié a sus labios los tres segundos que le llevó a él quitarme el top y dejarme desnuda de la cintura para arriba. Luego, su boca se fundió con la mía otra vez, y le succioné la lengua mientras le quitaba la camisa de los hombros. Cuando la tela cayó al suelo, él me recompensó con otro gruñido. Me sujetó un pecho y el roce de su pulgar sobre mi pezón lo endureció al instante. Un escalofrío me recorrió la columna y me arqueé, entregada a la caricia, cuando él me besó larga y profundamente y centró mi mundo, con él como único punto cardinal.

Yo conocía de memoria las líneas esculpidas de su torso y las tracé con la punta de los dedos al recorrerle el cuerpo con las manos. No tardé mucho en encontrar su cremallera y tirar de ella. Había demasiada ropa, demasiadas capas entre nosotros dos. Necesitaba sentirlo tan desnudo como me sentía yo, y la única manera de hacerlo era tener todo de él. Con un movimiento rápido de los dedos, le desabroché el pantalón y le bajé la cremallera. Deslicé la

mano entre los músculos firmes de sus abdominales y el elástico de sus interiores y descubrí que ya estaba erecto y caliente.

–Mierda, Allie.

Su gemido retumbó en las paredes cubiertas de espejos cuando le envolví la verga con la mano y la recorrí por completo. Se me tensaron los muslos y un calor agradable se instaló entre ellos al pasar el pulgar sobre la punta de su verga. Luego, le metí la lengua en la boca y rocé ese punto sensible detrás de sus dientes al ritmo del movimiento de mis manos. Vivía para sentir su respiración agitada, la presión de su mano sujetando mi pelo.

Abandoné su boca para besarle el pecho y venerar el altar de sus abdominales perfectos. Recorrí con la lengua la línea que empezaba en el borde de su abdomen y descendía más allá de su cintura. Le sujeté las caderas con las manos y, de un solo tirón, le bajé los pantalones y los interiores. Luego, caí de rodillas frente a él.

–Cielo… –Había fascinación en su voz, pero también un dejo de advertencia que me hizo saber que estaba jugando con fuego.

–Quítate la ropa –le ordené, y él se desvistió. Después de quitarle los calcetines, me senté sobre los talones y miré hacia arriba, maravillada con su cuerpo escultural–. Creo que eres el hombre más perfecto que he visto en mi vida.

–Al… –empezó a decir él, pero sus palabras se transformaron en un gruñido gutural cuando me arrodillé y me metí su verga en la boca. La sentí deslizarse sobre mi lengua, y una sensación embriagadora de poder me recorrió la piel cuando meneó las caderas una vez. Dos veces.

–Mierda. –Hudson me sujetó del pelo–. Allie. Cielo. Tienes que…

–¿Mmm?

Lo dejé entrar a lo más profundo de mi boca y me deleité con el incendio en sus ojos, la tensión de su mandíbula, la certeza de que yo tenía la capacidad de enloquecerlo.

–Parar –logró decir.

Acaricié la punta de su verga con la lengua y me alejé.

–¿Estás seguro de que quieres que pare?

–Sé muy bien lo que quiero.

El calor de su mirada habría prendido fuego un glaciar, y yo ya estaba encendiéndome, lista para arder ante el más mínimo contacto. Hudson acomodó las manos bajo mis brazos y me hizo incorporarme. Luego, me arrancó el pantalón del pijama y la ropa interior, que se sumaron al mar de ropa que nos rodeaba.

–Ah, ¿sí? –pregunté, bastante agitada.

Él asintió y me devoró con los ojos mientras se inclinaba a buscar algo entre la montaña de ropa en el suelo.

–No imaginas hace cuánto tiempo vengo fantaseando con las cosas que te haría en esta habitación.

–¿Sí? –Tragué saliva y pisé mi top, ya olvidado, y lo pateé a un costado para despejar el camino–. ¿Qué estás buscando? –le pregunté. No sabía qué era, pero estaba tardando demasiado.

–La billetera –dijo, levantando su pantalón–. Un condón.

–No te preocupes. –Retrocedí hasta chocar la barra con la espalda–. No hace falta. Tomo pastillas anticonceptivas. –Y ya no soportaba las ganas de tenerlo adentro–. Tienen como un noventa y nueve por ciento de efectividad.

Hudson tomó un envoltorio de aluminio de su billetera y negó con la cabeza mientras lo abría.

–No me voy a arriesgar con ese uno por ciento –dijo, desenrollando el condón sobre su verga. Pestañeé. Claro. Por supuesto que no querría arriesgarse. Nosotros ni siquiera teníamos una relación a largo plazo y…–. ¿Quieres tener hijos? –continuó–. Te los doy. Tú solo dímelo. –La idea me tendría que haber dejado helada, pero la convicción que brillaba en su mirada, que decía a gritos que nuestros futuros ya estaban entrelazados, me hizo latir fuerte el corazón. Él camino hacia mí, hermoso y magnífico en toda su desnudez–. Hasta entonces, no voy a arriesgar el fruto de tu trabajo por impaciencia.

El dolor que se me instaló en el pecho al oírlo fue tan intenso y tan dulce que me mordí el labio para que no se me escaparan las palabras.

–Dios, no sabes todo lo que me imaginaba haciéndote –murmuró Hudson, recorriéndome el cuerpo con ojos hambrientos. Se apoderó de mi boca con un beso que me desgarró el alma y luego cayó de

rodillas a mis pies, me rodeó la pierna izquierda con el brazo y la levantó para acomodarla sobre su hombro. Respiré agitada cuando él se inclinó y besó la piel sensible de mi muslo–. Te miraba bailar durante horas, tan tranquila y disciplinada, y me preguntaba qué harías si yo…

Deslizó la lengua desde mi punto más íntimo hasta mi clítoris, y yo solté un grito y arqueé la espalda, prendida fuego. Llevé las manos a su cabeza, pero él se sacudió.

–Pon las manos en la barra, Allie –me ordenó, y yo obedecí al instante–. Perfecto.

Recorrió mi sexo con la boca, y, con cada roce y movimiento de su lengua, el cuerpo entero se me estremecía de placer. Me sujeté de la barra mientras mis caderas se movían por sí solas, persiguiendo ese éxtasis que yo sabía que solo él podía darme. Hudson me rodeó un muslo con el brazo, inmovilizándome en mi lugar, y, con el otro, guio mis caderas para llevarme a ese acantilado de placer y detenerme cuando me acercara al borde, hasta que me empezaron a temblar los músculos y mi desesperación se transformó en jadeos desesperados y ruegos susurrados.

–Esto mismo es lo que me imaginaba –me dijo, trazando un camino de disfrute con la lengua–. A ti temblando, gimiendo, sonrojada de deseo.

–Hudson, por favor –supliqué.

Él deslizó dos dedos dentro de mí y los movió.

–Pero escucharte gemir mi nombre es mucho mejor de lo que podría haber imaginado, Allie. Y ahora el recuerdo vivirá por siempre en mis sueños.

Hudson usó la mano y la lengua para empujarme por el precipicio, y yo me deshice en mil pedazos, atravesada por olas de un placer arrollador, y me habría caído si Hudson no me hubiera ayudado a mantenerme en pie, arrancándome hasta el último temblor y, de alguna manera, encendiendo un fuego completamente nuevo antes de levantarse él también.

Respiré agitada. Mi pierna se elevó junto con él y, cuando bajó el hombro, mi muslo se deslizó hasta llegar a la altura de su codo y apoyé la pierna en el suelo.

–Date vuelta –me ordenó. Giré hacia la barra, di dos pasos hacia atrás y nuestras miradas se encontraron en el espejo–. Eres perfecta –me dijo, y me recorrió la espalda con los dedos antes de sujetarme el trasero.

Yo me incliné hacia delante, una invitación descarada, y separé las piernas sin dejar de mirarlo.

–Hudson –susurré–. Te necesito.

–El sentimiento es más que mutuo.

Cuando deslizó los dedos entre mis muslos, me estremecí ante la nueva ola de urgencia que me inundó, firme y exigente, pidiendo ser saciada. Por suerte, esa vez no me hizo esperar. Flexionó las rodillas y sentí el roce de su verga contra mí, pero luego se detuvo.

–Sí. –Asentí y me curvé hacia atrás, usando la barra para sostenerme, y recibí el primer centímetro de su intrusión.

–Eres mía. –Me sujetó de las caderas y se hundió en mí. Yo grité su nombre y mis ojos se cerraron frente a ese placer sublime. El movimiento era profundo, perfecto–. Abre los ojos –me ordenó–. Míranos.

Las palabras por sí solas me prendieron fuego, pero el modo en que retrocedió para después penetrarme con más fuerza me hizo derretir. Marcó un ritmo que me hizo jadear, suspirar por la siguiente embestida, la siguiente dosis de ese placer al que era adicta.

–Cada vez que estés en un estudio –dijo, acentuando cada palabra con el movimiento de sus caderas– quiero que recuerdes cómo se siente esto. –Se sonrojó por el calor y el sudor que nos chorreaba por la piel, y bajó la mirada para observar el lugar donde nos volvíamos uno–. Lo que nos hacemos sentir.

Mierda. Estaba condenada. Nunca podría volver a mirar un espejo de la misma forma. Cuando nuestras miradas se encontraron otra vez, vi hambre en sus ojos.

–Necesito tu boca.

Hudson se alejó de mí y yo gemí, protestando por la pérdida, pero después me tomó de la cintura, y la barra desapareció de mis manos cuando el mundo giró y quedamos cara a cara. Se apoderó de mi boca y me levantó, y yo le rodeé el cuello con los brazos y la cintura con las piernas. Mi trasero chocó contra la barra, y luego él estaba

ya dentro de mí otra vez, penetrándome profundamente, alimentando la desesperación salvaje que me hacía gemir contra sus labios. Cada movimiento era mejor que el anterior, cada embestida me acercaba más al éxtasis.

–Qué barra de mierda –murmuró él, y nos movimos otra vez. Mi espalda impactó contra la parte del espejo donde terminaba la barra, y luego él se hundió tan profundamente en mi interior que vi las estrellas, y nuestros besos ahogaron nuestros gritos.

–Más –exigí, usando el espejo para arquearme con cada embestida, y él apoyó una mano junto a mi cabeza, me sujetó la cadera con la otra y me dio justo lo que yo necesitaba.

Dios, de eso se trataba la vida. Ese era el sentido de respirar y el propósito de mi existencia. Hudson. Nada más.

La tensión empezó a crecer, tan intensa que ya no pude seguirle el ritmo. Se me tensaron los músculos y comencé a temblar. Y él seguía tomándome, besándome, haciéndome arder en llamas, y convirtiéndose en el aire mismo que respiraba.

–Hudson –grité, tan cerca del abismo que dolía.

–Te daré lo que quieres, cielo.

Deslizó la mano entre nosotros, y la siguiente caricia me hizo arquear en una explosión de luz. Me fracturé en mil pedazos diminutos, pero, de alguna manera, Hudson me mantuvo entera. Meneé las caderas una y otra vez mientras el orgasmo me atravesaba el cuerpo y rompía como olas infinitas en la orilla. Cuando Hudson alcanzó su propio éxtasis, lo sentí tensarse y me aferré a él, y le hundí los dedos en el pelo al tiempo que le sujetaba la cabeza.

Nos dejamos caer juntos, jadeando y mirándonos a los ojos como si el principio y el fin de todo lo que existía en el universo estuvieran contenidos entre nosotros. De a poco, el latido de mi corazón se fue calmando, y luché contra la lógica muy real que se asomaba en los rincones de mi mente, sabiendo que había cosas de qué hablar y decisiones que tomar. Sabiendo que no quería dejarlo.

–Allie. –Hudson me apartó el pelo del rostro–. Deberíamos…

–Llévame a la cama –lo interrumpí–. Antes de que lleguen todos. Llévame a la cama.

Todo lo demás podía esperar hasta el día siguiente. Esa noche, quería estar con él. Hudson me llevó arriba en brazos y me dio exactamente lo que le pedí, mirándome como si tuviéramos toda la eternidad por delante y haciéndome el amor como si tuviéramos los días contados. Ya estaba casi dormida cuando él se escabulló de la cama y, al entreabrir un ojo, me recibió la luz rosada que se colaba por la ventana.

–¿Qué hora es? –Hundí el rostro en la almohada y sonreí al oler la fragancia de Hudson.

–Las seis –respondió él, ya vestido. Se había puesto uno de los uniformes que guardaba en mi armario. Se sentó en el borde de la cama y me acarició el pelo–. Voy a sacar a Sadie así puedes dormir. Beachman va a pasar a buscarme para ir a una reunión, y Gavin viene en una hora más o menos para llevarse el auto. Vuelvo en unas horas.

–Deberías quedarte. –Le tomé la mano y se la besé.

–Créeme, lo haría si pudiera, y cuando vuelva, tenemos que hablar. –Frunció el ceño–. Sobre las maletas que empacaste, sobre nosotros y… sobre cosas que tengo que decirte. Tenemos que hablar.

–Está bien –acepté a regañadientes–. Pero es difícil tener una conversación seria si ni siquiera sabemos dónde vas a vivir.

–Sí. –Se le escapó una sonrisa y me robó un beso–. Ojalá me lo digan hoy.

–Ya sé que pusiste Cabo Cod como primera opción –le dije, dándome vuelta en la cama–. Pero espero que te toque Sitka. Mereces cumplir ese sueño, Hudson.

–Los sueños cambian. –Hudson sonrió al levantarse y se alejó hacia la puerta–. Te lo iba a decir antes, pero cambié mi primera opción justo antes de enviar la lista.

–¿Elegiste Alaska? –Me incorporé sobre los codos mientras él abría la puerta del dormitorio.

–No –dijo, y se le dibujó ese hoyuelo en la mejilla–. Nueva York.

Sin más, se marchó, antes de que yo llegara a procesar esas palabras, lo que significaba ese destino. Sentí un vacío en el estómago. No, no podía ser. Él no habría hecho algo tan impulsivo, tan… imprudente. ¿Por qué no había elegido Sitka? Yo entendía lo

de Cabo Cod, pero ¿Nueva York? Nunca habíamos hablado de esa posibilidad.

Podríamos estar juntos. De inmediato, pinché esa burbuja infantil de alegría y la hice explotar. Nueva York tomaría todo lo que yo amaba de nosotros y lo ensuciaría, lo arruinaría. Mi vida ahí destruiría a Hudson. Una cosa era tener que robar unas pocas horas conmigo durante un mes, pero no podíamos construir una vida en torno a eso. Dios. Hudson acababa de renunciar a la posibilidad de ir al destino de sus sueños para vivir algo que terminaría siendo una pesadilla conmigo, y ahora tendría que esperar tres años más antes de solicitar otro cambio de estación.

Me levanté, me duché y me vestí, con la mente yendo a mil por hora. Cuando un taxi de la única compañía del pueblo estacionó en la entrada una hora después, yo ya estaba sentada en los escalones del porche, con Sadie acurrucada a mi lado. Gavin arreglaría las cosas. Él no dejaría que Hudson desperdiciara su vida por… mí.

–¿Qué pasa? –me preguntó Gavin no bien bajó del taxi–. Tienes cara de que pasa algo. ¿Hudson está bien? ¿Pasó algo? Me mandó un mensaje hace una hora…

–Hudson está bien. Al menos, hasta que yo le ponga las manos encima. ¿Sabías que puso Nueva York como primera opción?

–No, pero no me sorprende –dijo él, visiblemente aliviado, y se frotó la nuca–. Mierda, me asustaste. Por la cara que tienes, pensé que había pasado algo.

–Pero ¡sí que pasa! –exclamé, levantándome.

–Sí, él quiere estar cerca de ti. ¿Y? –Gavin dejó caer los brazos–. ¿De verdad estás enojada porque Hudson está dispuesto a arrancar su vida de raíz y a enfurecer a nuestra hermana, lo cual apoyo por completo, para estar contigo?

–No, ¡estoy enojada porque no eligió Sitka! Ese es su sueño desde que lo conozco, alejarse lo más posible de este pueblo. –Hundí los hombros y luché contra el dolor agridulce que crecía en mi pecho, al que no podía nombrar para no volverme loca–. Él también se merece cumplir su sueño, Gavin. Y entiendo que lo haya puesto en pausa para volver aquí y ayudar a Caroline. Es muy buen hermano. Pero

¿que lo ponga en pausa por mí? Tienes que convencerlo de que esto es un error.

–Me parece que no funciona así. –Gavin se inclinó hacia atrás y me miró como si estuviera loca de remate–. De verdad no lo entiendes.

–¿Que él es un alma noble? Sí, cuando eligió una carrera en la que literalmente arriesga su vida por los demás, lo sospeché. –Me crucé de brazos.

–No, que tú eres su sueño. Está enamorado de ti –respondió Gavin.

–Eso no es cierto –dije. De pronto, me faltaba el aire. Apagué la repentina oleada de calor detrás de mis costillas.

–Sí. –Gavin asintió y sacudió las manos–. Obvio que quiere ir a donde estés tú. ¿Tan malo sería tener una relación de verdad con mi hermano? ¿O solo lo estabas usando para entretenerte durante el verano?

–Yo jamás haría una cosa así. –Retrocedí, insultada. Hudson y yo teníamos un acuerdo. Los dos sabíamos las condiciones de nuestra relación.

–¿Estás segura de que no quieres sacártelo de encima ahora que terminó el Clásico? Las Rousseau son especialistas en robarles el corazón a los Ellis y pisotearlos cuando llega septiembre –dijo, mirándome con los ojos entrecerrados.

–Ese comentario estuvo de más –repliqué, señalándolo con el dedo.

–Tienes razón. Lo siento. –Gavin suspiró–. Pero ¿tan malo sería que él fuera a Nueva York? Olvida tus miedos y tu necesidad de mantener distancia con todos, menos con Sadie. ¿Sería el fin del mundo si todos los días, al volver a casa, Hudson te estuviera esperando?

Respiré mientras contemplaba la idea, tratando de ignorar la realidad de lo que mi vida le haría a él, y me concentré en la presión en mi pecho, que cada vez crecía más.

–No. –Negué con la cabeza–. Sería genial. –Era una respuesta egoísta–. Pero sería demasiado difícil para él.

–Deja que él decida si es difícil o no. –Gavin apretó y relajó los puños, y las llaves tintinearon–. Mira, yo estuve ahí. Yo vi cómo se puso cuando te perdió la primera vez, así que entiendo que ahora quiera aferrarse a ti con las dos manos y no soltarte. Por el amor de Dios, déjalo aferrarse, Allie. Él tiene la fuerza suficiente para los dos.

–¿Cómo que estuviste ahí? –le pregunté, frunciendo el ceño–. No recuerdo haberte visto en el Clásico ese año.

–No. –Gavin negó con la cabeza y me miró como si yo fuera una alienígena–. ¿Quién diablos crees que lo pasó a buscar por el hospital ese día? Yo. –Gavin se golpeó el pecho con la mano–. Yo fui a quien llamó. Yo fui el que tuvo que sacarle las palabras por la fuerza cuando salió de la sala de emergencias bañado en tu sangre. Yo fui el que tuvo que inventar una historia para explicarles a nuestros padres por qué estuvo cuatro días sin hablar antes de irse al entrenamiento básico. Así que discúlpame si solo quiero que por fin sea feliz.

Miré a Gavin y traté de respirar, traté de entender lo que me estaba diciendo.

–¿Mi sangre?

Él palideció y dio un paso atrás.

–Mierda –murmuró, y cerró los ojos.

–¿De qué carajo estás hablando? ¿Mi sangre? –dije, levantando la voz, mientras luchaba contra las náuseas que me sobrevinieron, como si todo diera vueltas.

–Es que… –Gavin bajó los escalones que faltaban sin despegar la mirada de mí, como si yo fuera un puma y tuviera miedo de darme la espalda–. Él piensa que no vas a perdonarlo, pero tienes que hacerlo, Allie. Déjalo aferrarse a ti esta vez, y no solo por él. Se necesitan el uno al otro. Los poetas escriben sobre gente como ustedes.

¿Y eso qué quería decir?

–¡Gavin! –le grité cuando llegó al auto.

Él salió del camino y me dejó ahí, parada en el porche, dudando de todo lo que creía saber acerca de los últimos diez años.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
Hudson

DevonDanza: HermanasRousseau4, quería saber por qué tienen ese usuario. No son solo 2?

Danziela: DevonDanza tres están vivas. Una tiene un puesto administrativo en la compañía, y su hermana mayor murió en un accidente de auto en el que Alessandra sobrevivió.

DevonDanza: Danziela mierda, no sabía nada. Grax

Danziela: De nada. Alina también bailaba muy bien. En YouTube hay videos suyos.

Está en la playa. Eso fue lo único que accedió a decirme Anne cuando llegué a la casa de Allie, pero la mirada que me lanzó decía que era mi culpa. Sí, tirarle la bomba de Nueva York y después irme quizá no había sido la mejor idea, pero me había sentido muy esperanzado y demás. Ya no tanto.

Exhalé lentamente, aceptando mi destino, y me dirigí por el patio trasero hacia las escaleras. Por suerte, había pasado por casa a cambiarme el uniforme. Era un fastidio que se me metiera arena en las botas.

Allie estaba sentada al final del muelle, mirando el océano. Se me encogió el corazón mientras caminaba sobre la madera. La esperanza de esa mañana se había transformado en el problema de esa noche cuando me llegó un correo durante la reunión, y lo que había parecido un obstáculo fácil de resolver ahora parecía un rompecabezas sin solución. Habían llegado las asignaciones, y yo no iría a ningún lado. Me quedaría en Cabo Cod, y Allie seguramente aceptaría el contrato en Nueva York. Iba a ser difícil, pero podíamos soportar una pelea. La pelea nos haría bien, nos obligaría a definir qué estábamos haciendo de verdad, porque estaba claro que había dejado de ser un romance de verano hacía semanas, en algún

momento entre que yo le diera una gaveta y que ella hiciera lugar en su armario para guardar un par de uniformes míos. Los romances de verano no hacían lugar para el otro en sus vidas del modo en que lo habíamos hecho nosotros.

–Hola –le dije para no asustarla, y me incliné para sentarme a su lado, con las piernas colgando sobre el agua. Ella jugueteaba con sus manos, pero no me miró–. Supongo que estás enojada porque pedí el traslado a Nueva York, pero al final no fue nada. Ya recibí la asignación, y me voy a quedar aquí. –Caroline estaría feliz cuando se le pasara el enojo conmigo–. Ojalá sepas que yo jamás esperaría que aceptaras el contrato de Boston ni nada por el estilo. Si quieres volver a la Compañía Metropolitana de Ballet, tienes todo mi apoyo. –No hubo respuesta–. ¿Allie? –Estudié su perfil y me estremecí cuando ni siquiera se dignó a mirarme. Mierda. En las tres horas que habíamos estado separados, ella había vuelto a levantar sus paredes–. Sé que tendría que haber hablado contigo del cambio, pero… –Tomé la respiración más profunda de mi vida y me lancé de lleno a lo que sería la pelea más importante de nuestra vida. Una que no estaba dispuesto a perder. No otra vez–. Pero no quiero que esto termine. Sé que te vas en un par de días, pero podemos hacer que funcione. Me deben un favor en la oficina de asignaciones, y si eso no resulta, iré a visitarte los fines de semana para que no pierdas tiempo en el estudio. Me adaptaré a tu vida…

–Mi padre siempre nos decía que las olas vienen en series –me interrumpió, mirando el océano mientras esas mismas olas rompían contra los pilotes debajo de nosotros.

Se me hizo un nudo en el estómago. Mierda, la situación era peor de lo que pensaba si estábamos hablando de ciencia.

–A veces sí –respondí–. Depende de si se forman por el viento o por una tormenta, y de la forma del fondo marino…

–Nos decía que las olas individuales se mueven más rápido, pero que cuando se agrupan en aguas profundas, van más despacio porque están conectadas por la misma energía. –Allie movió la mano izquierda sobre la derecha, e hizo girar algo alrededor de su dedo–. Están unidas y viajan juntas por el agua hasta que el paisaje cambia con la costa. –Hizo una pausa–. Y luego rompen una por una.

–Sí.

¿Adónde quería llegar? Apoyé las manos sobre el muelle y me aferré del borde mientras la escuchaba, tratando de detectar alguna pista en su rostro, pero ella tenía puesta la máscara. Era impenetrable.

–Y yo entendía la metáfora, pero siempre pensé que nosotras nos parecíamos más a los pilotes –continuó, moviendo más rápido los dedos–. Éramos más fuertes juntas, más capaces de soportar los golpes, y podíamos mantener en pie el muelle en medio de las tormentas si nos apoyábamos mutuamente. Pero cuanto más tiempo paso sentada aquí, más me doy cuenta de que perder un pilote quizá dañe el muelle, pero no afecta la integridad de los demás. Están conectados por un propósito, no por la energía. –Miró abajo cuando una ola rompió contra la madera y el rocío casi nos salpicó los pies–. Y ahora pienso que papá tenía razón. Nosotras cuatro éramos un conjunto, nos movíamos por la vida unidas por una fuerza inquebrantable, a veces, frenando a la otra sin querer para poder avanzar juntas, sin darnos cuenta de que la playa perfecta que nos apresurábamos por alcanzar nos iba a romper una por una, y que las otras estarían condenadas a mirar, incapaces de ayudar o de prevenir nuestra propia ruina. –La luz del atardecer le arrancó destellos dorados a su mirada cuando Allie miró más allá de mí, hacia la playa y las olas rompientes–. Nosotras no somos los pilotes. Somos las olas. Lina se rompió primero y, cada una a su manera, las otras tres ahora estamos yendo hacia la orilla.

–Allie, ¿qué pasó? –Un mal presentimiento me dio un escalofrío, el sentimiento idéntico al de esos momentos en que mis neumáticos patinaban sobre la carretera helada, y yo no podía hacer nada más que esperar a que recuperaran tracción... o que se hicieran pedazos.

–Ese es el problema. No lo sé. –Cuando me miró a los ojos, se me erizaron los pelos de la nuca–. Pero tú si lo sabes, ¿no, Hudson? Porque estuviste ahí.

–¿De qué estás hablando? –Me aferré tan fuerte a la madera que pensé que mis huellas dactilares quedarían grabadas ahí por siempre.

–A Gavin se le escapó que te pasó a buscar por el hospital –me dijo, ladeando la cabeza– y que estabas bañado en mi sangre.

Mierda. Se me hizo un nudo en el estómago y, por primera vez en mi vida, no supe qué hacer. Me quedé helado.

–Tú estuviste ahí –continuó ella, escupiendo las palabras como la acusación que eran–. En el accidente. Es la única forma de que estuvieras manchado con sangre mía.

Yo quería salir corriendo, retroceder el tiempo dos días, dos semanas, dos meses, y hacer todo distinto. Mis costillas se comprimieron contra mi corazón con tal fuerza que latió en protesta, pero yo nunca le había mentido a Allie, y no podía empezar ese día. *Ocultar es mentir.*

–Sí –admití–. Estuve ahí.

Ella abrió grandes los ojos, y mi corazón me gritó que acababa de arruinar cualquier oportunidad de tener un futuro juntos.

–¿Estabas en el auto?

–No. –Negué con la cabeza y luché contra el nudo que se me estaba formando en la garganta–. Iba detrás de ustedes. Nos fuimos de la playa al mismo tiempo…

–¿La playa? –Allie frunció el ceño.

–El cabo donde nos besamos. –Hice una mueca cuando la vi ponerse tensa–. Ahora, no aquella vez. En ese momento, yo quería esperar hasta que habláramos con tus padres, quería hacer las cosas bien, y después todo salió terriblemente mal.

–El cabo. –Le brillaron los ojos al comprender–. ¿Fui esa noche?

–Llegaste tarde, pero fuiste. –Asentí. Dios, tantas veces había querido contárselo, y tendría que haberlo hecho. Malditas fueran las consecuencias. Allie no tendría que haberlo escuchado de boca de Gavin–. Es la misma carretera, así que todo el mundo dio por sentado que ustedes estaban volviendo de la recepción.

–¿Viste el accidente? –me preguntó, apretando los puños.

–No. Desaparecieron al doblar en la curva, unos treinta segundos antes que yo. Para cuando doblé… –Desvié la mirada, y mi cerebro reconoció que estaba ahí, en el muelle, pero mi memoria se esforzaba por convencerme de lo contrario, y me llenó los ojos de

imágenes de metal retorcido y los pulmones, de humo–. Ya habían chocado contra el árbol.

–¿Lina…? –Se le quebró la voz, y volví a mirarla–. ¿Lina estaba viva cuando llegaste? –me preguntó, con un temblor en el labio.

–Sí.

Sentí un dolor en el pecho. Ella había tenido la cabeza girada hacia Allie, el rostro ensangrentado sobre el volante, pero omití ese detalle. Ella no necesitaba tener las mismas pesadillas que yo.

–¿Qué dijo? –Se le llenaron los ojos de lágrimas, y pensé que se me quebrarían las costillas.

–Me dijo que te salvara.

–Pero yo ya estaba a salvo. –Allie pestañeó y negó con la cabeza–. ¿Por qué volvió al auto? ¿Qué estaba buscando?

–¿Por qué volvió? –repetí, con las cejas levantadas–. ¿De qué estás hablando?

–¡Ella volvió al auto!

Allie se levantó del muelle, y yo hice lo mismo. Un escalofrío me recorrió la espalda.

–Recuerdas algo, ¿no?

–¡Sí! –gritó Allie–. Fue mi culpa. –De pronto, se levantó viento, y ella se apartó unos mechones de pelo del rostro–. Lina me sacó del auto, me llevó hasta el terraplén y se sentó junto a mí. –Se me tensaron todos los músculos del cuerpo, pero me quedé callado–. Me apoyó algo en la cabeza para que dejara de sangrar, y después me dijo que esperara, que ya iban a ayudarnos –continuó, totalmente convencida–. Me dijo que me quería, que siguiera mi corazón y que cuidara de lo que dejaba atrás, y luego me guardó el anillo en el bolsillo de la falda. –Mierda. El alma se me escapó del cuerpo. Lina había dicho al menos dos de esas cosas en el cabo, cuando yo había acompañado a Allie al auto–. Pero después me dijo que yo iba a estar bien, y volvió al auto a buscar algo y no pude detenerla. Traté, pero no podía moverme. Dios, mamá se la pasaba gritando que yo me había salvado sola y la había dejado morir. –Negó con la cabeza violentamente–. No pude decirle que la verdad era mucho peor, que no había logrado que ella se quedara conmigo.

–Allie, no fue culpa tuya. Eso no fue lo que pasó. –Negué con la cabeza.

–¡Sí! –Levantó la mano derecha y el anillo destelló a la luz del sol–. ¿Ves?

–Mierda, lo tienes. –Me costaba respirar.

–¿Por qué volvió? –me preguntó Allie, retrocediendo–. Tú estabas ahí, Hudson. ¿Por qué?

–Ella no volvió. Nunca salió del auto. –Bajé los escalones que nos separaban y la sujeté de los hombros para evitar que se cayera–. Y tú no la dejaste morir, Allie. Fui yo. –Listo. Por fin lo había dicho. Ella se sobresaltó–. Fui yo. –Solo le había dicho esas palabras a otra persona.

–No entiendo –me dijo, frunciendo la frente–. Ella me sacó…

–No, cielo. *Yo* te saqué del auto –le dije lentamente, para asegurarme de que me entendiera bien, y ella relajó el rostro–. Cuando llegué, el auto ya estaba prendido fuego. Tuve que hacer muchísima fuerza para abrir tu puerta porque el marco se había doblado en el choque. Lina estaba consciente, y tú estabas mareada. Me dijo que te sacara a ti, que te salvara, y no discutí. Ni siquiera lo dudé. –Le acaricié el rostro y temí que fuera la última vez–. Tú eras… Dios, Allie, tú eras vital para mi existencia. Claro que iba a salvarte.

–¿Fuiste tú? –susurró, mirándome a los ojos.

–Fui yo. –Asentí–. Corté tu cinturón de seguridad con mi cortaplumas, de alguna manera logré sacarte del auto hecho pedazos y te llevé hasta el terraplén. –Incluso después de tantos años, sentía el calor del fuego en la espalda, el peso ligero de ella en mis brazos. Vi sus ojos, que me miraban con total confianza incluso cuando se desenfocaron y ella empezó a sumergirse en la inconsciencia. Me latía el corazón como si todavía estuviéramos ahí, al costado de esa carretera que seguía evitando a toda costa–. Iba a volver corriendo al auto, pero te sangraba muchísimo la cabeza. Te latía la herida, y yo no paraba de pensar que debía ser arterial y me daba terror que te desangraras antes de que nos encontraran. Tú eras mi mundo. No me importaba nada más que tú. –Ni siquiera

Lina–. Te hice sentar, me quité la camiseta y apliqué presión en la herida.

–Fuiste tú. –Esa vez, no fue una pregunta.

–Te dije que te sostuvieras la camiseta ahí, y después me di vuelta para buscar a Lina… –Se me cerró la garganta, y tuve que respirar hondo y tragar saliva antes de terminar mi confesión–. Pero el fuego ya había llegado al tanque de gas y el auto explotó.

–Dios mío. –Allie arrugó el rostro y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Escúchame –le dije, acercándome–. Tú no la abandonaste ni la dejaste hacer nada. Lo que pasó no fue tu culpa. Tus recuerdos son tu mente tratando de protegerte, juntando pedacitos de lo que te dijo Lina en el cabo para regalarte un último recuerdo de ella. Yo soy el que eligió, y te elegí a ti.

–Pero tengo el anillo –susurró.

–Yo te di el anillo en la playa. –Dios, si hubiera sabido que ese era el recuerdo que tenía Allie, habría dicho algo hacía años.

–No.

Allie se liberó de mis manos y dio un paso al costado antes de darse vuelta y comenzar a caminar hacia la playa.

–¡Lina me dio el anillo antes del Clásico! –La seguí y me detuve cuando ella lo hizo, para darle espacio–. Puedes preguntarle a Anne. Ella nos vio en el pasillo y pensó que nosotros estábamos saliendo a escondidas o algo así. Pero Lina me dijo que te diera el anillo.

–¿Por qué haría eso? –me preguntó Allie, volteando a mirarme–. Ese anillo era su herencia.

–Porque… –Ahora era yo el que necesitaba un momento, y Allie se quedó mirándome mientras me esforzaba por encontrar las palabras–. Porque yo estaba enamorado de ti. –¿Cómo podía ser que, de todo lo que tenía que decirle, esa fuera la verdad más difícil?–. Y Lina vio lo que yo pensaba que ocultaba muy bien.

–Solo éramos amigos. –Allie se rodeó la cintura con los brazos.

–Hasta que dejamos de serlo. –Levanté la mano para jugar con la visera de la gorra y, de pura frustración, me la arranqué de la cabeza y la arrojé al océano–. Saber que no recuerdas nada del momento

que quizá fue el más crucial de nuestra vida me atormenta hace diez años.

–¿Tú eres el atormentado? –replicó ella con brusquedad–. Cuéntame qué pasó, Hudson.

–Yo me iba en cuatro días, y Lina me dijo que tomara el anillo y te lo diera, como una promesa de que íbamos a terminar lo que habíamos empezado cuando yo volviera del entrenamiento básico. Me dijo que así tu familia vería que ella te apoyaba, y estaba segura de que tú me elegirías porque tú también me amabas, aunque no te dieras cuenta. –Sentí que me iba a explotar el pecho–. Y tenía razón. Me amabas. Y no lo recuerdas.

–Te elegí a ti en vez de al ballet. –Me escrutó los ojos, como buscando una mentira.

–Me elegiste a mí en vez de a la compañía de tu madre. –Asentí–. Nos elegiste a nosotros. No firmaste el contrato de la Compañía Metropolitana de Ballet en la recepción, y dijiste que ibas a esperar para aceptar un contrato de la compañía que estuviera más cerca del lugar donde me asignaran a mí, y que no te importaba si eso te costaba una temporada, y te amé todavía más por eso. –Hundí los hombros y sentí un vacío en el pecho–. Decidiste volver a la casa de tus padres con Lina para que entre las dos pensaran cómo contárselo. –Exhalé lentamente–. Dejarte subir a ese auto es el mayor arrepentimiento de mi vida.

Allie miró el anillo y luego volvió a mirarme.

–Mi madre me dijo que los paramédicos me encontraron sola, al costado de la carretera.

–Tu madre miente. Lo hace seguido –resoplé, sin molestarme en disimular mi odio–. Me echó a patadas del hospital y me dijo que no volviera.

–¿Y tú le hiciste caso? –me preguntó Allie, con un brillo rabioso en la mirada.

–No, volví al día siguiente, y me dijo que habías despertado y no recordabas nada, y que si seguía insistiendo en descarrilar tu vida, te iba a decir que yo había tenido tiempo de sobra para salvarlas a las dos, pero que había tardado demasiado contigo y había dejado

morir a Lina, y que tú nunca me perdonarías. –El remordimiento me golpeó con la fuerza del océano, como tantas otras veces.

–Y tú te fuiste. Ese es el final de la historia –dijo ella, con una mueca de dolor. Se alejó otra vez, y yo la seguí como siempre, pero me detuve cuando ella se dio vuelta al llegar a la plataforma del cobertizo–. ¡Yo merecía saber la verdad!

–Es cierto. –Asentí mientras las olas rompían debajo de nosotros–. Lo siento mucho. Estuve a punto de llamarte miles de veces, pero cuando por fin me dejaron usar el teléfono en el entrenamiento básico, supe que tenías otro motivo para odiarme, por desaparecer. Y con el paso de los meses y los años, cavé un pozo del que no había manera de salir, así que decidí no entrometerme en tu vida.

–Podrías haber vuelto en cualquier momento y decirme la verdad –me dijo, con la voz quebrada–. Yo dejé un asiento libre para ti durante una década.

Sentí que la sangre abandonaba mi rostro, como si supiera que necesitaba proteger otros órganos mucho más vitales que corrían el riesgo de desangrarse.

–¿Me habrías perdonado? –Di un paso adelante, y ella retrocedió–. El día que te conocí, me dijiste que tus hermanas eran lo más importante para ti, y eso no me importó esa noche. Elegí mis deseos en lugar de tus necesidades y no lo dudé ni un segundo. Tomo decisiones sobre la marcha, siempre fui así, y, por lo general, salen bien, pero esa decisión le costó la vida a tu hermana. ¿Podrías haber superado el hecho de que te saqué del auto a ti y no a Lina? ¿De que yo soy el motivo por el que tú estás viva y ella no? –Allie hizo una mueca de dolor–. Tengo razón, ¿no? –le pregunté, derrotado–. Cada vez que me mires, recordarás que la dejé en ese auto. O pensarás que si te hubiera cargado un par de metros menos, si hubiera tardado menos en frenar tu hemorragia o, bueno, si te hubiera dejado sangrar un minuto más, quizá Lina también estaría aquí. –Allie movió los ojos de un lado a otro mientras reflexionaba–. Y te entendería si no pudieras superarlo, porque yo pienso en eso todos los días. Tú eres cada persona por la que me lanzo al agua. Son cientos, pero todas son tú. Lamento mucho no haber podido salvar a Lina, Allie. Nunca sabrás cuánto lo lamento.

Había esperado diez años para decir esas palabras, aun sabiendo que nunca serían suficiente, y el dolor de tener razón amenazaba con destruirme. Allie se cubrió las manos con las mangas de su sudadera.

–Me dejaste vivir una década con la culpa de pensar que me había salvado yo sola y la había dejado a ella ahí. Incluso si pudiera entender por qué hiciste eso hace diez años, ¿por qué no me lo contaste este verano cuando volví? ¿Por qué me dejaste enamorarme de ti sabiendo que esto…? –Allie negó con la cabeza y desvió la mirada.

Enamorarme de ti. Las palabras me destrozaron. Se me retorció el corazón y luego, sin más, se rompió al comprender lo que había perdido por aferrarme a ese secreto durante tanto tiempo.

–Arruiné todo. Al principio, no quería que Juniper quedara en el medio si tú me odiabas, y después dudaba si podrías soportar otro golpe, y luego me dijiste que lo nuestro sería solo por el verano y que no te dijera nada que pudiera afectar estas cinco semanas. –Hasta a mí me sonó a un montón de mentiras–. Pero, de verdad, no tengo excusa para haber sido tan egoísta. Te recuperé y me aterraba la idea de perderte otra vez.

Listo. Ya le había contado todo.

–Pero elegiste Nueva York como primera opción –observó, ladeando la cabeza–. ¿Me lo ibas a decir en algún momento? ¿O pensabas que nunca me iba a enterar?

–Iba a decírtelo después del Clásico, pero después pasó todo eso –le aseguré–. Iba a decírtelo y a enfrentar a tu madre, para que supiera que ya no podía alejarme de ti. La verdad, me sorprendió que no te lo contara no bien le dijiste que estábamos juntos.

–¿Pensaste que mi madre iba a revelar tu secreto? –Allie rio, pero el sonido se mezcló con un sollozo–. Así, ya no habría tenido poder sobre mí. Por Dios, Hudson, ¿sabes cuántas horas pasé en terapia, tratando de recordar lo que pasó? ¿Preguntándome por qué habría dejado a Lina ahí si yo juraba que ella había vuelto al auto? Y todo este tiempo, ¡tú sabías la verdad! Si me lo hubieras dicho a los diecisiete años, quizá me habría costado aceptar que elegiste salvarme a mí y no a Lina, pero no te habría despreciado. No así. –

Negó con la cabeza–. Y entiendo lo de mantener algunas cosas en secreto. Yo soy experta en eso. Pero saber esta verdad me habría cambiado la vida. Quizá nos habría cambiado la vida a los dos. Y ahora, ya no sé cómo confiar en ti. O cómo confiar en que esta sí es la verdad. Y aun así… me salvaste.

–Allie, es la verdad. –La palabra «desprecio» tomó los restos de mi corazón y los estrelló contra la arena.

–Gracias, Hudson. –Allie miró hacia el agua mientras una ola rompía en la orilla. Contuve la respiración–. Eso es lo primero que te tendría que haber dicho. Gracias. Si no fuera por ti, habría muerto en ese auto junto con Lina. Aunque, si no fuera por nosotros, supongo que ella y yo ni siquiera habríamos estado en ese auto.

–Deja de buscar maneras de culparte a ti misma.

–Te deseo lo mejor, de verdad –me dijo buscando mis ojos con los suyos, llorosos.

–No. No renuncies a nosotros. –Eso era precisamente lo que estaba pasando, y todas las partes de mi ser me gritaban que me aferrara a ella, incluso con mi corazón desangrándose en el muelle–. Podemos superar esto.

–No, no podemos. No se puede construir nada sin confianza. –Allie me miró–. Lo irónico es que yo nunca aprendí a abrirme del todo con nadie, pero contigo estuve cerca. Y quizá si te hubiera dejado entrar, si supieras las cosas que mi familia… –Negó con la cabeza–. Bueno, quizá habrías tomado otras decisiones y no estaríamos aquí hoy. Eso sí es culpa mía.

Allie irguió la espalda y la miré, horrorizado, mientras volvía a ponerse una a una las piezas de la armadura y reconstruía sus paredes.

–¿Qué quiere decir eso? –pregunté, frunciendo el ceño.

–Ya no importa. Y no estoy renunciando a nosotros. Fue una tontería incluso pensar que podríamos haber sido algo más, sabiendo que queremos cosas tan distintas en la vida. Siempre tuvimos fecha de vencimiento, y acaba de llegar –dijo, estampándose esa sonrisa falsa en el rostro–. Pero fue un lindo verano, ¿no? –Lo poco que quedaba de mi corazón dejó de latir–. Adiós, Hudson.

Esa vez, cuando se alejó, no la seguí.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
Allie

MelChelBarra: Alguien más está actualizando la página de la compañía para ver si ya subieron el cambio de elenco?

Entré a la casa hecha una furia, reproduciendo una y otra vez la confesión de Hudson en mi mente, y abrumada por completo ante la enormidad de lo que acababa de revelarme, mientras una parte de mí deseaba que no me hubiera dicho nada. Quizás así habríamos tenido una oportunidad de ser felices. *Te salvó la vida.* Y él había arrastrado esa culpa desde entonces. Pero también me había mentido… o, al menos, me había ocultado la verdad.

Era más fácil lidiar con el enojo, así que, mientras recorría la casa hasta llegar a la cocina, me aferré a esa emoción para sentirme protegida. Sadie movió la cola al verme y luego volvió a masacrar su juguete nuevo. Eva, Kenna y Anne estaban sentadas en la isla de la cocina, desayunando tarde frente a una pila de sobres de papel madera, y las tres se quedaron calladas y me clavaron la mirada cuando me dirigí al refrigerador.

–¿Estás lista para empezar a ver los documentos? –me preguntó Anne–. No hace falta que decidas con qué compañía…

A la mierda. De todos modos, ya no necesitaba planear mi vida en torno a Hudson.

–Voy a firmar con la Compañía Metropolitana. Necesito algo de normalidad en mi vida –dije, y Eva suspiró aliviada.

–Haz esperar a Vasily una o dos semanas –me sugirió Eloise, pelando una naranja–. Que sufra.

–Buena idea. –Tomé una botella de agua del refrigerador.

–No te vi anoche cuando volvimos de la recepción –comentó Kenna, mirándome con perspicacia–. Ni esta mañana.

–No.

Abrí la tapa y bebí media botella de un trago. ¿Cómo iba a explicarles todo cuando ni siquiera sabía con certeza que lo que me había dicho Hudson fuera cierto?

–Bueno, ¿quieres llevarle los papeles a Caroline? –me preguntó Anne. *Anne.* Ella había quedado a cargo del papelerío de la familia.

Me recliné contra la encimera, junto al fregadero.

–Anne, ¿viste a Hudson y Lina la mañana del Clásico?

Eva levantó mucho las cejas, y Kenna y Eloise giraron a mirar a Anne. Ella carraspeó y dejó la cuchara en su cuenco de avena.

–Sí.

–¿Y parecía que se habían reunido en secreto, como si tramaran algo? –Bebí otro sorbo.

–Sí. –Mi hermana asintió lentamente–. Y le dije a él que si te lastimaba, te lo iba a contar. Que esta vez no iba a quedarme callada.

–¿Esta vez? –Solté una risita irónica–. Dios, si alguien me hubiera contado la verdad la primera vez, nada de esto estaría pasando.

–¿Te lastimó? –me preguntó Anne, tensa.

–¿Leíste el informe del accidente? –pregunté yo, sin responderle–. ¿De cuando murió Lina?

La habitación se sumió en silencio.

–Sí. –Anne apoyó las manos sobre su regazo–. Hará un año. Lo encontré en la oficina de papá.

–Y cuando encontraron el cuerpo de Lina, ¿todavía tenía puesto el cinturón de seguridad? –Ladeé la cabeza–. No digo la tela, que seguro se quemó. ¿El metal seguía abrochado? –Anne le lanzó un vistazo a Eva–. Mírame a mí –le dije, tocándome el pecho, y ella soltó un grito ahogado.

–¿Ese es el anillo de Lina?

–Sí. ¿Tenía puesto el cinturón de seguridad? –Necesitaba saberlo.

–Sí –respondió Anne, mirándome a los ojos.

Se me cerró el pecho. Lina nunca había salido del auto.

–Y mi puerta estaba abierta.

–Sí. –Anne se movió en su lugar–. No fue tu culpa, Allie. Ya sé lo que dice mamá, pero solo lo dice por el dolor que siente. Los

detectives dijeron que el marco estaba todo doblado. Fue un milagro que lograras abrir la puerta. Debe haber sido la adrenalina, porque nadie entendía cómo habías podido abrirla estando así.

El enojo. Aférrate al enojo.

–Muy fácil. No fui yo. –Anne levantó las cejas, una pregunta silenciosa–. Tenemos que ir a ver a mamá. Ya mismo.



–Su equipo de asesores se reunió esta mañana, y no es muy buen momento –me advirtió Rachel. Yo ya estaba cruzando el pasillo que daba a la habitación de mamá y Anne se esforzaba por seguirme el ritmo, pero Eva se tomaba su tiempo.

–Nunca es buen momento –repliqué. Las puertas casi no ayudaban a ahogar el sonido de Tchaikovsky.

–¿Seguro no quieres hablar de lo que te pasa? –me preguntó Anne–. Estuviste callada todo el camino.

–No. Prefiero guardármelo hasta ver a mamá.

–Si estás segura… –Rachel giró la manija y entró deprisa delante de mí–. Sophie, tus hijas vinieron a verte.

Entré detrás de ella, y me quedé quieta, observando. Mamá, vestida con un leotardo negro y una falda rosa pastel, estaba bailando. Tenía el lado izquierdo alineado a la perfección, pero su pierna derecha no estaba tan firme. La tormenta que se avecinaba debía estar causando estragos en su rodilla otra vez. No obstante, era innegable que ejecutaba la coreografía con gracia y elegancia. Seguía siendo una bailarina increíble.

–*El lago de los cisnes* –susurró Anne cuando llegó a mi lado.

Asentí y miré los brazos de mamá, admirando las líneas limpias, los dedos extendidos con delicadeza, que a mí siempre me habían costado.

–Todavía le sale el media punta –observó Eva, con un dejo de asombro.

–¿Están seguras de querer interrumpirla? Por lo general, aprovecha este tiempo para descansar antes de las clases de la tarde. –Los dedos de Rachel sobrevolaron sobre el equipo de música, a mi izquierda–. Ayer renunció una empleada, y más temprano se enfureció con dos chicas y les gritó en francés por llegar tarde. Hasta a mí me responde solo con monosílabos, y tiene todo el día ocupado –añadió, apretando la carpeta que tenía bajo el brazo derecho.

–No me molestan los monosílabos –respondí. Di un paso adelante, y mis ojos y los de mamá se encontraron en el espejo.

–Quinta –me ordenó y, con un suspiró de frustración, interrumpió su baile.

–No.

Me quedé quieta a unos metros de ella. La música se detuvo.

–¡Quinta! –gritó.

–Hudson me sacó del auto esa noche, ¿no? –No tenía sentido medir mis palabras.

Anne soltó un grito ahogado por segunda vez en el día.

–Dios mío –susurró Eva.

Mamá dejó caer los brazos a los costados del cuerpo y un brillo furioso se apoderó de su mirada.

–Sí, se reveló el secreto. Te lo voy a hacer fácil –le ofrecí–. Respóndeme por sí o por no. Igual tampoco me interesa escuchar tus excusas.

–Allie –susurró Anne, pero yo mantuve la mirada clavada en mi madre.

–Él me sacó del auto. Se quedó conmigo. Y tú lo sabías. –Me crucé de brazos.

–Rachel, ¿nos das un momento? –preguntó Anne, y la puerta se cerró al instante.

Mamá apretó la boca y se le formaron varias arrugas alrededor de los labios.

–¡Tú lo sabías! –le grité a mamá–. Todos los años que me dijiste que yo había dejado morir a Lina. Todas las veces que me dijiste que yo estaba en deuda con ella porque me había salvado yo sola. ¡Y lo sabías!

–Sí. –Mamá miró por la ventana–. Yo elegí…

–Sí o no, mamá. Nada más –la interrumpí. Me hervía la sangre. Mi madre me había mantenido atada a sus deseos, a sus sueños, durante décadas, sujetándome con pequeñas cuerdas que ella había declarado que eran amor. Pero ahora, yo sabía que estaban hechas de culpa, que me habían transformado en una persona que casi no reconocía, y yo se lo había permitido.

–Ay, mamá –susurró Anne–. ¿Cómo pudiste?

Eva se sentó en el brazo del sillón, a mi derecha.

–Él llegó conmigo al hospital, empapado en mi sangre por tratar de frenar la hemorragia, y tú lo echaste. –Cada verdad rompía una de esas cuerdas, y el latigazo me lastimaba el alma.

–Sí –respondió ella, casi con aburrimiento, y cruzó los brazos.

–Y él volvió, ¿no? –Mis uñas me dibujaron medialunas en las palmas de las manos–. Y tú le dijiste que yo nunca lo perdonaría por no habernos salvado a las dos y que se marchara. Que si no se iba, me ibas a decir que él había tenido tiempo de sobra para salvarnos a ambas, pero que había elegido dejar morir a Lina.

–No puedo creerlo. –Anne se hundió a mi derecha y aterrizó en el borde del sillón, junto a Eva.

–Mierda. –La mirada de mi hermana menor oscilaba entre mi madre y yo.

Mamá levantó el mentón y enfocó la mirada en algo del otro lado de la ventana, mientras las cuerdas seguían rompiéndose una tras otra.

–Pero lo que quisiste decir era que *tú* nunca lo perdonarías. Digo, ¿cómo podías saber que yo no lo perdonaría si nunca me lo decías? –Estaba levantando la voz, pero no me importó. Me aferré a la furia como si fuera un salvavidas.

Ella tragó saliva, tomó la botella de agua y comenzó a beber a grandes tragos. Qué irónico que nuestros ataques de pánico comenzaran de la misma forma.

–Quizá no entiende –susurró Eva.

–Allie, hablar de Lina siempre fue difícil para… –empezó a decir Anne.

–No me importa. –La ira me nublaba la visión–. ¿Por qué, mamá? ¿Porque lo veías a él, a mis sentimientos por él, como una amenaza? ¿Te diste cuenta de que solo me faltaba un año para cumplir los dieciocho y que, entonces, ya no podrías controlarme, que Hudson me daría la fuerza para ser quien yo quisiera en vez de quien querías tú? –Di un paso adelante, pero vigilé la botella por si decidía arrojármela–. ¿O solo querías castigarlo a él, castigarnos a los dos, por haber salvado a la hija equivocada?

–Sí. –Ella me miró a los ojos y, con una sola palabra, me destrozó el corazón.

–Sí, ¿qué? –insistí.

–Él… Lina… –Mi madre negó con la cabeza. Se le tensaron los músculos del cuello y miró más allá de mí, hacia la foto que estaba en la pared–. Él… dejó… a mi hija… ahí.

–¡Yo soy tu hija! –grité, golpeándome el pecho con la mano. Ella hizo una mueca–. ¡Anne es tu hija! –añadí, señalando el sillón–. ¡Eva es tu hija! Tenías *cuatro* hijas, mamá, no una sola. Perder a Lina no te da derecho a quebrarnos a todas para tratar de meter nuestros trozos en su molde. –Crac. Crac. Crac. Algunas cuerdas se rompieron y otras se deshilacharon.

–No.

–Cierto. –Asentí–. No era su molde. Era el tuyo. Tú querías que viviéramos tu sueño, y ni una sola vez nos preguntaste cuáles eran nuestros sueños. ¿Siquiera le preguntaste a Lina si quería quedarse con Juniper? ¿Le ofreciste apoyo? ¿O esa relación fue otra víctima más de tu egoísmo implacable?

–Lina… quería… –mi madre tragó saliva y negó con la cabeza, como si la idea fuera ridícula– al bebé.

–¿Y la obligaste a darla en adopción? –pregunté, con el estómago revuelto.

–Nos podrían haber contado –dijo Anne–. Nosotras la habríamos ayudado.

–Demasiado… débil… para… –Mi madre luchaba por encontrar las palabras–. Yo convertí… a Lina… en bailarina… principal. –Levantó la mano izquierda y la apuntó hacia mí–. Y a ti.

–Tú me convertiste en un despojo agobiado por la culpa que solo disfruta de bailar cuando no está en tu amada compañía. Estas últimas semanas disfruté de bailar por primera vez en *años* –repliqué, echando humo–. Yo nunca quise estar en la compañía. Yo quería irme, bailar en todo el mundo por mi cuenta, y tú me dijiste que se lo debía a Lina. Manipulaste mi culpa para cumplir tus objetivos y me dijiste que tenía que aceptar el contrato de la compañía, que era culpa mía que Lina hubiera salido esa noche, y que la Compañía Metropolitana de Ballet no sería lo que es sin una

Rousseau en el escenario. –La verdad de la última frase se clavó en mi pecho hasta hacerme sangrar–. Tú nos manipulaste a *todas.* Lina ocultó su embarazo y tú sobornaste a Everett para que fuera más fácil abandonar a Juniper. Anne es abogada y usa su título para planear los eventos de la compañía porque todas sabemos que si no bailas, debes apoyar a las que sí, ¿no es cierto? Y Eva… –Me reí–. Eva me apuñaló por la espalda y me robó el papel que habían creado para mí.

Mamá retrocedió y miró a mi hermana menor.

–Te dije que lo sentía –murmuró Eva, hurgándose las cutículas–. Y Vasily ya te devolvió el papel.

–Estoy segura de que no le importa –respondí, ladeando la cabeza hacia mi madre–. Después de todo, nosotras somos partes intercambiables en su pequeña máquina, ¿no? ¿A quién le importa cuál de nosotras está ahí arriba, mientras su apellido sea Rousseau?

–Allie –me advirtió Anne cuando mamá apretó la botella de agua.

–Ustedes… son… Rousseau –dijo ella lentamente.

–Está mucho peor –susurró Eva.

–Se deterioró muy rápido –respondió Anne.

Mamá les lanzó una mirada que destilaba malicia, pero fue la pizca de confusión lo que me dio ganas de gritar. ¿Por qué no podía haber salido todo a la luz el año anterior, cuando podríamos haber recibido respuestas de verdad?

–Estoy empezando a odiar ese apellido.

Odiaba no saber si ella entendía lo que le estaba diciendo, me odiaba a mí misma por no poder parar. Por primera vez, podía decirle exactamente lo que sentía sin miedo a las repercusiones. Pero sin las cuerdas que me ataban a su modelo de perfección, mis emociones salían disparadas con una libertad punzante y peligrosa que no lograba comprender, mucho menos regular. Traición. Vergüenza. Orgullo. Esperanza. Pérdida. Pena. Enojo. Todas luchaban por la supremacía, pero el dolor en mi pecho les ganó a las demás emociones.

–Ese apellido… te hizo… quien eres.

–Tú no me hiciste quien soy, mamá. Tú me destruiste. –Se me llenaron los ojos de lágrimas y me ardió la nariz–. Y quizá podría

perdonártelo si al menos te importara. Pero destruiste a Hudson. Lo pusiste en una posición imposible y arruinaste todas las posibilidades que teníamos de ser felices.

–Él eligió –dijo ella, y tuvo el tupé de encogerse de hombros.

–¡Mamá! –la regañó Anne.

–¡Él eligió! –gritó mamá, y la botella de agua salió volando y golpeó el espejo que estaba a mi izquierda.

–¡Él no eligió nada! –Se me quebró la voz–. Era un niño de dieciocho años y se suponía que tú eras la adulta, se suponía que tú eras mi mamá. Lo convenciste de que yo jamás lo perdonaría. De que toda la vida le echaría la culpa por la muerte de Lina. –Eso era lo que no había parado de pensar de camino ahí, después de dejar a Hudson parado en la playa, con aspecto tan destrozado como me sentía yo–. Él pensaba que ya me había perdido. Claro que se marchó. Era mi mejor amigo, mamá, ¡y yo lo amaba! Lo amaba antes de entender lo que significaba esa palabra de verdad.

–Naranja. –Mi madre negó con la cabeza–. No. –Apretó los puños–. Pasajero. Ese chico… es algo… pasajero.

–No es algo pasajero.

El dolor creció tanto que se me comprimieron las costillas por la presión y se me nubló la vista. No necesitaba recordar qué le había dicho a Hudson cuando se me había declarado en la playa para saber con total certeza cuál había sido mi respuesta. ¿Y ahora? Él protegía ferozmente a su familia, protegía a desconocidos cada vez que se lanzaba al agua, me protegía a mí una y otra vez. Me cuidaba incluso sin que yo lo supiera, me sacaba de mi zona de confort sin cruzar mis límites, me declaraba sus intenciones sin obligarme a decidir. Me decía exactamente lo que quería de mí, de nosotros, y nunca me exigía lo mismo, me daba espacio para descubrirlo por mi cuenta en vez de obligarme a ponerme otra máscara, a interpretar otro papel, a encajar en su idea de perfección. Su sonrisa me derretía el sentido común y sus caricias me prendían fuego, pero era su manera de escucharme lo que demolía todas las paredes que yo había levantado.

–Lo amo –dije las palabras en voz alta y la última cuerda se rompió. Quedé totalmente libre y a la deriva, y eso era aterrador–.

Estoy enamorada de él. –Mi madre resopló–. Quizá tú no puedas comprender esa emoción, pero es cuando estás dispuesta a dar todo por la felicidad de la otra persona. Cuando su sonrisa es vital para el latido de tu corazón. Cuando conoces las partes más retorcidas, oscuras y feas del otro, y no te alejas.

Miré a mis hermanas y vi que estaban tomadas de la mano. Me dio un vuelco en el corazón. No le había concedido a Hudson la misma gracia que siempre les otorgaba a mis hermanas. Él me había ofrecido la verdad, y yo lo había rechazado. Pero había algunas heridas que ni el amor podía sanar.

–¡Lina! –protestó mi madre, abriendo grandes los ojos.

–¿Qué está tratando de decir? –susurró Eva.

–No sé –respondió Anne–. Mamá, ¿qué pasa con Lina?

–Decisión. –Mamá miró el techo y respiró hondo–. Equivocada.

–¡Lina sabía de mi decisión! –Levanté la mano derecha, y sus ojos se clavaron en el anillo como si fuera un imán–. Ella le dio el anillo a Hudson para que me lo diera a mí. Era un mensaje para ti: que yo no te dejaría manipularme como a ella, que yo crearía mi propio camino, que seguiría mi corazón y elegiría el amor.

–Él… decisión –dijo ella, con los ojos cada vez más grandes–. Chica… equivocada.

–¡Mamá! –Eva se levantó de un salto–. Allie, no sabe lo que dice.

–Sí que sabe –respondí–. No tiene problemas de memoria, y no es la primera vez que me deja claro lo que siente. –Sin las ataduras, sus palabras, crueles y feas, cayeron en el espacio que se había abierto entre nosotras, sin poder tocarme. Di un solo paso hacia ella–. Ya me cansé de tratar de demostrarte lo que valgo, de exigirme hasta quebrarme, de hacer trizas mi cuerpo. Me cansé de tratar de ganarme tu aprobación como si fuera un juego en el que tú no paras de alejar la meta. Me cansé. –Dejé caer la mano–. Te quise, te adoré, te idolatré toda la vida, pero ya no quiero tu aprobación. Todo lo que haga de ahora en más será por mí.

Le lancé un último vistazo, luego me di vuelta y caminé hacia la puerta.

–¡Quinta! –gritó ella.

–Adiós, mamá. –Anne se levantó y fue a mi lado.

–Vendré más seguido –prometió Eva, y vino corriendo detrás de nosotras.

–¡Quinta!

Un lienzo pintado se estrelló contra la pared a la derecha. Lentamente, me di vuelta.

–Ah, la hija de Lina baila. Es hermosa, inteligente y tenaz… y talentosa. Eloise y yo le estamos dando clases, y me da mucha esperanza para su futuro saber que tú nunca lo harás.

Anne me tomó la mano izquierda y yo se la sujeté con todas mis fuerzas mientras nos alejábamos de nuestra madre, con Eva detrás de nosotras, para que cupiéramos por la puerta.

–¡Debes mejorar! –gritó mamá.

–Tú debes mejorar como madre –replicó Anne por encima del hombro.

Tomé una bocanada profunda de aire cuando Eva cerró la puerta. Anne se disculpó con Rachel por alterar a mamá mientras se acercaba la doctora Wakefield, y yo me concentré en inhalar por la nariz y exhalar por la boca para no vomitar después de soltar todo. Eva me acarició la espalda.

–Hola, doctora. Bonito moño.

–Gracias. –La doctora se pasó la mano por el cabello negro y brillante–. A veces, me ayuda a encontrarme con tu madre, donde sea que esté.

–Está peor que hace un par de semanas, y mucho peor que en enero –comentó Anne–. Le cuesta más encontrar las palabras. Y cuando logra armar oraciones, son todas entrecortadas.

–Por desgracia, la resonancia muestra una desmejora significativa en esa parte del cerebro –respondió la doctora, asintiendo–. Por suerte, su memoria y su movilidad todavía no parecen estar afectadas, aunque cada vez tiene más exabruptos violentos. Estamos haciendo todo lo posible por mantenerla segura y activa con sesiones de fisioterapia, clases de arte, todo lo que ya hablamos.

–¿Escribe? ¿Lee? –preguntó Anne, y Eva se puso tensa.

–Hace meses no conseguimos que colabore, así que no sé si es incapaz o si solo es terca –respondió la doctora y nos miró una por

una–. Llegado este punto… –Suspiró–. No puedo decir con certeza cuánto tiempo más seguirá siendo ella misma. Ustedes hicieron todo lo que les pidió para prepararse físicamente, pero está avanzando muy rápido.

Le agradecimos y luego nos fuimos despacio, pasando delante de las habitaciones de los otros pacientes, y bajamos por la amplia escalera.

–Hay que reconocer una cosa –dijo Eva cuando llegamos a la planta baja–. Mamá eligió el centro médico más elegante del mundo.

–No es conocido –respondió Anne con una sonrisa triste–. Por eso lo eligió.

Pasamos delante del emblema del Instituto Brookesfield y, al salir, nos recibió la humedad veraniega de agosto.

–¿Te sientes mejor? –me preguntó Anne, buscando las llaves.

–No. –Negué con la cabeza–. No fue una pelea justa.

–Ella nunca fue justa –replicó mi hermana.

–¿De verdad Hudson te sacó del auto esa noche? –me preguntó Eva, enganchando los pulgares en los bolsillos del pantalón.

–Así parece –dije con calma–. Solo lo saben tres personas, ¿no? Lina no está, en mamá no se puede confiar, y Hudson… –Mi garganta amenazó con cerrarse–. Supongo que tendré que confiar en su versión o hacer las paces con el hecho de que nunca lo sabré. Me lo ocultó todos estos años, y no sé si me lo habría dicho alguna vez de no ser por Gavin. –O quizá lo habría hecho si yo le hubiera contado la verdad acerca de mamá.

–Tú lo amas –me recordó Eva amablemente.

–Eso no significa que debamos estar juntos. –Salimos de la acera y pisamos el asfalto.

–Podrías perdonarlo. –Anne entrelazó su brazo con el mío.

–Necesito tomarme un tiempo para pensar en todo. –Los secretos, la culpa y el hecho de que su amor hubiera decidido quién sobrevivió esa noche. Si hubiera sido Gavin el que estaba detrás de nosotras, Lina habría sobrevivido.

–¿Tú? ¿Tomándote el tiempo para analizar todos los resultados posibles antes de elegir el que te parece más seguro? –Eva resopló y se sentó en el asiento de atrás–. No lo puedo creer.

–Tómate todo el tiempo que quieras. –Anne le lanzó una mirada de advertencia a nuestra hermana–. Y lo mismo vale para los contratos. No te preocupes por las fechas. Cualquier compañía te esperará si no estás segura. Hay muchas compañías, pero solo una Alessandra Rousseau. Solo tienes que decidir qué quieres.

–Tú también –le recordé.

Ella asintió, me dio una palmadita en el brazo y caminó hacia el lado del conductor.

Por primera vez en la vida, me sentía libre de verdad, y no tenía ni idea de qué hacer con esa libertad. Sabía lo que quería, pero no podía tenerlo. Eva tenía razón. Iba a elegir la opción que me pareciera más segura, y eso significaba tomar la decisión más coherente. Iba a volver a Nueva York.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
Hudson

FouettéNY92: Tienen que ver el nuevo video de Lnd11te. Cambiaron el elenco y ahora está Alessandra Rousseau otra vez.

Bonitacontutú20: Yo también lo vi! Pero HermanasRousseau4 no publicó nada.

Un taxista le gritó a un peatón mientras yo salía de la cafetería frente al edificio de la Compañía Metropolitana de Ballet. Las aceras estaban tan concurridas como las calles, repletas de autos.

Era difícil imaginarme viviendo ahí, en medio del ruido y de millones de personas, pero si era lo que hacía falta para estar cerca de Allie, me adaptaría. Además, el trabajo seguía siendo el mismo. Quizá no fuera Alaska, pero el océano era igual en todos lados. Y podría pedir que me asignaran a Sitka en tres años.

Tres años no eran nada comparados con todo el tiempo que llevaba amando a Allie. Miré mi reloj y tomé un sorbo de mi café demasiado caro, apartándome para que los otros clientes pudieran salir de la cafetería. Eran las siete y media, y eso significaba que tenía diez minutos para recorrer las dos cuadras hasta el apartamento de Allie antes de que ella se fuera a ensayar. También significaba que llevaba casi veinticuatro horas sin dormir. Pero no importaba. Dormir estaba sobrevalorado. Inhalé ansiedad y exhalé determinación. Me vibró el teléfono, metido en el bolsillo trasero de mi pantalón, y se me disparó el pulso igual que siempre, pero no era ella.

GAVIN

¿Ya la reconquistaste?

Todavía no la vi.

Volví a guardar el teléfono y me zambullí en ese mar de rostros anónimos rumbo al este, al apartamento de Allie. Los últimos cinco días habían sido una tortura. La casa de las Rousseau había quedado vacía, salvo por una ocupante. Allie se había despedido de Juniper. De Caroline. Hasta había pasado por el bar para despedirse de Gavin. Parecía que ella pensaba que las palabras que habíamos intercambiado en la playa eran cierre suficiente para lo que hubiéramos sido. Yo no pensaba lo mismo.

El tráfico se ralentizó cerca de la esquina, y me detuve con las demás personas que hacían su recorrido de todos los días, esperando la señal que nos permitiera cruzar la calle. Me inyecté otra dosis de cafeína y estiré el cuello. Había sido un viaje larguísimo desde Haven Cove, pero valdría la pena. Lo que Allie y yo teníamos no era solo especial, era extraordinario. Lo había sido desde el momento en que nos conocimos. Mi alma gemela. El amor de mi vida. No existía un término adecuado para describir nuestra conexión. Ella existía, y yo era suyo. Y si eso quería decir que tenía que mudarme a Nueva York y suplicarle que me perdonara hasta tener las rodillas en carne viva, eso mismo iba a hacer. Yo no tenía mucha experiencia arrastrándome, pero lo haría con gusto durante el tiempo que hiciera falta. Allie me había amado a los diecisiete años… *No dijo que todavía te ama.* Pero me amaba. Yo lo sabía con la misma certeza que sentía cada vez que bajaba del helicóptero, seguro de que volvería a subir. Entendía a Allie como entendía al océano, con sus ritmos y olas, sus mareas y crestas. Ella me amaba. Lo decía con sus sonrisas y su risa. Lo gritaba con su cuerpo. Lo susurraba en mitad de la noche, cuando me tapaba con una manta y me besaba la frente. Revelaba el miedo que sentía cada vez que trataba de iniciar una pelea innecesaria. Había pasado conmigo cada minuto libre de su tiempo durante el último mes, y yo no me había quejado ni una vez, porque aunque fuera el cuatro por ciento de su día, era el cien por ciento de lo que ella tenía para dar. Y ahora, yo haría lo mismo por ella. Me vibró el teléfono.

GAVIN

Qué lento.
Yo me ocupo de todo aquí en casa. Ve a cumplir tu sueño.

Me terminé el café y lo tiré a la basura. Luego, levanté el teléfono para responder. La luz cambió de color y la gente se apresuró a cruzar. Un perro ladró al otro lado de la intersección y, cuando levanté la vista, me quedé helado en el borde de la acera. Sadie, con un arnés rosa brillante y una correa a juego, trotaba al lado de Allie y movía la cola mientras cruzaban la calle. *Allie.* El corazón me comenzó a latir descontroladamente, y no por efecto de la cafeína. De inmediato, giré, luchando contra la muchedumbre para no perderla de vista.

Sus gafas de sol demasiado grandes le ocultaban los ojos, pero tenía puesta una camiseta entallada color azul, unas mallas y calzado deportivo, y tenía el cabello recogido en un moño alto, lista para ir a ensayar. Mierda, tenía mal sus horarios. Allie se acomodó el bolso gigante sobre el hombro y, del otro lado, divisé a Eva. Bueno, si tenía que arrastrarme delante de su hermana, lo iba a hacer.

–Permiso –dije, y por poco no me estrellé contra un tipo de traje mientras iba contra la corriente, desesperado por no despegar los ojos de ella–. ¡Allie! –le grité, pero no me oyó.

Eva hablaba sin parar, y Allie sonreía al escucharla mientras se acercaban a las puertas del estudio. Me detuve en el borde de la acera y calculé las probabilidades de cruzar en medio de los autos y salir ileso.

–¡Allie! –intenté otra vez, pero mi voz se perdió en el bullicio de la ciudad.

Everett cruzó la puerta y rodeó a Allie con los brazos; luego, la abrazó fuerte y la levantó en el aire. Ella sonreía mientras él la hacía girar, enrollando la correa de Sadie alrededor de los dos, y Eva corrió tras el nylon rosa y lo sujetó para que no se cayeran. Bueno, Everett también podía escucharme suplicar. No me molestaba tener público. Allie rio cuando Everett la dejó en el suelo, y el dolor en mi pecho se intensificó. No necesitaba escuchar su risa, el solo hecho de verla

feliz comenzó a soldar los trozos de mi corazón roto y a ponerlos de vuelta en su lugar.

Después, Reagan también cruzó la puerta, con un arreglo gigante de globos rosados y blancos, y sumergió a Allie en otro abrazo que le arrancó una sonrisa de oreja a oreja. Me vibró el bolsillo y, distraído, tomé el teléfono mientras el grupo desaparecía dentro del edificio de la compañía. Allie estaba en su casa, sana, feliz y viviendo su sueño. ¿Qué derecho tenía yo a entrometerme? ¿A complicarle la vida después de que ella se esforzara tanto por recuperarla? Se asomó una duda, pero la determinación la empujó de vuelta a su lugar. No existía nadie en el planeta que pudiera amar a Allie tan bien como yo. Miré mi teléfono, esperando ver el nombre de mi hermano, y, en cambio, me encontré con la respuesta que llevaba días esperando.

NIELSON

Cómo es eso de que quieres irte de Cabo Cod?

Mis dedos revolotearon sobre el teclado. Ir a Nueva York había sido un gesto impulsivo, pero en la vida de Allie no había mucho lugar para la impulsividad, como lo demostraba el hecho de que hubiera llegado al ensayo incluso más temprano del horario habitual. Cualquier decisión que tomara yo tenía que contemplar lo que era mejor para ella, no solo para mí. Tenía que comprometerme por completo, ser no solo el hombre que ella amaba, sino el que se merecía. Y el hombre que se merecía Allie era igual de motivado que ella, igual de apasionado, igual de considerado. Nosotros estábamos conectados, unidos por el destino o por la suerte, y eso jamás iba a cambiar. Sin importar cuánto tiempo pasara, o si ella jamás me perdonaba por haber guardado ese secreto, yo amaría a Allie Rousseau hasta el día de mi muerte.

Tal como había dicho ella, las olas venían en conjuntos. Ella era feliz en Nueva York, y yo no tenía otra opción más que acompañar su energía. Yo era un soñador que se había enamorado de una soñadora, y había llegado el momento de dejar de soñar y empezar a actuar.

Necesito cobrarme el favor que me debes.



–¿De verdad no vas a decirle nada?

Cuatro semanas después, Gavin estaba sentado en el sillón de mi oficina, mirándome expectante mientras yo empacaba otra caja.

–Nop. –La ausencia de Allie apagaba los colores del cielo, arruinaba el sabor de la comida, eliminaba la paz de una ducha caliente… todos esos viejos clichés se volvían realidad. Todo había perdido el disfrute para mí, y era hora de irme–. La presentación es en menos de un mes, y tiene que concentrarse en eso.

–¿Vas a mudarte y listo? –Gavin estiró la mano para tomar la pelota de béisbol que estaba en la estantería junto a él–. ¿Vas a cambiar tu vida entera sin siquiera hablar con ella al respecto? No me malinterpretes, me parece muy bien que te largues de aquí. Tienes que perseguir tus sueños. Pero sabes que, para que te perdone, tienes que hablar con ella, ¿no? ¿Tienes algún plan?

–En este momento, mi plan es atenderla si me llama…

–¿Desde cuándo eres la clase de hombre que espera? –Gavin volvió a reclinarse en el sillón–. Llámala de una vez. O mejor todavía, ve a su casa y esta vez sí habla con ella.

–Eso es lo que necesito yo –repuse, negando con la cabeza–. Allie necesita tiempo para pensar…

–Ya tuvo un mes –me interrumpió él.

–Sí, bueno… Yo la saqué de un auto en llamas y dejé a su hermana ahí dentro, y luego no le dije nada porque me daba mucho miedo perderla. –Guardé el último libro en la caja y tomé la cinta adhesiva–. Quizá ella tarde más de un mes, o hasta uno o dos años, en pensar en mí sin tener eso en la cabeza. –Y yo no podía culparla–. Quizá nunca me perdone. ¿Por qué crees que pedí ese favor?

–Si yo pude, ella también podrá. –Gavin lanzó la pelota al aire y la atajó–. Tampoco digo que haya nada que perdonar, eh. Actuaste como actúas siempre y, gracias a eso, Allie está viva. Imagina qué habría pasado si hubieras llegado un minuto después. –Cerré los

ojos cuando sus palabras conjuraron unas imágenes espantosas en mi mente–. El tiempo era el enemigo, Hudson. No tú –dijo, y volvió a arrojar la pelota.

–Tú estuviste semanas sin hablarme –le recordé.

–No fueron semanas, fueron meses, y, al final, volví a hablarte.

–Sí, después de llegar a la conclusión de que, si hubieras sido tú, Lina habría sobrevivido. –Otra realidad que me costaba aceptar, incluso pensando en Juniper.

–Lina habría sobrevivido –dijo él, asintiendo. La cinta rechinó cuando cerré la caja–. Pero por más que yo la amara –continuó–, ese amor no era nada comparado al de ustedes. Y yo le dije eso a Allie. Le dije que te dejara aferrarte a ella. –Se frotó el puente de la nariz–. Lo siento, por cierto. No sé por qué dije eso. No fue mi intención contarle lo del hospital.

–Gracias. –Con un marcador, rotulé la caja y la puse a un lado–. Yo se lo tendría que haber contado. Tuve un millón de oportunidades y elegí no hacerlo. Eso es culpa mía, no tuya. Yo soy el que la perdió.

Mi teléfono vibró y empezó a bailar sobre el escritorio, pero lo atajé antes de que se cayera.

BEACHMAN

Vamos al bar hoy a la noche?

Escribí una respuesta rápida.

De acuerdo. Pero no nos quedemos hasta tarde. Mañana viene el camión de mudanzas.

BEACHMAN

Está bien, Cenicienta. Nos vamos a medianoche.

–Ya sé que no estás acostumbrado a suplicar que te perdonen, pero para eso hay que hacer algo –me sermoneó mi hermano–. Sacrificar tu orgullo, o tu ego…

–¡Darle el espacio que necesita es el puto sacrificio! –solté con furia–. Ella está feliz, Gavin. Quizá por primera vez en su vida. Otra vez está triunfando en lo suyo. ¿Crees que no quiero ir a su casa? ¿Irrumpir en su vida y ponerme a su merced? ¿Piensas que fue fácil para mí alejarme de ella en esa calle? ¿Que algo de esto va a ser fácil? Voy a tener que luchar todos los días contra la necesidad egoísta de verla. Voy a estar así de cerca –junté los dedos, dejando solo un centímetro entre ellos– de tener todo lo que siempre soñé y, a la vez, tan lejos que bien podría quedarme aquí y listo.

–De ninguna manera te vas a quedar aquí –dijo él, negando con la cabeza.

–Y por eso me mudo –repuse, señalando las cajas–. Allie prioriza las necesidades de los demás, siempre lo ha hecho, y no voy a dejar que pase eso. Y si eso significa tener que observarla de lejos mientras ella hace su vida sin mí, entonces eso haré, aunque sea una mierda. La amo lo suficiente como para dejarla ir.

–Uf, esa estupidez de «si amas algo, déjalo ir» está sobrevalorada. –Gavin apoyó la pelota sobre el escritorio–. Yo sigo pensando que deberías haberla levantado en la calle hace cuatro semanas, deberías haberla metido en la camioneta y conducido derechito hasta Sitka. Así de sencillo, y vivieron felices por siempre. ¿El lugar de tus sueños? Sí. ¿La chica de tus sueños? Sí. Podrían haber resuelto sus problemas durante el viaje.

–Dejando de lado la parte del secuestro –dije con calma, mientras tomaba otra caja–, ¿querías que la llevara a Sitka, donde no existe la Compañía Metropolitana de Ballet y no puede brillar? Eso sería como mandar al mejor mariscal de campo de la NFL a vivir a Hawái.

–En Hawái no hay ningún equipo de la NFL –me dijo Gavin, mirándome como si fuera un loco.

–Exacto. Yo jamás le haría eso a ella. Su lugar es Nueva York. –Arrastré la cinta por la parte inferior de la caja–. ¿Podemos hablar de otra cosa?

De pronto, se abrió la puerta, y miré por encima del hombro cuando entró Juniper, seguida de Caroline, que sostenía una fuente.

–Cielo, ¿puedes llevar esto a la cocina?

–Sí. –Juniper nos saludó con la mano y salió disparada con el recipiente de vidrio.

–Bueno, traje lasaña. –Caroline colgó su bolso del perchero–. La tienes que mandar al horno a ciento… –Miró a Gavin con cara de sorprendida–. Por favor, dime que lo estás ayudando a empacar y no estás sentado ahí sin hacer nada, como si nuestro hermano no se mudara pasado mañana.

–Los de la Guardia Costera van a enviar ayudantes para la mudanza –respondió él, encogiéndose de hombros.

–¡Levántate! –le gritó Caroline–. Ya mismo. Toma una caja y ponte a empacar.

–Qué mandona –protestó él, pero se levantó del sillón.

Ni siquiera traté de disimular la sonrisa. Eso era lo que iba a extrañar. Las discusiones y las risas. Ver crecer a Juniper y tratar de descubrir cuál era su próximo plan para poder estar un paso adelante. Iba a extrañar a mi familia. Íbamos a visitarnos, pero no sería lo mismo.

Levanté la mirada y observé el mapa de Alaska sobre mi escritorio. Para algunos sueños, había que actuar, pero para otros había que esperar, y eso era lo que iba a hacer yo. Esperar. Abrí la gaveta y encontré la foto con Allie que Juniper se había robado del ático a principios del verano. Se me partió el pecho al medio o, al menos, así se sintió. ¿Cómo diablos podía amarla así, necesitarla como al aire, y no estar con ella? ¿Cómo podía desperdiciarse un amor como el nuestro? Allie me amaba y yo la amaba a ella, y eso no alcanzaba. El tiempo era mi única esperanza de recuperarla. Me guardé la fotografía en el bolsillo de atrás y empaqué las demás cosas de la gaveta.

–No puedo creer que te vayas –murmuró Caroline, mientras empacaba libros a una velocidad que me hizo dudar de mi propia ética laboral–. O sea, sí puedo. Me pone feliz por ti. Te mereces que te pasen cosas buenas. Dame la cinta. –Estiró la mano. Sorprendido y un poco asustado, se la di. Miré mi teléfono. Ella llegaría en cualquier momento. Perfecto–. Y nosotras vamos a estar bien –continuó. Cerró la caja con cinta y se la pasó a Gavin–. Haz algo útil y rotúlala. Y no, no es gracioso que pongas «porno».

–Qué aguafiestas. –Gavin esbozó una sonrisa burlona y procedió a escribir «porno» al costado de la caja.

–Creo que Tanner ya está listo para quedar a cargo de la cafetería por las noches. –Caroline llenó otra caja, y yo me puse a vaciar la siguiente gaveta para que no me gritara a mí también–. O sea que Juniper no va a necesitar una niñera después del colegio.

–¡O puedo quedarme yo sola! –exclamó la niña desde la sala de estar.

–Eso no va a pasar. –Caroline negó con la cabeza.

–También podrías aceptar ayuda –le sugerí, y vi el auto que estaba estacionando en la entrada. Si algo se podía decir de esa mujer, era que era muy puntual.

–No voy a obligar a mamá y papá a que vuelvan aquí –repuso Caroline, señalando a Gavin con la cinta–. Y no voy a renunciar a la cafetería. Tenemos una relación amor-odio, pero es mía y… ¿de verdad escribiste eso en la caja? Te dije que no lo hicieras.

–No digo que tengan que volver mamá y papá. Y mucho menos digo que dependas de este tipo. –Señalé a Gavin.

–Qué grosero –murmuró él.

–La verdad no ofende –repliqué, y salí de la oficina–. Solo digo que en tu vida y en la vida de Juniper hay lugar para más personas que pueden quererlas y apoyarlas, si tú se lo permites. Lo más probable es que descubras que tú también les estás haciendo un favor. –Tomé la manija.

–¿Y de quién quieres que dependa, Hudson? –me preguntó mi hermana, apoyándose en el marco de la puerta.

–Llegas en el momento justo. No te das una idea –dije al abrir. Ni tampoco de lo mucho que me dolía verla. Pero era lo mejor para todos, y ella me había prometido que no le contaría nada a Allie.

–Eso intento –dijo ella, acomodándose un rizo detrás de la oreja y haciendo equilibrio con una caja de suministros de embalaje en la cadera al entrar. Apoyó la caja en el suelo, fue directamente hacia mi hermana y le extendió la mano–. Hola, Caroline. Tanto tiempo.

Ella la miró y, con expresión recelosa, le estrechó la mano.

–Hola, Anne. Pensé que habías vuelto a Nueva York con tus hermanas.

–Decidí quedarme y retomar mi carrera legal aquí, de a poco. Estoy muy oxidada.

–¡Tía Anne! –Juniper salió corriendo de la sala de estar, pasó junto a mí y se estrelló contra ella.

–Hola, Juniper. –Anne la abrazó–. Vaya, te extrañé mucho.

De inmediato, la niña comenzó a contarle a Anne todos los detalles de su primera semana tomando clases con Madeline y de su profesora nueva, que no sabía si se acercaba siquiera al nivel de Eloise, pero igual le daría una oportunidad. Yo me quedé a un costado, mirándolas mientras Caroline reía. Sí, iban a estar bien, y eso era lo único que importaba.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
Allie

Danziela: Guau, estás preciosa! No veo la hora de ver la presentación en dos semanas.

–¡Buenos días, Allie! –Jennifer, una de las nuevas integrantes del cuerpo, me saludó alegremente al pasar junto a mí en el pasillo–. ¡Hola, Sadie!

–Buenos días, Jennifer –respondí.

Me envolví la muñeca con la correa de Sadie y tironeé de los bordes deshilachados de mi sudadera negra y gastada para taparme las manos mientras me abría paso en medio de la multitud de bailarines que se dirigían a clase. Yo ya tendría que haber estado ahí, haciendo el calentamiento y guiando al resto adelante de todo, como esperaba Vasily, pero la única condición que me había puesto él para permitir la presencia de Sadie en el estudio era que ella se quedara en la oficina de Kenna mientras yo estuviera ahí, y eso no era ningún problema, porque Kenna la adoraba.

–No llegues tarde –me dijo Everett, y me dio un beso rápido en la mejilla antes de irse, apresurado.

–Siempre llega tarde –murmuró Charlotte lanzándome una mirada asesina y fue tras él, con su séquito de chismosos siguiéndola–. Parece que si eres una Rousseau, no importa.

Tensé los hombros, pero esbocé una sonrisa simpática, como esperaría Vasily de uno de los miembros más importantes de la compañía. Estar de regreso ahí era fácil, normal, y caí en la rutina con la misma facilidad con que caí en el hábito de usar las máscaras que había dejado ahí hacía cinco meses. De hecho, hacía seis semanas que había vuelto, y sentía que jamás me había marchado. Y eso era parte del problema.

La compañía era la misma, pero yo no. Donde antes había visto perfección y excelencia, ahora veía suciedad y engaño. El lugar estaba bañado en oro y, después de rasquetear la superficie prístina y ver lo que de verdad había debajo, había perdido su brillo.

O quizás nada brillaba de la misma manera ahora que no veía la sonrisa deslumbrante de Hudson. Respiré para superar el pinchazo de dolor que sentía cada vez que pensaba en él, que era más o menos cada un minuto, a menos que estuviera bailando. Había pasado más horas en el estudio tratando de esconderme de mi corazón roto de las que había pasado entrenando para recuperar mi papel. Un momento después, apareció Eva, que salió rápidamente del vestuario del cuerpo cuando me acerqué. Al verme, frunció la frente con preocupación.

–¿Quieres que lleve a Sadie con Kenna así puedes ir?

–No. –Negué con la cabeza y le sonreí a mi hermana, pero me di cuenta de que la sonrisa no llegaba a mis ojos–. Llegaré cuando llegue.

–Está bien –dijo, y pareció más preocupada que antes.

Le apreté la mano para que se quedara tranquila y la dejé ir. A mí no me importaba llegar tarde. Sí, les caería mal, pero nadie iba a hacer nada al respecto. En cambio, si Eva llegaba tarde… Bueno, no valía la pena correr ese riesgo.

Los bailarines pasaban apresurados junto a mí, esforzándose por ganarle al reloj y llegar al estudio antes que Eloise. Al poco tiempo, el pasillo quedó despejado. Sadie y yo pasamos junto al último de los vestuarios, entramos al vestíbulo y descendimos hasta el tercer piso. Salimos cerca del centro de rehabilitación, y Sadie movió la cola cuando nos acercamos a la entrada de la oficina de Kenna.

–Alessandra –me llamó Maxim del otro lado del pasillo.

Tan cerca. Había estado tan cerca de no tener que lidiar con él, o con su padre, esa mañana. Cada vez que los veía, pensaba en Juniper, y sentía tanta furia que casi se derrumbaba mi fachada civilizada.

–¿En qué puedo ayudar? –le pregunté, con la mano en la manija de la puerta.

–Te está buscando Sienna. –Cuando arqueó una ceja, lo vi idéntico a su padre–. Tienes que firmar el contrato.

–Voy a ver si me hago el tiempo de pasar por su oficina antes de irme.

Le sonreí y le di la misma respuesta que daba todos los días desde mi regreso. Ni que necesitara el dinero.

–Asegúrate de hacerlo. No nos deja tranquilos que estés aquí sin contrato. –Maxim entrecerró los ojos y se movió para interponerse entre la puerta de Kenna y yo, pero retrocedió cuando vio que Sadie ya estaba ahí–. Faltan dos semanas para la presentación, y mi padre quizá haga algunas concesiones contigo por el cariño que le tiene a tu madre, pero tu negativa a firmar es tan notoria como las propuestas que te siguen llegando a la oficina.

–Entendido –respondí, con la sonrisa intacta–. Con permiso. Voy a llegar tarde a la clase.

Él soltó un suspiro de fastidio, se dio vuelta y se dirigió hacia los ascensores. Yo llamé a la puerta de Kenna dos veces y, cuando me dio permiso, entré.

–Buenos días, Sadie. –Mi amiga se inclinó y le frotó las orejas a la perra. Luego, me miró de arriba abajo, evaluándome, su nueva costumbre desde hacía seis semanas–. ¿Dormiste algo anoche?

–Un par de horas. –Solté la correa de Sadie y, de inmediato, ella fue trotando a la cucha que Kenna tenía bajo la ventana–. ¿Y tú?

–Matthias estuvo en casa, así que dormí poco y nada –respondió ella con una sonrisa. Luego, caminó hacia su escritorio y tomó una pila de sobres–. Me los llevé del escritorio de Sienna antes de que los viera Vasily. Son propuestas de –ladeó la cabeza y leyó las direcciones de los remitentes– Atlanta, Sídney, París, Vancouver, y otra vez… San Francisco. –Analizó el peso de los sobres–. Y no parecen contratos.

–Son propuestas para papeles específicos –dije. Di unos pasos y me senté en el borde del escritorio.

–De forma independiente –observó Kenna–. Toda la diversión y ninguna de las políticas. Llegas, bailas y te vas. –Me entregó la pila de sobres–. Estoy empezando a pensar que *quieres* que Vasily los vea.

Miré los sobres. Ya se había corrido la voz de que yo me negaba a firmar, y a las propuestas en papel se les sumaban las que detonaban mi casilla de correo electrónico. De pronto, una punzada de tristeza me invadió, se instaló en mi pecho y me impidió respirar.

–Odio este lugar –susurré.

–Ya lo sé. –Kenna se sentó a mi lado.

–Lo extraño a él, y odio este lugar. –Hundí los pulgares en la pila de sobres, que quedaron marcados–. Sí, me ocultó la verdad, pero yo le hice lo mismo a Caroline. Todos hicimos cosas malas pensando que era por un buen motivo, pero él es el único que recibió un castigo.

–A ti te sale muy bien lo de castigarte a ti misma –dijo Kenna–. Podrías dejar de autoflagelarte y llamarlo de una vez.

–¿Después de seis semanas de silencio? –Negué con la cabeza–. Seguro me odia por haberlo dejado así.

–Lo confrontaste por sus mentiras y terminaste la relación en la fecha que habían acordado. No te acostaste con su mejor amigo, Allie. –Kenna tamborileó los dedos sobre el escritorio–. Ese hombre está enamorado de ti. Si ese amor sobrevivió a una década separados, seguro que seis semanas no le hicieron ni un rasguño.

Miré la pared, repleta de los títulos y premios de Kenna, y luego miré por una de las ventanas hacia el área de rehabilitación, donde había dos miembros del cuerpo entrenando. Era el círculo vicioso de la danza: lesionarse, recuperarse, volver. Y yo estaba metida en él.

–¿Y de qué sirve que lo llame? –Me encogí de hombros–. Uno de los motivos por los que me alejé es que él odiaría estar aquí. –Ni siquiera estaba segura de que volver a casa con Hudson por las noches fuera a mejorar ese lugar, pero al menos yo sería feliz diez horas del día, aunque ocho de ellas estuviera durmiendo.

–Igual que tú –replicó Kenna–. Lo que estás haciendo no es vivir, Allie. Estás… respirando, nada más. Y te quiero, pero no tengo tiempo para que vengas a lamentarte a mi oficina, mucho menos cuando la solución está a una llamada o un viaje de distancia. Podrías ser feliz en los próximos diez minutos si volvieras a tu camarín, levantaras el teléfono y lo llamaras. Pero insistes en sufrir y en obligarnos a todos a presenciarlo. Me… decepcionas. ¿Por qué

eres valiente cuando se trata de los demás, pero no cuando se trata de ti misma?

–Dime lo que piensas de verdad –le dije, levantando las cejas.

–Pienso que hay un motivo por el que no firmaste el contrato y, hasta que no estés lista para hablar de eso, el resto son puras quejas. –Kenna tomó una carpeta del escritorio–. Y con gusto te escucho quejarte mientras nos tomamos unas margaritas, pero mi madre va a matarte si llegas tarde otra vez, así que o te vas… –me miró a los ojos– o te vas.

Sí. Eso. Se me hizo un nudo en el estómago.

–Tengo mi propio papel –solté–. Es *el* sueño. No abandonas el sueño.

Pero Kenna tenía razón. Había un motivo por el que me negaba a firmar. Me había esforzado tanto para volver a la compañía, y ahora, lo único que quería… era irme. Quería a Hudson. Que me diera miedo admitirlo no iba a cambiar el hecho de que con él era más feliz de lo que jamás había sido arriba de un escenario.

–Sí, si el sueño cambia. –Kenna se acomodó la carpeta bajo el brazo–. Los sueños no son eternos, Allie. Evolucionan. Cambian.

–Vasily me mataría si renunciara dos semanas antes de la presentación –repuse, con el corazón latiendo deprisa.

–Que se vaya a la mierda Vasily –dijo ella, encogiéndose de hombros.

–Eva necesita…

–Madurar. –Kenna empezó a caminar hacia la puerta que daba al gimnasio.

–Pero tú… –Negué con la cabeza.

–Yo estoy de maravillas. Tengo una carrera que amo, un hombre que me vuelve loca, un cerebro privilegiado y una colección envidiable de carteras de diseñador. Tienes que dejar de esconderte detrás de lo que quieren los demás, porque solo tú eres responsable de tu felicidad. Quizá hayas mandado al diablo a tu madre, pero sigues viviendo la vida que ella eligió para ti.

–Todavía amo bailar –protesté, apretando fuerte los sobres.

–Esa pila que tienes en la mano dice que no hace falta que estés aquí para bailar. Allie, puedes tener *todo* lo que quieres si dejas de

ponerte trabas a ti misma. –Kenna tomó la manija debajo del panel de vidrio de la puerta, respiró profundamente y me dedicó una sonrisa triste–. Voy a ir a trabajar de lo que amo, y espero que tú hagas lo mismo. No quiero verte en esta oficina cuando vuelva. Vete, Allie. Sé feliz.



Ocho horas y media después, estaba parada en el porche de Hudson con Sadie, llamando a la puerta. Volví a llamar. Respiré para vencer las náuseas, sujeté fuerte la correa de la perra y toqué timbre. Ella gimió.

–Seguro está en el trabajo –le dije.

Le rasqué la cabeza a la perra y caminé hacia la ventana más cercana. Así no era como me había imaginado mi gran gesto romántico. Había alquilado un auto, había conducido hasta ahí con una cantidad obscena de equipaje, y él no estaba en casa. Apoyé las manos en el vidrio y me incliné para ver dentro de la casa. Me dio un vuelco el estómago. Estaba vacía. No estaban las estanterías. No estaba el sillón de cuero. No estaba el mapa enmarcado. Solo los suelos de madera y las paredes desnudas. Dios. Sentí una oleada de pánico mientras me alejaba. ¿Dónde podía estar? Él no se habría mudado con Caroline… *Caroline.* Ella debía saber dónde estaba. Metí a Sadie en el asiento trasero de la camioneta que había alquilado, conduje derecho hasta la cafetería e ignoré las miradas de reojo de algunos lugareños cuando entré con la perra. De inmediato, vi a Caroline detrás del mostrador.

–¿Dónde está? –le pregunté, yendo derecho al medio de la cafetería.

Ella me miró, igual que el hombre joven que estaba a su lado, al que parecía estar capacitando, y abrió los ojos azules de par en par.

–¿Allie?

–¿Dónde está? –Me detuve al otro lado del mostrador al estilo de los años cincuenta–. Empaqué todas mis cosas, me fui de mi compañía, alquilé un auto y conduje hasta aquí, y su casa está vacía. –Sentí que se me empezaba a cerrar la garganta, y arqueé el cuello.

–Me preguntaba cuándo ibas a venir –dijo Caroline–. Tanner, ¿le puedes servir un vaso de limonada a Allie?

El joven tomó un vaso de debajo del mostrador y, a los treinta segundos, yo estaba bebiendo a toda prisa, como si mi vida dependiera de ello.

–Gracias –dije después de tomar medio vaso–. ¿Cómo está Juniper?

–Muy bien –me respondió Caroline, con mirada más dulce–. Seguro le encantaría verte. Justo está en tu casa con Anne. Podrías habernos avisado que vendrías.

–Ya lo sé. –Asentí y sujeté un poco más fuerte el vaso–. Pero pensé que iba a ser más emocionante sorprenderlo, y después hablar de las mil razones por las que no deberíamos estar juntos, para luego volver al único motivo por el que sí deberíamos, que es que… somos el uno para el otro. –Hice una mueca–. En mi cabeza sonaba mejor. Mira, ya sé que me odias por meterme en la vida de Juniper y que no soportas a mi familia ni a mi apellido, pero yo tampoco. Cada vez que alguien lo dice, ahora solo pienso en mi madre. Y estoy segura de que hay un millón de personas con las que preferirías ver a Hudson antes que…

–¿Amas a mi hermano? –me preguntó, interrumpiendo mi perorata.

Me sobresalté y le lancé un vistazo a Tanner, que nos estaba mirando como si yo necesitara atención médica. Ahí fue que me di cuenta de que me estaba escuchando toda la cafetería. Genial.

–Creo que eso es algo que Hudson merece escuchar primero.

–Yo no te odio, Allie –me dijo Caroline tras asentir–. Aunque estaba furiosa con todos ustedes por no contarme lo de Juniper, nunca te odié. Pero qué lástima que hayas venido hasta aquí.

Sentí un vacío en el estómago y traté de controlar mi expresión, de aferrarme a algún vestigio de dignidad, pero había dejado todas

mis máscaras en Nueva York, y ahora solo quedaba… yo.

–Es demasiado tarde, ¿no? Esperé demasiado tiempo y lo perdí.

Me ardían los ojos, pero me negaba a llorar. Por más que tuviera que recoger los trozos de mi corazón del suelo de linóleo, no pensaba llorar delante de Caroline.

–Ay, Allie. –Ella salió del otro lado del mostrador y me dio la mano, con correa y todo–. Podrías tener noventa años e igual no sería demasiado tarde para Hudson. Me alegra mucho que uno de los dos haya entrado en razón. Claro que te voy a decir dónde está. Solo decía que era una lástima que hubieras venido hasta aquí porque condujiste para el lado equivocado.

Casi dejo caer el vaso.

–¿Qué?

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE
Hudson

FouettéNY92: Mejor fíjense en la página porque parece que otra vez cambió el elenco. La compañía está hecha un desastre.

Tres semanas y media después de desempacar la última caja, pensé en Allie al pasar por Swan Lake, el lago de los cisnes, camino a lo que ahora era mi hogar. No era que solo pensara en ella cuando pasaba por el lago. No, pensaba en ella cuando desempacaba, cuando caminaba por los senderos detrás de mi casa, cuando me despertaba, cuando estaba en el trabajo, y cada segundo que estaba en la cama antes de quedarme dormido. El único momento en que no pensaba en Allie era cuando estaba en el agua, y por eso me ofrecía de voluntario para cualquier tarea. Recién llevaba veintisiete días ahí y ya me había ganado la reputación de ser imprudente, pero seguro que esa información había llegado junto con mi expediente.

Me dolía el cuerpo cuando me metí con el auto en el largo camino de entrada que seguro me haría odiarme por haberlo elegido cada vez que tuviera que quitar la nieve en los meses venideros, pero me encantaba la privacidad de mi casita en el bosque. Por primera vez en años, sentía que mi vida era mía otra vez.

Fruncí el ceño al ver una camioneta roja estacionada justo delante del garaje. La patente era de Massachusetts. Gruñí y estacioné el auto detrás. Por más que extrañara a Juniper y Caroline, no tenía ganas de recibir una visita sorpresa, ni de compartir mi espacio con Gavin o hacerles un tour a mis padres por un pueblo que ni siquiera yo conocía muy bien todavía. Ni que hablar de que se suponía que a la mañana siguiente debía tomar un avión.

–Por Dios, ¿no saben usar el teléfono? –murmuré.

Cuando bajé de la camioneta, mis músculos protestaron por las horas que había pasado en el océano furibundo, pero me guardé las llaves en el bolsillo y subí los escalones hacia el porche panorámico de color rojo que me había hecho enamorarme de la casa a primera vista. No había nadie esperándome en la puerta principal, así que fui hasta el fondo. Y ahí dejé de respirar y pestañeé para asegurarme de no estar alucinando.

–¡Muy bien!

Allie, de espaldas a mí, tomó la pelota de la boca de Sadie y la arrojó al patio trasero. La pequeña *golden retriever* bajó corriendo los escalones y fue tras su objetivo. Mi corazón saltó de alegría al escuchar su voz y comenzó a latir con fuerza cuando reconocí la sudadera andrajosa y desgastada que tenía puesta ella.

–¿Allie? –pregunté en voz baja, como si fuera un fantasma y, si yo hablaba muy fuerte, fuera a desaparecer.

Ella se sobresaltó y se dio vuelta, con la mano sobre el logo de Rip Curl que le adornaba el pecho.

–Dios, Hudson, ¡me asustaste!

–¿Yo te asusté a ti? Esta es mi casa.

La miré de pies a cabeza, prestando atención a todos los detalles que había extrañado durante los últimos dos meses. No noté ningún cambio notorio, pero, por algún motivo, se veía mejor que antes. Más sana. Tenía las mejillas sonrojadas por el frío, ya no tenía ojeras y le brillaban los ojos, pero, cuando me miró, hizo girar el anillo de Lina con nerviosismo. Aunque me doliera admitirlo, dejarme le había sentado muy bien.

–Bueno, sí. –Allie se acomodó el pelo sobre el hombro y Sadie subió corriendo las escaleras, moviendo la cola. Allie tomó la pelota y volvió a arrojarla, con el mismo resultado–. Pero llevo un par de horas aquí, así que me sorprendiste, nada más.

–¿Horas? –¿Qué diablos estaba pasando?–. ¿Estás bien? ¿Pasó algo?

–Estoy bien –me aseguró, con una sonrisa temblorosa–. Y creo que en casa todos están haciendo lo mismo que cuando me fui, hace una semana. Espero que no te moleste que Caroline me haya

pasado tu dirección. –Hizo girar el anillo de Lina y respiró hondo–. Hudson, mi madre no está dando clases en una academia exclusiva.

–¿No? –El cambio de tema me sorprendió, pero le dediqué toda mi atención.

–No. Tiene demencia frontotemporal con afasia progresiva primaria. Está hace como dos años en el centro médico que eligió, y Anne se encarga de todos sus asuntos. No lo sabe nadie, solo Anne, Eva, Eloise y Kenna, y Caroline… Se lo dije para que le hicieran estudios a Juniper para ver si tiene el gen. Nosotras tres no lo tenemos, pero Lina murió antes de que mi mamá se enfermara. Y ahora lo sabes tú. Pero bueno, la última vez que salió del centro fue para la presentación de *Giselle* y, desde entonces, viene deteriorándose bastante rápido.

–Mierda, Allie. –Se me rompió el corazón al saber que llevaba tanto tiempo lidiando con eso–. Lo siento mucho.

–Gracias –dijo, haciendo girar el anillo otra vez–. Está bien. O sea, no está bien, pero llegado este punto, ya lo acepté, y me pareció que contártelo era el primer paso para dejarte entrar. Del todo.

–Del todo –repetí, con la cabeza dando vueltas, tratando de asimilar la idea de que ella estaba ahí, que me estaba contando cosas sin que tuviera que sacárselas con pinzas.

–¿Sabías que lleva una semana conducir hasta aquí? –me preguntó ella.

–Sí –dije lentamente–. ¿Por qué viniste desde Massachusetts?

–Porque ahí es donde compré la camioneta –me dijo, con la misma lentitud que yo–. ¿Te diste cuenta? Es el primer auto que me compro. Es rojo. –Sonrió con más ganas.

–Sí, me di cuenta. –Di dos pasos hacia ella y metí las manos en los bolsillos para contener las ganas de tocarla–. Pero ¿por qué viniste? ¿Y qué vas a hacer con una camioneta en Manhattan?

–No quería que Sadie viajara en avión –me dijo, ya sin sonreír, y bajó la mirada–. Y me daba miedo llamarte y que me dijeras que no viniera. Así que compré un auto y conduje hasta aquí. También tomamos el ferry.

Esa vez, cuando Sadie volvió corriendo, yo le arrojé la pelota después de rascarle las orejas.

–Las posibilidades de que te dijera que no vinieras eran nulas, y menos que nulas si me hubieras llamado.

–Tendría que haberte llamado –me dijo con calma–. Mira, si estás ocupado o si estás esperando a alguien…

–¿Esperando a alguien? ¿Como si hubiera superado lo nuestro en estos meses? ¿Como si existiera otra persona en este planeta que pudiera ocupar tu lugar? –Le levanté el mentón para poder mirarla a los ojos–. ¿Eso hiciste tú? ¿Volviste a Nueva York y trataste de reemplazarme?

–Claro que no. –Allie entrecerró los ojos y sacudió el mentón para soltarse–. Acabo de conducir hasta aquí desde la Costa Este. No me parece que eso vaya de la mano con tener novio.

–Por Dios. –Me arranqué la gorra azul de la cabeza, la doblé y la metí en el bolsillo trasero del pantalón–. Ayúdame un poco y dime qué estás haciendo aquí, cielo, porque estoy a treinta segundos de llevarte a mi habitación y cumplir con el plan de tenerte por siempre en mi cama.

–Me parece una gran idea.

–¿Estás bromeando? –pregunté, retrocediendo un paso.

–Tengo ganas de hacer muchas cosas contigo, pero bromear no es una de ellas. –Una sonrisa asomó a sus labios, y supe que estaba perdido.

Tres pasos después, la tenía contra la pared, con mis manos en su pelo y mi lengua en su boca. La besé como si la hubiera estado pensando cada segundo desde que se había marchado, dando todo de mí para robarle el aliento.

Ella me atrajo hacia sí y se entregó al beso, ladeando la cabeza de esa forma que me decía que la besara con más ganas, así que eso hice. Allie tenía sabor a limonada y playa, a días calurosos de verano con noches aún más calurosas, y gruñí al sentir que por fin estaba en casa. Quería sentir su piel desnuda bajo las manos, sus muslos suaves apretándome las caderas… Arranqué mi boca de la suya y retrocedí para poner un poco de espacio, muy necesario, entre nosotros, y noté que Sadie se había cansado de esperarnos y estaba acurrucada muy felizmente junto a la puerta.

–¿Por qué paraste? –Allie se alejó de la pared.

–No. –Levanté la mano–. Quédate ahí hasta que me digas por qué viniste.

–Cierto. –Allie metió las manos en los bolsillos de sus pantalones, que resaltaban todas sus curvas, y mi determinación flaqueó bastante–. Vine porque te deseo.

Me sujeté al barandal del porche y le rogué a mi cuerpo que obedeciera y se quedara quieto.

–Vas a tener que ser un poco más específica, porque es un viaje demasiado largo solo por un par de orgasmos. –Me negaba a ilusionarme, mucho menos sabiendo que quedaba destrozado cada vez que ella se alejaba. Si era solo una visita, necesitaba saberlo.

–¿Qué más necesitas saber, si mi auto está que explota con todas mis pertenencias, Hudson?

Sí. Y así de fácil, mi boca estaba sobre la suya de nuevo. La necesidad me recorrió la espalda como un tren enloquecido, y la besé una y otra vez, mordiéndole el labio inferior, luego succionándolo, antes de volver a lamerle la boca para trazar las curvas de sus labios. Dios, la había extrañado. La necesitaba. La amaba. Allie no era una ola ni un pilote: era el océano entero, tan hermosa como insondable. Pero yo quería pasar el resto de mi vida tratando de descifrarla. *Mierda.* Dejé de besarla y retrocedí otra vez, pero no había espacio suficiente en ese porche –mierda, ni en todo el mundo– para alejarme de ella cuando me decía esas cosas.

–Tendrías que estar en Nueva York, ensayando para un ballet que crearon para ti, que se supone que se estrena mañana a la noche.

–Sí. –Allie asintió y me miró los labios–. Pero no estoy ahí, porque quiero estar aquí contigo.

–No. –Negué con la cabeza–. Eso no tiene sentido. Ninguna persona renunciaría a un papel creado especialmente para ella. Hasta saqué un pasaje para viajar mañana y todo.

–¿Ibas a venir a verme? –me preguntó, con una sonrisa que me derritió el corazón.

–Claro que iba a ir a verte. No me iba a perder la función inaugural. La función inaugural que tú te vas a perder. Y no me mires así.

–¿Así como? –Allie dio un paso hacia mí–. ¿Como si te deseara y por fin hubiera hecho algo al respecto? ¿Como si hubiera empacado todas mis cosas y las hubiera traído a Alaska?

–Sí. Así mismo. –Si tenía las llaves a mano, podía meterla en la cama en menos de veinte segundos.

–Tengo que admitir que es bastante sexy que por fin lo hayas hecho. –Allie contempló el patio trasero–. Lo de Sitka, digo. –Esa maldita sonrisa iba a ser mi perdición–. Cumpliste tu sueño, Hudson. –Dio otro paso hacia mí.

–Sí y no. Tú eres mi sueño, y puse un continente entero entre nosotros dos para darte tiempo y espacio. –Señalé a Sadie–. Así que párate ahí y explícame por qué renunciaste a todo lo que te costó años de esfuerzo conseguir.

–Está bien, haremos lo que tú quieras –me dijo, arqueando una ceja–. Volví a Nueva York e intenté muchísimo no pensar en ti, pero fracasé a lo grande. Iba a la compañía y… –El silencio reinó entre nosotros mientras ella miraba hacia el bosque y trataba de encontrar las palabras–. Y sentía que tenía que ser un millón de cosas distintas para un millón de personas distintas, y que ninguna de ellas era yo. Me quedaba sentada viendo a los demás bailarines ir y venir a mi alrededor, y lo único que podía pensar era que solo me siento yo misma, sin engaños ni armadura, cuando estoy contigo. Odiaba estar ahí. –Allie respiró tan profundamente que le tembló todo el cuerpo–. Así que me fui sin firmar el contrato. Me da igual quién se quede con mi papel en *Equinox*, porque ¿qué importa eso si yo no soy feliz?

–Eres demasiado talentosa para esconderte aquí conmigo –repuse, aunque me rompía el corazón–. La compañía profesional más cercana está como a diez mil kilómetros de aquí, Allie.

–No me estoy escondiendo, Hudson. Estoy viviendo. Ojalá contigo, aunque estoy empezando a preguntarme si habré sobrestimado tu mantra de «acepto lo que me des» –dijo, cruzándose de brazos.

–No puedes renunciar. No por mí. No voy a permitirlo. Equilibrio, sí. Renunciar, no.

–Ah, pero no voy a renunciar. Recibí propuestas de prácticamente todas las compañías en las que me gustaría bailar.

–Pero ninguna está aquí. –Mierda, ¿de verdad iba a convencer al amor de mi vida de alejarse de mí?

–Claro que no. Me voy a ir unas tres semanas por viaje, tres o cuatro veces al año, dependiendo de los papeles que me interesen. No voy a firmar con ninguna compañía. Oficialmente, soy bailarina independiente. –Allie se encogió de hombros–. Tú vives tu sueño y yo vivo el mío. Y lo mejor de todo es que podemos hacerlo juntos. Solo necesito un espacio para practicar y comprar algo de equipamiento. Si quieres que viva contigo, claro. Si no, puedo alquilar un lugar por aquí cerca y vamos de a poco.

–¿De a poco? –Negué con la cabeza–. Allie, te amo hace once años. Cualquier cosa que no sea despertarme a tu lado todas las mañanas sería una tortura.

–Entonces, despiértate a mi lado todas las mañanas –me dijo, con una sonrisa que le iluminó todo el rostro.

–¿Y Eva? –pregunté. Tenía que haber alguna falla en el plan.

–Ella necesita aprender a brillar por su cuenta, y ya sabes que Anne decidió quedarse en Cabo Cod para estar cerca de Juniper. –Allie ladeó la cabeza–. ¿Alguna otra pregunta?

–¿Además de la más obvia?

–¿Lina? –susurró. Asentí y, en silencio, me preparé para que me destrozara el corazón–. No te desprecio –admitió en voz baja–. Obviamente, por eso estoy aquí. Lamento haber dicho eso. Tardé como tres horas en darme cuenta de que mi madre te había puesto en una posición imposible y que los dos sufrimos por culpa de eso. Y yo más que nadie entiendo lo que es quedar atrapado en una mentira. –Empezó a hacer girar el anillo de Lina otra vez–. Lo pensé bien. De verdad reflexioné sobre cómo sería mirarte todos los días, además del disfrute obvio, y me pregunté si el hecho de que hubieras sido parte de una de mis tragedias cambiaba la verdad simple e incuestionable de que te amo, y la respuesta es que no. No es tu culpa que Lina haya muerto, Hudson. Tú justo estabas ahí. Y gracias a eso, yo estoy viva.

–Dilo otra vez –le pedí, tenso.

–No es tu…

–No, eso no. –Zanjé la distancia entre nosotros.

–Ah. –Ella sonrió y me rodeó el cuello con los brazos–. Te amo. Siempre te voy a amar. Y voy a aferrarme a ti. No quiero cinco minutos, quiero toda la vida.

–Todos los días. Todas las noches. Tú y yo. –Apoyé la frente contra la suya y dejé que la perfección del momento me atravesara el cuerpo y se instalara en mis huesos–. Ninguno de los dos se aleja. Nunca.

–Eso es lo que quiero yo –me dijo, y me rozó los labios con los suyos–. ¿Puedes hacerlo?

–Sí. Puedo hacerlo. –La levanté en brazos, y ella cruzó los tobillos detrás de mi espalda–. Nací para hacerlo.

EPÍLOGO
Allie

Cinco años después

Mientras nos dirigíamos a nuestros asientos en la Ópera Metropolitana, se sentía la emoción en el aire. Miré hacia el palco familiar, que ya no era el de nuestra familia, y le sonreí a un niño de ojos brillantes que miraba expectante hacia el lugar donde se ubicaría la orquesta.

–¿Estás nostálgica? –me preguntó Hudson, que me guiaba por la última fila hacia el medio, con los dedos entrelazados con los míos.

–No –respondí.

–No mientas –me regañó Kenna desde atrás–. Sabes que esos *bagels* que te gustan no se consiguen en Washington, o donde sea que estén viviendo ahora.

–Sabes muy bien dónde vivimos –repliqué cuando llegamos a nuestro lugar, donde estaban sentados Caroline, Gavin y Anne. Hudson llevaba dos años asignado a Cape Disappointment, y, hasta ese momento, era nuestro lugar favorito. Aunque a veces también extrañaba nuestra casa en Alaska.

–Estos son nuestros lugares, mi amor. –Kenna señaló los asientos y volteó a mirar a su esposo–. Más te vale no estar respondiendo mensajes del trabajo. Diles que no me importa quién necesita que lo abran. Esta noche eres mío, Matthias.

–Solo estaba hablando con la niñera –respondió él. Guardó el teléfono en el bolsillo del saco, se desabrochó el primer botón y se sentó–. Está todo bien, por cierto.

–Ya lo sé. Le escribí cuando estábamos en la entrada. –Kenna se sentó junto a él y yo dejé un asiento vacío antes de acomodarme

junto a Hudson–. Debe pensar que estamos locos.

–O que son muy sobreprotectores –intervine.

–¿No viniste con ninguna chica? –Hudson se inclinó hacia delante para mirar a Gavin, del otro lado de Caroline y Anne.

–No –respondió él, encogiéndose de hombros–. ¿Me prestas la tuya?

–No. –Hudson se acomodó en su asiento y me apoyó la mano en la pierna–. ¿Y Miles y Tyler?

Una adolescente pelirroja que estaba delante de nosotros se sobresaltó al verme. Luego, se dio vuelta rápidamente y se sentó.

–Ty está tras bambalinas con las chicas –respondió Caroline–. Están muy nerviosas. –Me miró y me preguntó–: ¿Pudiste echar un vistazo allí?

–Está preciosa, y se la ve muy tranquila –dije, sonriendo.

–Miles tiene una declaración en Boston –explicó Anne con una sonrisa, y se ruborizó–. Pero mañana vuelve a casa. Se van a quedar en tu habitación, ¿no, Allie? Porque es la que preparé.

–Claro –dije, asintiendo.

El día siguiente comenzaba la semana que todas habíamos liberado en nuestra agenda para poder ir a la casa de playa. Mamá había muerto hacía casi cuatro años, pero todavía respetábamos sus reglas. Miré el asiento vacío junto a mí.

–Va a venir –me aseguró Hudson, y me besó la frente.

–No es la persona más puntual del mundo –me recordó Kenna, y luego giró el cuello para mirar detrás de nosotros–. ¡Pero mira quiénes vinieron!

–Ni locos nos lo perdíamos. –Everett se inclinó y me estampó un beso en la mejilla–. Dennos un segundo y ya nos sentamos. –Su anillo de bodas destelló bajo las luces cuando le dio la mano a Michael, y caminaron juntos hasta el final del pasillo.

–¿No tienes ni un poquito de nostalgia? –me preguntó Hudson, acariciándome la pierna.

–Bailé aquí el año pasado –le recordé, girando la cabeza para poder robarle un beso–. Y ¿cómo puedo tener nostalgia cuando estoy contigo? Tengo todo lo que quiero.

Él se inclinó y me dio un beso más intenso de lo que habría sido apropiado para la Ópera Metropolitana, y yo disfruté cada segundo. Jamás me cansaría de besar a ese hombre.

–Dios. Son muy empalagosos. –Eva se deslizó delante de Kenna y, cuando se hundió en su asiento, el plástico que protegía su ramo de flores crujió.

–Y tú eres muy impuntual. –Una sensación de paz me inundó el alma, igual que siempre que lográbamos estar todas bajo el mismo techo.

–Todavía no empezó. Por lo tanto, no llegué tarde –replicó Eva–. ¿Todos trajeron flores? ¿Cuántos ramos de flores puede necesitar una niña?

–Hasta ahora, conté seis –respondió Gavin.

–Creo que tienes razón. –Hudson acomodó las rosas sobre su regazo para proteger los pimpollos–. Caroline, ¿estás bien? Parece que fueras a vomitar.

–Estoy bien –respondió ella, asintiendo y tamborileando los dedos sobre el apoyabrazos–. Solo estoy nerviosa por ella. No todos los días invitan a un estudio pequeño a bailar en la ópera.

–Va a estar genial –le aseguré.

–Tranquila, lo lleva en la sangre –añadió Eva, y volteó a mirarme–. ¿Quieres que te cuente los últimos chismes de la compañía? Las solistas nos enteramos de todo. Ah, ¿alguien tomó un programa?

Kenna suspiró y le apoyó uno sobre el regazo.

–Paso con lo del chisme –respondí, negando con la cabeza–. Pero me alegro de que estés entretenida.

La joven que estaba sentada delante de nosotras se dio vuelta y me miró en un silencio incómodo durante tres segundos antes de carraspear.

–Perdón por molestarte, pero te pareces a Alessandra Rousseau.

–Ahora soy Alessandra Ellis, pero sí. Soy yo –dije, sonriendo.

Hudson me apretó el muslo y, por el rabillo del ojo, alcancé a ver cómo se le marcaba el hoyuelo.

–Ay, te adoro. Siempre veo tus presentaciones –soltó la adolescente.

–Eres muy amable. Gracias. ¿Cómo te llamas? –le pregunté.

–Celine. –Se le iluminó la mirada, y miró a mi hermana menor–. ¡Y tú eres Eva! Te sigo en redes y me encantaron los videos que hiciste sobre las diferencias entre las distintas marcas de puntas.

–Gracias –respondió mi hermana, sonriendo.

–Encantada de conocerte, Celine –le dije–. Ojalá disfrutes el espectáculo.

–Ustedes son leyendas –murmuró la joven, y luego se dio vuelta.

Hudson se me acercó y me rozó la oreja con los labios.

–Me encanta escucharte decir tu nombre, casi tanto como cuando dices el mío.

–Compórtate. Estamos en la ópera –le dije, sonrojándome. No había tardado más de tres segundos en decidir que quería usar su apellido cuando nos casamos, dos años atrás. Estaba cansada de ser una Rousseau.

–No recuerdo que te hayas quejado mucho de mi comportamiento cuando estuvimos en el camarín el año pasado –susurró él, arrastrando los dedos hacia el dobladillo de mi vestido corto negro–. Es más, recuerdo que me pedías más, más fuerte y, en un momento, más rápido.

–Te amo. –Y ahora me moría por llevarlo tras bastidores para otra función.

–Yo te amo más. Eres perfecta, Allie. Lo sabes, ¿no? –Sus ojos verde marino se clavaron en los míos, y perdí el hilo de mis pensamientos.

–¡Ay, miren! –Eva sacudió el programa–. Academia de Danza Contemporánea Haven Cove, ¡y ahí dice su nombre!

Se apagaron las luces, y Caroline comenzó a mecerse en su asiento. Anne le tomó la mano izquierda, y yo me estiré por encima de Hudson y le di la derecha. Cuando se levantó el telón, sentí una oleada de emoción en el pecho, como si fuera yo la que estaba por salir al escenario. Esbocé una sonrisa de oreja a oreja cuando Juniper apareció con el resto de su clase. Estaba impecable.

Índice

Capítulo uno. Hudson
Capítulo dos. Allie
Capítulo tres. Allie
Capítulo cuatro. Hudson
Capítulo cinco. Allie
Capítulo seis. Allie
Capítulo siete. Hudson
Capítulo ocho. Allie
Capítulo nueve. Hudson
Capítulo diez. Hudson
Capítulo once. Allie
Capítulo doce. Allie
Capítulo trece. Allie
Capítulo catorce. Hudson
Capítulo quince. Allie
Capítulo dieciséis. Allie
Capítulo diecisiete. Hudson
Capítulo dieciocho. Allie
Capítulo diecinueve. Hudson
Capítulo veinte. Allie
Capítulo veintiuno. Allie
Capítulo veintidós. Allie
Capítulo veintitrés. Hudson
Capítulo veinticuatro. Allie
Capítulo veinticinco. Allie
Capítulo veintiséis. Hudson
Capítulo veintisiete. Allie
Capítulo veintiocho. Allie

Capítulo veintinueve. Hudson
Capítulo treinta. Hudson
Capítulo treinta y uno. Allie
Capítulo treinta y dos. Allie
Capítulo treinta y tres. Allie
Capítulo treinta y cuatro. Allie
Capítulo treinta y cinco. Hudson
Capítulo treinta y seis. Allie
Capítulo treinta y siete. Hudson
Capítulo treinta y ocho. Allie
Capítulo treinta y nueve. Hudson
Epílogo. Allie

Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Florencia Cardoso
Traducción: Martina Engelhardt
Coordinación de arte: Valeria Brudny
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de interior: Cecilia Aranda
Diseño de portada: Caroline Teagle Johnson
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2024, Rebecca Yarros
© 2025 VR Editoras, S. A. de C. V.
www.vreditoras.com

Esta edición es posible gracias a un acuerdo de licencia con Amazon Publishing, www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.

México: Dakota 274, colonia Nápoles
C. P. 03810, alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 5220–6620 • 800–543–4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Argentina: Florida 833, piso 2, oficina 203,
(C1005AAQ), Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

Primera edición: abril de 2025

ISBN 978-607-637-156-5

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

¡TU OPINIÓN ES IMPORTANTE!

Escríbenos un e-mail a
miopinion@vreditoras.com
con el título de este libro en el "Asunto".

Conócenos mejor en:

www.vreditoras.com

VREditorasMexico

VREditorasMexico

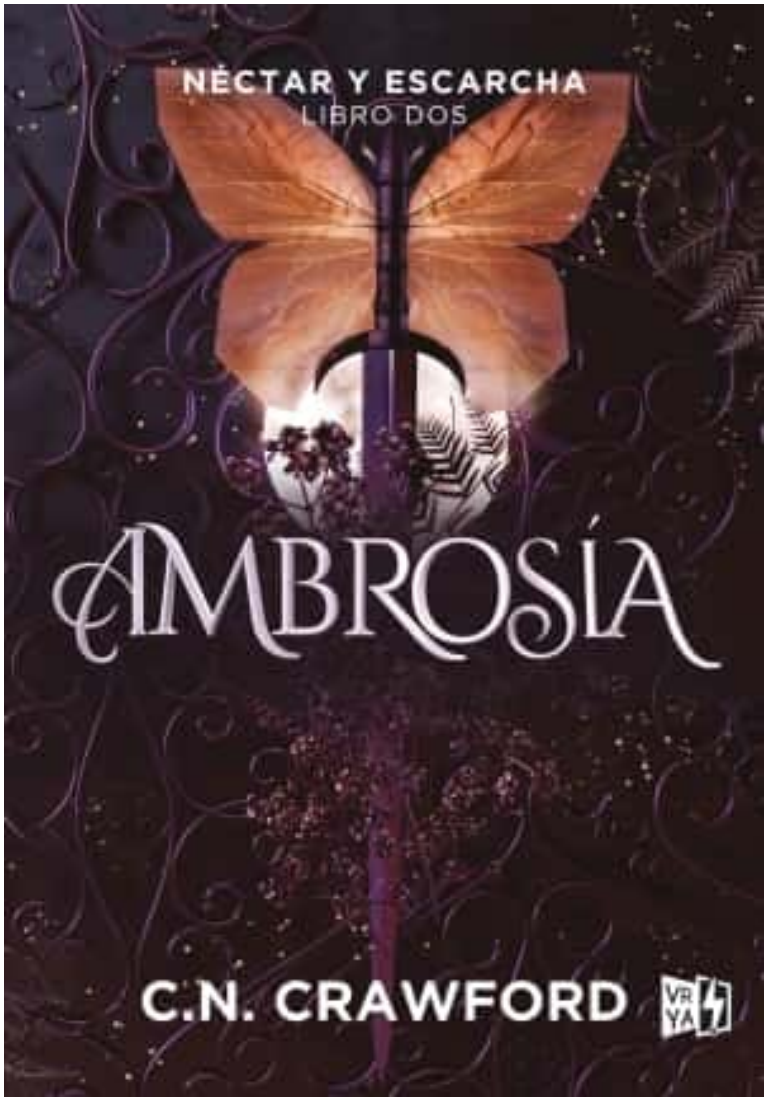
vreditorasmexico

VREditoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Rebecca Yarros
Portada
Capítulo uno. Hudson
Capítulo dos. Allie
Capítulo tres. Allie
Capítulo cuatro. Hudson
Capítulo cinco. Allie
Capítulo seis. Allie
Capítulo siete. Hudson
Capítulo ocho. Allie
Capítulo nueve. Hudson
Capítulo diez. Hudson
Capítulo once. Allie
Capítulo doce. Allie
Capítulo trece. Allie
Capítulo catorce. Hudson
Capítulo quince. Allie
Capítulo dieciséis. Allie
Capítulo diecisiete. Hudson
Capítulo dieciocho. Allie
Capítulo diecinueve. Hudson
Capítulo veinte. Allie
Capítulo veintiuno. Allie
Capítulo veintidós. Allie
Capítulo veintitrés. Hudson
Capítulo veinticuatro. Allie
Capítulo veinticinco. Allie
Capítulo veintiséis. Hudson
Capítulo veintisiete. Allie
Capítulo veintiocho. Allie

Capítulo veintinueve. Hudson
Capítulo treinta. Hudson
Capítulo treinta y uno. Allie
Capítulo treinta y dos. Allie
Capítulo treinta y tres. Allie
Capítulo treinta y cuatro. Allie
Capítulo treinta y cinco. Hudson
Capítulo treinta y seis. Allie
Capítulo treinta y siete. Hudson
Capítulo treinta y ocho. Allie
Capítulo treinta y nueve. Hudson
Epílogo. Allie
Índice
Créditos



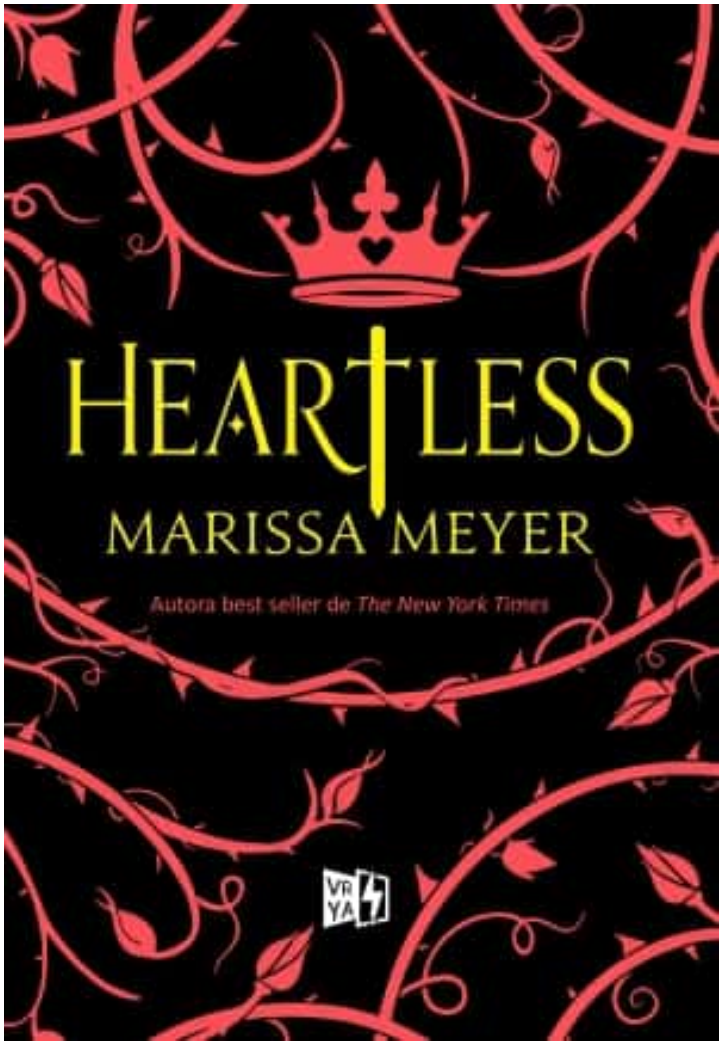
Ambrosía

CRAWFORD, C.N.
9786076371107
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

"Cuando el rey Torin me sigue y ve mis nuevos cuernos, rápidamente se da cuenta de que su futura esposa es una enemiga de su reino. De hecho, su nombre para mi especie es "demonio". Pero tampoco soy bienvenida en mi verdadero hogar. La reina Mab y sus monstruosos soldados están encantados de atormentarnos y me acusan de ser una traidora. Si queremos salir de la Corte de las Angustias con vida, la única esperanza que tenemos es permanecer tan cerca el uno del otro como sea posible, incluso si eso significa huir a caballo y compartir una cama. Cada momento es agridulce, ya que podría ser el último, y Torin está condenado a matar a cualquiera que él ame."

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Heartless

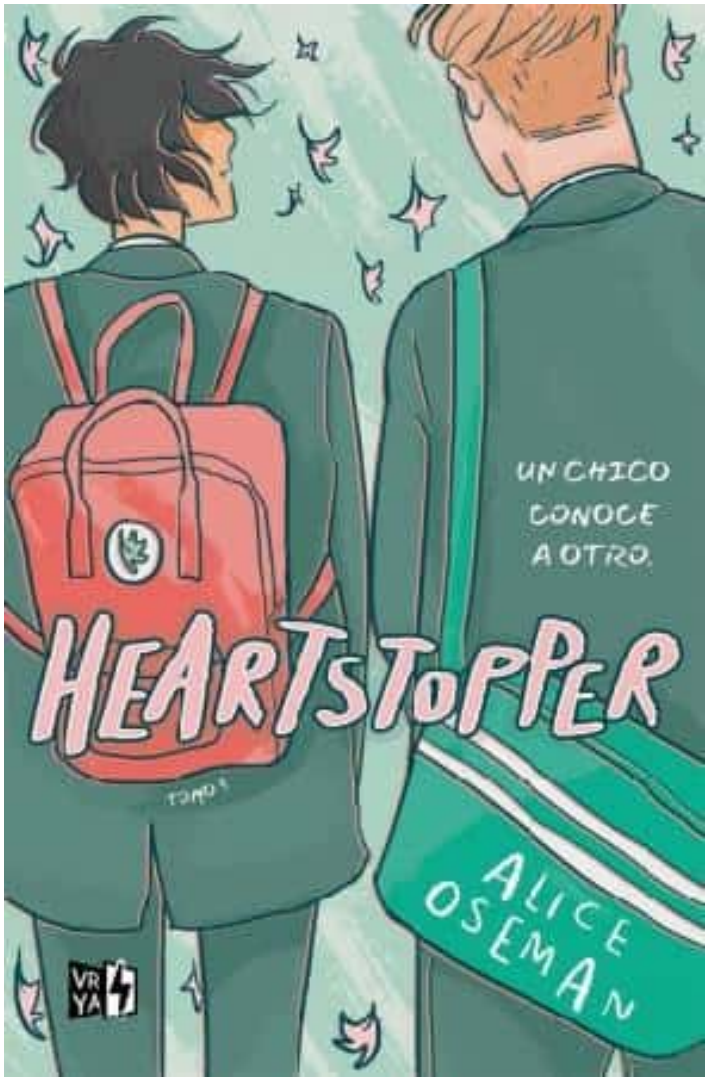
Meyer, Marissa
9789877472653
592

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Mucho antes de convertirse en el terror del País de las Maravillas, la Reina de Corazones era una chica que tan solo quería enamorarse… Catherine es una de las jóvenes más deseadas de Corazones. Es la

favorita del Rey. Pero ella quiere vivir bajo sus propias reglas y tomar las riendas de su vida. Pero ¿a qué precio?
"Meyer combinó elementos de la oscuridad y de la luz, del destino y del libre albedrío, del amor y del odio, en una historia inolvidable sobre cómo la Reina de Corazones dejó de ser una joven que soñaba con el verdadero amor y la libertad y se convirtió en una cruel mujer a la que todos recuerdan por su frase Que le corten la cabeza". School Library Journal

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Heartstopper - Tomo 1

Oseman, Alice
9789877478594
296

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Charlie y Nick van al mismo colegio, aunque nunca se habían cruzado hasta el día en que los hacen sentarse juntos en su grupo de estudio. Muy pronto se vuelven amigos y más pronto aún Charlie comienza a sentir cosas por Nick... aunque sabe que es un imposible. Pero el amor obra de formas inesperadas, y Nick está más interesado en Charlie de lo que ninguno de los dos puede llegar a creer.
¡La novela gráfica que conquistó al mundo llega a VR YA!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Wolfsong. La canción del lobo

Klune, TJ
9789877475197
704

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ox era un niño cuando su padre le enseñó que nunca sería nadie. Y lo creyó por mucho tiempo. Hasta que se encontró a Joe al final de un camino. Un chico extraño y explosivo, dispuesto a brindarle todo:

desde su amistad y su familia, hasta su mayor secreto: uno que teñirá la vida de Ox de Alfas, Betas y Omegas. Sin embargo, cuando la muerte golpea a las puertas de Green Creek, Joe parte detrás de un monstruo, cegado por la furia y la venganza. Y Ox deberá demostrar su verdadero valor para proteger a quienes ama. Cuando vuelvan a encontrarse, ¿serán capaces de resistir a la canción que aúlla con fuerza entre los dos?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



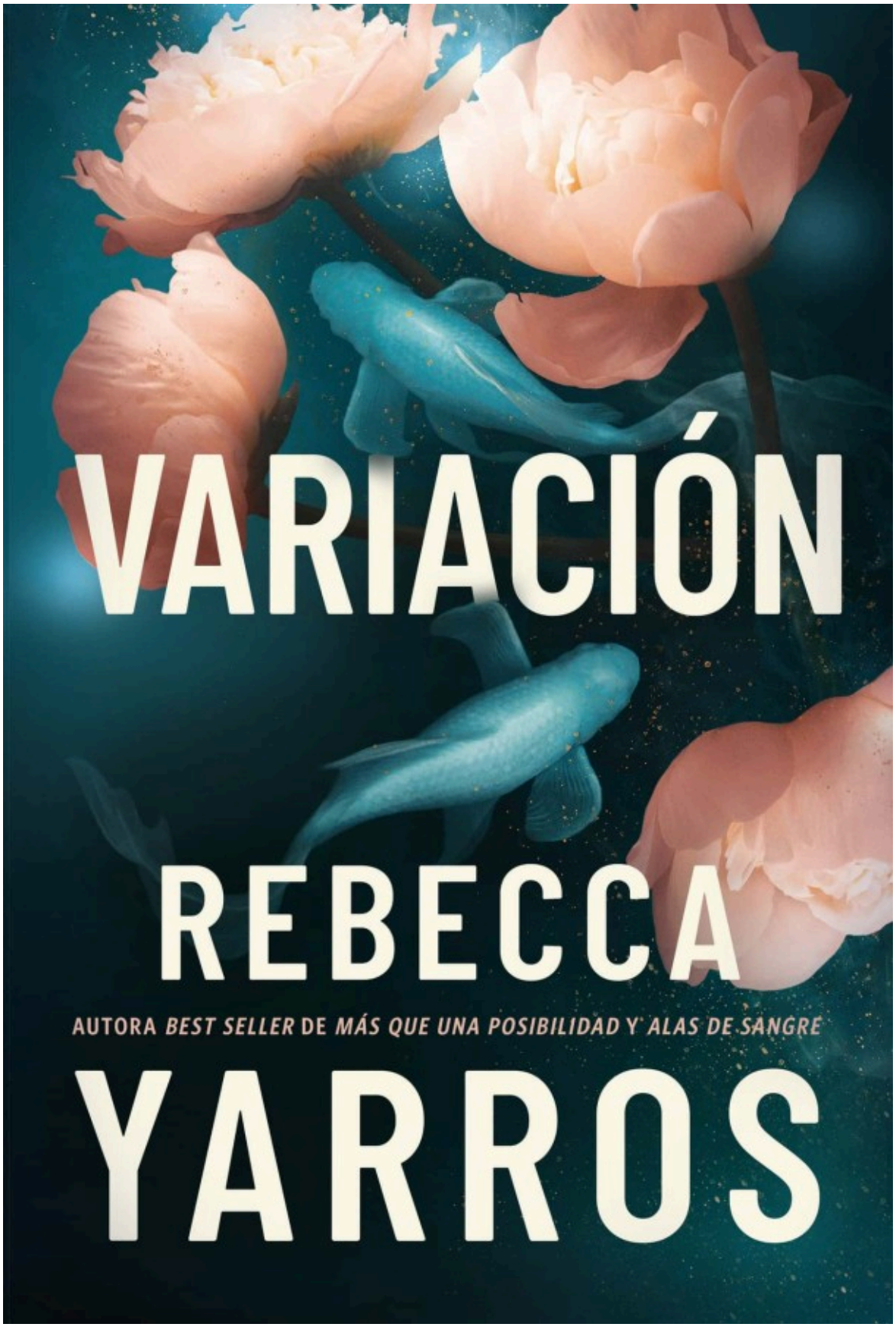
Ravensong. La canción del cuervo

Klune, TJ
9789877476613
712

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

LA MANADA TE ESTÁ LLAMANDO, ¿IGNORARÁS SU CANCIÓN? Endurecido por la traición de una manada que lo dejó atrás, Gordo Livingstone juró nunca volver a involucrarse en los asuntos de los lobos… o eso decía, hasta que la manada regresó y con ella Mark Bennett. Juntos como manada vencieron ante una bestia. Y ahora, un año después, Gordo ha vuelto a ser el brujo de los Bennett, mien¬tras pelea constantemente por ignorar a Mark y a la maldita canción que aúlla entre ellos dos. Pero el tiempo se está acabando. Algo se acerca. Y algunos lazos están hechos para romperse. Sin embargo, cuando la muerte golpea a las puertas de Green Creek, Joe parte detrás de un monstruo, cegado por la furia y la venganza. Y Ox deberá demostrar su verdadero valor para proteger a quienes ama. Cuando vuelvan a encontrarse, ¿serán capaces de resistir a la canción que aúlla con fuerza entre los dos?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


VARIACIÓN
REBECCA
AUTORA BEST SELLER DE MÁS QUE UNA POSIBILIDAD Y ALAS DE SANGRE
YARROS